



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Antigüedades y nación:

Prácticas del coleccionismo, agencia intelectual y sociabilidades científicas. Historias cruzadas desde la región andina (1890-1920)

María Elena Bedoya Hidalgo

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

**UNIVERSIDAD DE BARCELONA
PROGRAMA DE DOCTORADO SOCIEDAD Y CULTURA
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**

ANTIGÜEDADES Y NACIÓN:
*Prácticas del coleccionismo, agencia intelectual y sociabilidades científicas.
Historias cruzadas desde la región andina (1890-1920)*

Tesis presentada por

MARÍA ELENA BEDOYA HIDALGO

Directora

DRA. PILAR GARCÍA JORDÁN

QUITO, SEPTIEMBRE 2016

RESUMEN

Esta investigación analiza el proceso de construcción de un saber especializado sobre el pasado y sus objetos, realizado por *intelectuales-coleccionistas* andinos, entre 1890 y 1920. En este contexto, las antigüedades, en particular las indígenas, fueron vestigios valorados en múltiples dimensiones, desde la transacción diplomática, el credo hispánico, el discurso de la arqueología transatlántica, las sociabilidades intelectuales y el museo nacional. A partir de estas coordenadas, cruzaremos distintas experiencias locales y sus conexiones con lo nacional y lo global, que arrancan con la conmemoración del “descubrimiento” de América en 1892 y se extienden hacia las primeras décadas del siglo XX, con el asentamiento de academias, sociedades e institutos de historia y antigüedades. En suma, nos interesa seguir ciertas prácticas del coleccionismo y sus proyecciones públicas a partir de las cuales se reconocieron estos objetos como fuentes “originarias” de la nación. Este discurso fue erigido, exhibido y negociado y formó parte de la configuración de un imaginario nacional material en la región andina.

SUMMARY

This investigation analyzes the process of construction of an specialized knowledge about the past and its objects, which is done by Andean intellectuals/collectors between 1890 and 1920. In this context, the antiques, in particular the indigenous ones, were vestiges valued in multiple dimensions: from the diplomatic transaction, the Hispanic creed, the transatlantic archaeological discourse, the intellectual sociability and the national museum. From this coordinates we will cross different local experiences and its connections with the national and the global, that starts with the commemoration of the "discovering" of America in 1892, and it extends towards the firsts decades of the 20th century with the establishment of academies, societies and institutes of history and antiques. In summary, we are interested in following certain practices of collectibles and its public projections, from which these objects were recognized as "original" sources of the nation. This discourse was erected, exhibited and negotiated, in addition it was part of the configuration of the national imaginary material in the Andean region.

“CUCHARA ANTIGUA. Una cosa les está reservada
a los más grandes épicos: poder darles de comer a sus héroes”.
Walter Benjamín

“El historiador no se evade nunca del tiempo de la historia:
el tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la
pala del jardinero. Sueña, claro está, con escapar de él.”
Fernand Braudel

“The answer's in the looking glass
There's four and twenty million doors
On life's endless corridor”.
Noel Gallagher

Para Yann y Thomas por todos nuestros viajes emprendidos.

A la memoria de mi padre, Jorge Bedoya.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	15
INTRODUCTION.....	17
PRIMERA PARTE	
ASPECTOS TEÓRICO METODOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS EN UN MUNDO TRANSATLÁNTICO	25
CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO	27
1.1 Estado de la cuestión.....	27
1.2 Categorías de análisis: agencia intelectual, prácticas y sociabilidad.....	38
1.2.1 Sobre historias cruzadas: de la historia comparada al juego de escalas	42
1.2.1.1 Cruces de tiempos, conexiones de historias	46
1.2.1.2 Juego de escalas.....	50
1.3 Metodología de la investigación.....	52
1.3.1 Sobre fuentes, archivos y material consultado.....	53
CAPÍTULO 2. MUNDOS CONECTADOS. IMPERIALISMO, NACIÓN Y EL ETHOS DE LA RIQUEZA: UN VISTAZO A LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX	57
2.1 Nación, progreso y poder: el <i>ethos</i> de la riqueza	59
2.2 Un vistazo por América Latina a finales del siglo XIX.....	67
2.2.1 Las dinámicas extractivas y los intereses internacionales en el territorio de la región andina.....	70
2.2.1.1 Entre el guano, el salitre, las minas y la guerra	72
2.2.1.2 Café, metales preciosos y conflictos políticos	77
2.2.1.3 Entre el progresismo, cacao y la revolución liberal.....	83
CAPÍTULO 3. ORO, VESTIGIOS Y NACIÓN EXPUESTA. ENTRE EL HISPANISMO Y OBJETOS DEL PASADO INDÍGENA EN LAS CONMEMORACIONES DE 1892.....	91
3.1 “Exponer” en un sentido universal	92
3.2 Pasado exhibido, pasado conmemorado	97
3.2.1 Madrid y Chicago: hispanismo y panamericanismo por el “Descubrimiento”	99
3.3 Del Tesoro quimbaya	104
3.3.1 Las exposiciones	106
3.3.3 El Catálogo y los Restrepo: objetos y gestión.....	116
3.4 El Centenario de 1892 en el Perú	121
3.4.1 De los tránsitos de las antigüedades peruanas	123
3.4.2 Del conjunto escultórico Rosselló	128
3.5 Del Ecuador en 1892.....	132
3.5.1 Las antigüedades y la exposición	134
SEGUNDA PARTE	
LA NACIÓN COLECTADA Y LOS INTELLECTUALES-COLECCIONISTAS.....	141

CAPÍTULO 4. LA NACIÓN COLECTADA. EL PERÚ, ENTRE LA CIENCIA TRANSATLÁNTICA, EL PASADO Y EL <i>GIRO HACIA ADETRON</i> EN EL TRÁNSITO DEL XIX AL XX	143
4.1 Antigüedades y ciencia transatlántica.....	145
4.1.1 Reliquias andinas precolombinas americanas en clave transatlántica	150
4.2 El Perú y los incas, el foco transatlántico de atención arqueológica.....	154
4.2.1 Miradas andinas.....	157
4.2.2. Objetos preciados.....	159
4.3 Del escrutinio científico exterior al “giro hacia adentro”	166
4.3.1 Antonio Raimondi: entre geografía, etnología y vestigios.....	168
4.4 La Sociedad Geográfica de Lima.....	173
4.4.1 El Boletín.....	175
4.4.2 Entre lenguas, monumentos y antigüedades indígenas	178
 CAPÍTULO 5. EL INTELLECTUAL-COLECCIONISTA. MICROANÁLISIS CRUZADO Y AGENCIA INTELLECTUAL A FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.....	187
5.1 Federico González Suárez: entre la azada del arqueólogo y el báculo del Obispo en el ocaso decimonónico.....	189
5.1.1 “La arqueología es la ciencia de las ruinas”	197
5.1.1.1 Los antiguos habitantes y sus objetos.....	201
5.1.1.3 El oro y los restos	208
5.1.1.4 Oralidad, filología y cráneos	211
5.1.1.5 Del Atlas de 1892	213
5.2 Los Restrepo y las antigüedades “colombianas”	215
5.2.1 Vicente, del minero-científico al historiador: viajes circulares.....	216
5.2.1.1 Entrecruces de la investigación histórica y los oficios.....	219
5.2.2 De legados familiares: Ernesto Restrepo Tirado	222
5.2.3 Del ethos áureo antioqueño.....	224
5.2.3.1 ¡Batatabatí!: Los indios y el oro.....	228
 TERCERA PARTE SOCIABILIDADES, INSTITUCIONES Y ANTIGÜEDADES NACIONALES.....	235
 CAPÍTULO 6. ANTIGÜEDADES NACIONALES I. SOCIABILIDADES, MUSEOS Y OBJETOS PRECOLOMBINOS POR UNA CULTURA NACIONAL ENTRE 1900-1915.	237
6.1 Museo Nacional: la experiencia colombiana en el ocaso decimonónico.....	239
6.1.1 Antigüedades, sociabilidades y museo	244
6.1.2 Incidencias en el museo.....	249
6.1.3 Ernesto Restrepo Tirado y el museo.....	252
6.1.3.1 Restrepo y los objetos precolombinos en la colección del museo.....	254
6.1.3.2 Entre catálogos e informes.....	258
6.2 El Instituto y el Museo, construyendo un lugar para las antigüedades nacionales peruanas.....	262
6.2.1 Max Uhle: del museo metropolitano al museo nacional.....	268
6.2.1.1 Uhle y las colecciones: inventariar, excavar, acopiar y legislar	270

6.2.2 Julio Tello y el Museo Nacional de Arqueología.....	277
6.2.2.1. De museos vivos, Manco Cápac y “panfletos”.....	278
6.2.2.2 De momias con olores	281
CAPÍTULO 7. ANTIGÜEDADES NACIONALES II. SOCIABILIDADES, OBJETOS PRECOLOMBINOS Y PROYECTOS DESDE LA SOCIEDAD CIVIL POR UNA CULTURA NACIONAL, ENTRE 1909-1920.....	287
7.1 González Suárez al frente: sociabilidades desde el ámbito privado en escenarios complejos.....	289
7.2 De los miembros de la Sociedad y sus actividades.....	293
7.2.1 Las advertencias para coleccionistas realizadas por González Suárez	300
7.3 Jacinto Jijón y Caamaño: el coleccionista y científico.....	304
7.3.1 Redes y proveedores	307
7.3.2 Hilando historias: Jijón y Caamaño y Max Uhle, diálogos postales.....	312
7.3.2.1 Coleccionismo y mecenazgo: sobre el caleidoscopio de la acción	315
CONCLUSIONS	321
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CITADAS.....	329
1. Archivos, bibliotecas y museos.....	329
2. Fuentes editas e inéditas.....	332
3. Bibliografía general	339
 IMÁGENES	
Imagen No. 1. Mapa de Sudamérica, siglo XIX.....	68
Imagen No. 2. Exposición de París, 1889.....	104
Imagen No. 3. Catálogo 1892.	104
Imagen No. 4. Instalación Colombia, 1892.....	113
Imagen No. 5. Catálogo Colombia, 1892.....	118
Imagen No. 6. Interior del Catálogo	118
Imagen No. 7. Publicidad Exposición Perú, 1889.....	122
Imagen No. 8. Instalación Perú, 1892.....	129
Imagen No. 9. Instalación Ecuador, 1892	137
Imagen No. 10. Publicación Humboldt.....	152
Imagen No. 11. Interior publicación Humboldt	152
Imagen No. 12. Antigüedades Peruanas.....	152
Imagen No. 13. Interior <i>Antigüedades Peruanas</i>	152
Imagen No. 14. Antigüedades Neo-granadinas, 1854	153
Imagen No. 15. Interior Antigüedades Neo-granadinas.....	153
Imagen No. 16. Colector de Antigüedades.....	160
Imagen No. 17. Texto de Georges Squier.	163
Imagen No. 18. Interior texto Squier.	163
Imagen No. 19. Publicación de José Toribio Polo.....	180
Imagen No. 20. Gráfico interior Estela de Raimondi.....	180
Imagen No. 21. Publicación de Eugenio Larrabure y Unanue.....	182
Imagen No. 22. Publicación de Pablo Patrón	182
Imagen No. 23. Retrato de Federico González Suárez.....	190

Imagen No. 24. Representación de arqueólogo siglo XIX.	190
Imagen No. 25. Dibujos precolombinos.....	202
Imagen No. 26. Dibujos precolombinos.....	202
Imagen No. 27. Atlas Arqueológico, 1892.....	207
Imagen No. 28. Interior Atlas, Lámina XXII.....	207
Imagen No. 29. Retrato de Vicente Restrepo.	217
Imagen No. 30. Publicación de Vicente Restrepo.....	217
Imagen No. 31. Publicación sobre <i>Los Chibchas</i>	222
Imagen No. 32. Interior <i>Los Chibchas</i> , Lámina XXIII.	222
Imagen No. 33. Contratapa libro de Manuel Uribe Ángel sobre Antioquia.....	227
Imagen No. 34. Interior imágenes del libro.	227
Imagen No. 35. Antigüedades de Colombia.	241
Imagen No. 36. Interior de Antigüedades de Colombia.....	241
Imagen No. 37. Noticias <i>La Crónica</i>	265
Imagen No. 38. Noticias <i>La Crónica</i>	265
Imagen No. 39. Plano propuesto por Tello para el Museo Nacional.....	279
Imagen No. 40. Algunos miembros de la Sociedad Ecuatoriana Histórico- Americana.....	294
Imagen No. 41. Formas clasificatorias.	301
Imagen No. 42. Diseños clasificatorios.	301

TABLAS

Tabla No. 1: Composición de las Exportaciones	82
Tabla No. 2: Destino de las exportaciones cacaoteras guayaquileñas (1869-1919)	86
Tabla No. 3. Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima.....	176
Tabla No. 4: Publicaciones en Humanidades y legado de Raimondi.....	179

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quisiéramos expresar nuestra gratitud a la Dra. Pilar García Jordán, quien dirigió esta tesis y nos ayudó de manera comprometida desde el inicio del proyecto hasta su finalización. Le agradecemos por haber acogido esta investigación y haberle dado un continuo seguimiento. Debemos reconocer el tiempo y esfuerzo invertidos en revisar cada uno de los productos de esta pesquisa, las discusiones sobre los avances de tesis, el seguimiento de dudas, y todo tipo de problemas que iban surgiendo en el desarrollo del presente trabajo. Siempre recibimos sus palabras de aliento y sus observaciones claras y concisas durante todo el proceso investigativo.

Agradecemos mucho la presencia de personas clave que han sido un soporte incondicional en este proceso, especialmente a nuestras colegas, docentes y amigas, Ana María Carrillo y Pamela Cevallos, quienes nos apoyaron con sus lecturas, conversaciones y comentarios en distintas fases de este proceso. También debemos reconocer los consejos y comentarios recibidos de excelentes académicos durante el transcurso de nuestra investigación; a nuestros colegas del *Programa de Especialización Superior en Museos y Patrimonio* y del *Área de Historia* de la Universidad Andina Simón Bolívar, Galaxis Borja, Trinidad Pérez y Guillermo Bustos. Al apoyo recibido por parte de la *Escuela de Historia* de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, particularmente a Sofía Luzuriaga y Milton Luna, por su solidaridad y comprensión frente a nuestras ausencias en las distintas fases de trabajo de investigación de campo. A los apoyos bibliográficos, observaciones, comentarios y consejos recibidos de X. Andrade, Alexandra Kennedy, Lucía Durán, Fabiano Kueva, Irina Podgorny, Lorena Cisneros, Lupe Álvarez, María Fernanda Cartagena, Christian León, Mayra Estévez, Josefina Torres, Cristina Burneo Salazar, Elisa Sevilla, Alejandro López, Diego Falconí, Jorge Núñez, María del Carmen Suárez, María Patricia Ordóñez, Alden Yépez y María Pía Vera. A la valiosa información sobre Perú y Colombia que me facilitaron Luisa Vetter Parodi, Catalina Cantarellas, Amada Carolina Pérez, Francisco Ortega, Halim Badawi, José Ragas, Miguel Rivera Fellner y Clemencia Plazas. A María Antonieta Vásquez por su gran ayuda en transcripción de ciertos documentos y a nuestros queridos hermanos Thelma y David Bedoya por la ayuda en la traducción de varios de nuestros artículos escritos para distintas ponencias presentadas y

la edición de las imágenes que forman parte de esta investigación. A Verónica Jarrín y sus atentas revisiones de nuestra escritura.

Al personal del Archivo Museo Nacional de Historia, Arqueología y Antropología del Perú y la Biblioteca Nacional; a Antonio Ochoa Flores, del Centro de Documentación del Museo Nacional de Colombia, por todas sus atenciones y facilidades para el acceso a la información. A Yesenia Villacrés y Leonel Sánchez del Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio de Ecuador y del Archivo Histórico, a Honorio Granja y Carlos Morales; a Adriana Díaz y Jackeline Chamorro, del Museo Nacional de Quito. A Manuela Fischer del Museo Etnográfico de Berlín y al personal del Instituto Iberoamericano de Berlín.

Un agradecimiento especial a todo nuestro equipo de asistentes de investigación con los que pudimos contar en distintos momentos de esta investigación. Un reconocimiento a nuestros colegas peruanos Wendy Morán León y Edwin González por su continuo apoyo en la labor de archivos y bibliotecas del Perú; a las investigadoras María Elena Rodríguez y Ángela Urrea por su apoyo en el levantamiento y sistematización de información en Colombia; y a Michelle Andrade por su trabajo en el levantamiento de fuentes en Ecuador. A todos ellos nuestros más sinceros agradecimientos por habernos apoyado en todo momento de este proceso con la información solicitada.

Esta tesis doctoral es la producción final de la investigación que hemos venido realizando desde la concesión de la Beca SENESCYT, Convocatoria 2012, de la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación del Ecuador. A modo de devolución extendemos nuestro agradecimiento a dicha institución por permitirnos desarrollar el presente estudio.

Finalmente, un agradecimiento especial a Yann Paré y Thomas Paré Bedoya, nuestra hermosa familia, por todo el amor, cariño y paciencia mostrados a lo largo de los cuatro años de este largo proceso de investigación doctoral. A nuestros padres, Jorge y Elena, por toda la confianza y afecto depositado en nosotros de por vida y que nos ha permitido ser quienes somos, particularmente, frente a la triste pérdida de papá durante el transcurso de esta pesquisa. A todos ellos les dedicamos esta tesis.

Quito, 5 de septiembre de 2016.

INTRODUCTION

In the year 2008 we began an investigation about an Ecuadorian collector, political businessman Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950). In that occasion, we had access to Jijon's personal heritage, which rested in the archives of the *Banco Central del Ecuador*, now *Ministerio de Cultura y Patrimonio*. During several months, we could review letters, communications, photographs, field newsletters, drawings and specialized works that told us of a history of broad dimensions. This collector, in particular, had an immense net of international contacts. He bought antiques of distinct origins, published his investigations, conducted excavations, and actively participated in congresses around the world. His practice of collecting and the exercise of a scientific discipline like archaeology were linked to the transatlantic scene and to the local collegiate spirit arisen at the beginning of the twentieth century in that country.

This initial experience of investigation about the theme, led us to inquire about the particularities of the collecting that took place by certain Andean intellectuals of Colombia, Ecuador, and Peru and the projection of their legacy between 1890 and 1920. In our case, this practice was articulated to the construction of narratives of the past of the nation, associated to the antiques “indígenas” and “patrias”, and to a series of premises that gave way to the production of knowledge within the scientific transatlantic community. Even though, at first we thought to cover the diversity of the collecting practices –the flora, the fauna, minerals, antiques, etc.– later we decided to focus in the exercise of collecting pre-Columbian objects by these intellectuals, and how a complex necessity for conservation, rescuing, purchasing, donation, valuing, and study of them seems to have appeared in order to incorporate them in the narrative of the nation; in contrast to the strong trafficking and plundering of these remains taken to the scientific centers and European and north American cultural institutions, as well as the preponderance of the European missions of this type to our region in those years.

At the end of the 19th century and the beginning of the 20th, the scientific societies had a preponderant importance at a global level, in Europe as well as in Latin America. Its management became visible through the foundation of academies, promotions of studies and circles of thinkers. These series of actions took part in the producing of intellectuals for whom this associationism made it possible to enter the public

discussion scene. At the same time, it legitimized the scientific practice from the channeling and control of this activity. In our case, the intellectual agency that was connected to the scientific study of the past was in dialogue with the actions started by different State-nation in the transit of the century, especially in relation to the projection, creation and strengthening of cultural institutions, as well as within the judicial machinery that were important in the organization of programs for the celebrations of both centenaries: that of the “discovery” of the Americas in 1892 and that of independence at the beginning of the 20th.

At this point it was important to consider the intellectual trajectories of the region and its legacy among centuries. For this reason, we have connected the experiences, the intellectual agencies and the collecting in itself performed by figures from mixed origins, like Colombians Vicente Restrepo and Ernesto Restrepo Tirado, Ecuadorian Federico González Suarez, as well as their European partners: Italian Antonio Raimondi and German Max Uhle; the discourse of all of them was prominent within the established institutes during the first decade of the XX century. This rising spirit of shared interest in the past of the nation will be continued by the legacy of several figures, among some of them we have young intellectuals like the Ecuadorian Jacinto Jijón y Caamaño and the Peruvian Julio Tello, who were key protagonists of the birth and consolidation of the archeology in the region.

The majority of the figures alluded to above consolidated as intellectual collectors from the time, attending to the configuration and the study of pre-Columbian material culture, its place in the discourse of the national past of the region, and its resonance at an international level. Our research places an accent in exploring these intellectual agencies and its links to the public scene, the significance of the construction of the historic discourse and how it had to do with the necessities arisen or articulated from or for the state and vice versa: from the public visibility of the nation through its “valuable” objects, to the sponsoring of scientific sociability interested in national history. The difference between our research and other studies that have focused on private collecting, is that we target the relationship between the production of an articulated knowledge *for* and *to* the public scene. Furthermore, we have connected the actions of these intellectuals to a series of social, political, economic, cultural and diplomatic circumstances of the time.

Within this framework, the general objective of our research is to propose a frame of analysis that inquires about the relation between the practices of collecting, a type of scientific sociability, and the configuration of certain national material imaginaries in the region between 1890 and 1920 in the context of Nation-state that was consolidating. For this purpose, we have selected some relevant intellectual trajectories in the region that will help to reflect on the construction of the notion of national past and its antiquities, particularly pre-Columbian, within different scenes of action. Within this focus, we will consider important to establish a model of study from the cultural and intellectual history and these "connected histories" that would allow us a historic analysis including: the breakings, tensions, transformations, and the negotiations between the case studies established in the countries of the region within a cross-sectional study, these countries are Colombia, Ecuador and Peru.

Among the specific objectives that we consider important are, in first place, the investigation of transatlantic resonances of the celebration and commemoration of the centennial of "Discovery" in 1892 for the Andean countries, and its ways to represent the pre-Columbian past. In second place, to inquire about the intellectual agency and the forms of scientific sociability in this specific context, its pertinence to the creation of the academies and institutes, as well as the promotion of its practices. In third place, to investigate the trajectories of the intellectuals of the region from the revision of its main actors, and to explore the conditions from where they formulated their discourses and fomented the collecting during that time. Finally, to explore the different symbolic dimensions of the collecting that the cultural objects came to represent, and that encouraged this practices of collecting during the first decades of the twentieth century, as well as its link with the promotion of the museum management of the national court.

We decided to locate our investigation within a game of scales, local ones as well as national ones, regionals and transatlantic, which were analyzed within the frame of connected histories and from the perspective of cultural and intellectual history. This has allowed us to understand the local dynamics around the problematic of the construction of the imaginary of the nation, as wells as the insertion in the intellectual practice within the flows that exceeded the territory itself of the Nation-state. In this tension, the different complexities of the intellectual exercise can be revealed in relation to their local environment, and the practices of dialogue inside/outside can be seen in

association to the ways that the pre-Columbian past is understood and constructed as well as its referents. In this way, connected histories have enabled us to undertake a more complex analysis of the relationships between the center and the periphery –in linked topics, for example, the configuration of the scientific community and the place of the local intellectuals within it– besides integrating the issue of micro and macro history to our analysis; with that we have intended to understand the particular agencies of the Andean intellectuals, in the transit of the pre-Columbian objects and the discussion about the imaginary representation and national imaginaries anchored to these materialities.

We have articulated three transversal questions to our research. In first place, we are interested in inquiring the role that one type of scientific sociability played in the construction of the national imaginary; ascribed to the existence of certain indigenous antiquities qualified as national between the years 1890 and 1920, within the regional Andean context. In second place, we consider important to analyze how, from certain intellectual agencies, the nation and its pre-Columbian objects were represented when faced with the celebratory processes of centenary commemorations like the one of 1892, and the promoting and strengthening of its history at the beginning of the century. Finally we target the ways that the indigenous cultural objects were valued, selected and collected, sponsored, studied by certain practices of collecting of scientific character, its complexities, and the public projection promoted by local intellectuals at the time.

In the initial proposal of this research, we had projected our study to the first quarter of the century, to say, from 1900 to 1925. However, after thorough work with the primary sources, we were able to realize the transatlantic importance that the commemoration of the fourth centenary of the “discovery of America” celebrated in 1892 in the context of the *Exposición Histórico-Americana de Madrid* had. The major part of the intellectual productions and interest to exhibit publically the pre-Columbian past arose from this event: from the confection of editorial projects such as books to be presented in the context of the exhibition, national displays, catalogs with photographs, to the donation of “treasures” as a sign of gratitude to the diplomatic transactions realized at the time. This event, without a doubt was a point of reference in the construction of the meaning of the past linked to this materiality. From this experience, the anchorage of the idea of the universal, the Hispanic and civilizatory of the conquest, confronted with the

unsettling need to write the history of the ancient people, constructed an alterity and inserted them in the narrative of the nation.

It is important to note that the transit of the century in the Andean countries was marked by moments of great social, political as well as ideological. A clear example, in the Colombian case, is the finalization of the *Guerra de los Mil Días* (1899-1902); in Ecuador, the *Revolución Liberal* towards 1895 and consolidated with the Constitution Liberal of 1906; and in Peru, after the *Guerra del Pacífico* (1879-1883). This period can be grouped from 1890 until 1920, when what some historians called *República Civilista* developed, in which there was a great economic blossoming and it was a golden period for the dominant class. In this historic context a process of the past of the nation appeared articulated to the birth of projects that were linked to the promotion of the historic investigation, as well as to the strengthening of the museum.

The arising of a scientific sociability that was linked to disciplines of study of the past, like archaeology or history was an important mark at the beginning of the twentieth century. Academies, societies and institutes were nuclear points of production of knowledge that constituted a neuralgic point within the making of cultural history of the time. Thus, the *Academia Nacional de Historia* in Colombia was founded in 1902, by order of the Ministry of Public Instruction; in the case of Peru, the foundation of the *Instituto Histórico* of Peru realized in 1905. In the case of Ecuador, the *Sociedad de Estudios Histórico-Americanos* was constituted in 1909 and later consolidated in 1920 as the *Academia Nacional de Historia*. These societies were active agents in the projects of re-structuration of various museums of the area –or the projections of them– and appeared strongly from 1900 to 1920 in the region as a process of consolidation of the study of scientific disciplines like archaeology, anthropology and history. For all those reasons, our doctoral inquiry covers the temporality between 1890 and 1920, with a scope that permits us to understand the historical context and the legacy from where our investigation starts.

Like a central hypothesis of our work, we have considered that the construction of specialized knowledge about the past was configured around an original and complex scientific sociability. This sociability that was articulated to a materiality and practices assigned to it, and acted in an inconsistent way, because of the different interests and

needs, that were generated from both sides of the Atlantic during the fourth of the XIX century and at the beginning of the XX century. In the case of the Andean countries, this sociability was linked to a problematic not only of the configuration of the origins of the nations, but to how this past could be utilized for diverse scientific, politic-diplomatic, and pedagogic strategies. This acknowledgment done towards the indigenous antiques as original sources was a contingency to the forms in which the discourse of the nation was erected, exhibited and negotiated.

Within our complementary hypothesis, we believe that the study of an indigenous materiality among the Andean intellectuals assumed a continuous scenario of negotiation, tension and dispute, from the public and private domain. Nevertheless, this scene was constituted by a series of factors that linked and was linking to the ways in which a meaning for the past of the objects was constructed. Phenomena like the trafficking of the objects at a transatlantic level, the "hispanismo" and its promotion, as well as border conflicts, the situation after the war or the ideological confrontations were a force that mobilized the use of the past in moments of social, political and economic complexities. If on one hand the State was interested in certain ways on rescuing and conservation of these assets; on the other hand, it developed a still hesitant politics about the destiny of these antiques and its place in the national discourse. In this sense, we will probe how the intellectual agency and the promotion of a scientific sociability articulated to the reflection of the past gained significance between centuries to allow the construction of a type of cultural institutionalization, and to establish the study of the past and its materiality like sources of the creation of an imaginary of the nation.

In this context, the antiques, in particular the indigenous ones were objects valued in multiple dimensions: from the diplomatic transaction, the Hispanic creed, the civilization, the discourse of the archaeology or the museum. It is important to realize this type of analysis of the Andean intellectual production, and the distinct practices associated to them, because it allows us a broader knowledge on the configuration of the national imaginaries during the effervescence of the national phenomena. In a certain way, our investigation attempts to contribute to the history of the disciplines of the past, thought from places of mobility of materiality, and how these insert in the scene locally and internationally.

We believe it is important to emphasize the regional projection of our study because it connects diverse experiences in the sociocultural network that integrates dimensions that are macro and micro and that restore the density of the social dynamics. More than a comparative study that establishes similarities and differences between the studied scenes, what we try to restore is the plurality of connections of different scales in where the collecting mobilizes. It is a local and global flux from which the Andean intellectuals began to preoccupy about the importance of the scientific communities and the construction of the notion of culture and national history.

The methodology of our investigation considered three types of primary sources for analysis. The first had to do with the archives of the chancellery in the context of the commemoration of the 1892, the negotiations localized between the countries and the editorial publications relevant to the event. Some of the intellectuals studied were linked to the above activity. The collected information was valuable because it permitted to know a series of diplomatic strategies that were formal and informal for the time that were mobilized for the celebration of the event and that linked to the configuration of a sense of history and universal civilization, with a strong association to the Hispanic legacy.

In second place, we looked for primary sources that give account of the constitution and development of the scientific sociabilities in each country in reference to the inquiring of the past. We were interested in locating the connections with intellectuals or societies internationally, to say, those connected to the academies or institutes, as well as its editorial promotions related to the work with pre-Columbian antiques in the studied zone. This inquire particularly emphasized the rescuing of the local intellectual voices, in face of the strong preeminence of the discourse and scientific production of the European region. Additionally, we fix our attention to the documentation related to our case studies, their personal communications –if there was any-, dialogues between pairs, its connections with state organs or institutions, etc. and our characters. Finally, we gave great importance to the documentation of the archives of the national museums and the process of acquisition of the work, or the promotion of excavations at the beginning of the century; as well as catalogs or guides besides the activities generated from the associations arose during those years.

The thesis is structured in three great coordinates. The first part is a general presentation of the theoretic-conceptual frame, of a historical global context and of a “universal” expositive experience, taking as a particular example the *Exposicion Histórico Americana de Madrid* in 1892. In the second coordinate, we explore the scientific sociabilities around the discussion of the past and certain trajectories, as a way of microanalysis, of intellectuals-collectors of the time, and we illustrate the complex scenario where they developed their activity between the century XIX and XX. This part of the thesis is organized in two chapters, the fourth and the fifth, respectively to the techniques presented. Finally, the third part of the thesis, developed in the chapter sixth and seventh, we will attend the configuration of the notion of “national antiques” and particularly the pre-Columbian objects within the context of the arising of the academies, institutes of history and the promotion of the national museums at the beginning of the XX century. In the introduction of each part of the thesis there is a brief explanation about the themes to be approached.

To close our investigation, we will present a section of conclusions where we collect the answers to the queries that we have posed. Finally we present a general section of sources and bibliography that were consulted during our inquiry, as well as different archives and libraries visited in the three countries and other centers of investigation. Our work also presents some annexes related to the investigation that can be of interest for future investigations.

PRIMERA PARTE

ASPECTOS TEÓRICO METODOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS EN UN MUNDO TRANSATLÁNTICO

La primera parte de nuestra investigación se organiza en tres capítulos. En el *primer capítulo*, trabajaremos sobre el marco teórico y conceptual, además de indicar un estado de la cuestión sobre cómo se ha abordado el tema del coleccionismo desde distintas disciplinas; esta reflexión movilizará gran parte de nuestra tesis.

En el *segundo capítulo* mostraremos una panorámica sobre un contexto histórico entre los siglos XIX y XX a nivel global, regional y local. En este capítulo nos interesa conectar ciertas experiencias globales en torno a la idea de la “riqueza” de las naciones y la potencialidad económica.

El *tercer capítulo* se centrará en el fenómeno transatlántico de las exposiciones universales y particularmente del caso de la *Exposición Histórico Americana de Madrid* de 1892. En este caso se examinarán las implicaciones del hispanismo en la configuración de esta experiencia expositiva y, en particular, se analizarán las representaciones de la nación, los imaginarios hispanistas y las transacciones diplomáticas nacidas en su seno. Pondremos atención especial a la negociación del llamado “Tesoro quimbaya” con el gobierno español.

CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO-CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO

El presente capítulo recoge dos aspectos fundamentales de nuestra investigación doctoral. El primer apartado es la presentación general del marco teórico-conceptual, en el que se incluye el estado de la cuestión y la revisión de teorías y conceptos ligados al proyecto. En la segunda parte, abordaremos las herramientas metodológicas que hemos utilizado para la práctica investigativa, señalando los alcances, complejidades y problemas surgidos a lo largo de esta exploración histórica.

1.1 Estado de la cuestión

En este apartado se ha puesto énfasis en el tema del coleccionismo desde una perspectiva interdisciplinaria. Hemos considerado importante realizar una panorámica general alrededor de esta temática asociándola con distintos ámbitos, desde la antropología, la historia del arte o el análisis de la institucionalidad cultural para, posteriormente, mostrar la perspectiva desde donde hemos articulado nuestro análisis en esta investigación doctoral.

En la primera mitad del siglo XX, el filósofo Walter Benjamín, en su *Libro de los pasajes*, había recogido una serie de reflexiones filosóficas alrededor de la figura del coleccionista y la colección, entendiendo a esta última, como un sistema histórico construido. Según este autor, en la acción misma de coleccionar reposan una serie de convenciones, particularmente, porque al coleccionar “el objeto se libera de todas sus funciones originales” y cada cosa se “convierte en una enciclopedia que contiene toda la ciencia de la época, del paisaje, de la industria y del propietario de quien proviene” (Benjamín 2004 [1982]: 223). Desde esta perspectiva, el acto de coleccionar es, entonces, una forma de recordar mediante la praxis, y en este sentido, podría decirse que es un vehículo para la memoria.

En el ámbito del coleccionismo, disciplinas como la Historia del Arte y la Museología han prestado mayor atención al estudio de este fenómeno cultural, quizá por el hecho de que el coleccionismo de arte es un tipo de práctica habitual, incluso contemporánea, que legitima y posiciona la obra dentro del campo artístico en un contexto específico. En el ámbito de reflexión sobre el papel del coleccionista, el libro titulado *Artistas, príncipes y mercaderes. Historia del coleccionismo desde Ramsés a Napoleón*, de Francis Henry

Taylor (1960 [1948]), es un análisis tradicional de la cuestión. En esta publicación existe un marcado interés en establecer la figura del coleccionista como un “protector” del pasado, dando un realce a los grandes personajes que ostentaban el poder económico y político¹, particularmente dentro de las monarquías europeas. Su estudio es un repaso de los logros de grandes familias en torno a la formación de sus colecciones.

Existe una importante línea de trabajo interdisciplinaria que indaga en la formación de las colecciones etnológicas, arqueológicas y artísticas dentro de los procesos coloniales europeos –particularmente los del siglo XIX– y la formación de colecciones a partir de la recolección de objetos culturales en América Latina y otras latitudes (Cabello, 1989; Ocampo, 2011; De l’Etoile, 2007; Laurière, 2012; Thomas, 1991, 1994, 1998; Barringer y Flynn, 1997). Por ejemplo, en el texto de Cabello se da importancia a los viajeros científicos y a sus publicaciones, consideradas como “instrumentos del conocimiento”. Estos se transforman en formas de clasificación de las diversas regiones del mundo y de la suma de los conocimientos existentes, los mismos que, a su vez, están exclusivamente en relación con las potencias europeas, todos ellos en los umbrales del “saber científico”. Además, la autora señala la importancia que tuvo la segunda ola de expansión comercial y colonial ultramarina que permitió que exista un interés de aproximación científica a la antropología y al conocimiento de los modos de vivir del hombre ultramarino.

Por otra parte, el texto de Ocampo asume la problemática del primitivismo y particularmente la construcción del “arte primitivo” vinculado a los procesos colonizadores imperialistas del siglo XIX, particularmente en África y Oceanía. La autora analiza además la construcción de juicios valorativos sobre los objetos que se recolectan en esas latitudes, marcando vínculos sobre la naciente antropología y las teorías racistas de la época. En esta misma línea, la propuesta de L’Etoile gira en torno de la idea del *Musée de Soi* o los museos de uno mismo y el “Musée des Autres”, para explicar las dinámicas inherentes a la existencia de los museos antropológicos y los museos de corte nacional. En todas estas investigaciones se establece los inicios del coleccionismo moderno y la configuración de los museos “coloniales” o de los “otros”.

¹ Para Taylor, el coleccionismo moderno procede de la crisis de 1557 porque, por primera vez desde los tiempos de la Antigua Roma, vemos operar la ley según la cual en los periodos de inflación se pagan precios altos por las obras de arte, mientras que en los periodos deflatorios las colecciones son liquidadas en bloque (Taylor 1960 [1948]: 160).

En muchos de los análisis se pone el acento en la relación entre las vanguardias modernistas y las colecciones etnológicas albergadas tanto en los museos como en el coleccionismo privado en Europa (Bloom, 2002; Waxman, 2008). Otro tipo de análisis, más en el campo museológico, entra en los procesos de documentación y procesos de gestión de esa información en el ámbito de los museos modernos para la construcción de una memoria artística (Marín, 2006 [2002]).

Pensar en el escenario de las prácticas del coleccionismo implica entrar en el análisis, no solo de las instituciones culturales sino también, de las sociedades científicas y prácticas de archivo (Daston, 2012; Podgorny, 2005) existentes detrás de esta institucionalidad. Es importante destacar el papel que los museos cumplieron como repositorios de bienes culturales, que permitieron un cierto tipo de “acceso ampliado” a sus colecciones; no obstante, aunque dicho proyecto tendría un interés inicial en lo educativo y científico, su injerencia en la sociedad sirvió para proponer a la población una adhesión pasiva y despolitizada a la construcción del poder (Castilla, 2010: 19). Además, cuando surge el museo como institución cultural es característico su papel en la configuración de una “cultura nacional” (Chastel, 1984: 420), avalado por las nociones patrimoniales decimonónicas en boga que fueron construidas desde agencias particulares, en contextos históricos específicos.

Desde la disciplina antropológica se ha realizado una lectura de las colecciones desde su relación con el arte, la etnología y las formas de “valoración social” y “simbólica” de los objetos vinculados a los procesos coloniales decimonónicos y al papel de las sociedades científicas en estos procesos. Se ha considerado la importancia que tuvo la antropología como ciencia de “recopilación” de las experiencias de lo humano (Harris, 1979 [1968]: 84) para el establecimiento del concepto de “raza” como categoría biológica. Esta perspectiva se enfocaba en establecer una serie de tipologías y jerarquías a través del uso de dicho concepto, dando lugar al nacimiento de las teorías racistas que fortalecieron las nociones alrededor de lo primitivo/civilizado y que retomaron mucho de las teorías darwinistas en el contexto decimonónico. Para estos años, el coleccionismo surge como una herramienta eficaz en la categorización y clasificación de los objetos y en la tipificación de los sujetos.² De esta forma, estos aparatajes

² Sobre el tema de cultura material y procesos de colonización existen algunos trabajos como los de Thomas (1994 y 1998). En esta misma línea están los trabajos de Barringer y Flynn (editores) (1997).

teóricos tuvieron injerencia incluso en muchas de las políticas sociales vinculadas a la educación, salud, criminalidad, migración, etc., y funcionaron en el mantenimiento y justificación del ejercicio de poder económico y político de ciertos grupos o naciones por sobre otros (Graham, 1990: 4).

Según varios autores, en América Latina la problemática sobre la raza es persistente entre finales del XIX y principios del XX, particularmente en el papel que jugaron las elites intelectuales frente a la “heterogeneidad racial”³ que caracterizó a estas sociedades. Estos grupos de poder, que se miraban así mismo como civilizados, intentaron establecer una relación cercana de integración con Europa de carácter financiero, político o intelectual (Graham, 1990: 3). No obstante, este vínculo es un complejo entramado que no sólo se debate en el discurso sino en la explosión de los movimientos sociales en toda América Latina que apoyarán los proyectos nacionales en los albores del siglo XX de la mano del “indigenismo”⁴ (Graham, 1990; Gotkowitz, 2011). Este contexto inaugura una serie de problemáticas sobre el “Otro” en la construcción de los proyectos nacionalistas de la época.

La disciplina antropológica producirá una serie de reflexiones sobre el papel de las colecciones y la construcción de los discursos a través de ella, particularmente desde la perspectiva de la “cultura material”. En esta línea, existen algunos aportes anglosajones importantes, vinculados a la materialidad, de los cuales recogeremos algunas experiencias. Retomaremos algunas ideas centrales de los antropólogos anglosajones, Arjun Appadurai (1991 [1986]), *La vida social de las cosas. Perspectiva Cultural de las mercancías*, en donde ya se pone en consideración la importancia de la circulación de los objetos y los intercambios como formas de reciprocidad, sociabilidad y

³ Para Marisol de la Cadena (2007) es importante entender los cimientos epistémicos y las externalidades (aquello que va más allá) del concepto mismo de raza. Para ella, es fundamental entender la raza no como algo estable y monológico, sino como producto de una serie de prácticas dialógicas mediadas por las relaciones de poder, en este sentido, la raza como apariencia es una categoría dialógica e inestable, es una herramienta de producción de la diferencia. De la Cadena se alinea con las posturas sobre el concepto utilizadas por Stuart Hall, respecto a la vacuidad de concepto y la posibilidad abierta con el “significante flotante”, en este sentido apela a la exploración de las distintas genealogías en contextos locales específicos (De la Cadena, 2007: 14).

⁴ Esto parte de un largo debate en el plano antropológico, sociológico e histórico. En el campo del arte y la literatura aparecerá a partir de los años veinte y treinta una eclosión de producción literaria y artística que retoma el concepto de indigenismo, un ejemplo claro es el caso mexicano y la irrupción del muralismo mexicano o los indigenismo en el caso de Ecuador y Perú. En palabras de Gotkowitz, el indigenismo constituirá un campo de disputa sobre la identidad nacional, el poder regional y los derechos de los indígenas en el centro de las políticas sociales y el ámbito jurídico entre 1920-1940 (Gotkowitz, 2011: 18-19).

espontaneidad. En este texto Arjun Appadurai considera, además, el concepto de regímenes de valor, “que no implica que todo acto de intercambio mercantil presuponga una completa comunión cultural de presuposiciones, sino que el grado de coherencia del valor puede variar grandemente de situación en situación y de mercancía en mercancía” (Appadurai, 1991 [1986]: 30). En cierta forma, el autor está interesado en las constantes transferencias de las fronteras culturales y de cómo la cultura puede entenderse como un complejo sistema de significados, limitado y localizado. Dentro del libro editado por Appadurai, el texto de Igor Kopytoff titulado, “La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso”, presenta una perspectiva que apunta a estudiar la biografía de los objetos, es decir, analiza qué mensajes transmiten estos “objetos”, siguiendo el hilo de las respuestas culturales que hallamos en el contexto biográfico, en donde los “juicios estéticos, históricos y aún políticos, y de convicciones y valores moldean nuestra actitud hacia los objetos clasificados como arte” (Kopytoff, 1991 [1986]: 93).

Por otra parte, James Clifford (1995 [1988]), en su texto titulado *Dilemas de la cultura: antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, sugiere que en todos los procesos de documentación las inclusiones reflejan reglas culturales más amplias de taxonomía racional, de género, de estética. Esto es que se encuentra en ellas una necesidad excesiva, incluso rapaz, de *tener*, que se transforma en un deseo significativo gobernado por reglas: el sujeto que debe poseer pero no puede tenerlo todo, aprende a seleccionar, ordenar y clasificar por jerarquías, a hacer “buenas” colecciones. Por otra parte, Fred Myers, en su libro *The Empire of Things: Regimes of Value and Material Culture* (2002) se ha centrado en las lógicas de producción y circulación transnacional de las pinturas de los aborígenes australianos. En esta misma línea, Myers planteó el concepto de intercambio para entender los significados de los intercambios, de los objetos y la construcción misma del valor. Finalmente, tenemos también los trabajos de Barbara Kirshenblatt-Gimblett (1998), que analiza las formas de circulación y exhibición de los objetos dentro del museo, atendiendo a las tensiones que se crean en el despliegue de los objetos en los espacios públicos; y el del historiador Arnold Bauer sobre cómo la creación de un régimen material tendrá lugar en la arena del poder y en su carácter público construido (Bauer, 2002 [2001]: 32).

En el caso que nos ocupa, el estudio de relación del coleccionismo y los museos para el caso de América Latina es una temática que se ha abordado con mucho interés en estos últimos años. Si bien, las colecciones y sus prácticas expositivas fueron ligadas a los proyectos colonizadores europeos y a la generación de una alteridad, para el caso latinoamericano, se vincularon a la “construcción de una memoria nacional” (Bustamante, 2012: 23). A finales del siglo XX, el estudio sobre los museos en la región se había enfocado en recoger algunos datos interesantes y descriptivos sobre su nacimiento y desempeño a lo largo del tiempo. Entre los casos estudiados para la región, desde esta perspectiva están, Tello y Mejía (1978), Ravines (1989) y Hampe (1998) para el caso peruano; Morales (1994) y Florescano (1993) sobre museología mexicana; Segura (1995), para el caso colombiano, entre los más relevantes. Empero, las investigaciones realizadas en las últimas dos décadas abordan el tema desde distintos enfoques. Existen algunas líneas de trabajo que han puesto acento en las interrelaciones entre el coleccionismo, museos, ciencia, arqueología e historia natural. Intentaremos hacer un breve recuento de algunos de los postulados realizados desde América Latina, que nos resultan más interesantes en este enfoque, a partir de los cuales sintonizamos nuestra investigación.

En primer lugar, encontramos el dossier titulado “Independencia y Museos en América Latina”, publicado en el año 2010 en la revista *L’Ordinaire Latino-américain*, coordinado por Irina Podgorny. En ese texto existía un interés de entrar a debatir aquellas ideas que circulaban en la historiografía, centrándose en particular en los debates sobre las ideas acerca de la historia, proponiendo más bien, estudiar qué tipo de relación “existió entre las prácticas ligadas al estudio de esa cultura material que iban creando el patrimonio histórico y la consolidación de determinadas prácticas historiográficas” (Podgorny, 2010: 8). En cierta forma, la propuesta se acercaba a una reflexión sobre la “creación de imaginarios materiales nacionales”. Dentro de este enfoque surgen varias publicaciones que recogen algunas reflexiones, entre las que se encuentran, *El museo en escena: política y cultura en América Latina*, de Américo Castillo (2010); *Museos al detalle: colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870* de Miruna Achim e Irina Podgorny (2013); así como el dossier especializado en museos titulado *Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización*, publicado por la

Revista de Indias en el 2012 y coordinado por Jesús Bustamante⁵, entre los cuales se destacan los trabajos de Pérez Vejo (2012) para el caso del Museo Histórico de México y los dilemas de la construcción nacional; el estudio de Casaús (2012) para el caso de Guatemala. Finalmente tenemos también el texto de Beatriz González Stephan y Jens Andermann (2006), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, que recoge algunas experiencias en torno al tema de las exposiciones y su visualidad en distintos momentos históricos en América Latina.

Existen otros análisis en torno a las colecciones, museos y proyectos educativos o de “apropiación de la historia” para el siglo XIX en el cono sur como los de Podgorny, Margaret y Malosetti (2010); o las reflexiones sobre museos, educación y evidencia científica (Podgorny, 2005); y para finalizar, algunas reflexiones en torno a la memoria y el olvido, realizado para el caso brasileño en torno a los paradigmas nacionales (Montenegro y Zamorano, 2011). Entre las contribuciones más contemporáneas sobre museos en la región andina están las de Amada Carolina Pérez (2011, 2015) en torno a las colecciones del Museo Nacional de Colombia y el problema de la representación de la nación y sus sujetos.

Además, en el caso colombiano contamos con el estudio de Clara Isabel Botero (2006), titulado *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*. Este texto plantea una revisión panorámica del coleccionismo en distintas épocas y una revisión del coleccionismo científico en Colombia para el siglo XIX y XX. En este contexto, Botero delinea la relación de la constitución de las disciplinas de Historia y Arqueología que amparan estos procesos. Existen también otras aproximaciones que analizan la relación entre arqueología, ciencia y ciertos tipos de coleccionismo privado en los casos de Perú y Chile. En esta línea se encuentran los trabajos relevantes de Stephanie Gänger (2006, 2008, 2011, 2014, 2014); finalmente tenemos también los trabajos de Raúl Hernández Asensio (2012) sobre museos, arqueología y huaquería en el Perú.

⁵ Son interesantes los trabajos elaborados para el dossier *Ingenieros sociales en América Latina: el papel de la Antropología y su institucionalización en las nuevas repúblicas*, coordinado por Jesús Bustamante en la *Revista de Indias*, Vol. 65, número 234. En este dossier Bustamante hace un análisis en la línea de historia de las disciplinas, sobre el caso del museo nacional de México.

Nuestra perspectiva integra estos debates latinoamericanos y se ubica dentro de los postulados acerca de la relación entre materialidad, agencia intelectual y nación. Desde esta perspectiva queremos pensar en cómo la “materialidad” entra a jugar en las dinámicas de producción de conocimiento histórico durante el tránsito del siglo XIX al siglo XX, en la región andina. Si bien nos interesan las formas en que las ideas circulan y transmiten ciertos significados que son apropiados y re-apropiados por ciertos actores en una trama sociocultural en particular, nos importan las prácticas que subyacen a dichas dinámicas. En suma, esta investigación intenta hurgar sobre estos postulados poniendo atención a “la teoría que subyace a la práctica” (Burke 2006 [2004]: 80) y en los análisis de la forma en la que opera la práctica misma del coleccionismo, como una forma de representar el mundo y crear imaginarios materiales (Podgorny, 2005, 2010; Achim y Podgorny, 2013) y científicos (Daston, 2005, 2012; Schaffer 2011).

1.1.1 Aproximaciones sobre nación, nacionalismo e imaginarios nacionales

Nos interesa enfocar la discusión sobre la configuración de un imaginario nacional y el papel de los intelectuales y sus formas de asociacionismo como parte fundamental del análisis. Para ello, uno de los conceptos centrales que utilizaré en la investigación es el de “nación” y “nacionalismo”, desarrollado y reflexionado desde distintas perspectivas (Anderson, 1993 [1983]; Hobsbawm, 2000 [1990]; Gellner, 1998 [1987] y 2006 [1988]; Breuilly, 1990 [1988]; Pérez Vejo, 2003; Hearn, 2006). Según Tomás Pérez Vejo (2003), el concepto de nación, como política y socialmente lo entendemos hoy en día, ha desempeñado un papel preponderante en la humanidad, desde hace más de dos siglos, y es insoslayable de la realidad del hombre moderno. Para Pérez, “la nación no es, se hace”, y en este sentido es necesaria la creación de ficciones de pertenencia que deben crearse en los imaginarios colectivos. Para Gellner, es ineludible entender la nación desde la modernidad y entenderla como una “contingencia”, y como “constructo de las convicciones fidelidades y solidaridades de los hombres” (Gellner, 2006 [1998]: 74).

Por su parte, Hobsbawm considera a la nación como “cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una ‘nación’”; sin embargo, en esta definición, el autor considera que la nación tal y como concibe el nacionalismo puede reconocerse anticipadamente y que la nación real solo puede

reconocerse *a posteriori* (Hobsbawm, 2000 [1990]: 17). Según Breuilly, la nación no tiene una “realidad objetiva” y que es necesario entenderla dentro del marco del Estado moderno, como recipiente de poder, donde el pueblo se convierte en una nación y desde donde se configura en relación con otros Estado-nación (Breuilly, 1990 [1988]: 48).

Cabe destacar que para el caso latinoamericano, el concepto de nación tuvo una genealogía particular, pues la mayor parte de estudios se han interesado en el campo de la construcción de Estado en el siglo XIX⁶ o, como menciona Pérez Vejo (2003), el objetivo historiográfico fue la construcción de un “relato mito-poético y teleológico”, que en el caso de las independencias fueron concebidas como “guerras de liberación nacional”, paradójico para este autor, puesto que las naciones estaban en aquel entonces en construcción⁷.

Entre las investigaciones más importantes en la cuestión de nación es el de Florencia Mallon (1995 y 2002)⁸ para el caso de Perú y México. Esta autora hace hincapié en la importancia de la investigación de la historia de las instituciones y los procesos hegemónicos, ya que a través de estos procesos las relaciones de poder son debatidas, legitimadas y definidas en todos los niveles de la sociedad, de esta manera, según esta autora, quienes se hacen con el poder rigen con coerción y consentimiento (incorporación y represión). Además, Mallon considera, desde el análisis regional, que existen múltiples vertientes del nacionalismo que no son, en este sentido “impuestas” por una clase, sino que son parte de un proceso de negociación y debate entre los distintos actores. Así, concibe el poder político como “interactivo” y vinculado al sentido procesual y de equilibrio dado entre hegemonía y contra hegemonía.

Vinculado al concepto de nación encontramos el concepto de nacionalismo. Benedict Anderson, quizá uno de los autores más reconocidos en el debate del nacionalismo, ha

⁶ Sobre los procesos de construcción de la nación en el siglo XIX, uno de los textos claves es el de Antonio Annino y Francois-Xavier Guerra (2003).

⁷ Para este historiador, el nacionalismo tuvo que ser construido *ex novo*, puesto que la institucionalidad del Estado constituyó el primer reto de la nación. Estas reflexiones son relevantes puesto que el papel de los intelectuales en la construcción de este nacionalismo, a principios del siglo XX, de cara al centenario de las independencias, fue crucial. Por ello, entender esta problemática, en el marco de la construcción de un sentido y trayectoria para la cultura nacional, resulta trascendental dentro de esta investigación.

⁸ La autora trabaja en un estudio comparativo entre la participación de los campesinos en las regiones de Mantaro y Cajamarca en Perú y Puebla y Morelos en México, durante la segunda mitad del siglo XIX, en el marco de la Guerra del Pacífico en los Andes, y el establecimiento del Imperio en México. En este texto analiza los procesos históricos de las regiones en la construcción del nacionalismo.

postulado la comprensión del nacionalismo desde la dimensión de una “comunidad política imaginada”⁹ como inherentemente limitada y soberana. El autor postula que es “imaginada”, en tanto que “los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de la imagen de su comunión” (Anderson, 1993 [1983]: 23). Para explicar cómo se configuran estos imaginarios, Anderson explora el papel que cumplieron herramientas como el mapa (en su cualidad de delimitar los territorios y hacerlos legibles), el censo (al controlar los flujos poblacionales) y el museo (en la creación de imaginarios simbólicos en el relato de la nación) para sustentar estos imaginarios.

En el caso de Gellner (2008 [1988]), el concepto de nacionalismo es fundamentalmente un “principio político” y contingente que sostiene que debe haber “congruencia entre la unidad nacional y la política”. Según este autor, el nacionalismo fluctúa entre el “sentimiento” (estados que genera) y el “movimiento” (impulsado por el sentimiento) que produce múltiples estados en aquellos individuos que se consideran como parte de la nación, desde la perspectiva inclusiva, que pueda o no tener la invocación a “lo nacional”. Por otro lado, Hobsbawm (2000 [1990]) retoma el sentido de nacionalismo utilizado por Gellner, aunque agregando el principio del “deber político” para con la organización política que engloba y representa a tal o cual nación. A la larga, esta se impone por sobre todas las demás obligaciones públicas de cualquier tipo. Desde esta perspectiva, este autor distingue al nacionalismo moderno, señalando que “las naciones no construyen estados y nacionalismos sino que ocurre al revés”. Hobsbawm considera que las naciones y los fenómenos que a ella se asocian “deben analizarse en términos de las condiciones y los requisitos políticos, técnicos, administrativos y de otro tipo” (2000 [1990]: 18).

⁹ Creemos imprescindible incluir en el debate las discusiones propiciadas en torno a la revisión del concepto de Benedict Anderson de “comunidades políticas imaginadas”. En este sentido, la propuesta de François Xavier Guerra resulta relevante, puesto que reflexiona sobre la pertinencia de las tesis andersianas en relación con la importancia dada, por este autor, al “capitalismo de imprenta”, para analizar los procesos independentistas en América Latina. Guerra está interesado en reflexionar acerca de la importancia de la cultura barroca y las maneras en que, por ejemplo, las imágenes y los rituales ocupaban un lugar central en los sistemas de comunicación y en la afirmación de una imagen colectiva y de unos valores particulares. De esta manera, pone en tensión este imaginario barroco colectivo frente al universo de lo escrito, asociado al surgimiento de una esfera de opinión pública política, al que Anderson había puesto en primer lugar. En cierta forma, Guerra quiere balancear el análisis desde estas dos coordenadas, para entender que el proceso de configuración de una comunidad política imaginada es bastante más complejo. (Guerra, 2003: 17).

Para Breuilly (1990 [1988]), el nacionalismo es una “forma política” y considera fundamental enfocar la atención sobre la política en tanto se ocupa del poder; en cierta manera, Breuilly desestima la atención que se ha puesto sobre los aspectos culturales, ideológicos e identitarios en el tema del nacionalismo. Desde esta perspectiva, el interés que marca el nacionalismo es el objetivo de obtener y utilizar el poder del Estado, es decir, cómo opera esta forma política en la implementación de políticas nacionalistas. Por su parte, Hearn (2006) considera que el nacionalismo es la presentación de demandas conjuntas, en nombre de una población, de una identidad, de una jurisdicción y un territorio, que interactúan en distintos niveles y acorde con procesos sociales particulares. Es interesante la alusión que hace a la importancia de la “cultura” en el ámbito del nacionalismo, en tanto, esta es la manera en que todo tipo de fenómenos sociales (idearios, emocionales, institucionales) parecen “mantenerse unidos”, debido a la influencia de centros de organización del poder.

Siguiendo el debate del nacionalismo, es interesante indagar en el concepto de la “identidad nacional” que será retomado por Alan Knight (2000), al cuestionar sus límites en el caso latinoamericano. Este autor sugiere entenderlo dentro de las categorías de “rasgo”, como atributo o característica pasiva, y de “molde”, como aquellos factores activos que implican una causalidad y que tienen cierto poder explicativo, particularmente para el caso mexicano. Para Knight, la identidad nacional es un proceso social, cultural e histórico que es una identidad entre varias y que muchas veces compite con otras. A partir de las perspectivas de Mallon y Knight, es importante comprender que las distintas construcciones identitarias son parte de procesos de negociación y posicionamiento desde diferentes actores, en distintos lugares geográficos y regionales, con intereses políticos, ideológicos y económicos específicos, de cara a la administración central del Estado.

Finalmente, es interesante analizar las formas en las que se interrelaciona la cuestión de la nación con la construcción de un discurso del pasado. Eric Hobsbawm propuso la figura de “la invención de la tradición” para comprender los procesos de “formalización y ritualización” caracterizados por la continua referencia al pasado, “aunque sea sólo al imponer la repetición” (Hobsbawm, 2002 [1983]: 10). En cierta forma, para este autor, el pasado es el centro de su reflexión, puesto que legitima la acción y puede cohesionar al grupo a través de un sinnúmero de estrategias. En esta línea de análisis tenemos los

trabajos de Rebeca Earle (2002, 2006, 2008) que reflexionan sobre los nacionalismos y las “ficciones orientadoras” acerca del pasado y los orígenes. Para esta autora, las formas inestables de apropiación del pasado, por ejemplo del indígena, ponían de manifiesto una serie de intereses de las elites locales por presentar los orígenes de la nación y por reforzar las “ambiciones nacionalistas” (Earle, 2008: 12). Por ejemplo, en la época de la independencia, el uso de los motivos indígenas enfatizaba un pasado legítimo al “sugerir la existencia de una historia autónoma previa a la conquista española (2008: 18).

1.2 Categorías de análisis: agencia intelectual, prácticas y sociabilidad

En este punto queremos precisar algunas categorías de análisis fundamentales en nuestra investigación. En primer lugar, para ahondar la relación entre intelectual y formas de producción del conocimiento, incorporamos el concepto de agencia –*agency* en su acepción inglesa– a partir de la *teoría de la estructuración* de Anthony Giddens. Este autor considera que la agencia supone la capacidad de acción o de actuación de los actores, sean ellos individuales y/o colectivos, frente a circunstancias estructurales que constriñen o dominan, pero que a la vez posibilitan la acción. La agencia siempre tendrá una relación con el poder, en tanto, “esto presupone que ser un agente es ser capaz de desplegar (repetidamente, en el fluir de la vida diaria) un espectro de poderes causales, incluido el poder de influir sobre el desplegado por otros. Una acción nace de la aptitud del individuo para ‘producir una diferencia’ en un estado de cosas o curso de sucesos preexistentes” (Giddens, 2003 [1984]: 51).

Por ello, la agencia no es precisamente la intencionalidad *en sí misma* sino la capacidad de intervención, de tal manera que la acción implicaría poder en el sentido de “actitud transformadora”, es decir, de *poder hacer* dentro de un flujo de acontecimientos. Debemos señalar también que Giddens pone un acento en las potencialidades de los actores para tener una “comprensión teórica” continua sobre los fundamentos de su actividad, lo que les permite elaborar o “aducir discursivamente razones” para explicar los “ítems particulares de conducta” (Giddens, 2003 [1984]: 43). Finalmente, frente a la agencia, Giddens plantea la necesidad del estudio de las contextualidades de una interacción. Esto implica entender los límites espacio-temporales en torno de “urdimbres de interacción”, es decir, cómo operan las relaciones entre estos agentes,

además de tener en cuenta cuál es “la copresencia de actores que hacen posible la visibilidad de una diversidad de expresiones”, y, finalmente, un “empleo reflexivo de estos fenómenos para influir o gobernar el decurso de la interacción” (Giddens, 2003 [1984]: 308). Si pensamos en la producción de conocimiento, por ejemplo, nos interesa abrir la lectura desde esta dimensión de agencia intelectual hacia las formas en las que se produjo tal conocimiento: quién, cómo, por qué, y en qué circunstancias y, en nuestro caso en particular, cómo esta producción de conocimiento se articuló con agendas en el plano científico y con prácticas, como el coleccionismo, que se vincularon con dinámicas transatlánticas.

En segundo lugar, creemos importante entender la relación entre campo y *habitus* para acercarse a la noción de agencia. Para este autor, “un campo es un sistema estructurado de fuerzas objetivas, [y] una configuración relacional, dotada de una gravedad específica, capaz de imponerse a todos los objetos y agentes que penetran en ella” (Bourdieu, 1995: 24). Es, simultáneamente, un espacio de conflictos y competición – guerra de posiciones- en donde el progreso de las luchas, la forma y las divisiones mismas del campo, se convierten en *una postura central* y modifican la distribución y el peso relativo de las formas de capital. El *habitus* es un mecanismo estructurador y estructurante que opera dentro de los agentes, como un “sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas, predispuestas para funcionar como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones” (Bourdieu 1995: 92), vinculado con la dinámica del campo. Así, la agencia se articula al *habitus*, en la medida en que este último alude a un conjunto de relaciones históricas depositadas en los cuerpos individuales, bajo la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción.

Desde esta perspectiva, la agencia intelectual se articula a la práctica, entendida como formas culturales que no tienen un significado fijo (De Certeau citado por Hering y Pérez, 2012: 27). En “estas maneras de hacer”, se constituyen mil prácticas reapropiadas en un espacio determinado, que a la vez ponen en juego un “ratio popular” y “una manera de pensar investida de una manera de actuar, un arte de combinar indisociable de un arte de utilizar” (De Certeau, 2000 [1990]: 44-45). Así, las prácticas del coleccionismo pueden entenderse como escenarios de negociación de significados, de generación de valores y sentidos, de la fijación o instrumentalización de los objetos

que funcionarán como dispositivos para el aprendizaje de la historia y la nación, particularmente aquellos vinculados a la creación de una conciencia histórica y una definición del tiempo histórico que darán luz a la posibilidad de pensar en la construcción de un sentido de cultura nacional.

Como bien lo señalamos anteriormente, estamos ante la “creación de un imaginario nacional material” (Podgorny, 2010; 2005). Para nuestro caso, este imaginario se vincula con las prácticas y re-significaciones de los objetos, a través de distintas agencias intelectuales que interactúan en el escenario público y de las posibilidades generadas desde y por el Estado, así como de contingencias específicas desde el mundo privado. De esta forma, el imaginario nacional, en tanto social, será entendido como el conjunto de representaciones y prácticas colectivas, por medio de las cuales cada sociedad y cultura elabora una imagen de sí misma que asegura su cohesión y que, por tanto, hace posible su funcionamiento.

Consideramos, acorde con la perspectiva de Stephanie Gänger, que las antigüedades son categorías, no objetos de colección específicos y que los discursos de quienes trabajan con ellas –antiquarios, historiadores, arqueólogos– construyen y crean varios significados para estos vestigios, significados que, a su vez, son activados en las acciones de intercambio, así como, de circulación que se promueven (Gänger, 2014: 6). Así, dentro de la tríada ciencia-conocimiento-objeto se articulan una serie de lenguajes y prácticas que encarnan gestos, escenarios y lugares de diálogo a partir de los cuales se pueden entender las dinámicas asociadas al tránsito de objetos, sea su recolección, el saqueo, la huaquería, la publicación de catálogos, la exhibición, los ejercicios colaborativos del científico y sus intercambios con su comunidad científica, entre otros. En este sentido, como lo ha señalado Roger Chartier, es necesario “prestar así atención a las condiciones y a los procesos que, muy concretamente, llevan las operaciones de construcción del sentido”, reconociendo “que ni las inteligencias ni las ideas son desencarnadas y, contra los pensamientos de lo universal, que las categorías dadas como invariables, ya sean filosóficas o fenomenológicas, deben construirse en la discontinuidad de las trayectorias históricas” (Chartier, 1999: 53).

A partir de esta perspectiva es importante entender el papel de los sujetos, en este caso intelectuales, como agentes de producción de significados, para comprender de qué

manera los individuos intentan dar un orden al mundo a través de sus discursos pero también de sus prácticas. En este punto es importante retomar el concepto de representación, que Louis Marin ya había enunciado, en tanto comprender la “representación moderna” como aquella que toma en consideración la doble dimensión de su dispositivo, es decir, la dimensión transitiva o transparente del enunciado, como “toda representación representa algo” y la dimensión “reflexiva” u opacidad enunciativa, “toda representación se presenta representando algo” (Marin en Chartier, 2006 [1996]: 80).

Los postulados en torno al problema de la representación enunciados por Marin permiten plantear el interrogante sobre la forma cómo los individuos perciben, construyen y representan una realidad, vinculados con aquellas prácticas o signos que ayudan a hacer o exhibir un modo de ser en el mundo y cómo las formas institucionales “presentifican” la coherencia de una comunidad, la carga simbólica o la permanencia de un poder (Chartier, 2006 [1996]: 84). En esta medida, una práctica es una representación y el desciframiento de las reglas que gobiernan o están sujetas a las dinámicas de estas prácticas será una condición necesaria para la comprensión de la representación de dichas prácticas. En suma, desde la perspectiva de Marin, el análisis de la representación y su materialidad es imprescindible para reflexionar sobre los entramados simbólicos que producen significados y la constitución de sentidos en disputa para esa materialidad.

Finalmente, se incorpora en este análisis el concepto de sociabilidad moderna, postulado por el historiador francés Maurice Agulhon (2009). La sociabilidad¹⁰ es un tipo de vínculo social asentado en el sistema de relaciones que se establecen entre distintos sujetos y permite la constitución de sentimiento de pertenencia entre sus integrantes. Agulhon caracterizó a las formas de sociabilidad desde su naturaleza informal y formal, marcando esta distinción sobre todo por la necesidad de establecer una diferencia con la idea de “asociacionismo”, que siempre implica que exista una “voluntad” por parte de los individuos de “asociarse”. Por esta razón, este autor caracteriza a la sociabilidad como un proceso de vínculo, en donde parece ser que todo se encadena: “cuando un grupo de amigos del mismo oficio conversa, termina hablando de su oficio, y cuando

¹⁰ Sobre la sociabilidad tenemos, entre otros, los textos del historiador Roger Chartier (1995 y 1998)..

habla de su oficio, termina hablando de los estudios y de la defensa del oficio, si aún no existe ninguna otra institución con ese fin” (Agulhon, 2009: 113).

Las lecturas sobre sociabilidad en América Latina han puesto un acento en el tipo de sociabilidad política ligada a los fenómenos de la independencia o al ingreso del liberalismo¹¹. Nosotros nos adherimos a la tesis de Pilar González, quien considera que el movimiento asociativo moderno, es decir, las formas contractuales “fueron un factor de transformación de la sociedad y de las representaciones que esta se daba de sí misma. En este sentido, sirvieron para vehiculizar una nueva representación de la colectividad como sociedad nacional” (González, 2008: 36)¹². Empero, nosotros intentaremos hablar de cómo las sociabilidades –y en casos particulares aquellas ligadas al ámbito científico– fueron determinantes en la generación de una representación sobre el pasado y la promoción de un imaginario ligado al cultivo de un tipo de cultura nacional. Además, estas sociabilidades normaron y dictaron coordenadas sobre un cierto tipo de uso de los vestigios del pasado, una mirada sobre los objetos, una manera de conservarlos, un lugar para exhibirlos con una autoridad legítima sobre ellos.

1.2.1 Sobre historias cruzadas: de la historia comparada al juego de escalas

El seguir los hilos de ciertas trayectorias intelectuales andinas ha estado conectado a la necesidad de deambular en varias escalas de análisis, tomando en cuenta que el coleccionismo y la ciencia son fenómenos que se encuentran en un constante flujo que traspasa los escenarios del Estado-nación. Creemos necesario abrir este debate para ubicar la problemática desde donde trabaja nuestra tesis. La necesidad del análisis del tiempo histórico, y de cómo este se ancla a las perspectivas analíticas, ha estado presente en la historiografía (Burke, 2007; Bourdieu, 2000; Sartori y Morlino, 1999; Sztompk, 1995; Tilly, 1984). En esta ocasión queremos presentar un repaso de varias posturas en torno al uso del método comparativo y de las distintas dimensiones vinculadas al análisis de lo micro y macro en la historia, que nos posibiliten la apertura

¹¹ Óscar Guarín-Martínez ha puntualizado sobre este tema. Para él, el concepto de sociabilidad atraviesa algunas tradiciones de historia política latinoamericana –por ejemplo la vasta producción de François Xavier Guerra– y ha estado interesado en las formas de intercambio de conocimiento y de relaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Véase, Guarín-Martínez (2010). Otros autores han trabajado también sobre esta particularidad como Paula Bruno (2012); Pilar González Bernaldo de Quirós (2008); Hilda Sabato (2008); Pilar García Jordán y Gabriela Dalla-Corte (2006), entre otros relevantes.

¹² Las cursivas son nuestras.

a la discusión contemporánea –desde la perspectiva de la Historia Cultural– sobre los conceptos de cruzamiento y la conexión en la reflexión del pasado.

La manera en cómo se introduce el análisis de lo social y la temporalidad histórica ha sido una preocupación continua para disciplinas como la sociología y la historia. Peter Burke (2007) señalaba ya la necesidad de hurgar en aquel complicado “diálogo de sordos”, entre los historiadores y sociólogos, a la hora de reflexionar categorías como las del “cambio social” o el uso del método comparativo para el estudio del pasado (Burke, 2007 [2005]: 41). Por su parte, Bourdieu planteó la importancia que tuvo el modelo weberiano, en los *análisis comparativos a largo plazo*, sobre todo para el estudio del nacionalismo alemán, amparado por una lectura mucho más amplia en clave “comparada”. La influencia de Weber, en este sentido, es crucial porque aporta desde la posibilidad de uso de este marco, la apertura hacia una exploración de las ausencias y de aquello que ha sido desplazado fuera del discurso histórico (Bourdieu, 2000: 185-186).

En 1928, el historiador Marc Bloch (1992 [1928]) en su artículo *Pour une histoire comparée des sociétés*, apuntó la necesidad de pensar el método comparativo en la disciplina histórica. Dentro de su experticia –el trabajo sobre temas medievales– propuso una suerte de revisión sobre las aperturas, posibilidades y límites del análisis comparado, así como de la necesidad de su utilización en la historia contemporánea de la época. Este intelectual demostró la relevancia de entender las “transformaciones” y las distintas “influencias” ejercidas por los grupos sociales en distintos momentos de su pasado y, de esta manera, situó al ejercicio del establecimiento de analogías y diferencias como elemento articulador en un análisis relacional¹³. Así, Bloch propuso al método comparativo como una apertura hacia una comprensión *más allá* de las causas locales, que permitiría el descubrimiento de una supuesta “originalidad” de las diferentes sociedades en contextos ampliados.

Sin duda, Bloch retomó los presupuestos abiertos por la lingüística comparada –como él mismo lo menciona– de aquellos años, que planteaba el estudio comparativo de las lenguas en búsqueda de las filiaciones lingüísticas. Nuestro autor sugería que la aplicación en el campo de la historia, no sólo podría revelar las “interacciones” antes no conocidas en los escenarios humanos, sino también establecer nuevos “lazos” de grupos

¹³ Artículo originalmente publicado en la *Revue de Synthèse Historique*, diciembre de 1928. Véase, Marc Bloch (1992 [1928]).

que no sospechábamos que tenían conexión, esto permitiría “dar un verdadero paso adelante en la emocionante búsqueda de las causas”¹⁴. Así, Bloch marcaba un nuevo horizonte hacia la comprensión del pasado mismo, desde una dirección que articularía aquellos trabajos anclados en un nivel de lo local en un universo social más vasto.

Uno de los conceptos fundamentales planteados en la primera mitad del siglo XX, en la disciplina histórica, fue el de “larga duración”, producto de la clásica investigación que hiciera Fernand Braudel titulada *Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, publicada en una primera edición hacia 1949. Este autor, a partir de una lectura crítica de la noción del “acontecimiento” *–événementiel–* en la producción historiográfica, plantea el análisis del tiempo histórico a partir de la metáfora de “sumergirse” y “bucear” en medio de las olas. Desde esta fórmula Braudel reflexiona alrededor de las “estructuras” que yacen en el fondo de este océano en clave histórica, “éstas son “un ensamblaje, una arquitectura; pero más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar” (Braudel, 1993 [1949]: 60). La larga duración aparece entonces como la posibilidad de reconocer “los encuadramientos mentales” que nos encontramos en el devenir del tiempo; es un espacio pensado en el “límite de lo móvil” pero a través del cual circunda y gravita todo. El autor caracteriza la *longue durée* y sus fragmentaciones, que se reúnen el trabajo del historiador: la larga duración, coyuntura y acontecimiento participan y se miden en una “misma escala”, operando en un entramado que permite introducirnos “espiritualmente” y simultáneamente entre ellos.

En este punto es importante retomar las discusiones propuestas por Norbert Elías vinculadas al análisis del pasado desde una lectura que incorpora elementos claves de la sociología y la historia a mediados del siglo XX. Para este intelectual es imprescindible encarar en el trabajo con el pasado el sentido procesual de los fenómenos sociales con un acento particular en las modificaciones a largo plazo, guiado por la comprensión de las coacciones externas y coacciones internas. El autor devuelve al sujeto al escenario del análisis, al comprender que “su individualidad juega un papel esencial” (Elías, 2012 [1969]: 41), esto siempre ligado a la cadena compleja de interdependencias –visto desde

¹⁴ Cabe destacar que Burke señala la relación de las reflexiones de Bloch con el método comparativo desde la perspectiva durkheimiana, así como de los seguidores de la lingüística como Antoine Meillet. El famoso trabajo de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos* de 1924 era una “comparación” entre vecinos: Inglaterra y Francia, en donde se creía que sus gobernantes tenían el poder de curar la enfermedad de las escrófulas tocando al doliente (Burke, 2007 [2005]: 43).

el concepto de figuración– a la cual pertenece y que permite, en palabras del autor, la condición misma de su posible reproducción. En sus trabajos de *El proceso de la civilización y la Sociedad Cortesana*¹⁵, Elías postula un análisis de “larga duración” a partir de las formaciones sociales y de la agencia de los sujetos a través de los cuales se pueden vislumbrar las maneras en que estas “formas sociales” se perpetúan en el tiempo. Así, las estructuras individuales y las estructuras sociales se verán en su capacidad de mutabilidad y de flujo continuo.

La llamada *sociología histórica* ha recogido varias directrices que nos ayudan a una reflexión del pasado que complejiza el universo de lo social a través del lente histórico. Entre los autores más destacados están el propio Norbert Elías –el cual ha sido retomado dentro de las perspectivas de la Historia Cultural- así como Abrams (1982), Tilly (1984), Lloyd (1988) y Giddens (2006), quienes establecen una serie de miradas alrededor del diálogo entre Historia y Sociología, particularmente articuladas al análisis de conceptos claves como cambio histórico, el sentido procesual en la historia y el vínculo entre la acción social y la estructura. Por ejemplo, para Philip Abrams (1982)¹⁶, “el mundo social es esencialmente histórico”; así el autor retoma la importancia de pensar la relación de acción y estructura en una dimensión necesariamente histórica, porque la relación entre la actividad personal y la experiencia es vista en consonancia con la organización social, factores ambos que se construyen continuamente en el tiempo. En este sentido, “la fuerza motriz última de la historia es, por tanto, la dialéctica de la agencia humana y el curso de la historia es marcado por la dialéctica de la estructuración” (Sztompka, 1995: 233); en consecuencia, el tiempo, más allá de una postura que se visibiliza en la diacronía y sincronía, es un devenir construido por individuos que son construidos y construyen históricamente a la sociedad.

Por su parte Charles Tilly (1984) entiende el proceso histórico a partir de una lectura pluralista y diferenciada que combina distintos procesos que se solapan, que se complementan de forma conflictiva y que van en paralelo (Tilly en Sztompka 1995: 234). Para este autor, la lógica de la comparación se adscribe más al análisis de las grandes estructuras y amplios procesos; es en esta dimensión que el autor problematiza

¹⁵ La primera edición alemana de *La Sociedad Cortesana* es del año 1969; *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, de 1968, aunque fue redactado en la década de los cuarenta.

¹⁶ Capítulo 1 del libro de Philip Abrams, *Historical Sociology*, titulado “Introduction: sociology as history”, Cornell University Press, Ithaca, 1982, pp. 1-17.

la categoría de cambio social, puesto que la “realidad” no se entiende como algo dado, o un sistema, sino como dependiente de las múltiples realidades presentes en las relaciones sociales que se constituyen en un *flujo de redes* variables localizadas a nivel macro y micro: “No existe cambio social en general. Existen muchos procesos de cambio a gran escala [son] procesos que ocurren de maneras definibles y coherentes, el cambio social no” (Tilly, 1984: 51). Finalmente, Lloyd (1988) se inserta en la discusión al cuestionar la característica misma del presente, como algo que está “deviniendo” del pasado (Sztompka 1995: 235), en esta relación pondera el papel de la agencia humana en la capacidad de acción voluntaria e involuntaria desplegada en la estructura.

1.2.1.1 Cruces de tiempos, conexiones de historias

Esta investigación doctoral parte de la propuesta de insertarnos en el análisis a través del marco de la *histoire croisée* (Werner y Zimmermann, 2003) y la de *connected histories* (Subramanyam, 1997; Gruzinski, 2004). Esto responde a la misma dinámica de la configuración de nuestro objeto de estudio: las prácticas científicas y el coleccionismo como lugares problemáticos de flujos, intercambios y de configuración de redes. Ambos fenómenos tienen anclajes diversos que van de ida y vuelta entre lo que podríamos llamar de manera genérica “la(s) metrópolis” y “la(s) periferias”. Tenemos que aclarar que no asumimos esta dicotomía como supuesto conceptual determinado, puesto que nuestro acercamiento a la complejidad histórica está anclada a la posibilidad entender este como un ejercicio de cruce y conexión, es decir, como una “actividad cognitiva estructurante” que, a través de diversas operaciones de encuadre o de construcción de una malla analítica, erigen un espacio de comprensión de la realidad social (Werner y Zimmermann, 2003: 17).

Mirar estos procesos de “occidentalización” –ligados por ejemplo en nuestro caso al coleccionismo y a la ciencia– desde una mirada crítica supone alejarnos de las “suposiciones etnocéntricas” o “eurocéntricas”, o mejor dicho, localizar los puntos de conflicto y tensión en sus pretensiones explicativas de la trama global, o como lo menciona Roger Chartier, es necesario para “evitar falsos debates sobre la supuesta superioridad epistemológica de tal o cual observación: la referencia otorgada a una u otra depende de lo que el historiador desea ver” (Chartier, 2007: 76). Además, Chartier señala el carácter “morfológico” de la historia comparada, ya que esta se encarga del estudio y la descripción de las formas externas de un objeto (Chartier, 2001: 121). Por

ello, en esta investigación no se apela estrictamente a un método comparativo, puesto que entendemos que este es una operación cognitiva que privilegia el análisis sincrónico y el estudio de sus transferencias en el plano de la diacronía y, en consecuencia, la comparación se funda sobre hipótesis de unidades de análisis estables y no en los procesos en constante transformación.

Como bien lo señala Subrahmanyam (1997) desde su perspectiva de *connected histories*, lo que se busca es pensar al espacio desde su flexibilidad y entender que las relaciones –o lo que se han visto como relaciones netamente de explotación entre centros y periferias– son vínculos que muestran una serie de complejas redes en la que circulan flujos de distintos tipos, superando las visiones mecánicas, estáticas, de causalidad histórica y de unidades de comparación que ha tendido la historia comparativa¹⁷. Para este historiador hindú es importante desmontar la “visión tradicional” de la historiografía europea sobre, en su caso específico de análisis, el mundo asiático. De esta manera, las historias de estos procesos de colonización - principalmente aquellos ligados a fenómenos de conquista, o aquellos vinculados al llamado “imperialismo decimonónico”- no pueden ser vistos como polos de acción determinantes entre poderosos y subordinados, sino como procesos de una rica complejidad social, negociación, transferencia y tensión.

Subrahmanyam propone una lectura crítica sobre las matrices a través de las cuales se ha fundamentado la historiografía, por ejemplo, en la misma construcción de aquello que denominamos como “edad moderna”, a la que reconoce como una trayectoria netamente europeizante que pretende abarcar la comprensión de la realidad en el ámbito global. Por otra parte, el autor señala la necesidad de una revisión crítica a los denominados *Area Studies*, enfocados en una mirada ligada al Estado-nación, poniendo en la palestra la discusión sobre los nacionalismos y la etnografía histórica:

“El nacionalismo nos ha cegado la posibilidad de una etnografía conectada e histórica, ya sea en una de sus variantes occidentales del alto Orientalismo, o en la práctica en el Este, ha ayudado e instigado este infortunado proceso. La verdad sobre cierta etnografía ha sido siempre

¹⁷ Por ejemplo, como bien lo señala Ligia Coehlo, en el caso de historiadores como Magnus Morner, Julia Fawaz y John French, en su trabajo *Comparative aproches to Latin American History*, publicado en 1982, se puede ver una preferencia a comparar: esclavitud, relaciones raciales, fronteras, etc. Bajo esta perspectiva, se formula generalización y se presenta singularidades a partir de observación de diferencias, con una tendencia a realizar explicaciones causales que pretende llegar a generalizaciones y va en dirección de construir modelos. Véase, Ligia Coehlo Prado (2012).

enfatar la diferencia y más usualmente la posición de superioridad del observador sobre el observado (salvo en situaciones donde el observador colonizado haya internalizado alguno de sus valores y haya encontrado él mismo y su propia sociedad deseando esas medidas). Al mismo tiempo, esta etnografía fue producto de cierto fenómeno característico de la modernidad temprana, la intensificación del viaje, el deseo de ser capaz de mapear el mundo y su integridad y de localizar cada “especie” humana en su nicho, y así, separar lo civilizado de lo incivilizado, así como de distinguir diferentes grados de civilización” (Subrahmanyam, 1997: 761)¹⁸.

Para el caso de Serge Gruzinski, la consideración del “choque de la conquista” y del proceso de occidentalización¹⁹, acaecido por oleadas sucesivas del siglo XVI al siglo XIX, ha sido caracterizado por un conjunto de medios de dominación introducidos en América por Europa del Renacimiento: la religión católica, los mecanismos de mercado, el cañón, el libro o la imagen” (Gruzinski, 2007 [1999]: 107). Este tipo de dominación atraviesa varios planos, desde el político hasta el cultural y material, caracterizando los roles que fueron especificados para que dicha empresa colonial pudiera funcionar a través de un aparato administrativo que proporcionó las herramientas para el reconocimiento y gestión de las poblaciones, desde estrategias religiosas (lucha contra los infieles), la circulación de un cierto tipo de “elites católicas” en ambos lados del Atlántico que sostienen lazos planetarios²⁰ y la colonización de imaginarios”, así como la implantación de un modelo de vida al estilo ibérico.

Gruzinski se interesará en abordar desde una perspectiva múltiple los horizontes intercontinentales. Por ello, su propuesta de lectura de la mundialización vista en la complejidad de aprehender los universos de las “cuatro partes del mundo”, intentará

¹⁸ Original del inglés: “Nationalism has blinded us to the possibility of connection, and historical ethnography, whether in one of its western variants of high Orientalism, or whether practised in the East, has aided and abetted this unfortunate process. The thrust of such ethnography has always been to emphasize difference, and more usually the positional superiority of the observer over the observed (save in particular situations where the 'colonized' observer had internalized someone else's values, and found himself and his own society wanting by those measures). At the same time, this ethnography itself was the product of certain characteristically early modern phenomena, the intensification of travel, the desire to be able to map the world in its entirety and locate each human 'species' in its niche, and thus, to separate the civilized from the uncivilized, as well as to distinguish different degrees of civilization”.

¹⁹ Serge Gruzinski ha señalado lo complejo del proceso de conquista, para este autor, en el triple contexto de la Conquista, de la occidentalización y del mimetismo, aparece el mestizaje primero como una reacción de supervivencia ante una situación inestable, imprevista y ampliamente imprevisible, en este sentido, todas responden a este estado de fragmentación (Gruzinski, 2007 [1999]: 126).

²⁰ Gruzinski pone un acento especial en la circulación de elites en ambos hemisferios y latitudes, entre los que están Martín Ignacio de Loyola, el criollo mexicano Rodrigo de Vivero, Salvador Correia de Sá e Benavides o el poeta Bernardo de Balbuena, quienes registraron a través de escritos sus experiencias en estos contextos. Para este autor, la mundialización no se reduce a la circulación, sino que implica fuerzas mucho más complejas que confirman la dominación ibérica a escala planetaria (Gruzinski, 2010 [2004]: 319).

modificar los formatos habituales de nuestro pensamiento y las maneras de recordar el pasado que, desde esta perspectiva, se encontrarán trastornadas. (Gruzinski, 2010 [2004]: 41). Su postulado revisa las propuestas realizadas por Pierre Chaunu, relativas a los “desenclavamientos” planetarios, y por Fernand Braudel en relación con el problema del contacto de las civilizaciones y las culturas, en su clásico libro del Mediterráneo. En este sentido, Gruzinski se pregunta, cómo y a qué precio los mundos se articulan. Este autor busca las conexiones históricas y reconoce en ellas la multiplicidad de sus formas de relacionamiento. Para esto es imprescindible la reflexión sobre las escalas, en qué registros y espacios se debe intervenir para analizar estos “contactos” y “recubrimientos”.

Como bien lo señala la historiadora Ligia Coelho, Gruzinski propone una crítica a dicho modelo comparativo al evitar la noción de polos, uno determinante y otro subordinado, y al entender la dinámica de las historias como múltiples, plurales, conectadas entre sí y que pueden comunicarse unas con las otras (Coelho, 2012: 16). Este autor critica a la historia comparada, los criterios que utiliza, la elección de objetos a comparar, los determinismos escogidos, el surgimiento y construcción del Estado, las interpretaciones y problemáticas subyacentes, puesto que en esta perspectiva, lo que la historia comparada hace es reforzar la visión eurocéntrica.

Desde este punto de vista se precisa comprender que las “historias conectadas” responden a problemas de complejidad más vastos que el universo de lo “local”, aunque sin duda, la pertinencia de este movimiento de lo macro a lo micro es esencial, vale la pena, como lo sugieren Zárate y Gruzinski (2008), entender que estos pertenecen a conjuntos políticos y espacios socioculturales de circulaciones e intercambios con procesos de proyección e interés internacional o planetaria, que aparecen en ciertos momentos de la historia. Conviene aclarar la importancia que tienen las “cadenas de interdependencia” que logran, como lo mencionaría Gruzinski, vincular a los distintos individuos, comunidades en un espacio “fragmentado y discontinuo pero gobernado por una misma autoridad política” (Gruzinski en Chartier, 2007 [1999]: 79). Por ello, la comprensión de esta globalidad “apunta a determinar las articulaciones entre las distintas espacialidades históricas y a precisar el encuentro o la sobre imposición de temporalidades, con las cadencias que le son propias” (Fazio, 2009: 303). En este

punto creemos necesario ubicar el análisis de escalas que propondremos a lo largo de este trabajo, como un aparataje que nos permitirá ubicar los enclaves de análisis.

1.2.1.2 Juego de escalas

Estas conexiones sugieren un estudio en “escalas múltiples”, en las que el historiador “tendría que convertirse en una especie de electricista encargado de restablecer y restaurar las conexiones internacionales e intercontinentales que ignoraron tantas veces las historiografías nacionales, desligaron o escondieron, al reforzar o tapiar sus respectivas fronteras.” (Zárate y Gruzinski, 2008: 52) Desde esta perspectiva, Werner y Zimmermann procuran no mirar la comparación sólo como una función de oposición binaria de diferencias y similitudes entre unidades estables, sino entender su sentido procesual y su historicidad.

La comparación, como lo habíamos mencionado, supone un corte sincrónico o un punto de parada en el devenir temporal, igualmente si la comparación trata de procesos de transformación o en las comparaciones de tiempo (Werner y Zimmermann, 2004: 18) siempre privilegiando el plano sincrónico. Cuando nos referimos a las *transferencias* nos localizamos claramente en una perspectiva diacrónica, donde la escala temporal retenida presupone un proceso que se desarrolla en el tiempo, no analiza unidades consideradas como estables sino que estudia las transiciones.

El análisis de las variaciones de las escalas se vincula con la manera en que, “en cada escala, se ven cosas que no se ven en otra escala, y cada visión tiene sus razones” (Ricoeur citado por Chartier, 2007: 76). Las escalas, entonces, son parte esencial del análisis y dan cuenta de la pluralidad de escenas de lógicas y de interacciones del *objeto de análisis*, al insertar su complejidad en una temporalidad particular y sus interacciones en la dimensión de lo micro y macro. En el presente estudio, como la ciencia y el coleccionismo cruzan distintos escenarios y operan bajo distintas prácticas de actores específicos, los *intelectuales-coleccionistas* se asientan y materializan en el accionar de distintas unidades, prácticas, discursos, formas de sociabilidad intelectual o instituciones de tipo cultural.

Dentro de este entramado nos enfrentamos a un reconocimiento del universo de análisis que cruza varios escenarios, en donde las historias son múltiples, plurales y están

conectadas entre sí y pueden comunicarse unas con las otras. Como señalan Werner y Zimmermann, lo *transnacional*:

“no puede ser considerado como un nivel de análisis suplementario que se añade a lo local, regional o nacional, según una lógica de cambio de enfoque. Este debe ser aprehendido como un nivel que se constituye en interacción con los precedentes y que genera lógicas propias, con efectos nuevos sobre las otras lógicas de estructuración del espacio” (Werner y Zimmermann, 2003: 22-23)²¹.

Así, según estos autores, en el análisis de escalas se toma en cuenta la diversidad de transacciones, negociaciones y reinterpretaciones que se juegan sobre los distintos escenarios y que contribuyen a la formación de una historia. Debemos anotar, además, que el ejercicio de “inducción pragmática” (Werner y Zimmermann, 2003: 23), que determina el juego de estudio en escalas, constituye una malla analítica que permite conjugar el tiempo largo de las estructuras con las coyunturas cortas de acción, sobre la base de la actividad social, las relaciones, dinámicas entre la acción y la estructura.

Por último, valdría la pena retomar una reflexión respecto al marco de historias conectadas del historiador Jean-Paul Zuniga, quien considera que la lógica de la “conexión” se fundamenta en el espejismo de la web, la red interplanetaria, la red eléctrica, en la medida en que esta red “no se agota en un conjunto de conexiones”; así, las conexiones solo constituyen la trama, según Zuniga, pero no son su alimentación: “una trama no deviene red salvo que haya circulación real”. En consecuencia, este autor sugiere que los tipos de transferencia y los vínculos determinan su “densidad”; por ello, en el espacio de “las conexiones posibles y reales, la calidad y la densidad de los vínculos que existen forman grumos, espacios de fuerte interconexión, que develan la existencia de espacios de negociación y de intercambio” (Zuniga citado por Fazio, 2009: 312). Este tipo de aclaraciones son válidas para la comprensión de cómo entablamos estas relaciones y las desplegamos en el horizonte del análisis histórico, en sus sentidos procesuales y en los nexos que establecemos en el trabajo con nuestro objeto de estudio.

²¹ La traducción es nuestra.

1.3 Metodología de la investigación

Esta investigación histórica trabaja desde el horizonte cualitativo. Cuando se asumía el reto de una historia ampliada, es decir, más allá del horizonte del Estado-nación, sabíamos que estábamos entrando en un escenario complejo de trabajo. Este desafío exigía una constante revisión teórica y conceptual que pudiera apoyar la construcción de nuestro objeto de estudio, no desde la perspectiva comparada, sino como una historia cruzada. Aparentemente, esto, que parece un simple juego de palabras, tiene una profunda densidad en el cambio del enfoque analítico y, por supuesto, del trabajo con las fuentes, el alcance de la indagación, el abordaje del objeto de estudio, así como de la construcción del tema y de su problemática.

El estudio de tres realidades en Colombia, Ecuador y Perú, sus cruces regionales y transatlánticos, supusieron no sólo una serie de retos profesionales sino también personales en cuanto al reconocimiento de otras realidades, acceso a los acervos documentales, experiencias e historias compartidas, innumerable bibliografía especializada y el reconocimiento de la pervivencia de legados historiográficos, etc. En nuestro caso, habíamos aprendido en nuestra formación profesional a trabajar bajo la óptica del Estado-nación y particularmente de la historia del Ecuador: sus procesos, la historia del Estado, la institucionalidad vigente en las distintas épocas, entre muchas otras temáticas. Cuando empezamos a investigar dentro del enfoque de la Historia Cultural y, particularmente, al asumir otras características de las nuevas corrientes historiográficas con la *histoire croisée* o *connected histories*, nos dimos cuenta de la complejidad del trabajo que teníamos en frente.

La peculiaridad de la temática, situada entre el coleccionismo y la ciencia, ambos fenómenos ligados a grandes flujos de información, circulación de ideas y tránsito de objetos, nos hizo tomar en cuenta varios puntos importantes. Por una parte, optamos por la reflexión desde las historias cruzadas para alcanzar a establecer una malla analítica que nos permita generar conexiones de realidades distintas pero cercanas en muchos sentidos. Esto suponía reconocer escenarios de movibilidades múltiples de personajes e ideas, anclados a una serie de condicionamientos sociales, económicos, políticos y culturales. Por otra parte, seguimos algunos hilos de esta compleja trama en la que se desarrollan una serie de prácticas ligadas a formas de ver y construir un

contexto nacional específico, y de ciertas resonancias más allá de dichos entornos.

Al conectar experiencias en los distintos países, pudimos darnos cuenta de cómo ciertas empresas, como por ejemplo, las de la minería, habían sido enclaves importantes en una aproximación al mundo de los objetos arqueológicos y la producción de conocimiento sobre ellos. Aunque la relación no es estrictamente directa al objeto de la exploración, sí lo era con respecto a los intereses que se movían *por y desde* el territorio, además de constituirse en focos de construcción de un imaginario de “riquezas” nacionales.

Cuando pensamos desde la categoría de *escalas* en nuestro análisis, lo transatlántico, lo regional y lo local, además de la importancia otorgada a la agencia intelectual de actores específicos, nos cuestionamos sobre el tipo de fuentes que tendríamos que utilizar y cómo abordarlas en el plano práctico del trabajo de campo. El análisis de escalas suponía tener en cuenta los procesos que se desarrollan en distintos niveles desde un lugar de partida, que podría ser en una lectura de la trayectoria personal de cada intelectual indagado, desde el trabajo biográfico, sus redes y formas de sociabilidad, hacia el Estado-nación, el escenario regional y transatlántico. Más que ubicar puntos de primacía en estas instancias, se buscó ingresar en las interacciones amparadas en la materialidad, en aquellos objetos o prácticas asociadas a ellos, que en momentos fueron utilizados para generar algún proceso de negociación, tensión o transacción. En fin, esta perspectiva supuso un complejo trabajo de fuentes primarias y exploración de archivos.

1.3.1 Sobre fuentes, archivos y material consultado

Esta investigación requirió localizar, vaciar y estudiar los documentos desde dos instancias principales. La primera, de carácter más institucional, vinculada con las acciones generadas desde los distintos Estados centrales en torno a temas importantes, relacionados con la proyección de la nación en el plano internacional y nacional; en cierta manera queríamos conocer cómo el Estado quería representarse, usando cierto tipo de cultura material, particularmente, aquella ligada a la categoría de antigüedades indígenas. En este caso, los archivos de cancillería constituyeron ricos acervos de información sobre las transacciones que, en nombre de las repúblicas, se hicieron dentro de marcos conmemorativos. Además, fue primordial ubicar información relativa a los

informes ministeriales encargados en los ramos de las relaciones internacionales y de instrucción pública. También, revisamos el material de archivo sobre la confección de ciertas políticas culturales y de institucionalización en el marco de la erección de una “cultura nacional”, visibilizada en la promoción a academias, institutos o museos.

Un segundo momento tuvo una relación mucho más marcada en el ámbito de las trayectorias intelectuales que íbamos a rastrear. La decisión sobre los personajes a investigar se relacionó con sus acciones emprendidas en concordancia con ciertos intereses del Estado y/o de sus vínculos cercanos a él. En cierta manera, el ámbito del coleccionismo puede enmarcarse, en su mayoría, en un escenario de lo privado; no obstante, en *nuestra pesquisa rastreamos los nexos que se establecieron entre estas trayectorias intelectuales y ciertos proyectos de carácter nacional y de sus proyecciones de distinta índole*. Además, es importante aclarar que gran parte del trabajo intelectual producido por estos personajes fue rastreado mediante el seguimiento de su participación en publicaciones seriadas, libros, artículos, eventos, etc. Asimismo, en algunos casos, se tuvo acceso a cierta correspondencia que facilitó el reconocimiento de algunas redes, además de personajes relevantes de la época y de proyectos emblemáticos emprendidos.

Al tratarse de una investigación amplia, en varios niveles, desde ubicar trayectorias intelectuales a nivel local, hasta discusiones o intereses que se mueven en un plano más transatlántico, el acceso a los repositorios documentales *no siempre fue un proceso fácil*. Durante todo el transcurso de la pesquisa, casi cuatro años, realizamos varios desplazamientos a Ecuador, Colombia y Perú. El acceso a las fuentes primarias fue de observación y registro directo, y, en el caso de las fuentes secundarias, tuvimos que empaparnos de la literatura historiográfica localizada para cada caso.

El acceso al archivo más complejo fue el caso peruano dada la cantidad de trámites que se necesitaron para poder realizar las consultas respectivas, y sus costos. Por ello, en muchísimas ocasiones, se tuvo que recurrir a investigadores de apoyo. Además, para el ejercicio de microanálisis, en el caso particular de las trayectorias intelectuales que se ha dado seguimiento, en muchas ocasiones no hubo acceso a los archivos de las familias, bien porque se habían perdido, bien porque se desconocía su paradero.

La técnica fundamental utilizada en esta investigación fue la de seleccionar y recopilar

información por medio de la consulta crítica de documentos, contemplando las dimensiones diacrónicas y sincrónicas de material inédito o ya editado, y de una amplia bibliografía, todos obtenidos en bibliotecas, hemerotecas, centros de documentación y diversos fondos históricos, tanto públicos como privados.

En *Colombia* entre los acervos visitados estuvieron, Archivo General de la Nación; Archivo de Cancillería del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia; Biblioteca Nacional de Colombia; Biblioteca Luis Ángel Arango con sus distintos acervos, Fondo General, Hemeroteca, Fondo de Manuscritos y Libros Raros; Archivo del Museo Nacional de Colombia; Biblioteca Universidad Javeriana, Bogotá; Biblioteca del Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

En *Ecuador* visitamos el Archivo Nacional del Ecuador; Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio; Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio; Archivo de la Curia, Cuenca; Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit; Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores; Biblioteca Universidad Andina Simón Bolívar; Biblioteca Universidad de Cuenca y la Biblioteca Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

En el *Perú* investigamos en el Archivo General de la Nación del Perú; el Archivo de Cancillería, Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú; la Biblioteca Nacional del Perú; el Archivo del Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú; el Fondo Reservado Biblioteca Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Biblioteca Pontificia Universidad Católica del Perú.

Entre otros fondos y museos visitados están también, el Instituto Iberoamericano de Berlín (Archivo y Biblioteca), Biblioteca Universidad de Barcelona, Biblioteca Nacional de Catalunya, Museo Etnográfico de Berlín y el Museo Británico.

CAPÍTULO 2. MUNDOS CONECTADOS. IMPERIALISMO, NACIÓN Y EL ETHOS DE LA RIQUEZA: UN VISTAZO A LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DEL SIGLO XIX

La expansión geopolítica y económica de Europa y el ascenso mundial de Estados Unidos es uno de los factores determinantes para el establecimiento de lo que gran parte de la producción historiográfica ha denominado como la *Era del Imperialismo* o *Imperialismo* entre 1875 a 1914²². Esta época ha sido caracterizada por dos factores fundamentales: la progresiva expansión colonial en latitudes planetarias y el asentamiento de la dinámica capitalista a escala global. Ambas circunstancias determinaron, según varias perspectivas, la existencia de relaciones bastante asimétricas y complejas entre lo que se consideraba como las grandes metrópolis o potencias –con el Reino Unido a la cabeza– y sus colonias. Este contexto promovió el establecimiento de múltiples tejidos sociales, flujos económicos, políticos y culturales que guiaron el devenir de los Estado-nación y la construcción de sus genealogías nacionalistas a finales del siglo XIX y principios del XX.

La comprensión de las múltiples relaciones globales que se establecen en el ocaso del mundo decimonónico y los albores del siglo XX, amparadas por una ferviente fe en el progreso y la nación, nos ha enfrentado a una realidad pasada bastante compleja. Más allá de entender o ubicar un marco global para estos escenarios, dentro o desde categorías de análisis como “sistema mundo” (Wallerstein, 1974; 1998)²³; “economía mundial” o “economía-mundo” (Braudel, 1994)²⁴, o “mundialización” (Gruzinski,

²² En la mayor parte de recopilación bibliográfica desde textos clásicos como los de J. A. Hobson, intelectual y economista de origen inglés. Es el primer trabajo pionero sobre el tema del Imperialismo aparece en 1902, atravesado por lo que él llamo la teoría explicativa. Para Hobson, el imperialismo moderno se caracteriza por una competencia entre imperios rivales, sin autogobiernos responsables en sus localidades, con rígidos controles de las metrópolis, además. Según este autor, el imperialismo propagó la autocracia, vinculados a ciertos círculos de poder y sus intereses privados particulares. Revisar: Hobson, J.A. (1981 [1902]). Entre otros interesantes trabajos ver Walter Goetz (1957); Hobsbawm (1967 y 1998). Para el caso latinoamericano está la clásica obra de Pablo González Casanova (1979) además de Avdakov y Polianski (1969); Comín (2011); McNeill (2010); Ferrer (2013), entre otros. También la caracterización temporal historiográfica ha hecho hincapié en el periodo entre 1870 a 1930, como es el caso de Halperin Donghi (1993 [1969]) y Bethell (2000), entre otros.

²³ El análisis de sistemas-mundo se originó a principios de los años setenta como una nueva perspectiva acerca de la realidad social. Immanuel Wallerstein ha sido uno de los más prominentes teóricos sobre la cuestión del sistema mundo, en su planteamiento lo entiende como un conjunto de mecanismos que actúan entre un centro (en este caso Europa) con sus periferias.

²⁴ Para Braudel, el sentido de economía-mundo se ancla a una noción que acepta siempre un polo, un centro representado por una ciudad dominante a partir de donde se vincula una serie de polos

1990, 2007), se ha considerado necesario articular nuestras reflexiones a una lectura que nos posibilite la entrada a la configuración de historias múltiples que trastoquen y traspasen las fronteras nacionales en pos de dar cuenta de las tramas imbricadas alrededor de nuestra premisa básica: reflexionar sobre las prácticas científicas y del coleccionismo, a partir de una lectura crítica, pensada desde el emplazamiento territorial, la identidad y la configuración de pasados nacionales.

Al respecto, resulta iluminadora la premisa de Eric Hobsbawm cuando señala que el nacionalismo se hizo popular fundamentalmente a finales del siglo XIX, cuando se “ingirió como un coctel” puesto que el atractivo no consistía en su “propio sabor” sino en la combinación con otro u otros ingredientes, que, se esperaba, “calmaría la sed material y espiritual de sus consumidores” (Hobsbawm, 2012 [1998]): 173). Si Hobsbawm tenía razón en considerar a la nación como “cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido, cuyos miembros consideren que pertenecen a una ‘nación’”, y que la nación, tal y como concibe el nacionalismo, puede reconocerse anticipadamente, mientras que la nación real solo puede reconocerse *a posteriori* (Hobsbawm, 2000 [1990]: 17), es quizá en este ejercicio de “reconocimiento” donde podremos ahondar en los valores construidos y asumidos por una nación. Este “a posteriori” se constituye en un lugar a partir del cual anclamos parte de las reflexiones sobre los cruces entre la fórmula “pasado-identidad”. Como lo menciona Breuilly, la nación no tiene una “realidad objetiva” y es necesario entenderla dentro del marco del Estado moderno, como recipiente de poder, donde el pueblo se convierte en una nación y desde donde se configura en relación con otros Estado-nación (Breuilly, 1990 [1988]: 48).

En este capítulo presentaremos algunos enfoques clave desde donde podemos entender el imperialismo, su expansión y conexiones mundiales en el último cuarto del siglo XIX. Como lo mencionaba Breuilly, queremos entender los flujos a partir de los cuales se representan estas realidades objetivas de relacionamiento entre los llamados Estados naciones. En primer lugar, presentaremos cómo Europa emprende una campaña

concéntricos. Según este autor siempre que hay un descentramiento hay un re-centramiento, porque la economía-mundo depende de un centro de gravedad, un polo. Véase, Fernand Braudel (1994 [1985]). Sobre este trabajo Charles Tilly ya había reparado sobre el enfoque del historiador francés en tanto que descuida el reconocimiento del capitalismo desde las relaciones sociales y lo pondera por su consideración general. Para Braudel el capitalismo es la conexión de dos o más mundos económicos, extensos, coherentes y conectados dentro del mercado, que llegan a ser interdependientes y ligados por medio de la acción de grandes manipuladores del capital (Tilly (1991 [1984]: 90).

amparada por la noción del progreso y la riqueza internacional, que fue el soporte de la mayoría de procesos expansionistas decimonónicos de diversa índole. En segundo lugar, haremos un repaso del contexto histórico latinoamericano, focalizándonos particularmente en la zona andina, como un enclave político y económico dentro de este escenario mundial. Este interés nace de la importancia de generar ciertos cruces entre nuestros personajes investigados y su papel, sea en el involucramiento en los gobiernos de turno, sea en escenarios diversos como el de la minería, la política, el ámbito religioso o el científico, imbricados unos a otros por distintas circunstancias.

2.1 Nación, progreso y poder: el *ethos* de la riqueza

El furor por el progreso en Europa, aunado al auge y promoción del liberalismo económico de la mano de la influencia de las teorías del Adam Smith, Stuart Mill y Spencer, supuso un desarrollo de las ideas en torno a la riqueza y al desarrollo de las economías, a través de la lógica de la explotación y el consumo. Según Hobsbawm, este progreso “era especialmente evidente e innegable en la tecnología y en su consecuencia obvia, el incremento de la producción material y de la comunicación” (Hobsbawm, 2012 [1998]: 34)²⁵. Así, el proceso de industrialización, el avance tecnológico en conjunto con el desarrollo de la ciencia²⁶, el interés en acrecentar los sectores alfabetos, el desarrollo de las comunicaciones²⁷, y el mejoramiento de las transacciones comerciales y sociedades empresariales eran fundamentales a la hora de amparar los procesos sociales y económicos de la época.

Para Adam Smith, una de las premisas del “progreso económico” era la ampliación del mercado, para lo cual era necesario trabajar en dos factores fundamentales: la circulación libre de los productos y el aseguramiento del trabajo en las zonas

²⁵ Como bien lo señala Hobsbawm, el progreso era especialmente “visible”, esa era su pretensión, ya que para décadas posteriores se vería como una necesidad para las clases trabajadoras: acceder a los beneficios que este pudiera brindar.

²⁶ La capacidad inventiva mantuvo una estrecha relación con los descubrimientos científicos y fue soporte de los procesos de industrialización: desde la creación de la máquina a vapor a finales del siglo XVIII y la locomotora a principios del XIX, las innovaciones técnicas decimonónicas eran objeto de reconocimiento, desde el daguerrotipo en 1839, pasando por el fonógrafo de Edison en 1878 hasta el motor a diésel, la luz eléctrica, por mencionar algunos.

²⁷ El auge de las comunicaciones fue característica en esta época, por ejemplo, el incremento de los ferrocarriles en lugares como América del Sur y Central (incluyendo a México) entre 1890 y 1913 es de 40.000 a 110.000 kilómetros; en Asia de 34.000 a 108.000 km; en África de 9000 a 44.000; en Australia de 19 a 35.000 Kms (Wiedefeld, 1957: 135).

productivas determinadas. El logro de ambos propósitos requería el “incremento de la población” para mejorar la producción, la ampliación de la “extensión del área geográfica del mercado” y la “eliminación de obstáculos al libre movimiento de bienes”. Obviamente el mejoramiento del sistema de transportes permitiría no sólo la circulación de los productos sino también “la difusión de las oportunidades ofrecidas por el mercado” (Minchinton, 1983 [1979]: 93) evitando el sentido de “escasez” de productos.

En 1853, Michel Chevalier, político y economista francés, discípulo saint-simoniano–pensamiento promotor de la industrialización en Francia– y editor del periódico *El Globo*, encontraba en la construcción de los ferrocarriles un “sentido de misión” que recibía una especie de “santificación”²⁸ por parte de la sociedad:

“Se puede comparar el celo y el entusiasmo que las naciones civilizadas ponen en la construcción de los ferrocarriles con lo que ocurrió varios siglos atrás con la erección de las iglesias... En realidad, se puede demostrar que la palabra religión proviene de religare (ligar, unir)..., los ferrocarriles tienen más afinidad de lo que se podría suponer con el espíritu de la religión. Nunca ha existido un instrumento con tanto poder... para unir pueblos separados unos de los otros”. (Chevalier citado por Buck-Morss, 2001 [1989]: 107)

La fantasía de la unión de pueblos articulada por la construcción ferroviaria y por la “conexión” mundial jugó un papel preponderante en la expansión colonial y en la configuración de un nuevo orden mundial imperial²⁹. Un mundo “unido” posibilitaba y fomentaba la ética del *Laissez faire et laissez passer, le monde va de lui même*³⁰, que entronizaba su potencial en la dinámica que se procuraba para el mercado en esos años. Exportaciones, extracciones, importaciones promovían el movimiento objetos, materiales, productos, personas así como, propiciaban la construcción de rutas, caminos, vías férreas, como arte de un objetivo que permitiría el progreso. Los pueblos podían entonces “unirse” a través de estos ideales lo que contribuyó a “la ilusión sobre la

²⁸ Susan Buck-Morss, en su lectura sobre Walter Benjamin, muestra la importancia que tenían los cambios en la morfología urbana, en cierta forma, las “proporciones cósmicas, solidaridad monumental y perspectivas panorámicas eran las características de la nueva fantasmagoría urbana”, es decir, la ciudad emerge como un lugar que muestra “grandes” paisajes, entre estaciones de ferrocarril, museos, jardines, etc. Sobre más aspectos del paisaje urbano, véase, Susan Buck-Morss (2001[1989]): 109.

²⁹ Cabe destacar que, como lo señala Hobsbawm (2012 [1998]), el término “imperialismo” se incorporó y difundió masivamente hacia 1890, con todos los debates alrededor de las conquistas coloniales y fue retomado por los críticos marxistas durante las primeras décadas del siglo XX.

³⁰ Traducción nuestra “Dejar hacer y dejar pasar, el mundo va por sí mismo”.

capacidad propia del industrialismo de eliminar las divisiones de clases, y de realizar la hermandad común que había sido tradicionalmente meta de la religión” (Buck-Morss, 2001 [1989]: 107-108).

Si bien los procesos colonizadores se habían iniciado siglos atrás, no fue hasta finales del siglo XIX que dichas agendas llegaron a convertirse en globales dados los cambios tecnológicos, en los medios de comunicación, el establecimiento de los Estados-nación y las distintas agendas políticas y económicas de los países. Como bien lo ha señalado Hobsbawm, en estos años,

“se conocían todas las regiones del mundo, que habían sido más o menos adecuada o aproximadamente cartografiadas. Con algunas ligeras excepciones, la exploración no equivalía ya a ‘descubrimiento’, sino que era una forma de empresa deportiva, frecuentemente con fuertes elementos de competitividad personal o nacional, tipificada por el intento de dominar el medio físico más riguroso e inhóspito del Ártico y el Antártico [...] Gracias al ferrocarril y a los barcos de vapor, los viajes intercontinentales y transcontinentales se había reducido a cuestión de semanas en lugar de meses, excepto en las grandes extensiones de África, del Asia continental y en algunas zonas del interior de Suramérica, y a no tardar llegaría a ser cuestión de días: con la terminación del ferrocarril transiberiano en 1904 sería posible viajar desde París a Vladivostok en quince o dieciséis días.” (Hobsbawm 2012 [1998]: 21-22)

Uno de los primeros focos de atención para estos años por parte de las naciones europeas como Francia, Bélgica, Alemania y Reino Unido³¹, fue el continente africano, tanto por las rutas comerciales y de navegación como por el control de la explotación de las materias primas (como el caucho, minerales³² y piedras preciosas); sin embargo, su

³¹ Entre 1880 y 1910 los ingleses ocupaban el primer lugar en extensión de sus colonias a nivel global, entre las que figuraba la India, la África Oriental Británica, la compañía Sudafricana Británica, por mencionar algunos de sus dominios. Por su parte, Francia había ocupado la mayor parte de África Occidental: los territorios del Magreb, Argelia y Túnez, así como Senegal, Guinea y Costa de Marfil, sin mencionar la Polinesia Francesa años más tarde, entre otros. Véase, Antonio Espino López (2010), obra que recoge una serie de mapas de estos fenómenos expansivos.

³² En el caso de las minas, estas fueron imprescindibles en los proyectos vinculados al ferrocarril o a los automóviles. El hierro con una aleación de carbono, se convierte en el acero, material típico para estos usos. Walter Benjamín en su *Libro de los Pasajes* ya había hecho una relación de los materiales en la constitución del paisaje decimonónico a través de las estructuras arquitectónicas y el desarrollo de las comunicaciones: “el hierro que aparece por primera vez en la historia de la arquitectura un material de construcción artificial y es el impulso definitivo cuando resulta que la locomotora sólo es útil sobre raíles de hierro; así, el raíl viene a ser el primer componente memorable de hierro, el precursor de la viga”. Se lo utiliza además en los pasajes, en los pabellones de las exposiciones, en las estaciones de tren, en los puentes, etc. (Benjamín (2005 [1982]: 265).

nivel de injerencia global había alcanzado a los continentes de Asia y Oceanía y los lugares más remotos del planeta.

A finales del siglo XIX, la presión política y económica sobre los territorios coloniales fue evidente y se hizo visible particularmente en las estrategias implementadas por las metrópolis, como por ejemplo, en la Conferencia de Berlín³³ de 1884 y 1885, en donde se establecieron las reglas de cómo se iba a “repartir” el continente y de qué manera se podía lograr una ocupación efectiva: se debía “respetar” los derechos adquiridos por la colonización y “proclamar” la libertad no sólo de comercio sino de navegación. Este tipo de estrategias pretendían elaborar una especie de “consenso internacional”, con base en el acuerdo de las principales potencias sobre las reglas del juego diplomático, tanto en lo concerniente a los medios como a los fines (Zorgbibe, 1997 [1994]: 83)³⁴.

Cabe destacar que el éxito, especialmente en ultramar, del Reino Unido³⁵ fue consecuencia de la explotación más sistemática de las posesiones británicas ya existentes, o de la posición especial del país como principal importador e inversor en zonas tales como Suramérica (Hobsbawm, 2012 [1998]:84). Además, existía una fuerte presencia de las “perspectivas darwinistas” del *struggle for life*, o la “lucha por la vida” de donde se destacaría el pueblo “más fuerte” (Zorgbide, 1997 [1994]: 96), poniendo énfasis en los “logros” alcanzados en los procesos de colonización a nivel global, por parte de los anglosajones, y en el interés por consolidar una elite que podría formar filas en los servicios administrativos de dominio en las colonias. Esta actitud, amparada en el auge de las teorías racistas, fue replicada en las políticas coloniales de sus pares como Francia, con quienes se mantuvo una serie de conflictos respecto a la posesión de la

³³ La Conferencia de Berlín se reunió del 15 de noviembre de 1884 al 26 de febrero de 1885. Esta cita entre países tenía como objetivo resolver la conflictiva situación reinante en la desembocadura del Congo, por su difícil acceso y los continuos problemas que tenían los europeos con las comunidades africanas para acceder en las entrañas del continente. Sobre el proceso, véase, Charles Zorgbibe (1997 [1994]).

³⁴ Cabe destacar que desde el punto de vista de política internacional, para 1875, por ejemplo, solo había 17 estados soberanos en Europa (Reino Unido, Francia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría e Italia y el Imperio Otomano) y 19 en el continente americano (incluyendo EEUU), cuatro o cinco en Asia: Japón y los dos antiguos imperios de China y Persia y tal vez otros tres marginales en África: Marruecos, Etiopía y Liberia (Hobsbawm (2012 [1998]: 31).

³⁵ Gran Bretaña fue la primera potencia imperial, hacia 1913, más del 70% de las colonias correspondía a las posesiones británicas, sobre todo en India, seguidas por las posesiones de Francia y Holanda con aproximadamente 10% del total cada una de ellas. Cabe destacar que la política imperial desalentó los procesos de industrialización locales y por ejemplo, como lo señala Ferrer, dismanteló la producción textil algodónera nativa (la más avanzada del mundo hasta el siglo XVIII) y abrió el mercado a las exportaciones de las tejedurías británicas, con lo cual la India se convirtió en exportador neto de algodón. Para más información sobre este proceso, véase, Aldo Ferrer (2013 [2000]).

tierra, especialmente vinculados al continente africano, y, en menor medida, con Alemania quien también tenía sus intereses particulares en el continente³⁶.

Desde la teoría postcolonial, estas nuevas circunstancias que apelan a una comprensión global de la historia están entrelazadas al interior del discurso colonial (Said, 2009; Chakrabarty, 2008; Guha, 2002). Edward Said ya lo había anotado cuando se refería a las complejas circunstancias que marcaron la configuración del discurso sobre “lo Oriental” u “Orientalismo” versus el “Occidente”, relaciones impresas por una lógica geopolítica que determinó la manera en que Oriente fue representado por una “exterioridad” autorizada para marcar su estatuto de legitimidad en un marco mundial,

“Hubo, por supuesto, numerosos viajes, descubrimientos, contactos comerciales y bélicos, pero, además, a partir de mediados del siglo XVIII, hubo dos elementos principales en las relaciones Este-Oeste: uno fue que Europa adquirió unos conocimientos sistemáticos y crecientes acerca de Oriente que fueron reforzados por el choque colonial y por el interés general ante todo lo extraño e inusual que explotaban las nuevas ciencias, como eran la etnología, la anatomía comparada, la filosofía y la historia; además, a este conocimiento sistemático se le añadió una considerable cantidad de obras literarias producidas por novelistas, poetas, traductores y viajeros de talento. El otro elemento que marcó estas reacciones fue que Europa mantuvo siempre una posición de fuerza, por no decir de dominio; y no se puede encontrar ningún eufemismo para explicar esto” (Said, 2009 [1997]: 68).

Esta posición de fuerza fue respaldada por el crecimiento sostenido y autoconciencia de lo que representa la nación. El desarrollo de un “nacionalismo oficial”³⁷ es clave en la comprensión de cómo los Estados se querían visibilizar y, en cierta manera, *performarse* a sí mismos frente a otros en el concierto de naciones; es aquí donde, como menciona Said, la posición de fuerza y dominio se evidencia, pero a la vez, es también quizá, en donde podemos comprender las formas de apropiación, las negociaciones y

³⁶ Zorgbibe ha señalado que la colonización alemana se caracterizó por su evidente brutalidad: el “negro” era despreciado y humillado, como escribiría en un informe el secretario de Estado Solf, que efectuó un viaje en 1912 por el suroeste africano, al gobernador de Camerún, Jesco von Puttkamer: “la indispensable sumisión de los negros, fetichistas, caníbales y otros salvajes”. (Zorgbibe 1997 [1994]: 100). Es importante recalcar el interés mercantil en las regiones a colonizar y los proyectos políticos sobre éstas, particularmente a la par del desarrollo de las teorías racistas, a esto podríamos señalar todas las prácticas asociadas a dichos procesos de colonización, como veremos más adelante, como las de la implementación de los zoológicos humanos en Europa decimonónica y en particular en las Exposiciones Universales como la de París de 1889. Véase, Peter Manson y Christian Báez (2006)..

³⁷ Para nuestra investigación en particular es importante recalcar el nexo entre la configuración del nacionalismo a finales del siglo XIX en el contexto de las Exposiciones Universales y la participación de los países.

tensiones que dichas posiciones generaban, para dar cuenta del dinamismo y complejidad de estas *conexiones*.

Además, otro de los aspectos a destacar en el siglo XIX es el establecimiento de los fundamentos de una modernidad política que, según Dipesh Chakrabarty (2008 [2000]), se afianzan en los valores de ciudadanía, democracia, libertad, igualdad y sufragio como “universales”. El proceso colonizador encontró en las elites locales una contraparte con quien negociaba o se ejercía la autoridad desde la metrópoli. En cierta manera, estas elites participaron de un proceso de “occidentalización”; no obstante, muchos de estos conceptos, surgidos en el seno de esta nueva modernidad política, a decir de este autor, son apropiados por los distintos estamentos sociales, logrando de esta manera, que los “conceptos universales de la modernidad política se encuentran ante conceptos, categorías, instituciones y prácticas preexistentes a través de los cuales son traducidos y configurados de manera diversa”(Chakrabarty, 2008 [2000]: 19).

La aspiración a la civilización bajo la noción del progreso se aplicó a la comprensión de un mundo entre los binarios que operaban simbólicamente y que se construyeron como referentes: pobreza/riqueza; retraso/progreso; barbarie /civilización. Tal como lo señala Buck-Morss, los ferrocarriles eran el “referente” y el progreso el “signo”, un signo de época que simbolizaba las aspiraciones de las naciones en su devenir histórico. Esta noción de “progreso deificado” surge, desde la perspectiva benjaminiana, como la religión del siglo XIX, es la “huella de Dios mismo” en la tierra. Así, las Exposiciones Universales, escenarios predilectos de la exhibición de esta ideología del progreso, podrían ser vistas como sus altares sagrados, en donde encontramos las mercancías como objetos de culto y al “nuevo” París de Haussmann, la ciudad de las luces, como su Vaticano (Buck-Morss, 2001 [1995]: 107).

Otro de los factores fundamentales que hicieron posible un desarrollo de las comunicaciones fue la promoción de los procesos alfabetizadores en grandes sectores de la población de Europa y Estados Unidos. Hobsbawm (2012 [1998]: 160-161) lo ha señalado en el caso de los EEUU, en el cual, para el año de 1880, se publican 186 millones de ejemplares de periódico o revistas cada mes, frente a los 330.000 de 1788. Por otra parte, el historiador Lyons ha anotado que los niveles de alfabetización iban en crecimiento para el siglo XIX: en Gran Bretaña, para 1850, un 70% de los hombres y un

55% de las mujeres leían. En el Imperio alemán, un 88% de la población estaba alfabetizada en 1871 (Lyons, 2006 [1997]: 476). Este tipo de crecimiento estuvo acompañado de las políticas educativas implementadas en los países, particularmente en las escuelas primarias; por ejemplo, para el caso francés, la educación buscaba ser gratuita y universal hacia finales de siglo; en Rusia, fue hacia 1887, que el ruso se hizo lengua obligatoria en todas las escuelas estatales de las provincias bálticas, lo que se conoce como los “procesos de rusificación” (Anderson, 2011 [1983]: 129).

Finalmente, es importante señalar que en estos años nos encontramos con una fuerte presencia de lo que se ha denominado, según Ansaldi, el “capitalismo monopólico”, caracterizado por “la fusión del capital bancario con el capital industrial, generando el capital financiero”. Este último se expresa como capitalismo monopólico de Estado y capitalismo financiero cosmopolita, siendo el primero alemán y el segundo, británico (Ansaldi, 2008: 332). Para este autor, las fórmulas establecidas por esta dinámica económica mundial buscaban lograr el control de los recursos naturales y promover situaciones de dependencia económica que permitían la transferencia del excedente generado en los países periféricos a los centrales, bajo la premisa de siempre alcanzar la “mayor tasa de ganancia”.

Dentro de estas dinámicas de escala global, la conquista del Pacífico fue otro foco de interés que estuvo en manos de dos potencias en desarrollo, Estados Unidos y Japón³⁸. Para el caso estadounidense, que a principios de siglo había tenido todavía una aún débil presencia a nivel internacional, las últimas décadas del siglo XIX significaron un aumento progresivo de su injerencia mundial, acompañado por el desarrollo de su capacidad económica y volumen de comercio exterior: de 404 millones de dólares en 1865, pasó a 1.635 millones de dólares hacia 1890³⁹; en igual medida vemos un

³⁸ En el caso japonés, el periodo conocido como *Meiji*, supuso un cambio hacia la concepción moderna de Japón. El 3 de enero de 1868, nace el reinado conocido como el gobierno ilustrado. El llamado “peligro blanco” está entonces en su apogeo (Zorgbibe, 1997 [1994]: 166), irrumpiendo frecuentemente en las costas del Japón, además de la injerencia de las potencias europeas en lugares como China; nace entonces un nacionalismo japonés que logra imponerse en Occidente como potencia independiente. El interés del Japón era controlar el mercado asiático, a través del acaparamiento de las materias primas y la exportación de productos acabados, al modelo anglosajón. Las estrategias operaban bajo la premisa de la industrialización y la ampliación de la economía de mercado al estilo occidental.

³⁹ Para mayor información sobre este crecimiento, véase, Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager y Leuchtenburg (1989 [1930]). En estos años, existe un interés creciente de Estados Unidos por el Pacífico dada la importancia que habría cobrado Japón políticamente en la zona. La preocupación sobre la anexión de zonas como Hawai y las Filipinas, en conflicto con otros países como Alemania y

importante crecimiento demográfico, que había pasado entre 1850 y 1900, de 20 a 76 millones, sin contar el aumento de la riqueza nacional de 7 mil a 88 mil millones de dólares⁴⁰. El marcado interés de los Estados Unidos por la industria azucarera⁴¹ le había llevado a poner sus ojos en lugares como Hawai, cuyas exportaciones de azúcar hacia el continente superaban el 99% del total. El interés prevaleció, años después, dirigido a zonas como Cuba, que en aquel entonces, representaba un lugar estratégico para la nación norteamericana.

Como señaló un miembro del gobierno norteamericano hacia 1870, “la industria azucarera de Cuba es tan vital para nuestro pueblo como lo son para la Gran Bretaña el trigo y el algodón de la India y de Egipto” (Eliot, 1980 [1930]: 594). En 1867, William Seward, Secretario de Estado de los presidentes Lincoln y Johnson, aparece como el precursor del “expansionismo norteamericano” y declara en Boston: “concédanme cincuenta años más, cuarenta, o treinta y les daré el continente americano y el dominio del mundo” (Zorgbibe, 1997 [1994]: 161). Es evidente que en la segunda mitad del siglo XIX, la injerencia política y económica de los EEUU se había hecho visible en las zonas de las Islas *Midway*, el Pacífico, y Alaska -comprada a Rusia por siete millones de dólares-; además, como ya señalamos, del interés en Hawai, Cuba y Puerto Rico e incluso los territorios nórdicos.

La expansión económica de Estados Unidos supuso una influencia directa en América Latina. En 1870, John Rockefeller fundó la *Standard Oil Company* y, en 1882, la convirtió en el primer gran *trust*⁴² norteamericano. Ya para finales del siglo, en 1894, la producción industrial de Estados Unidos logró duplicar a la de Inglaterra (González Casanova, 1979: 16). En los años siguientes, aparecen a través del modelo de los *trust*, monopolios para el aceite de algodón (1884), el del aceite de linaza (1885), el del alcohol, el azúcar y del plomo (1887) (Avdakov y Polianski, 1969), inaugurando la era de oro de las alianzas monopólicas del país del norte y el control sobre el campo económico del país y sus intereses económicos en ultramar.

Gran Bretaña supuso una serie de negociaciones que favorecieron de manera general los intereses estadounidenses.

⁴⁰ *Ibid.*: 613.

⁴¹ Estas preocupaciones marcarán las relaciones de EE.UU. con América Latina, puesto que, a raíz del auge del imperialismo, la geopolítica norteamericana pone sus ojos en el continente y en el Pacífico.

⁴² El *trust* marca el inicio de los grandes monopolios industriales, que fueron parte importante de la economía norteamericana de finales del siglo XIX.

2.2 Un vistazo por América Latina a finales del siglo XIX

Para el caso de América Latina, o específicamente en la región andina, las formas de inserción en un mercado capitalista mundial son múltiples y complejas. Como lo anotó el historiador argentino Tulio Halperin Donghi, es bastante problemático hablar de América Latina como una unidad. Halperin había ya enunciado que hablar de una historia de nuestra región pretendía “hallar la garantía de su unidad y a la vez de su carácter efectivamente histórico, al centrarse en el rasgo que domina la historia latinoamericana desde su incorporación a una unidad mundial, cuyo centro está en Europa: la situación colonial” (Halperin, 1993 [1969]: 12) Es quizá, este sentido de “incorporación a una unidad mundial” y “la situación colonial” el que nos interesa conectar en el contexto de finales del siglo XIX y principios del XX.

Desde la perspectiva de la teoría de la dependencia, propuesta por Fernando Cardoso y Enzo Faletto, la inserción de América Latina en la unidad mundial supuso dos tipos de vinculación a la situación del capitalismo global: un control nacional del sistema productivo y las economías de enclave (Ansaldi, 2008: 333). En el primer caso, aún existía una presencia de propietarios “locales” o “nacionales” en productos de exportación, como en los casos de Brasil, Colombia, Argentina, Uruguay. Para el tipo de “economías de enclave” por su parte, existe una fuerte tendencia a desplazar el tipo de propiedad de nacionales a extranjeros –como lo señala Waldo Ansaldi siguiendo el debate de la teoría de la dependencia–, caracterizada por las formas de enclave típicas como la plantación y la minería. Entre estas últimas podríamos localizar los casos de Chile, Bolivia, Perú y Venezuela.⁴³

⁴³ Es importante señalar que estas dos formas de la inserción capitalista provocaron una serie de transformaciones locales en las comunidades campesinas e indígenas de la región, por ejemplo, se vieron afectadas las formas comunales de tenencia de la tierra que no encontraban asidero en el modelo primario agro-exportador (Ansaldi, 2008: 334).

Imagen No. 1. Mapa de Sudamérica, siglo XIX



Fuente: *Atlas of America. List of Maps contained in Colton's Atlas of America.* New York, 1870.
Fondo de Ciencias Humanas, Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Las formas de inserción de la región en esta economía mundial variaban de un lugar a otro y dependían de la articulación política del propio Estado, de cara a la dinámica internacional. En muchas ocasiones, el carácter de las elites exportadoras, en su articulación al modelo estatal, determinaba los “mecanismos de transacción política”, que estuvieron muchas veces marcados por una “interacción” o “superposición” de los intereses de estos grupos en la toma de decisiones. Por ejemplo, muchos de quienes ejercían cargos en el gobierno, o las cámaras de representantes, participaban activamente en bancos, actividades comerciales, compañías mineras, etc. Esta circunstancia promovió un escenario de continua influencia de estos estamentos de elite

en las demandas al Estado, por no mencionar, además, de la dependencia en las capacidades de estos grupos a la hora de tomar decisiones frente a los desafíos sociales, políticos y económicos que se presentaron en la época (Cárdenas, Ocampo y Thorp, 2003: 51).

La presencia de capitales “extranjeros” en la región es una de las características primordiales de estos tiempos. La injerencia de las potencias europeas marca una diferencia en cómo se negocia la economía, así “las inversiones inglesas en América Latina pasaron, entre 1870 a 1914, de 85 millones a unos 750 millones de libras esterlinas [3.700 millones de dólares], destinadas particularmente a construcción de ferrocarriles⁴⁴, minería [los nitratos de Chile], y manufacturas [frigoríficos rioplatenses]” (Smith en Ansaldi, 2008: 335). El interés por los distintos tipos de productos que se producía en la región dependía de las características geográficas y de la disponibilidad de acceso a los recursos de cada uno de los países. Muchas veces se promovió una serie de medidas, por ejemplo, migratorias, para suplir el tema de la mano de obra. En otras ocasiones, este movimiento de capitales económicos necesitó del fortalecimiento de las instituciones para permitir un mejor manejo y especialización en el sector comercial. Tomemos en cuenta que los capitales se movilizaron sobre todo de Gran Bretaña, Alemania, Francia y los EEUU para

“financiar el comercio y el transporte de productos primarios, y en algunos casos también su producción, particularmente en el caso del plátano y los minerales. También financió las inversiones en los ferrocarriles, la banca y los servicios públicos. En 1913 una quinta parte del capital del Reino Unido en el exterior estaba en América Latina, la mitad de este en Argentina (Cárdenas, Ocampo y Thorp, 2003: 13).

La soberanía sobre el territorio fue uno de los temas clave a la hora de enfrentar la resolución de conflictos y la colonización de extensas regiones, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Si bien las nuevas dinámicas mundiales implicaban necesariamente una relación directa con el aprovechamiento del territorio entendido en su sentido de productividad y riqueza, el desconocimiento de las fronteras reales trajo

⁴⁴ Como señala Jean Paul Deler, entre 1870 a 1930 se considera la “edad de oro” en la construcción de los ferrocarriles en América Latina: “el kilometraje fue multiplicado por 30, pasando de 4.000 a 117.000km, y el número de compañías ferroviarias multiplicado por 5, pasando de 41 a 198. Entre 1880 y 1915 se construían de 2.000 a 3.000 km por año y se abrieron 46.000 km de líneas entre 1901 y 1915.” (Deler, 2008: 41).

un sinnúmero de conflictos en la región. Entre ellos, quizá los más importantes para América del Sur son: de 1864 a 1870, la guerra de la triple Alianza (entre Argentina, Brasil y Uruguay) y Paraguay; la Guerra del Pacífico, de 1879 a 1883, entre Chile, Perú y Bolivia. El territorio, visto como “valor estratégico”, llevó a una serie de trances bélicos por los recursos, ya sean de corte minero, en el caso de los nitratos, o en el caso del alto Amazonas, con la explotación del caucho. Muchas veces se operó bajo la modalidad de control o administración de poblaciones en zonas de difícil acceso, como la Amazonía, gracias a la labor de las misiones pastorales⁴⁵, en pos de integrarlas a los ritmos y dinámicas de la nación.

En suma, el ocaso del siglo XIX y el nacimiento del nuevo siglo pusieron en evidencia una nueva dinámica global, marcada por una “significativa expansión en la economía de exportación” que creció notablemente: “Argentina ocho veces de 1873 a 1910, México siete veces de 1877 a 1911 y Brasil casi lo duplica de 1869 a 1905” (Glade citado por Pinneo, 1994: 251). A partir de este contexto, intentaremos esbozar puntos clave de enlace para entender la compleja trama de relaciones que se establecieron durante las últimas décadas decimonónicas y las primeras del siglo XX en la región andina. En particular, abordaremos hitos significativos como fueron, por un lado, la Guerra del Pacífico (1879-1883), vinculada al crecimiento de las exploraciones mineras regionales; por otro, el crecimiento de los modelos agroexportadores como el café y el cacao, vinculados al asentamiento de un escenario económico mundial.

2.2.1 Las dinámicas extractivas y los intereses internacionales en el territorio de la región andina

Nuestra región se había convertido en un punto clave para el desarrollo de la economía capitalista mundial. Productos y empresarios migraban de un lugar a otro, enlazando a diversos actores en redes y transacciones a escala global: apellidos venidos de diversas latitudes como Dreyfus, North, Kruger, entre otros, cruzaron fronteras y ejercieron su influencia en las elites locales económicas y políticas. Solamente en la zona andina, en Ecuador, Perú y Colombia, varios productos de tipo extractivo y de monocultivo agrícola habían adquirido una fama importante en los procesos productivos europeos y

⁴⁵ Sobre este tipo de estrategias vinculadas con las misiones religiosas, véase, Amada Carolina Pérez (2012), Natalia Esvertit Cobesa (2008); Pilar García Jordán (1998), entre otros trabajos.

norteamericanos, entre ellos, el guano, salitre, nitratos, café, cacao y los metales preciosos.

El guano fue uno de los productos más importantes de la región andina, con un auge que se extendió hacia la segunda mitad del siglo XIX. La demanda de este material respondía a la fama que había alcanzado como fertilizante. Se lo usaba en un tipo de agricultura intensiva porque permitía un mayor rendimiento de las plantas gracias a sus altos contenidos nutricionales. En el caso de los nitratos –o el salitre en su mezcla de nitrato de sodio y potasio–, se generaron varias disputas por su explotación y control. Tres países de la zona habían entrado en una guerra que cobró miles de vidas y enfrentó los intereses, no sólo locales sino globales. El cacao y el café, productos conocidos ya en Europa, alcanzan una popularidad sin precedentes y son bienes de consumo masivo. Las chocolaterías y cafeterías se habían extendido a lo largo y ancho de Europa y Estados Unidos, promocionando una cultura del deleite de estas mercancías. Los metales preciosos, como el oro y la plata⁴⁶ –en países como Colombia y Bolivia–, alcanzaron su prestigio debido al conocido auge del *gold rush* a mediados de siglo XIX y la preeminencia del patrón oro⁴⁷ en la economía mundial. Desde todos estos frentes, el movimiento económico extractivo⁴⁸ simbolizó uno de los focos de atención en la región, particularmente aquellos metales que representaron usos específicos para una industria en expansión.

⁴⁶ El caso boliviano, a finales de 1870, se caracterizó por un ingreso fuerte en el mercado internacional al desarrollar la plata refinada; no obstante, la producción boliviana, en un sistema de “economía abierta” se hizo extremadamente vulnerable ante las fuerzas económicas internacionales, al depender totalmente de los impuestos sobre el comercio internacional, los cambios de precios en las exportaciones primarias y el crecimiento de grandes fortunas vinculadas a este (Klein, 1991: 212).

⁴⁷ Sistema monetario que surge en el siglo XIX, “bajo el cual el valor de la moneda de un país es legalmente definido como una cantidad fija de oro. La moneda en circulación está constituida por piezas de oro o por notas bancarias (papel moneda) que las autoridades monetarias están obligadas a convertir, si así se las demanda, por una cantidad determinada de oro”. Véase diccionario económico, en el enlace de la web: <http://www.eumed.net/cursecon/dic/P2.htm> (Consultada el 7 de abril de 2016).

⁴⁸ Cabe destacar otros casos como el boliviano, a finales de 1870, que se caracterizó por un ingreso fuerte en el mercado internacional, al desarrollar la plata refinada; no obstante, la producción boliviana, en un sistema de “economía abierta”, se hizo extremadamente vulnerable ante las fuerzas económicas internacionales, al depender totalmente de los impuestos sobre el comercio internacional, los cambios de precios en las exportaciones primarias y el crecimiento de grandes fortunas vinculadas a este (Klein, 1991: 212).

2.2.1.1 Entre el guano, el salitre, las minas y la guerra

El territorio peruano se ha caracterizado por una geografía diversa y de grandes extensiones de tierra que muestran un panorama variopinto de zonas productivas, desde las tareas agrícolas, laneras⁴⁹, caucho, hasta el guano, salitre y los minerales. Para el siglo XIX, “las áreas más dinámicas de la economía peruana estaban ubicadas en la costa, concretamente, en las islas guaneras, en las haciendas cañeras del norte, y en las algodonerías del centro” (Flores Galindo, 1993: 27). La sierra central se mantenía como la región agrícola y ganadera, en palabras de Flores Galindo, “la despensa de Lima”, además, de otros sectores que florecerían a finales de este siglo, como el Cerro de Pasco, en la actividad minera⁵⁰.

El guano marcó gran parte del movimiento de la economía peruana del siglo XIX. La producción de este producto, usado como fertilizante, se situó en las costas centrales del Perú, en las islas de Chincha. Consistía en la mezcla de excrementos de aves marinas y murciélagos, para su recogida se habían empleado a los culíes⁵¹, que habían venido principalmente del sur de China a través de Macao, con contratos que supusieron una serie de situaciones discriminatorias y de explotación (Klaren, 2013 [2004]: 209). Ya desde la época de la independencia, los comerciantes ingleses habían tenido la hegemonía del tráfico comercial y la aparición del guano,

“les permitió aún más el incremento de sus negocios, al asegurarles la liquidez monetaria para sus transacciones y al poner en sus manos la mercancía fundamental de retorno [...] sus actividades no se limitaban a la compra y venta de mercancías, sino que intervenían también en la producción y en la emisión de préstamos a corto plazo.” (Bonilla, 1994 [1974]: 85)

⁴⁹ Para el siglo XIX la zona sur (Arequipa, Puno y Cusco) del Perú fue una economía predominantemente exportadora de lanas.

⁵⁰ “Sobre estos parajes, a finales de siglo (1897) se vio deambular a un grupo de ingenieros norteamericanos, dirigidos por Mac Cune, buscando yacimientos de plata con sondas diamantinas; al poco tiempo, aparte de la plata, descubrieron inmensas reservas de cobre en el Cerro de Pasco” (Flores Galindo, 1993: 30). Estas exploraciones promovieron la creación de líneas férreas para desarrollar la explotación de la zona. Cabe destacar la importancia dada a finales de siglo con el mapeo realizado por Antonio Raimondi sobre la minería en el Perú.

⁵¹ Por un lado, se estima que entre 1849 a 1874 existían aproximadamente unos 100.000 trabajadores chinos “importados” al país en sustitución de los esclavos negros que alcanzaron su emancipación en 1854. (Klaren, 2013 [2004]: 237). Ver reflexiones sintéticas sobre el siglo XIX peruano en Julio Cotler (2013 [1978]); Carlos Contreras (2012); Heraclio Bonilla (1994 [1974]).

Según señala Bonilla, en el caso peruano de mediados de siglo, el control del mercado por parte de los franceses estuvo más bien ligado al control del comercio de lujo, satisfaciendo las “extravagancias” y “hábitos señoriales de consumo” de las clases pudientes (Bonilla, 1994 [1974]:86). Este “afrancesamiento”⁵² fue típico del siglo XIX en las elites de la región (Muratorio, 1994; Deas, 1989); en el Ecuador, por ejemplo, es muy marcado desde el periodo del presidente García Moreno hacia el Progresismo de finales del siglo; en Colombia, se lo relaciona con el periodo conocido como *La Regeneración*. La moda, la literatura, e incluso la exaltación de la ciencia y el progreso que venía desde la Ciudad de la luz, fueron referentes para estos grupos dominantes.

Retomando el caso peruano y volviendo a la importancia de la explotación y comercialización del guano, sabemos que tras las dos primeras fases de auge, la primera fue concedida en forma de consignación a Gibbs para el mercado inglés y la segunda, a consignatarios nacionales. En 186⁵³, en París, se firmó un contrato entre los comisionados peruanos Toribio Sanz y Juan M. Echenique con Auguste Dreyfus, este tratado le permitía la compra y venta de dos millones de toneladas de guano, “es ese acto que liquida el sistema de consignaciones” el que abrió una nueva etapa en la historia económica del Perú.

“Dreyfus⁵⁴, si se nos permite esta definición, no era solamente un comerciante, en el sentido estricto de la palabra. Sin ser tampoco exactamente un banquero, sus estrechos contactos con los altos círculos del mundo financiero francés y, sobre todo, el papel que más tarde jugará dentro del Gobierno peruano, lo acercaban bastante al rol de un banquero. En última instancia, es este rol de intermediario entre el Gobierno de un país lejano y el alto círculo de las finanzas europeas lo que lo singulariza y lo que explica el secreto de su fuerza [...] era la acción de hombres como ellos, en tanto intermediarios o socios, la que permitía atenuar los riesgos

⁵² Este apego a las “costumbres francesas” -o mejor dicho, identificadas “como francesas” en las elites de la región- ha sido un tema señalado por algunos historiadores. Muchos de los personajes investigados para este análisis pasaron por París para sus estudios: Vicente Restrepo y su hijo, Jacinto Jijón, entre otros.

⁵³ Como lo señala Heraclio Bonilla, “hasta 1862 la explotación y venta del guano estuvieron confiadas a varias casas comerciales extranjeras, como la de Anthony Gibbs. Esta firma era la dominante dado el monopolio de venta que ella ejercía sobre el mercado británico”, su contrato expiró en 1862, y no pudo obtener la renovación (Bonilla 1994 [1974]: 37).

⁵⁴ Con la obtención de tantos beneficios económicos debido al control económico del guano, este empresario gozó de un gran prestigio no solo en el Perú, sino internacionalmente. Aparte de sus intereses en el sector financiero, Dreyfus también se caracterizó por ser coleccionista de arte y por participar en el pabellón de Perú en la Exposición Universal de 1878, entregando varias momias peruanas a la reconocida *Sociedad Antropológica* francesa en este mismo año.

corridos por los banqueros europeos en cada una de sus operaciones financieras” (Bonilla, 1994 [1974]: 98).

La explotación del guano tuvo un efecto conversor en obras ferroviarias⁵⁵, articulando la economía peruana a las exigencias de la economía internacional. Entre 1840 a 1880 se extrajeron, transportaron y vendieron, en los mercados europeos y estadounidenses, unas once millones de toneladas de guano, por un valor estimado de 750 millones de dólares.⁵⁶ Paralelamente, vemos como el proyecto político modernizador peruano que pasó de un progresivo endeudamiento externo a fines de la década de 1860, a una progresiva caída de la cotización del guano. Sabemos que por entonces el nivel de endeudamiento del gobierno peruano superó sus posibilidades reales, “se contrataron tres préstamos en los mercados europeos que totalizaron una deuda de 36 millones de libras esterlinas, suma que representaba unas seis veces el presupuesto nacional” (Contreras, 2012: 83)⁵⁷. Hagamos un inciso aquí para señalar que las estrategias “modernizadoras” de elites como la peruana se vincularon siempre al incremento de la producción destinada a la exportación, al mismo tiempo que invertían en vías de transporte, útiles a sus intereses económicos. Por ello, los subsidios del gobierno y la financiación interna eran imprescindibles para el desarrollo de ese proyecto “modernizador” y la dinámica política dependía de los propietarios de minas, quienes deseaban gobiernos civiles estables cuyos recursos fiscales se dirigieran a la construcción masiva de líneas de ferrocarril⁵⁸.

Las últimas décadas del siglo estuvieron marcadas por una fuerte conflagración bélica al sur del continente. La mencionada *Guerra del Pacífico* puso en jaque a las elites productoras y exportadores de tres países, Chile, Bolivia y Perú, frente a la bonanza que representaba la exploración y exportación del salitre. Este conflicto se convirtió en uno

⁵⁵ En el gobierno de Manuel Pardo, en 1872, se solicitó a Dreyfus la emisión de un empréstito por doce millones de libras esterlinas y, meses más tarde, de una suma casi similar y mayor. Para 1873, se autorizó la emisión integral del empréstito de 36.800.000 libras esterlinas, a fin de continuar con la política ferroviaria, estas acciones colocaron al Perú en los primeros lugares de naciones deudoras del mercado monetario de Londres. (Bonilla, 1994 [1974]: 133).

⁵⁶ Según Peter Klären, esta época dorada del guano se vio caracterizada por un consumo suntuoso de las elites y un acceso ilimitado al crédito londinense. Además, las consignaciones realizadas sobre este favorecieron más a los comerciantes extranjeros que a los nacionales, puesto que los primeros contaban con una serie de redes en Europa y Estados Unidos y amplios capitales para hacer préstamos al gobierno peruano (Klären 2013: 203).

⁵⁷ Cabe destacar que la mayor parte del gasto, fuera del pago de la deuda y de los ferrocarriles, iba para el gasto interno y el militar, generando un déficit en el ámbito fiscal (Contreras, 2012: 84).

⁵⁸ Varios autores han hecho referencia al tema de la historia del ferrocarril en el Perú, entre ellos, véase, Teodoro Hampe (2010); Andrés Milla (1996), entre otros.

de los más violentos de la región. En él que perecieron un sinnúmero de personas, producto de la guerra, provocando desastres sociales y económicos en las repúblicas perdedoras y un claro distanciamiento diplomático entre ellas. ¿Cuál fue el motivo y cuáles fueron las consecuencias?

Hacia la década de 1870, surge con fuerza el conocido *boom del salitre*. En una marcada competencia con el guano, el salitre cobró importancia para la economía peruana de exportación. Ambos productos eran utilizados como fertilizantes agrícolas, y el primero de ellos, dominado en su mayoría por la burguesía limeña desde época de Dreyfus, veía en este nitrato del sur un cierto tipo de amenaza a sus intereses. El gobierno de aquel entonces decidió establecer un impuesto a dicho producto, que a la larga fue inoperante y que llevó, el 28 de mayo de 1875, a que Manuel Pardo y Lavalle, el presidente peruano, a aprobar la ley de estatización de las salitreras, que permitía a sus propietarios seguir operando como contratistas del gobierno (Contreras, 2012: 91). Esta decisión molestó a los empresarios chilenos involucrados en estos negocios, como el ex presidente de Chile, Manuel Montt, José Manuel Balmaceda, futuro mandatario, entre otros líderes políticos de aquel país (Palma, 2003: 297). Muchas de estas empresas tenían capitales e intereses británicos a su haber⁵⁹.

La guerra inicia con la ocupación de Antofagasta, el 14 de febrero de 1879, por parte de las tropas chilenas, y se extiende hacia otras áreas los meses siguientes. La actual zona norte de Chile, Tarapacá, antigua provincia peruana, así como los territorios bolivianos marítimos de la zona de Antofagasta, entraron en disputa. Los tres países, como lo señala Klaren, veían en los depósitos de nitrato del desierto “una fuente potencial de ingresos importantes, en un momento de gran presión financiera durante la década de 1870” (Klaren, 2013 [2000]: 234). Este conflicto fue aprovechado por sectores extranjeros, particularmente británicos, que dominaban la economía mundial en estas décadas. Este enfrentamiento supuso una ganancia para ellos, al verse una baja en los propietarios de los bonos de las deudas en la zona. Esto promovió la existencia de

⁵⁹ Entre 1875 y 1879, la situación económica en chilena era deplorable. La disminución de los precios del cobre en más de un 40% como del trigo en un 30% provocó el derrumbe de las exportaciones. La deuda pública creció en un 50% entre 1873 y 1878. En estas condiciones la guerra se presentaba inminente frente a las posibilidades que se mostraban con la anexión de depósitos salitreros de Perú y Bolivia y al reciente violación por parte de Bolivia del Tratado limítrofe del 1874, al cobrar impuestos a las empresas chilenas que operaban en su territorio (Palma, 2003:300). Es importante señalar que en este tratado Bolivia permitiría a la Compañía de Salitres y Ferrocarriles de Antofagasta que funcionaba con una parte de capitales británicos, explotar los depósitos de nitrato en el Salar del Carmen y Las Salinas.

especuladores como John Thomas North, “el rey de los nitratos”, inglés negociante de la zona de Tarapacá, quien adquirió gran parte de ellos y quien dominaba, hacia 1890, el 7 por 100 en valor de este tipo de productos⁶⁰ (Blakemore, 1991: 164).

La *Guerra del Pacífico* supuso grandes perjuicios para los países perdedores, Perú y Bolivia, quienes habían actuado juntos ante la amenaza chilena. La economía boliviana sufrió un importante traspie en relación con el mercado minero y sus elites vinculadas, las cuales buscaron establecer soluciones rápidas y efectivas del conflicto⁶¹. Las acciones tomadas en las décadas siguientes muestran el interés del país andino por el desarrollo de las redes ferroviarias y de las carreteras⁶², que pudiesen abrir el mercado hacia el Pacífico. Los años siguientes significaron el ascenso del liberalismo y un dominio de la producción del estaño en la economía boliviana, así como el predominio de la actividad, la apertura de los capitales extranjeros, tanto europeos como norteamericanos. Estas circunstancias, que inauguraron el siglo, también supusieron una serie de resquebrajamientos sociales de las grandes masas campesinas e indígenas –con el desmembramiento de la propiedad indígena–, las cuales tenían poca o casi nula injerencia en las decisiones vinculadas al manejo del aparato estatal y político.⁶³

Para el caso peruano, esta pérdida representó un descalabro económico, político y social. Las tropas chilenas habían causado estragos en varios lugares del país, especialmente en la Sierra central. Las zonas azucareras del norte fueron también afectadas por las campañas de Lynch, tanto que dicha producción “que floreció durante la tardía era del guano, descendió en dos terceras partes” (Klaren, 2013 [2000]: 242). Por otro lado, los “nitratos, cuyas exportaciones representaban 26% del total de las exportaciones en 1878, se perdieron por completo al pasar su propiedad a Chile” (Drinot, 2003: 206). La guerra había dejado una fuerte crisis fiscal con “la drástica

⁶⁰ Los ingresos fiscales por los nitratos propiciaron una expansión de la industria y el comercio chileno, “desde una contribución equivalente al 5,52 por 100 de los ingresos ordinarios del Estado en 1880, los aranceles sobre la exportación de nitratos y yodo (derivado de los nitratos) crecieron hasta alcanzar el 33,77 por 100 en 1885 y el 52,06 por 100 en 1890. (Hernández Cornejo citado por Bethell, 1991: 165).

⁶¹ La firma del tratado de paz formal con Chile solo fue posible hasta el año 1904.

⁶² Nos referimos a las iniciativas organizadas desde la presidencia de Aniceto Arce (1888-1892) respecto a los enlaces ferroviarios entre el puerto chileno de Antofagasta y la ciudad de la Paz; y el gobierno de Mariano Baptista (1892-1896) interesado en las redes ferroviarias. (Bethell, 1991: 214).

⁶³ Sobre el tema véase, Fernando Armas Asín, Fernando (2001) y Heraclio Bonilla, Heraclio (1990), entre otros.

disminución de los ingresos públicos”, provocando que el Estado dejase de funcionar en muchos lugares (Contreras, 2012: 144).

Los años posteriores al conflicto se conocen, en el Perú, como la época de la gran “Reconstrucción Nacional” y fueron protagonizados, en su mayoría, por la injerencia que tendría el militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890 y 1894-1895) en el gobierno, considerado este como el héroe de la resistencia durante la *Guerra del Pacífico*. Su plan de reconstrucción estuvo focalizado en fortalecer las bases económicas del país, intentando reformular el tributo y el sistema financiero, la creación de impuestos y la renegociación de la deuda externa, a través de la firma del contrato Grace, “por el que cedió los ferrocarriles y otros recursos a los tenedores británicos de bonos peruanos, organizados en torno de la *Peruvian Corporation*” (Drinot, 2003: 207).

En suma, esta reconstrucción del país necesitó de un esfuerzo mancomunado de las elites dirigentes, las cuales necesitaban generar un aparato que posibilitara la reconstrucción nacional. En este contexto, el ámbito de la ciencia y la cultura jugaron un papel primordial en la generación de un sentimiento nacional, así es cómo se establecen dos entidades que tienen vigencia hasta la actualidad: la *Academia Peruana de la Lengua*, –por la gestión de Ricardo Palma– en 1887, y la *Sociedad Geográfica de Lima*, en 1888, ambas bajo el mandato del presidente Cáceres (Hampe, 1998: 163). A partir de 1895, surge la llamada “República Aristocrática” o civilista, caracterizada por la presencia de las elites agroexportadoras en el poder, terminando así con el continuo predominio militar en el gobierno peruano, de cara a los desafíos del nuevo siglo XX.

2.2.1.2 Café, metales preciosos y conflictos políticos

La Colombia de mediados del siglo XIX tenía una economía vinculada, en gran medida, con la navegación por vapor⁶⁴, particularmente, por el río Magdalena. Esto determinaba una particular relación geográfica entre la capital y los demás núcleos urbanos y puertos. Es bien sabido que, desde el punto de vista económico, uno de los aspectos más significativos era la especialización regional; así, el área colindante a Medellín había funcionado como el principal puerto minero desde la colonia, además de las zonas

⁶⁴ Las características particulares geográficas del país fue uno de los factores determinantes en la conformación de su dinámica económica, por ejemplo, un viaje de Cartagena al centro del país podría tomar de 6 a 8 semanas, y de Bogotá a los puertos, de 3 a 4 semanas. Sobre estas características histórico- geográficas, véase, Jaime Jaramillo Uribe (1978).

de Antioquia y Popayán; en el caso de regiones como la de Bucaramanga, los textiles fueron los motores económicos desde la colonia⁶⁵. En estas décadas, los presidentes fueron Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849) y de José Hilario Gómez (1849-1853), quienes realizaron un profundo proceso reformista con tintes modernizadores en distintas áreas: comunicaciones, ciencia, ferrocarriles, educación, etc. Existe un fuerte impulso y crecimiento hacia el comercio exterior, visibilizado en estrategias como la eliminación del monopolio del tabaco y en acciones como la creación de la Comisión Corográfica, bajo la dirección de Agustín Codazzi, en la que participaron una serie de científicos locales que buscaban un reconocimiento de las realidades del país.

Con el interés por el federalismo⁶⁶, apoyado en la famosa *Constitución de Río Negro*, vigente en 1863, se toma el nombre de Estados Unidos de Colombia, dando poder y soberanía a los estados federados y limitando el poder del Estado central. Este periodo ha sido denominado como “El Olimpo Radical” (Jaramillo, 1978) y estuvo caracterizado por una incidencia del credo liberal como doctrina ideológica, expresado en un interés en el plano educativo público –fundación de las escuelas normales– la reapertura de la universidad en 1867, el impulso a la ciencia, la libertad de prensa, etc. El nexo de Colombia con las potencias preponderantes de la época fue estrecho, particularmente porque, según algunos autores, muchas de sus elites (Melo, 1978; Deas, 1989; Martínez, 2001) se formaron en Inglaterra y Estados Unidos.

Para la década de los ochenta, el modelo federalista se estaba resquebrajando, lo que posibilitó que un ala de liberales y conservadores, se vinculara con la presidencia de Rafael Núñez -político liberal, elegido como presidente en 1880, en el cargo hasta 1882, quien ejerció también la presidencia entre 1884 y 1886, y desde 1887 a 1888⁶⁷-. Bajo sus gobiernos se dejó sin vigencia la Constitución de Río Negro y se convocó a un

⁶⁵ Según el historiador Jorge Orlando Melo, “el país estaba teóricamente unido por una red de caminos de herradura, que comunicaban a los principales centros urbanos. Sin embargo, se trataba de vías con pendientes muy elevadas, que hacían imposible el uso de carretas, y con un piso que se volvía intransitable durante las épocas de lluvias. Entre la costa y el centro del país no existía ninguna vía terrestre, y el río Magdalena se había convertido en la ruta principal para la introducción de mercancías al interior del país” (Melo, 1987: 65).

⁶⁶ Algunos autores han señalado que este federalismo radical consolidó las oligarquías regionales y privó al Estado central de la capacidad de mantener el orden público, lo que fue minando su injerencia directa en el territorio. La crisis económica del tabaco, de 1880, empeoró la situación socioeconómica. Para mayor información, véase, Jorge Orlando Melo (1978).

⁶⁷ Su vicepresidente Carlos Holguín estuvo encargado de la presidencia entre 1888 y 1892. En estos años dos de nuestros investigados, Vicente Restrepo y, posteriormente, su hijo el joven Ernesto Restrepo Tirado, participaron cerca del gobierno.

nuevo proceso constitucional. La Constitución de 1886 adoptó varias características que pretendían centralizar el poder en el gobierno, bajo un modelo autoritario, este periodo es conocido como “La Regeneración”. En aquel entonces Núñez señalaba, “en vez de la gran frontera nacional, tenemos muchas fronteras locales; en vez de un ejército, tenemos nueve; y cada dos años, con motivo de las elecciones, se habla de proyectos de campana de un Estado contra otros, o contra la autoridad en general” (Núñez citado por Henderson, 2006 [2001]: 19).

Desde esta perspectiva, los cambios se hicieron efectivos: los estados federales pasaron a convertirse en departamentos y se unificó el país bajo la religión católica; además, en estas circunstancias, el presidente asumió los poderes totales. Además se establecieron una serie de restricciones para el derecho al voto y la libertad de expresión, bajo la figura de “censura previa”. Se restituyó la “pena de muerte y se eliminó el libre comercio de armas. De esta manera, y bajo la potente influencia de figuras como la de Miguel Antonio Caro Tovar, se promovió un ideario de corte hispanista y una suerte de “cristianismo práctico” que pretendía “llenar” ese vacío moral que conllevaba la vida moderna (Henderson, 2006 [2001]: 20).

Si el llamado “Olimpo Radical” había parecido el paraíso del liberalismo colombiano, el periodo de “La Regeneración” suponía una preponderancia ideológica conservadora. Así, “el sistema no dejaba ninguna posibilidad de representación a la minoría liberal” (Deas, 1991: 285), lo que promovió una serie de movilizaciones migratorias de los liberales radicales hacia otros territorios como, por ejemplo, el ecuatoriano, para refugiarse del modelo establecido en Colombia. Entre las presidencias de Carlos Holguín (1888-1892) y Miguel Antonio Caro (1892-1898), se controlaron los embates liberales de la época de una manera particular,

“Pero el control raras veces se ejercía de forma tan directa, y el cuadro de los gobiernos de la ‘Regeneración’ que pintaban los panfletistas radicales en el extranjero contrasta con lo que revela un examen más cuidadoso: una prensa en modo alguno uniforme, muchas discusiones dentro de límites amplios, un Congreso todavía díscolo aunque solo tenía un liberal, abierta y persistente disidencia regional, inexistencia casi total de policía y un ejército no muy notorio la mayoría de veces. Persistían las sencillas ‘costumbres republicanas’ [...] era el gobierno de los polemistas civiles. Núñez, Caro y Holguín tenían inclinación a discutir, y no concebían la

vida política sin debates en la prensa y en el Congreso” (Deas, 1991: 285-286).

La aplicación política de dicho modelo constitucional no sólo friccionó a los partidos políticos de distinta vertiente ideológica, sino que generó dos conflictos clave: el de 1895 y la llamada Guerra de los mil días, entre 1899 y 1902.

El papel de la Iglesia, en estos años de la Regeneración, es primordial. Según Malcolm Deas, en Colombia podemos hablar de entrada masiva de extranjeros –españoles e italianos– en el país, vinculados con la llegada y reorganización de las órdenes religiosas ante la emergencia que representaba la incidencia del liberalismo en diversas latitudes. Pedro Schumacher, obispo alemán líder de los ultraconservadores, en el Ecuador, y el beato Ezequiel Moreno Díaz, agustino de Navarra en territorio colombiano, fueron religiosos formados en Europa que presenciaron “la pérdida del poder temporal de la Iglesia romana y la condena del liberalismo por el papa Pío IX en el *Syllabus de errores* y en el primer Concilio Vaticano” (Deas, 1989: 167). Estas órdenes participaron activamente en la colonización de aquellas zonas de “difícil acceso” como, por ejemplo, la zona del Putumayo.

La reforma iniciada por Rafael Núñez estuvo empeñada en estimular la economía. Con varias medidas como la creación del Banco Nacional de 1881, se retiró el patrón oro de Colombia y se introdujo el uso del papel moneda. Además, se impusieron tarifas para promover la naciente industria, así como impuestos internos que incrementaron ingresos nacionales, pero no los suficientes para eliminar el déficit (Henderson, 2006 [2001]: 22). Igualmente, es importante señalar la fuerte promoción de la construcción de vías férreas⁶⁸ a finales de siglo. Según el historiador Jorge Orlando Melo, la población colombiana presentó un notable incremento, en las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, impulsada por el desarrollo económico que conllevó la producción del café. Debemos anotar también el despunte de la minería en la zona antioqueña y sus alrededores, durante la década del setenta y ochenta.

Antioquía se registra como la zona con mayor crecimiento de población, de 11,6% a 21,3%, es decir, en diez puntos entre 1851 y 1912, vinculado al comercio estimulado

⁶⁸ Según Henderson para finales de la década del noventa Colombia contaba con cerca de 650 kilómetros de vías férreas, más del doble de las tendidas hasta 1885. (Henderson, 2006 [2001]: 22).

por el café o la minería; ciudades como Medellín⁶⁹ comprendían poblaciones de más de 50.000 habitantes (Melo 1996: 63). Vale señalar que, a partir de 1850, se comenzó a tratar el mineral en bruto, así como los procesos de fundición y ensaye de los metales. En este tipo de empresas participaron algunas como la sociedad El Zancudo y la *Western Andes Mining Company*, iniciativas empresariales que requerían del montaje de equipos industriales para la transformación del mineral (Ocampo y Botero, 2003: 89; Botero, 2007; Brew, 2000 [1977]). Para 1880, ya funcionaban tres laboratorios para el estudio de los metales y su producción en Medellín⁷⁰ –uno de ellos, de Vicente Restrepo y su hermano–, promoviendo una producción aurífera con fuerte salida internacional.

El desarrollo de la minería en la región antioqueña fue fruto de una serie de condiciones y fenómenos relacionados. Según Brew, existen seis factores fundamentales: el primero es la formación de una elite con habilidades empresariales; el segundo, la creación de cierto grado de comercio y de especialización dentro de la región que permitieron oportunidades para la movilidad social; el tercero, una pequeña acumulación de capital en manos de estas elites e instituciones financieras, que permitió el desarrollo posterior de la industria cafetera; el cuarto, una mano de obra móvil y dispuesta a un trabajo “disciplinado”; quinto, la introducción y difusión de conocimientos mecánicos y técnicos y, finalmente, el comienzo de la formación de un mercado para productos manufacturados que luego creció con el desarrollo del café (Brew, 2000 [1977]: 103-104).

Si para mediados del siglo XIX la economía colombiana se había sostenido por las exportaciones de quinina y tabaco, estas fueron afectadas hacia la década del ochenta. Según Melo (1996), la recuperación de los precios del café y el aumento de la producción de metales preciosos fueron factores fundamentales, entre 1887 y 1898, y aseguraron una presencia significativa del país en el comercio mundial. Es interesante señalar que la agricultura se expandió por el territorio colombiano,

⁶⁹ Esta ciudad se convirtió en un centro mercantil y financiero importante, entre 1870 y 1883 surgieron tres casas bancarias y siete bancos privados; además se apoyó el mejoramiento de una red de caminos, la construcción de un sistema de telégrafos y se impulsó la educación técnica (Ocampo y Botero, 2003: 90).

⁷⁰ Cabe destacar también que, ya para 1887, se funda en esta ciudad la Escuela Nacional de Minas, impulsada por los empresarios de la región quienes promovieron el conocimiento de saberes prácticos: “los dueños de las minas más grandes contrataron a técnicos extranjeros, sobre todo franceses, alemanes y suecos (...) y comenzaron a la educación científica y técnica entre los habitantes locales” (Murray, 1999: 364). En este mundo de especialización técnica se desarrolló el trabajo de Vicente Restrepo.

“Después de 1870 es notable la rápida expansión territorial y la mayor importancia económico-social del café. Del noroeste cundinamarqués pasó al suroeste y atravesó el Magdalena para arraigar en los confines del sur de Tolima. A fines del siglo la avalancha antioqueña lo sacó del suroeste del Departamento para convertirlo en el cultivo más importante de los recientes asentamientos en la cordillera central. El café valoriza las tierras a lo largo del Magdalena donde aparecen nuevos puertos y centros comerciales y, finalmente articula una red de empresas comerciales y financieras en base a las cuales se desarrollará en el siglo veinte la alta burguesía empresarial” (Palacio, 1983 [1979]: 173-174).

Entre 1887 y 1894 las exportaciones de café⁷¹ se triplicaron pasando de 111 mil a 338 mil sacos, de forma que, para 1898, el total ascendió a más de medio millón de sacos (Liévano citado por Henderson, 2006 [2001]: 23). A pesar de que la minería aún representaba un material importante para las exportaciones, a finales de siglo el café se colocó como el principal producto de exportación y era “causa y sostén de migraciones tanto permanentes como estacionales, a la tierra templada, las tibias laderas de las cordilleras; ofrecía oportunidades nuevas y salarios adicionales” (Deas, 1991: 295).

Tabla No. 1: Composición de las Exportaciones⁷²

CUADRO 4.7 COMPOSICION DE LAS EXPORTACIONES SEGUN VALOR						
	1840/41- 1844/45	1854/55- 1857/58	1875/76- 1877/78	1881/82- 1882/83	1898	1906- 1910
Metales preciosos	74.8%	36.3%	27.7%	23.7%	22.7%	24.7%
Tabaco	3.6	27.8	23.3	1.2	8.3	3.0
Quina	0.2	9.8	17.5	30.9	—	—
Cueros	4.5	4.0	5.7	7.8	5.5	9.0
Algodón	1.6	0.1	1.4	0.2	0.4	0.1
Abril	—	—	0.4	—	—	—
Sombreros	0.8	9.5	1.7	0.5	—	4.0
Maderas	7.6	4.7	4.5	3.1	2.5	4.7
Ganado	1.9	0.4	1.1	3.5	4.3	n.d.
CaféBananos	1.8	4.1	22.3	16.9	49.0	37.2
Otros	—	—	—	—	0.4	6.3
Valor	3.8	3.3	4.4	12.2	6.3	10.8
(Miles de pesos oro)	3.306	6.353	9.982	15.430	19.154	15.542

FUENTE: José Antonio Ocampo, Colombia y la Economía Mundial, 1830-1910, Bogotá, 1984, pp. 100-101.

⁷¹ Vale la pena destacar el papel que había cobrado Brasil como exportador de café en estos años, sus características geográficas le habían favorecido y, desde principios de siglo, se había colocado como uno de los primeros exportadores de este producto. Las exportaciones de café, entre 1870 y 1911, para Brasil supusieron más de la mitad del valor de todas sus exportaciones. Para una perspectiva más completa de la región, véase, Tulio Halperin Donghi, et. al. (2002).

⁷² Tabla tomada del artículo de Jorge Orlando Melo (1987).

En los primeros años del siglo XX, la historia colombiana estuvo marcada por el contexto de guerra y postguerra de la conocida *Guerra de los Mil Días*, acaecida durante el mandato de José Manuel Marroquín, entre 1900 y 1904. Este conflicto bélico tuvo lugar entre 1899 y 1902, y estuvo caracterizado por la cruenta confrontación de guerrillas liberales y conservadoras que antecedieron a la pérdida e independencia de Panamá en 1903. El panorama político, dirigido por los gobiernos conservadores desde 1886 a través de la *Regeneración*, comenzó a resquebrajarse y, paralelamente, la economía colombiana se vio afectada seriamente por la continua baja de los precios del café a fines del siglo XIX. Los conservadores se habían dividido entre nacionalistas e históricos, estos últimos aliándose con el bloque liberal (Villegas y Yunis, 1979 [1978]: 33). En esta época se produjo una fuerte concentración del poder y el impulso de un conservadurismo nacionalista, promovido por la figura de Miguel Antonio Caro, quien asumió el liderazgo político a la muerte de Rafael Núñez. El nuevo siglo presentó una serie de retos para la nación colombiana, entre otros, la superación de la crisis económica y política, así como la pérdida territorial del istmo de Panamá y su posterior independencia, apoyada por los intereses norteamericanos.

2.2.1.3 Entre el progresismo, cacao y la revolución liberal

Hacia finales del siglo XIX, el Ecuador registró un importante crecimiento económico fruto del aumento de la producción y exportación del cacao. Esta circunstancia no solo lo convirtió en el primer exportador mundial de este producto, sino que supuso el fortalecimiento económico y político de distintos sectores agro-exportadores de la Costa⁷³. Las condiciones geográficas de la región litoral, caracterizadas por su navegabilidad y recursos fluviales, le permitieron desarrollar un espacio de movilidad interconectado y articulado a la actividad del puerto de Guayaquil. Este nuevo dinamismo, suscitado por el auge cacaotero, promovió un progresivo incremento de la demanda de mano de obra para las distintas plantaciones de la zona y un crecimiento de la población en la región.

⁷³ Este crecimiento a raíz de la expansión del cacao permitió la monopolización del espacio productivo en manos de un pequeño número de familias; así, desde la propiedad se concentraba particularmente en dos familias, los Aspiazú y los Seminario, que poseían dos de las primeras grandes fortunas del país a finales del siglo XIX (Deler, 1994: 310).

La bonanza de la exportación de la llamada “pepa de oro” generó una suerte de optimismo por el crecimiento y desarrollo del Ecuador, así como una constante necesidad de mostrar las potencialidades y riqueza del territorio en el exterior. En este contexto, los llamados gobiernos “progresistas”, identificados con los periodos presidenciales de José María Plácido Caamaño (1884-1888), Antonio Flores Jijón (1888-1892) y Luis Cordero (1892–1895), fueron piezas clave para concretar el ideal económico para la nación. Estas administraciones se caracterizaron por su alineación con una tendencia católica de orientaciones liberales, a decir de Blanca Muratorio, un “liberalismo moderado y ecléctico.” (Muratorio, 1994: 167).

Para los progresistas, lo fundamental en su práctica política se encontraba en “la acción inmediata” (Maignascha, 1994: 392), en temas que habían sido detectados como medulares del gobierno: crédito, educación, vías de comunicación e inmigración extranjera⁷⁴. Acorde con este espíritu de cambio, estos mandatarios apoyaron el desarrollo de los medios de comunicación, estrategia visibilizada en la implementación de telégrafos, puentes, caminos, edificios, etc. Además, en las últimas décadas del siglo XIX, se promocionó algunos planes editoriales como la publicación de los primeros estudios fundamentales acerca de Geografía, Geología e Historia, auspiciados por el gobierno de turno, entre los que podemos mencionar, *Geología y Geografía del Ecuador* de Teodoro Wolf, publicado en 1892, y los primeros volúmenes de la *Historia del Ecuador* del religioso Federico González Suárez.

Según la historiadora María Cristina Cárdenas, el progresismo se constituyó en un antecedente de lo que, posteriormente, plantearía la Revolución Liberal, liderada por Eloy Alfaro, en el año 1895. Esta autora ha hecho hincapié en la complejidad de la vertiente conservadora de la época, mostrando cómo esta tendencia intentaba poner en regla los mecanismos del poder –como por ejemplo la propia injerencia de la iglesia católica en temas políticos– y buscar la consagración de la “supremacía de la ley” (Cárdenas, 2007: 14), principios primordiales en la construcción moderna del Estado. El programa progresista estuvo preocupado en promover la transformación de muchos aspectos de la vida social,

“Durante la época civilista de 1883-1895 pareció afirmarse el proceso

⁷⁴ Estos ejes se presentan en la ceremonia de aceptación del mando de Antonio Flores en 1892 (Maignascha, 1994: 392).

moderno de creación del espacio público [...] La batalla por las libertades civiles, el intento por asentar el desarrollo material como premisa institucional, la preocupación por difundir la educación entre las mayorías populares, son temas de hoy que los progresistas lanzaron al debate nacional y se propusieron llevar a la práctica, cuando el Ecuador había comenzado a construirse en la modernidad (Cárdenas 2007: 13-14).

Este progresismo buscó sembrar un clima de estabilidad a través de la rectificación de leyes vigentes como el antidictatorialismo, el antimilitarismo, así como la promoción de la lealtad católica y la tolerancia política. Existió, además, una suerte de “espíritu cosmopolita”, de mirarse y mirar al Ecuador en el concierto de la nación, bajo la égida del progreso y la riqueza.

La clase agroexportadora de la costa, junto con los terratenientes serranos, tuvo a su disposición estos teatros internacionales –en referencia a las exposiciones universales– para desplegar su ideología y legitimar su poder, logrando acumular su capital simbólico y construir su hegemonía cultural en una época en la cual el éxito comercial y el progreso cultural eran percibidos como estrechamente vinculados (Muratorio, 1994: 114-118). Así, por ejemplo, en 1894 en el popular libro *El Ecuador en Chicago*, producto editorial lanzado con motivo de la Exposición Universal organizada por aquella ciudad norteamericana, Luis Felipe Carbo, empresario guayaquileño mencionaba,

“Cuando Europa y los Estados Unidos de América conozcan la riqueza del Ecuador enviarán allí sus capitales y sus hombres más aptos en los múltiples ramos de la industria, la agricultura y el comercio. Confiamos en que ese día, no lejano felizmente, el Ecuador se elevará a la altura que le corresponde” (Carbo, 1894: 188).

Estas elocuentes frases dan cuenta de un país que nacía al mundo como una potencia cacaotera. Guayaquil es, sin duda, la ciudad que más se transforma en estos últimos años. En su calidad de principal puerto del país, con un creciente flujo migratorio por cuestiones laborales y en una situación geográfica particular que le permitía la constitución de toda una red al amparo de la producción del cacao, ingresa indudablemente al comercio internacional,

“Para estos años el cacao constituía generalmente unos tres cuartos del total de las exportaciones ecuatorianas. El movimiento portuario creció considerablemente: 149 navíos marítimos hicieron escala en 1869; para 1922 llegaron como 400. El total del tonelaje se incrementó de 63.000 a más de 400.000 en el mismo período. El cacao le dio carácter a Guayaquil: ‘a lo largo del malecón el agradable aroma del cacao’ perfumaba sus calles” (Pinneo, 1994: 254).

Además, es importante señalar el sinnúmero de conexiones internacionales que generaba la venta del cacao⁷⁵. Como señala Pinneo (1994), en los primeros años España era el principal socio comercial, reemplazado luego por Francia y Alemania. Ya entrado el siglo XX, los Estados Unidos se interesaron por el cacao ecuatoriano hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial y la caída de los precios en todo el mundo. El control de la navegación por el Pacífico por parte de los británicos había caracterizado los flujos económicos de la región; en el caso guayaquileño, hasta 1880 Gran Bretaña era la única nación que enviaba barcos mercantes a la urbe porteña, además de suministrar de un cuarto a un tercio de las importaciones ecuatorianas anteriores a la Primera Guerra Mundial (Pinneo, 1994: 255); años antes, los franceses habían participado activamente en las importaciones en este país.

Tabla No. 2: Destino de las exportaciones cacaoteras guayaquileñas (1869-1919)⁷⁶

Cuadro 6							
DESTINO DE LAS EXPORTACIONES CACAOTERAS GUAYAQUILEÑAS (1869-1919)							
(Valores en miles de sucres, pesos antes de 1884)							
Año	Francia	Estados Unidos	Gran Bretaña	Alemania	España	Otros	Total
1869	223 (13%)	78 (5%)	291 (16%)	286 (16%)	655 (38%)	209 (12%)	1.742
1903	4.205 (37%)	2.138 (19%)	1.173 (10%)	1.761 (16%)	1.200 (11%)	791 (7%)	11.268
1904	6.282 (46%)	1.845 (14%)	1.288 (10%)	2.458 (18%)	1.110 (8%)	554 (4%)	13.537
1908	9.585 (57%)	2.792 (17%)	1.614 (10%)	681 (4%)	1.466 (9%)	532 (3%)	16.670
1919	7.420 (28%)	12.628 (47%)	3.908 (15%)	—	1.286 (5%)	1.455 (5%)	26.697

— = menos que 1%

Fuentes: United States, Department of State, Guayaquil Consul Charles Weile, "Report", February 9, 1870, Despatches from U.S. Consuls in Guayaquil, 1826-1909, volume 4, Record Group 59; Guayaquil, Cámara de Comercio, *Memoria, 1903, 1904, 1908, 1919.*

⁷⁵ “Con el aumento del comercio exterior y los impuestos a las importaciones, los ingresos públicos se duplicaron. El rendimiento de la aduana pasó de un 50% a un 70% del total de las rentas del gobierno. El Ejército, la educación y las obras públicas siguieron siendo los rubros de egreso más importantes del gobierno central” (Ayala Mora, 2011: 47).

⁷⁶ Tabla de exportaciones tomada del artículo de Ronn Pinneo, de su estudio realizado sobre el segundo boom cacaotero del último cuarto del siglo XIX (Pinneo, 1994: 289).

Gran parte de la vida económica regional se desarrollaba al ritmo de la navegación fluvial (Deler, 2007 [1987]: 261), no obstante, la necesidad de una obra ferroviaria que cubra la ruta de Quito a Guayaquil fue la principal preocupación de finales de siglo: el gran “interés nacional”. Eloy Alfaro, presidente en dos ocasiones entre 1895 y 1908, gracias, en buena medida, al incremento de las actividades exportadoras, pudo materializar esta conexión ferroviaria entre ambas ciudades, consolidada hacia 1908 (Deler, 2007; Clark, 2004).

En estos años, es importante señalar que, a la par del desarrollo cacaotero de la Costa, en la zona sur del país se vivió también un desarrollo de las relaciones mercantiles externas a través de la exportación de la cascarilla, la quina⁷⁷, y de otros productos como los sombreros de paja toquilla. Según Silvia Palomeque, con “los retornos monetarios de las exportaciones, se realizaron inversiones diversas en maquinarias y explotaciones mineras” (Palomeque, 1994: 85). Estas últimas corresponden al apogeo mundial de los metales preciosos, como el oro, que para el caso ecuatoriano se localiza en la región austral⁷⁸, donde se inicia en 1850 y encuentra su auge hacia la década de 1880, afincándose en el área de Zaruma y Portovelo⁷⁹.

Con el arribo de Eloy Alfaro al poder a través de la Revolución Liberal, acaecida el 5 de junio de 1895, el panorama nacional se transformó en un complejo escenario social, económico y político. En 1896 se organizó la Asamblea de corte liberal y se dictó la primera constitución liberal, con la que se crearon ciertas garantías como la libertad de conciencia y de cultos; la segunda carta liberal definitiva se promulgó en 1906. En esta primera carta constitucional ya resquebrajaron las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que se complicarían años más tarde con la constitución de 1906. Las leyes y reformas más emblemáticas dictadas en el periodo liberal fueron: la Ley de Patronato (1899); la

⁷⁷ Es interesante cómo hacia la década de 1860 se decreta la Ley Ecuatoriana del Banco de Quinas para proteger los bosques quiníferos y el monopolio sobre este recurso. El viajero británico Richard Spruce, en calidad de científico, se llevó varias muestras de los bosques en complicidad con las elites del sur, hacia la segunda mitad del siglo. (Sevilla, 2011: 82).

⁷⁸ Palomeque señala que, en 1880, se conforma en Londres la *Great Zaruma Gold Mining Co. Limited* con la gestión de empresarios cuencanos como Rafael María Arízaga, Luis Malo, Manuel Vega, Manuel Moscoso, Roberto Crespo Toral, entre otros (Palomeque, 1994: 99). Según esta autora, el dinero de las exportaciones se invierte en importaciones de objetos para el consumo, en su mayor parte.

⁷⁹ Como veremos más adelante, el auge de la exploración áurea convivió con el interés en los objetos de oro encontrados en la zona austral.

Ley de Matrimonio Civil y Divorcio (1902) y la “Ley de Manos Muertas” (1908), con la que se declaraban como propiedad del Estado todos los bienes raíces de las comunidades religiosas y se los traspasaban para beneficencia pública. En esta misma línea, se expidió la Ley de Instrucción Pública que pretendía tener todos los ciclos de enseñanza obligatoria y laica bajo el control del Estado. Para 1900 ya se había establecido el Registro Civil.

Frente a esta coyuntura, la relación con la iglesia se convirtió en un campo complejo de continua tensión de las elites en el poder. Muchas de estas medidas pusieron en jaque al dominio ideológico de la institución eclesiástica, tanto en el control de la información de la población, la vigilancia sobre la sociedad conyugal bajo el núcleo básico de la familia, la educación religiosa, así como el predominio económico y político del que gozaba esta institución antes del proceso revolucionario liberal. En los primeros años del siglo XX, con la mayoría de obispos ecuatorianos muertos o desterrados, el papa Pío X nombró Arzobispo de Quito a Federico González Suárez, en el polémico año de 1906, fecha de establecimiento de la segunda y definitiva constitución liberal⁸⁰.

Si bien el liberalismo estuvo orientado a un proceso de modernización del aparato estatal y de la secularización de la sociedad, poniendo un especial acento en la promoción de la ciudadanía “inclusiva” –como el caso de las mujeres y su inserción laboral–, es necesario señalar que “no incluía a todos y que el sistema de hacienda continuaba siendo uno de los ejes principales para la vida social y de su división estamental” (Kingman, 2000: 88). En esto coincidimos con Kingman (2000) y Prieto (2004), quienes consideran que las relaciones sociales y étnicas se mantuvieron al amparo de los cánones heredados de la hacienda, transformándose en los procesos modernizadores de las urbes. A pesar de que la base social de la revolución liberal tuvo en sus filas a un estamento popular notable, la gestión política y de gobierno ejercido hasta 1912, no logró trastocar las relaciones coloniales que imperaban en el ejercicio del poder.

⁸⁰ Es importante anotar que González Suárez “mantuvo su antigua postura de rechazo de la presencia del clero en el conservadorismo, y de condenación de los intentos violentos de derrocar al régimen.” (Ayala Mora, 2002 [1994]: 367). Su papel en las primeras décadas del siglo XX, hasta 1917 fue primordial, no solo en el plano político desde donde afrontó los gobiernos liberales, sino en la constitución de un escenario intelectual amparado por los jóvenes conservadores de la época, como veremos más adelante.

En la segunda mitad del siglo XIX se configuró un escenario propicio para la consolidación del capitalismo mundial. La ideología del progreso y la configuración de un *ethos* sobre la riqueza, de la mano del pensamiento liberal de la época, se expandieron en distintos niveles y lograron tener múltiples grados de injerencia en sus asentamientos locales. La economía de tipo extractivo mantuvo sus enclaves en la región latinoamericana y supuso un movimiento de capitales, mano de obra, así como del establecimiento de intereses objetivos de ganancia en los distintos territorios. En medio de este panorama internacional, los países andinos participaron en esta dinámica, desde emplazamientos productivos distintos con el guano, el salitre, los metales preciosos, el cacao, la cascarilla, el café, entre otros.

El desarrollo de estos enclaves económicos se evidenció en un crecimiento regional móvil, es decir, articulado dentro y fuera de las demandas de producción y consumo internacionales. Las elites locales participaron dentro de estos flujos, enlazándose a los modelos estatales y a sus necesidades, lo que suponía hacer frente a una serie de disputas políticas e ideológicas a nivel local. Como lo señalamos anteriormente, las decisiones tomadas por muchos de estos personajes políticos en el gobierno estuvieron, si bien por un lado, interesadas en promover actividades mercantiles, financieras y comerciales pero, por otro lado, estas decisiones estaban articuladas a sus intereses privados.

En este escenario, nos encontramos con personajes que conjugaban una labor que deambulaba entre varios ámbitos, fueran políticos, económicos, religiosos o científicos, y que contribuyeron para la construcción de un relato de la nación en muchas maneras. Los protagonistas de este trabajo de investigación aparecen dentro de este flujo de acontecimientos, en coyunturas como las conmemoraciones, marcos de acción de compleja disputa de promoción del *ethos* de la riqueza y del ideal de la nación de pasado glorioso. Todo ello bajo el manto de las “maravillas” que el capitalismo pregonaba para el consumo de los ciudadanos de las naciones.

CAPÍTULO 3. ORO, VESTIGIOS Y NACIÓN EXPUESTA. ENTRE EL HISPANISMO Y OBJETOS DEL PASADO INDÍGENA EN LAS CONMEMORACIONES DE 1892

“Y así, puede decirse que el descubrimiento de Colón no solo reveló la existencia de un mundo nuevo, sino que aseguró para siempre la preponderancia del elemento europeo, dándole el dominio material de un hemisferio y la expansión indefinida de su raza y de su cultura en el tiempo y en el espacio”.

Fiestas Cívicas en Celebración del 4to Centenario, Lima, 1892.

A finales del siglo XIX, la conmemoración de los cuatrocientos años del “descubrimiento” de América cobró relevancia como fenómeno histórico en el panorama internacional y fue objeto de una serie de rencillas culturales entre países, como es el caso de Estados Unidos, Italia⁸¹ y España. La figura de una fiesta universal que solemnizara la llegada de Cristóbal Colón a estos territorios fue una estrategia político-cultural, en la cual podemos observar un variopinto escenario de discursos y tácticas de sus participantes frente al acto celebrativo. La exposición de Madrid de 1892 da cuenta de este proceso de gestión y negociación de la nación en horizontes particulares y de escala transatlántica.

El análisis histórico en escala transatlántica nos ha permitido abrir la noción de estudio del marco nacional hacia la pluralidad de escenas y de lógicas de interacción del objeto de análisis, en nuestro caso, dentro del complejo flujo de los objetos precolombinos en este escenario y sus particularidades. Entendemos este análisis de escalas como un nivel constituido por una red de interrelaciones dinámicas, en la cual los componentes son, en parte, definidos a través de las conexiones que mantienen y las articulaciones que estructuran sus posiciones (Werner y Zimmermann, 2003: 22-23). Lo que buscamos es ubicar la diversidad de transacciones, negociaciones y reinterpretaciones implicadas que operan en este escenario y que han permitido revisar las dinámicas de

⁸¹ Debemos aclarar que también Italia se interesaría en los festejos a través de la conmemoración de la figura de Cristóbal Colón como genovés. Por ello, organizaron la *Exposición Italo-Americana* en ese mismo año, de un carácter menos pomposo y difundido que las otras celebraciones. Como bien lo señala Dení Ramírez, en Italia las celebraciones quedaron reducidas a un ámbito marcadamente nacional con varios festejos y la organización del Congreso Pedagógico y el Congreso Geográfico, sin mucha resonancia internacional (Ramírez, 2009: 284). En esta investigación haremos algunos pequeños acercamientos, pues creemos que es necesario abrir investigaciones sobre el tema.

construcción del pasado en las naciones andinas, en el contexto de la *Exposición Histórico Americana de Madrid* de 1892.

Algunos autores⁸² han señalado la importancia de las relaciones entre España y sus antiguas colonias a finales del siglo XIX. El interés español se enmarcó en restablecer la unidad espiritual y la necesidad de posicionar a la “raza transatlántica” (Pérez Montfort, 1992: 15), desde la valoración del efecto de la conquista en estos territorios. Esta comunidad hispana universal estaba caracterizada por cuatro aspectos fundamentales: “la religión católica, el idioma castellano, la organización jerárquica o corporativa de la sociedad y un acentuado etnocentrismo cultural que privilegiaba las contribuciones del espíritu hispano en todas las interacciones con pueblos diferentes” (Bustos, 2007: 117).

Desde esta perspectiva, este capítulo lo hemos organizado en dos partes. En la primera hacemos una revisión de lo que significaron las exposiciones universales, como motores del progreso mundial y, en la segunda parte, seguiremos algunos hilos de las transacciones diplomáticas realizadas por los países andinos y las maneras en que los objetos precolombinos fueron valorados en estos contextos. En esta línea, el estudio de la dádiva del Tesoro quimbaya nos resulta un caso significativo, ya que funcionó como un medio para la configuración de recursos explicativos sobre el pasado de los pueblos indígenas, anclado a las prácticas diplomáticas. Veremos también, cómo se construyen ciertos sentidos alrededor de las piezas antiguas indígenas, del Ecuador y de conjuntos escultóricos, como el de Roselló para el Perú, ambas herramientas emblemáticas que operaron en la confección de un discurso histórico para la presentación de los orígenes nacionales en los escaparates presentados.

3.1 “Exponer” en un sentido universal

“Los pabellones, las banderas, están juntos, como los espíritus.
Se alzan como estrofas de alados poemas las fábricas pintorescas, majestuosas,
severas o risueñas que han elevado, en cantos plásticos de paz, las manos activas.
Y todas las razas llegan aquí como en otros días de siglos antiguos acudían a Atenas,
a Alejandría a Roma. Llegan y sienten los sordos truenos de la industria,
ruidos vencedores que antes no oyeron las generaciones de los viejos tiempos”
Rubén Darío, *Peregrinaciones*, 1900, pág. 9.

⁸² Véase, entre otros, María Justina Sarabia (1992); Frédéric Martínez (2001); Leoncio López-Ocón (1990 y 2002); Ricardo Pérez Montfort (1992).

Las exposiciones universales fueron celebradas como íconos de la modernidad en más de diez ocasiones, durante el siglo XIX. Ciudades como Londres, París, Madrid, Chicago, Berlín, entre otras, se convirtieron en ventanas o vitrinas del progreso de las naciones, vistas en conjunto. Si bien la primera exposición con carácter universal se realizó en el conocido *Crystal Palace* en Londres en 1851⁸³, no fue sino hasta las tres últimas décadas que estas exposiciones tuvieron una amplia difusión internacional, particularmente la inaugurada en 1876, en el centenario de la Revolución Norteamericana de Independencia y la de 1889, la *Exposition Universelle de Paris*, con motivo del centenario de la Revolución Francesa, en donde se pregonaron los valores republicanos universales de igualdad, fraternidad y libertad. Como lo señaló Hobsbawm (2012), la noción de “centenario” es, sin duda, una invención de finales del siglo XIX, incorporada al auge del imperialismo colonial y vinculada con la preponderancia de Gran Bretaña como motor de este proceso; es revelador que la primera exposición de carácter universal haya sido realizada en este país.

El ambiente de la exposición decimonónica aparece como un dispositivo⁸⁴ de exhibición de los alcances del imperialismo, tanto en los alcances tecnológicos, la producción de mercancías, así como de la presencia de curiosidades etnográficas y antigüedades venidas de aquellos rincones donde estaba presente el imperio. Como lo mencionaba Edward Said: “Creo que se puede decir, por ejemplo, que un inglés que a finales del siglo XIX se interesaba por países como la India o Egipto, lo hacía sin olvidar nunca el hecho de que eran colonias británicas” (Said, 2009 [1997]: 33); en este sentido, la

⁸³ Esta exposición fue organizada por la *Royal Society for Encouragement of Arts, Manufactures and Commerce*, de Londres, y su gestor fue Henry Cole, diseñador inglés. Si bien, en años pasados se había realizado varias exposiciones en las diferentes capitales europeas, fue a partir de la experiencia británica que estas asumen un carácter “universal” para ser presentado dentro del concierto de naciones. Para estos años del periodo victoriano, Inglaterra se presencia como la potencia industrializadora que fomenta el librecambio y, consiguientemente, la expansión comercial. Sobre las exposiciones universales hay una extensa bibliografía en inglés. En nuestro caso en particular, hemos recogido algunas perspectivas teóricas respecto a estas prácticas expositivas: Bennet (1988); Greenberg (1996) y Kirshenblatt-Gimblett (1998). Existe una interesante recopilación bibliográfica sobre la historia de estos eventos internacionales hasta su actualidad. Véase, Alexander C.T. Geppert, Jean Coffey and Tammy Lau, “International Exhibitions, Expositions Universelles and World’s Fairs, 1851-2005: A Bibliography”, publicado en el siguiente recurso electrónico (la mayor parte es material en inglés), publicado por la California State University y Freie Universität Berlin. <http://www.fresnostate.edu/library/subjectresources/specialcollections/worldfairs/ExpoBibliography3ed.pdf>. (Consultada el 12 de mayo de 2016).

⁸⁴ Entendemos el dispositivo como estrategias de relaciones de fuerza que sostienen tipos de saberes y que a la vez son sostenidas por ellas. En este sentido, para Michel Foucault, el dispositivo compone un todo heterogéneo de discursos, instituciones, prácticas adscritas a una función estratégica dominante que combina poder y saber. Agamben nos ofrece una interesante genealogía sobre el concepto que elabora Foucault (Agamben, 2011: 250).

potencia mostraba al mundo sus “dominios” y el control de sus territorios, al exponer cómo se arraiga en un determinado momento una noción de nación moderna y de qué manera esta se inserta en un circuito internacional (Tenorio, 1998 [1996]: 22).

Estos escenarios universales también fueron los lugares de representación de la Otredad. Influenciados por las teorías racistas, en boga en la Europa decimonónica, entre sus particularidades estaban las de presentar, no sólo objetos curiosos, sino también, a sus habitantes, en una especie de “zoológicos humanos”, muy populares a finales del siglo XIX y principios del XX. Estas “exposiciones” se presentaban en distintas modalidades, acordes con los grupos humanos que iban a ser mostrados; en la de Londres de 1851, se podían ver “pueblos distintos de los cinco continentes, junto a las producciones [naturales y manufacturadas] de diversas regiones del mundo [colonial]”, estos los “pueblos” fueron exhibidos no “al lado de los productos del mundo colonial, sino ‘como’ productos de ese mundo” (Báez y Manson, 2010 [2006]: 23). Estas actividades, sumamente populares, habían reunido enormes “audiencias” y se convirtieron en empresas exitosas, como las del alemán Carl Hagenbeck, quien había traficado y secuestrado a un sinnúmero de nativos de sus lugares de origen para llevarlos a este tipo de ferias⁸⁵. Su implementación no sólo se amparaba en una alteridad construida sobre la infravaloración de estas poblaciones, sino que utilizaba el dispositivo del espectáculo como norma.

Como lo explica Rancière, desde su lectura de Debord, este ejercicio de “contemplación de la apariencia” separada de su verdad es una práctica en la que “lo que el hombre contempla en el espectáculo es la actividad que le ha sido sustraída, es su propia esencia, convertida en algo ajeno, vuelta contra él, organizadora de un mundo colectivo cuya realidad es la de este desposeimiento” (Rancière, 2010 [2008]: 14). Estos *tableaux vivants* no sólo posibilitaban crear una “apariencia del mundo”, presentando a las colonias “petrificadas en estáticas imágenes” (López Ocón, 2002: 106), sino que confirmaban, como lo señala Said, la producción del bagaje literario sobre Oriente, que ya estaba asumido como verdad desde esta “exterioridad”:

⁸⁵ Estos procesos han sido documentados por varios autores y objeto de varios documentales. Entre los principales está “Calafate. Zoológicos Humanos” estrenado en 2012 dirigido por Hans Mulchi; así como *Zoos humains* de Pascal Blanchart y Eric Deroo del 2002. Véase el trabajo de Cristian Báez, Cristian y Peter Manson (2010 [2006]).

“La exterioridad de la representación está siempre gobernada por alguna versión de la perogrullada que dice que si Oriente pudiera representarse a sí mismo lo haría; pero como no puede, la representación hace el trabajo para Occidente y, *faut de mieux*, para el pobre Oriente.” (Said, 2009 [1997]: 45)

Estos escaparates universales refuerzan entonces las propias nociones que se construyen desde este supuesto. Así, el conocimiento del Otro sólo es posible desde esta exterioridad, a partir de la posibilidad de “mostrar” su vida para el público de las grandes ciudades. Sin duda, este ejercicio de exhibición racista muestra cómo las perspectivas ultramarinas -promovidas desde el germen del imperialismo decimonónico- van configurando una alteridad a partir de “esquemas perceptivos ante la otredad se construían siempre desde el prisma cultural y simbólico de lo propio y, en aparente corolario, cada desviación se entendía y se tildaba como una anomalía” (Hering, 2010: 42). Estos eventos no sólo son trascendentales a la hora de concebir las formas en que se construye una imagen de la nación moderna sino que además se muestran –o intentan hacerlo- como territorios definidos e integrados, con una cultura cosmopolita, de ideales higienistas y de salubridad y con una muestra de homogeneidad racial notable a tono con la noción de superioridad blanca en boga en la época (Tenorio, 1998 [1996]: 16).

Amparado en el *racismo antropológico*, pregonado desde la génesis de la antropología como ciencia, el racismo se extendió sobre varias capas de la sociedad y se hizo presente en estas manifestaciones públicas: las exposiciones. Como bien lo menciona Hering, el racismo conservaba su funcionalidad excluyente para mantener el poder en las relaciones sociales determinadas por la esclavitud, la industrialización y el imperialismo: “divulgar la supuesta condición inferior del indígena, del africano y del asiático permitía legitimar su conquista y explotación sin crear paradojas éticas con la moral de Occidente” (Hering, 2010: 51).

Las urbes, en este contexto, se colocaban como los motores visibilizadores del orden del mundo, o de la manera en que se entendía las matrices universalizantes, alrededor de la noción del progreso y la civilización, así como la concepción historicista del tiempo, en donde el pasado comienza a ser ponderado como un elemento de prestigio y el futuro como posibilidad real del progreso humano. Si tomamos en cuenta la cantidad de

personas que visitaban estos escenarios en las ciudades, tenemos que en sus convocatorias sucesivas, por ejemplo, la primera exposición de Londres convocó a 6 millones de personas; la de París de 1867, a 12 millones, y para 1889, esta misma ciudad había recibido 30 millones, al igual que la exposición de Chicago, finalizando el siglo en París de 1900, con alrededor de 50 millones (López Ocón, 2002: 104).

Para estos eventos se construían siempre íconos arquitectónicos representativos, por ejemplo, el *Crystal Palace* construido en el año 1851, seguido de otros como la *Tour Eiffel* en París de 1889, inaugurada en el marco de la exposición de aquel año, o la conocida *White City* de la exposición de Chicago de 1893. Para Schön (1993), este “delirio por el progreso”⁸⁶ que se mostraba como una esquizofrenia social, miraba al desarrollo de la técnica y las ciencias en escenarios mostrados como heroicos y con una decoración suntuosa, bajo el credo del crecimiento económico y del consumo desenfrenado. Así, la arquitectura debía ser funcional a este tipo de celebración y cumplir su papel de convertirse en una especie de altar probatorio de los avances de las naciones a través de la circulación de productos.

Estas exposiciones también podrían considerarse como los escenarios de promoción de “verdades universales”⁸⁷, si bien autores como Tenorio (1998) han puesto atención en que ideas clave como el progreso, la ciencia, la industria, el cosmopolitismo, son también lugares de “autopoiesis de emergencia de lo moderno” de la nueva ecúmene, regida por la novedad como valor universal (González y Adermann, 2006: 11). También pueden ser consideradas como “empresas divulgativas” desde la idea de “educar divirtiendo” (López Ocón, 2002: 107). Desde este entorno de expresión del progreso técnico y de exaltación de la mercancía como un fetiche, aparece también la idea de pregonar lo nacional.

Sobre las exposiciones universales y su incidencia en el siglo XIX, respecto a los países latinoamericanos, se han escrito algunos estudios (Muñoz, 2013, 2012; Ramírez, 2009;

⁸⁶ Este “delirio” se vio manifestado por los múltiples avances de la época, desde la máquina de vapor, la electricidad, la ciencia, la construcción de sistemas de comunicación a nivel mundial como el ferrocarril, los aparatos fotográficos, etc. Sobre más información sobre la idea de “fiesta”, véase, Wolf Schön (1993 [1988]).

⁸⁷ Vale mencionar que en este espíritu universal también se incluye todo tipo de actividades realizadas alrededor de las exposiciones, particularmente, los congresos médicos, sanitarios, literarios, o aquellos establecidos para buscar sistemas de equivalencias métricas mundiales.

González, 2006; Quiñones, 2007; Tenorio, 1998; López Ocón, 1998, 1999, 2002; Muratorio, 1994) en donde se hace un recuento de su incidencia como escaparates de representación del mundo, del libre comercio, de la tecnología y de la industrialización mundial. La particularidad de las exposiciones universales es su éxito en configurar una trilogía a partir de la cual organizar su presencia, potente pero efímera, en el siglo XIX: *ciencia, industria y nación*, amparadas en la ideología del progreso como el credo moderno, a partir del cual se puede reconocer todo el mundo o como la manera en que se puede alcanzar una modernidad cultural, vista como una cuestión de forma. Las exhibiciones luchaban por conseguir esa forma que creían que era la más cercana al estilo moderno (Tenorio, 1998 [1996]: 55).

En suma, las exposiciones universales surgieron como eventos mercantiles-culturales que jugaron un papel fundamental en la formación del Estado moderno y de la articulación del “imperialismo informal”⁸⁸ a escala global. Según Tony Bennet, las exposiciones se convirtieron en una suerte de “tecnologías culturales” (Bennet, 1988: 76), que operaron como un conjunto de estrategias de tipo educativo y civilizatorio de difusión diversa y que se desplegaron en los escaparates de las naciones, así como en los eventos y acciones asociados a dicho escenario. Estas exhibiciones mostraron un panorama variopinto de cosas, desde objetos de tipo comercial, productos primarios agrícolas, industriales, mineros, inventos de última tecnología, hasta obras de arte, objetos etnográficos, así como las antigüedades indígenas, estas últimas, puntos de soporte de la construcción de los orígenes de un pasado nacional de cara a la conmemoración del “Descubrimiento de 1492”.

3.2 Pasado exhibido, pasado conmemorado

El historiador francés Pierre Nora (1984) señalaba la importancia de los *lieux de mémoire* como escenarios en donde el tiempo pretérito era asumido en su dimensión simbólica más que una realidad puramente histórica. De este modo, los archivos, los museos, las celebraciones, los monumentos, las conmemoraciones, así como las prácticas y discursos asociadas a ellos, logran ajustar las cuentas con el pasado en

⁸⁸ Sobre la noción de imperialismo formal e informal ha recalcado en las formas en que éstos operan en el ámbito de la cultura, construyendo narrativas textuales que “enaltecen” su propia misión frente a los pueblos sobre quienes se ejerce dicha dominación, además de apropiarse y revalorizar los distintos recursos naturales, humanos y simbólicos. Véase, Ricardo Salvatore (2005, 2006).

consonancia con un presente que genera ilusiones de eternidad y nostalgia sobre él. Es en esta perspectiva que queremos anclar las celebraciones sobre el llamado “Descubrimiento de 1492” y las acciones tomadas por las naciones en el ocaso del siglo XIX. Era necesario recordar el ayer y dejar que el progreso asentara la fe en ese futuro que se vislumbraba como abierto e infinito.

Rebeca Earle (2008) ha mostrado la importancia que tuvieron para el periodo independentista las imágenes de indígenas, aquellas que distanciaban el periodo colonial del pasado precolombino: el sol, deidades, símbolos y personajes indígenas⁸⁹, fueron recuperados. Sin embargo, hacia mediados y finales del siglo XIX, esto cambió, y las elites volcaron su interés en los héroes independentistas, así como en la recuperación de los conquistadores para la tradición historiográfica local, colocando a los orígenes culturales de Hispanoamérica en el periodo colonial. Earle enfatiza cómo “lo precolombino” se dejó de lado, en este movimiento de búsqueda simbólica de emblemas patrios. Según esta autora, no es sólo que las imágenes indígenas, “tan comunes en la época de la independencia fueron con frecuencia eliminadas de los emblemas nacionales, sino que no fueron reemplazadas por otras imágenes indígenas hasta bastante entrado el siglo XX”, como los propios indigenismos y teorías sociales de la década del veinte y treinta desarrolladas en esta región (Earle, 2008: 34)⁹⁰.

Queremos anotar que no es que las imágenes del pasado precolombino se borraron de los emblemas nacionales, sino que estas pasaron a reconsiderarse en otros escenarios

⁸⁹ No obstante, cabe destacar que en el mundo literario surgen algunos autores en la región que recogen, a través de sus novelas, algunos pasajes épicos a mediados del siglo XIX. En el caso colombiano, durante el periodo de reformas liberales del presidente José Hilario López, aparece una “identificación romántica con el mundo indígena prehispánico” que se plasmó en novelas como *Aquimen-Zaque o la conquista del Reino de Tunja* o la novela *Calarká*, ambas de Próspero Pereira Gamba. Otro de los autores que publicó en estos años fue Felipe Pérez, en 1856, y su novela *Huayna Capac, Atahuallpa y Jilma*. (Botero, 2006: 55-56). En el caso peruano contamos con la figura de Manuel González Prada, literato interesado en los debates positivistas, de la ciencia y la iglesia. Entre 1871 y 1879, escribió muchas piezas poéticas publicadas en *El Correo del Perú*, publicando tres baladas “indigenistas”: *La cena de Atahualpa*, *Las flechas del Inca* y *El Mitayo*. En su discurso conmemorativo del día nacional de 1888, González Prada habló del problema del indio y de sus preocupaciones respecto a las condiciones en las que vivía. (Chang-Rodríguez, 2012: 143-144). También podríamos mencionar el interés por la investigación lingüística como, por ejemplo, la gramática quechua de José Dionisio Anchorena publicada en 1874, o los estudios de Asisclo Villarán sobre *La poesía en el imperio de los Incas*, de 1873, véase, Gonzalo Espino (1999). En el caso ecuatoriano, la novela *Cumandá* (1879) de Juan León Mera, representa aquello que se ha denominado “indigenismo costumbrista” (Araujo, 1987:84); además encontramos algunos relatos cortos sobre “indios” en *La Luciérnaga*, periódico publicado por la Sociedad Liceo de la Juventud hacia la década de 1870, en donde se topa el tema indígena desde un imaginario histórico.

⁹⁰ Sobre estos nexos existen algunos trabajos, entre los que se destacan los de, Natalia Majluf (2005); David Brading (2006) y Karen Sanders (1997).

ligados a los objetos y a la negociación transatlántica de las naciones, así como al desarrollo propio del campo científico. Si bien Earle ubica acertadamente las tradiciones numismáticas, los pabellones de los héroes nacionales o la literatura nacionalista en las reivindicaciones locales, en el escenario transatlántico los vestigios precolombinos exhibidos y traficados tuvieron un valor, tanto como promotores de los cruces historiográficos erigidos *por y desde* el hispanismo, o en resonancia con los discursos científicos de la época. A través de estas antigüedades, la diplomacia y los intereses políticos, culturales y económicos, encontraron un particular nicho en las prácticas de negociación, más allá de las fronteras nacionales.

3.2.1 Madrid y Chicago: hispanismo y panamericanismo por el “Descubrimiento”

Aunque en la mayor parte de este capítulo nos referiremos al hispanismo fomentado en la exposición de Madrid de 1892, creemos necesario hacer un repaso breve por la figura del panamericanismo surgida a finales del siglo XIX. En estas décadas, Estados Unidos había comenzado a buscar distintos enclaves geopolíticos que le permitiesen aumentar sus niveles de injerencia regional para sopesar el papel de otras naciones como Gran Bretaña y Francia en el panorama mundial. El vínculo de esta nación con América Latina comenzó a ser uno de los tópicos de interés para las autoridades norteamericanas, por ello llamaron, hacia 1881, a la primera conferencia panamericana que se hizo realidad, en un segundo momento hacia octubre de 1889-1890, con la *Conferencia Internacional Americana*. Esta estrategia de conexión regional buscaba la cooperación y unión de las naciones del continente respecto a los asuntos aduaneros y mercantiles de la región, así como la resolución de disputas internacionales a través de la figura del arbitraje.

La estrategia panamericanista⁹¹ veía la pertinencia del nexo geográfico del continente para la promoción de los intereses económicos en la región, frente al desenfrenado

⁹¹ Varios literatos vinculados al movimiento modernista –Rubén Darío, José Martí, entre otros– se encargaron de denunciar este tipo de “imperialismo norteamericano” y veían a esta nación como “una sociedad materialista, mercantilizada, basada en una sociabilidad de masas y, por ende, ‘bárbara’ (Salvatore, 2005: 25), a lo que se opuso, particularmente hacia principios del siglo XX una visión de América Latina ligada a la herencia hispánica bajo el manto del arielismo ilustrado. El propio José Martí, en su libro clásico *Nuestra América*, se había preocupado por este interés norteamericano en las tierras latinoamericanas. Martí había asistido a dichas conferencias y mostrado su preocupación por el tipo de injerencia que querían tener los EE.UU. en nuestros territorios.

impulso del expansionismo imperial europeo. Las preocupaciones del país del norte ya habían tenido sus orígenes con el manifiesto de la propia Doctrina Monroe⁹², durante la primera mitad del siglo XIX, y se habían extendido durante toda la centuria. El interés por los territorios al sur de la frontera estadounidense tenía que ver con las formas en que el capitalismo –en su escala global– necesitaba posicionarse en empresas de conocimiento, que suministraran información práctica y concreta, de utilidad para los hombres de negocios que planificaban viajes de comercio y que permitieran la expansión del mercado: la búsqueda del conocimiento “útil” (Salvatore, 2005: 272). La *Exposición Colombina de Chicago* asumió este espíritu transnacional regional en su organización, como lo muestra en una de sus comunicaciones dirigidas a los países andinos,

“It is the desire of the President, speaking for the People of the United States, that all the nations of the earth may take part in the proposed exhibition, by appointing, representatives there to and by sending such exhibits as will most fitly and fully illustrate their resources, their industries, and their progress in civilization”⁹³.

Desde otra perspectiva, el hispanismo, en un sentido de “panhispanismo”, es decir en su nivel transatlántico de transcendencia entre la península y las antiguas colonias, se vería activado –desde la dinámica propia de cada país en el que fue recibido–, en el escenario de la celebración colombina, a través de los distintos usos y formas de representación atribuidas al “ser histórico” de cada nación. Por ejemplo, para el caso de México, esta corriente hispanista “osciló entre la aceptación y la crítica”, pero con la “institucionalización del Estado de la Revolución” fue rechazada a favor de otras corrientes como el indigenismo, el latinoamericanismo y el indoamericanismo” (Granados, 2005: 7). Empero, esta herencia española, amparada en el credo cristiano, la lengua y la raza, se convertiría durante varias décadas en el movilizador de una “moral pública que colocaba a la Iglesia como ente tutelar de la cultura y de la lucha contra las corrientes materialistas” de todo aquello considerado como inmoral venido del mundo

⁹² Bajo el lema “América para los americanos”, el presidente estadounidense de aquel entonces James Monroe (1817-1825), sugirió que cualquier agresión al suelo americano sería vista como una amenaza directa a la soberanía de las repúblicas americanas y que sería respondida desde Estados Unidos. Muchos de los estudiosos han interpretado esta actitud norteamericana como una de las primeras señales del interés por ir consolidando la hegemonía de dicho país sobre el resto del continente. Para mayor información sobre este tema, véase, Gaston Nerval (1999).

⁹³ AMRREE, Quito, Comunicaciones Recibidas de la Secretaría de Estado de Estados Unidos (1838-1893), Carta dirigida al Ministro de Asuntos Exteriores del Ecuador del Departamento de Estado de Washington, Febrero 3 de 1891, f. 153.

de las ideas (Urrego, 2002: 43). España, punto de referencia de esta corriente de pensamiento, se erigió como el eje articulador y difusor de esta forma de “gobierno imaginado” de lo hispánico.

El 28 de febrero de 1888 se procedió, por Decreto Real, a la preparación para la celebración de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. El carácter de “histórico” del evento ensalzó el fenómeno de la conquista como un hecho particular, que ponía en relieve el proceso de formación del imperio, así como la relación de la “madre patria” con sus colonias. Estos Reales Decretos ofrecían “a los pueblos hispanolatinos el medio y la ocasión de resistir las atracciones del Norte, y satisfacer sus aspiraciones de aproximación y enlace con la cuna de su cultura y origen de su civilización” (Decreto citado en Ramírez, 2009: 286). El reconocimiento de este sentido civilizador lo encontraremos en varias declaraciones de la época como estas, vinculadas con la idea de la llegada de Colón y la civilización de un delegado colombiano al Congreso de Americanistas de 1890,

“El siglo XV no ocuparía tal vez tan alto puesto en la historia moderna si la empresa de Colón no hubiera cambiado el rumbo de las corrientes sociales al abrir el camino de Occidente, al destruir errores sancionados por los siglos, y al desmentir las que consideraban verdades axiomáticas o indiscutibles dogmas. Además abrió nuevas fuentes de riqueza, despertó el espíritu emprendedor de los pueblos, imprimió un poderoso impulso al comercio; y donde antes reinaban la barbarie y la idolatría, plantó la cruz del Cristianismo e hizo [sic.] la bandera de la civilización” (Esguerra, 1891: 15)

Además, para España, el “objetivo oficial de las celebraciones era proclamar los derechos históricos de la península ibérica sobre el descubrimiento y el desarrollo posterior de la civilización americana” (Sánchez citado por Muñoz, 2012: 127), en un mundo que necesitaba reconocer, bajo la ética del imperialismo colonial, el potencial de los países como productores de imaginarios universales, asociados a la civilización y el progreso. El literato peruano Ricardo Palma en una carta enviada a su amigo, el general Vicente Riva Palacio, el 3 de agosto de 1891 a Madrid, relataba cómo los Estados Unidos se promocionaron con la exposición,

“¡Cuestión de raza! Los yankees, con su futura Exposición de Chicago, traen alborotada a la América, y su entusiasmo ha sido contagioso; pues

hasta el Gobierno de mi tierra ha salido de su habitual apatía. Yo pertenezco al *comité* peruano nombrado por el Ministerio. En tres meses hemos celebrado ya quince sesiones, y la cosa marcha. Verdad que los yankees, venidos en comisión a Lima, nos impulsan bastante.

A pesar de todo, más me interesa Santa María de la Rábida, con su Congreso de Americanistas, que Chicago con sus maravillas.” (Citado en Rodríguez, 2005: 441).

Las acciones enmarcadas en las exposiciones de carácter universal como *Exposición Histórico-Americana de Madrid* dan cuenta de un tipo de “imperialismo informal”, es decir, de empresas de reconocimiento del territorio que promocionan ciertas prácticas culturales, para elaborar un conjunto de representaciones que avalan y justifican una presencia en el territorio colonizado o de antigua colonización. Pensar en la de Madrid como una exhibición “histórica” marca un punto de quiebre en aquel presente al trabajar directamente con la noción del pasado. Si la mayoría de estos eventos universales estuvieron interesados en promocionar la fe en el progreso, las maravillas tecnológicas, los productos y las riquezas, la exposición de Madrid sentaría un precedente universal en la legitimidad de la conquista española de los territorios y en la primacía europea en dichas empresas, todo esto, avalado por el peso de la historia y de los hombres que, según ellos, la escribieron,

“nadie puede disputarle á Colón, repito, su supremo lugar en este suceso, ni su excepcional grandeza en la historia [...] que aquel Nuevo Mundo le pertenecía, desde antes de verlo por sus ojos; que por eso pedía precio y pactaba sobre él á modo de caudal que llevaba en su persona! Esta conjunción de pensamiento y la acción; aquello de hacer una propia cosa de la idea y de la empresa más oscuras; el conjunto de la conducta de Colón, en fin, no puede ser identificado, no, con ningún otro hecho humano: no cabe que lo sea intelectual o materialmente. Y puesto que así Colón es tan único, nadie á su puesto puede acercarse, ni de lejos, en la historia (*Estrepitosos y entusiastas aplausos.*) (*Actas de la Novena Reunión de americanistas*, 1892: 29).

La exposición fue un éxito en compilar las “riquezas americanas auténticas y originales”, llegando un número aproximado de doscientos mil objetos. En varios de sus documentos se puso un énfasis en “el mayor número posible de riquezas arqueológicas, antropológicas y, en general, etnográficas, de las generaciones americanas precolombinas y contemporáneas de la conquista” (*Plano de la Exposición*, 1892: 2-3). Entre las naciones participantes estaban, Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, República Dominicana, Ecuador, Estados Unidos,

Guatemala, México, Nicaragua, Noruega, Perú, Portugal, Suecia, Uruguay y España con sus posesiones, hasta aquel entonces, de ultramar. Además de la exposición, se realizó el *Congreso de Americanistas* en el mismo lugar del que salió Colón, cuatrocientos años antes; este encuentro convocó a cientos de intelectuales de ambos continentes. Finalmente, la exposición cerraba su muestra con las “armas de mar y tierra” que fueron usadas en la conquista de América, una sección militar que contaba las glorias de las conquistas coloniales.

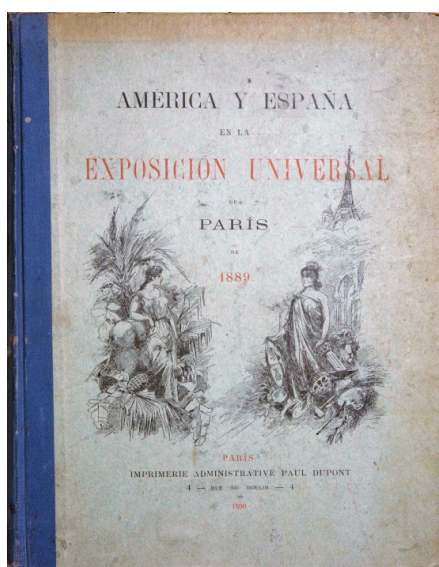
Esta exposición fue estratégica y operó como un ejercicio de “gobierno imaginado”, con base en una circulación de narrativas y de construcciones textuales, sean discursivas, visuales o performáticas del *hinterland*, y sus formas de intervención (Salvatore, 2006: 13). Así, el pasado era honrado en *objetos* y discursos científicos sobre civilizaciones “muertas”, frente al advenimiento de una civilización nueva, amparada en la monarquía, la lengua y la religión. Si bien, en el caso norteamericano, es ejemplar el nexo que se establece en la noción de “negocio-conocimiento” y el interés geopolítico marcado por los Estados Unidos sobre el territorio latinoamericano, es España quien logra posicionar esta pertinencia del pasado asentada en los *objetos aborígenes colectados* por las naciones, para ser exhibidos en Madrid. Para la ciencia decimonónica de aquel entonces, estas antigüedades habían sido valoradas por varios científicos europeos años atrás; sin embargo, para los intelectuales latinoamericanos, es a partir de la celebración de 1892 que los objetos cobran un real interés, en los circuitos de estudio de la historia nacional de finales del siglo XIX y principios del XX.

Las tesis hispanistas calaron profundamente en lo local y determinaron, como veremos más adelante, las formas en que los vestigios fueron colocados como parte de los orígenes del pasado de las naciones andinas. A continuación revisaremos el proceso de donación del Tesoro quimbaya, la organización de las exposiciones y la confección del catálogo conmemorativo de 1892.

3.3 Del Tesoro quimbaya

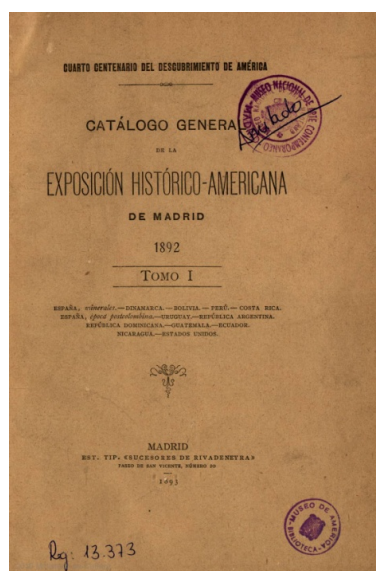
El proceso de donación, de lo que se conoce como el “Tesoro quimbaya”, por parte de Colombia para la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena de España, comenzó durante la presidencia de Carlos Holguín Mallarino (1888-1892) y se materializó con la de Miguel Antonio Caro (1892-1898), en el periodo conservador conocido como “La Regeneración”, y estuvo asociado con un pensamiento marcadamente hispanista. La dádiva fue entregada como pieza cumbre, en el marco de la organización de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid* de 1892. El famoso “tesoro” había sido comprado a Fabián Lozano, tras el reciente hallazgo realizado en el municipio de Fi(n)landia⁹⁴, región del Quindío, en la finca de La Soledad.

Imagen No. 2. Exposición de París, 1889



Fuente: Luis Bravo (1889), *América y España en la Exposición Universal de París de 1889*. París: Imprimerie Administrative Paul Dupont. Fondo de Ciencias Humanas, Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Imagen No. 3. Catálogo 1892



Fuente: *Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira. <http://goo.gl/pZyl16>

Los vestigios de esta exploración eran cientos de piezas –casi quinientas– que habían sido halladas por un huaquero conocido de la zona, el señor Domingo Álvarez. Este acervo fue adquirido por el gobierno colombiano, por un monto de \$70.000 pesos. No

⁹⁴ Hemos encontrado ambas denominaciones para la ciudad: Finlandia y Filandia, aunque esta última parece acogerse contemporáneamente al nombre del lugar, preferimos hacer uso de los dos tipos de nombramientos para la ciudad.

obstante, las piezas que viajaron⁹⁵ a la *Exposición* de Madrid, y que figuran en el *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*, de 1892, fueron alrededor de 1.012, entre vestigios arqueológicos de tipo metálico, cerámico y otros, así como de objetos etnográficos de varias regiones del país y de distintos coleccionistas. Según Clemencia Plazas⁹⁶, la confusión entre el número de piezas de orfebrería del llamado “tesoro” y otro tipo de materiales se dio gracias a la naturaleza misma de la configuración del catálogo –de cómo sus hacedores los confeccionaron– y de la zona de los hallazgos, que cubre una gran parte de la zona del Quindío, por los cauces alto y medio del río Cauca.

A la par de la donación del tesoro, en 1892 se publicó el *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Este texto fue realizado por Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado⁹⁷, quienes fungieron como miembros responsables de la Subcomisión de Protohistoria para la organización del evento, y quienes se encargaron del levantamiento, así como de la sistematización de aquello que representaría a Colombia.

⁹⁵ En el contexto de la organización de las comisiones de las exposiciones, la entrega de la colección fue traspasada al gobierno, a través de la figura de Vicente Restrepo, encargado oficialmente de su gestión. En una comunicación para el señor Ministro de Relaciones Exteriores del Ministro de Fomento, Carlos Uribe, el 4 de febrero de 1892, se señalaba que se den instrucciones “a fin de que la colección de objetos de oro que este Ministerio compró al señor Domingo Álvarez y que está depositada en el Banco de Bogotá, se entregue inmediatamente al Señor Don Vicente Restrepo, Miembro de la Comisión de las Exposiciones de Madrid y Chicago, por inventario”. Véase, AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Manuscritos 10.

⁹⁶ Clemencia Plazas (2015), en <http://goo.gl/GeSdDK>, (Consultada el 4 de noviembre de 2015), pág. 21. En una entrevista realizada por nosotros a Clemencia Plazas (11 de marzo de 2016), antropóloga y ex directora del Museo del Oro de Bogotá, nos contó cómo, durante su gestión en el museo, se exploraron las colecciones colombianas en los museos europeos. En estos viajes de trabajo, Plazas visitó el Museo de América entre 1971 y 1972. En esta ocasión se recogió información de las 122 piezas originales correspondientes a 6 ajuares funerarios. A raíz de esta gestión, se pide el primer canje del tesoro hacia 1975, este no se realiza; después de varios años existe otro intento que no se materializa tampoco. En la actualidad existe una acción jurídica planteada en el año 2009 por el actor popular Felipe Rincón, que señala que el tesoro es de interés colectivo. Esta demanda puso en duda el proceso del año 1893 y lo define como ilegal, a la luz del ordenamiento jurídico de la época, puesto que el gobierno, para la donación, requería de la aprobación del congreso, acorde con la constitución vigente en 1886. En esta acción, además, se señala que no se podrían hacer donaciones por parte de los Estados de esta naturaleza. En enero de 2016 el tema vuelve a ser noticia y está aún en consulta. Véase, <http://www.eltiempo.com/politica/justicia/repatriacion-del-tesoro-quimbaya/16494337>. Existe también la entrevista realizada, en estos meses, respecto a la situación legal y los procedimientos que se llevan a cabo en la actualidad:

<http://www.spreaker.com/user/externadoradio/190-caso-tesoro-quimbaya>. Es interesante destacar que para el año 1939, con el “poporo de las 4 bolas”, otra pieza quimbaya procedente del Magdalena medio, se erige el Museo del Oro de Bogotá. Hacemos esta aclaración para poder poner en dimensión la importancia cultural de esta disputa, actualmente.

⁹⁷ Hay que tomar en cuenta que varias piezas orfebres pertenecían a Vicente y Ernesto Restrepo e incluso viajaron y fueron donadas al *Field Museum* de Chicago por estos personajes, con ocasión de la Exposición Universal de 1893.

Sin duda, el acento fue puesto en la famosa “colección de oro” y, particularmente, en aquella asociada a lo quimbaya. Vicente y Ernesto se posicionaron, a raíz de esta exposición, como dos personalidades influyentes en el campo de la investigación y la reflexión del pasado, combinadas con una labor política y económica notoria.

3.3.1 Las exposiciones

La participación de Colombia en las exposiciones de Madrid y Chicago movilizó el interés de las elites y grupos políticos del periodo de la *Regeneración*, a finales del siglo XIX. Las comisiones para la conmemoración del “descubrimiento” se nombran por decreto número 1035 y se publican por el Diario Oficial, número 8.628. En un primer momento, constaban como miembros de dichas comisiones los señores Carlos Martínez Silva (presidente); Carlos Calderón Reyes (vicepresidente); Julio Arboleda (secretario); Vicente Restrepo (vocal) y Ernesto Restrepo Tirado (ambos de la Subcomisión de Protohistoria. Posteriormente, se encarga esta comisión a Gonzalo Ramos Ruiz (Diario Oficial, febrero de 1892)⁹⁸. Para la historiadora Carmen Muñoz, la participación en Chicago, en 1893, captó menos atención que la de Madrid, puesto que para el gobierno conservador “enfocar los esfuerzos [...] obedecía al deseo del gobierno regeneracionista de estrechar los lazos con la ‘madre patria’.” (Muñoz, 2012: 113).

Para las exposiciones de Madrid y Chicago se publicaron las noticias en el *Diario Oficial*⁹⁹ desde el año de 1891. Después de integradas las comisiones oficiales (protohistoria, minería, agricultura, etc.), este periódico publicaba en sus páginas los artículos que el gobierno necesitaba adquirir, por medio de dicha comisión por “alquiler, donación, préstamo ó compra”. Entre las características de los objetos solicitados se encontraban¹⁰⁰: 1) documentos, códices, planos, cartas, dibujos y obras

⁹⁸ Al parecer durante la conformación de las comisiones hubo algunos cambios de sus miembros y representantes (Muñoz, 2012: 118).

⁹⁹ Hemeroteca BLAA, *Diario Oficial*, Bogotá, diciembre de 1891.

¹⁰⁰ En general, los organizadores de las exposiciones presentaban un manual de los objetos y productos a solicitarse dividido en varias categorías, sean agrícolas, minerales, industriales, artes, etc. Estas guías se remitían a los gobiernos indicados. Véase, *General regulations for foreign exhibitors of the World's Columbian Exposition in Chicago prescribed by the director-general, by authority of the World's Columbian Commission, in accordance with de Act of Congress aproved April 25, 1890*, (Chicago: Office of the Director-General World's Columbian Exposition), January 7, 1891. En el caso de la exposición de Madrid, se publicaron en *El Centenario*, una revista ilustrada que fungía como órgano oficial de la Junta directiva encargada de los actos conmemorativos. Aquí se presentaban los reglamentos y las categorías históricas tomadas en cuenta para la adquisición de objetos, por ejemplo, en la sección primera de la

históricas desde el descubrimiento hasta mediados del siglo XVII; 2) Momias y cráneos indígenas, fósiles o huesos de animales que sirvan de “comprobante de descubrimientos arqueológicos de aquellas remotas edades”; 3) las colecciones de antigüedades indígenas de Colombia “sea cual fuere la materia de que estén hechas, como oro, cobre, piedra, loza, hueso, madera, textiles, etc.”, con el fin de que concurren a la exposición para “dar idea del grado de adelanto alcanzado por los aborígenes al tiempo de la conquista, bajo sus aspectos etnográfico, arqueológico, industrial y artístico”. Finalmente se señalaba que “piden la participación en dicha exposición y excitar el patriotismo” de los colombianos, tomando en cuenta los recursos exigüos con los que se contaba.

Si bien las exposiciones conmemorativas a las que se prestó más atención fueron las de Estados Unidos y España, Italia también estuvo interesada en generar una convocatoria a través de la *Exposición Italo-americana de Génova*, entre los países que quisieron celebrar esta fecha, por la relación que se establecía con el marinero Colón, como genovés (Ramírez, 2009:285) y por lo intereses de la nación italiana por estrechar los lazos diplomáticos y dar a conocer a Italia en América (Muñoz, 2012:120). En una comunicación del 27 de junio de 1892, publicada en el *Diario Oficial*, el señor Pisani Dossi, de la Real Legación de Italia, agradece al Ministro de Relaciones Exteriores, Marco F. Suárez, por la participación de Colombia. Para dicha exposición Suárez también destinó la entrega de donaciones para el museo, en las comunicaciones dirigidas al cónsul del país señalaba lo siguiente con respecto a las cajas que viajaron a Italia, rotuladas “Comité de Exposición Génova”,

“Contienen dichas cajas treinta piezas de cerámica, dos sartas de cuentas de cristal de roca y varias otras piedras pequeñas. Estos objetos provienen de sepulturas de los Quimbayas, uno de los pueblos primitivos que habitaban el territorio de la República; y el Gobierno hace donación de ellos con la esperanza de que el de Vuestra Excelencia tendrá a bien disponer que después de la Exposición de Génova, se destinen á algún museo ó centro científico.”¹⁰¹

“época precolombina” se solicitaban modelos, reproducciones, objetos de distintos materiales, en las otras secciones, se requerían objetos de arte, manifestaciones literarias, etc. Véase, *El Centenario. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el Descubrimiento de América*. Tomo II (Madrid: Tipografía de “El Progreso Editorial”, 1892).

¹⁰¹ Hemeroteca BLAA, *Diario Oficial*, carta del 27 de junio de 1892, publicada en agosto de 1892.

Las piezas después de ser expuestas en dicha exposición, finalmente se fueron al Museo Nacional Prehistórico y Etnográfico de Roma, según una comunicación del ministro Suárez del 6 de diciembre de 1892, con la indicación respectiva de que son “obsequio” del gobierno colombiano. Además, en una comunicación de Dossi a Suárez, del 18 de septiembre de 1892, publicada en octubre de ese mismo año en el *Diario Oficial*, le muestra sus agradecimientos por el envío, para esta exposición, de 234 fotografías de las antigüedades colombianas expuestas en Madrid, y que fueron objeto del regalo al rey.

Estos vestigios quimbayas, de uno de los llamados “pueblos primitivos” –como se menciona en la comunicación–, fueron donados al gobierno italiano. Llama la atención, particularmente, el vínculo que hacen las autoridades sobre la donación y su destino: un museo o centro científico. Ambas instancias podían asegurar la pervivencia de los objetos para su contemplación o uso, desde el ámbito de la ciencia, en el espíritu decimonónico. Empero, es interesante las *formas de desapego* existentes sobre dichos bienes y las maneras en que, por ejemplo, se valoran las piezas, entre las sartas de cristal de roca y cerámica, a la donación que posteriormente se hará de las de oro. Los objetos sirvieron de base para asegurar un engarce diplomático pero también, dependiendo de su factura y amparadas en el estudio que se realizaría de ellos, tenían fines estratégicos claros, como es el caso de la donación de la colección de oro.

En este sentido, exploramos el oro precolombino en su capacidad de configurar un valor que circula en universos disímiles y complementarios. Si, en la colonia, el mito del oro fue el movilizador de la conquista y de la acumulación de recursos a partir de la ocupación de los territorios americanos, para el siglo XIX, los objetos del pasado fabricados a partir de este mineral fueron el foco de interés de viajeros curiosos, anticuarios, huaqueros, mineros, arqueólogos, políticos y diplomáticos. Estos vestigios fueron usados, fundidos exhibidos, investigados, valorados e intercambiados de acuerdo con necesidades e intereses de diversa índole.

3.3.2 Oro y diplomacia zalamera

El regalo del “Tesoro quimbaya” es un tipo de intercambio a partir del cual podemos analizar múltiples aspectos del vínculo entre las distintas naciones, sus imaginarios civilizatorios y las estrategias de corte diplomático. Para este análisis hemos retomado aspectos de la teoría de los intercambios y reciprocidad, aunque en nuestro análisis partimos de los postulados de Claudio Lomnitz, respecto a la conceptualización de la *reciprocidad negativa*: una forma de intercambio que se lleva a cabo a partir de un acto de coerción, persuasión o explotación. Para este autor, la reciprocidad positiva comienza siempre con un regalo o una prestación, la negativa empieza con un robo, violación, intimidación u homicidio, logrando que los actos coercitivos se fundamenten en la dominación, es decir en una “rutinización de una relación de sujeción” en donde “la intimidación es seguida por un don simbólico que representa la deuda de la parte subordinada.” (Lomnitz, 2005: 322). La reciprocidad negativa termina, finalmente, generando una relación vista como de intercambio positivo.

El interés español en generar una especie de comunidad universal y fraternal hispano-americana marcaba el horizonte de negociación del país ibero sobre el escenario de conmemoración en 1892. Así, la valoración positiva de Colón, la conquista, colonización y cristianización de América aparecían como elementos fundamentales para celebrar la llegada de la civilización a este continente. Era el “regalo” de la península a estos territorios y era el espíritu de la *Exposición Histórico Americana de Madrid*. Para Colombia, dirigida por los gobiernos conservadores de *La Regeneración*, apegados a los ideales hispanistas, la aceptación de la matriz de sujeción civilizatoria suponía, no solo poner el acento en la primacía de estos dones civilizatorios y ensalzarlos en su potencial, sino mostrar, desde los objetos de oro precolombino, el grado de civilización de pueblos considerados “muertos” de estas tierras, pero ricos en producciones metálicas, consideradas como valiosas en un sistema internacional sostenido desde lo áureo.

La diplomacia zalamera es una práctica contingente que se asienta en un tipo de degradación moral y de reciprocidad negativa, amparada en una matriz civilizatoria que

sirve para acceder a ciertos beneficios¹⁰², en este caso, territoriales. La distancia que se genera con los pueblos indígenas y sus antigüedades, depende de la adhesión a las lógicas del tiempo de occidente y a la aceptación de las “bondades” de la conquista: es entonces, una mirada en una línea temporal marcada por la ideología del progreso bajo la égida del hispanismo. Por consiguiente, el ejercicio diplomático fundamenta su gestión en el aprovechamiento máximo¹⁰³, obsecuente y adulator, acorde con una *política del favor*, que se concretiza en el regalo de objetos confeccionados en metales preciosos o de diversa índole. Estos vestigios son, ante todo, cosas sin procedencia real reconocida sino imaginada, dentro un pasado muerto, visto sólo a través del prisma y el aval universal.

Esta construcción de imaginarios en tramas sociales articulan las nociones mismas sobre la nación/historia; nación/riqueza y son en cierta forma, escenarios en donde podemos indagar cómo *se materializan* dichos imaginarios en acciones sociales y simbólicas concretas. Como bien lo menciona Maurice Godelier, para que lo imaginario se convierta en algo social “debe materializarse en relaciones concretas que tomen forma y contenido en instituciones”; además, es necesario que eso se concrete “en símbolos que las representen y las hagan responderse unas a otras, comunicarse”. De esta manera, al existir esta materialización en las relaciones sociales, “lo imaginario deviene una parte de la realidad social” (Godelier, 1996: 47). Por eso, en estos procesos que analizamos, los objetos serán los vehículos a partir de los cuales se materializa esta relación social, como evidencia misma del sentido que se quiere otorgar a este vínculo.

¹⁰² Otro de muchos casos de la época es el de 1862, en Ecuador. En aquel entonces, el político ecuatoriano, y futuro presidente, Antonio Flores Jijón recibió del gobierno del Ecuador –durante la época del presidente conservador Gabriel García Moreno– la orden de entregar como regalo a la regente británica Reina Victoria una corona de oro identificada como “inca”. Esta hermosa pieza, extraída de la parte sur del país andino, mostraba un excelente trabajo de orfebrería de los pueblos originarios. El motivo de dicha transacción fue el “congraciarse” con la monarca con el fin de que ayudase, en este caso, al gobierno ecuatoriano, con la cuestión de límites pendientes con la república del Perú. Sin duda, dicha acción tenía una carga particular que, más allá del gesto primario, es decir, de donar dicho artefacto prehispánico a la representante de la potencia imperialista decimonónica *par excellence*, cargaba en sí misma una voluntad y moral conferida al potencial mismo de los objetos, a su representación y un prestigio tanto para el que da como para el que lo recibe.

¹⁰³ En el estudio de Miruna Achim respecto al viajero Waldeck y su estancia en México, la autora plantea que en un mundo donde las reglas del juego estaban en construcción, su *bluffing*, es decir, esa capacidad de poner en evidencia y aprovechar al máximo talentos nada despreciables, así como su persistencia probaron ser estrategias valiosas que le ganarían simpatía, apoyo, incluso admiración, entre las elites mexicanas y las comunidades extranjeras en México” (Achim, 2014: 102). Este tipo de prácticas de “aprovechar” las situaciones que se daban a ambos lados del Atlántico son comunes en los viajeros europeos, no obstante, las condiciones en las cuales actúan los personajes locales son un tanto distintas.

Para el caso que nos ocupa, este horizonte nos devela las maneras en que los imaginarios políticos de la nación parten de los sentidos del pasado, anclados a esta matriz, y de favores para y con una necesidad de la adscripción a un universal. Así, estas transacciones constituyen un cierto tipo de “marcas de riqueza”, como bien lo señala Foucault, puesto que su “resplandor oculto indicaba a la vez que era presencia oculta y signatura visible de todas las riquezas del mundo”. En este sentido, todas las cosas identificadas o aludidas a él tienen un precio que es medible y cambiante como “lo precioso por excelencia”; así,

“para que una cosa pueda representar a otra en un cambio, se requiere que existan ya cargadas de valor; y sin embargo, el valor sólo existe en el interior de la representación (real o posible), es decir, en el interior del cambio o de la intercambiabilidad. De allí dos posibilidades de simultáneas de lectura: la primera analiza el valor en el acto mismo del cambio, en el punto de cruce entre lo dado y lo recibido; la otra analiza con anterioridad al cambio como una condición primera para que éste pueda tener lugar.” (Foucault, 1971 [1968]: 188)

Ante todo la dádiva del tesoro debe entenderse en la lógica del Arbitraje Español. Este fue un convenio que se firmó en Caracas en el año de 1881, en el que se estipulaba que ambas repúblicas, Colombia y Venezuela, acordaban someter al juicio de un árbitro neutral sus controversias limítrofes. En aquel entonces, la figura arbitral recaía en el Rey de España, Alfonso XII. El arbitrio tenía como premisa resolutive el ser inapelable y definitivo. Para el año de 1886 se amplía las funciones de árbitro de derecho a la Reina María Cristina. El laudo arbitral favoreció a Colombia, permitiéndole el acceso a la zona del alto Orinoco, región oriental, con el interés de desarrollar la “industria pecuaria en las sabanas de Casanare.”¹⁰⁴

El 20 de julio de 1892 en uno de los últimos mensajes presidenciales a las Cámaras Legislativas, el presidente Carlos Holguín Mallarino puso de relieve que había enviado a Madrid, “la colección más completa rica en objetos de oro que habrá en América, muestra del mayor grado de adelanto que alcanzaron los primitivos moradores de

¹⁰⁴ En los documentos de época revisados se señala la “posesión colombiana” sobre la región, con énfasis en los asentamientos de poblaciones en la zona. Véase, *Cuestión de Límites entre Colombia y Venezuela. Apéndice a la Sección 5ta del Cuadro Sinóptico. Razones de equidad para conservar la línea del statu quo en la región de Casanare*. AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, ff. 94-95.

nuestra patria”. Además señaló que “la hice comprar con el ánimo de exhibirla”¹⁰⁵ para las exposiciones conmemorativas de 1892, tanto en Madrid como en Chicago. Su decisión de obsequiarla al gobierno español respondía al enorme agradecimiento “por el gran trabajo que se tomó en el estudio de nuestra cuestión de límites con Venezuela y la liberalidad con que hizo todos los gastos que tal estudio requería. Como obra de arte y reliquia de una civilización muerta, esta colección es de un valor inapreciable”¹⁰⁶. Además, Holguín Mallarino sugería que dicha colección debería reposar en algún museo de la península.

En este discurso, el mandatario enlazó el grado de civilización con la producción de objetos de oro en una doble dimensión; por un lado, esta construcción vincula el metal con el prisma civilizatorio de la riqueza, donde el patrón es el oro –fuente de todo tipo de intercambios– y a la vez es arte y reliquia de un pasado muerto; por otro lado, el reconocimiento del oro histórico es un mensaje de adscripción desde aquello reconocido como perdido al horizonte de lo civilizado y que debe ser guardado en los escenarios museísticos de la “Madre Patria” en sus fiestas, como regalo por su arbitraje. Como señalaría Lomnitz, la dádiva, en este caso, parte de configurar el hecho de la conquista y dominación hispánica en el halo de la reciprocidad negativa: objetos que se regalan y sobre los cuales se asienta una creencia concreta sobre el antes y después, de pueblos muertos y civilizaciones vivas para un presente hispánico. Así, en estas transacciones diplomáticas se articula una negación histórica que es positivada en ese presente, vinculada a la heredad del territorio en el que se habita y que se disputa en la ganancia de fronteras.

Años antes de la consumación de la dádiva, el mandatario Holguín Mallarino le había enviado una comunicación personal a Antonio Cánovas del Castillo, presidente en aquel entonces del Consejo de Ministros Español, informándole que se había adquirido una colección de “oro finísimo”¹⁰⁷ hallada en Colombia. Para el entonces mandatario colombiano, la adquisición de dicho acervo respondía más bien a una, “pequeña

¹⁰⁵ Es importante destacar que la demanda contemporánea del 2009 a la gestión de Holguín Mallarino está enfocada en la ilegalidad del proceso, al ser el presidente quien se atribuyó todas las funciones, pasando por encima del congreso, al comprar y regalar dicho tesoro.

¹⁰⁶ *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*, (Bogotá: Imprenta de la Luz, Bogotá, 1892), Enlace: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa720503.pdf>, 29-30 (Consultada 4 de abril 2015).

¹⁰⁷ Carta de Carlos Holguín a Don Antonio Cánovas del Castillo, 13 de diciembre de 1891, citada por Ramírez, 2009: 290.

muestra de nuestro agradecimiento por el servicio que nos prestó sirviéndonos de árbitro en nuestro pleito con Venezuela sobre delimitación de fronteras, esperando que ella adorne algún Museo de Madrid.” En esta comunicación, estas son “solo” piezas de oro y muestras del metal precioso por excelencia que, para el escenario de 1892, ya se convertirían en las únicas pruebas de la civilización muerta que habitaba en el antiguo territorio de lo que era Colombia.

Imagen No. 4. Instalación Colombia, 1892



Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892.*
Biblioteca Nacional de España.
Enlace: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000010740>

Vale la pena señalar que Holguín Mallarino, en su mensaje presidencial de 1892, señalaba también que el tesoro donado había sido ofrecido a Venezuela para la entrega de parte de ambas naciones a la Reina de España. Al parecer este país rechazó esta oferta y Colombia se irguió sola con el gesto, a favor de los resultados del Laudo. El 24 de enero de 1893, Julio Betancourt señalaba, con orgullo, el éxito de la instalación de la nación, presentada en el contexto de la *Exposición Histórico Americana de Madrid*. En dicha comunicación, Betancourt hacía referencia a la “elegancia” de la decoración para la exhibición de las piezas, poniendo énfasis en la distinción de otras porque “es la única que presenta colecciones de objetos de oro: las demás instalaciones americanas

carecen de ellas por completo, fuera de alguna que los exhibe en cortísimo número.”¹⁰⁸
Después de la visita de la comisión oficial, presidida por varias autoridades de América y España, se decidió conceder la medalla de oro a la representación colombiana.

Betancourt relata, en una comunicación al ministro Suárez enviada el 4 de mayo de 1893, la entrega a la Reina Regente de la “Colección de Antigüedades Quimbayas” como obsequio a España. La descripción que da Betancourt al miembro del gobierno detalla cómo dicho tesoro fue exhibido,

“El regalo estaba colocado de antemano en una elegante y preciosa vitrina octogonal, que el Señor Gaibrois mandó hacer, artísticamente decorada, y cuya base se cubrió hoy de flores hermosísimas. Al llegar S.M: la Reina con su numeroso séquito al local destinado al efecto, entregué a ella, después de un breve discurso, las llaves de la vitrina y el inventario de los objetos que encierra, el cual es copia exacta del formado en esa por la Comisión de Proto-historia. La Regente se sirvió corresponder á las frases que le dirigí, encargándome de un modo muy especial que manifestase su ‘reconocimiento al Gobierno de Colombia por el testimonio de cariño que envía á España.’”¹⁰⁹

Cuando la exposición de Madrid se levantó y se procedió al embalaje para el envío a Chicago, Julio Betancourt hizo el trámite respectivo, comparando los objetos con el catálogo existente. Entre sus observaciones anota que aparecieron más piezas cerámicas y que una de las piezas de oro, una nariguera, se perdió. Finalmente, Betancourt se lamenta de que la “Colección Quimbaya”, como él la llama, no vaya a Chicago, pues al parecer la Reina quiso exhibirlas en Madrid, “porque abriéndose aquí otra Exposición, el Gobierno de S.M. quiere, como es natural, que adorne las nuevas instalaciones. Lamento mucho que mi Patria pierda la oportunidad de llamar la atención en Chicago con colección tan espléndida”¹¹⁰. No estuvo presente la colección en Chicago, no obstante las reiteradas peticiones norteamericanas para que la entonces conocida colección de la reina se remitiera a este país¹¹¹. El 24 de enero de 1893, Julio Betancourt señalaba con orgullo, el éxito de la instalación de la nación presentada en el contexto de la *Exposición Histórico Americana de Madrid*. En dicha comunicación Betancourt dice,

¹⁰⁸ AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, f. 181r-v.

¹⁰⁹ AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 325r.

¹¹⁰ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, ff. 4-5.

¹¹¹ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores Mans.2, Tomo 120, f. 329.

“Nuestra instalación, que está decorada con mucha elegancia, ha obtenido unánime alabanza de las personas entendidas y varios importantes periódicos han hablado de ella, reproduciendo algunos de sus más curiosos objetos. *Es indudable que brilla en primera línea entre todas las otras, como que es la única que presenta colecciones de objetos de oro: las demás instalaciones americanas carecen de ellas por completo, fuera de alguna que los exhibe en cortísimo número.*”¹¹²

Las “marcas de riqueza” que ensalzó esta colección tenían que ver más con el metal precioso que con la historia existente atrás de las piezas, de sus sujetos y hacedores; en este sentido, la estética de la contemplación se pudo condensar en su máxima expresión. Los objetos alcanzaron, como diría Benjamín, su único derecho al ser utilizados, se convirtieron el punto de llegada de aquello que se considera como valioso de las reliquias americanas¹¹³ desde el prisma civilizador.

La noticia del *Laudo Regio* definitivo fue recibida con beneplácito por el gobierno colombiano¹¹⁴ y publicada en la Gaceta de Madrid el día martes 17 de marzo de 1891. Julio Betancourt enviaba al Duque de Tetuán, Ministro de Estado español, sus agradecimientos señalando que, “Colombia mirará siempre este Laudo como un monumento del amor de España hacia los dos Pueblos que en buena hora vinieron á ella cual hijos á la madre, para que pusiese fin á graves dificultades capaces de turbar la fraternal concordia que es sin duda el más grande interés de ambas naciones.”¹¹⁵ En este punto, la diplomacia zamorana, que miraba con beneplácito la fortuna de obtener el favor de este *Laudo Regio*, asentó sus prácticas diplomáticas alrededor de la entrega

¹¹² AGN, Bogotá, Sección República, Fondo Ministerio de Obras Públicas, Tomo 2016, f. 181r-v. Las cursivas son nuestras.

¹¹³ Esta relación con el oro y su exhibición parte de las formas en que se construyó un sentido valorativo sobre este metal y lo que esto calla también. Sin duda su raigambre es decimonónica por excelencia, basta visitar cualquier museo del oro en los países latinoamericanos para entender las relaciones que se establecen sobre lo que se exhibe y cómo se hace. Bien lo mencionó Taussig para el Museo del Oro de Bogotá: “Caminar en el Museo del Oro es tomar una vaga consciencia de cómo, por milenios, el misterio del oro ha sostenido las bases del dinero en todo el mundo a través de mitos y relatos. Pero falta un relato. El museo calla con respecto al hecho de que, por más de tres siglos de ocupación española, lo que la colonia representaba y de lo que dependía era del trabajo de esclavos de África en las minas de oro. En efecto, este oro, junto con la plata de México y Perú, fue lo que preparó la bomba del despegue capitalista en Europa, su acumulación originaria. ¿Seguramente esto preocupa al banco, su patrimonio, después de todo?” Esta investigación quiere dar cuenta de estas herencias decimonónicas con los objetos, el oro o los objetos de oro por supuesto son una de ellas. Véase, Michael Taussig (2013).

¹¹⁴ En las comunicaciones revisadas se señala lo siguiente, “Así efectivamente y no tengo para que decirle el contento y el entusiasmo que la noticia produjo por acá. Hasta personas extrañas una á otra se daban los parabienes en la calle”. Véase, AGN, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 133.

¹¹⁵ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, ff. 107-108.

objetos “finísimos”, “elegantes”, y “distinguidos”, entregados a quienes supone tener un deuda por un favor o a quienes representan la figura materna: el regalo como don para una “madre” que ayuda a sus “infantes” a resolver sus problemas o como obsequio de gratitud por la civilización. El oro aparece como marca de riqueza pasada y presente y posiciona a la nación como un lugar de negociación simbólica y material. El aceptar los preceptos hispánicos como suyos configura el sentido de un pasado anclado al devenir hispánico sobre cualquier otro existente y le asegura al Estado-nación un lugar desde donde localizar sus demandas en una escala transatlántica.

La dádiva de este “tesoro”¹¹⁶ es, hasta el día de hoy, un acervo patrimonial en disputa, y más allá de la comprensión jurídica de su pertinencia en el debate contemporáneo, fue el enclave que nos ha guiado en la reflexión sobre el papel que cumplieron los objetos, en los contextos decimonónicos antes del asentamiento, *in sensus strictum*, de las disciplinas humanísticas y sociales en nuestros territorios. Sin duda, a estas reliquias se ancló un sentido del pasado de pertenencia e identidad nacional, que estuvo ligado al devenir de la nación en los albores del siglo XX.

3.3.3 El Catálogo y los Restrepo: objetos y gestión

El *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid* se caracteriza por ser un documento que recoge los criterios de la Subcomisión de Protohistoria y delinea las maneras en que se seleccionaron y clasificaron los objetos que se enviaron para el escaparate colombiano en la feria. En términos generales el enfoque del catálogo buscaba “describir” cada

¹¹⁶ Además de lo mencionado, el proceso judicial señala: “Mediante sentencia del 4 de septiembre de 2009, el Juzgado Veintitrés (23) Administrativo del Circuito de Bogotá amparó los derechos colectivos invocados por el demandante como vulnerados, para lo cual manifestó que el acto de transferencia de las 122 piezas de oro del “Tesoro quimbaya” al Gobierno Español es inconstitucional. En particular manifestó que, independientemente del nombre que se le quiera dar a las 122 piezas de oro del Tesoro quimbaya, ya sea patrimonio cultural, histórico o arqueológico, estos son objetos que hacen parte integrante del Patrimonio Público del Estado; tesis que se refuerza con las disposiciones de la Constitución de 1886, vigente para la época de transferencia de las mencionadas piezas, el artículo 674 del Código Civil, y la existencia de un acto jurídico que se concretó con el contrato de compraventa, en donde se estableció que el señor FABIO LOZANO dio en venta al Gobierno de la República de Colombia, representado por los funcionarios MARCO FIDEL SUÁREZ como Subsecretario de Relaciones Exteriores encargado del Despacho, y por el señor CARLOS URIBE Ministro de Fomento, quienes suscribieron el contrato de compraventa, adquiriendo 433 piezas de oro, por las que se pagó con dinero del presupuesto público, la suma de \$70.000. Este proceso se presentó en la Sala de lo Contencioso Administrativo, en el mes de junio de 2011. Para más información sobre el tema, véase, Pablo Gamboa Hinostrosa (2000).

figura, para “procurar penetrar el simbolismo de las teogonías de los indígenas, escudriñar sus costumbres y tradiciones” (*Catálogo*, 1892: IV). Sus autores, Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado¹¹⁷ sostuvieron que su criterio se ha formado no por la “contradicción con los autores que han trabajado sobre dichos objetos en el pasado”, sino que han “tenido a la vista un número de objetos muchísimo mayor”, lo que les permitió un ejercicio más pulido de examinación y comparación de los existentes: “se trata de reunir materiales para resucitar pueblos extinguidos” (*Catálogo*, 1892: IV).

Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado, fueron los personajes principales en el manejo de la colección de objetos antiguos que se envió a dicho evento. Como miembros de la Subcomisión de Protohistoria, se encargaron del levantamiento y sistematización de aquello que representaría a Colombia. Sin duda, el acento lo pusieron en la famosa “colección de oro” –como figuraba en varias comunicaciones oficiales figuraba– y particularmente aquella asociada a lo quimbaya. Vicente y Ernesto¹¹⁸ se potenciaron, a raíz de esta exposición, como dos personalidades influyentes en el campo de investigación y reflexión del pasado, actividades que combinaron con una labor política notoria, principalmente del primero e investigativa del segundo.

¹¹⁷ Ahondaremos más sobre estos personajes a través de un microanálisis de escala en el capítulo quinto, sin embargo, aquí presentaremos algunas entradas sobre su vínculo con la exposición.

¹¹⁸ El papel de ambos personajes en el plano político como cultural aún necesita ser investigado. En ambos casos, y particularmente el de Ernesto Restrepo Tirado, no se cuenta con una biografía especializada, así como de un archivo en donde repose su correspondencia personal, etc. Hemos reconstruido estas historias desde los materiales localizados en archivo. Es interesante observar que la cátedra actual de investigación y promoción más importante del Museo Nacional lleva el nombre de Ernesto Restrepo, lamentablemente no hemos accedido a un estudio más detallado de él salvo varias publicaciones que han hecho relación a su trabajo que las iremos citando en nuestro estudio.

Imagen No. 5. Catálogo Colombia, 1892

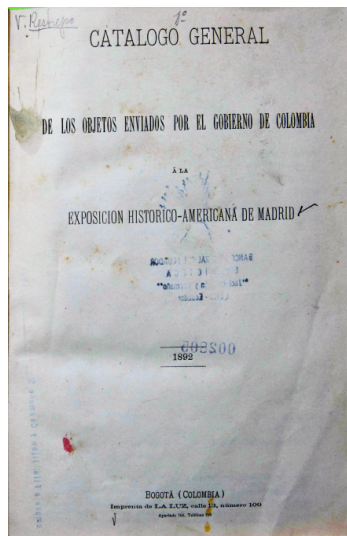


Imagen No. 6. Interior del Catálogo

CATALOGO
DE LAS COLECCIONES DE ANTIGUIDADES DE LA TRIBU DE LOS QUMBAYAR

Numero de la Colección	Numero de objetos	Valor	Descripcion	
I	1	4750	56	Alfileres de bronce por el collar de Colombia y E. M. S. B. de España. Cada uno a un lado de oro, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
II	3	200	148	Cinque a un lado de oro, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
III	3	210	21	Cinque a un lado de oro, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
IV	4	1350	293	Cinco de bronce, entallado sobre un tronco, fucos, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
V	5	1140	22	Cinque a un lado de oro, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
VI	6	320	171	Una varilla de bronce, entallada sobre un tronco, fucos, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
VII	7	330	13	El collar de oro fino, para quemar yerbas aromáticas. Tiene forma de collar humano y está que está una cadena formada por una fundición de oro para el collar, uno aberturas en cada oreja para ponerlos, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
VIII	8	220	124	Cinco de oro fino, con montura, de oro fino, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
IX	9	310	121	Cinco de oro fino, con montura, de oro fino, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.
X	10	280	122	Cinco de oro fino, con montura, de oro fino, de pila, dentado, blanco, con montura, uno antes en una oreja y el otro en la otra, variguera como la que está en la imagen encima de la oreja, collar de cuatro hilos, palmeta de oro, entallada en las rodillas y la garganta del pie. El collar, las palmetas y los entallados están hechos de cantidad de oro como la muestra.

Fuente: *Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892.* Bogotá: Imprenta de la Luz. Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Estos personajes participaron activamente en la organización y puesta en escena de las exposiciones de Madrid y Chicago. Vicente y Ernesto tenían acceso total a las colecciones presentadas, e incluso sus colecciones fueron exhibidas escaparate colombiano junto con las de los coleccionistas Pizano y Arango, entre otros. En las notas enviadas por la Legación de Colombia en España, el 6 de marzo de 1893, se señalaba que ambos podrían disponer de sus colecciones,

“se me advierte que el Sr. D. Ernesto Restrepo puede disponer libremente de las colecciones que llevan su nombre, el de su señor padre, el de los Sres. Restrepo y Pizano y alguna cosa más, lo cual constituye la casi totalidad de la instalación, pues la colección del Dr. Nicolás J. Casas pertenece hoy también al Señor Restrepo. Ahora bien, ni el interesado me ha transmitido instrucción ninguna ni aquí hay constancia de que indicara al Sr. Gaibrois el destino que debía darse á sus objetos. Convendría que dicho Sr. Manifestara á ese Ministerio su voluntad de que sus colecciones vayan á la Exposición americana”¹¹⁹.

La preocupación del encargado de la legación sobre la exposición, Julio Betancourt, era si las colecciones de ambos personajes viajarían a Chicago o no. Betancourt mostraba

¹¹⁹ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 319v. De Julio Betancourt, Legación de Colombia, Madrid, 6 de marzo de 1893 al Ministro de Relaciones Exteriores Marco Fidel Suárez.

su continua inquietud al Ministro de Relaciones Exteriores de aquel entonces, Marco Fidel Suárez, por el movimiento de las colecciones en la exposición y por su presentación en ambas exposiciones. Al parecer, el interés electoral colombiano deambulaba por los pabellones de la exposición madrileña, puesto que “los ánimos están embargados en la lucha electoral”¹²⁰.

Las colecciones de objetos precolombinos fueron utilizadas en concordancia con las decisiones de Vicente Restrepo, tanto para su uso en el escaparate como sobre su movilidad de una exposición a otra. No nos extraña que el propio Vicente Restrepo, en una comunicación al Encargado de Madrid en meses anteriores, le notificara que, “Mi hijo Ernesto puede disponer libremente de las colecciones siguientes que puede vender o permitir que se remitan a Chicago”¹²¹. Además, en la lista, ponía el acento en sus colecciones particulares, que eran señaladas incluso en el texto del catálogo, y en algunas que pertenecían a coleccionistas locales como Leocadio Arango. Las que quedaban fuera de rango de uso eran aquellas que le pertenecían al Museo Nacional, una serie de cráneos y la colección que sería donada a la regente española.

Entre las piezas enviadas deambula una relación imbricada entre propiedad pública y privada. Es interesante ver cómo Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado tenían la *potestad* de dirigir la clasificación para la confección editorial del *Catálogo*, así como la movilización, e incluso la venta, de las piezas que consideraron pertinentes. Por su parte, la Legación colombiana se responsabiliza de aquellas que eran propiedad del Gobierno, como las de la donación, y las del Museo Nacional. Ambos personajes, y particularmente Vicente, comenzaron, para aquella época, a ser considerados como historiadores de prestigio y publicaron algunas obras respecto a temas arqueológicos y coloniales. Empero, vemos como perviven, aún en estos años, las formas de reciprocidad que van del lado mercantil –venta a coleccionistas y tráfico de piezas– y de cómo conviven con el horizonte científico, vinculado a su lugar en museos y al estudio de estos objetos; sin contar, además, con las prácticas asociadas al ejercicio diplomático asentado en la existencia de estos objetos. Una década más tarde, Ernesto Restrepo

¹²⁰ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 319v. De Julio Betancourt, Legación de Colombia, Madrid, 6 de marzo de 1893 al Ministro de Relaciones Exteriores Marco Fidel Suárez.

¹²¹ AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, Tomo 120, f. 321r. De Vicente Restrepo, Bogotá 30 de julio de 1892 a Julio Betancourt de la Legación de Colombia. Esta es copia para el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Tirado, durante su gestión al frente del Museo Nacional se lamentará por la salida constante de piezas al exterior, acción de la que él mismo había sido partícipe.

Esta difusa relación con las antigüedades indígenas fue característica del siglo XIX. Los usos que se les daba a las piezas estuvo al cobijo de la Ley del 13 de junio de 1833 que, en lo que se refiere a hallazgos de tesoros, estipulaba que, con el propósito de “fomentar en todos los ramos de la industria y promover del mejor modo posible el desarrollo de la riqueza nacional”, se decretaba que “el oro, la plata y piedras preciosas que se encuentren en las sepulturas, templos, adoratorios y guacas de los indios corresponden íntegramente al inventor o inventores es decir a los descubridores” (citado por Botero, 2006: 51). En un escenario donde el tráfico de objetos era común, no cabe duda de que las relaciones se dictasen desde y por el universo privado; en nuestro caso de estudio, el momento en que se vinculan a las formas de representación de una nación en el ámbito público, vemos cómo esas relaciones se trastocan y transforman, generando unas dinámicas interesantes de interacción entre estos objetos y sus colectores.

Las estrategia de acopio y su posterior clasificación¹²² de las antigüedades muestra, en el *Catálogo*, un particular universo de cómo se construyó el valor para los objetos, amparado en dos factores: primero, una lectura de la bibliografía antecedente a dicha producción, que se vuelve particular al análisis del material; y, en segundo lugar, por cómo se pondera el acopio de diversas colecciones a nivel nacional, debido a la llamada realizada por las exposiciones. Por ejemplo, en este libro se señala que, en obras escritas como las de Ezequiel Uricoechea, Liborio Zerda o Alphons Stübel –obras relevantes sobre antigüedades neogranadinas– figuraban apenas un total de “noventa piezas” y que con esta poca cantidad de objetos “no se podía reconstituir una civilización”. Por ello, la posibilidad abierta por la convocatoria de las exposiciones les permitió recopilar un mayor número de objetos, que permitirían realizar mejores estudios sobre las civilizaciones pasadas.

¹²² Entre otras colecciones que se presentaron figuraban las de Vicente y Ernesto Restrepo así como de otras personalidades como Nicolás J. Casas, Carlos Uribe y Leocadio M. Arango, uno de los coleccionistas más importantes de la época; se suman además, algunas imágenes fotográficas realizadas. Op. Cit. *Catálogo*, 1892.

El *Catálogo* de la exposición presentaba varios objetos para ilustrar las historias de las distintas naciones indígenas. En esta colección los autores ponen el acento en las figuras y dijes que vienen de la provincia de los quimbayas, que según ellos constituirían una “revelación para los americanistas” en la exhibición. En la descripción del catálogo se señala que, además de estos objetos que hacen parte de esta colección, están 383 objetos de cobre que suman en total 835 piezas, clasificadas de acuerdo con categorías creadas para el efecto. A estas piezas se sumaron algunas de cerámica, formando un total de 1.012 objetos, que según los autores, “bastarán para que los sabios decidan si la tribu bárbara de que tratamos hace honor al espíritu humano por su amor á las artes y por las preciosas muestras que nos dejó en sus sepulcros, de su buen gusto y de sus adelantos verdaderamente prodigiosos” (*Catálogo*, 1892: VIII).

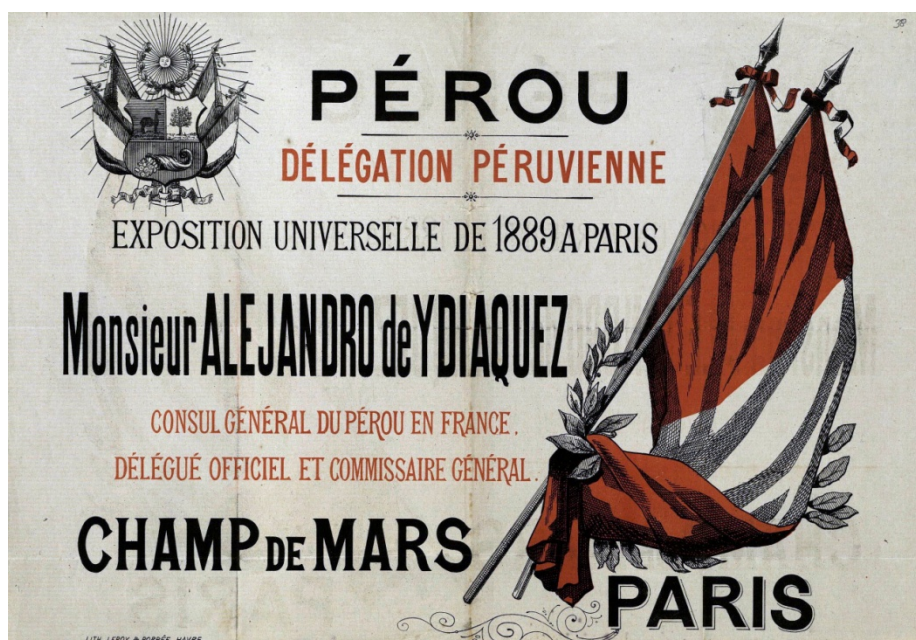
En suma, esta relación con los objetos ha develado varios niveles de interpretación de estas huellas del pasado. Las nociones que se establecen sobre estas antigüedades, y su pertinencia dentro del discurso de la nación, son ambiguas aún y deambulan en horizontes públicos y privados, entre intereses superpuestos de distinto tipo. La idea de pertenencia, su nexo identitario desde ellos o con ellos, no es elemento aún elaborado en el relato de la nación, sino que más bien, forma parte de una dinámica de valoración de intereses de sujetos a territorialidades específicas y dentro de discursos decimonónicos arraigados en el prestigio que estos vestigios precolombinos adquirieron, en tanto rastros de procesos de civilización.

3.4 El Centenario de 1892 en el Perú

La participación peruana en los eventos relativos a la conmemoración de 1892, tanto en Madrid como en Chicago, fue bastante limitada debido a la situación de postguerra. En estos años surge, de mano del aquel entonces presidente, el militar, Andrés Avelino Cáceres (1886-1890; 1894-1895) y del también militar y sucesor de Cáceres, Remigio Morales (1890-1894), un programa de reconstrucción nacional que preveía el mejoramiento y desarrollo económico del país frente a la debacle sufrida tras el enfrentamiento bélico del Pacífico. En el gobierno de Morales Bermúdez se apoyó de manera tangencial las iniciativas vinculadas con Chicago y se adscribió al evento de Madrid, expresando que la participación se acomodaría a las “aflictivas circunstancias

del Erario nacional”¹²³. En este contexto, los homenajes de conmemoración de 1892 se llevaron a cabo con la declaratoria de “fiesta nacional”, que fue acompañada con un sinnúmero de festejos¹²⁴ en la capital limeña. En estas circunstancias, la participación oficial en la fiesta universal precolombina fue, hasta cierto punto, modesta, pero no por ello, despreocupada en asuntos que se tornaban relevantes: *los límites territoriales y la conmemoración de lo hispánico*.

Imagen No. 7. Publicidad Exposición Perú, 1889



Fuente: *Servicio Consular del Perú*, 1889. AMRREE, Lima

A pesar del potencial económico que suponía presentarse en las exposiciones universales, el gobierno peruano no hizo efectiva su participación inmediata por los canales oficiales, sino que fueron iniciativas mayormente promovidas por grupos privados de productores e industriales. Para la exposición de Chicago, existió un marcado interés de las elites del Perú, incluso, en la prensa de la época se publicitaban visitas a la feria, para los ciudadanos peruanos, organizadas por la casa Peter Bacigalupi. En varias ediciones del *Perú Ilustrado*, del mes de julio de 1892, se promocionaba el recorrido por la exposición –incluidos pasajes y hotel- por el precio de

¹²³ AMRREE, Lima, Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas. De Carlos M. Elián al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Agosto 1 de 1892, f. 84.

¹²⁴ La mayoría de eventos realizados se recogen en la siguiente publicación: *Fiestas cívicas en celebración del 4to. Centenario del Descubrimiento de América* organizadas por el Honorable Concejo Provincial de Lima. El día 12 de Octubre de 1892. Presididas por el Teniente Alcalde Sr. D. Pedro Villavicencio (1892), (Lima: Imprenta Torres Aguirre).

100 libras esterlinas. En la prensa peruana, la Exposición de Chicago fue objeto de varios reportajes que ponderaban la importancia del evento y su magnificencia como fiesta universal, diarios como *El Comercio*, retrataron distintos aspectos de la *White City*¹²⁵.

Una de las figuras más importantes de este último cuarto de siglo en la organización de exposiciones fue Alejandro de Ydiazuez, quien fue comisionado, como sujeto particular por el Perú, para varias exposiciones, incluidas las de París de 1889 y la de Amberes de 1885. Según la investigación de Quiñones, la figura de Ydiazuez resulta interesante, ya que se encargaba de hacer lazos entre los productores expositores con sus pares en los países anfitriones, el objetivo final era el incentivo de la exportación de los productos. Dado que el Perú se había abstenido de participar “oficialmente” en la Exposición de París de 1889, esta especie de bróker y gestor de relaciones fue fundamental para las negociaciones *in situ* y para asegurar a los expositores su participación “no oficial” en el evento, lo que sin duda fue un problema logístico que tuvo que ser superado a nivel local (Quiñones, 2007: 114). Si bien el escenario productivo-exportador privado peruano se movilizó en el contexto de las exposiciones, y particularmente para el evento de Chicago, el armar un escaparate nacional representó una oportunidad interesante de convergencia de la idea de lo hispánico y los objetos, ¿cómo se mostraron las antigüedades precolombinas en el contexto de 1892?

3.4.1 De los tránsitos de las antigüedades peruanas

Frente a las ajustadas cuentas del estado peruano para la asistencia oficial a la exposición, el gobierno volcó el interés celebratorio en las actividades realizadas en Lima y en la presentación de un escaparate acomodado a estas circunstancias. La *Sociedad Geográfica de Lima*, creada por el presidente Cáceres el 22 de febrero de 1888 y motor del pensamiento científico de la época en el Perú, fue participante en el evento de Madrid y sugirió una intervención importante de académicos vinculados con ella. Para las actividades programadas en el marco de la exposición, se invitó a varias universidades –en la que figura la Universidad de San Marcos–, así como a la Escuela

¹²⁵ No hemos localizado mayor información sobre las antigüedades llevadas a Chicago, salvo la de mayor importancia que fue la colección de Emilio Montes.

de Ingenieros, El Ateneo, la Sociedad de Agricultura y Minería, la Sociedad de Amantes de la Ciencia, la Sociedad Literaria de Arequipa y Tacna¹²⁶.

El primero de agosto de 1892, Carlos M. Elías remite al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores una comunicación que menciona que la representación del Perú ante la Exposición de Madrid, en cuanto al carácter y extensión de las exhibiciones, debía ser modesta por los presupuestos. Sin embargo, al señalar la necesidad de presentar “objetos de la época incásica”, consideraba que estos tendrían que ir, “no con el fin de que el Perú sea debidamente representado con ellos sino para demostrar que no se olvida el grandioso hecho que se conmemora con el descubrimiento de América y que al Perú le es común con España”¹²⁷. Esta idea de que los objetos “no representan”¹²⁸ al Perú resulta bastante interesante. Frente al gran interés que había por las civilizaciones asociadas con lo incaico, desde el ámbito científico, y que repercutía en la visita constante de misiones e investigadores extranjeros con el fin de explorar la arqueología de la zona, el gobierno se mostraba poco interesado en presentarse como heredero de *lo inca* en el discurso nacional, más bien se inscribía en los festejos del momento del quiebre de la conquista, desde donde estos vestigios parecerían tener una pertinencia histórica.

En otra de las comunicaciones enviadas por la Legación en España, dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores el 6 de noviembre de 1891, con motivo de los preparativos de la exposición de Madrid, una de las principales figuras de esta representación, Pedro del Solar¹²⁹, mencionaba lo siguiente,

¹²⁶ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 3, Código 5-13, Oficio 29, Lima, 13 de noviembre de 1893.

¹²⁷ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Lima, 15 de julio de 1892, f. 75. El énfasis es nuestro.

¹²⁸ Esta idea es recurrente en las elites peruanas, ya en 1878, Charles Wiener fue el Comisario de la Exposición Universal de París, para la que presentó, junto con Clovis Lamarre, un texto sobre sus viajes y observaciones en la región, titulado *L’Amérique centrale et méridionale et l’Exposition de 1878*. En dicho folleto se señalaba el interés del científico de presentar el pasado arqueológico, “se trataba de hacer algo ‘absolutamente arqueológico’, e inspirado, al parecer, en Huánuco Viejo y Tiahuanaco. Incluía dos garitas laterales, en que se colocaron dos ‘guerreros’, ataviados con las prendas exóticas del caso. Esto no fue del agrado, en absoluto, de los miembros de la colonia peruana en París, que pusieron el grito en el cielo. ‘Manifestaron’, cuenta Wiener ‘que Europa podía pensar que el Perú estaba habitado por gentes pintorescas como estos centinelas, siendo así que, como era notorio, toda la buena sociedad (peruana) se hacía vestir por Alfred Godchau (y otros sastres elegantes de la capital francesa) (...) el presidente de la Comisión Peruana, J. M. de Goyeneche, mandó retirar tan llamativos guardianes” (Rivera, 1998: XXXII).

¹²⁹ Pedro Alejandrino del Solar (1829-1909) fue un político, abogado y diplomático peruano.

“Por mi nota del 19¹³⁰ se habrá impuesto Ud. De lo interesado que está el Gobierno Español, en que el Perú mande á la Exposición que se prepara con motivo del Centenario de Colón, *todo aquello que manifestando el grado de civilización incaica, haya en el Perú, tanto perteneciente al Estado, como en poder de particulares*”¹³¹.

Cabe destacar que el interés del envío de antigüedades incas a la península ibérica, en el marco del celebratorio colombino, estuvo primaria y directamente marcado por el deseo español de que estos artefactos sirvieran como pruebas de fidelidad del grado de civilización inca. De hecho, en la misma consideración, Pedro del Solar consideraba que,

“No dudo que Ud., dada la importancia del caso, habrá dictado las medidas convenientes; pero hoy me permito molestar una vez más su atención, insistiendo sobre el particular, dada la instancia que aquí se me hace.

El Presidente del Consejo de Ministros, Señor Cánovas, me dio ayer un banquete al que asistieron los Ministros de Estado y otros personajes, y aparte de los asuntos generales que me trataron, la principal conversación versó sobre el Centenario que les preocupa muy mucho.

No me parece pues conveniente, si queremos alcanzar algo favorable en las cuestiones que resuelven sobre nuestros límites con el Ecuador, que no los ayudemos por nuestra parte, al buen éxito de un certamen, el primero de este género que se celebra en Madrid y en que está de por medio el no desmentido orgullo español.

Consecuentemente en mis instrucciones, he expresado al Señor Cánovas y á los Señores Ministros que mi Gobierno se ocupa preferentemente de la manera como el Perú sea dignamente representado en la Exposición del Centenario. Dígnese pues Ud. Comunicarme todo aquello que yo pueda hacerles conocer y que justifique los propósitos del Gobierno para secundar los deseos de los iniciadores de esta gran fiesta universal.

Disimule Ud. Mi insistencia, teniendo en cuenta que es mi amor al Perú la causa que la motiva; y el deseo que reporte las ventajas que esta oportunidad le ofrece y que el Supremo Gobierno no conoce perfectamente.”¹³²

El asunto limítrofe aparece nuevamente en el horizonte de la conmemoración, bajo una práctica de diplomática zalamera, en este caso la participación aseguraba conseguir “algo favorable” para resolver el asunto de límites con Ecuador. Tal problema limítrofe correspondía a una franja de terreno entre Tumbes y Zarumilla, en la parte occidental, y

¹³⁰ El oficio referido aquí figura como reservado. No fue posible localizarlo.

¹³¹ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es nuestro.

¹³² AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es nuestro.

en la parte oriental desde Chinchipe al Marañón, cerca de la boca del Río Pastaza, pasando por el Curaray para bajar hasta la desembocadura del río Napo y descendiendo hasta la boca del río Payaguas (Sampedro, 1982: 53). Para resolver el diferendo entre ambas partes se suscribió, el 2 de mayo de 1890, el *Tratado Herrera-García*, firmado por los plenipotenciarios Pablo Herrera, por parte del Ecuador, y Arturo García por el Perú. Sin embargo, el acuerdo, aunque justificado por Cáceres, no fue aprobado por el congreso peruano, ya que grandes zonas de la Amazonía se cedían al país vecino del norte. Esta situación acarrió un nuevo conflicto de límites que debía considerarse bajo la figura del arbitraje español.

La postura de Pedro del Solar es clave para la negociación con España en búsqueda de los favores limítrofes. Este personaje era consciente de la importancia del certamen para el país ibérico, y la necesidad de ponderar el “no desmentido orgullo español”. En cierta forma, las acciones tomadas en la organización del escaparate nacional respondieron a una contingencia del momento presente y a la importancia que tenía el tema de la “civilización incaica” para los festejos de 1892. Este tema es recurrente en algunas de las comunicaciones como, por ejemplo, la enviada desde Madrid el 21 de marzo de 1892, en donde se reiteraba la importancia de la participación,

“Aquí se da preferente importancia histórica al Perú y a Méjico en el certamen que se prepara, sobre las demás naciones americanas, hasta en los detalles, como lo verá V.S. confirmado [...] esta ventajosa situación es conveniente no perderla.”¹³³

La importancia de las civilizaciones antiguas, aquellas que se afincaron en los territorios de México y Perú vuelven aparecer como elementos trascendentales para el festejo centenario en su valoración trasatlántica y forman parte de un imaginario de fama mundial: los indígenas aztecas e incas. Para ello, el gobierno peruano se organizó para recuperar algunos vestigios precolombinos “incas” para ser enviados. En una comunicación, fechada el 5 de septiembre de 1892 en Lima, el Ministerio de Gobierno y Policía notificaba al Ministro de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores que,

“en el vapor que sale mañana del Callao será remitida la colección de objetos incásicos que el Gobierno ha comprado para la Exposición de

¹³³ AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 21 de marzo de 1892.

Madrid. Dicha colección se ha acondicionado convenientemente en tres cajones y se han pagados los fletes y seguro marítimo”¹³⁴.

Pedro del Solar, en una conferencia dictada en el Ateneo de Madrid, del 11 de febrero de 1892, titulada “El Perú de los Incas”, ponía de relieve la monumentalidad inca, y recogía la recurrente comparación de lo inca con lo europeo o con civilizaciones “famosas” como la egipcia o etrusca. Empero, lo que Del Solar resaltaba era el papel de España en el continente americano, según sus palabras, la labor de la Península, “se le llevó, en efecto, la regeneradora semilla de las ciencias en todos los ramos del saber humano. Fue ésta fecundada por los rayos caloríficos de la civilización europea” (Del Solar, 1892: 17). Finalmente, aceptado el poderío de la conquista, terminaba considerando que, “Así operó la transformación, que hizo de un conjunto de pueblos incultos, una nación civilizada” (Del Solar, 1892: 17). Estas aseveraciones están en sintonía con el conjunto escultórico Roselló, que formó parte del escaparate nacional peruano, en la disputa civilizatoria de la que, sin duda, alguna una raza resultaría ganadora.

Por otra parte, en la Exposición de Chicago de 1893, el Perú también estuvo ausente de manera oficial. Sin embargo, sabemos que se enviaron algunos objetos de la cultura Ancón, por parte de agentes peruanos, aunque no se tiene certeza de si fueron iniciativa oficial o particular (Quiñones, 2007: 229). El interés por el pasado prehispánico peruano se hizo presente en la feria de la ciudad blanca, de hecho, Manuel Antonio Muñiz¹³⁵ representó al Perú en el Congreso Antropológico, en el que discutió sobre

“la trepanación entre los antiguos habitantes del Perú, que llamó justamente la atención, tanto más cuanto que sus asuntos fueron corroborados con la notable colección de cráneos que con ese objeto trajo a este país. Dos de ellos fueron obsequiados por él, uno a la Oficina de Etnología Americana y el otro al Museo Médico Militar”¹³⁶

¹³⁴ AMRREE, Lima, Comunicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, f. 98, Lima, 5 de septiembre de 1892.

¹³⁵ Médico peruano (1861-1897). Su especialidad fueron las enfermedades mentales y la psiquiatría.

¹³⁶ AMRREE, Lima, Comunicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 396, carpeta 3, Código 5-3, ff. 91-92.

Los cráneos a los que se refiere esta nota fueron los llevados por Emilio Montes¹³⁷, quien recibió un reconocimiento en la exposición. Esta colección contaba con una serie de momias prehistóricas, cerámica, metales y piedras precolombinas. Además de esta exhibición extraoficial se presentaron pequeñas muestras de minería y agricultura que daban cuenta de las riquezas naturales de esta nación andina.

Así, los objetos transitaron en ambas exposiciones, amparados por la preeminencia de la sociedad incaica, pregonando sobre todo, la importancia de la conquista para la “transformación de estas sociedades” en civilizaciones “cultas”, tal como el ministro Del Solar lo señalaba.

3.4.2 Del conjunto escultórico Rosselló

El 20 de junio de 1892, en una comunicación del Ministerio del Interior del Perú se puso en consideración una propuesta presentada por el artista y escultor, de origen catalán, Lorenzo Rosselló¹³⁸, para la realización de una obra que representara al país en el pabellón de Perú durante el mes de mayo de ese mismo año. La propuesta de Rosselló fue aceptada por el Gobierno, por el valor de 200 libras esterlinas, para que formara parte del escaparate nacional en la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*. La obra fue ejecutada en Europa y ganó el premio a la mejor instalación en el evento. La propuesta Rosselló consistía en elaborar “dos tipos de raza indígena”, que serían reproducidos en yeso, y que iban a ser la antesala para dar la bienvenida a los visitantes del espacio peruano. Rosselló, en una carta enviada al encargado de la Exposición señalaba lo siguiente,

“En tal virtud *he imaginado* la formación de un grupo en que representando con la mayor fidelidad histórica dos tipos de la raza indígena (hombre y mujer) debo desarrollar la idea de la conquista política y religiosa del Perú por los españoles. Al efecto he concebido un ligero boceto¹³⁹ que representa á una india a cuyos pies han caído la rueca y el huso con que poco antes hilaba, y que al llegar por segunda vez su amante está recostado sobre unos

¹³⁷ AMRREE, Lima, Comunicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 396, carpeta 3, Código 5-3, Oficio 146, 29 de junio de 1894, Folio 246.

¹³⁸ Lorenzo Rosselló nace 1867 y muere en Mallorca en 1901. Se inicia en la escultura en mármol en Lima en el taller de su padre. Su familia emigró al Perú a partir de 1870. Se asienta como artista en 1893 en París. Para un estudio más amplio de la producción de este artista, véase, Catalina Cantarellas (2014).

¹³⁹ Lamentablemente no hemos podido localizar el boceto de dicha propuesta.

trofeos que caracterizan la civilización europea, y que él había traído poco antes. Mientras ella con suma curiosidad quiere descifrar los caracteres castellanos, ha vuelto el amante trayendo en la mano derecha una cruz y un pergamino que simbolizan el advenimiento de la civilización nueva y en la mano izquierda un arco y un [...] rotos, que simbolizan la destrucción de la civilización de los incas.”¹⁴⁰

La construcción de la idea de este conjunto escultórico respondió a una serie de coordenadas simbólicas sobre las cuales se constituyó un imaginario de la nación andina y de su pasado. La representación de este choque civilizatorio marcó la pauta de cómo los sujetos imaginan sus relaciones y creencias sobre su universo social, adscrito a su devenir histórico. A partir de este enclave, lo imaginario se convierte en potencia en tanto su poder radica en la conversión a creencia-verdad, norma de comportamiento o fuente de moral (Godelier, 1996: 52). Al reclamar este estatuto, las percepciones sobre el mundo vivido de aquel entonces pueden desentrañar la constitución misma de la alteridad y de cómo el pasado fungió un papel específico de constitución de una reciprocidad negativa en la configuración de la mitología nacional.

Imagen No. 8. Instalación Perú, 1892¹⁴¹



Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892.*
Biblioteca Nacional de España. Enlace: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000010740>

¹⁴⁰ AMRREE, Lima, Sección Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68. El énfasis es nuestro.

¹⁴¹ Observamos en el lado izquierdo una vista trasera del conjunto escultórico Roselló. Debajo de esta representación de la conquista podemos ver algunos objetos precolombinos.

Para Rosselló, el choque civilizatorio se asienta en la dualidad hombre/mujer que acompaña su relato. La mujer indígena aparece como el sujeto ingenuo y anhelante de la escena, en tanto no logra descifrar el significado de las cosas que trae su amante, yacente en el suelo, “el advenimiento de la civilización nueva” aparece como un “trofeo”, un “regalo” para estos sujetos: lenguaje escrito indescifrable, visibilizado en la letra y el pergamino, la cruz y la religiosidad, así como los títulos del monarca que “descubre” los territorios,

“La india suelta el libro y extiende su brazo izquierdo hacia la cruz, obedeciendo al estímulo natural de la sorpresa y a un movimiento determinado por la inclinación religiosa de toda mujer. El pergamino de que he hablado declarará en una inscripción latina el nombre y títulos del monarca por el que se hizo el descubrimiento de América. Las figuras tendrán los vestidos propios de la época y de las costumbre de esta raza: pero en el boceto están desnudas para evitar las complicaciones que por el diminuto tamaño de este ocasionaría la prolijidad de los detalles”¹⁴².

Rosselló hace referencia a los sujetos del pasado: son indígenas en la época de la conquista, por ello el advenimiento de la “nueva civilización” es contrapuesto a la “antigua civilización”. Este movimiento en la configuración de la imagen construida por el artista es interesante porque no abandona el motor civilizatorio de la puesta en valor. Así, la conquista política y religiosa es positivada, dentro la percepción del devenir histórico del Perú, dejando para el pasado el relato civilizatorio inca que, como hemos visto, alcanza su derecho de reivindicación desde el discurso de la monumentalidad histórica decimonónica. Además, el discurso desplegado en la representación de la conquista empata directamente con las coordenadas en las que se asienta el hispanismo de época y coloca ciertamente al sentido de lo hispánico por encima de las civilizaciones pasada, como fuente de lo nuevo, del porvenir. Esta es la marca del pasado simbolizada en el presente de la conmemoración.

Esta visión sobre la “raza vencida” o de la “civilización destruida” posiciona una noción de raza en clave decimonónica. Como bien lo señala Marisol de la Cadena (2007), es importante entender los cimientos epistémicos y las externalidades (aquello que va más

¹⁴² AMRREE, Lima, Sección Ministerio de Gobierno, Policía y Obras públicas, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, 20 de junio de 1892, ff. 67-68.

allá) del concepto mismo de raza, es decir, entender este concepto no como algo estable y monológico, sino como producto de una serie de prácticas dialógicas mediadas por las relaciones de poder. La raza surge como apariencia y categoría dialógica e inestable, es una herramienta de producción de la diferencia. Así, la noción de raza es vista como una posibilidad abierta, con “significante flotante” (De la Cadena 2007: 14), con esto queremos decir que las formas en las que juegan las políticas de la representación, en esta estrategia discursiva, no dicen nada verdadero o falso sobre el mundo; sin embargo, sí dan cuenta de cómo los sujetos se vinculan con su pasado y celebran su presente desde estrategias como estas.

En suma, la táctica del conjunto escultórico ganador de medalla para el pabellón peruano en la Exposición de Madrid, marca una pauta de cómo se configura la alteridad a través de las huellas del pasado. La base interpretativa de la propuesta enuncia y reconstituye un discurso sobre la realidad; por un lado, hace presente aquello que está ausente y recobra su estatuto de norma y verdad, y por otro lado, se constituye con base en su valor de intensidad, aparece como representante de algo, es decir, es la marca histórica del pasado español y peruano, que deja huella en el evento conmemorativo del descubrimiento.

Así, el hispanismo alcanza su derecho universal en un movimiento desde la reciprocidad negativa, es decir, desde la aceptación del país en el evento que conmemora las directrices ideológicas de su discurso, desde “la coerción que implica involucrarse en un ciclo positivo de intercambios con su perpetrador” (Lomnitz 2005: 322), el discurso positiva desde su adscripción a un mismo pasado declarado como universal. Entre el ejercicio de una diplomacia zalamera y la construcción de una representación del pasado, el Perú asegura su lugar, en el discurso hispanista transatlántico, a través de la presencia de los incas y sus objetos como elementos que modelan la historia desde el prisma universal¹⁴³.

¹⁴³ Natalia Majluf señala que este interés por el pasado precolombino “había sido también la respuesta criolla al discurso ilustrado europeo, una forma de asociarse a un debate intelectual que pudiera estar al día con los desarrollos internacionales. Era, por tanto, una empresa claramente divergente del arcaísmo cuzqueño que, arraigado en una tradición local, convertía una memoria netamente política en el factor instrumental de opciones regionales y autonomistas” (Majluf, 2005: 258). La autora se refiere particularmente a los complejos tránsitos desde el siglo XVIII al XIX frente a las formas de apropiarse del pasado inca, en especial el cuzqueño. Majluf habla de cómo en el Cuzco la extirpación de las representaciones incaicas a partir de la revolución de Túpac Amaru, había cambiado las formas de relacionamiento con este tipo de símbolos. Para ella, el acercamiento posterior hacia este tipo de

3.5 Del Ecuador en 1892

Los gobiernos articulados alrededor de lo que se conoció como *progresismo* mostraron un singular interés por la participación del país en las exposiciones, íconos por excelencia del llamado progreso y vitrinas mundiales para la exhibición de la producción de las naciones. Tanto la exposición de Madrid de 1892 como la de Chicago de 1893 fueron vistas como objetivos primordiales para hacer visible a la nación en el contexto internacional. Inspirados en su trascendencia como eventos universales, fueron una motivación para gobernantes como Antonio Flores Jijón, quien durante su administración organizó, localmente, la primera “Exposición Nacional”, realizada el 9 de diciembre de 1891, en el Kiosko y paseo de la Alameda y sus alrededores.

Según Blanca Muratorio (1994), el escenario nacional le permitió al presidente Flores competir con los poderosos ritos y representaciones de la Iglesia, con esta primera exposición de carácter nacional, a la cual él definió como “circo pacífico de los luchadores del progreso”. Esta exhibición, organizada como preparación para las de Madrid y Chicago, fue financiada por el gobierno con el apoyo de los terratenientes e intelectuales serranos, como Manuel Jijón Larrea¹⁴⁴ (Presidente de la Junta de la Exposición) y Francisco Andrade Marín (Presidente del Concejo Municipal). Allí se desplegó, en todo su esplendor, la iconografía del “liberalismo secular”, ensalzando la ciencia, la industria, el comercio y el trabajo, desde una óptica que pregonaba los beneficios del progreso (Muratorio, 1994: 122).

En estos años existió un despunte económico claro del grupo agroexportador cacaotero de la Costa, por lo que es interesante explorar las alianzas de los miembros de dicho grupo con los terratenientes serranos. Los nexos entre estas elites eran preponderantes

representaciones operó como una “retórica democratizante de la antigüedad local” desde la imagen del inca, pero no personalizado o reconocido, sino una figura genérica que pasa más bien a convertirse en una alegoría nacional: “los hijos del sol”. La autora considera que, por ejemplo, *Antigüedades Peruanas* de Rivero justamente marca esa distancia temporal con el pasado, excluyendo a los incas del imaginario político nacional. Consideramos acertadas ciertas reflexiones de Majluf, pero es interesante observar cómo estas materialidades serán ajustadas a distintas negociaciones al interior y exterior del país, desde distintos estadios de valoración. El estudio de Majluf abarca una extensa temporalidad, desde 1781 a 1900, pero creemos que valdría la pena hacer un estudio más detallado de la producción, no solo de Mariano de Rivero, para poder ahondar esta problemática a mediados del siglo XIX, sino de las distintas transacciones realizadas a lo largo del siglo. Nuestro estudio espera convertirse en un aporte sobre estos complejos matices decimonónicos.

¹⁴⁴ Cabe destacar que Manuel Jijón y Larrea fue el padre de Jacinto Jijón y Caamaño, quien para estos años era apenas un infante.

para la época e incluso fueron caricaturizados y criticados en los diarios de corte liberal que circularon, particularmente en Guayaquil, bajo el título de “La Argolla”¹⁴⁵. La participación del país en las exposiciones estuvo mediada por la intervención de ambas elites, con representantes como el mismo presidente progresista Plácido Caamaño, quien para entonces se desempeñaba como Gobernador de Guayaquil y poseía grandes extensiones de haciendas en la Costa, con producción de madera y de oro que fueron enviados a la exposición de París de 1889 (Muratorio 1994: 123); también está el caso del terrateniente serrano Jijón y Larrea y sus famosos tejidos o el de Clemente Ballén, un exportador cacaotero de prestigio en la época. Estas alianzas eran necesarias y operativas ante este tipo de oportunidades, razón por la que el entonces presidente, Antonio Flores Jijón, se manifestaba a favor de estas vitrinas del progreso en su discurso de apertura,

“Los pueblos, cual los individuos no pueden aislarse impunemente. De su mutuo acercamiento y de la comparación de sus industrias nace el cambio y desarrollo de ellas, con recíproco estímulo y provecho. *¿Por qué las comunidades mercantiles gastan hoy tanto en avisos? Porque es medida eficaz para vender y prosperar.* Pues bien: una Exposición es no sólo aviso decoroso, vasto mostrador donde cada productor ofrece lo que tienen de venta, sino la arena en que, como en los antiguos juegos olímpicos, compiten el talento, la habilidad, la destreza, el ingenio. Tan conocida es la ventaja que resulta de estas Exposiciones, que los grandes pueblos no vacilan en hacer por ellas costosos sacrificios, los cuales son ampliamente remunerados”¹⁴⁶.

En el catálogo publicado posteriormente acerca de dicho evento encontramos un largo listado de producciones agrícolas, ganaderas, textiles, fotografías de vistas de las ciudades, cristos, imágenes religiosas, paisajes, cristalería, sombreros de paja toquilla, etc., todas organizadas para ser exhibidas a nivel mundial. Dentro de estas categorías figuraban las antigüedades como piezas consideradas por un valor. En el folleto de estatutos y programa de la Exposición Nacional¹⁴⁷ ya figuraba un interés por los objetos

¹⁴⁵ En las últimas décadas del siglo XIX nos encontramos con un fuerte crecimiento del liberalismo radical en la costa. La prensa se convirtió en uno de los medios de mayor potencial crítico de aquellos años, particularmente de los gobiernos progresistas. Existía un diario titulado *La Argolla* que retrataba en varios de sus números estas alianzas, bajo la figura de “Baraja Ecuatoriana”. Véase, María Elena Bedoya (2007) y, Lupe Álvarez (et al) (2004).

¹⁴⁶ *El Municipio*, Año VIII, 14 de Junio de 1892, no. 125. El énfasis es nuestro.

¹⁴⁷ *Estatutos y programa para la Exposición Nacional que tendrá lugar el 9 de diciembre de 1891. Protegida por el S. E. el presidente de la república y patrocinada por la municipalidad* (1891), (Quito: Imprenta del Clero).

del pasado, los cuales se reconocerían con una “mención honorífica” a las personas que presentasen obras de arte y curiosidades antiguas, que “por su gusto, originalidad ó perfección, sean dignas de exhibirse y pertenezcan á la Arqueología, tales como los objetos de cobre, piedra y barro elaborados por los Incas” (*Estatutos*, 1891: 9). Estos vestigios, dignos de exhibirse, lo harán bajo algunas coordenadas del gusto y la consideración de los organizadores y, claro está, de personajes como Federico González Suárez¹⁴⁸, quien para aquellos años ya contaba con algunas publicaciones respecto a la arqueología de la zona.

3.5.1 Las antigüedades y la exposición

La Junta Central para la organización del evento surgió como ente de gestión de la Exposición Nacional de 1892, a partir del 14 de marzo de 1891, durante la presidencia de Antonio Flores¹⁴⁹, sin embargo, las exhibiciones se realizaron en la presidencia de Luis Cordero. Conforme con el estatuto, todas las obras que se presentasen en la feria local serían destinadas a las exhibiciones de Madrid y Chicago. Leonidas Pallares Arteta, Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, fue declarado el encargado oficial de dicha Junta. Al igual que los casos revisados, la convocatoria para la recolección de objetos se realizó mediante aviso público en los diarios.

En el informe que presentó Pallares Arteta, el 17 de mayo de 1892, como Presidente de la Junta Central, al Presidente de la República, se recogen algunas perspectivas interesantes sobre la manera en que se programó las acciones y colecciones allí presentadas. Entre las prioridades de objetos adquiridos están aquellos considerados como “Incas”, así como medallas y monedas. Según señala su colector, la recopilación de estos fue una tarea muy compleja,

“Entre los objetos incásicos merecen citarse el facsímile en escala del Inga-Pirca, hecho en madera por el reputado escultor cuencano Sr. Vélez y mandado trabajar por la Junta; dos grandes ánforas pintadas de colores, un

¹⁴⁸ Volveremos sobre este personaje en el capítulo quinto.

¹⁴⁹ Es interesante el impulso que dio Antonio Flores a las Exposiciones dada su condición, en reiteradas ocasiones, de diplomático tanto en Francia como en Inglaterra. Recordemos que fue él la persona encargada de dar el regalo de la corona de oro a la Reina de Inglaterra. Sus vínculos diplomáticos han sido poco o nada estudiados y, sin duda, serían una riquísima contribución para develar las redes de personalidades con quienes se vinculó. Sobre este personaje véase, Cárdenas Reyes, María Cristina; (2007).

mortero de piedra verdosa, primorosamente tallado, y cinco figuras de piedra, excavadas en San Pablo, que son de estilo algo semejante al de las momias yacentes de las necrópolis egipcias, y que han debido ser trabajadas indudable de muchísimos años, ó acaso siglos, antes del descubrimiento de América.

También debo hablar de la colección de vistas fotográficas de algunos de los arruinados monumentos incásicos que aún subsisten como Inga-Pirca, Inga-Chungana, Culebrillas, Paredones”¹⁵⁰.

Para la exposición en Europa¹⁵¹ se contaba con la gran colección del investigador naturalista Auguste Cousin, quien residía en Francia en aquel entonces, y que había realizado su colección en Ecuador. Cousin había presentado su acervo, de aproximadamente mil piezas, en la Exposición de París en 1889, dentro del palacio azteca¹⁵². En este mismo año sale a la luz la obra de Federico González Suárez, *Historia General de la República del Ecuador*, en varios tomos, además del *Atlas Arqueológico* de 1892, con elogiadas ilustraciones realizadas por el artista Joaquín Pinto. Es interesante la contribución a la exposición de González Suárez, conocido en el país, como el “fundador” de la Historia en su sentido disciplinar, además, parece ser que el religioso prestó algunos artefactos antiguos para la feria¹⁵³.

Entre las colecciones presentadas en la exposición de Madrid figuraba una de propiedad del gobierno, además de las que Pallares Arteta pudo recolectar, y las colecciones del propio ex-presidente Antonio Flores Jijón, quien posteriormente fue miembro de la comisión de Ecuador como ministro plenipotenciario. También se encontraban los acervos de sus hijas Elvira y Leonor. Junto con todos estos repositorios, se encontraban también los objetos de José María Lasso y F. Durán y Rivas, cónsul y vicecónsul de

¹⁵⁰ *Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*, (Quito: Imprenta del Gobierno).

¹⁵¹ La organización de la exposición en Madrid supuso una serie de factores de gestión que no fueron tomados en cuenta, desde la falta de presupuestos, hasta su canalización a la exhibición de Chicago. En varias cartas enviadas por Antonio Flores como cónsul, se señalaba cómo Pallares Arteta tuvo que cubrir, incluso con dinero de su propio peculio, muchos de los gastos que se dieron en la capital ibérica y en los traslados a la *White City*. Hasta aquel momento, esta fiesta había generado gastos de 14.614,60 francos (cada sucre 5 francos época: presupuesto de gastos 3900000 sucres). Al revisar todas las comunicaciones, la gestión de dicho evento, nos pudimos dar cuenta de que no había sido prevista una logística muy elaborada, quedando pendientes los gastos de embalajes y envíos del mismo escaparate para la feria del país norteamericano, bajo el mismo formato.

¹⁵² Tanto las colecciones de Wiener como las de Cousin tuvieron su lugar en la Exposición de París. Vale la pena recalcar el lugar en las que fueron expuestas como antigüedades americanas, en este caso, el palacio azteca de la feria de 1889.

¹⁵³ Véase más datos sobre los objetos presentados por este personaje, *Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892, Tomo I*, (Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneira, 1893).

España en Quito y Guayaquil, respectivamente, y varios acervos pequeños de Emilio Uquillas y Santiago Basurco, así como algunos objetos presentados por F. Liñan, Celiano Monge, Teodoro Wolf, Aurelio Cañadas y de la Municipalidad de Ibarra¹⁵⁴.

Leonidas Pallares Arteta se mostró confiado en haber recopilado la mayor cantidad de “objetos incásicos”, si bien mencionaba que “aunque la Exposición de Madrid está circunscrita á ‘objetos incásicos’”¹⁵⁵ se deberían presentar artefactos de las provincias del Oriente. Además señaló que los pobladores, en ese entonces de dichas provincias, conservaban “hábitos primitivos” que guardaban relación con los Incas pero que sus indumentarias serían “pintorescas” para la decoración. Estas aseveraciones dan cuenta de varios aspectos relevantes. En primer lugar, emparenta las producciones locales al ámbito incaico; al parecer era la exigencia de la metrópoli para la exposición, no obstante, señalaba que otros pueblos como los de la Amazonía podrían contribuir con ciertos artefactos “para decoración”, esto nos resulta interesante, en tanto que la valoración y contra-valoración parte de un imaginario incaico que toma su valor como civilización por prestigio –como hemos revisado anteriormente– pero termina emparentando a los pueblos orientales, en un prisma que devela la profunda jerarquía en las concepciones de raza y de estadios de civilización.

En segundo lugar, Pallares menciona en su informe que, en Madrid, quieren reproducir un “parque” con viviendas y “monumentos” primitivos, para lo cual se debería “enviar indios”. Como lo señala Blanca Muratorio (1994), el relato de Pallares Arteta presenta, “dos imágenes vívidas y contrastantes de los indios ecuatorianos de su tiempo: los ‘salvajes’ ejemplificados por los jívaros y záparos¹⁵⁶, y los ‘indios de Otavalo’”. Los primeros indígenas son retratados por el presidente de la Junta Central como “salvajes”, “aficionados al alcohol”, “sin moral y decencia”, así como poco higiénicos; mientras que los indígenas de Otavalo, “aunque no está pura su raza” son inteligentes, laboriosos y de buenas costumbres, además de ser atractivos “para entretener al público”. En estas razones, Pallares Arteta fundamenta la participación de los indígenas en el Parque de Madrid, a la luz clara de una visión profundamente racista y discriminatoria que actúa en ambas vías, los indígenas amazónicos son la clave del “salvajismo” de la época, y los

¹⁵⁴ En su mayoría los objetos eran hachas, vasijas, figurinas, algunas fotografías de sitios arqueológicos y artefactos etnográficos del oriente ecuatoriano. Véase, *Op.Cit. Catálogo General*, 1893.

¹⁵⁵ *Op.cit. Informe del Ministro...* 1892.

¹⁵⁶ Entre las colecciones presentadas también figuró la etnográfica del Ex presidente Antonio Flores Jijón.

otavaleños, aparecen en el sentido de “vistosos y pintorescos” (Muratorio 1994: 126). Pallares termina su relato acerca de la exposición de Madrid ensalzando la fiesta universal y la “semilla de la civilización” que fue la “Madre Patria”.

Imagen No. 9. Instalación Ecuador, 1892¹⁵⁷



Fuente: *Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892.*
Biblioteca Nacional de España.
Enlace: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000010740>

Antonio Flores mantuvo una extensa comunicación con el Ministro de Relaciones Exteriores sobre lo que acontecía en Madrid los meses anteriores y posteriores a la exposición. En una de las anécdotas contada, escrita el 19 de noviembre de 1892¹⁵⁸, Flores relataba que Guatemala obsequió un “álbum y un abanico, cuyos primores relatan los periódicos”. El entonces ministro se lamentaba porque, “nosotros, por no

¹⁵⁷ Se señala en el informe que en la exposición había un “jíbaro de madera” realizado por el escultor José Vélez. En la imagen observamos en el centro la representación de un “jíbaro”, nombre peyorativo, despectivo utilizado para denominar a las comunidades orientales del país.

¹⁵⁸ AMRREE, Quito, 1839 a 1905. Tomo I. *Comunicaciones recibidas de la legación del Ecuador en España.* En este tomo se recogen varias comunicaciones, a manera de diario, entre Antonio Flores Jijón y el Ministro de Relaciones Exteriores, que relatan la estancia del primero durante la celebración de 1892 en España.

tener que obsequiar, nos limitamos a tres modestos ramos de flores”. Esta incómoda situación le hizo sugerirle al Ministro la confección de otra “reproducción de Inga-Pirca” en madera, como aquella que figuraba en la exposición de Madrid, realizada por el artista azuayo José Vélez, para la Exposición de Chicago. Como vimos, las imágenes de los Incas fueron las que primaban a la hora de enseñar las antigüedades del país, ponderando la existencia de ruinas como las de Inga-pirca o Culebrillas que iban a ser las que se regalarían en copias facsímiles.

La incorporación del indio en los relatos históricos y en el escaparate de la nación no fue del “indio genérico, sino el Inca, quien era objeto de fascinación en Europa desde el Renacimiento y particularmente en la literatura del Iluminismo francés, hecho que no era desconocido por la elite criolla andina” (Flores Galindo en Muratorio, 1994: 130). Para Blanca Muratorio, la conexión directa con los Incas es un tipo de “racismo aristocrático”, es decir, que se emparenta con la idea de una “nobleza indígena” considerada “real o mítica”, sin embargo, no creemos que este “racismo” haya operado como esta autora lo propone. Más bien, lo interesante de las transacciones hasta aquí analizadas es que, a través de los usos de los objetos, la diplomacia zalamera activa sentidos del pasado anclados a necesidades del presente.

Desde esta perspectiva, es importante caracterizar la relación de los objetos antiguos con este momento conmemorativo en tres coordenadas: en primer lugar, un hispanismo que quiere verse universal, legitimando una línea del tiempo histórico que pondere sus frutos; en segundo lugar, la estratégica posición española respecto a los arbitrajes territoriales, muy comunes en la época; y, tercero, un tránsito indiscriminado de vestigios, desconocidos y exóticos, pero que maravillaban por su confección manual y material. Más que reconocer una “nobleza indígena”, o sujetos particulares adscritos a ella, estas antigüedades precolombinas brindan experiencias estéticas y contemplativas, no sujetos de la historia. Su inserción en los discursos nacionales tendrá que ver con la configuración de una sociabilidad especializada que inaugura una reflexión sobre el pasado, a inicios del siglo XX, en la región andina.

El imperialismo como proyecto neocolonial está sujeto a una visión de la potencialidad de las estrategias de tipo cultural sobre los territorios. Las exposiciones sirvieron como plataformas perfectas para dichos proyectos, puesto que hicieron visible una diferencia sostenida desde el prisma civilizatorio hacia una mirada que localiza a las naciones en una jerarquía medida en la trama internacional y acorde con la “utilidad” para el desarrollo del capitalismo global. Las naciones andinas atravesaron este escenario transatlántico, desde distintas tácticas, en donde la nación era vista como una contingencia particular, es decir, desde las posibilidades, intereses y dinámicas políticas desde los individuos particulares y los gobiernos, que se abrían en relación con la potencialidad que encontraron en los objetos e imágenes que provenían de sus respectivas latitudes y que entronizaban sentidos diversos sobre el ser de la nación, de la caracterización de su conjunto, su historicidad y proyección como continuas fuentes de riqueza y prestigio.

Más allá de una lectura sobre la identidad nacional asociada o adscrita a estos artefactos como un hecho consumado, hemos querido develar cómo, a través de una serie de negociaciones y transacciones, estos vestigios fueron parte de una trama de intereses privados –de personajes y agendas particulares– así como de proyectos de corte público, enmarcados en las relaciones y estrategias diplomáticas de los países. El valor asociado a su tenencia o donación se mide, no solo desde la óptica de su existencia, sino más bien, desde su valía y prestigio en el intercambio o visibilización en contexto, en este caso, el de la exposición universal. Las estrategias interpretativas de los escaparates, en las ferias universales, enuncian y reconstruyen un discurso sobre el pasado. Dicha construcción se inserta en las dinámicas de su aceptación universal, amparadas en el hispanismo en boga, y dan cuenta de cómo, bajo el paradigma de lo civilizatorio, la reciprocidad negativa se activó y legitimó como verdad y norma a finales del siglo XIX.

En suma, las antigüedades indígenas fueron colocadas en un horizonte ubicuo y deslocalizado más allá de los linderos del Estado-nación. Ellas se explican en la trama civilizatoria europea, operando como medidores del grado de adelanto alcanzado en un pasado muerto y son, además, ubicadas en un particular lugar de la historia que festeja y positiva la llegada de Colón a América. Es así que el imaginario hispanista se establece

como movilizador de sentidos universales y de una diplomacia zalamera que actúa a favor de los intereses económicos, políticos y territoriales de su momento.

SEGUNDA PARTE

LA NACIÓN COLECTADA Y LOS INTELLECTUALES-COLECCIONISTAS

En esta segunda parte de la tesis decidimos explorar la configuración de una sociabilidad científica y su agencia intelectual en torno a la discusión del pasado y sus objetos. Al interior de esta discusión, en el *capítulo cuarto*, haremos un ejercicio exploratorio del caso peruano y sus particularidades en la región, poniendo un acento en la *Sociedad Geográfica de Lima* y los legados de Antonio Raimondi. El Perú de finales de siglo XIX estuvo marcado por una fuerte presencia de europeos, interesados en el estudio de la arqueología incaica, además de convertirse en el lugar de mayor atención arqueológica transatlántica y de más expoliación de la época. Esta particularidad nos hizo detenernos en el análisis de caso.

Dentro de esta misma coordenada, en el *capítulo quinto* de esta sección, nos acercamos al estudio de personajes importantes en la época, por un lado, el ecuatoriano Federico González Suárez, y por el otro, volveremos a Vicente Restrepo Tirado y su hijo Ernesto Restrepo Tirado. Nos interesa ingresar en su agencia intelectual, en sus trajines como científicos y coleccionistas de objetos precolombinos. Para estos años, ellos representan las figuras más preponderantes de la investigación científica en ambos países, tanto Ecuador como Colombia, con un sinnúmero de publicaciones e intereses en dichos vestigios. En ambos casos, estos intelectuales tuvieron una relación intermitente con los gobiernos de la época.

CAPÍTULO 4. LA NACIÓN COLECTADA. EL PERÚ, ENTRE LA CIENCIA TRANSATLÁNTICA, EL PASADO Y EL *GIRO HACIA ADENTRO* EN EL TRÁNSITO DEL XIX AL XX

“Es preciso no olvidar que la verdadera historia del Perú está escrita en sus numerosas huacas: solamente visitando y registrando éstas podremos llegar a un conocimiento más o menos exacto de la industria, el comercio y la cultura de los antiguos peruanos.”
Eugenio Larrabure y Unanue, *Monografías histórico-americanas*, 1893, pg. 321

El ámbito de la ciencia de la segunda mitad del siglo XIX fue testigo de una serie de transformaciones que permitieron, para el caso de las disciplinas ancladas a los debates sobre el pasado como la Historia y la Arqueología, el asentamiento de circuitos y de zonas de contacto entre intelectuales locales y sus pares internacionales y el nacimiento de una preocupación por la recolección y clasificación de los vestigios del pasado y el deseo ambivalente de construcción de identidades nacionales. El *ethos científico*, característico de estos años, como menciona Lorraine Daston (2005 [2001]), es un proceso continuo de estandarización de instrumentos, imágenes, protocolos y de observadores, así como, la conjunción de una comunidad científica que reafirma su presencia en la construcción de una “objetividad” que legitima, desde sus herramientas, su trabajo investigativo.

Para la segunda mitad del siglo XIX, el Perú se había convertido en un *foco de atención privilegiada* de varios científicos europeos, preocupados por la investigación de lo incaico, los monumentos y restos arqueológicos, además de ubicarse como uno de los lugares más expoliados por el tráfico de objetos y de una larga tradición en este ejercicio¹⁵⁹. Este momento histórico coincide con un complejo escenario político, social y económico que corresponde a las condiciones de postguerra suscitadas por la

¹⁵⁹ Los llamados “libros de huacas” fueron herramientas que se utilizaron en el Virreinato del Perú durante la colonia y estuvieron enfocados en llevar un control sobre lo que se encontraba en los tesoros prehispánicos. Para mayor información sobre ello, véase, Miguel Luque Talaván, “Los libros de huacas en el Virreinato del Perú: fiscalidad y control regio en torno a los tesoros prehispánicos enterrados”, en: *La Moneda: investigación numismática y fuentes archivísticas*. Enlace http://www.mecd.gob.es/cultura-mecd/dms/mecd/cultura-mecd/areas-cultura/archivos/novedades/la-moneda-investigacion-numismatica-y-fuentes-archivisticas/AHN_13_M_Luque_Talavan.pdf. (Consultado el 6 de junio de 2016.). Sobre este tema véase también, Jorge Zevallos Quiñones (1994).

participación de este país en la llamada *Guerra del Pacífico*¹⁶⁰. Estas condiciones fueron determinantes para emprender procesos fortalecedores del vínculo entre ciencia y Estado, vinculados a la creación, por ejemplo, de la *Sociedad Geográfica de Lima*.

Frente al continuo escrutinio científico, ligado a la mirada imperialista europea, y a la gestión emprendida por los museos metropolitanos¹⁶¹ para conseguir antigüedades, nos encontramos un escenario intelectual local complejo, en donde varios personajes concurren con sus reflexiones públicas alrededor de estos vestigios. El *giro hacia dentro*, opera como un proceso de apropiación de estos objetos antiguos –no solo discursiva sino materialmente– y de transformación en huellas del pasado de la nación en una dimensión espacio-temporal. Esta acción tendrá sus matices en los proyectos de exploración sobre el territorio, realizados a mediados de siglo, por viajeros como Antonio Raimondi¹⁶², quienes fueron acogidos por el Estado y en la labor realizada por la *Sociedad Geográfica de Lima*, en la que figuran algunos trabajos de los investigadores de “antigüedades” y asuntos de “indígenas” –lingüística, costumbres, ritos– como José Toribio Toro, Luis Carranza, José Dionisio Anchorena¹⁶³, Modesto Basadre, Pablo Patrón, Carlos Oyague y Eugenio Larrabure y Unanue¹⁶⁴, quienes aportaron algunos documentos sobre la arqueología y antropología peruana, promoviendo un tipo de sociabilidad científica que se inaugurará en el tránsito al siglo XX. Nosotros hemos intentado seguir el hilo de estas intermitencias de producción de

¹⁶⁰ Como señala Klaren, “al asumir el mando el 3 de junio de 1885, Cáceres tuvo que enfrentar la abrumadora tarea de reconstruir un país arrasado por la guerra, cuya deuda externa por sí sola sumaba la enorme cantidad de entre cuarenta y cincuenta millones”, además, menciona la fuerte crisis financiera que se generó en torno al cambio a una nueva moneda de patrón plata. Entre otra de sus medidas estuvo la contribución personal indígena suspendida durante la guerra y la renegociación de la deuda (el llamado Contrato Grace). (Klaren, 2013 [2004]: 247-248).

¹⁶¹ Nos adherimos a las tesis de Stephanie Gänger sobre la “mirada imperialista” en la configuración de una “arqueología peruana”; según esta autora, existía una “idea de superioridad metodológica, tecnológica y cultural que justificaba la presencia de científicos extranjeros en determinado país”, prácticas que eran parte del pensamiento europeo de la época. Para más detalles sobre su propuesta, véase, Stephanie Gänger (2006: 78). En otros trabajos, como el de Elisa Sevilla, también se ven los estrechos nexos de este imperialismo en otros campos de la economía y la ciencia y de cómo las estrategias vinculadas al campo científico estuvieron manejadas por el interés económico del imperialismo europeo sobre los territorios. Véase Elisa Sevilla (2011).

¹⁶² Aunque la figura de Raimondi en el campo de la investigación sobre el Perú es bastante temprana respecto a la temporalidad de nuestra investigación, hemos decido recogerla brevemente, puesto que su colección arqueológica y etnográfica fue una de las primeras que tuvieron la intención de ser entregadas al Estado peruano, evitando así, su salida al exterior.

¹⁶³ Anchorena publica en 1874 en la Imprenta del Estado su libro titulado *Gramática quechua ó del idioma del imperio de los incas*, uno de los documentos más relevantes para el siglo XIX sobre investigación lingüística en el Perú.

¹⁶⁴ Debido a la difícil localización de fuentes primarias, haremos una revisión general de ciertas publicaciones de estos autores. Sería interesante indagar más profundamente en su papel durante este periodo.

conocimiento, que tienen un despliegue hacia lo *público-local*, es decir, de sus nexos con proyectos estatales y de la difusión pública sobre aquello que se considera como objetos o monumentos representativos de “lo peruano”.

Este capítulo lo hemos dividido en tres apartados. En primer lugar, exploraremos la relación entre las antigüedades precolombinas y la configuración de un canon científico transatlántico; en este contexto, veremos la importancia que tuvo la monumentalidad existente en el territorio peruano, así como sus restos arqueológicos, para las distintas misiones europeas y norteamericanas. En segundo lugar, revisaremos la importancia que tuvo la figura de Antonio Raimondi y la consolidación de la *Sociedad Geográfica de Lima* en lo que hemos denominado, el *giro hacia adentro*, respecto al interés de las antigüedades como soportes del discurso de la nación –en palabras de Kohl (1998) el nacimiento de una “arqueología nacionalista”– y, finalmente, haremos una breve revisión de algunos intelectuales peruanos quienes comenzaron a reflexionar sobre las culturas del pasado en el tránsito de siglo y que fundaron en 1905, el *Instituto Histórico del Perú*¹⁶⁵.

4.1 Antigüedades y ciencia transatlántica

Iniciaremos este apartado relatando un episodio sobre Ricardo Palma y Jiménez de la Espada, relacionado con su encuentro durante la celebración hispanista de 1892 en Madrid. Palma, literato peruano, en su libro *Cachivaches*, publicado en Lima en 1900, recogía una anécdota sobre las exploraciones de Marcos Jiménez de la Espada en Ecuador, en la que estuvo a punto de morir durante su ascensión al volcán Pichincha. En esta gesta, Jiménez estuvo perdido durante cuatro días hasta que fue encontrado por un indígena “con una cantidad de pedruscos, arrancados del cono eruptivo que demostraban la transformación de la traquita en pumita; y con un nido de huevos, tomado de una de las matas de la loma central” (Palma, 1900: 111). Palma recuerda en este pasaje su encuentro con Jiménez, al que caracteriza de valiente luchador. En su crónica, el literato peruano recoge las palabras que había mencionado el científico español,

¹⁶⁵ El Instituto será estudiado en el capítulo sexto.

“También la ciencia es milicia aunque sin las galas, aparatos y estruendo de la guerra; y si no obtuve ascenso ó premio por mi acción del Pichincha, tampoco puedo quejarme del botín que gané en provecho de la ciencia” (Jiménez citado en Palma, 1900: 111).

Nos llamó la atención, en este pasaje, el uso de las palabras “milicia” y “botín” ganado en provecho de la ciencia: como trofeo o premio legítimo de guerra ante las adversidades de la naturaleza y la intrepidez de sus acciones que podrían ser corroboradas a partir de sus objetos recolectados. La alegoría al “botín” en relación con la hazaña corrobora un tipo de accionar científico y los lugares de aplicación de la práctica de colección como escenarios de intenso escrutinio, búsqueda de evidencias, localización de puntos de indagación y análisis, en este caso, la geografía y la mineralogía americana como una zona de sustracción de objetos para la elaboración de un conocimiento calificado como científico. Desde esta dimensión, esta información recogida,

“no es un signo, sino una relación establecida entre dos lugares, el primero convertido en periferia y el segundo en *centro*, que se da con la condición de que entre los dos circule un vehículo al que se suele llamar forma pero que, para insistir en su aspecto material, yo lo llamo *inscripción*” (Latour, 1999: 162).

Según Latour, la información como relación es “muy práctica y muy material”. Por ello, el “centro” negociará lo que debe tomar de la “periferia” con el fin de “tenerle a la vista y de actuar a distancia sobre él” (Latour, 1999: 164). En este vínculo se producirán una serie de informaciones que además permitirán las operaciones dignas del coleccionista, por ejemplo, seleccionar, clasificar, extraer, reducir, a la vez que estas dependerán de las instituciones que avalan, certifican y resguardan estos conocimientos. En esta atmósfera, la tríada *ciencia-objeto-conocimiento* funciona como el eje central a partir del cual se piensa, visibiliza, organiza y corrobora la información de ese mundo, además de gestarse una serie de imaginarios ubicuos movilizados a través de flujos transatlánticos.

La relación entre la acumulación y recolección de objetos se enmarcó dentro de una genealogía de orden colonial. En el escenario transatlántico las cosas se movilizaban y circulaban, formando parte de lo que podríamos denominar un proceso de mundialización. Para Serge Gruzinski, cuando exploramos la escala planetaria de estos

flujos, podemos darnos cuenta de la manera en que los objetos son “indisociables de las relaciones de fuerza que los vieron nacer. No es extraño que sufran de reelaboraciones acorde al ‘gusto europeo’” (Gruzinski, 2010 [2004]: 319)¹⁶⁶. En las líneas de análisis de este autor el objeto aparece, en cierta forma, como un “signo ostentoso de dominación” y una forma de “prestigio social”.

Es interesante marcar la relación que existe entre el desarrollo de las ciencias en el siglo XIX y la *práctica de archivo* y, en el sentido amplio del término, en la producción de conocimiento. Según Daston (2012), ha habido un énfasis que ha develado el marcado estereotipo entre las humanidades y las ciencias, entre las que se debate un supuesto anclaje hacia la memoria y el pasado por parte de las primeras, y una amnesia en el caso de las segundas. Este estereotipo ha sido desmontado por esta autora, quien sugiere una nueva lectura hacia la consideración de un “empirismo colectivo” decimonónico que hizo posible el surgimiento de las llamadas “ciencias del archivo” (desde las botánicas, vulcanológicas, mineralógicas hasta las humanísticas), es decir, aquellas que ponen un acento en la lógica de atesorar. Para Lorraine Daston, lo que distingue las ciencias de archivo de otras ciencias, “no es la dimensión histórica del fenómeno que estudian, sino la práctica de tomar, hacer y guardar datos”, es decir, “sus prácticas de colección, recopilación y preservación” que son concebidas como un “proyecto intrínsecamente colectivo, extendido tanto al pasado como al futuro” (Daston, 2012: 162).

La particularidad de la concreción del sentido de antigüedad a los objetos en este periodo es interesante, puesto que, más allá de determinaciones específicas en un campo disciplinar –para el caso de las humanidades en gestación– los procesos recolectores conviven con vestigios de distinta índole como minerales, botánica, arqueología, etnografía, y se ubican acorde a las necesidades conjeturadas por el científico y sus demandas específicas. Sólo por poner un ejemplo, encontramos varios pasajes de este devenir en los rastros de estos encuentros entre científicos y personajes de ambos lados del Atlántico,

¹⁶⁶ Serge Gruzinski señala que al “desenclavar a Europa y a varias partes del mundo, la movilización de los seres y de las cosas creó, al mismo tiempo, distancias y proximidades inéditas. Esto es verdad tanto para el mundo de los objetos como para el de los imaginarios y los modos de vida (Gruzinski, 2010, [2004]: 83).

“En 1865 llegó á Quito una comisión científica de España, y entre las muchas curiosidades que recogió, el señor Marcos Jiménez de la Espada, *me mandó coleccionar* todas las melodías indianas y populares, para llevarlas al museo de ciencias naturales en Madrid, quien al despedirse me dijo: ‘Le suplico no olvide de enviarme todo lo mas que U. pueda recoger, porque quiero que el museo no carezca de estas reliquias sudamericanas’. Si la España soberbia y antagonista nuestra no se ha desdeñado de guardar en su museo la música de nuestros indios ¿por qué nosotros nos empeñamos en despreciarla? ¿Somos acaso tan ignorantes ó injustos, para aborrecer lo que es propio por amar lo que es ageno?” (Guerrero, 1876: 13)

En cierta manera, este espíritu de “empirismo colectivo” dependía de los testigos y testimonios (Daston, 2012: 164)¹⁶⁷, como la necesidad de observadores de lugares y de tiempos históricos. La declaración del artista e intelectual ecuatoriano Juan Agustín Guerrero, relativa a la solicitud de “curiosidades” de Jiménez de la Espada para el museo de Madrid, marca una interesante manera de convertirse en el “testigo” dentro de esta dinámica científica decimonónica. La postura sugerida para el quehacer local de “ignorancia” e “ingenuidad” en la recopilación de estos materiales, así como de la idea de amor a lo ajeno suspende, en un primer momento, la acción de esta práctica cultural y la vuelve hacia el plano local, imbuido en su noción alrededor de “lo propio” como marca relacional del ejercicio de su testimonio. Esta primera aproximación a la recolección marca el surgimiento de cómo la dimensión científica se configura hacia el reconocimiento de validez de estas huellas o reliquias, en el caso de Guerrero, musicales.

El papel de la ciencia se fundamenta en su “comunicabilidad” como regla práctica que permite distinguir lo objetivo –aquello en que domina el pensar y la comprobación consciente mediante conceptos– de lo subjetivo asociado al ideal estético del arte y la intuición. Esta comunicabilidad se vio reflejada en las, por entonces, recientemente fundadas sociedades científicas de antropología y arqueología que promovieron un escenario de valoración de las civilizaciones del pasado y de los pueblos *no europeos*. Entre las más importantes tenemos la *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* (Londres, 1871), la *British Archaeological Association* (Londres, 1884); la

¹⁶⁷ En este grupo de colaboradores aparecían actores –además de científicos locales– de diversa índole desde fotógrafos, dibujantes, acompañantes especiales. Varios autores han resaltado la labor de registro visual mediante su oficio como los de Julio Racines, fotógrafo, para el caso colombiano (Serrano, 1983); o de artistas como Rafael Troya o Joaquín Pinto en el caso ecuatoriano. (Kennedy, 1998).

Société d'Anthropologie (Paris, 1869) y la *Deutsche Gesellschaft für Ethnologie, Anthropologie und Urgeschichte* (Berlín, 1869). Estas organizaciones europeas contaban con la publicación de revistas especializadas sobre sus investigaciones realizadas y fueron parte de la articulación de los debates en torno a esta disciplina humanística. Sus intereses estaban enmarcados en el estudio de la “división del género humano en razas” en la exploración de los “orígenes de la humanidad” (Quijada, 2005: 321).

Desde esta perspectiva la práctica del coleccionismo, tarea de eruditos, aficionados y anticuarios especializados, se convirtió en el eje de la generación de los armarios y grandes gabinetes de curiosidades que existieron en Europa desde el siglo XVII y XVIII (Blom, 2013; Pratt, 2010; Choay, 1992; Cabello, 1989). El coleccionismo forjó sistemas de clasificación donde se ubicaba cada especie del planeta, “sacándola de su entorno particular y arbitrario (el caos) y colocándola en un sitio adecuado dentro del sistema (el orden: libro, colección o jardín) con su nuevo nombre europeo, secular y escrito” (Pratt, 2010: 71). El estudio de estos objetos fue, en un principio, tarea de anticuarios, y es hasta el siglo XIX, en donde dicha actividad se convierte en una disciplina académica, de cara a los procesos de construcción de las naciones europeas. Además, la transformación de estos gabinetes en museos que operan como dispositivos de conocimiento científico y de construcción de los mitos nacionales será característica de los tiempos decimonónicos.

Tanto la antropología como la arqueología surgen como disciplinas entre 1850 y 1870¹⁶⁸ y se emparentan en la comprensión de los orígenes “prehistóricos” del hombre. Uno de los considerados fundadores de la disciplina antropológica, Edward Burnett Tylor señalaba, en su discurso de ingreso a la universidad de Oxford en 1896, que “para poder seguir el desarrollo de la civilización y de las leyes por las que se gobierna no existe nada tan valioso como la posesión de objetos materiales” (Tylor citado en Daniel, 1974 [1967]: 126). Empero, este proceso coincidió también con el nacimiento de una práctica arqueológica ligada a la construcción del Estado-nación, ya que, cada estado

¹⁶⁸ Como bien lo señalan Moro y Díaz-Andreu, es finales del siglo XIX, las primeras “historias de la arqueología” comenzaron a introducir obras generales de paleontología, antropología y prehistoria, esto se encuentra presente en las obras de Lubbock 1865; Hamy 1879, Evans 1872; Mortillet 1883 y 1887, Cartailhac 1889; Déchelette 1908, Boule 1923. Más información véase, Óscar Moro y Margarita Díaz-Andreu (2004), y en el texto más especializado de Margarita Díaz-Andreu (2007).

buscaría lograr, “su propia especificidad histórica y temporal en la consolidación nacional” (Kolh, 1998: 228), lo que, supondría que los datos arqueológicos sean nacionalizados, poniendo énfasis en sus recursos y registros, así como en sus contenidos empíricos materiales. Ambas circunstancias operaron en la constitución de “arqueologías nacionalistas” tanto para la configuración de los orígenes y bordes de las mismas naciones como para la consolidación de hegemonías científicas asociadas con centros de investigación europeos¹⁶⁹.

En estos itinerarios de escrutinio y construcción de una “exterioridad” regida por el canon científico, los viajeros y misiones científicas metropolitanas decimonónicas combinaron indistintamente sus procesos de recolección y acumulación de objetos, desde la mineralogía, botánica, hasta objetos de corte etnográfico y antigüedades precolombinas, en una compleja relación itinerante de configuración de un escenario de pares locales, en el caso andino, tanto en el ámbito privado como público, en una “zona de contacto” (Pratt, 2012) poco escrutada. En cierta forma, existía una necesidad intrínseca de generación de “colaboradores” o “testigos locales” que combinaban dicha actividad acorde con intereses diversos y necesidades, y que construían y reconstruían sus diálogos desde adentro y hacia afuera. Nuestros investigados, *intelectuales-coleccionistas* andinos, con experiencias y particularidades de cada uno, dan cuenta de estos sujetos y de la dinámica decimonónica, actuando en escenarios de construcción de discursos científicos desde sus escenarios de acción y con el interés de generar resonancias a nivel internacional, desconocidas, en su mayoría, por las historias tradicionales de las disciplinas humanísticas.

4.1.1 Reliquias andinas precolombinas americanas en clave transatlántica

La preponderancia de esta tradición de recolección, observación de objetos y monumentos del pasado en América la dejó sentada Alexander Von Humboldt, a través

¹⁶⁹ Philip Kolh propone una lectura sobre las relaciones entre el nacionalismo y la arqueología en los casos francés y germano en el siglo XIX. Para este autor, por ejemplo, “Later French prehistory (or protohistory) may have remained relatively undeveloped throughout the nineteenth century, but France was the center of Palaeolithic archaeology not only in France but elsewhere throughout continental Europe, which was a source of considerable national pride. Nationalist archaeology in France (...) was also embroiled in the establishment of French schools throughout the Classical and Near Eastern worlds, first in Athens and Rome, then later in Iran, Egypt, Afghanistan, and Algiers” (Kolh, 1998: 228). Por otra parte, este autor sugiere que el caso germano también presenta un tipo de “cultural obsession” que se interesa en el pasado antiguo griego y las excavaciones vinculadas a este horizonte cultural. En 1829, se establecerá el *Institut für Archäologische Korrespondenz*, bajo estas coordenadas de acción.

de sus viajes de investigación científica entre 1799 y 1804, por el continente. En los territorios actuales de Colombia, Ecuador, México, Cuba y Venezuela, así como parte de Estados Unidos, este viajero iba ponderando la existencia de los llamados “monumentos americanos” –particularmente ilustrado para las zonas de Perú y México– e irradió¹⁷⁰ una suerte de interés por el estudio del pasado de las culturas prehispánicas (Kaulicke, 2010: 10), ligado al interés por la historia natural y amparado por los relatos de numerosas crónicas coloniales sobre lugares históricos, considerados como emblemáticos. Tanto el peso de la Historia de Indias, relatada por los cronistas coloniales, como la pervivencia de los “monumentos americanos” señalados por Humboldt marcaron un itinerario y valoración muy particular en torno a la concepción del pasado de esta región.

Esta mirada “humboldtiana” sacaba a la luz aquel pasado asociado a los objetos y a los monumentos y evidenciaba en cierta manera la relación compleja y complicada que se establecía a nivel local con estos restos del pasado. Para el caso mexicano una pieza descubierta en 1790, la llamada *Coatlicue*, fue destinada a la universidad para su estudio: “sin embargo, los profesores colocaron la escultura fuera de la vista de la juventud novohispana por considerarla *indigna* de figurar al lado de las réplicas griegas y romanas que allí se exponían” (Morales, 1994: 35). Como sugiere Luis Gerardo Morales, dicho objeto fue guardado y “desenterrado”, posteriormente, a petición de Humboldt. La negativa de exhibir a la *Coatlicue* evidenció la desvinculación real, por parte de las autoridades eclesiásticas y civiles, del pasado indígena prehispánico. En contraste con esta percepción del XVIII, para el siglo XIX, México había entrado en el imaginario europeo decimonónico ligado a sus antigüedades prehispánicas que lo “orientalizaban”, siguiendo la tradición decimonónica de la “egiptomanía” (González, 2006); esto es, los monumentos históricos del llamado arte precolombino circulaban y eran leídos en Europa desde las matrices establecidas para el arte egipcio, y terminaron por presentarse en la Exposición Universal de Nueva Orleans de 1884, como señala González, junto con la reproducción del palacio de la Alhambra; y posteriormente, en la de París de 1889, junto a la reproducción de un palacio azteca.

¹⁷⁰ La influencia de Humboldt se pudo sentir en distintos ámbitos. Por ejemplo, en el caso del arte, como lo señala Alexandra Kennedy (1998), el surgimiento del paisajismo ecuatoriano a mediados del siglo XIX fue “incentivado en buena parte por el arribo de fuentes grabadas a través de los famosos álbumes pintorescos realizados en otros países o las mismas obras de Humboldt que para ese entonces habían sido ampliamente difundidas” (Kennedy, 1998: 97).

Imagen No. 10. Publicación Humboldt

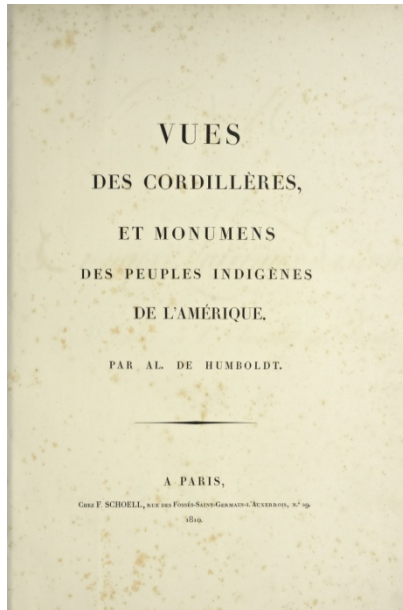


Imagen No. 11. Interior publicación Humboldt



Fuente: Alexander Von Humboldt (1810), *Vue des cordilleres et monumens des peuples indigenes de l'Amérique*. París: E. Schoell.

Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

Imagen No. 12. Antigüedades Peruanas



Imagen No. 13. Interior *Antigüedades Peruanas*



Fuente: Mariano de Rivero y Juan Diego Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, 1851. Viena. Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Este interés por las “antigüedades o reliquias americanas”¹⁷¹ aparece vinculado con varias publicaciones ilustradas con referencias de carácter histórico de relevancia para la

¹⁷¹ Para la segunda mitad del siglo XVIII, la gran expedición ilustrada documentada de Alejandro Malaspina por las costas asiáticas y americanas del Pacífico, entre 1789 y 1794, será uno de los hitos más

época. Entre el sinnúmero de textos, queremos destacar aquellos que versan sobre la región andina entre los que contamos con la temprana *Disertación sobre el Calendario de los Muisca*, de José Domingo Duquesne, de 1795; y otras como las clásicas, del germano Alexander Von Humboldt, *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l’Amérique*, publicado en París en 1810; *Les Incas, ou la destruction de l’empire du Pérou* de Marmontel de 1828; *Antiquités Mexicaines* de Guillermo Dupaix entre 1834-1836; *Antiquities of Mexico*, de Lord Kingsborough o Edward King, en 1831. Para la región andina tenemos dos libros de suma importancia a mediados de siglo, por un lado, *Antigüedades peruanas*, de Mariano E. De Rivero y Doctor Juan Diego Tschudi, en 1851, y por otro, *Memoria sobre las antigüedades neogranadinas*, de Ezequiel Uricoechea, en 1854.

Imagen No. 14. Antigüedades Neo-granadinas, 1854

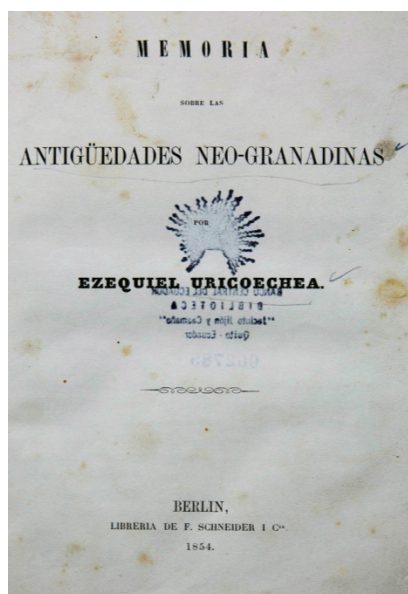


Imagen No. 15. Interior Antigüedades Neo-granadinas



Fuente: Ezequiel Uricoechea (1854), *Antigüedades Neo-granadinas*, Berlín: Librería de Schneider. Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Para nuestro caso, las sociedades antiguas asentadas en el continente americano eran vistas desde el prisma de civilizaciones perdidas en una teleología temporal determinada y sin un *continuum* de los sujetos históricos¹⁷² que allí habitaban. Como lo señala Peter Sloterdijk, la tarea de científicos, como Alexander Von Humboldt, fue la de solicitar de

interesantes de reconocimiento del territorio por su interés económico, científico y político. Sobre las expediciones científicas, véase, José Alcina Franch (1988).

¹⁷² Nos referimos a las maneras en que a los indígenas se los recluyó al pasado histórico imaginado de la nación, negándoseles la posibilidad de ser parte activa el presente como sujetos históricos. Para mayor información, véase, Majluf (2005), Muratorio (1989), Earle (2006 y 2008), entre otros.

los “térnicas la contemplación de su planeta desde fuera y se niega a aceptar que los espacios exteriores sólo sean desarrollos de una imaginación regionalmente instalada, hogareño-doméstica, uterino-social” (Sloterdijk, 2007 [2005]: 41). De esta manera, este “exterior se entenderá a sí mismo”, dice el autor, como una “magnitud extraña de derecho propio”: es la preeminencia de este exterior lo que proporciona a las ciencias del hombre su axioma.

4.2 El Perú y los incas, el foco transatlántico de atención arqueológica

La primacía histórico-cultural de lugares como México, y en nuestro caso en particular, Perú, fue un punto clave para entender el imaginario decimonónico respecto al pasado. El historiador Pascal Riviale ya caracterizó la presencia de las llamadas “misiones francesas” tanto etnográficas como arqueológicas, especialmente en el territorio mexicano y peruano, así como en otras latitudes del continente americano. Sabemos que para el último cuarto del siglo XIX, México sería visitado por nueve misiones auspiciadas por el Ministerio de Instrucción Pública francés. Para el caso peruano, entre 1843 y 1912, se organizarían diez visitas arqueológicas de este tipo y ocho de corte etnográfico (Riviale, 2000 [1996]: 109)¹⁷³. Durante este periodo, la demanda de objetos precolombinos fue importante, por lo que se registró un tráfico notable –con fines científicos– hacia el continente europeo, y posteriormente, hacia los Estados Unidos.

Una idea más clara del número de colecciones que salieron desde el Perú hacia Europa y Estados Unidos en el periodo de guerra, post guerra y tránsito al siglo XX, es la ofrecida por Tello y Mejía quienes señalan que:

“Durante este tiempo se forman muchas colecciones privadas que, casi en su totalidad, salen al extranjero como las de Macedo que es vendida en 1886 al Museo Etnográfico de Berlín; de Garcés, procedente de Puno que es adquirida en 1889 por Adolfo Bandelier para el Museo de Historia Natural de Nueva York; de Emilio Montes, del Cuzco, que es vendida en 1893, al Museo de Historia Natural de Chicago; de Rocha, de

¹⁷³ Riviale señala por ejemplo, que en la Exposición de París de 1878, Charles Wiener, viajero de origen austriaco-francés que había recorrido los territorios peruanos colectó un sinnúmero de objetos arqueológicos y etnográficos que fueron expuestos en dicho evento llamada “exhibición peruana”; posteriormente, la muestra “luego fue trasladada al palacio del Trocadero, donde formó parte de una exhibición mayor, que albergó cerca de 40.000 objetos de distintas épocas y culturas reunidos por algunos viajeros (Riviale, 2000: 151).

Tihuanaco, que ingresa a Lima en 1896; de Bolívar Block, proveniente de Trujillo y de Pachacamac, vendida a Alemania, en 1897; de Uhle, procedente de Copacabana, Tihuanaco y Titicaca, llevada a Berlín en 1895; de Pfeiffer, reunida en 1903 y llevada a Alemania...” (Tello y Mejía, 1967: 49).

Ante tal demanda aparecieron con más fuerza las prácticas de la huaquería y la falsificación de piezas hacia las últimas décadas del siglo; como bien señala Pascal Riviale, “fue sobre todo a partir del último cuarto del siglo XIX que al instaurarse una gran presión comercial [...] hizo su aparición una verdadera industria de la imitación fraudulenta en el Perú [...] que se dirigía antes que nada a los ‘turistas’” (Riviale, 2000 [1996]: 344). Este tráfico de objetos muestra, sin duda, el interés por las antigüedades americanas que existía en varias latitudes y, al mismo tiempo, cómo la ciencia convivía a diario con este tipo de prácticas. Para seguir ilustrando la prioridad que tuvieron las antigüedades americanas a finales del siglo XIX, “solo siete años después de la fundación del Museo Etnológico [en Berlín], en 1873, 21.000 piezas, de las aproximadamente 40.000 piezas del museo, provenían de las Américas.” (Voss citado por Fischer, 2010). Por ejemplo, Adolph Bastian, el antropólogo germano decimonónico por excelencia, consideraba la importancia de las colecciones americanas para entender la teoría de las provincias geográficas a través de las cuales se podría “detectar las variaciones del ser humano debido a las condiciones del hábitat” (Fischer, 2010: 49).

Otro de los científicos interesados en las antigüedades del Perú fue Marcos Jiménez de la Espada. En su texto *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, publicado en Madrid en 1879, su autor se dirigía a Francisco de Borja, Ministro de Fomento, para señalarle la importancia de la publicación de “curiosos documentos” coloniales sobre el Perú. Jiménez de la Espada tenía dos objetivos, por un lado, satisfacer el interés por parte de los americanistas alrededor de la Historia del Mundo “por España descubierto y ennoblecido” y segundo,

“combatir la vulgarísima especie de que, en su conquista primero y en su gobierno después, solo hubo de guiarnos la *sed del oro*, y que por apagarla, sacrificamos sin piedad a los naturales, ó consumimos sus fuerzas y su ser en el trabajo de las minas y otros crueles servicios, asolamos sus monumentos, convertimos sus arreos, ajuares y tesoros en lingotes, sin que se nos diera un ardite de su valor artístico y arqueológico, ni menos

nos importara averiguar quién eran aquellas gentes, de dónde procedían, qué pensaron, sintieron é hicieron antes que los sojuzgásemos.” (Jiménez de la Espada, 1879: XVII).

Jiménez continúa su texto recuperando la obra de varios de los cronistas como Cieza de León, Marcos Niza, Juan de Velasco o Juan de Betanzos y de toda una recopilación de cronistas y misioneros hasta el siglo XVII. Además, el autor recuerda incluso el interés de la monarquía en recuperar cosas de las producciones indianas, como aquella de marzo de 1571, en la que Don Felipe II ordenaba a su consejo que “en lo que toca á las cosas que se descubren y sacan de las huacas, si os pareciere que hay algunas dellas de calidad, que puedan ser vistas acá, me las enviareis” (citado en Jiménez de la Espada, 1879: XIX). El célebre historiador de indias continúa su relato recopilando información sobre las “antigüedades” que fueron de interés en los tiempos coloniales, en esta especie de reivindicación del papel de la monarquía hispánica. Dicha publicación aparece con motivo de la celebración del Congreso de Americanistas, destinado a celebrarse en Bruselas en 1879.

Años más tarde, en 1887, el mismo Jiménez de la Espada publica otro trabajo, presentado en este evento, titulado *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombianos en el Perú*, impreso en Bruselas. Este es una disquisición sobre las cruces que aparecen en las cerámicas indígenas, que fueron recopiladas por el autor, y su relación con el “hombre blanco” del Perú¹⁷⁴. En su ejercicio incluyó varias de las imágenes de cerámicas y restos en donde se puede apreciar ciertas cruces andinas; además, el autor señalaba que,

“Yo creo que la obra americanista se encuentra en su primero y más largo periodo, que pudiéramos llamar de acopio de materiales; y por lo tanto, lo que nos hace falta es paciencia y constancia, más que ingenio, talento ó habilidad para forjar hipótesis, ó un poderoso criterio para elevarlas á principios fundamentales” (Jiménez de la Espada, 1887: 118).

¹⁷⁴ De hecho, Marcos Jiménez de la Espada consideraba que era necesario dilucidar la leyenda sobre la presencia del “hombre blanco” en el Perú y la existencia de la cruz, presente en varios debates de los congresos de americanistas. Para el autor no existió dicha presencia; de hecho, en su texto señala que en las tradiciones que recogen dicho mito, “el hombre blanco (si lo fue) personificaba, en un solo individuo todo un pueblo, pequeño ó numeroso y de color más claro que los habitantes del país por donde discurrió tratando de atraérselos y de fundar con ellos un centro de cultura, una agregación más sociable que las antes allí conocidas”, (Jiménez de la Espada, 1887: 118). Este investigador continuará su argumento con la caracterización de esta relación y lo vinculará a los usos e interpretaciones de las crónicas coloniales.

En el texto, presentado en el Congreso de Americanistas en Madrid en 1884, “El Palacio del Callo”, Jiménez de la Espada hace uso continuo de las crónicas coloniales y, particularmente, de los informes del siglo XVIII de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y de los trabajos de Juan de Velasco, el Dr. Rocha y Alexander Von Humboldt. En su ejercicio de interpretación, Jiménez de la Espada considera que, a título de ejemplo, para el caso de El Palacio del Callo, “ni Cieza hizo mas que mencionarlo, ni los otros autores anduvieron muy exactos en sus descripciones”; acusa a Juan y Ulloa de presentarlo como un monumento “fantástico” y “laberíntico”, a Rocha y Velasco, dice, “se les antoja obra de mano maestra y de bellas proporciones”, y finalmente acusa a Humboldt de presentarlo de manera exagerada y desfigurada. Jiménez de la Espada reconstruye su relato con el monumento que visitó hacia 1864 y se apoya en todo el cúmulo de informaciones que existen sobre este, además del registro visual de dicho monumento que apoya su argumento.

Resulta interesante cómo, en este caso presentado, Jiménez de la Espada asoció el “americanismo” con el “acopio de materiales” para la investigación y el ejercicio crítico de la lectura de las crónicas españolas. En primer lugar, es una aceptación de la necesidad de hacer colecciones sobre las cuales se trabajen hipótesis del mundo americano desde el soporte de una materialidad vista –en donde podrían ubicarse objetos antiguos en su totalidad, sean documentos, vestigios precolombinos, crónicas, etc.– y, en segundo lugar, sobre el relato de la conquista como una realidad percibida e imaginada a través de las crónicas coloniales. Ambos horizontes son característicos de los americanistas decimonónicos que operaban en ambos lados del Atlántico, con ciertas divergencias en torno al interés por la práctica de colección, así como del trabajo analítico respecto a su zona de influencia.

4.2.1 Miradas andinas

Esta preeminencia de las antigüedades asociadas, en su mayor parte, a lo inca, en el discurso científico de la época, resonó entre los intelectuales locales, quienes manifestaron la importancia de realizar otras pesquisas en la región. En cierta manera el pasado precolombino se asoció con la posibilidad de mostrar “monumentos” o “tesoros” que dieran cuenta de los grados de “civilización” adquirida por los aborígenes de estos

territorios y que a la vez permitieran valorar, desde el credo de lo nacional, las particularidades de una república independiente, en el concierto internacional de naciones. Jacinto Jijón y Caamaño, en su obra póstuma publicada en 1951, ya señalaba que el pasado precolombino ecuatoriano:

“no atrajo, como el de México y el del Perú, la atención de los escritores castellanos de los siglos XVI y XVII; las pocas y fragmentarias noticias que de nuestros aborígenes se encuentran en los Cronistas de Indias, hay que buscarlas principalmente en las páginas que los historiadores dedican a los reinados de los últimos Incas” (Jijón y Caamaño, 1951: 23).

Agregaba que “si del Ecuadoruviésemos la quinta parte de los cronistas que tenemos del Perú, muy otra sería la situación del investigador en su Prehistoria” (Jijón y Caamaño, 1951: 28). De igual manera, en el caso colombiano se señala la importancia que tenían estos dos polos históricos en la forma en que se representaba el pasado en la región. Vicente Restrepo y su hijo Ernesto Restrepo Tirado, ambos delegados para la comisión de la celebración del centenario del “descubrimiento” de América en 1892, señalaban la preeminencia de estas ideas fuerza,

“Sabios y profundos trabajos se han publicado sobre las antigüedades de México y del Perú, mas de las que dejaron los aborígenes de Colombia¹⁷⁵ apenas tienen escaso conocimiento los americanistas. De esto tenemos la culpa los colombianos que hemos descuidado demasiado los estudios arqueológicos y hemos dejado perder tantos objetos preciosos que debieran enriquecer hoy las reducidas colecciones del Museo Nacional” (*Catálogo*, 1892: I).

Frente al potencial transatlántico de los vestigios peruanos, los intelectuales andinos se preguntaron sobre el potencial de los restos arqueológicos hallados en sus espacios nacionales. Sobre ellos se necesitaba elaborar también una historia de civilizaciones perdidas; este relato se iniciaría hacia la segunda mitad del siglo XIX.

En suma, los vestigios antiguos se convirtieron en un foco de interés para las misiones y proyectos científicos hacia la segunda mitad del siglo XIX. Los objetos o, mejor dicho, sus prácticas de colección, no sólo formaron parte de las grandes agendas de

¹⁷⁵ Es interesante observar que desde 1881 se publican ilustraciones de vestigios materiales prehispánicos en el *Papel Periódico Ilustrado* de Bogotá, publicación a cargo de Alberto Urdaneta. En ella, además de retratos de personajes de la época, se acompañan también este tipo de ilustraciones.

investigación transatlántica—de países como Francia y Alemania de aquel entonces—sino que también integraron un nuevo circuito de intereses, cuyo objetivo apuntaba a construir una historia universal de las civilizaciones desde el campo científico. Entre estos objetos, existieron algunos que fueron preciados por su curioso interés y por la particularidad de su existencia.

4.2.2. Objetos preciados

“It is a place of death, not alone in its silence and sterility, but as the burial-place of tens of thousands of the ancient dead. In Pachacamac, the ground around the temple seems to have a vast cemetery”
George Squier, *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, pág. 72.

El 24 de septiembre de 1887, la revista *El Perú Ilustrado* publicaba una imagen titulada “Un colector de antigüedades”. En ella se retrataba a un hombre sentado en una posición relajada; el individuo llevaba un poncho y sombrero sosteniendo entre sus manos un cráneo. Este personaje evita mirar hacia al lector, posa su mirada hacia el lado derecho del retrato, casi en formato de fotografía decimonónica. Sobre una mesa situada junto a él se encuentra un esqueleto en posición fetal —típica forma de enterramiento en la zona andina— y otro cráneo. Esta reproducción gráfica representa a un sujeto con estos restos humanos como el “colector” de objetos antiguos, funcionando, ella misma, como una caracterización del oficio.

Esta imagen, sin duda, es una representación de la percepción en la época sobre este tipo de actividad, aludiendo, particularmente, al interés en los restos humanos y a las visitas a los sepulcros como lugares primordiales para la extracción de los huacos; no por nada, este mismo vocablo alude a la relación con los entierros indígenas y es el nombre que, comúnmente, se les da a este tipo de piezas en el Perú hasta la actualidad¹⁷⁶. Como en ninguna otra parte de la región andina, las momias, los cráneos y los restos humanos del Perú marcan las formas de valoración que promueven estos vestigios, contrariamente al de sus pares regionales. La notable existencia de las

¹⁷⁶ Según Luque Talaván el término “huaca” recogía algunas acepciones: “Decía el militar e historiador peruano del siglo XIX Manuel de Odrizola que ‘Huaca, como advierte el presbítero Gomara quiere decir llanto ó lloro; porque en sus templos, ó adoratorios se juntaban á llorar para pedir mercedes ó perdones á sus dioses’; complementando su definición diciendo que: ‘Llámase también vulgarmente huacas, aquellas casas, ó palacios en que vivían los indios y en que se sepultaban después de muertos’” (Luque Talaván, 2012: 294).

llamadas “necrópolis”, así como de las técnicas de deformación craneana y trepanación, fueron focos de interés en la segunda mitad del siglo XIX para la ciencia tanto de corte antropológico-físico en gestación, como para la medicina moderna.

Imagen No. 16. Colector de Antigüedades



Fuente: *El Perú Ilustrado*, Lima, sábado 24 de setiembre de 1887, Año I, No. 20.

<https://archive.org/stream/elperuillustrado1887lima#page/n209/mode/2up>¹⁷⁷

Por ejemplo, una de las obras más importantes de la época, titulada *Das Todtenfeld von Ancón in Perú* de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, ha sido considerada como uno de los hitos en la historia peruana, por ser un primer levantamiento documentado y sistematizado de los vestigios arqueológicos. En el pequeño pueblo de Ancón, situado a cuarenta kilómetros de Lima, se encontraron varios viajeros científicos de origen germano, entre 1874 y 1875. Estos exploradores justificaban su presencia en el Perú con el hecho de que en trabajos anteriores “ni una ruina, ni un cementerio se excavaron con fines científicos” (Stübel y Reiss citados por Gänger, 2006: 76). En los años de génesis de la disciplina arqueológica, llaman la atención estas declaraciones porque apelan al *carácter científico* que debería primar en el acercamiento a estos restos del pasado ligado a su descripción, detalle y recolección de objetos que será parte de la configuración de los museos metropolitanos y la ciencia europea.

¹⁷⁷ Consultado 23 de diciembre de 2015.

En aquel entonces, Stübel y Reiss se maravillaron por la cantidad de fosas mortuorias y de piezas asociadas a estos enterramientos; en sus comunicaciones¹⁷⁸ se caracterizaba el terreno como un clima “que no está en la zaga en sequedad al egipcio”, lo que ayudó a que se lograra una “momificación perfecta”. Además, dichos sepulcros les procuraron una recolección de objetos como evidencia de los “primitivos habitantes de Suramérica”. Los sabios alemanes se asombraron, finalmente, de los tejidos encontrados, “cuya ejecución es tan perfecta que pueden compararse con algunos de nuestros más finos gobelinos” y emparentarse a las figuras tejidas al “estilo etrusco”. Estas experiencias de exploración las recogieron en los volúmenes titulados *Das Todtenfeld von Ancón in Perú*. Las referencias utilizadas por ambos científicos, desde el clima hasta los objetos, las momias, los cráneos y las tumbas, están insertas dentro de una mirada transatlántica que pregonaba un culto a la monumentalidad, la civilización y la evolución de las razas humanas, típica del ambiente científico europeo de la segunda mitad del siglo XIX.

Recordemos que en muchos casos, particularmente el germano, la antigüedad clásica era “utilizada como propaganda política en un Berlín que se convirtió en metrópoli internacional” (Kaulicke, 2010: 49), creando un vínculo que ponía acento en los lugares predilectos de la historia clásica universal europea como Grecia y Roma¹⁷⁹, sus manifestaciones artísticas, la filosofía y los vestigios monumentales, así como en sitios de interés monumental como Egipto y Túnez, enclaves geopolíticos de las potencias europeas en el continente africano¹⁸⁰. Si se trataba de momias conservadas por el clima, el referente era egipcio; si eran tejidos y diseños, la relación directa eran los gobelinos

¹⁷⁸ Cartas de *Ancón*, 26 de febrero de 1875, citadas por Ingrid Hönsch, “Los viajes de investigación de Alphons Stübel por Sudamérica (1868 - 1877) a través de su correspondencia” en: <http://www.banrpcultural.org/blaavirtual/historia/hue/hue3.htm> (Consultada el 3 de diciembre de 2015).

¹⁷⁹ Es interesante ver la importancia que cobra para Europa decimonónica su idea de orígenes, particularmente anclada a la historia de Grecia o Roma y el desarrollo de la lingüística indogermánica que presentaba, detrás de los griegos, a los arios como primer origen. Assmann señala la importancia que tienen los pilares desde donde se piensa la memoria de la cultura europea, el autor señala, “Egipto descendió a una de las tantas culturas semitas o semitocamitas que el orientalismo del siglo XIX estudió con tanta curiosidad teórica como arrogancia protectora” (Assman, (2005 [2001]): 73). El desarrollo del interés por la lingüística marca un eje clave para la comprensión de cómo se construye la historia europea.

¹⁸⁰ Pascal Riviale hace mención a la importancia que cobran las misiones arqueológicas del gobierno francés hacia la segunda mitad del siglo XIX. Particularmente zonas como Egipto o Túnez llaman la atención por sus vínculos directos con civilizaciones como los romanos o egipcios. El Ministerio de Instrucción Pública del país galo estuvo interesado en promover estos lugares como focos de interés científico. Para el caso de Latinoamérica Riviale señala las condiciones complejas que debían cumplir las misiones científicas (ausencia de fondos, problemas políticos económicos locales, etc.) (Riviale, 2000 [1996]: 104-105).

Europeos y los antiguos etruscos de la península itálica. Como lo ha señalado la investigadora Stephanie Gänger, la burguesía alemana de finales del siglo se caracterizó por un interés marcado por la ciencia¹⁸¹; en particular, su “prestigio social” que no radicaba en la “prosperidad económica ni en el poder político, sino en el nivel de educación”. Así, el estudio del pasado de las culturas no europeas era uno de sus objetivos (Gänger, 2006: 70)¹⁸². Este ejercicio de asociación comparativa coloca a los restos del pasado de lugares disímiles dentro de un discurso científico que apela a configurar una información mundial –como una relación– de la historia del ser humano en su dimensión universal.

Frente a la superabundancia de los llamados “huacos” cerámicos en el Perú, de tejidos, los quipus, así como de sus monumentos antiguos, los restos humanos comparten un lugar de interés particular y articulado a las demandas internacionales de ramas como la antropometría, las teorías eugenésicas, la antropología física y la medicina moderna en pleno desarrollo y difusión a nivel mundial. Determinar los orígenes de las razas antiguas, establecer comparaciones, hacer un estudio científico de estos restos funciona como motor intelectual de su colección. De hecho todos los coleccionistas, desde Antonio Raimondi, Muñoz, Sáenz, hasta José Mariano Macedo, poseían cráneos y restos humanos en sus colecciones. Llama la atención cómo, una de las coleccionistas más famosas del Cuzco –Ana María Centeno, estudiada por Gänger (2014)– durante la visita de Georges Siquier a su casa, le mostró a este su enorme colección, con una atención particular a ellos,

“In some respects, the most important relic in Señora Zentino’s collection is the frontal bone of a skull, from the Inca cemetery in the valley of Yucay, which exhibits a clear case of trepanning before death. The señora was kind enough to give it to me for investigation, and it has been submitted to the criticism of the best surgeons of the United States and

¹⁸¹ Como bien lo señala Mónica Quijada citando a Massin, en el caso de los miembros de la *Deutsche Gesellschaft für Ethnologie* de Berlín hacia finales del siglo XIX, de sus 500 miembros, residentes en dicha ciudad, 190 eran médicos, privados o académicos, 55 eran académicos no médicos, bibliotecarios o empleados de museo. Los restantes 255 incluían gente de variado origen: comerciantes, contadores, pintores, fotógrafos, funcionarios de la administración local o colonial, publicistas, libreros, sacerdotes o rabinos, viajeros, es decir, casi la mitad de los miembros de dicha sociedad estaban interesados en la antropología como un hobby (Quijada, 2005: 320).

¹⁸² Stephanie Gänger señala cómo la burguesía alemana tenía acceso a varias revistas como *Globus* o *Das Ausland* desde mediados del siglo XIX. Además, el interés se centraba en los diarios de viaje y los textos etnográficos y arqueológicos acerca de estas tierras lejanas. De hecho, la autora señala como Heinrich Schliemann, el “descubridor” de Troya llegó a ser uno de los personajes más prominentes de la época (Gänger, 2006: 74).

Europe, and regarded by all as the most remarkable evidence of a knowledge of surgery among the aborigines yet discovered on this continent; for trepanning is one of the most difficult of surgical processes” (Squier, 1877: 456-457).

El creciente interés por los cráneos, restos humanos y momias formó parte de las investigaciones en “morfología humana” que estaban en boga en Europa. El foco de atención se centró en los debates sobre los orígenes del hombre y las razas humanas, muchas de ellas construidas alrededor del caucásico europeo. Dada la lejanía de sitios como México o Perú, el estudio de los tipos humanos era estrictamente necesario puesto que “tendía a poner en duda las clasificaciones tan fácilmente definidas” (Riviale, 2000 [1996]: 198).

Imagen No. 17. Texto de Georges Squier

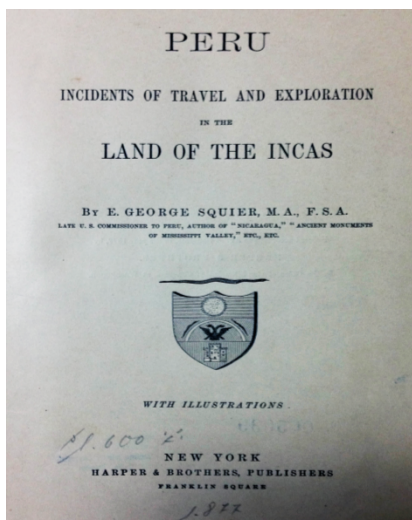


Imagen No. 18. Interior texto Squier¹⁸³



Fuente: George Squier (1877), *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, New York: Harper and Brothers Publishers

En 1839 aparece el estudio de Samuel George Morton titulado *Crania Americana*. En aquel entonces Morton era profesor de anatomía en el departamento médico del *Pennsylvania College*, en Filadelfia. La principal característica del trabajo de Morton fue la búsqueda de las tipologías y detalles de los cráneos recopilados en varias latitudes para determinar los distintos tipos de razas. Su muestra contemplaba restos humanos de los indígenas estadounidenses, peruanos, brasileños y mexicanos. Además, su estudio puso atención a los tipos de deformaciones y el uso de herramientas que se utilizaban

¹⁸³ Esta imagen del texto de Squier es muy sugerente dentro del contexto en el que fue realizada. Un sujeto del presente, de perfil, tomando los detalles de su rostro, en concordancia con las vasijas precolombinas (Squier, 1877: 184).

para estos procedimientos. Particularmente, la antropología física que se estaba gestando en Estados Unidos, se caracterizó por el impulso mostrado por la formación de este tipo de colecciones. Incluso Franz Boas, el famoso antropólogo estadounidense, inició su carrera académica con trabajos de este tipo. La colección de Morton y Meigs sobre gente prehistórica americana pasó, en aquel entonces, a la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia. Por otro lado, existía también un departamento especializado en etnología¹⁸⁴, dentro de la *Exposición Colombina de Chicago* de 1893. a cargo de Putnam interesado en este tipo de colecciones y sus resultados biológicos.

Sin duda, este fue el momento histórico preciso para el desarrollo de la antropología física, enfoque que “abrazó uno de los más ambiciosos proyectos de cooperación científica a escala planetaria: la formación de un archivo universal de las variedades corporales” (Perazzi, 2009: 122). Tanto los antropólogos germanos como franceses estuvieron interesados en el estudio de los restos humanos, trabajos que emparentaron el creciente interés en la investigación de la llamada “etnogenia europea”, es decir, del estudio de los orígenes primitivos y de la genealogía de los pueblos de Europa” (Pelayo, 2010: 24). Este tipo de indagaciones ponía a los cráneos y la craneología en un lugar especial y formó parte de acalorados debates en ambas academias. En Europa, personajes como Paul Broca, Franz Pruner-Bey y Rudolph Virchow fueron los protagonistas de esta corriente académica.

En los números publicados entre noviembre y septiembre de 1891 del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, se publicó un diálogo epistolar entre Johann J. Tschudi, uno de los coautores del clásico *Antigüedades Peruanas* y Vicente Fidel López, historiador y político argentino, respecto a la arqueología peruana. Tschudi había recibido una carta de parte del López, en donde se le criticaba por los criterios vertidos sobre la “civilización peruana” que se mostraba en las *Antigüedades*; frente a esto, Tschudi solamente declaraba que la mayor parte del trabajo interpretativo lo había realizado Rivero, y que su colaboración había sido netamente en el cuidado de las láminas presentadas en el texto, así como el préstamo de sus piezas de colección.

¹⁸⁴ Estos datos nos resultan interesantes puesto que al hablar de los primeros arqueólogos peruanos, como es el caso de Julio Tello, su interés en la craneología es destacada.

La crítica de López apuntaba a los aspectos científicos-médicos de los Incas, que fueron infravalorados por Rivero y Tschudi en su obra. En *Antigüedades* se mencionaba,

“De cualquier modo, los conocimientos curativos eran empíricos y limitados, y se ceñían a mitigar los síntomas más alarmantes de la dolencia, sin sistema alguno nosológico, o terapéutico [...] La cirugía operatoria era completamente desconocida á los facultativos peruanos. Llagas, heridas, contusiones, en una palabra, toda lesión externa la curaban con bálsamos y hojas medicinales, sin la menor idea de la amputación de miembros, ni de la abertura de abscesos con instrumentos cortantes, ni de suturas en heridas graves, ni de la aplicación del fuego, ni de tantas otras operaciones quirúrgicas practicadas en Europa” (Rivero y Tschudi, 1854: 122-123).

El debate entre ambos se centraba en estas críticas hacia el conocimiento científico de los llamados *Amautas*, hombres sabios, particularmente aquel derivado de las observaciones sobre las trepanaciones craneanas. Tschudi rescataba la historia médica de los griegos y romanos, citando a figuras como Hipócrates, Aristóteles y Plinio como “padres” de la medicina, además que consideraba in-equiparables con las prácticas médicas del antiguo Perú. López, en un tono desafiante, postulaba la necesidad de reflexionar sobre la historia de la arqueología americana y reconocer la “verdad histórica” de la América antigua. Este consideraba que a los europeos, “las neblinas del Océano Atlántico, les ha enturbiado la vista, y la influencia de las preocupaciones de escuela y de la rutina los detienen en el dintel de aquello que les espanta” (*Boletín*, 1891: 291). En parte, López tomaba como base los estudios que había realizado Georges Squier¹⁸⁵, quien había recogido información variada particularmente sobre los conocimientos quirúrgicos de los amautas en el arte de la trepanación; de esta manera el historiador argentino defendía el quehacer médico precolombino,

“Es necesario, pues, que esas prácticas peruanas que han arrojado tan poderosa luz sobre las ciencias médicas modernas, y que han bastado para renovar sus métodos curativos de la fiebre y otras grandes enfermedades, hayan estado basadas sobre una observación racional y enteramente orgánica que hacer rechazar toda suposición de ciego ó brutal empirismo en relación á las enseñanzas de los Amautas; de esos sabios desconocidos que han perecido por millares en el espacio de tres años en las carnicerías de la Inquisición y en las profundidades de las minas, buscando los metales preciosos para saciar la avaricia de los tiranos más ignorantes y aún más bárbaros que su víctimas” (*Boletín*, 1891: 294).

¹⁸⁵ Se refiere a la obra *Peru incidentes of travel and Exploration in the Land of the Incas* de 1877.

Más allá de las consideraciones de ambos autores sobre la medicina del antiguo Perú, de su falsedad o de su veracidad, es interesante señalar las cómo objetos como los cráneos cobran importancia en debates más amplios sobre el propio desarrollo de la medicina, la neurología en Occidente y de cómo estos se constituirán en objetos preciados para el estudio de la construcción de esta ciencia. Además, es interesante cómo estos procesos empiezan a formar parte de una apropiación de la arqueología y de prácticas médicas que ahora son reconocidas como “peruanas” y que tendrán una incidencia sobre esas ciencias médicas modernas.

La presencia efervescente de restos humanos en las colecciones así como la dimensión universal en el interés por estos, pone al Perú en un lugar privilegiado como zona de extracción de dichos materiales. Además, frente al nacimiento y desarrollo de las teorías racistas y la antropología física en la Europa decimonónica, estos restos marcan un momento clave en la construcción del discurso sobre los orígenes del hombre y de la civilización.

4.3 Del escrutinio científico exterior al “giro hacia adentro”

Como hemos mencionado, este espíritu científico decimonónico que había instalado como focos de atención transatlántico en los objetos precolombinos de Perú y México colocaba las historias de ambas regiones en el imaginario de la historia universal de la humanidad, a través de múltiples diarios de viaje, estudios científicos, álbumes, fotografías y grabados. En la literatura existente para la segunda mitad del siglo XIX de este tipo para el Perú, figuran los relatos tempranos tales como *Antigüedades peruanas*, de Mariano E. De Rivero¹⁸⁶ y el suizo Johann Jakob Tschudi de 1851¹⁸⁷; del norteamericano Georges Squier y su obra *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas* de 1877; los de Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, *Das Totenfeld von Ancón in Peru* entre 1880 a 1886 y *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker*,

¹⁸⁶ Rivero fue uno de los grandes investigadores peruanos. Trabajó en diversos temas que van desde la mineralogía a la química. Vivió y se educó en Europa, conociendo a sabios europeos de la talla de Humboldt. Este álbum en particular fue hecho para lectores europeos, no peruanos y tuvo algunas traducciones y reimpressiones en inglés y francés que aparecieron después de su primera edición en español. (Villacorta, 2012: 177). J.J. Tschudi estuvo en el Perú como naturalista entre 1837 y 1842.

¹⁸⁷ Según Pascal Riviale, esta publicación tuvo una notable influencia en los americanistas europeos puesto que era una de las “primeras obras sintéticas sobre las civilizaciones prehispánicas del Perú, redactadas no sólo según las crónicas españolas sino también a partir de datos arqueológicos” (Riviale 2000: 40).

entre 1889-1890; de Charles Wiener y su libro *Pérou et Bolivie : Récit de voyage suivi d'études archéologiques et ethnographiques et notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes* de 1880; así como de Ernst Middendorf quien tiene varias publicaciones de las que destacamos *Die einheimischen Sprachen Perus* de 1890-1892, por mencionar algunos de los libros considerados como los “clásicos”. Estos estudiosos forman parte de lo que se reconoce como los “orígenes”¹⁸⁸ de la disciplina arqueológica peruana.

Lo que más nos llama la atención es cómo, el lugar sudamericano *más visitado, saqueado, huaqueado, exportado y difundido por el interés científico transatlántico* durante el siglo XIX se muestra como un escenario de acción intermitente para el ejercicio reflexivo de varios intelectuales andinos sobre vestigios precolombinos. Con esto queremos decir que en el Perú, al contrario de los casos de Ecuador y Colombia – que revisaremos más adelante– la producción de una discusión local relacionada con las demandas del Estado sobre la cuestión de antigüedades y una práctica asociada con su recolección se articuló a una trama compleja de relaciones, en donde los objetos del pasado fueron levantados como fuente de información, organizados y explicados ligados al ámbito de la geografía, la “topografía histórica”¹⁸⁹ y los informes de colonización, entremezclados, en algunos casos, con el interés médico¹⁹⁰. Figuras como Antonio Raimondi serán piezas clave en la reconstrucción de este complejo escenario del ocaso decimonónico peruano.

¹⁸⁸ Muchos autores señalan que la arqueología peruana como disciplina aparece con Max Uhle, Julio C. Tello y Alfred Kroeber a inicios del siglo XX, tomando del siglo XIX algunas vagas referencias a los autores que citamos aquí, en su mayoría viajeros extranjeros que visitaron la zona para extraer materiales para las colecciones de los museos metropolitanos. Entre las historias de la arqueología peruana más interesantes están: Henry Tantaleán y César Astuhuamán (eds), (2013), además del clásico de Duccio Bonavia y Rogger Ravines (1970).

¹⁸⁹ En el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* del 15 de diciembre de 1891 se denomina “topografía histórica” a una rama que estudia la “topografía” específica en donde acaecieron los hechos históricos, por ejemplo, batallas de los conquistadores con los Incas, caminos que existían, puentes, etc.

¹⁹⁰ Nos llama la atención la filiación profesional de los coleccionistas e intelectuales, por ejemplo, José Mariano Macedo, Pablo Patrón y Julio C. Tello, todos eran médicos de profesión, además de estar interesados en los restos humanos y en la arqueología en general. Como es el propio caso de Julio C. Tello quien, inaugurado el siglo XX, coleccionó casi 15.000 cráneos en distintos sitios arqueológicos y que fueron su base para la maestría que realizó en Estados Unidos hacia 1908.

4.3.1 Antonio Raimondi: entre geografía, etnología y vestigios

“Donde no hay verdad no hay ciencia”.
Antonio Raimondi, 1878.

Antonio Raimondi es una de esas personalidades multifacéticas y eruditas características del siglo XIX. Nacido en Milán en 1820, dejó su país natal como consecuencia de su posición política en el movimiento revolucionario de 1848, viajando a tierras peruanas y desembarcando en el Callao hacia 1850. Uno de sus primeros contactos en tierra peruana fue Cayetano Heredia¹⁹¹, quien le proporcionó un trabajo en la catalogación de las colecciones botánicas de la Facultad de Medicina, institución de la que fue, más tarde, docente (Cueto, 1989: 48). Durante los primeros años en territorio peruano Antonio Raimondi estuvo dedicado a la investigación científica y a la recolección de datos, objetos y a la observación de fenómenos naturales. En sus largos viajes por el Perú (de 1851 a 1869) recogió materiales de diversa índole, ya de tipo botánico, mineralógico o etnográfico, así como antigüedades de los habitantes del territorio.

Sus travesías por el territorio peruano fueron documentadas y compiladas en los tres primeros volúmenes de la obra *El Perú*, publicación autorizada por el Estado peruano en 1869 –para esos años ya figuraba como consultor del Estado- por el presidente Balta y lanzados editorialmente la década siguiente, entre 1874 y 1879. Además sus colecciones ya fueron consideradas para el proyecto del “Museo Raimondi”; entre ellas figuraban colecciones mineralógicas, de fósiles, petrológicas, botánicas, ornitológicas, entomológicas y de restos humanos (cráneos y momias)¹⁹².

En la primera edición de *El Perú* de 1874, Raimondi se refiere a sí mismo como un naturalista y científico. En su libro hace el seguimiento de las publicaciones sobre la historia natural del Perú desde la colonia hasta mediados del siglo XIX, mostrando una erudición sobre los viajes, exploraciones, aportaciones de cada uno de los viajeros

¹⁹¹ Según Marcos Cueto, Cayetano Heredia fue una pieza fundamental para el desarrollo de la medicina en el Perú. En 1856 “concentró en un solo cuerpo, la Facultad de Medicina de Lima, todas las responsabilidades oficiales del Estado relacionadas con la salud pública”. Además, Heredia intentó para mediados de siglo “una homogenización profesional desde el punto de vista educativo, legal y en parte científico” (Cueto, 1989: 45).

¹⁹² Actualmente gran parte del legado Raimondi reposa en el museo que lleva su nombre: <http://www.museoraimondi.org.pe/es>

científicos citados: Alexander Von Humboldt, Malaspina, Mariano de Rivero, etc. Además, el italiano defiende su práctica científica desde el conocimiento de la verdad, por ello, diferencia las obras científicas de las de “pura imaginación”; según Raimondi,

“el que se dedica á los trabajos científicos, debe ser muy concienzudo, para no apartarse de la verdad intencionalmente; enseguida debe tener un juicio recto, esto es, un buen criterio para distinguir con facilidad la verdad del error, poder sacar las deducciones exactas de las observaciones y experiencias hechas, evitar que lo conduzcan al error las ideas preconcebidas y aplicar con ventaja los conocimientos adquiridos” (Raimondi, 1874: 44).

El problema de la verdad, por ende de la construcción de un estudio científico, atraviesa gran parte de la obra del italiano y se conecta mucho con la capacidad de análisis que se cultivaba. A tono con el espíritu positivista de la época, la consecución de una *verdad objetiva* dependía de la práctica científica ligada a –lo que el mismo Raimondi consideraba– “la observación” y “la experiencia” apoyadas en el posterior ejercicio de descripción y de prueba de laboratorio que se hiciera. Para él, siempre se necesitaban varias horas de trabajo en el laboratorio o gabinete con los objetos recolectados, para la elaboración de su clasificación por tipos o diseños acorde con la región explorada. El trabajo de campo y las notas de viaje son herramientas importantes para la elaboración de un juicio científico certero. En muchas de ellas se revela el ejercicio descriptivo de la zona recorrida, de los caminos, del estado de conservación y los detalles de tipo arquitectónico como tamaño, tipo constructivo, entre otros; por ejemplo, respecto al área de la Pampa de Huánuco Viejo recorrida hacia la década de los setenta, menciona,

“se observa un gran edificio cuadrado, sin techo construido sobre un terraplén con piedras calcáreas muy bien trabajadas y tan grandes que, algunas tienen vara y media a dos varas de largo por una de ancho y mas de media de alto. Las juntas de las piedras están muy bien hechas y sobrepuestas con tanta exactitud, que si una piedra es algo irregular y tiene algún ángulo saliente, la otra con la que debe reunirse, tiene un ángulo entrante que no deja ningún intersticio entre ambas. Las piedras tienen en su exterior una superficie convexa como las buñas de los edificios europeos. La parte superior del edificio, llamado el Castillo del Inca, tiene en su interior como 60 varas de largo y 40 de ancho” (Raimondi, 1942: 71).

La relación intrínseca que Raimondi establece con la representación gráfica de los objetos observados es un aspecto relevante en su quehacer científico; para él, “el arte

estaba al servicio de la ciencia. Su misión era catalogar la mayor parte de especies con la mayor fidelidad posible” (Villacorta, 2012: 185)¹⁹³. La mayoría de sus notas están acompañadas de ilustraciones de sus piezas recolectadas, que como buen coleccionista, recababa. Este registro le permitía tener herramientas para procesar su análisis experiencial, combinado con las destrezas de observación y clasificación. Según Villacorta (2012), las imágenes de los vestigios precolombinos se caracterizaron por dos criterios fundamentales: el primero asociado a los rasgos característicos de los objetos y otro a la agrupación estilística y tipológica de estos acorde con su forma y diseño. Varias de las ilustraciones fueron reproducidas por el artista de origen francés Alfred Dumontel para la primera obra publicada.

Raimondi, como otros naturalistas anteriores o contemporáneos, relacionaba la labor de “naturalista” con la de “etnólogo”, recogiendo objetos y datos sobre costumbres y tradiciones de los indígenas, que debían ser material de análisis como otros vestigios, en la lógica del laboratorio. En varias secciones de su obra *El Perú*, puso un acento especial en estas actividades, particularmente, en aquellas que, para él, pudieran representar el descubrimiento y el desarrollo de la historia de las razas. También para este cometido, tanto los cráneos, los huesos como las momias, eran un bien preciado, puesto que podían dar cuenta de los antiguos pobladores de estas tierras. En sus descripciones de sus cruzadas etnográficas, señalaba la actitud de los indígenas frente a la recolección de estos restos, dado que según las “supersticiones” de estos, le podrían tachar al investigador de “brujo” o de tener “pactos con el diablo” (Raimondi, 1874: 47). Para las comunidades indígenas, el descubrir una tumba o cargar con restos humanos, podría haber provocado enfermarse con los llamados “aires de los difuntos”.

La práctica de la huaquería era bastante común en estos años y tenía que ver con la apertura de estos sepulcros o huacos. En uno de sus relatos, Raimondi contaba que en una gruta cerca de Llacta, capital de la provincia de Huamalíes, había encontrado unas calaveras con hojas de coca bastante bien conservadas que no parecían ser tan antiguas como los restos humanos. Este fenómeno llamó la atención del italiano y siguió excavando para revisar todos los cráneos de dicha caverna, pero no encontró muestras de la planta. Al parecer, los huaqueros que iban en busca de piezas arqueológicas a

¹⁹³ La traducción es nuestra.

estos entierros, ponían hojas de coca “en la boca de todos los cadáveres que removían, para apaciguar la cólera de los difuntos y evitar de este modo que les sobreviniese algún mal” (Raimondi, 1874: 49). En este tipo de acciones relatadas por Raimondi podemos diferenciar las prácticas asociadas al científico de otras, como la huaquería, en relación con los objetos.

En suma, la diferencia básica entre Antonio Raimondi y otros viajeros científicos extranjeros¹⁹⁴ es que, en el transcurso de su estancia en Perú, articuló el papel de la ciencia a la configuración del Estado-nación. Su estrecha relación con el presidente Manuel Pardo (1872-1876)¹⁹⁵, en un primer momento, y la consolidación de su obra publicada, más la recopilación y almacenamiento de objetos que dan cuenta del territorio peruano en su dimensión espacial-geográfica e histórica-arqueológica marcan un punto de quiebre con la continua tradición exploratoria que sobre el Perú se había montado durante décadas. Raimondi, como ningún otro viajero de su época, logró capitalizar esta información para construir este sentido de recursos naturales y humanos, de una república que asistía, en el último cuarto del siglo XIX, a una cruenta guerra internacional que la dejaría en una de las mayores crisis sociales y económicas. Este italiano logra integrar la arqueología en la cartografía para componer una nueva imagen y síntesis de lo que se reconoce como el Perú (Villacorta, 2012: 201).

Efectivamente, Raimondi había logrado conciliar su investigación científica con muchas de las demandas del Estado: reconocimiento del territorio, recursos naturales, límites regionales e internacionales, presencia de monumentos y civilizaciones precolombinas, pueblos indígenas diversos, etc. Su papel como científico, articulado al proyecto nacional, le permitió incluso presentar al Perú en las ferias internacionales. Por ejemplo, en el gobierno del general Mariano Prado en 1878, Raimondi fue el encargado en preparar una colección de minerales y minas del territorio peruano a exhibirse en la

¹⁹⁴ Nos referimos a los ya mencionados Alphons Stübel y Wilhelm Reiss, Charles Wiener, Ernst Middendorf, George Squier, en una primera época, Max Uhle, entre los más importantes.

¹⁹⁵ Manuel Pardo fue fundador del Partido Civil y primer presidente civil, entre 1872 y 1876. De origen aristocrático, fue “el más conocido millonario capitalista que se hiciera a sí mismo durante el apogeo de la era del guano”. En 1862 fundó el Banco del Perú y fue presidente de la Compañía Nacional del Guano. Ocupó varios cargos políticos, desde ministro de hacienda entre 1866 y 1867, hasta alcalde de Lima entre 1869 a 1872. Su interés de transformar el Perú se enmarcó en la idea de “convertir el guano en ferrocarriles” (Klaren, 2013 [2000]: 219-220). Este interés por los ferrocarriles y la conectividad de los territorios hizo que su relación con Raimondi fuera tan estrecha, sin duda, el reconocimiento integral del terreno suponía el pensar una economía nacional que pudiera unir al país, así, la práctica científica de la geografía se convertiría en uno de los aliados del Estado en este tipo de empresas.

Exposición Universal de París de ese año y obtuvo un premio por dicha exposición (Raimondi citado por Seiner, 2003: 42). Además, pudo presentar la obra realizada sobre el Perú hasta aquel entonces: sus dos primeros tomos.

Por su labor como etnógrafo Raimondi fue admitido como miembro en a varias sociedades de antropología, entre las que se destacan las siguientes: la *Royal Geographic Society of London*, que lo eligió como socio honorario en 1865; la *Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile*, en octubre de 1875; la Sociedad Humboldt de México y las de Madrid y Lisboa también lo acogieron como socio correspondiente; además de ser declarado en Florencia, *Socio Honorario de la Sociedad Italiana de Antropología, Etnología y Psicología Comparada*, hacia marzo de 1883 (Monge, s/f: 27).

Del sinnúmero de obras realizadas, desde 1854, destacan algunos informes sobre el guano en las islas de Chincha y otros sobre botánica y medicina. Para la década del sesenta están sus obras sobre la provincia litoral de Loreto, trabajos sobre las aguas termales de Yura; hacia la década de los setenta aparece una de sus obras más importantes, *El departamento de Ancash y sus riquezas minerales*, de 1873, además, durante estos años, publica algunos estudios sobre el guano y salitre. Para 1874 aparece el primer tomo de su obra cumbre *El Perú*; el segundo tomo, en el año de 1876 y el tercero, en 1880. Este científico continuará editando obras sobre minerales y recursos naturales hasta 1887; tres años más tarde (1890) fallece, dejando un legado importante para el desarrollo de la ciencia peruana.

A raíz de su muerte, la *Sociedad Geográfica de Lima* decide comenzar con la publicación de las notas y apuntes de los itinerarios de Raimondi. Además, la *Sociedad*¹⁹⁶ nombra una comisión en 1891 para realizar un reporte de los documentos y biblioteca de Raimondi. En el informe fechado el 12 de junio de 1891, se determinó que aparte de sus colecciones minerales, de flora y fauna, estaban 72 cráneos y un aproximado de 300 objetos antiguos y de etnografía. En el texto se habla de la: “Colección de vestidos y otros objetos de los salvajes, cráneos, momias, armas antiguas, ídolos de madera y de plata, vasos de plata, etc., al menos 300 objetos” (*Boletín*, 15 de

¹⁹⁶ Utilizaremos la *Sociedad* en cursiva de aquí en adelante.

julio de 1891: 143). Los firmantes de este eran reconocidas personalidades como Ernesto Malinowski, José Casimiro Ulloa, Manuel García y Merino, Federico Villareal y Olivo Chiarella. Muchos de estos vestigios pasaron a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para ser útiles a los fines científicos, otros, actualmente reposan en el Museo Raimondi.

4.4 La Sociedad Geográfica de Lima

En el Boletín Oficial de febrero de 1888, se anunciaba el nacimiento de la *Sociedad Geográfica de Lima*, mediante decreto realizado por el presidente, político y militar, Andrés Avelino Cáceres (1886-1890), quien estuvo encargado de la reconstrucción nacional de postguerra. En su instalación se consideraba necesario fomentar los estudios científicos para facilitar la “explotación” e “incremento” de los productos naturales del país, así como la creación de un centro de datos sobre la geografía del territorio nacional. Entre los socios fundadores se encontraban: Luis Carranza, su presidente por varios años (1889-1898) hasta su muerte, Guillermo Billingham, Eduardo de Habich, Ernst Middendorf, José Toribio Polo y Antonio Raimondi.

La *Sociedad* se fundó con una serie de limitaciones de tipo económico dada la crisis de posguerra por la que atravesaba el país. Sus actividades, en un principio, se organizaron en reuniones con la participación de ingenieros, abogados, médicos, militares, mineros, etc. Según Raúl Palacios, se puede hablar de una entidad más consolidada en torno al 15 de abril de 1891, “fecha de instalación definitiva de sus oficinas y de la aparición de su órgano de publicidad: el Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima” (Palacios Rodríguez, 1988: 44). A través de la existencia del *Boletín* se aseguraba un circuito nacional e internacional y se fortalecía el sentido de comunidad y comunicabilidad científica.

Datos sobre las características del territorio y fortalecimiento de sus límites a través del reconocimiento de cauces de los ríos, demarcación de fronteras geográficas, recursos naturales (mineralógicos, botánicos, etc.) fueron los puntales para la investigación. Varios autores (Palacios, 1988; Cueto, 1989; López Ocón, 2001, 2012) han señalado la importancia del desarrollo del eje científico para la explotación del territorio, aspectos que asegurarían un mejor ingreso al mercado mundial, la demarcación fronteriza, la

mejora del control administrativo de las poblaciones¹⁹⁷ en todo el espacio nacional, así como el reforzamiento del sentimiento de pertenencia al territorio. Además, el positivismo en boga permitió generar un instrumental de procedimientos para colocar a la ciencia como “fuerza redentora” y como la mejor aliada del progreso (López Ocón, 2012: 8).

Otro de los intereses de la *Sociedad* era el reconocimiento minero del Perú, por ello, se atendió particularmente a los trabajos de corte geológico¹⁹⁸, puesto que estos podrían emparentarse con la riqueza mineralógica del país (López Ocón, 2012: 27). Esta labor impulsó el desarrollo de los estudios sobre el tema. De hecho, Raimondi fue uno de los estudiosos más renombrados sobre la cuestión; recordemos la serie de publicaciones e informes sobre el tema, desde los informes sobre las salinas de Huacho de 1868, sus descripciones de una variedad de muestras de minerales, extraídos de su monografía sobre el departamento de Ancash de 1873, hasta los detalles compilados por este investigador en su obra magna *El Perú*, hacia 1878, así como en sus textos sobre las minas de oro del Perú de 1886 y 1887.

Marcos Cueto (1989) ha vinculado la noción de nación y geografía o “nacionalismo geográfico” y de cómo se crea una “ideología territorial” que apuntaba al reconocimiento del territorio como marca de soberanía. Además, dicho reconocimiento del espacio geográfico,

“fue concebido y utilizado por los integrantes de la Sociedad Geográfica de Lima como un soporte de relaciones socio-económicas sobre el que desarrollar un mercado nacional, como un referente político sobre el que había que desplegar estrategias geopolíticas, como un medio de construcción de una estructura estatal, y como un elemento ideológico y cultural sobre el que había que elaborar un conjunto de símbolos y valores que favoreciesen la integración y cohesión de una sociedad pluricultural

¹⁹⁷ Se debe tener en cuenta que en estos años se promovió un interés por la parte oriental del Perú, estimulado por las exploraciones y el comercio cauchero mundial, además de estudiar el papel de las misiones católicas en la nacionalización de estos territorios. Para mayor información, véase Pilar García Jordán (1998). Además, la autora también ahonda en el tema de la construcción de los orientes peruano y boliviano en el siglo XIX y la primera mitad del XX, en otro trabajo publicado en 2001.

¹⁹⁸ Según López Ocón (2012), este tipo de trabajo representó el 50% del total de la dedicación de estudio sobre los temas relacionados a la geografía peruana. Aunque en números, como veremos más adelante, los temas meteorológicos y climáticos fueron los que atrajeron un mayor interés, en la descripción geográfica se apuntaba generalmente a la idea de “recursos” en la zona explorada. Quizá podríamos entender que el análisis de López Ocón apunta hacia esa dirección.

habitada por diversos elementos étnicos, a los que había que dotar de una identidad común” (López Ocón, 2001: 4).

El conflicto limítrofe fue el interés central para la investigación sobre el pasado. Si bien, López Ocón (2012) ha señalado la importancia de los saberes geográficos para la articulación y reconocimiento del territorio, cabe destacar la importancia que fue cobrando el estudio del pasado para el desarrollo del discurso nacional ligado a una memoria archivística y de colección, vinculada esta con la figura del archivo y la recopilación de información.

4.4.1 El Boletín

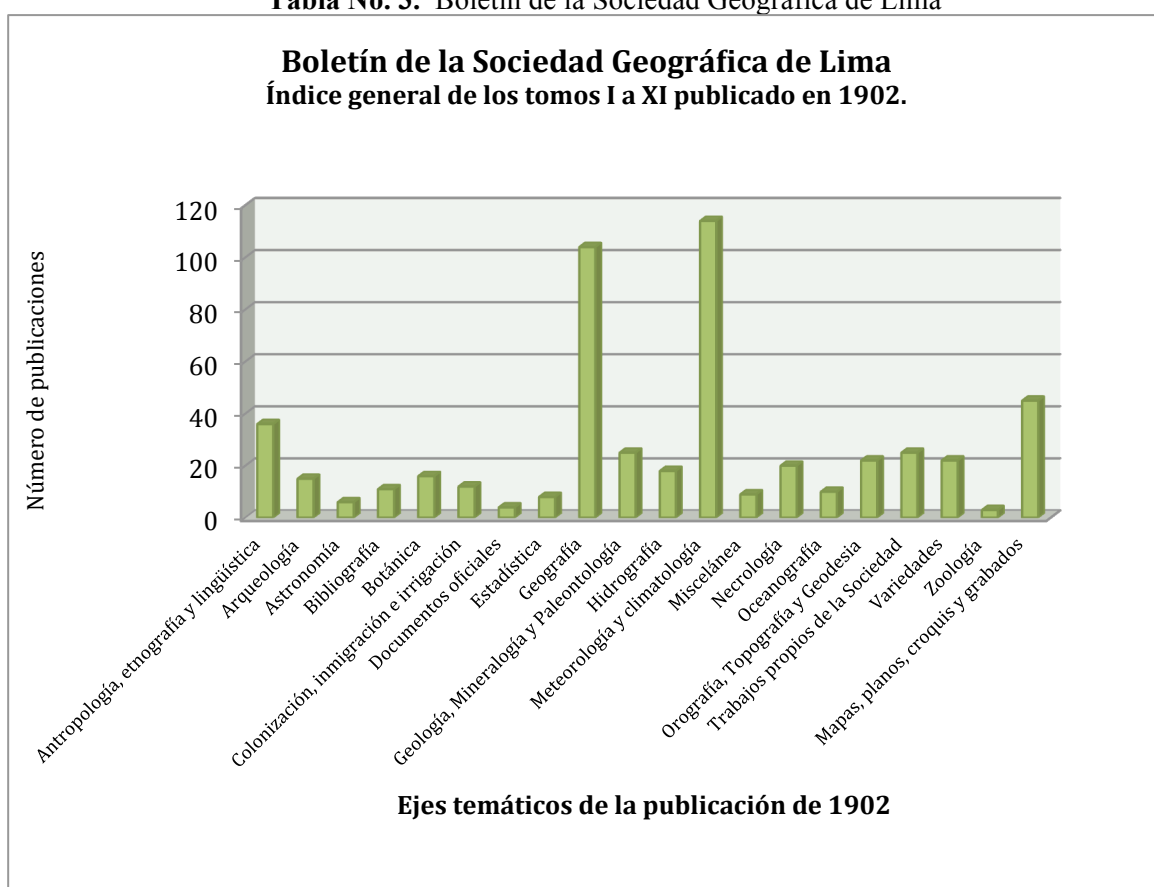
El primer volumen del *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, lanzado el miércoles 15 de abril de 1891, se presenta como una herramienta útil para la investigación sobre el Perú. El interés perseguido por la publicación es mostrar una serie de estudios sobre el país con el objetivo de contrarrestar los “graves errores que observadores superficiales” habían propagado sobre esta república, “ya presentando nuestro clima como impropio para la aclimatación de la raza europea, ó ya creando preocupaciones injustas, por ser infundadas, contra el carácter y los hábitos de nuestras poblaciones” (*Boletín*, introducción escrita por Luis Carranza, 1891: 2).

Dentro de este espíritu de indagación de los asuntos concernientes al territorio peruano, el *Boletín* sirvió como medio de difusión de contenidos geográficos, hidrográficos, meteorológicos, vulcanológicos, etnográficos, históricos, etc. Uno de los primeros temas tratados fue la preocupación por el asunto limítrofe y la exploración de la situación de las fronteras con los países vecinos: Ecuador, Bolivia y Chile. En una sesión del 28 de junio de 1888, se pide a la Sociedad la formación de un “mapa histórico” de los territorios disputados con el Ecuador (*Boletín*, 1891: 8), que era una entre muchas de las preocupaciones sobre la problemática de frontera.

A los diez años de edición, en 1902, se realizó un balance temático que recogía todos los autores participantes en estas publicaciones y los artículos escritos hasta aquel entonces, organizando su estructura en veinte secciones, divididas de la siguiente manera: 1) Antropología, etnografía y lingüística; 2) Arqueología; 3) Astronomía; 4)

Bibliografía; 5) Botánica; 6) Colonización, inmigración e irrigación; 7) Documentos oficiales; 8) Estadística; 9) Geografía; 10) Geología, minería y paleontología; 11) Hidrografía; 12) Meteorología y climatología; 13) Miscelánea; 14) Necrología; 15) Oceanografía; 16) Orografía, topografía y Geodesia; 17) Trabajos propios de la sociedad; 18) Variedades; 19) Zoología y 20) Mapas, planos, croquis y grabados. En la siguiente tabla observamos, de acuerdo con el número de publicaciones cuantificadas, la presencia relevante de algunas temáticas en comparación con otras, durante la primera década de circulación del *Boletín*.

Tabla No. 3. Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima¹⁹⁹



En la primera década de publicaciones del *Boletín*, existe una preeminencia –con más cien títulos– de investigaciones meteorológicas y climáticas, las cuales tienen mayor relevancia, seguidas por las geográficas. Siguen en importancia los trabajos asociados con la estadística y la cartografía, como mapas, planos, croquis y grabados; en esta línea es interesante constatar el interés en la práctica cartográfica de cada una de las

¹⁹⁹ Esta tabla se realizó acorde con el formato organizativo y clasificadorio temático, publicado en el índice general de los tomos I al XI, de 1902.

provincias y distritos del Perú, además de un seguimiento de las estadísticas demográficas que acompañaban a la mayoría de ediciones. Siguen, en cuarta posición, las temáticas vinculadas con el estudio antropológico-lingüístico, muy en boga, como veremos más adelante, hacia finales del siglo.

En términos generales, durante la revisión integral que realizamos del *Boletín* encontramos extensas documentaciones, de viajes por el territorio, que figuraban como geográficas, además de trabajos de este tipo encomendados por la propia *Sociedad*. En estas descripciones se incluían criterios de todo tipo, desde el clima, la agricultura, la ganadería, los recursos mineros, hasta una descripción de las comunidades que allí habitaban y sus costumbres. Uno de los intereses más relevantes para finales de siglo era la temática organizada bajo el título de “colonización, inmigración e irrigación” y abarcaba especialmente el interés volcado en los territorios amazónicos y sus “procesos de nacionalización” (García Jordán, 2001).

Desde su nacimiento, este tipo de materiales editoriales estuvieron enfocados a tener resonancias locales e internacionales importantes. En uno de los informes del primer año de edición, del 15 de diciembre de 1891, se señala que,

“El singular interés que siempre ha despertado en Europa la riqueza territorial del Perú y su historia primitiva, ha hecho que la organización de esta Sociedad haya llamado la atención de algunas asociaciones científicas en el extranjero y que se hayan apresurado á solicitar correspondencias y canjes con ella” (*Boletín*, 1891: 330).

Las sociedades europeas y norteamericanas se muestran interesadas en estos materiales, entre las que solicitan canje de ejemplares se encuentran *Sociedad Geográfica de Manchester*, la *Real Sociedad Geográfica de Australasia* y la *Real de Londres* y la *Sociedad Geográfica de Amberes*, así como, la *Sociedad Geográfica de París*, y la de Neuchatel en Suiza y las de Turín y Roma; en el caso de las norteamericanas, encontramos la *Sociedad Paleontológica de Ottawa*, así como la de New York y la *Sociedad Smithsonian de Washington*, por mencionar algunas. Además de esta movilidad e intercambio internacionales suscitados por la *Sociedad*, es importante destacar la participación activa de más de un centenar de autores de origen peruano, quienes prepararon trabajos y realizaron investigaciones a lo largo y ancho del territorio

en temas de diversa índole, entre los que podemos destacar a José Balta, Modesto Basadre, Luis Carranza, Melitón Carvajal, Víctor Eguiguren, Manuel García y Merino, Federico Moreno y Federico Villareal, solo por nombrar unos pocos participantes activos de este *Boletín*.

4.4.2 Entre lenguas, monumentos y antigüedades indígenas

En estos primeros años del *Boletín* y durante el tránsito al siglo XX, existió un interés en trabajar las temáticas indígenas desde distintos frentes, sean los ligados a la antropología, la etnografía o lingüística, o desde el estudio del pasado, enmarcados dentro de la arqueología o la historia, esta última particularmente centrada en el período de las luchas vinculadas con la conquista. Entre los autores más relevantes, que participan desde estas perspectivas, tenemos a Modesto Basadre, Luis Carranza, Leonardo Villar, Pablo Patrón y de Rómulo Cunero Vidal, muchos de ellos interesados en el legado de Dionisio Anchorena y los análisis lingüísticos del quechua. En arqueología los estudios más importantes son los de José Toribio Polo, Modesto Basadre, Luis Carranza, Ernesto de la Combe, M. García y Merino, Arturo Wertheman, así como los de Antonio Raimondi, Alphons Stübel y una de las primeras publicaciones de Max Uhle realizada en el territorio peruano sobre la “Antigua Civilización Peruana”, así como “Las ruinas de Tiahuanaco”²⁰⁰.

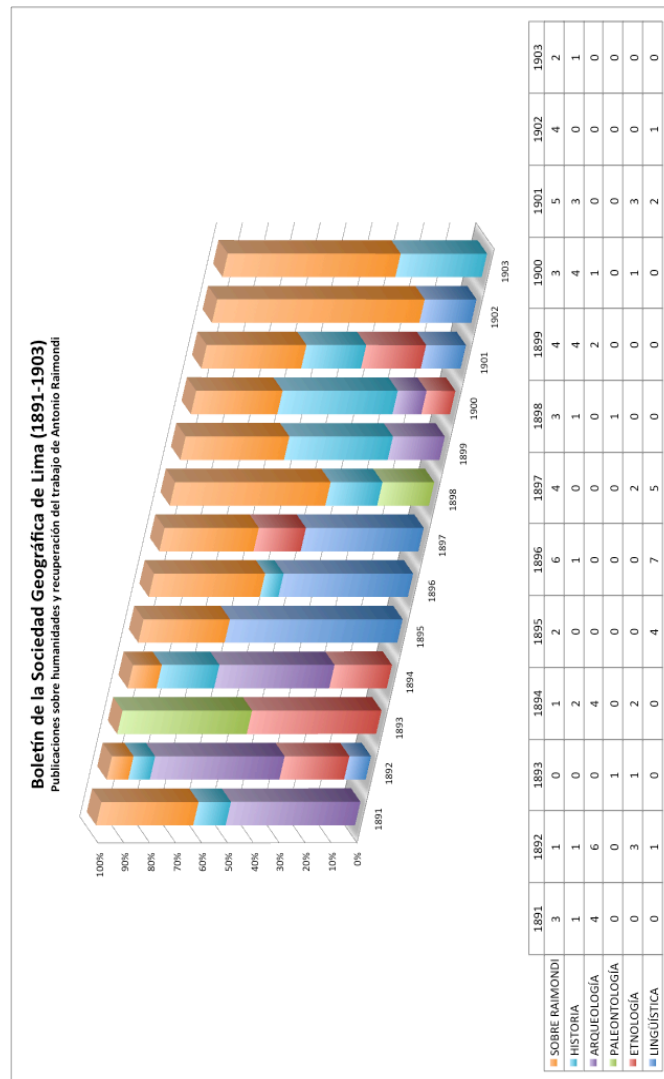
Hemos realizado un seguimiento sobre las publicaciones vinculadas a estas áreas del conocimiento entre 1891 y 1903²⁰¹, poniendo atención en la trascendencia que tuvieron, en la existencia *Boletín*, los distintos trabajos de Antonio Raimondi. En este gráfico podemos ver cómo la presentación de los viajes y estudios de Antonio Raimondi fueron una constante en las publicaciones del *Boletín*. Muchos de ellos no sólo ponían de relieve los aspectos geográficos, meteorológicos o demográficos de las regiones que el italiano visitó, sino que recogieron muchas noticias alrededor de las poblaciones del Perú, sus costumbres, así como también sobre su pasado. Asimismo, observamos en el

²⁰⁰ Publicados en el Tomo X y Tomo IV, respectivamente.

²⁰¹ Es importante anotar que no pudimos contar con la información completa del tomo producido en el año de 1904, por ello no lo hemos incluido. Sin embargo, a partir de 1903, ya se empieza a hablar de la posibilidad de formar un Instituto dedicado a las investigaciones históricas, el mismo que dará luz en 1905. Dada la proximidad con este hecho creemos que la información compilada hasta 1903 nos puede dar una muy buena panorámica sobre el interés en estas temáticas que surgió durante la existencia del *Boletín*.

cuadro, cómo las temáticas a las que hacemos referencia fueron tratadas de manera intercalada e intermitente en las distintas ediciones y, a pesar de que estas publicaciones no superaron a aquellas venidas de las denominadas “ciencias duras”, su presencia fue importante en algunos años, particularmente, las de lingüística, por ejemplo, en 1895, 1896 y 1897, por los trabajos de Leonardo Villar y su lectura de Dionisio Anchorena, o los de Pablo Patrón. Aunque el tema arqueológico está presente en los primeros años del *Boletín*, hacia el tránsito del siglo será tratado vinculado a los hechos de la conquista y los incas.

Tabla No. 4: Publicaciones en Humanidades y legado de Raimondi



Cabe destacar que la *Sociedad* contó con la comisión titulada de “Razas, etnografía, Arqueología y Geografía Histórica del Perú” y estuvo presidida por entonces por el médico cirujano Pablo Patrón. Esta sección estaba dedicada a “estudiar y realizar observaciones fisiológicas y étnicas sobre el cruzamiento de las razas”, los éxodos de

las tribus históricas del Perú” así como un mapa de la geografía antigua y estudios de tipo filológico y del léxico del quechua y aymará; así como un mapa de la “Geografía Antigua del Perú” (*Boletín*, 1891: 43). Patrón estuvo a cargo del seguimiento de este tipo de trabajos y, años más tarde se preocupó por estudiar, y publicar, cuestiones sobre lingüística y antigüedades.

Muchos de los trabajos sobre las lenguas en el Perú, y particularmente sobre el quechua, tenían que ver con la recuperación de los legados de los incas en la historia del Perú. Este proceso se relacionó con la recopilación iniciada en *Antigüedades Peruanas* (1851) de Mariano de Rivero y Jacob Tschudi, y el de Asciclo Villarán sobre *La Poesía en el Imperio de los Incas* (1873) y la *Gramática Quechua* (1874) de José Dionisio Anchorena, en donde existía un vuelco hacia el estudio de esta lengua. Según Gonzalo Espino, lo interesante de estas preocupaciones es entender la “inclusión andina” (Espino, 1999) que supone estos ejercicios vinculados con el estudio lingüístico; según este autor, para el caso de Anchorena, tenía una “especial preocupación por remitir al pasado remoto de los Incas. Son los incas los poseedores de esas formas que él desea consignar. Pero en los tiempos actuales, en el siglo XIX, muchos de estos textos estaban desapareciendo” (Espino, 2006: 100). Así, para Espino, estos ejercicios suponían un complejo “diálogo de culturas” que se iniciaba en las últimas décadas decimonónicas.

Imagen No. 19. Publicación de José Toribio Polo

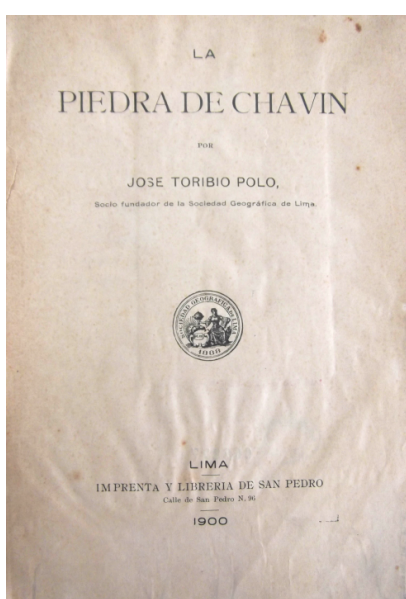
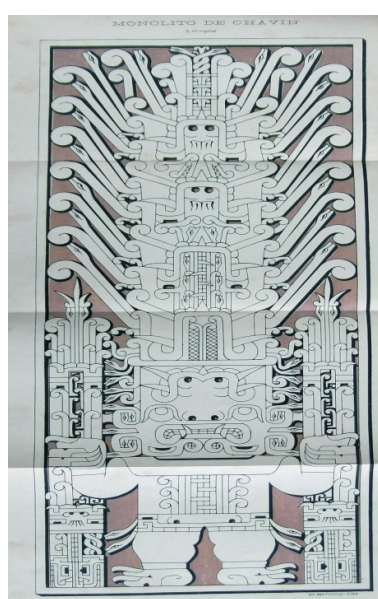


Imagen No. 20. Gráfico interior Estela de Raimondi



Fuente: José Toribio Polo (1900), *La Piedra de Chavín*, Lima: Imprenta y Librería de San Pedro. Fondo Reservado de la Universidad Nacional de San Marcos, Lima

Además, en estos años nos encontramos también con algunas investigaciones realizadas en torno a monumentos indígenas; por ejemplo, la de José Toribio Polo quien, hacia 1891 y 1892, publicó en la *Revista Americana* una extensa monografía sobre la “Piedra de Chavín”. En dicho artículo, Polo analiza el edificio denominado “El Castillo” y ensaya una lectura sobre la simbología de los grabados presentes en lo que hoy se conoce como “Estela Raimondi”, poniendo además un énfasis en la cultura Chavín (Dager, 2000: 83). En sus declaraciones, que se recogen en la edición de 1900, en el texto con el mismo nombre, José Toribio Polo recurre a sus relatos iniciales y recupera su análisis con el fin de destacar la piedra como

“reliquia histórica [que] encierra en sus símbolos un significado oculto, acaso sobre las razas ó religiones primitivas del Perú [...] como parte de un monumento, casi destruído, que la imaginación se empeña en reconstruir, es piedra tiene el atractivo de la antigüedad, y el que adquiere cuando se relaciona con la Patria” (Polo, 1900: 1)

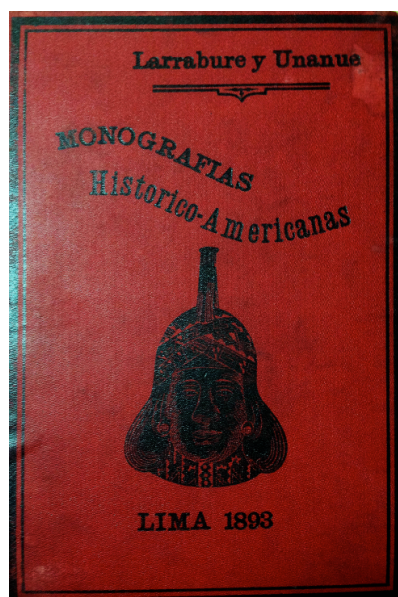
Por otra parte, en el Boletín de la *Sociedad Geográfica de Lima* aparecen algunos trabajos de Luis Carranza sobre arqueología y sobre los indígenas y sus costumbres. La mayor parte son ciertas descripciones generales de sitios arqueológicos como el titulado “Curioso monumento Tumular en Tarma” (*Boletín*, 15 de julio de 1892: 117). En otras ediciones también aparecen textos de José Manuel Pereyra sobre las cavernas del Perú (*Boletín*, 31 de marzo de 1892: 448) y de Ernesto de la Combe sobre la “Fortaleza de Huichay” (*Boletín*, 31 de septiembre de 1892: 144). Este último estudio cuenta con algunos grabados.

El lingüista y médico cirujano Pablo Patrón estuvo interesado en varios aspectos de las distintas facetas de la antigüedad del Perú, desde las verrugas prehispánicas, cuestiones lingüísticas en las lenguas americanas, la flora peruana, hasta los usos de la papa en épocas “primitivas”²⁰². Desde finales del siglo XIX, entre 1888 y 1894, publica algunos textos sobre los libros de cabildos de Lima, sin embargo, hacia 1900, inicia con algunas publicaciones de corte lingüístico como el discurso pronunciado para la recepción como miembro honorario en la Facultad de Letras, titulado *Origen del Kechua y del Aymará*, impreso en Lima en 1900; o como *Perú Primitivo. Notas Sueltas*, publicado en 1902.

²⁰² Estos trabajos figuran en varios tomos del Boletín, V, VII y XI, respectivamente.

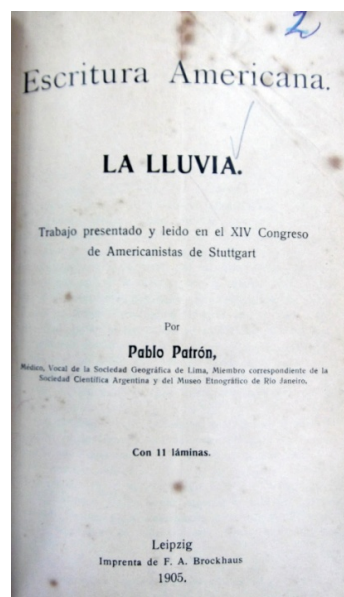
Eugenio Larrabure y Unanue es, sin duda, un personaje que marcará el inicio del siglo XX, asociado a la fundación del *Instituto Histórico del Perú* en 1905. Conocía las colecciones de Macedo y Muñiz en Lima y trabajó varios artículos de corte periodístico que fueron compilados en su obra *Monografías histórico-americanas* de 1893, texto realizado en conmemoración al centenario de la llegada de Colón a América. En sus declaraciones aparece la idea de este “Perú Antiguo” como un lugar de reflexión pensada desde la potencialidad de las antigüedades, en su declaración: ¿Por qué no formar una colección de todos ellos [refiriéndose a los “huacos”] para que nuestros museos no estén tan pobres de antigüedades? (Larrabure, 1893: 322), un enunciado que inaugura el siglo XX con una preocupación sobre estas colecciones en suelo peruano. Su libro, lleno de imágenes y datos históricos recoge algunas notas sobre estos pueblos antiguos, de hecho, Larrabure los considera como “antiguos peruanos”, adscribiéndoles un estatus de sujetos históricos del país. La portada del texto muestra uno de estos “huacos” en primera plana para sus lectores.

Imagen No. 21. Publicación de Eugenio Larrabure y Unanue



Fuente: Eugenio Larrabure y Unanue (1893), *Monografías Histórico-Americanas*, Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Imagen No. 22. Publicación de Pablo Patrón



Fuente: Pablo Patrón, *Escritura Americana. La lluvia. Trabajo presentado y leído en el XIV Congreso de Americanistas de Stuttgart*, Leipzig: Imprenta Brockhaus. Fondo Reservado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima

Es importante señalar la importancia que le dio Eugenio Larrabure y Unanue a la cuestión del pasado indígena, en particular por la recuperación del drama teatral

quechua titulado *Apu Ollanta*, recogido hacia 1818. Este drama fue motivo de polémica hacia la década de 1880, porque se discutía si considerarlo un drama español o una experiencia netamente indígena. Aunque no ahondaremos en el asunto, es interesante el ejercicio de rescate que pretende Larrabure, al considerarlo como una pieza genuina de la civilización Inca, y que había sido rescatada a través de la tradición. Para este autor, la civilización incaica debía tener una poesía,

“Y ese pueblo tan religioso, tan artista, cuyas hazañas están escritas con numerosos monumentos en nuestro territorio, ¿no fue poeta? ¡Es imposible! Como se ve sería necesario incurrir en contradicción, ó cerrar los ojos ante la historia, para negar la existencia de la poesía incásica” (Larrabure citado por Espino, 1999: 330)²⁰³.

Recuperar estas tradiciones, el uso del quipu –al que Larrabure hace mención– es parte de la construcción del relato histórico de la nación y de su literatura. Es así como este intelectual peruano pone el acento en *Apu Ollanta*, dentro de esa idea de que “la literatura nacional que tenía que incluir esas formas que vienen del pasado, pero del pasado inca” (Espino, 1999: s/p)²⁰⁴.

Para los primeros años del siglo XX aparecen algunas publicaciones de corte netamente arqueológico. En junio de 1900 Max Uhle publica uno de sus primeros trabajos en el *Boletín* titulado “La Antigua Civilización Peruana”. En este escrito, el sabio alemán menciona que el territorio de este país es “rico en restos de periodos prehistóricos de alta civilización. Las antiguas construcciones del Cuzco, Tiahuanaco, Pachacamac, así como Chanchán cerca de Trujillo, son conocidas á todos los que se interesan por la historia antigua” (*Boletín*, 30 junio de 1900: 93). Lo interesante de estas incursiones de Uhle fue el énfasis que puso en relación con los monumentos del país, así como la necesidad de ubicar tradiciones arqueológicas distintas de los incas:

“Pero se viene observando, desde algún tiempo, que los monumentos antiguos y los restos extraídos de las tumbas, que se hallan esparcidas por todo el país, llevan caracteres distintos entre sí, sin que por este motivo pueda considerárseles inferiores a los del Cuzco en cuanto al grado de

²⁰³ Espino se refiere al ensayo de Larrabure y Unanue que se encuentra en *El Ateneo de Lima* de 1886.

²⁰⁴ La versión digital del libro de Espino no cuenta con la paginación respectiva. El enlace consultado que cuenta con el contenido de todo el libro es el siguiente, http://sisbib.unmsm.edu.pe/BibVirtualData/Libros/Literatura/imagen_inclusion_andina/cap4.pdf

civilización que ponen de manifiesto” (*Boletín*, 30 de junio de 1900: 94).

En junio y diciembre 1904, en el *Boletín* se recogen ya algunos trabajos de análisis arquitectónico de los monumentos, particularmente los de Carlos Oyague y Calderón. Por ejemplo, en el estudio titulado “Las ruinas de Intihuatana. Ligeros apuntes sobre arqueología peruana y sobre la astronomía de los Incas”, el autor hace algunas anotaciones sobre estas ruinas cercanas al Cuzco. Su trabajo cuenta con algunas muestras de la arquitectura monumental del lugar y, en su mayor parte, es un ejercicio arquitectónico descriptivo, en el que se intenta cruzar la información con cómo vivían estos pueblos de acuerdo con los solsticios. Oyague termina su ensayo diciendo que,

“En el pueblo de Písac se encuentran por todas partes restos antiguos, *que debieran ocupar los escaparates de un museo*, empleados en los objetos más viles, como lozas umbrales de miserables chozas, bebederos donde hocean los puercos, muchas bellezas enterradas entre estiércoles é inmundicia de los corrales. *Felizmente se ha contratado últimamente en Europa por el Ministerio de Fomento, un arqueólogo que vendrá á estudiar nuestras ruinas, recopilar datos y coleccionar objetos* para la formación de un museo que será la base de serios estudios arqueológicos, los que traerán mucha luz sobre los primeros albores tan poco conocidos de la historia peruana” (*Boletín*, 1904: 195)²⁰⁵.

Oyague estuvo preocupado por la recuperación de la arquitectura monumental de la zona, insistiendo en la necesidad de promover los estudios arqueológicos. En esta nota muestra su satisfacción frente a la contratación de Max Uhle –a quien se refiere– y que se concretó con la fundación del *Instituto Histórico del Perú*. Oyague además consideró que los arquitectos locales deberían

“conocer todo lo que se ha hecho antes de él en el país, y estos estudios pueden tener gran influencia, hechos por un espíritu que sepa librarse de la copia servil [...] En apoyo de esto puedo citar el hermosísimo modelo de arquitectura azteca que figuró dignamente en su originalidad y armonía, como pabellón de México, en la exposición de París de 1889” (*Boletín*, 1904: 416-417).

Estas ideas de la “copia servil” o de una “autenticidad” en esas edificaciones inauguran el espíritu de los estudiosos del siglo XX. Aunque no hemos localizado en estos

²⁰⁵ El énfasis es nuestro. Oyague se refiere a Max Uhle, las noticias de su visita ya eran conocidas por los miembros de la *Sociedad*.

ejercicios intelectuales un fuerte nexo con las prácticas del coleccionismo, salvo la cercanía de Eugenio Larrabure y Unanue con algunos coleccionistas, consideramos que la presencia de todos estos trabajos demuestra un naciente espíritu “nacionalizador” de las manifestaciones culturales, en particular de aquellas ligadas a una existencia material localizada en territorios específicos de la nación.

Entre la *Sociedad Geográfica de Lima*, las labores de Antonio Raimondi y los intelectuales locales que interactuaron en la publicación del *Boletín*, hemos buscado algunos puntos de contacto en la trama en donde una materialidad, profusamente cultivada en las colecciones, pasa de ser una antigüedad des-localizada, vista desde el halo de las civilizaciones universales, a ser ubicada en la óptica de lo nacional, desde proyectos orientados por el Estado. Hablar de antigüedades peruanas articuladas a un programa, como el de la *Sociedad* y el *Boletín*, supone el ejercicio intelectual que necesita construir referentes y localizar escenarios de contactos. Si la historia del Perú se encontraba en las innumerables “huacas”, como lo mencionó Larrabure, esos vestigios tenían que pasar a ser parte del relato de nación, no solo imaginaria sino materialmente.

En un país en donde imperó una constante tradición ligada al tráfico de objetos y a la existencia de coleccionismos privados, que fueron a parar a museos en el exterior, explorar estos lugares de producción del conocimiento nos puede orientar a una mejor lectura de cómo se construyó una representación del pasado, los vínculos con los objetos y la creación de institucionalidades culturales estatales, dedicadas a esta tarea de rescate, así como la labor de los intelectuales en estos procesos.

Desde esta perspectiva, y siguiendo el hilo del terreno sobre el cual se articulan estos relatos, para la misma época aparecen dos personajes, tanto en el Ecuador como en Colombia: Federico González Suárez, historiador, político, arqueólogo, religioso, y Vicente Restrepo, minero, político, investigador, y su hijo Ernesto Restrepo Tirado, militar, historiador y arqueólogo, todos ellos *intelectuales-coleccionistas* andinos quienes marcarán definitivamente el ingreso de las reflexiones sobre el pasado para el siglo XX.

CAPÍTULO 5. EL INTELLECTUAL-COLECCIONISTA. MICROANÁLISIS CRUZADO Y AGENCIA INTELLECTUAL A FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

“Los sepulcros son los depositarios casi únicos de los objetos que pudieran arrojar alguna luz sobre su historia”
Ernesto Restrepo Tirado, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*, 1892, pág. V.

Cuando hablamos de un *intelectual-coleccionista* nos referimos a un tipo de personaje que actuó en el ámbito público y a quien le fue posible producir un discurso histórico nacional y científico, así como también, el sustentar una práctica de colección. Las acciones emprendidas por estos intelectuales estuvieron enraizadas en el potencial visto en los vestigios precolombinos durante el nacimiento de las disciplinas humanísticas, dedicadas al estudio del pasado, hacia finales del siglo XIX y el tránsito al XX, en la región andina. Nuestra lectura intenta explorar algunas *trayectorias de intelectuales andinos* desde la perspectiva del microanálisis (Levi, 1989; Chartier, 2007; Ginzburg, 2010; Bertrand, 2011), en el último cuarto del siglo XIX y el tránsito al siglo XX. Entre los personajes más significativos, a nuestro entender, estudiaremos los casos de Federico González Suárez (1844-1917), Vicente Restrepo (1837-1899), Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950), Ernesto Restrepo Tirado (1862-1948) y Julio Tello (1880-1947).

Todos ellos componen, desde perspectivas de vida, disímiles y complementarias, un panorama variopinto de pensadores sobre quienes se construyeron varios legados históricos de continuidad, que sirvieron de base para el asentamiento de disciplinas como la arqueología y la historia. Institutos, academias, sociedades y museos se asentaron alrededor de la agencia intelectual de estos personajes y sus legados. Seguiremos entonces el hilo que conecta sus complejas experiencias como investigadores y la producción de una serie de documentos publicados, que dan cuenta de sus viajes, relatos, cartas y objetos colectados, así como de sus relaciones, nexos y conexiones locales y globales. Estos documentos de época representan un tipo de *objetos culturales* cargados de sentido y son fuentes de nuestro análisis.

El objetivo de este capítulo en particular es explorar en las personalidades de Federico González Suárez, Vicente Restrepo y de la temprana labor de su hijo, Ernesto Restrepo Tirado, quienes fungieron como *intelectuales-coleccionistas* de Ecuador y Colombia, respectivamente, de quienes hemos seguido el hilo de sus producciones y agencias en el territorio vinculado al coleccionismo de antigüedades y a la producción de conocimiento sobre estas²⁰⁶. La particularidad de su ejercicio intelectual y de sus prácticas de colección no tiene que ver con su condición de “eruditos” del siglo XIX, sino con cómo su quehacer se articula a una trama compleja de relacionamientos. Con esto queremos decir que, lejos de hacer una biografía que recoja los hechos considerados como notables, queremos entender su producción intelectual en una dimensión que integre distintos escenarios, considerando que existe una relación permanente entre *biografía y contexto*,

“el interés de la biografía es permitir una descripción de las normas y de su funcionamiento efectivo, no siendo ya éste presentado solamente como el resultado de un desacuerdo entre reglas y prácticas, sino sobre todo como el de las incoherencias estructurales e inevitables entre las normas mismas, incoherencias que autorizan la multiplicación y la diversificación de las prácticas” (Levi, 1989: 24).

En cierta forma, lo que buscamos, desde la perspectiva biográfica contemporánea ensayada por Giovanni Levi, es comprender “el carácter intersticial de la libertad individual”, poniendo al individuo en un “espacio significativo de libertad que encuentra en las incoherencias de los confines sociales y que da origen al cambio social” (Levi, 1989: 24-25). Como veremos a continuación, nuestros personajes estudiados se encuentran en un lugar en donde se comienza a configurar una representación del pasado de la nación, articulada a un tipo de materialidad y a su agencia intelectual en la región andina. Este espacio develará una continua conexión y tensión entre lo local y lo global, desde las cuales se configura un escenario de movilidad de textos, discursos y objetos en distintos horizontes.

Tomando en cuenta estas directrices, hemos organizado este capítulo en dos grandes entradas. En la primera, haremos un acercamiento a Federico González Suárez y a su

²⁰⁶ Tanto Jacinto Jijón y Caamaño como Julio Tello serán trabajados en los siguientes capítulos, puesto que sus actividades se vincularon a la generación de instituciones, sociedades o museos nacionales que fueron el fuerte de la actividad cultural de las primeras décadas del siglo XX.

labor como intelectual-coleccionista para el contexto ecuatoriano, la cual tuvo una trascendencia importante hasta la segunda década del siglo XX. Nos interesa establecer ciertos puntos de conexión de su pensamiento con la gestión de los objetos, la producción de conocimiento y con cómo se enmarca la importancia de los vestigios precolombinos para la construcción de una *frontera simbólica*. En segundo lugar, haremos un acercamiento a Vicente Restrepo y a su gestión combinada como político, historiador, arqueólogo y minero, y de cómo sus textos y su oficio político se articularon a una trama de intereses desde donde él, y posteriormente su hijo Ernesto Restrepo, se convirtieron en referentes en el contexto colombiano.

5.1 Federico González Suárez: entre la azada del arqueólogo y el báculo del Obispo en el ocaso decimonónico

Emprendimos nuevos viajes á distintas provincias del Ecuador, volvimos a visitar algunas comarcas y nos consagramos á nuevas investigaciones: la exaltación inmerecida, á pesar nuestro, á la dignidad episcopal vino á poner término bruscamente á los estudios arqueológicos en que estábamos ocupados: dejamos á un lado la hazada del arqueólogo, para empuñar el báculo del Obispo!...
¡Esa habrá sido la voluntad divina!

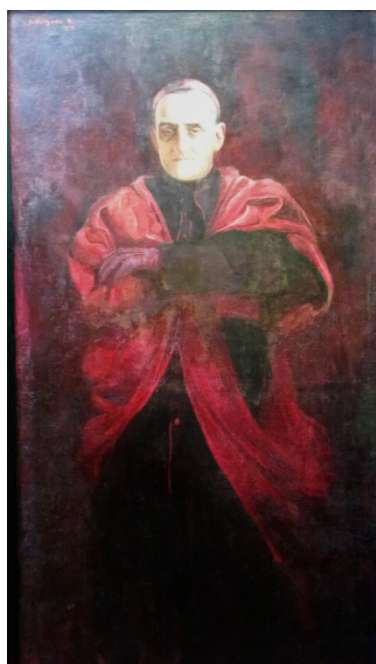
Federico González Suárez, *Los aborígenes de Imbabura y del Carchi*, [Sic.], 1910, pg. 3.

“¡Dejamos a un lado la azada de arqueólogo, para empuñar el báculo del Obispo!”, en esta frase el ecuatoriano Federico González Suárez combina sabiamente el sentido de lo que fue su investigación científica y la labor religiosa realizada conjuntamente, hacia el último cuarto del siglo XIX. Ambos objetos, tanto la azada como el báculo, dan cuenta de una suerte de representación del oficio y del poder conferido a quien los porta. El campo, la excavación, la recolección de objetos, el trabajo directo con la tierra y la búsqueda de evidencias del hecho científico, contrastan con el báculo como símbolo de la función pastoral, aquella que dirige, sostiene y vela por el cuidado de la comunidad cristiana de la cual se es responsable en el cometido obispal. Los dos tienen, sin duda, la posibilidad de convertir a su acción en direccionamiento, sea del pensamiento racional o de la virtud moral. Desde este horizonte, la obra del historiador se convirtió en un referente para la construcción de un discurso sobre el pasado.

Su personalidad estuvo atravesada por un universo de contradicciones entre la fascinación por la razón científica, los descubrimientos y el credo cristiano. Llamen la

atención, en uno de sus primeros impresos, sus declaraciones con respecto a lo terrenal y a lo celestial: “para mí, sobre la tierra, nada hay tan grande y hermoso como la santidad; después de la santidad solamente la ciencia” (González Suárez, 1877: 10). Este deambular entre lo sagrado y lo humano será una pieza fundamental para comprender su pensamiento.

Imagen No. 23. Retrato de Federico González Suárez



Fuente: Nicolás Delgado, *Federico González Suárez*, 1917 (óleo sobre lienzo)
Reserva de Arte, Centro Cultural Metropolitano, Quito

Imagen No. 24. Representación de arqueólogo siglo XIX²⁰⁷



Fuente: De la colección de Joaquín Pinto, c.a. 1890.
Reserva de Arte del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Federico González Suárez nació en Quito en 1844 y murió en esa misma ciudad en 1917. Durante su infancia sufrió de varias privaciones económicas; su padre, de origen colombiano, Manuel María González, murió tempranamente, por lo que su madre, la quiteña María Mercedes Suárez, fue encargada de su cuidado desde temprana edad. Sus primeros estudios los realizó en la escuela de Santo Domingo y en el colegio de San Fernando. Posteriormente se enroló en el noviciado de los jesuitas, entre agosto de 1862 y agosto de 1872, del cual se retiró y viajó a Cuenca para dedicarse definitivamente al sacerdocio en esa misma ciudad entre 1872 a 1883, bajo tutela del

²⁰⁷ Imagen del siglo XIX perteneciente a la colección del artista Joaquín Pinto que reposa en la Reserva de Arte del Ministerio de Cultura y Patrimonio de Quito. Pinto trabajó como ilustrador de los primeros libros de González Suárez en sus primeros libros de arqueología.

obispo Remigio Estévez de Toral. Eran tiempos complicados. El asesinato del presidente conservador Gabriel García Moreno, el 6 de agosto de 1875, había colocado en una compleja situación de sucesión del poder, en un país que vivía tiempos de acalorados embates entre ideólogos conservadores y liberales. En 1878, en medio de la crisis que llevó al poder al liberal Ignacio de Veintimilla, González Suárez fue elegido diputado por la provincia del Azuay, por el ala más conservadora.

Entre los años 1884 y 1895, los gobiernos “progresistas” ecuatorianos promovieron un tipo de lealtad católica y de tolerancia política, enmarcada en distintas acciones de tipo educativo y científico, el fortalecimiento de la institucionalidad del Estado, así como de la promoción editorial e investigación en distintos campos. Su espíritu publicitario sobre el progreso y la nación convivía dentro de las contradicciones de la tradición católica y el auge de las ideas liberales. El aquel entonces presidente, José María Plácido Caamaño (1884-1888), logró que el Congreso ecuatoriano, presidido por Luis Cordero decretara, el 5 de agosto de 1885, la entrega, por el lapso de un año, de la suma de cien sucres mensuales a Federico González Suárez –quien se encontraba en Europa por sus labores eclesiales– como “comisionado oficial en España para recoger datos históricos y geográficos relativos a la Nación”²⁰⁸.

En varias de las comunicaciones entre la Legación de Ecuador en España, representada por Antonio Flores al Ministro de Relaciones Exteriores de Ecuador, se señalaba la importancia de que el canónigo levantase información para aprovechar “tan favorable oportunidad para obtener los documentos que convengan a la defensa de nuestros derechos en las cuestiones de límites con las repúblicas vecinas”²⁰⁹, anotando además la relevancia de estos acervos, que podrían salvaguardar los territorios orientales del país. En su viaje, Federico González Suárez recorrió varias bibliotecas y archivos, entre los cuales están los repositorios existentes en Sevilla, Madrid, Alcalá de Henares, y Simancas. Después de ese tránsito regresó a América, no sin antes hacer un periplo

²⁰⁸ AMCP, Quito, Cartas de González Suárez, copia del decreto, carpeta JJ01785.

²⁰⁹ AMRREE, Quito, *Comunicaciones recibidas de las legación de Ecuador en España*, entre 1839-1905, Tomo I.

hacia el sur donde visitó Brasil, Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Lima y otras ciudades²¹⁰.

A mediados del siglo XIX, el ultramontanismo -el ala más tradicional de la Iglesia católica- era una tendencia surgida durante el pontificado de Pío IX, y que encontró, en el período ocupado por su sucesor, León XIII²¹¹, nuevos bríos en relación con el vínculo del cristianismo y la vida moderna. Este último pontífice logró articular varios ejes de acción: “la cristianización de la cultura, la cuestión social y el diálogo con el mundo moderno” (Luque Alcaide, 2003: 76), como elementos fundamentales de la restauración eclesiástica iniciada desde 1878. Durante el pontificado leonino, la iglesia tomó a cargo ciertas estrategias y acciones de tipo diplomático en el panorama internacional²¹², así como la inserción efectiva de las misiones religiosas²¹³ en distintos puntos del planeta. Sin contar, también, con la fuerte y constante preocupación, en su encíclica *Rerum Novarum* de 1891, por la problemática obrera, siendo la antecesora del catolicismo social.

Como bien lo señala Pilar García Jordán, durante este papado, el papel de la iglesia tuvo una resonancia internacional. Esta institución fomentó “la reunión de los episcopados nacionales en asambleas periódicas con el objetivo de elaborar la estrategia a adoptar frente al poder político y la sociedad, en defensa de la institución eclesial y la ideología católica”. Además, se buscaba estimular las formas de asociatividad entre los católicos, impulsando la formación de asociaciones o partidos políticos que funcionaran como

²¹⁰ González Suárez a su regreso del continente europeo siguió desempeñando el cargo de Secretario Metropolitano. En 1888 estuvo entre Cuenca y Guayaquil porque fue nombrado arcediano de Quito. En 1892 se fue a Imbabura y en 1894 se estableció en Ambato debido a las enfermedades que le aquejaban.

²¹¹ La crisis de los Estados Pontificios, que vivió Pío IX durante su periodo, marca un nuevo contexto de las relaciones de la Iglesia con los Estado-nación y la incidencia del catolicismo en el mundo. Esto supuso no sólo un tipo nuevo de relacionamiento, o como algunos autores han anotado, un proceso de “restauración” del deber ser de la institución en la vida católica, o de “romanización”, es decir, la centralización de su institucionalidad desde la Curia Romana hacia un catolicismo global (Montero, 2000; Luque Alcaide, 2003; Saranyana y Grau, 2008; De Roux, 2014; García Jordán, 1991, 1997, 2001; Espinosa y Aljovín, 2014). Tanto en la labor del Pío IX como en la de su predecesor León XIII, se atendieron los diversos reclamos nacidos de la modernidad, particularmente, en la cuestión social, la formación del clero, así como de la educación y prédica a los fieles, ambos pontificados desde perspectivas distintas.

²¹² Entre ellas se destaca la mediación realizada entre el imperio prusiano de Bismarck y España por el caso de las Islas Carolinas en 1885. Además, en las últimas décadas del siglo existió un interés creciente en Asia, y particularmente en China. Su plan era generar una religión de tintes universales, en donde Roma fuera su centro, “La Roma nostra” (Martínez, 1992: 283).

²¹³ Sobre el tema de las misiones, en particular las referidas a los territorios amazónicos de los países andinos, se destacan entre las obras más relevantes: Gabriel Cabrera (2002); Natalia Esvertit (2008); Pilar García Jordán (2001, 2010).

“órganos paraeclesiales y, previa aceptación del juego parlamentario, pudieran ocupar los poderes del estado –legislativo y ejecutivo- y defender los intereses católicos” (García Jordán, 1991: 305).

El conflicto en la iglesia se fundamentó en las consideraciones propuestas por León XIII, respecto al oficio sacerdotal y la no vinculación política. Además, este afán de “cristianizar la cultura” debía balancearse con las nuevas dinámicas asociadas a la vida moderna, esto sin duda, tuvo sus detractores y mediadores. Los obispos de la época, Miguel León de Cuenca e Ignacio Ordoñez de Quito²¹⁴, por citar algunos, –con quienes González Suárez tuvo una relación estrecha²¹⁵–, fueron parte de todo un panorama de innumerables rencillas con la prensa, por su postura ante las manifestaciones de la vida moderna, ya fueran el teatro²¹⁶, la moda, la libertad de cultos, las formas de asociación o hasta la lectura de ciertos periódicos. Sobre esta última, ambos obispos arremetieron con fuerza contra los diarios guayaquileños, prohibiendo su lectura y calificándolos de inmorales.

En especial, a tono con la época, el *Diario de Avisos*, promotor del famoso libro que revisamos, *El Ecuador en Chicago*, fue el más atacado. El columnista E. Arévalo reflexionaba, en 1889, acerca de la importancia de acoger las encíclicas leoninas,

“En efecto, cuando León XIII previno á los prelados, que no impidieran la concurrencia de los fieles á ese gran certamen de la inteligencia y el arte – la grandiosa exposición de París– ¿fueron acaso los del “grupo prevaricador” quienes dijeron del Papa “que tolera lo malo” y se propusieron esquivar su mandato, ocurriendo a los arbitrios de CASUISMO, para distinguir y establecer, que si como á prelados, no les obligaba como á simples sacerdotes?

Con ánimo de levantar al clero á la altura de su misión, prohibió así mismo León XIII, á los Obispos y al clero del Ecuador, que tomarán parte en la lucha electoral: ¿ahora son los pérfidos liberales, quienes por maravilla del

²¹⁴ Sobre estas prohibiciones bajo pena de “excomuni3n mayor” se refería el obispo León a los periódicos *Los Andes* y *El Diario de Avisos* de Guayaquil. El obispo buscaba que estos no circularan entre la poblaci3n a través de correos. Además, los ecos de estas prohibiciones se sintieron en varias partes de pa3s, a través de hojas volantes. El propio Ignacio Ordoñez, arzobispo de Quito en aquel entonces, señalaba en su *Carta pastoral* de 1889, que las protestas ante la actitud del obispo cuencano son absolutamente reprochables. Para más informaci3n, véase, *XXIII Carta Pastoral que el Ilmo. Y Rmo. Señor Arzobispo de Quito Dr. D. José Ignacio Ordoñez dirige al clero y a los fieles de su arquidiócesis (1889)*, (Quito: Imprenta de Bolívar, por F. Ribadeneira).

⁵ De Ordoñez fue su arcediano principal hacia 1882.

²¹⁶ En una reciente investigaci3n sobre el ámbito del teatro hemos detectado este complejo panorama. Véase, María Elena Bedoya y Cristina Burneo Salazar, 2015 (en proceso).

casuismo viene atropellando aquella prohibición é imponiendo á los incautos el ineludible deber de votar por la lista que los confesores señalaran?

Ah hipócritas! Los clericales que así menosprecian la persona y los decretos del Jefe de la Iglesia, cuán lejos se hallan de la veneración y la obediencia que le deben como á sucesor de Pedro” (*Diario de Avisos*, 1889:2).

Consideramos que nuestro canónigo, Federico González Suárez, fue un personaje esencial en conciliar la visión leonina, desde su oficio, en la tarea de “ilustrar” a la población: entre las bondades de la “santidad” y la “ciencia”. Él era, sin duda, uno de los puntales principales para lograr este cometido hacia la construcción de un pasado para la nación, por su prestigio como religioso. En cierta manera, la cristianización de la cultura, en este caso desde el matiz de lo nacional, marcó una clara línea desde las funciones que González Suárez ejercería en el tránsito de siglo y la tendencia conservadora en las humanidades de principios del siglo XX. Por ello, contrastar la labor de González Suárez como *gestor del pasado* con la de los promotores de la *imagen del presente* de la nación de *El Ecuador en Chicago* publicado en 1894 y lanzado por los liberales costeños en el marco de la Exposición Colombina de Chicago, nos muestra este rostro diverso de construir y negociar lo que se dice y proyecta sobre una nación, en contraposición con los intereses no solo ideológicos, sino políticos, diplomáticos, económicos y culturales.

La relación con la Iglesia de León XIII se mantuvo en los años del progresismo de manera intermitente²¹⁷ y vigilante. Particularmente, el presidente Antonio Flores Jijón (1888-1892) había mantenido un vínculo de amistad con el pontífice, a quien le preocupaba “la poca flexibilidad de la Iglesia ecuatoriana para adecuarse a las exigencias sociales del capitalismo industrial” (Cárdenas, 2007: 3). Así, las inquietudes sobre este “cristianismo renovado” a las demandas contemporáneas de aquel entonces fueron constantes, hacia la segunda mitad del siglo. Sin duda, el trabajo de González Suárez en los años del progresismo fue parte de un interés de Estado por definir su territorio y legitimar, mediante uso de la información del pasado, su soberanía en las

²¹⁷ La historiadora María Cristina Cárdenas ha señalado la necesidad de establecer las distintas líneas de este conservadurismo y sus complejidades extrapoladas entre sus líderes extremos y los moderados. La relación con el Estado se había trastocado con la política de reforma modernizadora de Flores, caracterizada por la sustitución del diezmo y la separación de la religión y la política. Para un análisis más detallado de la presidencia de Flores, véase, María Cristina Cárdenas (2007).

fronteras y las poblaciones de los márgenes²¹⁸. La cristianización de la cultura, postulada por León XIII, para el caso ecuatoriano, se convertía en una herramienta efectiva de colaboración entre los prelados de la Iglesia y el Estado central, a través de la cual la información del pasado se convertía en un medio para certificar una pertenencia al territorio, justificada ante las repúblicas vecinas, entre otros intereses de corte diplomático y económico, como hemos revisado anteriormente²¹⁹.

En los últimos años del siglo XIX, Federico González Suárez había publicado sus dos obras más relevantes en torno al pasado precolombino del Ecuador²²⁰: *Estudio Histórico sobre los cañaris antiguos habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*, en 1878²²¹, y el Tomo I de su *Historia General de la República del Ecuador*, conocido como su *Atlas Arqueológico*, en 1892. Ambas producciones editoriales inauguraron el desarrollo de la arqueología en el país y, particularmente, se convirtieron en piezas fundamentales de esta disciplina en clave científica. En 1895, después de una

²¹⁸ Esta relación con las fuentes del pasado fue directriz de todas las repúblicas durante la segunda mitad del siglo XIX, por ejemplo para el caso peruano, la figura del diplomático Alberto Elmore y su relación con la Sociedad Geográfica del Lima fueron preponderantes en la determinación histórica, a través de fuentes, de las fronteras. Por otro lado existe la donación de la familia de Antonio Flores Jijón, de documentos recopilados entre 1884 a 1893 –en consonancia con la labor de González Suárez– sobre límites en el Ecuador. Véase, AMRREE, Quito, *Comunicaciones 1884-1893*, Tomo G.2.1.5

²¹⁹ Muchas de las colaboraciones de este tipo continuaron, a pesar de la implantación del liberalismo en hacia 1895, causado por la Revolución Alfariata. Por ejemplo, el liberal José Peralta buscó los medios para tener el apoyo de González Suárez para mediar con la Santa Sede. En una comunicación de cancillería, Peralta solicitaba a Honorato Vásquez, político conservador, su mediación con el aquel entonces Obispo de Ibarra, Federico González Suárez, para aceptar una “misión confidencial” de restauración de las relaciones con la Santa Sede, para pacificar a la población, considerando que este obispo era el “único sacerdote a quien el gobierno pudiera confiar misión tan delicada”. Véase, AMRREE, *Comunicaciones con varias autoridades*, Quito, 21 de septiembre de 1899, Tomo J.1.1.7. Por otra parte, casos como los de los apoyos constantes del religioso e historiador Enrique Vacas Galindo al gobierno liberal muestran este interés por apoyar la investigación científica. También podríamos señalar casos como el de Teodoro Wolf, quien desde el gobierno de García Moreno y durante varias décadas, se dedicó a investigaciones de todo tipo, geológico, geográfico, mineralógico.

²²⁰ Cabe destacar el trabajo doctoral de Guillermo Bustos en torno a las corrientes historiográficas entre 1870 y 1950, titulado, *La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950)*, Tesis doctoral, Universidad de Michigan, 2011. En ella hace un recuento analítico especializado de la obra de González Suárez, particularmente de la *Historia General* en donde identifica cinco convenciones historiográficas: el significado del documento y del archivo en la escritura histórica; la composición del relato nacional; los valores que orientaron la escritura histórica; los usos legítimos de la historia; y finalmente la representación que construye sobre el pasado aborigen, la conquista, la sociedad colonial y la independencia. Nosotros solo abarcaremos las obras que trabajan sobre el pasado precolombino y los objetos por su particularidades; estos son parte de un movimiento ligado al un coleccionismo internacional y de gabinete. Si bien Bustos identifica estas cinco convenciones historiográficas, deja de lado la especificidad del estudio de los objetos en su propia materialidad, sus medios de interpretación, el trabajo de campo, la circulación y la distancia histórica que se establece con estas producciones realizadas por indígenas del pasado, sobre las que González Suárez realizó su trabajo y, es más, a partir de las cuales lo inició.

²²¹ Es importante mencionar que su segunda obra fue la *Historia de la Iglesia en el Ecuador*, publicada hacia 1881.

serie de problemas por la publicación del Tomo IV²²² de la *Historia General de la República del Ecuador*, lanza su trabajo titulado, *Memorias íntimas. Apuntes sobre asuntos personales, escritos para esclarecer algunos hechos, cuyo conocimiento podrá convenir, acaso, a la posteridad*. En él hace un recuento de su vida personal, eclesiástica y política, además de algunos pasajes en torno a sus intereses intelectuales y particularmente a aquellos vinculados a la Historia y a la Arqueología.

En suma, la personalidad multifacética de González Suárez, en este complejo contexto histórico, nos puede ayudar a analizar las maneras en que desarrolla su práctica científica en el campo humanístico y la versatilidad de la construcción de su discurso. Este religioso presenció la crisis de la iglesia decimonónica en general, preocupada en reflexionar sobre el papel de esta institución frente a la ideología liberal, la cuestión obrera, los procesos modernizadores, así como de la incidencia del positivismo y racionalismo como ejes del pensamiento filosófico y científico. En este último debate, el prolífico discurso de la ciencia sobre el lugar otorgado a la noción de orígenes, desde el propio globo terráqueo –para el caso de la naciente Geología– o los del ser humano – en la Antropología Física–, se ve fuertemente alimentado por el darwinismo y el positivismo como doctrinas en boga²²³. En este horizonte, el origen de la nación, del mundo, del ser humano, se combinan en resonancia con las consignas de orden teológico.

En relación con este contexto, existen dos libros clave en el análisis de las antigüedades precolombinas en Ecuador, durante el siglo XIX: el primero, *Estudio Histórico sobre los cañaris antiguos habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*

²²² La polémica sobre el Tomo IV surge de la lectura histórica que hace González Suárez sobre la Orden Dominicana en el Ecuador durante la Colonia y en donde critica duramente su relajamiento social y su falta de orden. Esto le granjeó una serie de problemas con el Obispo de Portoviejo Pedro Schumacher y varios fieles católicos. Estas quejas incluso fueron a parar a Roma y fueron parte de una serie de acusaciones que se le realizaron al historiador.

²²³ Cabe destacar la cercanía entre los procedimientos de exploración entre las llamadas “ciencias duras” y las “humanas”. Por ejemplo, para el caso de la arqueología naciente a finales del siglo XIX, la estratigrafía, método utilizado por los geólogos inspirados en el libro de Charles Lyell, *Principles of Geology*, de 1833, fue una herramienta clave para la exploración del terreno. La superposición de las capas o estratos de la tierra, para medir edades geológicas con el objeto de definir su antigüedad, se traspasó al universo de investigación de objetos antiguos. Es importante destacar también los primeros hallazgos de restos fósiles humanos: 1848 en Gibraltar, el primer cráneo Neandertal; 1866, la cueva Trou de la Paulette en Bélgica; 1891, en la Isla de Java. Sin duda, esto reconocía también el estudio de la antigüedad de la especie humana. Para el caso latinoamericano vale la pena recalcar el interés marcado en los orígenes del hombre en este continente como es el caso de Florentino Ameghino, estudiado por Irina Podgorny y Maria Lopes (2008).

de 1878 y el segundo, el tomo primero de la *Historia General de la República del Ecuador*, conocido como *Atlas Arqueológico*, de 1892, ambos escritos por Federico González Suárez. De estas publicaciones, nos hemos interesado en cómo él enmarcó sus viajes y los vestigios recolectados por un lapso aproximadamente de veinte años. Según el autor, debido a los trajines del viaje y de la exploración se le condenó como “a sacerdote disipado, porque, dejando de estudiar la Teología, me dedicaba a estudios profanos: se me atribuía una insaciable codicia y no se explicaba mis viajes y exploraciones en busca de objetos de los indígenas antiguos” (González Suárez, 1930 [1895]: 76). Es justamente en la exploración de estos itinerarios, el tránsito de los objetos, el lugar de la construcción del valor, de su colección y las publicaciones posteriores, donde escudriñaremos al personaje y el tránsito de los vestigios.

5.1.1 “La arqueología es la ciencia de las ruinas”²²⁴

“No sé qué pasó en mí cuando hube leído la HISTORIA ANTIGUA DEL REINO DE QUITO²²⁵.
¡Me puse inquieto y me sentí aguijoneado por una impaciente curiosidad de descubrir y
saber todas las cosas de los incas y de las antiguas tribus indígenas,
que habían poblado el territorio ecuatoriano antes de la venida de los españoles:
así nació en mí no solo diré la afición, sino la pasión por los estudios históricos
y por las investigaciones arqueológicas”
Federico González Suárez, *Memorias íntimas*, pg.87.

Alexander Von Humboldt aparece, en el relato de las *Memorias íntimas* de González Suárez, como uno de los únicos referentes de la arqueología americana, en los inicios de su quehacer investigativo, así como la obra del padre Juan de Velasco y las crónicas del Inca Garsilaso de la Vega. No obstante, cuando comenzó con su labor como pesquisador *in situ*, el autor se reconoce que, al principio, su “imaginación estaba llena de ideas inexactas, forjadas según las narraciones de ambos escritores y me costó trabajo el desengañarme a mí mismo, para ver con criterio recto la realidad de las cosas” (González Suárez, 1930 [1895]: 88). Por ello, mostraba un interés en considerar,

²²⁴ Esta aseveración la encontramos en el primer tomo de la *Historia general de la República del Ecuador*, (González Suárez, 1892: 1).

²²⁵ Esta obra fue escrita por el jesuita Juan de Velasco (1727-1792). Según Jorge Cañizares Esguerra, Velasco “decidió concluir las historias natural y civil del ‘Reino de Quito’ que había comenzado a escribir en la década de 1750. Velasco desempolvó sus notas reunidas durante años de peregrinaje por los Andes ecuatorianos para estudiar plantas, insectos, manuscritos y tradiciones orales indígenas. En 1788-1789, presentó para su aprobación ante las autoridades españolas tres volúmenes en los cuales refutaba minuciosamente las opiniones de los escritores europeos sobre América” (Cañizares Esguerra, 2007 [2001]: 358). Los estudiosos europeos a los que se refiere son Cornelius Pauw y William Robertson.

“Las aseveraciones históricas, para que merezcan ser creídas, han de estar siempre apoyadas en el testimonio de escritores autorizados y dignos de crédito: los juegos de la imaginación, las visiones de la fantasía exaltada y los alardes vanidosos del ingenio, que no busca sencillamente la verdad, no tienen cabida en la historia. Esta es siempre austera, grave y concienzuda: en el crisol de la crítica depura las opiniones, aquilata la verdad y discierne lo cierto de lo fabuloso. El carácter severo de la historia exige, por lo mismo, que todo cuanto diga el escritor vaya apoyado en la autoridad de testigos irrecusables: cumpliendo nosotros con este deber, impuesto por lo que pudiéramos llamar moral literaria, hemos indicado siempre con exactitud los autores y las obras en que hemos estudiado la materia. De este modo, nuestra opinión no aparece aislada, ni nuestras investigaciones históricas se tendrán como trabajos puramente especulativos” (González Suárez, 1892: XII- XIII).

La obra de González Suárez estaba en sintonía con la comunidad de “americanistas” decimonónicos, en formación, tanto local como internacionalmente. El canónigo conocía la obra de la mayoría de ellos y estableció claras relaciones con viajeros – Teodoro Wolf, Wilhelm Reiss, entre otros– y construyó una de las bibliotecas americanistas más importantes a nivel regional, desde su ámbito privado de acción. El canónigo relata en sus *Memorias* cómo, además, inició por aquellos años su colección bibliográfica de carácter universal con los más importantes escritores de aquel entonces, desde Humboldt hasta Cantú y Balmes.

Localmente, hacia la década de 1870, González Suárez identificó a personalidades interesadas en recolectar objetos por interés personal, como es el caso de los azuayos coleccionistas Antonio Serrano y su hermano Ignacio; además se vinculó con la sociedad *Liceo de la Juventud*²²⁶, en el Azuay, en la que participaban destacados literatos como Luis Cordero, Honorato Vásquez, Miguel, Moreno, Antonio Borrero, Julio Matovelle, entre otros. Esta *Sociedad* constituye el primer núcleo intelectual de pensadores, asentados en la provincia austral, quienes estuvieron interesados en ejercer un tipo de sociabilidad alrededor de la literatura, la ciencia e intereses de estudio comunes.

²²⁶ Su fundación se realizó el 12 de octubre de 1873 en la ciudad de Cuenca y tuvo una vida activa de seis años hasta 1879. Parece ser, según relata Ricardo Márquez Tapia, que tanto el obispo Toral como el jesuita Miguel Franco –que sería rector de la universidad- y Luis Cordero, fueron los impulsores tanto científicos como económicos de esta (y de una sociedad antecesora llamada “La Esperanza”). La Sociedad tenía cuatro comisiones: histórica, literaria, religiosa y científica. Su órgano de difusión fue la revista “La Luciérnaga”, auspiciada incluso por el sustituto de García Moreno, y presidente temporáneo Antonio Borrero. Véase Ricardo Márquez Tapia (1943).

En sus actas de fundación figuraban cuatro áreas de interés para el estudio organizadas por comisiones: historia, literatura, religión y ciencia. Además, cada uno de sus miembros debía publicar sus investigaciones en el órgano de difusión llamado *La Luciérnaga*; a la par de estas actividades, realizaban funciones dramáticas en teatros preparados para el efecto, así como la presentación de novedades tecnológicas del momento. El amor por el mundo de lo ilustrado, artístico y científico se combinaba con las fuertes convicciones religiosas de sus miembros.

La primera producción editorial de González Suárez sobre los cañaris, del año 1878, estuvo dedicada a quienes fueron sus compañeros en esta *Sociedad*. Es importante destacar que en dicha asociación se generó una “Comisión Histórica” de la cual formaron parte Julio Matovelle, Cornelio Crespo, Honorato Vásquez y Vicente Arriaga. A título de ejemplo, en una corona fúnebre realizada en honor a este último hacia 1877, se señalaba que una de las labores de Arriaga,

“Era de ver las excursiones curiosas, que, en cumplimiento de sus deberes de socio de la *histórica* hacia frecuentemente por los lugares donde parece existir algunos vestigios de los antiguos aborígenes: sacando dibujos y siluetas de sus olvidados monumentos. Últimamente fue a Yunguilla, visitó las curiosísimas ruinas que en ese pueblo existen á las orillas del Jubones” (Corona fúnebre, 1877: 4).

Tanto Julio Matovelle como Cornelio Crespo habían publicado en *La Luciérnaga* órgano difusor de la *Sociedad*, algunos estudios referentes a las ruinas de Tomebamba y a la Historia de Cuenca; también incluyeron algunos fragmentos titulados “Leyendas indianas”, en donde se ejercitaba una suerte de imaginación histórica de personajes indígenas en construcciones literarias.

En contraposición con lo que podríamos pensar, la disciplina arqueológica en estos años se encontraba en su periodo de formación, y los trabajos de nuestro historiador surgen a la par de un clima de gestación, tanto nacional como internacional, de las disciplinas humanísticas. Aunque hablar de una institucionalidad²²⁷ que ampare estas acciones es precipitado para el caso ecuatoriano, las prácticas de asociación al discurso, el ejercicio

²²⁷ Es interesante que existe un impulso hacia la educación en esta provincia con la fundación de la Universidad de Cuenca hacia 1867.

editorial, el asociacionismo y la sociabilidad intelectual, la generación de una biblioteca especializada, lo enmarcan dentro del espíritu de una comunidad de estudiosos replicada en la multiplicidad de gestos compartidos.

Este ejercicio de trabajo de narrativa e investigación histórica se asienta en el establecimiento de lo que Daston (2005) denomina *scientific community*, que surgió durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta comunidad estuvo acompañada de una “suerte de objetividad que apuntaba a la eliminación de lo idiosincrásico y de lo inefable en la ciencia”, que la autora denomina “objetividad comunitaria.” (Daston, 2005 [2001]: 133)”. Contrariamente a la consideración de Guillermo Bustos, de que las investigaciones de González Suárez estuvieron marcadas por “el signo local de soledad intelectual, en el sentido de que no existía una comunidad intelectual de base, o un entramado institucional letrado que las sostenga” (Bustos, 2011: 36), nosotros encontramos en el gesto de nuestro historiador una clara necesidad de identificación bajo un prisma universal de objetividad científica, así como del relacionamiento con sociabilidades locales en gestación, que compartían su anhelo por el saber y el progreso. Este fundamento es una especie de ideal epistémico que encierra el “tipo de saber que pueden compartir entre ellos los que saben, sin tomar en cuenta sus particularidades individuales. Dicho más exactamente, quien sabe ya no es un individuo, sino una comunidad ilimitada en el espacio y el tiempo” (Daston, 2005 [2001]: 133).

En el plano bibliográfico, en sus ligeras reflexiones en *Prehistoria Ecuatoriana*, publicada hacia 1904, González Suárez presenta otras obras, que aparecen en los mismos años o posteriores a su texto de 1878, sobre los cañaris. El primero es el trabajo de Anatole Bamps, investigador de origen belga, que presentó en la sesión tercera del *Congreso internacional de Americanistas* en 1879, el estudio, *Les antiquités équatoriennes du musée Royal d’antiquités de Bruxelles*, un análisis de los objetos que posee el museo de Bruselas, acompañado de sus descripciones. Además, en esta publicación el autor menciona la obra de George Dorsey, del año 1892, sobre las exploraciones realizadas en la Isla de la Plata. Ambas obras son representativas de los trabajos surgidos a la par de los realizados por González Suárez en un claro emparejamiento internacional.

En suma, como podemos observar, estamos frente a una efervescencia de distintos tipos de sociabilidades y estrategias intelectuales a las que González Suárez se adhirió, desde su ejercicio de compilador bibliográfico, como pesquisador de ruinas y objetos de la zona y como participante de estas primigenias formas de sociabilidad intelectual entre colegas del sur del país. Fue un religioso y un intelectual activo en sus tareas eclesiásticas y científicas, ambas conciliadas y respetadas en el contexto local, y esta etapa proporcionó un clima propicio para que lanzara su primer trabajo investigativo.

5.1.1.1 Los antiguos habitantes y sus objetos

La primera obra titulada *Estudio Histórico sobre los cañaris antiguos habitantes de la provincia del Azuay, en la República del Ecuador*, es publicada por la Imprenta del Clero en Quito²²⁸, en 1878. Este preliminar estudio sobre los cañaris se presenta como un trabajo sobre las “antiguas naciones indígenas” que poblaron la República, antes de la venida de los españoles. Las tareas en que se encaminó, a título personal, durante la década del setenta y que culminaron con su primera publicación de este *Estudio Histórico*, le granjearon una suerte de oposición entre la comunidad religiosa ultramontana, considerándola como una “obra inútil, escrita por un clérigo ocioso, que en cosas de indios perdía el tiempo que debía dedicar al ejercicio del sagrado ministerio” (González Suárez, 1937 [1911]: 5)²²⁹.

²²⁸ La imprenta del clero es un lugar preponderante en la producción de varios títulos realizados sobre la historia del país, no obstante, no se ha realizado ningún estudio sobre su papel de difusión de estas obras en pleno contexto liberal. Valdría la pena abrir una investigación de este tipo.

²²⁹ La época en que González Suárez se desempeña como investigador está marcada por una fuerte tensión entre conservadores y liberales. En los primeros existió un ala más ultramontana, con personalidades fuertes como las del Obispo Schumacher de Portoviejo. Sin embargo, la figura de González Suárez estuvo en un complejo cruce entre la ciencia y la religión, particularmente con las ciencias físicas y la teología, entre la verdad y el dogma. Para más información véase, Elisa Sevilla y Ana Sevilla (2016). Por otra parte, según Guillermo Bustos, el momento de mayor tensión que vivió nuestro prelado fue entre 1896 y 1901, con el triunfo de la Revolución Liberal, en donde una reacción conservadora terrateniente se refugió en el sur de Colombia para organizar una afrenta armada contra el gobierno liberal del Ecuador. En aquel entonces, González Suárez fungía como Obispo de Ibarra, lugar cercano a la frontera. Se opuso a este tipo de estrategias, manifestando que “nuestros sacerdotes se han de mantener por encima de todo partido político (...) cooperar de un modo u otro a la invasión colombiana, sería un crimen de lesa Patria” (Bustos, 2011: 76-77). Como bien lo señala este autor, a nuestro historiador lo acusaron de liberal y masón por este tipo de posiciones políticas tomadas en plena época de conflicto. No obstante, para la época, González Suárez ya contaba con una importante reputación como historiador de la nación ecuatoriana, lo que fue un punto importante en su desempeño no solo intelectual sino en la toma de decisiones sobre el complejo ámbito religioso de la época.

En sus páginas, González Suárez señalaba que “no se ha escrito una historia completa y exacta del vasto imperio de los Incas, conocido universalmente con el nombre general del Perú”, y sugiere que el desconocimiento se ha centrado en el interés en de los últimos soberanos incas, y el descuido sobre las demás “naciones” a las cuales solo se hace referencia: una de estas naciones son los “cañaris”, antiguos pobladores de la provincia del Azuay. Según el presbítero, solamente algunos cronistas coloniales como Garcilaso, Cabello de Balboa, Cieza de León, o autores como Juan de Velasco o Montesinos cuentan algo sobre el “gobierno” de los cañaris, lejos de los macro relatos sobre el Perú de los incas y de los aztecas en México, que eran polos dominantes de la construcción del discurso sobre el pasado americano que revisamos anteriormente.

Imagen No. 25. Dibujos precolombinos



Imagen No. 26. Dibujos precolombinos



Fuente: Dibujos realizados por Joaquín Pinto y Eufemia Berrio (respectivamente), c.a. 1870²³⁰.
Reserva de Arte del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

5.1.1.2 De materialidad y fronteras simbólicas

“En un país donde el ilustre González Suárez ha escrito la historia patria parece atrevimiento empeñarse en tratar todavía sobre los Incas”.
Otto von Buchwald, “Los Incas”, en: *Guayaquil artístico*, 1904, pg. 392.

²³⁰ Ambos dibujos figuran en la primera obra de González Suárez de 1878.

En el relato de M. L. Heuzey, publicado en 1870, titulado *Le Trésor de Cuenca*, se analizaba al “tesoro de oro” perteneciente al cónsul francés en Venezuela, Eugène Thirion. Este tesoro había sido comprado en el puerto de Guayaquil y estaba compuesto de varios objetos como adornos, vasos, armas, con un peso aproximado de diez kilos. Su narración se caracteriza por una descripción detallada de las piezas, consideradas como *incas*, y de la técnica metalúrgica empleada en ellas, a la que consideró como “ce luxe grossier et cette imitation exubérante des choses de la nature sont d’ailleurs un des caractères de l’enfance de l’art”²³¹ (Heuzey, 1870: 5). Si para Heuzey estas piezas eran características de una “infancia del arte” y se sumaban a los varios relatos universales sobre los incas y ciertas técnicas constructivas, para González Suárez, este viaje de los objetos y su estudio podía beneficiar al conocimiento, pero no al mismo que buscaba el estudioso francés.

Nuestro historiador apuntaba a buscar ciertos visos sobre los orígenes de las “naciones ecuatorianas”, por ello, este tesoro cuencano daba más cuenta del deseo local de la separación simbólica de estos objetos del relato incaico: “No dudamos que en manos del anticuario esos objetos vendrán á ser el hilo de oro que guíe sus pasos al través del oscuro laberinto de las naciones ecuatorianas hasta encontrar solución al difícil problema relativo al origen de ellas” (González Suárez, 1878: 21). Los objetos encontrados en la zona austral del país comienzan a aparecer como móviles de la construcción de frontera en el pasado, un lindero imaginario, material y simbólico que distancia a estos pueblos de los incas y desde el cual se podría reconstruir los orígenes de la nación “ecuatoriana”.

Pero, ¿qué entiende por *nación* el presbítero González Suárez? Hemos rastreado en las numerosas publicaciones, no solamente de orden histórico, sino en discursos, oratorias y demás materiales de este autor, las formas en las que él se refiere a la nación para entender cuál es el significado que tiene para él. Especialmente, nos llamó la atención el discurso pronunciado por González Suárez en el marco de la conmemoración del Primer grito de independencia, el 10 de agosto de 1881, realizada en la Catedral de Quito. En este, González Suárez define y atribuye a los pueblos dos clases de derechos “en punto á su civilización”. Por un lado, está el derecho de nacionalidad, es decir,

²³¹ Traducción: “Ese lujo tosco e imitación exuberante de las cosas de la naturaleza son, de todas formas, una de las características de la infancia del arte.”

cuando uno “posee completamente todas las condiciones, que son necesarias para constituirlo en nación separada é independiente”, y por otro lado, el derecho que se llama “á la nacionalidad”, que supone que “cuando poseyendo todos los requisitos para constituirse en nación independiente, vive, en realidad, formando parte de un cuerpo social diferente, llámese éste monarquía, imperio ó república”. Con ello el autor considera que las condiciones indispensables, para que una sociedad humana sea considerada como nación, radican en que tenga un “hogar propio, límites naturales conocidos y determinados, lengua propia, origen común, identidad de intereses materiales y morales, tradiciones históricas, una religión creída y profesada públicamente, una autoridad que rija gobierne para bien de todos” (González Suárez 1992 [1881]: 199).

Es interesante cómo el autor hace uso de las nociones de nación y civilización indistintamente. A la civilización agrega la categoría de cronología para poder explicar, por ejemplo, la permanencia de los incas en el territorio del actual Ecuador. Para él, la cronología relativa al tiempo se determina en los grados de influencia, por ello, en relación con esta permanencia en el territorio ecuatoriano, es una “civilización moderna” pues sólo se asentó setenta años antes de la conquista española (González Suárez, 1904: 10). La cuestión del estilo de fabricación de los objetos es interesante por cuanto revela qué tipo de civilización es: para el caso cañarí, se habla de “primitiva” y la otra es la civilización inca. Los unos, son vasos “toscos”, los otros son “delicados”. En este punto retoma las ideas de Castelnau en relación con los detalles que sirven como herramientas para distinguir una civilización de otra.

Frente a la preeminencia del discurso sobre los incas, en la mayor parte de bibliografía europea, nuestro presbítero imprime en su discurso científico la idea de un “nosotros” amparado en el pasado y en la búsqueda del origen del Ecuador. De esta manera, los antiguos habitantes *cañaris* nos permitirán distanciarnos espacial, temporal, material y simbólicamente del relato incaico al cual se habían asociado constantemente los restos arqueológicos. Su ejercicio es netamente comparativo, estableciendo entonces la posibilidad de caracterizar a dichos pobladores desde sus vestigios y a través de ellos logra construir, lo que hemos llamado, una *frontera simbólica* para la nación, localizada como un lugar y espacio en el tiempo desde donde se relata lo cañari y se representa un

pasado, un origen: los cañaris son guerreros, orfebres, agricultores, colindantes y, por supuesto, ecuatorianos, los incas no lo son.

En su estudio sobre los *cañaris*, González Suárez habló en particular de las fosas abiertas en Chordeleg, pequeño pueblo situado a 42 kilómetros de Cuenca, dedicado al cultivo del maíz. Parece ser que en la década de los cincuenta, en pleno siglo XIX, al despejar los cimientos para una casa se abrió por casualidad un sepulcro en donde se hallaron en abundancia varios objetos de oro. Estas excavaciones fueron realizadas por los hermanos Antonio e Ignacio Serrano, quienes se dedicaron durante algunas décadas a recopilar material áureo de la zona. Según un testimonio, se sacó oro en cantidad, y “pasaron inmediatamente de los sepulcros, donde habían estado escondidos por largos siglos, al crisol, que los fundió al instante, sin tomar en cuenta para nada su mérito arqueológico”. (González Suárez, 1892: 58)

Durante estos años de vida, en el sur del país, González Suárez tuvo siempre el apoyo del obispo Esteves de Toral, gracias a él conoció a la gente de la región y viajó por las distintas parroquias como visitador pastoral. Esto le permitió realizar una serie de recorridos por la provincia del Azuay²³², financiados por el clero y con el respaldo personal del obispo. Entre los lugares de “visita” se encontraron algunos monasterios y las parroquias de Oña y Nabón. En esta última²³³, tomó contacto con el huaquero Antonio Serrano, como “testigo secreto” de las acciones del cura párroco del lugar.

El huaquero Antonio Serrano extrajo, de las *huacas* de Chordeleg, un sinnúmero de objetos, para luego venderlos al Museo Arqueológico de París, además de fundir muchos para ser vendidas como oro. Según comenta Julio Matovelle, en su clásico texto titulado *Cuenca de Tomebamba*, escrito hacia 1916 y publicado años después, el mencionado señor Serrano, “hizo copiar al óleo, con un diestro pintor, las principales piezas de oro que el mencionado caballero extrajo [...] aquellos lienzos son, ahora,

²³² En la época referida por González Suárez, la provincia del Azuay era una sola y contenía a las actuales provincias de Cañar y Azuay. Es interesante que, en las comunicaciones recibidas y durante una breve estancia que realizó en Quito hacia 1880, González Suárez solicita al obispo Esteves de Toral la autorización para iniciar sus contratos con los impresores de su segunda obra. AHMCP, Cuenca, código AH3285.

²³³ En la visita constan las firmas de los encargados de dar fe de lo realizado: 20 de agosto de 1876. AHCA/C, Cuenca, Serie Visitas Pastorales, caja No. 3, expediente: 087. El objetivo de las visitas pastorales era el de constatar el estado físico de las iglesias y de sus bienes, así como también de verificar la buena conducta de los curas y sus fieles.

propiedad de la respetable Sra. Zoila Serrano de Cobos [...] de ellos se valió igualmente el Ilmo. Sr. González Suárez, para la impresión de las cuatro primeras láminas que acompañan a su importante *Estudio sobre los Cañaris*” (Matovelle, 1921: 36). La lámina de oro fue fundida y el único recurso que quedó fue el dibujo que Joaquín Pinto realizaría para el libro de nuestro autor, hacia 1878, y que fue retomada en la edición de 1892 del *Atlas*.

Cuando González Suárez hace mención de lo encontrado en los sepulcros de Chordeleg se refiere, básicamente, a estos objetos como de origen cañari. Así, menciona que en dichas sepulturas no se hallaron restos de “quipus incas”, sino un tipo de bastones con jeroglíficos, que para él representaban una forma escritura de este pueblo. Además, reconstruyó el relato de lo cañari desde la “conquista” inca y, a su vez, esta entendida desde la “conquista” española. La importancia dada a las “naciones genuinamente ecuatorianas” en esta publicación de 1878 y, especialmente en el *Atlas* de 1892, es preponderante, puesto que vincula los objetos encontrados en distintas latitudes del país, sea desde el austro hasta la costa norte como Esmeraldas y la sierra Central con los quitus y caras, dejando para el final, un acápite de los “monumentos incas en el Ecuador” de apenas 4 láminas, en donde señala que,

"Los monumentos de los Incas son los que más se han visitado, examinado y descrito en el Ecuador; no obstante, *las obras de los Incas no son las que deben considerarse como las genuinamente ecuatorianas*, pues el estilo y la manera de construcción, que distingue a los edificios de los Incas, eran desconocidos de las tribus indígenas del Ecuador, antes de que dominaran en estas provincias los soberanos del Cuzco. Los edificios peruanos levantados en el territorio del Ecuador por los Incas, pudieran, según nuestro juicio, ser clasificados en dos categorías, correspondientes cada una a un período de dominación de los Incas..." (González Suárez, 1892: 157)²³⁴.

La separación de estos restos y la ubicación en un corpus de lo ecuatoriano, al cual se añaden descripciones, procedencias y se acompañan con dibujos y explicaciones, constituyeron formas de apropiación de los objetos, son fronteras simbólicas y materiales que se van delineando en estos años. Para González Suárez, el ejercicio de búsqueda de la verdad deambula en su labor arqueológica y en el estudio de la evidencia. En primer lugar, porque sólo a través de la verdad histórica podemos

²³⁴ El énfasis es nuestro.

eliminar las “conjeturas”. Básicamente, la conjetura parte de las “ideas preconcebidas” o “los sistemas imaginados de antemano” porque “hacen ver en las cosas no lo que las cosas son realmente, sino lo que uno se ha imaginado que han de ser” (González Suárez 1904: 7).

En segundo lugar, la noción de prueba aparece aquí como decidora de la relación con el objeto del pasado, puesto que sólo se podrían aceptar conjeturas razonables cuanto más sólidas fueran las razones en las que se apoyase el juicio científico dado. Así, por ejemplo, termina aceptando que la admiración de muchos historiadores por los incas, no ha dejado ver o distinguir las civilizaciones “genuinas” de los aborígenes ecuatorianos y, por ello, defiende finalmente la existencia de dos civilizaciones distintas en el Ecuador: la incásica y la ecuatoriana indígena, representada para aquel entonces por los *cañaris*.

Podemos decir que la agencia intelectual de González Suárez operaba siempre dentro de una contingencia, es decir, en las condiciones por las que atravesaba en su oficio religioso y sus nexos político-religiosos, en una época de gran agitación ideológica. La movilidad por el territorio, dado su oficio pastoral, le permitió una serie de contactos y de visitas, que le facilitaron el construir y recopilar *in situ* objetos para la configuración de dicha narrativa, que no sólo es material, sino que es visual y discursiva dado su interés en la producción editorial.

Imagen No. 27. Atlas Arqueológico, 1892

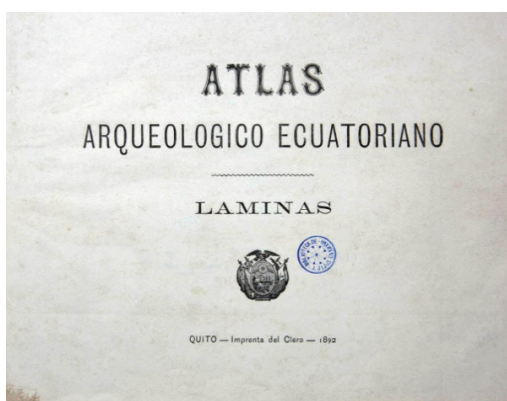
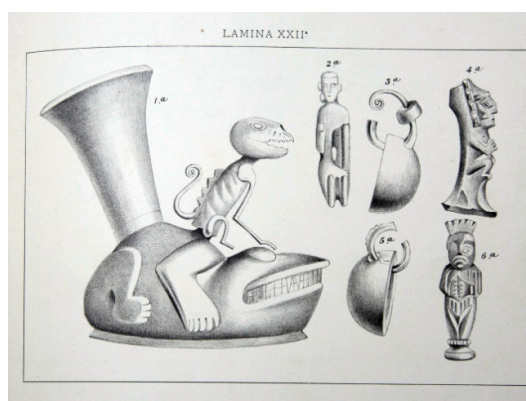


Imagen No. 28. Interior Atlas, Lámina XXII



Fuente: Federico González Suárez (1892), *Atlas Arqueológico Ecuatoriano. Láminas*. Quito: Editorial del Clero. Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

En este primer asiento de investigación se considera a las antigüedades como lugares epistémicos, es decir, de cómo en ellas residen “las conjeturas de aquello que puede ser, de aquello de lo que mientras está en camino de ser, no puede ser anticipado” (Rheinberger en Podgorny 2013: 16). Así, la comprensión de estos objetos en su vínculo histórico cobra sentido al “ser coleccionados” y al convertirse en datos de una existencia en el pasado, en donde actúan como evidencias probatorias de un devenir construido en el discurso. La construcción de una *frontera simbólica* para la nación se ancla a esta dinámica: objetos y conjeturas sobre civilizaciones pasadas que entran en un proceso de nacionalización y en la configuración de imaginarios nacionales materiales.

5.1.1.3 El oro y los restos

La fama de esta zona austral como enclave arqueológico había nacido con Humboldt²³⁵ y siguió con las visitas de extranjeros y la realización de trabajos vinculados a la región como los de Reiss, Heuzey, Bamps y hasta el del propio Adolph Bastian, quien visitó el área hacia 1875. Fueron particularmente los “monumentos” y los objetos de tipo inca los que impulsaron este prestigio²³⁶. La mayor parte de hallazgos de “monumentos”, según señala González Suárez, se han asentado en la provincia del Azuay: Inga-pirca, la Vía Real, los restos de los Tambos que,

“atestiguan la grandeza y poderío de los Incas: los vasos, los adornos y otros objetos de oro y de plata, trabajados con exquisito primor y cubiertos algunos de jeroglíficos curiosos, revelan que, en tiempos remotos, existieron en aquella provincia pueblos, de los cuales casi ningún recuerdo ha conservado la historia [...] Ahora conviene que nos apresuremos á disputar á la codicia, violadora de las tumbas, algunos objetos, más preciosos por su importancia histórica, que por las ricas materias de que están fabricados; aunque es necesario indicar también que, lo que hasta ahora se ha salvado es como nada en comparación de lo que se ha perdido” (González Suárez, 1878: 2).

²³⁵ Aunque ya para el siglo XVIII La Condamine y sus colegas habían puesto atención en estas.

²³⁶ Recordemos la corona regalada en el gobierno de García Moreno a la Reina Victoria hacia 1862, objeto que procedía de esta región.

Entre estos viajeros interesados en los objetos y monumentos, encontramos también a Benjamín Rencoret²³⁷, provincial de Chile y visitador apostólico de la provincia mercedaria ecuatoriana, durante la década de los setenta, quien publica en 1875 un folleto titulado *Apuntes que deben acompañar a la colección arqueológica americana que el R.P. Visitador Apostólico Fr. Benjamín Rencoret manda á la Exposición Internacional de Chile en 1875*, en el que reúne algunas características del lugar y entrega detalles sobre los materiales que mandó a la exposición internacional de Chile en 1875. El religioso apuntaba,

“Esta fiebre por escavar *huacas* presenta una bella ocasión para estudiar antigüedades á muy poca costa, pues bastaría asistir á tales excavaciones para pasar en revista objetos importantísimos. Los *huaqueros* tienen unas baquetas de hierro para picar los sitios que ellos pretenden saber distinguir; si la tierra está suelta ó con piedras le dan á la circunferencia y precisan la *huaca*. Dicen que estas huacas se manifiestan por llamaradas que exhalan de noche, si la llama es amarilla, contiene oro, si verde, cobre, si azul, plata. ¡Famosa mineralogía que se han forjado! (Rencoret, 1875: 6)²³⁸.

Rencoret señalaba la imperiosa necesidad de fundar secciones, sobre América, en academias dedicadas a la arqueología, para poder salvar estos monumentos de su destrucción y conocer el pasado de los pueblos que “nos precedieron”; él consideraba necesario preguntar “á las piedras, al barro, á los metales y ellos nos retratarán á los aborígenes porque los conocieron” (Rencoret, 1875: 10). Además, en su relato se lamentaba por el descuido de la arqueología en el sur del continente, particularmente porque, según su criterio, en el norte –México y Guatemala– ya se realizaban excavaciones, se descifraban jeroglíficos, dando materiales relevantes para la investigación a las sociedades científicas de Europa y al mundo entero.

²³⁷ Sobre estas dos colecciones mencionadas por González Suárez le comunicará años más tarde, en 1912, el diplomático Carlos R. Tobar a Jacinto Jijón y Caamaño su decepción por la desinterés local frente a la arqueología: “Hace algunos años me encontré en un Museo de Bruselas con una rica colección arqueológica ecuatoriana, formada, si mal no recuerdo, por un Sr. Deville, y más tarde con otra en Santiago de Chile, regalada por el visitador mercedario P. Rencoret. Con pena pensaba, al contemplar dichas colecciones, que en el Ecuador, su patria, no las había ni nadie se preocupaba de ello. A mi regreso á Quito, me dediqué á formarlas y en breve obtuve muchísimos objetos, especialmente paleolíticos y de alfarería incaica, que sirvieron de base, cuando fui al rectorado de la universidad para la creación de un Museo Arqueológico. No sé si, posteriormente, este se había enriquecido o sí, al menos conservará lo por mí obsequiado, que no fue poco.” AHMN, Correspondencia Jacinto Jijón y Caamaño, 8 de diciembre de 1912, JJC01888.

²³⁸ Las piezas recogidas por Benjamín Rencoret están en varios museos en Chile. La reproducción de algunas piezas de oro y plata fueron publicadas en un artículo de la revista arqueológica de Chile en 1880. Según relata González Suárez, las piezas de Rencoret fueron compradas a un farmacéutico guayaquileño llamado Nicolás Fuentes. Estos objetos pertenecían a varios hallazgos en la hacienda de Venecia, y otros eran de excavaciones realizadas para abrir las rutas del ferrocarril de Yaguachi a Sibambe.

En el último cuarto de siglo, la región fue también testigo del florecimiento de la actividad minera, reducto económico que había tenido su trascendencia a inicios de la época colonial. Teodoro Wolf²³⁹ había cartografiado varias zonas del país hacia 1876, determinando los lugares, particularmente en el Azuay y Cañar -como Pilzhun-, que se consideraban áreas relevantes para la explotación de minas. Entre los lavaderos de oro, las minas antiguas y los sitios con gran potencial para el campo mineralógico²⁴⁰ que ubicó el sabio, se encontraban las huacas, los sepulcros y la actividad de la huaquería que cobró, en las mismas décadas, interés en su exportación, fundición o su recuperación como antigüedades para la venta -tráfico de objetos- a la par del interés de tipo científico local como el de González Suárez. Además, la cercanía de la zona austral al puerto principal de Guayaquil convenía a los intereses de comercio de piezas; de hecho, la mayor parte de transacciones con extranjeros se daba a través de la urbe porteña.

La relación de intercambio de estos vestigios está enmarcada en el valor de los objetos por su material de fabricación. Si eran de oro y plata, el oficio cobra importancia, sea el de viajero curioso, anticuario, huaquero, o minero. Empero para González Suárez, estos sepulcros eran lugares en donde reconstruir historias que la fiebre del oro ha apagado:

“en todas las excavaciones se ha buscado el oro y, eso, para fundirlo, y se ha despreciado como cosa ruin todo lo demás [...] El oro es lo único que se ha buscado y, para buscarlo, ahora, como en los días de la conquista, nada se ha respetado: la mano del hombre, más inexorable que la del tiempo, ha destruido lo que los siglos habían perdonado” (González Suárez 1878: 16).

El punto de valoración de los objetos, para nuestro historiador, pasa del vestigio único a la consideración del lugar como foco de conocimiento. Si bien en sus trabajos apunta a describir los detalles del objeto -desde sus características de fabricación hasta los materiales con los cuales está hecho- pasa de esta mera descripción a la elaboración de

²³⁹ Wolf pone atención a las antigüedades que localiza en la zona, aunque decide no detallar nada en sus estudios como es el caso de, *Viajes científicos por la República del Ecuador: Relación de un viaje Geognóstico de las provincias de Loja, Azuay y Esmeraldas*, del año 1879. El sabio alemán sí ilustra sus hallazgos en dibujos que los comparte con González Suárez, quien termina utilizándolos en la confección de su Atlas de 1892.

²⁴⁰ En el estudio de Juan Chacón sobre la minería en el Azuay, se documenta una serie de demandas de distintos individuos, incluidas las de Antonio Serrano, sobre minas descubiertas en dicho margen de la cordillera. Véase, Juan Chacón (1986).

conjeturas que vinculan varios niveles de interpretación: uso de crónicas, documentos escritos, filología, lingüística, craneología. Conforme va perfeccionándose su destreza en el campo, las elaboraciones de su conocimiento pasarán de la descripción e interés estético de las piezas a un reconocimiento de las culturas pasadas.

Así, el tránsito de siglo inaugura, con González Suárez, una nueva mirada de aquellos restos. Tal como lo haría para la Diócesis de Cuenca y sus visitas pastorales, cuando asume el obispado de Ibarra, el historiador ya considera que la comparación de los objetos es la mejor fuente de estudio, además de dar un lugar de importancia, “a la observación de los objetos debe acompañar el conocimiento de los lugares, sin lo cual el arqueólogo se verá privado de uno de los más oportunos medio de ilustración: estas, que parecen cosas insignificantes, son en práctica de una trascendencia científica indisputable” (González Suárez, 1902: 4)²⁴¹.

5.1.1.4 Oralidad, filología y cráneos

El relato sobre el pasado contado por los indígenas del presente poco o nada le interesa a González Suárez. Este investigador no está interesado en recuperar las tradiciones orales de las comunidades indígenas sobre estos antepasados, ya que piensa que no podrían aclarar absolutamente nada sobre estos antiguos habitantes. Para él, en el relato oral pulula una “ignorancia absoluta” y siempre todas sus tradiciones tienden a “lo maravillo” y a la “superstición” (González Suárez, 1904: 8). Aunque asume que la cuestión oral pudo servir de base para la elaboración propia de las crónicas de la conquista, lo que le interesa es desmontar de dichas crónicas lo fabulatorio y defectuoso de sus relatos. Así, la oralidad aparecerá en su obra como una huella descartable, fantásica y no comprobable, al contrario del dato material –el objeto– que se convertirá en el testigo del brillo de las culturas del pasado, no tanto por la mera existencia de estos objetos sino por la capacidad de convertir a su recolector en el protagonista o tejedor de la historia de la nación y de un grupo en particular.

²⁴¹ Sus siguientes publicaciones tienen este corte explicativo científico, como por ejemplo, *Los aborígenes de Imbabura y Carchi* publicada en 1902 pero lanzada con imágenes en 1910, o la publicación titulada *Prehistoria Ecuatoriana. Ligeras reflexiones sobre las razas indígenas, que poblaban antiguamente el territorio actual de la República del Ecuador* de 1904. En esta última, incluso hace uso del recurso fotográfico y de fototipia de José Domingo Laso, así como de José Domingo Albuja y Luis Garzón para el primero.

El autor coloca a la filología²⁴² como herramienta que proporciona un camino hacia el análisis histórico. Para él, a través de esa disciplina, se pueden “formar conjeturas” acerca del “origen que existe entre los pueblos diversos”. En este momento, González Suárez alude a las labores de un químico en el laboratorio quien, al descomponer sustancias, encuentra los elementos simples que forman un contenido. Es interesante esta *figura del hacer* en las ciencias, en un lugar en donde la búsqueda y el procesamiento del material pueden dar claves de la construcción del discurso sobre el pasado,

“así el filólogo toma una voz y la analiza, persiguiendo la raíz ó el origen de ella al través de las variadas modificaciones que ha recibido del tiempo, del método de vida, y de la índole moral de los pueblos ó tribus que sirvieron de ella para expresar su pensamiento: así se va á encontrar, talvez, el origen del alemán en el sanscrito, lengua sagrada de las antiquísimas naciones de la India oriental” (González Suárez, 1878: 2).

González Suárez puso un acento importante en el estudio de las lenguas indígenas como fuentes del origen de las naciones, del grado de su cultura y desarrollo. A través del examen de las lenguas se podría determinar las costumbres religiosas, sus creencias, sus modos de vida, para poder compararlas con las de otros pueblos. En este ejercicio comparativo, el historiador construía un fundamento sólido para proponer “conjeturas” razonables acerca de la historia antigua. Pese a su desinterés en los indígenas del presente, paradójicamente sabía que dependía de ellos para este tipo de ejercicios.

Por último, la herramienta que sirve para determinar la antigüedad de estas razas estará dada por la craneología: desde esta podríamos, a decir del presbítero, conocer las razas que han poblado el continente para establecer semejanzas “con los usos y costumbres de los Toltecas” dando un fundamento para conjeturar que “los Cañaris pertenecieron á esa raza célebre, que desapareció de Centroamérica y de Méjico, según la cronología más probable, en el siglo XII de nuestra era” (González Suárez, 1878: 30). Estas ideas de influencias de las culturas mesoamericanas es una constante en el pensamiento de nuestro autor, desde sus primeras publicaciones del siglo XIX. Muchas de estas ideas

²⁴² La filología fue una de las disciplinas más consideradas en el nacimiento de la antropología alemana.

fueron retomadas por sus pupilos como es el caso de Jacinto Jijón y Caamaño o el mismo Max Uhle, en el siglo XX.

5.1.1.5 Del Atlas de 1892

En la mitología griega, *Atlas* o *Atlante* era un personaje a quien Zeus condenó a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo. En su acepción etimológica, el *Atlas* es siempre “el portador” o el que “soporta” a la Tierra misma. Para el siglo XIX, la significación del término se engarzaba al mundo, a la “colección de mapas” o “láminas que aclaran el texto de una obra” (Diccionario, 1853: 145). Este sentido de “portador” o “sostenedor”, es interesante considerar que el primer tomo de la *Historia General de la República del Ecuador* publicado en 1892, se denominó, por parte de su autor, *Atlas Arqueológico*. Sin duda, la colección de González Suárez, presentada en esta publicación de fines de siglo como una materialidad de la nación, construyó un devenir y una temporalidad en la historia de la nación, además de operar como soporte de su práctica científica.

La concepción editorial del *Atlas* estaba compuesta de dos libros. El primero, contenía básicamente dos cuerpos, es decir, un escrito interpretativo de las naciones indígenas del país, acompañado por una segunda parte de explicación de las láminas. El segundo era una compilación de 44 láminas que contenían dibujos de piezas arqueológicas, fragmentos y mapas de sitio, explicadas a partir del primero. En esta publicación el nexo entre el texto e imagen muestra un primer desplazamiento de los objetos en clave científica y de interés divulgativo. Ya desde 1878, en su primera publicación sobre los *cañaris*, González Suárez utilizó este recurso acompañado por las imágenes realizadas por Joaquín Pinto y su esposa Eufemia Berrio. Para 1892, el *Atlas* presentó una construcción definida y marcada en esta dirección. El dibujo aparece como herramienta que representa el objeto para explicarlo, mostrarlo y amplificarlo para un mayor número de lectores, aun cuando el mismo objeto era un material ya inexistente o de localización desconocida.

La reconstrucción del *corpus* de objetos presentados en 44 láminas del *Atlas* responde a un trabajo asociativo de varias fuentes y testigos. Por un lado, González Suárez utilizó las mismas imágenes que le sirvieron para su estudio de los *Cañaris* en 1878; a ello agregó varias ilustraciones tomadas de Teodoro Wolf, cedidas para el caso y,

finalmente, trabajó con una serie de piezas recolectadas de Rencoret y de la donación al Vaticano, con motivo del jubileo sacerdotal del Papa León XIII, hacia 1887, a la que tuvo la posibilidad de retratar. Una de las lamentaciones del religioso era las “poquísimas piezas que se han conservado”, además de considerar que la mayor parte de las recuperadas se han “vendido á extranjeros”. De las 44 láminas con todos los materiales, 17 contienen los objetos pertenecientes a González Suárez, entre los que están cráneos, objetos cerámicos y materiales pétreos. En algunas de las láminas no se señala el origen y propiedad de los vestigios.

Las antigüedades presentadas en el *Atlas* eran objetos de prestigio para donación o regalo. Es interesante que en el Jubileo Sacerdotal del Papa León XIII se logró recoger, “un número considerable de objetos, principalmente de barro cocido, para remitirlos á Roma como obsequio hecho al Papa”, consciente de la pérdida de estos materiales, González Suárez se apoyó en el registro visual de los objetos para su recuperación, “aprovechándonos de una circunstancia tan favorable, hicimos pintar al óleo algunos de esos objetos, y de esos cuadros son copias exactas las láminas con que ilustramos ahora nuestra Historia de las naciones indígenas del Ecuador” (González Suárez, 1892: 4). Así, la representación visual certificaba la existencia de la pieza y no la pieza por sí misma.

Con este sustento va caracterizando a cada una de las naciones indígenas “ecuatorianas” que localiza entre las ruinas y los vestigios. Pero estas evidencias históricas son consideradas como “obras de arte perdonadas por el tiempo” en donde el arqueólogo, “rastrea el origen y el estado de cultura y civilización de naciones que han perecido y estaban ya olvidadas completamente” (González Suárez, 1878: 2). Este nexo entre obra y arte devela un sentido estético y contemplativo atribuido a estos bienes; por ello, la representación visual de estas huellas históricas, clasificadas y explicadas, tendrá un foco de interés particular en la práctica científica de González Suárez, no es una mera ilustración sino que forma parte de la constitución misma del discurso sobre el pasado, ligado a la preeminencia del objeto. Además, en un país donde la existencia de un Museo Nacional constituye solo un *deseo intermitente* en el tiempo, pues no cristaliza hasta ya bien entrado el siglo XX, las colecciones de carácter nacional, realizadas y mostradas desde el mundo editorial, fungen como ilustradoras de las trayectorias de objetos que comienzan a formar parte de la historia de la nación. Sin museo, el recurso

editorial se convierte en una especie de certificado de presencia histórica de los pueblos asentados en dicho territorio.

Así, este *Atlas*, presentado en el contexto de la *Exposición Histórico Americana de Madrid*, y que acompañó los objetos enviados, constituye en una especie de discurso museográfico de la nación. El cuerpo literario-científico en el que viajaron, difiere del expositivo, puesto que este postula un conocimiento “objetivo” del objeto como punto de partida del campo científico analítico. González Suárez marca este primer relacionamiento de lo visual con la colección, en parte, porque estas antigüedades pasaban de ser recolectadas a ser explicadas desde el relato escrito, amparado por el registro visual para señalar su veracidad, además de no existir un repositorio institucional como un museo que acogiera estas antigüedades ecuatorianas. Lo visual constituye el fundamento del objeto, configurando para sí la posibilidad del recuerdo. En este sentido, el *Atlas*, a manera de museo ambulante, muestra un devenir construido y explicado para la nación a finales del siglo XIX.

5.2 Los Restrepo y las antigüedades “colombianas”

“Es indispensable dar un nuevo rumbo á los estudios etnográficos y arqueológicos relativos a Colombia, pues por el que se ha llegado hasta hoy no es posible obtener otro resultado que enmarañar la Historia y oscurecerla.”
Vicente Restrepo, *Los Chibchas*, 1895, pg. VI.

La donación del Tesoro quimbaya, realizada en 1892 por el gobierno colombiano a la reina regente María Cristina, fue uno de los acontecimientos que develaron las complejas relaciones diplomáticas decimonónicas y sus implicaciones locales adscritas al halo del oro precolombino. Los favores obtenidos y los agradecimientos por el gesto tomado formaron parte de la historia de cómo los objetos deambulan en una red de intereses de carácter transatlántico en consonancia con las dinámicas del Estado-nación. Junto al tesoro viajó también un libro titulado *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid* publicado en 1892. Los hacedores de dicha producción editorial fueron Vicente Restrepo y su hijo, Ernesto Restrepo Tirado.

Esta obra, como revisamos anteriormente, formó parte fundamental de todo el complejo expositivo colombino de Madrid. No obstante, el acercamiento a Vicente y Ernesto, no en su papel de gestores de la exposición –miembros de la comisión de Protohistoria–, sino como *intelectuales-coleccionistas*, nos permite introducirnos en una tarea que deambula entre el ejercicio científico, la colección y la promoción editorial. Ambos alcanzaron, más que ningún otro investigador contemporáneo en Colombia, un número interesante de publicaciones sobre el pasado indígena²⁴³ y sus objetos y/o sus materiales. Introducirnos a su producción editorial nos ha permitido entender de qué manera los objetos precolombinos se articulan a un universo discursivo científico específico sobre el pasado, así como mirar los usos que se hacen de las estrategias investigativas, sus cruces y sus conexiones.

5.2.1 Vicente, del minero-científico al historiador: viajes circulares

Vicente Restrepo (1837-1899) nace en Medellín y es miembro de una familia acomodada económicamente y de estrato social alto. Su padre, Marcelino Restrepo, lo envía a París hacia 1851 para que estudie en las Escuelas Cristianas en *Passy*. Sus años en la capital francesa marcan lo que sería su carrera posterior en las Ciencias Naturales y su interés en el campo minero²⁴⁴. En París estudió química, mineralogía y geología; posteriormente se trasladó, antes de su regreso a Colombia, a Freiberg (Sajonia) y pudo visitar sus minas de plata, estudiando los métodos metalúrgicos practicados en la zona.

²⁴³ No obstante, queremos recalcar que existieron varios investigadores interesados en el pasado precolombino, tanto extranjeros como nacionales. Antes de terminar el siglo, tenemos algunas publicaciones de importancia que las hemos mencionado como la de Liborio Zerda, *El Dorado: Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas*, de 1883; Manuel Uribe Ángel, *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia*, de 1885; y Carlos Cuervo Márquez *Prehistoria y Viajes. Tierradentro, Los Paeces, San Agustín, El Llano*, de 1893. También podemos mencionar varios artículos que circularon tanto en el *Papel Periódico Ilustrado de Bogotá* como en la *Revista Ilustrada* a finales de siglo.

²⁴⁴ El censo de 1870 reportó la existencia de 275 ingenieros en el país, la mayoría formados en el extranjero, como ocurría también con una elevada proporción de los médicos. La creación de la Universidad Nacional en 1867, cuya escuela de ingeniería retomaba las tradiciones del Colegio Militar, fundado durante el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, y la fundación de la Escuela Nacional de Minas en Medellín en 1887, permitieron la consolidación de la profesión de ingeniería, cuyo impacto sobre la construcción de carreteras y ferrocarriles y sobre algunos avances tecnológicos no fue desdeñable. Buena parte de las innovaciones tecnológicas durante el siglo provinieron, sin embargo, más que de los avances de la educación formal, del aporte de los inmigrantes que introdujeron nuevas formas de laboreo minero y a veces agrícola. En este último sector se manifestó en forma permanente el interés de muchos empresarios colombianos, que trajeron al país nuevas variedades de pastos y ganados. Muchos colombianos, por otra parte, adquirieron las primeras nociones químicas o metalúrgicas en las primeras industrias establecidas en el país (Melo 1996: 64-65).

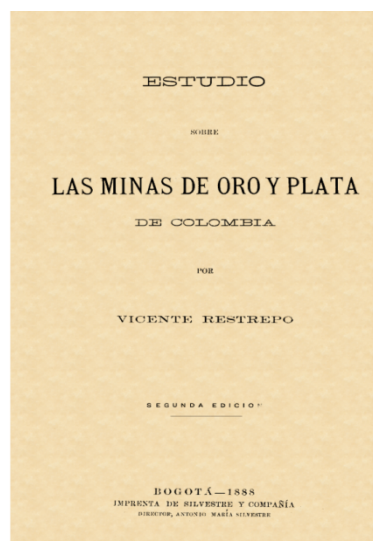
Vicente retorna a Antioquia en 1857 e instala un pequeño laboratorio químico con unos hornos para fundir y ensayar con el oro de las minas de la región: El Zancudo, Los Chorros, Criadero y Río Dulce.

Su interés científico en el campo minero empezó a ser conocido a partir de la década de 1870 con motivo de la Exposición Nacional, inaugurada en Bogotá el 20 de julio de 1871, en donde participó con una de sus colecciones de minerales, entre las que destacaban las de oro y roca, así como la presentación de una memoria sobre el oro de Antioquia. Estas contribuciones le merecieron un premio honorífico consistente en una medalla de oro y dos de bronce. Posteriormente, se asociaría con otro metalurgista de Medellín llamado Mario Escobar.

Imagen No. 29. Retrato de Vicente Restrepo



Imagen No. 30. Publicación de Vicente Restrepo



Fuente: Retrato de Vicente Restrepo. Libro del autor, *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.

Enlace: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/minas/minas0.htm>

Para la década de los sesenta se había declarado liberal, aunque como bien lo mencionará su biógrafo, Daniel Restrepo, en la época de Mosquera,

“Los ataques del General Mosquera a la Iglesia Colombiana; el modo bárbaro como trató a sus Pastores y al Clero fiel en general; las consideraciones que guardaba para los Sacerdotes sometidos y adictos a su política, por indignos que fueran; la mofa que hacía de las cosas santas, hacían impresión en mi ánimo [...] No obstante, yo seguía siendo liberal, pues estaba muy prevenido contra los conservadores, a quienes

consideraba enemigos de todo progreso” (Restrepo, 1939: 34).

Con la llegada del periodo conocido como *La Regeneración*, cuyos ideólogos fueron Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, Restrepo cambió de rumbo y apoyó al gobierno de Núñez como Secretario del Tesoro y Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda. Ya a partir de la década de los setenta le vemos como fundador de la *Sociedad Católica* y su elección como legislador, vinculándose claramente al conservadurismo. Para aquel entonces ya habían pasado casi dos décadas de presencia de su laboratorio en la zona antioqueña “y había pasado por sus manos todo el oro que producía Antioquia”; como el mismo Restrepo señala en su libro *Estudio sobre las minas de oro y plata en Colombia*, publicado en 1888, “pasó por mis manos oro por valor de cerca de treinta millones de pesos”.

En su función de Ministro de Relaciones Exteriores²⁴⁵ del gobierno de Rafael Núñez, en 1887, firmó el Concordato con la Santa Sede. Este hecho lo hizo merecedor de la condecoración Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno, otorgada por el Papa León XIII²⁴⁶. Este tipo de condecoraciones eran entregadas a personas que habían mostrado llevar una vida “intachable”, según la doctrina cristiana, y que, a la vez, promovieran los intereses de la sociedad, de la Iglesia Católica y de la Santa Sede. Como habíamos visto al hablar de González Suárez, la promoción de cristianización del mundo de la cultura, como postulado leonino decimonónico, seguía vigente en la labor de estos intelectuales y científicos multifacéticos.

Coincidimos con Juan Camilo Escobar en que existía, sin duda, un tipo de “supervisión espiritual”²⁴⁷ que intentaba no poner “en cuestión uno de los principales elementos del

²⁴⁵ En el *Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia dirige al Congreso Constitucional de 1888*, publicado por Vicente Restrepo en calidad de Ministro, se reconoce la necesidad de la presencia de la Iglesia y se enfoca en la firma del concordato, señalando que “el gobierno procurará que la enseñanza científica no sea de propaganda contra las verdades esenciales de la religión que profesan los colombianos” (Restrepo, 1888: 136). En dicho informe Restrepo presenta los beneficios de reconocer los dogmas católicos y la educación moral de los pueblos.

²⁴⁶ Es importante anotar que estos datos biográficos que se extraen del trabajo del sacerdote jesuita Daniel Restrepo, quien recogerá de la correspondencia de la familia dichos apuntes hacia la primera mitad del siglo XX. Su texto se titula *Don Vicente Restrepo. Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del Padre Daniel Restrepo*, S.J. Editorial Centro, Bogotá, 1939.

²⁴⁷ De hecho, en la investigación de Juan Camilo Escobar se señala cómo participaron los clérigos y religiosos activamente en el desarrollo de la ciencia en Antioquia y en Colombia en el campo de las Ciencias Naturales desde principios del siglo XIX y cómo esa práctica continuó hasta el periodo de la Regeneración. Uno de los médicos prominentes del periodo, Andrés Posada Arango, muestra cómo se

‘proceso civilizador’ en Colombia: la religión” (Escobar, 2009: 184). En este sentido, el haber recibido este tipo de medallas por el mérito cristiano, considerando que Vicente Restrepo fue uno de los gestores del concordato de la iglesia católica de 1887, nos da cuenta de cómo diversos escenarios, tanto el religioso, el científico, como el político van engarzando una trama de las maneras en que este pensamiento humanístico científico se configura.

Entre sus obras publicadas más importantes, donde combina estos nexos o donde los articula a los intereses de tipo estratégico económico, se encuentra el libro de *Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darién, traducción Vicente Restrepo* (1888), primer ejercicio de traducción de corte histórico sobre los viajes de este pirata de origen galés en el siglo XVII, cuyas experiencias fueron publicadas para los lectores europeos hacia 1720, en plena época borbónica. El reconocimiento del territorio del Darien era necesario por sus potenciales económicos y de riqueza, convirtiendo al diario de este viajero en herramienta útil para este tipo de empresas.

Tenemos también su texto cumbre sobre la minería, titulado *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* (1888); además de otros vinculados a los indígenas, arqueología y a la época colonial, en los que figuran *Los Chibchas antes de la conquista española* (1895); *Apuntes para la biografía del fundador del Nuevo Reino de Granada*; *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*, en 1892, (Imagen No. 6). En este mismo año de 1892 organiza y publica, junto con su hijo, *Catálogo General de los objetos enviados por el gobierno de Colombia a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. Restrepo también participó en diversas revistas como *Revista Ilustrada* (hacia 1891) y en varios periódicos –desde la década del ochenta– como *El Comercio*, *El Diario Oficial* y *El Repertorio Colombiano*, donde publicó artículos especializados en el campo de la minería.

5.2.1.1 Entrecruces de la investigación histórica y los oficios

Vicente Restrepo consideraba que el sacerdote José Domingo Duquesne²⁴⁸ fue quien

asocia “la labor del médico, hombre de ciencia y experimentos, a la del sacerdote, hombre de iglesia y de creencias, hace aparecer una serie de vasos comunicantes entre los dos mundos” (Escobar, 2009: 184).

²⁴⁸ Duquesne nace en Santafé en 1748. Recibió el sacerdocio en 1772 y fue el iniciador de los estudios sobre la lengua chibcha y sobre las creencias de estos indígenas. Muere en Bogotá hacia 1822.

estableció “los fundamentos de la arqueología colombiana”, de hecho, dedica un libro entero en 1892 a la obra de este canónigo, a manera de “crítica arqueológica”, titulado *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*. El reparo de Restrepo a propósito de la interpretación de Duquesne era el desconocimiento de las fuentes documentales completas, como las crónicas y otros materiales, que le podrían haber ayudado a que su información sea menos que una “brillante imaginación”.

José Domingo Duquesne –según el relato de Humboldt– había tenido una relación directa con un pueblo de indios, de quienes extrajo toda la información para poder “descifrar” el afamado *Calendario de los Muisca*. Para Restrepo, estas eran solo descripciones vagas, pues el relato se construyó desde el testimonio de los indígenas del siglo XVIII, con quienes Duquesne tuvo relación. Al igual que en el ecuatoriano González Suárez, existe un total desconocimiento de los posibles usos de las tradiciones orales para la elaboración de las hipótesis que apuntaban a ponderar una revalorización de la lectura de las crónicas y relatos españoles, en un horizonte comparativo. En su interés por el pasado indígena de su país, ya anteriormente Restrepo había ensayado la traducción del francés de los viajes de Wafer en el Darién, titulada *Viajes de Lionel Wafer al Istmo del Darién* publicado hacia 1888; esta había sido una contribución sobre las visitas de este inglés en la colonia y la relación con los indígenas de la zona, a la que nuestro autor le puso mucha atención por las excavaciones que se estaban realizando en la zona del extremo oriental del futuro canal en Panamá.

Vicente Restrepo escribió también sobre los chibchas y buscó ubicar una crítica histórica sobre lo que se había escrito de ellos hasta entonces. Su diatriba se centró particularmente en lo publicado por los viajeros, incluso Humboldt, a quien reprochó: “no brilla el genio de barón de Humboldt, en lo que escribió acerca de los Chibchas; prohió y divulgó muchas de las fantasías de Duquesne y aun las aumentó [...] No comprendió las tradiciones de este pueblo” (Restrepo, 1895: IV). Para nuestro autor, dos son las fuentes principales con las cuales fundamentó su estudio titulado *Los Chibchas antes de la conquista española* publicado en 1895: las crónicas y los objetos.

En primer lugar, el autor sitúa el debate en la importancia de realizar una lectura de las crónicas desde el ejercicio del cotejamiento, lo que permitiría, según Restrepo, “valorar el grado de veracidad de los autores”. En segundo lugar, el estudio de los objetos, en un

marco general. Aquí señala la necesidad de hacer una lectura de los escasos monumentos de piedra, las pictografías, las piezas de cerámica, de piedra, de madera, las alhajas de oro, etc. Este examen de los restos materiales debe estar orientado por el documento escrito, es decir, debe hacerse “a la luz de las crónicas y no caprichosamente, [esto] da la medida de su cultura” (Restrepo 1895: X). Es interesante el lugar que otorga a los relatos hispánicos en el momento de la conquista, sin ellos parecería que no podría estructurarse una historia de estos pueblos indígenas.

Vicente Restrepo elaboraba una serie de hipótesis sobre este pueblo. Entre ellas, figuraba la caracterización de cuatro escuelas de orfebrería en el territorio precolombino perteneciente a Colombia: la quimbaya, la antioqueña, la chiriquí y la chibcha. En esta clasificación los quimbayas ocupan el primer lugar “por la maestría y el buen gusto de sus artífices”, revelando además, que las obras de orfebrería de los chibchas,

“no revelan, por lo general, gusto artístico; no guardan proporción de las diferentes partes del cuerpo humano; no hay redondez en las formas ni suavidad en los contornos; no se observan en ellas las leyes de perspectiva y del escorzo” (Restrepo, 1895:141).

Encontramos una valoración contemplativa estética que acomoda una lectura crítica pensada desde el arte occidental, que considera la forma y la figura a partir de una mirada que pondera el ejercicio mimético renacentista de la realidad: perspectivas, escorzos, composiciones, lo que nos sugiere que miraba estos objetos como si estuviera leyendo una obra de arte. Muchos de sus comentarios sobre orfebrería ocupan varias páginas, tomando en cuenta la naturaleza de las aleaciones, el uso y destreza en la consecución de formas, las semejanzas de los objetos con el de otros grupos, etc., el lugar perfecto en donde emparenta su oficio de la minería con el de observador del pasado y confeccionista de historias de indios.

Cabe destacar que su trabajo sobre *Los Chibchas* está acompañado de un *Atlas Arqueológico*, en donde el autor exhibe parte de las piezas que comisionó el gobierno colombiano para la Exposición de Madrid de 1892, además de muchas de su colección privada –particularmente de oro– así como otras de su hijo Ernesto Restrepo Tirado, que eran de cerámica y piedra, y algunas del propio Museo Nacional. Estas colecciones, de padre e hijo, viajaron a Chicago con motivo de la Exposición

Colombina de 1893 y reposan en su museo. Las piezas fueron descritas, catalogadas y fotografiadas, además de señalar sus destinos finales que fueron el Museo Colombino de Chicago, Museo Nacional de Bogotá, Museo Real de Berlín, colección privada de Nicasio O. Galindo, y el museo de los propios Restrepo.

Imagen No. 31. Publicación sobre *Los Chibchas*²⁴⁹

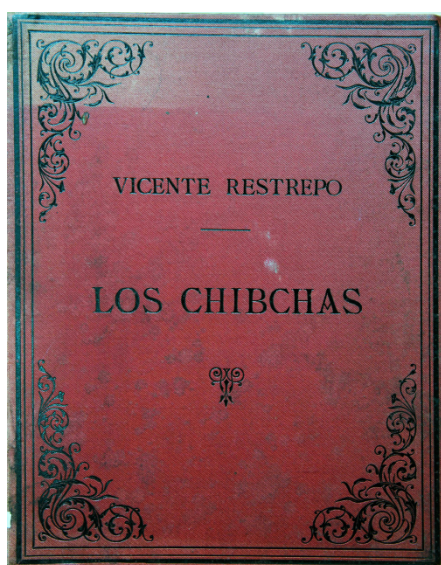


Imagen No. 32. Interior *Los Chibchas*, Lámina XXIII



Fuente: Vicente Restrepo (1895). *Los Chibchas antes de la Conquista Española*, Atlas Arqueológico, París: Librería Garnier Hermanos

5.2.2 De legados familiares: Ernesto Restrepo Tirado

Si bien la labor de Vicente Restrepo, tanto a nivel político como editorial, fue preponderante durante el último cuarto del siglo XIX, su hijo Ernesto Restrepo Tirado (1862-1948) también iniciaría sus incursiones en el campo de la investigación histórica y arqueológica en estos años, aunque su trabajo tendría una mayor incidencia hacia la primera década del siglo XX²⁵⁰. Al igual que su padre, Restrepo Tirado viajó a París en 1875 por estudios y regresó a Colombia en 1877. Participó junto con su progenitor en

²⁴⁹ Vicente Restrepo presenta en su Atlas unas patenas que fueron “obsequiadas por el señor Vicepresidente de la República D. Miguel Antonio Caro, á su Santidad León XIII, junto con otra muy semejante”. Además, en su Atlas Arqueológico figuran muchas de las piezas que al parecer fueron a las Exposiciones de 1892 y 1893.

²⁵⁰ Estudiaremos el papel que cumplió Ernesto Restrepo Tirado al frente del Museo Nacional de Colombia.

las Comisiones de las Exposiciones de Madrid y Chicago.

El padre señalaba, en la biografía que redactó sobre su hijo en el prólogo del libro de este último, titulado *Estudio de los aborígenes de Colombia*, publicado en 1892, que en 1885, cuando su hijo apenas tenía 23 años comenzó a conformar su colección de antigüedades indígenas y empezó su afición por los estudios arqueológicos. Hacia 1887, Restrepo Tirado fue comisionado en 1887 por la *Compañía Minera del Darién* para hacer un viaje al interior de esta región; a su regreso, publicó en el *Repertorio Colombiano* la relación de su viaje, en donde describe las “costumbres” de los indios darienitas a quienes observó muy de cerca, “procurando inspirarles confianza para ganar su voluntad”. Desde 1891, tras su regreso a Bogotá, colaboró con varios artículos, particularmente sobre los quimbayas, en la *Revista Literaria* de Isidoro Laverde, que luego se transformaron en sus escritos publicados en 1892: *Estudios sobre los aborígenes en Colombia y Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*.

En el primer libro de Restrepo Tirado, preparado en el marco de la exposición de 1892, el autor cuenta su viaje por los territorios colombianos e incluye algunas descripciones sobre los pueblos, haciendo alusión a las crónicas coloniales y a la existencia de esos mismos pueblos en el presente. En una segunda parte de este libro, incluye notas sobre las tradiciones y costumbres religiosas, por ejemplo, en el capítulo cuarto, el autor explica el “simbolismo chibcha” a través de la descripción de los objetos presentados en la exposición de 1892, para ello usa el catálogo fotográfico realizado por el fotógrafo Julio Racines, en donde figuran tales piezas.

La segunda publicación de Restrepo Tirado fue presentada en el marco del congreso de americanistas, realizado a la par de la exposición de Madrid. En ella el autor pone énfasis en los objetos de oro Quimbaya; si bien intenta describir algunas características de este pueblo, la mayor parte de descripciones son acerca de las piezas de oro y la labor de estos indígenas con dicho metal,

“Los ríos que surcan esta provincia arrastran oro; mas no el suficiente para la fabricación de las alhajas que cada indio poseía á profusión. Las tribus vecinas suministraban el precioso metal en cambio de sal que tanto abundaba aquí. Los artífices quimbayas ponían especial esmero en la

fabricación de los pendientes para las orejas y las narices. Eran verdaderos joyeros preocupados siempre por crear modelos nuevos para su clientela. Cada vez que se cava una rica guaca se sacan á luz nuevas formas, las más de ellas de esmeradísimo trabajo” (Restrepo Tirado, 1892: 33).

El autor sigue describiendo cada una de las piezas, sus formas y funciones, incluso señalando la dimensión y el peso de cada una, como lo harían en el *Catálogo* de 1892, pero con algunas especificaciones de las costumbres, religiosidad, gobierno, idioma, agricultura y festividades de estos indígenas. Además en dicho trabajo, Restrepo Tirado hace un estudio –acompañado de gráficos– de los tipos de enterramientos indígenas.

Hacia la década de 1880, la presencia de su padre en la política se acrecienta con la entrada en el poder de Núñez y el gobierno de la llamada *Regeneración*. La cercanía al escenario político, por la labor de Vicente Restrepo en varios cargos de gobierno, hizo que su hijo se vinculara a este ámbito, así, para el año de 1888, fue encargado por el Gobierno del Consulado de San Francisco de California, para después viajar a Francia a visitar la Exposición Universal de 1889. En 1890 viajó a México donde conoció a Leopoldo Batres, director del Museo Nacional y reconocido como el fundador de la arqueología moderna del país del norte. Luego de sus incursiones tempranas en los temas de investigación histórica, Ernesto Restrepo publica los siguientes títulos: *Los Quimbayas* (1912), *Descubrimiento y Conquista de Colombia*, (1917-1919) en tres tomos; *De Gonzalo Jiménez de Quezada a Don Pablo Morillo* (1928); *Historia de la Provincia de Santa Marta* (1929), entre otros. Su labor más destacada la cumplirá al frente del Museo Nacional de Colombia hacia la segunda década del siglo XX.

5.2.3 Del ethos áureo antioqueño

¡Que modesto libro que he escrito, movido por un sentimiento de amor patrio, contribuya a hacer conocer las riquezas de Colombia, ensanchando los horizontes de su porvenir! Esta es mi más vehemente aspiración.

Vicente Restrepo, *Estudio sobre las minas*, 1888, pg. XVI.

El imaginario sobre el oro en la región de Antioquia y el Quindío tiene larga data. A inicios del siglo XIX, el pensador ilustrado José Manuel Restrepo se refería a la presencia del mineral en la zona, ponderando las bondades del mineral y sus usos provechosos en un contexto más internacional. En su ensayo de 1809, titulado *Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia*

en *El Nuevo Reino de Granada* menciona lo siguiente sobre la región,

“Toda su extensión está llena de minas de oro corrido. La cordillera del Quindío, que forma la zona oriental, tiene muchos minerales. Las arenas del Porce, del Cauca y del Nechí, son verdaderamente de oro. Del Valle de los Osos y de los montes, se extraen todos los años grandes sumas. En una palabra, apenas hay arroyo, quebrada o río donde no se encuentre el más preciosos de los minerales”. (Restrepo citado por Escobar, 2009: 55)

La zona de Antioquía y las regiones aledañas se habían convertido, para la segunda mitad del siglo XIX, en un área económica en ascenso. Tanto el café como el comercio de metales preciosos le aseguraron una presencia en el comercio mundial. Como lo señala María Mercedes Botero²⁵¹, a partir de la 1880, Medellín se convierte en una zona privilegiada en el comercio aurífero; ya para esa década funcionaban tres casas de fundición y ensaye establecidas por los comerciantes, entre las cuales se encontraba la de nuestro personaje, Vicente Restrepo. Esta autora hace hincapié en la importancia de la inserción de estos actores en circuitos internacionales, vinculados a Londres y París, a través de su manejo diestro en el conocimiento de los metales, así como de las técnicas metalúrgicas. En una época en donde el oro²⁵² se había convertido en el patrón del sistema financiero mundial, el manejo de estas destrezas les aseguraba, a los actores involucrados, una presencia, prestigio y movilidad económica, social y política importante para el país, tanto nacional como internacionalmente.

Su obra titulada *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* es una de las publicaciones más conocidas de la carrera de Vicente Restrepo, no sólo por el reconocimiento que obtuvo, sino también por el número de ediciones que se realizaron desde 1884, 1888, 1937, 1952 hasta 1979. En las felicitaciones que recibió por su primera edición, consta la de la Cámara de Representantes, en la sesión del 7 de mayo de 1884, en donde se consideraba que su producto editorial,

“traerá inmediatos beneficio por el interés que hoy despiertan en el extranjero y en el país las empresas de explotación de las ricas minas que existen en el territorio colombiano, las cuales hace conocer el señor Restrepo fundado en hechos histórico y con singular maestría, en su

²⁵¹ Estos laboratorios eran: Fundición y Ensaye de los Mineros de Antioquia, Laboratorio Químico y Fundición del Norte, y Laboratorio Restrepo Escobar. En María Mercedes Botero (2007: 127).

²⁵² Es interesante también señalar la importancia que tuvo el oro en la conquista de los territorios del oeste en Estados Unidos entre 1844 y 1855, conocida como la *California gold rush*.

notable trabajo” (Restrepo, 1888: 328).

Además se señaló la necesidad de traducirla al inglés para introducirla en los periódicos más importantes de Inglaterra y Estados Unidos, para lo que se comisionó a César Conto. Lo interesante del relato de Restrepo es el potente filo histórico presente en toda la publicación: uso de referencias de fuentes documentales, autores, cronistas, visitas y caracterizaciones del territorio y la descripción de la empresa de la conquista en la zona. El autor muestra, además, su capacidad de recopilar información histórica y de corroborar zonas de producción en su momento, ubicando desde las técnicas prehispánicas hacia las coloniales y contemporáneas. Su labor como investigador es destacada,

“Pasé algunos meses en la Biblioteca nacional consultando los libros, crónicas y manuscritos que podían darme alguna luz y suministrarme materiales. Luego examiné algunos documentos en el Archivo histórico de la Biblioteca; de allí pasé al rico Archivo colonial, que reposa en el edificio de Santo Domingo, donde registré o descifré centenares de expedientes relativos a las minas. No contento con esto, me puse en relación con cuantas personas podían darme noticias exactas o franquearme documentos: muchos de los más importantes que consulté los hallé en manos de particulares” (Restrepo, 1888: XI).

En este relato se muestra un pasado de riqueza, del oro y plata como protagonistas, así como de su utilidad en la explotación que logra dilucidar la potencialidad de regiones como las de Antioquia, a las cuales dedica sendas páginas de su libro. En otros relatos recoge testimonios del Chocó y la labor de los jesuitas hacia el siglo XVII: “porque la tierra toda va sembrada/ de venas caudalosas de bueno oro,/ vistas y cateadas por los nuestros/ en diferentes ríos y quebradas” (Castellanos citado por Restrepo, 1888: 52). El oro es el fundamento del pasado por riqueza y del propio porvenir, decía Restrepo, “el día que sus hijos se entreguen con afán á la lucrativa tarea de remover sus aluviones y de explotar sus filones de oro y plata”. Como bien lo señala Foucault,

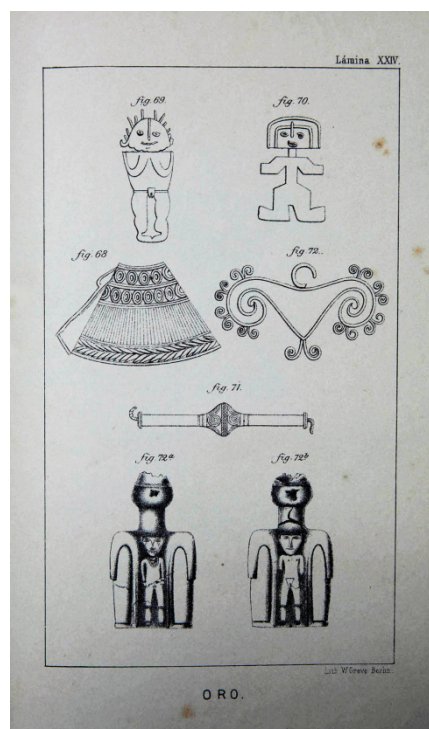
“el oro no es más que el signo y el instrumento usual para poner en práctica el valor de las cosas; pero la verdadera estimación de éstas tiene su origen en el juicio humano y en la facultad que llamamos estimativa [...] Las riquezas son riquezas porque las estimamos, así como nuestras ideas son lo que son porque nos las representamos. Los signos monetarios o verbales se les dan por añadidura” (Foucault 1971 [1968]: 173-174).

Junto con el café, los metales preciosos fueron uno de los factores de crecimiento de la economía colombiana decimonónica, asegurando para este país su presencia en el mercado internacional: oro para el presente y oro para el pasado, ambos como claves de prestigio del país. Por ello, no nos extraña que en una de las partes de su libro, recoja una serie de declaraciones de viajeros extranjeros sobre el oro colombiano desde la colonia hasta el siglo XIX, y concluye: “Terminaremos este capítulo compuesto con datos suministrados todos por extranjeros, invitando á éstos á que vengan á explotar las riquezas que encierra nuestro suelo.” (Restrepo, 1888: 75).

Imagen No. 33. Contratapa libro de Manuel Uribe Ángel sobre Antioquia²⁵³



Imagen No. 34. Interior imágenes del libro



Fuente: Manuel Uribe Ángel titulado (1885), *Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, París: Imprenta de Víctor Goupy

Restrepo articula su actividad minera a la investigación histórica y al trabajo de archivo: los documentos le proporcionan datos útiles y prácticos para localizar minas de oro y plata, y a la vez, la permiten un mayor conocimiento técnico sobre los metales. No

²⁵³ Observamos dos imágenes del libro de Manuel Uribe Ángel titulado, *Geografía y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, 1885. Es interesante ver cómo la figura del conquistador español Robledo aparece en medio de figuritas precolombinas de cerámica y oro (parte izquierda). En el lado derecho de la imagen tenemos la representación de varias piezas precolombinas, tituladas solamente como “oro”.

obstante, también este acercamiento le permitió formular algunas tesis sobre los indígenas –o “tribus bárbaras” como las llamaba–, de la zona de donde extraía las piezas y de lugares de actividad minera por tradición. De hecho, el *Catálogo* es una muestra de este ejercicio ubicuo de producción de conocimiento sobre la zona y sus potenciales intrínsecos. El nexo de *minería-territorio-pasado*²⁵⁴ se activa y opera como proveedor de conocimientos, enmarcados en el vínculo primario de este tipo de indagaciones²⁵⁵. Ese oro, que como metal estudiado tiene un valor de transacción, se transformará después en objeto: uno ya cargado de valor por su material y que desde la confección de una mirada sobre el pasado y las conjeturas elaboradas desde él, también se convertirá en evidencia “civilizatoria” de la vida de la región.

5.2.3.1 ¡Batatabatí!²⁵⁶: Los indios y el oro

“De esta pequeña nacionalidad, que sobresalía entre todas las tribus colombianas por su amor al arte, no nos quedan sino escasos recuerdos; de su lengua sólo se conservan unos pocos nombres propios y una palabra que resume su efímera existencia: ¡batatabatí! Es decir, ¡ea! ¡juguemos, gocemos, pasemos alegremente la vida!”

Vicente Restrepo y Ernesto Restrepo Tirado, *Catálogo*, 1892.

Vicente Restrepo hace uso de las crónicas de los españoles para caracterizar la riqueza del territorio antioqueño; así, anota que en una de ellas se señalaba que los habitantes de

²⁵⁴ Miruna Achim ha estudiado el caso de William Bullock en México. Este viajero publica en 1823 los libros sobre México y organiza en Londres la primera exposición, recreando el ambiente de México antiguo. Bullock plasma la imagen de un México grávido en oportunidades y que solo un viajero emprendedor podría convertir en fortuna segura. Él trabajaba la idea de una cercanía entre la antigüedad mexicana y la egipcia. Para Achim: “Para Bullock, desenterrar ídolos era un pasatiempo que se nutría de la misma convicción que movía su actividad principal en México, la especulación minera: la certeza de que las riquezas argentíferas o culturales de México no eran muy evidentes para los mexicanos mismos y de que ambas permanecerían sumidas en el olvido y en el abandono hasta que alguien como él, intuyendo su valor, las reclamara.” (Achim, 2013: 100). La diferencia con el trabajo de Restrepo es quizá el halo nacional que va a configurarse alrededor de los vestigios precolombinos, estos nexos se tensionan en distintos horizontes, el de un viajero “extranjero” y el de un político, minero y además historiador de la “patria”.

²⁵⁵ Empero, este nexo de mineros parece no ser el único, en una carta recibida por Liborio Zerda en 1882, y publicada en su texto sobre los Chibchas, un señor Manuel Vélez, antioqueño y antiguo propietario de minas en esa región, le señala una circunstancia particular respecto a su colección de piezas arqueológicas, y manifiesta su interés en que ella debería reposar en algún lugar, en un museo.

²⁵⁶ Según Restrepo Tirado la palabra “batatabatí” “resume el carácter de aquel pueblo frívolo (...) era la máxima de su moral y sobre ella arreglaban su conducta”. Hemos elegido este vocablo como subtítulo puesto que nos remite a las maneras en que desde la mirada del “intelectual” se seleccionan las imágenes que quieren reconstruir el sentido de un pueblo. La construcción de esta alteridad no puede acercarse a las maneras en que el pasado como representación da cuenta de cómo los sujetos son vistos en la historia desde la óptica del pensamiento civilizado. La caracterización de pueblo “frívolo” da cuenta más del relator que del relato (Restrepo Tirado, 1912: 30).

la zona, “eran y son riquísimos de oro á maravilla. Cuando los descubrimos me acuerdo se vieron indios armados de oro de los pies á la cabeza” (Restrepo, 1888: 7). Esta figura relacionada con la estética de los indígenas aparece también en el estudio de Ernesto Restrepo (1912) sobre los quimbayas: indios que se cubren de oro para todos sus quehaceres.

“El indio acudía á la pelea como á sus fiestas, aderezado con sus principales riquezas. ¡Qué hermoso aspecto debía de presentar un batallón de aquellos fornidos guerreros, flotando al viento los hermosos penachos de plumas y luciendo al sol *las coronas de oro y los bruñidos cascos; las placas que cubrían sus pechos á manera de grandes medallas;* los fotutos é instrumentos de oro; las narigueras, los pendientes, los collares, las fajas que engalanaban las narices, las orejas, las gargantas, las cinturas, los brazos y las piernas; *los pequeños adornos de oro que brillaban en sus maures; y levantándose por encima de aquella plumajería las banderas recargadas de dijes de oro!* ¡Y qué ruido tan agradable e que éstas producirían cuando el viento las hacía ondular, uniéndose al tictac metálico de las chagualetas, el ruido de los cascabeles y carreteles que á profusión adornan las banderas y vestidos!” (Restrepo Tirado, 1912: 42)²⁵⁷.

El indígena quimbaya aparece valorado en su componente estético vinculado al oro y en todas aquellas actividades que rodean su exposición pública, imaginada en las crónicas y a través de la materialidad de los objetos sobre los cuales se elabora su representación. En cierto sentido, como lo señala García Botero (2010), estos letrados decimonónicos trabajan sobre un “modelo idealizado de belleza” sobre el cual elaboran una densidad estética que es valorada.

Las piezas de la colección quimbaya pertenecen a esta región del Quindío y fueron recuperadas por los huaqueros que las encontraron. Los colectores de la conmemoración del descubrimiento no dudan de su autenticidad, es más, señalan que está colección que adquiere el gobierno colombiano “está comprobada con un expediente lleno de declaraciones de testigos que presenciaron la extracción de las bellas piezas que la forman, de las guacas del sitio de La Soledad, cerca de Finlandia” (1892: XII).

²⁵⁷ Estas descripciones aparecen tanto en la *Revista Ilustrada* de 1892 (en varios números), así como en las conferencias presentadas por Restrepo Tirado en el Congreso de Americanistas en 1891 y publicado el año siguiente, titulado *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta La Luz, 1892. Las cursivas son nuestras.

De esta manera, la conservación de antigüedades como testimonios o huellas son nociones de pensar el pasado desde la acumulación, comparación e inducción y se contraponen a la formas utilitaria de uso del metal pensado desde actividades como la minería o la propia gaaquería a la que indirectamente o directamente están vinculados, aunque su peso en intercambio comercial era mediado por su potencia como fuente de riqueza (presente o pasada). Ambos escenarios son contingentes a la época y, como veremos adelante, son parte de toda una serie de transacciones que, por y con el oro, se realizaban en la época.

Así, este metal, encontrado y valorado en piezas del pasado, emprendió su recorrido hasta la *Exposición Histórico Americana de Madrid* para el escaparate de Colombia; en ella se pretendía mostrar la majestuosidad del país y de su pasado histórico. El objetivo era cívico pero a la vez científico, los sabios debían ver las riquezas de estos pueblos desde esta óptica; en cierto sentido es la nación vinculada a la estética áurea de su riqueza simbólica. La reciprocidad negativa que deambula en estas transacciones da cuenta de las maneras en que los vestigios se articulan a los discursos históricos locales y universales. El mito o la leyenda colonial de *El Dorado*, materializada en la estrategia expositiva, llegó a España para participar de las fiestas por la conquista y la civilización hispánica.

El pasado, desde esta perspectiva, se va transformando de materiales a objetos que rotan y se clasifican en colecciones, a la vez que permiten construir imaginarios sobre el tiempo pretérito. Como mencionábamos anteriormente, al hablar de la importancia de entender lo que significa “hablar” de estos “objetos científicos” como lugares “epistémicos”,

“en el campo más amplio de la cultura material y de las prácticas, incluyendo el reino de la instrumentación y de los medio de inscripción así como los modelos a los cuales estos objetos se conectan y los conceptos fluctuantes a los que están unidos.” (Rheinberger en Podgorny, 2013: 17).

De esta manera, estos “objetos”, que existen y cobran sentido en sus vínculos del “ser coleccionados” como datos de una existencia en el pasado, actúan como evidencias probatorias de un devenir construido en el discurso. La práctica de colección se

convierte en un tipo de “sistema experimental” en tanto que incorpora a estos objetos científicos, articula un análisis que da cuenta de su ubicación, además de clasificar mediante imágenes y datos, así como de respaldar los relatos mediante el estudio de las crónicas coloniales, como las de Cieza de León o de Fray Pedro Simón.

Lo interesante de esta valoración de las piezas de oro y su apreciable técnica realizada por estas tribus “bárbaras” se balancea con la compleja labor que el propio Vicente Restrepo realizaba en la minería²⁵⁸. El nexo tierra-mina-riqueza como proveedor de metales sin duda se enmarca en el vínculo primario de este tipo de indagaciones²⁵⁹. Con esto queremos decir que es remarcable cómo en las declaraciones, que se encuentran en el catálogo respecto al continuo trabajo de fundición de metales preciosos -realizado por casi veinte años “dirigiendo en Medellín un Laboratorio”, en donde “tuvo la ocasión de ver la mayor parte de las alhajas de oro que en ese espacio de tiempo fueron extraídas de las guacas antioqueñas”-, señala que “jamás vio una sola cuyo aspecto delatase el estilo chibcha ó el Quimbaya” (1892: X): estas fueron adquiridas y fundidas, tuvieron un sentido utilitario con fines mercantiles porque no estaban identificadas con los grupos que eran “reconocidos” como importantes para la investigación o relacionados una trayectoria histórica como los chibchas y quimbayas. Las aseveraciones del propio Restrepo sobre la actividad de su laboratorio pueden dar cuenta de la cantidad de material al que tuvo acceso y sobre el cual investigó, sirviéndose de archivos, documentos antiguos y publicaciones que contaban las maravillosas riquezas de aquellas tierras y sus indios.

Estas elocuentes declaraciones nos hacen pensar en el interés volcado en las piezas que, además de ser antigüedades, eran de oro, y la manera en que este metal va construyendo una valoración específica sobre estas poblaciones del pasado y su cultura material desde prácticas de distinta índole: la minería, la comisión de exposición o la propia g.uaquería.

²⁵⁸ Nos llaman la atención los datos recogidos por Daniel Restrepo (1939) –en sentido autobiográfico del mismo Vicente– donde señala que la minería es, sin duda, la “fecunda fuente de riqueza para Colombia” y para su progreso. Así, sus investigaciones sobre este campo específico lo acercaron hacia otro lugar, el reflexionar sobre la historia de las minas en el país, para lo cual tuvo que remitirse a un trabajo de archivo. Sus estudios deambulan en el tipo de “utilidad” o “uso práctico” de la minería como fuente de riqueza hacia una mirada sobre el pasado que se asienta sobre la riqueza de los materiales particularmente del oro y la plata. Es interesante mirar la densidad que alcanza su conocimiento técnico sobre metales.

²⁵⁹ Empero, este nexo de mineros parece no ser el único pues en una carta, recibida por Zerda en 1882 y publicada en su texto sobre los chibchas, un señor Manuel Vélez, antioqueño y antiguo propietario de minas en esa región, le señala una circunstancia particular respecto a su colección de piezas arqueológicas, y manifiesta su interés en que ella debería reposar en algún lugar, en un museo.

Tenemos que recalcar la importancia que tenía la zona del Quindío dentro del oficio de la g.uaquería a partir de 1885, “año en que empezaron a sacar oro en distintas partes, a partir de esta época hubo un progreso en la g.uaquería, sin interrupción hasta 1914, en que ya comenzó la decadencia” (Arango, 1929: 10). Se señala, además, que de la zona de Montenegro sacan el oro “por quintales”, noticias que fueron difundiendo a lo largo de la nación y lo que hizo que la zona se convirtiera en un sitio predilecto para g.uaquear²⁶⁰. De esta manera, esta zona convertiría a la g.uaquería en el oficio por excelencia de la región; ése fue “un trabajo muy especializado: con sus reglas y lenguajes propios, se consideraba como una industria extractiva y se asimilaba a la minería (Gamboa, 2002: 71)²⁶¹.

En suma, el oro, y todo aquello que pueda ser asociado a él, se convierte en el patrón medible de la riqueza, tanto pasada como presente, así como el facilitador de estrategias de distinta índole: extractivas, científicas, económicas e histórico-culturales. Por ello, la figura imaginada de los “indios vestidos de oro”, de las minas llenas de oro, los territorios de riqueza aurífera, son puntos centrales para la comprensión de las formas de representación de una nación, que muestra un pasado de riqueza y negocia un presente constantemente, con base en los requerimientos económicos y disputas político-diplomáticas sobre los de territorios, como revisamos en el capítulo anterior. La construcción del valor sobre estos objetos precolombinos no radica en los sujetos indígenas históricos, ni en sus territorios de origen, sino que está, más bien, en el halo civilizatorio universal ligado al metal que los cobija y en su importancia en el desarrollo financiero y económico mundial.

Los *intelectuales-coleccionistas* de la región se movilizaron en redes de intereses diversos, donde el eje de ciencia y poder, operaba como enclave a partir del cual se fueron creando sentidos ligados a lo nacional. El pasado y los objetos vinculados con él

²⁶⁰ Como bien lo señala Gamboa (2002), Ezequiel Uricoechea fue uno de los primeros en dar testimonio sobre el oro y el saqueo en la región del Quindío hacia 1854, “Estos terrenos y sus comarcas son riquísimos en antigüedades. Como lo eran también en oro, la mayor parte de estas y de las de loza han tenido aficionados de gusto que las conservan. Sólo la Sociedad Colombiana de Minas ha sacado desde 1826 inmensas cantidades de oro labrado, encontrado por los habitantes en los sepulcros que frecuentísimamente descubrían” *Op. Cit.* pg. 62.

²⁶¹ Sobre la g.uaquería revisaremos sus nexos con el campo científico en el siguiente capítulo.

operan en una dimensión científica de investigación; sus restos se asocian a las comunidades científicas y sus discusiones en ámbitos como la antropología física, la craneología, la filología, la arqueología, ciencias que estudiaban la antigüedad del hombre sobre la tierra. Empero también se asocian a escenarios que podríamos considerar lejanos a su especificidad: el clero, la política y la minería. Estas particularidades de los *intelectuales-coleccionistas* andinos nos han posibilitado abrirnos a los espacios intersticiales del sujeto, justamente, los lugares en donde parecería no ensamblar el rompecabezas de sus historias, allí donde se construyen los cambios de sentido en relación con las antigüedades americanas y andinas especialmente.

De esta manera, el intelectual construye un discurso amparado en su potencialidad de observador, de su capacidad de realizar un trabajo de campo, de combinar sabiamente actividades que parecían disímiles –como podría ser el caso del obispo-arqueólogo, o del minero-arqueólogo– y ofrecieron a los círculos de poder, afincados en el gobierno, herramientas útiles para construir la idea de la nación. Periodizaron la historia, construyeron personajes, lugares de culto, objetos de veneración. Propusieron museos, exhibieron piezas, intercambiaron vestigios y les construyeron un valor hacia adentro. Publicaron sus investigaciones. Negociaron hacia fuera, muchas veces reconocidos como meros coleccionistas o informantes. En fin, sus tareas permitieron que esta práctica de colección y su agencia intelectual generasen una representación sobre el mundo, y particularmente, sobre la nación. Simbolizaron a través de objetos, las historias antiguas de las naciones decimonónicas, ubicaron a civilizaciones perdidas y les dotaron de un sentido para su presente.

TERCERA PARTE

SOCIABILIDADES, INSTITUCIONES Y ANTIGÜEDADES NACIONALES

Esta tercera parte de la tesis se ha estructurado en dos capítulos en donde exploraremos el escenario que permitió la configuración de la noción de “antigüedades nacionales”. En el *capítulo sexto* estudiaremos la gestión de Ernesto Restrepo Tirado, en el Museo Nacional de Colombia, y la de Max Uhle y Julio Tello, en el Museo Nacional del Perú. El análisis de estos casos resultó de la revisión de su gestión al frente de dichos museos financiados por el Estado.

Finalmente, en el *capítulo séptimo*, estudiaremos las condiciones del surgimiento de la *Sociedad de Estudios Histórico-Americanos* fundada por González Suárez en Ecuador en 1909 y haremos un acercamiento a uno de sus pupilos, Jacinto Jijón y Caamaño, gran coleccionista, historiador y arqueólogo de la época. Este último caso ecuatoriano, de raigambre privada conservadora y de proyección pública, nace en el complejo contexto liberal de la época, razón por la cual, le hemos prestado una particular atención en dicho capítulo.

CAPÍTULO 6. ANTIGÜEDADES NACIONALES I. SOCIABILIDADES, MUSEOS Y OBJETOS PRECOLOMBINOS POR UNA CULTURA NACIONAL ENTRE 1900-1915

“Todo se encadena, entonces: cuando un grupo de amigos del mismo oficio conversa, termina hablando de su oficio, y cuando habla de su oficio, termina hablando de los estudios y de la defensa del oficio, si aún no existe ninguna otra institución con ese fin”

Maurice Agulhon, *El círculo burgués*, pg. 113.

El nuevo siglo inaugura un tipo de sociabilidad especializada. Si el siglo XIX fue testigo de un tipo de *sociabilidad erudita* caracterizada por sociedades literarias y científicas que abarcaban un amplio espectro de actividades, la nueva centuria nos trae la proliferación de un espíritu especializado, centrado en el campo del reconocimiento del pasado como un lugar de acción específico. Sociedades o academias dedicadas a esta tarea, y museos nacionales con categorías de organización y clasificación en constante construcción y revisión, fueron elementos que caracterizaron a este proceso. En este contexto, las antigüedades o vestigios precolombinos serán tratados cada vez más como arqueología y su vínculo con lo nacional se volverá más estrecho, aunque no por ello menos conflictivo.

La importancia del desarrollo de la arqueología local, y de intelectuales que abogaron por el trabajo en esta disciplina en estos años, es trascendental. Como lo menciona Castro-Klaren, “la arqueología tiene la capacidad de, literalmente ‘enterrar’ a la gente dentro de la tierra y así establecer un enlace inalienable con el pasado como espacio vivido. Al hacerlo, también prueban lo que al colonizador no le pertenece”²⁶² (Castro-Klaren, 2003: 171). En este sentido, lugares emblemáticos se convierten en datos de observación y valoración, son una especie de *archaeospace*, concepto utilizado por Castro-Klaren para explicar cómo la perspectiva arqueológica transforma la nación o el territorio de la nación en un campo de la memoria sobre áreas culturales identificadas alrededor de ruinas, templos, ciudades, etc. En nuestro caso, proponemos que la

²⁶² Original del inglés: “Archaeology had the capacity to literally ‘dig’ the people into the ground and thus establish an inalienable link to the past as lived space. In doing so it also proves that the colonizer does not belong.” Traducción nuestra.

construcción de este campo disciplinar tiene, en el escenario museístico, el lugar desde donde se despliegan una serie de estrategias que definen las fronteras de lo científico y a los objetos como portadores de evidencias para la construcción discursiva de ese pasado antiguo de la nación.

En estos años hablamos también del surgimiento de una preocupación técnica sobre la extracción de los objetos, su procedencia, y la necesidad de promocionar a la excavación como una práctica científica versus el mero *huaquerismo*, ambas instancias que comienzan a vislumbrarse como equidistantes y contradictorias. En estos años existe también una efervescencia por periodizar la historia de la nación, estableciendo sus orígenes y devenir en el tiempo. Para el caso de Colombia y Perú, el Estado auspicia muchas de estas iniciativas de manera intermitente, a veces esquiva, pero derivada del interés por desarrollar un proyecto de cultivo público de esas antigüedades nacionales²⁶³. Actores fundamentales como Max Uhle, Ernesto Restrepo Tirado y Julio Tello, constituyen los hilos que forman parte importante de esta trama sociocultural en los primeros quince años del siglo.

En esta parte de nuestra investigación conectaremos estas dos experiencias andinas en torno a la construcción de un tipo de sociabilidad formal, aquella ligada a la configuración de disciplinas humanísticas y a la determinación de su rango de acción pública e institucional. Ingresaremos entonces a las formas de sociabilidad que surgen con la formación de los institutos y academias de historia y la continua necesidad de especialización de las ramas de investigación sobre el pasado, particularmente aquellas asociadas con los objetos indígenas antiguos y la institución. En este sentido, miramos al museo como un lugar privilegiado que alberga dichos restos y que aparecerá como eje articulador de estos discursos, además de convocar a personajes que emergen como los legítimos portadores del saber sobre estos vestigios del pasado.

Este capítulo se ha organizado en dos apartados. En la primera parte, hemos establecido ciertos puntos de conexión entre el desarrollo de la gestión del museo nacional

²⁶³ En ambos países los museos nacionales aparecen a la par de la república, en la época independentista. Para el caso peruano, el decreto supremo del 2 de abril de 1822, el General San Martín firma el nacimiento del Museo Nacional en la ciudad de Lima. En Colombia aparece cuando el congreso expide la Ley de creación del Museo Nacional el 28 de julio de 1823. El proceso del museo ecuatoriano dista mucho de sus pares andinos y no se concreta institucionalmente hasta bien entrado el siglo XX, por ello lo trabajaremos como un caso aparte.

colombiano a finales del siglo XIX y el surgimiento de la Academia de Historia y Antigüedades Colombianas a principios del siglo XX. En ambas instancias pondremos un acento en la participación de Ernesto Restrepo Tirado como gestor de las colecciones de objetos precolombinos, así como de las transformaciones y problemas que surgieron en el ámbito museístico. En la segunda parte, nos acercaremos al establecimiento del Instituto Histórico del Perú y la importancia dada al Museo Nacional como ente preservador de la memoria nacional. En los primeros años de su reapertura, el museo tuvo como directores a Max Uhle y a Julio Tello, ambos considerados como personalidades relevantes dentro de la arqueología peruana. Nos interesa indagar su gestión en estos escenarios, así como la importancia que le dieron a la conformación de colecciones nacionales y la promoción de su estudio.

6.1 Museo Nacional: la experiencia colombiana en el ocaso decimonónico

La experiencia colombiana en el campo museístico es bastante particular para el contexto andino, debido a la preocupación que existió por generar tempranamente colecciones y guías de museo hacia el último cuarto del siglo XIX. El contexto en el cual se vivenció dicha experiencia fue el del proceso político conocido como *La Regeneración* que, sin duda, estuvo amparado por el creciente interés en la ciencia y en la construcción de una historia patria. Para este momento, apareció una figura importante en la gestión del pasado que resguardaba la institución museística, el intelectual Fidel Pombo (1837-1901), uno de los personajes más relevantes en el proceso de reconfiguración del Museo Nacional de Colombia a finales del siglo XIX.

En el año de 1881, con Ricardo Becerra como secretario de Instrucción Pública, se solicitó la reorganización de la institución, nombrando a Pombo como el encargado de esta agenda. En aquel entonces, Genaro Valderrama fue comisionado para la sección de botánica y en las ramas de Arqueología, Historia Patria, y Pintura, se designó a Saturnino Vergara²⁶⁴. Es interesante recalcar la labor de Becerra en la gestión de este espacio. Como bien lo señala Amada Carolina Pérez, él estuvo involucrado en la solicitud de objetos a los distintos estados, lo que perfilaba de alguna manera las formas

²⁶⁴ Conviene señalar que Genaro Valderrama, botánico y escritor, había sido director del museo entre 1849 y 1853, años en los cuales el museo se encontraba en la ruina, “próximo a una completa destrucción por el polvo y la polilla” señalando además que “semejante descuido no es honroso para un país civilizado”, en Clara Isabel Botero (2006: 117).

en que se estaba pensando a la colección, desde antigüedades indígenas hasta objetos coloniales, la historia patria y la mineralogía. Estas formas organizativas mostraban las maneras de entender el pasado y eran un primer paso hacia el proceso de territorialización de la memoria histórica a nivel nacional (Pérez, 2010: 88). La dirección de Pombo duró un lapso de veinte años, en los cuales se publican dos guías del museo, en un intento de presentar y hacer públicos los recursos y registros existentes en este.

En las dos guías publicadas durante la gestión de Fidel Pombo, tituladas *Breve Guía del Museo Nacional*, de 1881, y *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*, de 1886, hurgamos alrededor del tratamiento dado a los objetos indígenas antiguos. Bajo el título “Objetos pertenecientes á los aborígenes, ó primitivos habitantes de Colombia”, Pombo proporcionaba una serie de características sobre los restos del pasado que reposaban en el Museo Nacional. En la descripción de los vestigios no se recogía información sobre el lugar de su pertenencia sino sobre todo por el tipo material con el que estaban elaborados. Se describía cada uno de manera breve, con algunos datos de los remitentes. Así, se señalaba la donación de una “estatuita”, tal como se menciona aquí, suministrada por el señor Carlos Manó, adherida a un listado numérico simple. En algunas secciones de la guía se hacía mención a la colección que el literato Jorge Isaacs había realizado y que contaba con piezas de los indígenas tanto antiguas como contemporáneas. Entre los donantes figuran el presbítero Antonio Castañeda de Tolima, el coronel Anselmo Pineda, el canónigo Doctor Piñeros, Pedro P. Pedraza del Arenal, el general Rafael Ortiz, Luis José Hoyos, Cayetano Cuervo, Julio E. Flores, León Gómez, Pedro Pardo Hurtado, Demetrio Valdez, Manuel Ancízar, Ignacio Osorio y una señora de apellido Raga.

Pombo compiló en estos catálogos los bienes existentes y adquiridos para el museo. En estas publicaciones incluyó algunas imágenes y copias fotográficas de algunas colecciones como las de Koppel, además de algunos objetos de arcilla, que según Liborio Zerda, fueron publicados como gráficas en el *Papel Periódico Ilustrado*. Además, se hacía mención a las fotografías que Julio Racines obsequió al museo nacional, en forma de láminas, realizadas para la exposición de 1892 y otras copias fotográficas de José M. Mejía (Pombo, 1886: 129). Es interesante observar cómo estas

fotos de objetos precolombinos entraron a formar parte de la colección en tanto bienes museísticos.

Imagen No. 35. Antigüedades de Colombia

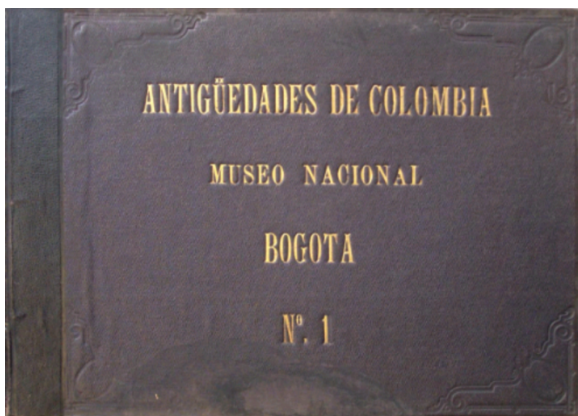
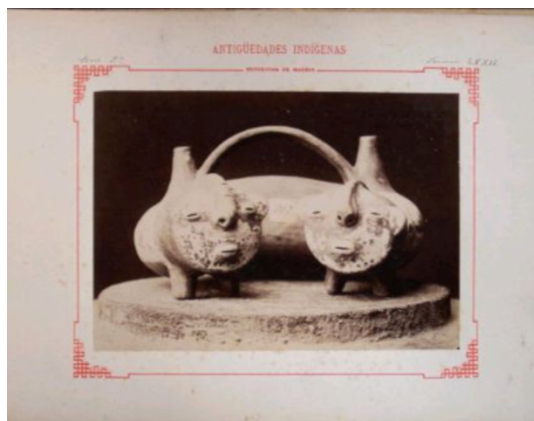


Imagen No. 36. Interior de Antigüedades de Colombia



Fuente: Julio Racines Bernal, *Álbum con veintinueve fotografías*, c.a. 1892.
Número de registro 5520 y 5520.031.
Archivo del Museo Nacional de Colombia, Bogotá

Al hablar de los objetos antiguos precolombinos, el entonces director del museo se refirió a estos como evidencias que permitían “averiguar las costumbres y las artes de los primeros pobladores del país”, señalando además que era necesario recoger dichos objetos “seguir completando nuestra historia antigua! Porque muchos de estos objetos han sido convertidos en “artículos de comercio” (Pombo, 1886: 119). Estas palabras de Pombo nos resultaron elocuentes puesto que presentaban la intención concreta de convertir los vestigios de estos pobladores en evidencias de una historia antigua, dejando de lado el vínculo comercial que por aquel entonces se aceptaba que tenían. En su texto, además, el director hablaba de cómo el resguardo de dichos materiales podía facilitar su “consulta pública” (Pombo, 1886: 119). En 1888, Pombo continuaba haciendo visible su preocupación sobre los objetos antiguos de los indígenas pues, en un informe al entonces ministro de Instrucción Pública, le notificaba lo siguiente,

“El aumento de objetos tanto históricos como curiosos y científicos para el servicio público, es la necesidad más urgente que tiene el Museo Nacional [...] Se han ido encontrando en nuestro territorio, muchas preciosidades de los aborígenes y se han ido perdiendo para el país, las más veces en manos de simples especuladores en esta clase de objetos. Por esta última circunstancia la colección arqueológica del Museo es menos que rudimentaria y su estudio le estará casi vedado á los colombianos por falta de estímulo y facilidades para hacerlo [...] Donde

podrán encontrar nuestros estudiantes ó los establecimientos de educación, colecciones públicas y bién ordenadas que consultar? Qué idea se formarán los extranjeros [sic] investigadores que vistan un Museo tan pobre en medio de tanta riqueza!”²⁶⁵

Esta necesidad de desligar el valor comercial del científico fue característica de finales del siglo XIX y, como ha señalado Podgorny, la distinción entre “prácticas correctas y espurias”, implicó “una pretendida subordinación de los intereses privados a los criterios de la ciencia y al reconocimiento de la autoridad del estudioso (Podgorny, 2005: 237). Fidel Pombo, como gestor de su museo, también se convertía en el custodio de los objetos anclados a las posibilidades pedagógicas y científicas de dichas evidencias al afirmar que se necesitan objetos y colecciones bien ordenadas para poder incentivar su estudio. Además, en otro informe que dirigió al ministro de Instrucción Pública, en junio de 1890, ya se ponía énfasis en la necesidad de realizar expediciones científicas en el campo de la arqueología (Botero, 2006: 122).

El ejercicio de excavación más conocido en la región andina, en aquel entonces, fue la realizada por Stübel y Reiss, hacia 1875, en Ancón. Desde esta experiencia encontramos que se va configurando un panorama amparado en la idea de la excavación como una práctica científica que se iba diferenciando, poco a poco, de la muy reconocida huaquería, típico oficio, por ejemplo, de la zona del Quindío²⁶⁶. Es importante ingresar en este escenario de transición a la esfera de la ciencia y analizar el papel desempeñado por el espacio institucional del museo frente a estas nuevas prácticas, ya que allí “se jugaría la definición de la identidad de los científicos versus la de los meros comerciantes y aficionados” (Podgorny, 2005: 237). De manera incipiente aún, la gestión de Pombo marcó su horizonte hacia esta dimensión, sin embargo, no fue hasta bien entrado el XX cuando se asentó esta noción de lo científico, su vínculo con la actividad museística y con las prácticas del coleccionismo.

²⁶⁵ AMNC. Bogotá, Vol. 000-25-27, 14 de agosto de 1888.

²⁶⁶ Si bien la práctica científica se irá configurando en las siguientes décadas, nos llama la atención cómo, hasta 1923, año en que se publica *Recuerdos de la gvaquería en el Quindío* por parte de Luis Arango, parecerá que la actividad científica seguirá dependiendo de ciertos conocimientos de los llamados huaqueros de la región. Conocimientos además, transmitidos de generación en generación y que son una constante en la extracción de piezas en esta zona. Por ejemplo, en una reseña publicada con motivo del lanzamiento del libro de Arango sobre la gvaquería, Miguel Triana rescata esta sabiduría para el afianzamiento de la labor de la ciencia en el campo de la arqueología. De hecho Arango reconocido huaquero y autor del libro señala como en Armenia, su hijo y su hermano Gabino Arango y Jesús María Arango, además de otros huaqueros como Ángel Toro, Ramón Buitrago y Carlos Agudelo han sido los “más afortunados buscadores de tesoros indígenas” además de haber recogido “pacientemente las tradiciones y conocimientos de tan curiosas artes antioqueñas”. Véase, Miguel Triana (1923: 209).

En 1892, año de la *Exposición Histórico-Americana de Madrid*, Vicente Restrepo envió 91 fotografías de los objetos remitidos que eran parte de lo recogido por la Comisión de la Exposición²⁶⁷. Irónicamente, cuatro años antes Fidel Pombo ya había señalado la necesidad de contar con objetos indígenas antiguos en el museo y en 1892 fueron regalados un número de 122 vestigios de oro a España, como parte del llamado Tesoro quimbaya. Si para un gestor como Pombo estos objetos eran fuentes de estudio y producción de conocimiento científico, para otros en la misma época, como Restrepo y su hijo, lo eran pero en cierta medida. Como ya señalamos anteriormente, Vicente Restrepo y su hijo Ernesto, en estos mismos años, fueron actores fundamentales en la comisión de protohistoria conformada para la conmemoración de 1892; ambos se preocuparon por escribir el *Catálogo* de la exposición y de algunos relatos históricos de las civilizaciones chibchas y quimbaya y, a la vez, estuvieron vinculados a la salida de los objetos a las exposiciones de Madrid de 1892 y Chicago de 1893, conociendo de primera mano el tipo de negociación diplomática y material que se realizó con ellos. Sin duda, el Estado, durante la gestión de Pombo, tuvo una “política vacilante” (Pérez, 2010: 89) frente al museo, y aunque este logró aumentar significativamente la colección, además de publicarla a través de la edición de sus dos guías, aún las formas de valoración de estos vestigios en la esfera pública era paradójica: su conservación dependía más de los intereses políticos y económicos que de los educativos *in sensu strictum*.

Para estos años, las comunicaciones que reposan en el archivo del museo muestran una fuerte preeminencia de la entrega de muestras minerales, además de existir una marcada preponderancia de la cesión de objetos vinculados a la temática de la independencia y sus próceres, así como de muestras botánicas y faunísticas del lugar. En los análisis estadísticos realizados por Pérez (2015) se señala que, a pesar de la importancia que tuvo para *La Regeneración* el periodo colonial y el consecuente hispanismo, para estos años los mayores ingresos de objetos al museo fueron aquellos que aludían a la independencia y república. De esta manera, la historia patria fundamentará en la gesta independentista el “mito fundacional por excelencia de la nación” (Pérez, 2015: 138).

²⁶⁷ AMNC, Bogotá, Vol.001-2-3, 12 de septiembre de 1892.

Fidel Pombo estuvo al frente del museo hasta su muerte en 1901. El nuevo siglo trajo nuevos cambios y personajes vinculados con la gestión museística y con la producción del conocimiento desde y por estos objetos. En los años siguientes, el museo fue administrado por tres personalidades interesantes del ámbito científico y político: Wenceslao Sandino Groot, Santiago Cortés y Rafael Espinosa Escallón. Hacia 1910 llega Ernesto Restrepo Tirado y, sin duda, la institución se torna hacia un enfoque pedagógico y científico, donde los objetos precolombinos, además de ser restos de la historia antigua del pueblo, serán artefactos científicos y evidencias para la construcción de un pasado para la nación.

6.1.1 Antigüedades, sociabilidades y museo

El contexto sociopolítico y económico de principios de siglo XX estuvo marcado por las condiciones de guerra y postguerra de la conocida *Guerra de los Mil Días*. El gobierno de José Manuel Marroquín, entre 1900 y 1904, fue crucial en la superación de esta crisis –a la que se añadió el conflicto con la independencia de Panamá en 1903– mediante la generación de algunas medidas para promover un sentido de unidad nacional. En esta primera década existió un hecho que marcó las formas de gestionar el pasado y fue el surgimiento de la Academia de Historia y Antigüedades Colombianas, por resolución del 9 de mayo de 1902.

Esta entidad tuvo su órgano de difusión en el *Boletín de Historia y Antigüedades. Órgano de la Comisión de Historia Nacional*. En su primer número, de septiembre de ese mismo año, se publicó la resolución número 115 por la cual se establecía dicha comisión de historia y antigüedades patrias y en la que se señalaba,

“El Ministerio procederá á organizar, como núcleo y principio de *Academia de Historia y Antigüedades Colombianas*, una COMISIÓN de hombres doctos y diligentes, á cuya solicitud confiará: el estudio de las antigüedades americanas y de la Historia Patria en todas sus épocas; el allegamiento y análisis de los materiales propios de tales estudios; la fundación de museos y el aumento del que existe en Bogotá; el arreglo, conservación y formación de índices de los archivos públicos y de los de propiedad particular, cuyos dueños quieran generosamente ponerlos á disposición del Gobierno para los estudios antedichos; la dirección de la *Biblioteca de Historia de Colombia*, cuyo primer volumen está ya en prensa y que ha sido fundada para sacar á luz los manuscritos valiosos; el

cuidado y conservación de monumentos históricos y artísticos, en cuanto ello corresponda al Ramo de Instrucción Pública; y el estudio de los idiomas, tradiciones, usos y costumbres de las tribus indígenas del territorio colombiano, para lo cual se solicitará, previos los permisos del caso, la cooperación de los religiosos misioneros” (*Boletín*, 1902: 1).

Entre los miembros de la academia se encontraban, Eduardo Posada, Pedro María Ibáñez, Ernesto Restrepo Tirado, Carlos Cuervo Márquez, Santiago Cortés, Andrés Vargas Muñoz, Eduardo Restrepo Sáenz, Adolfo León Gómez, Antonio Mejía Restrepo, Anselmo Pineda, por mencionar algunos nombres. Estas formas de asociacionismo científico, ligadas al estudio del pasado, eran de carácter formal y estaban apoyadas por el Estado. Su función era establecer lazos sociales bajo la figura de un “pasado compartido” en una nación recientemente azotada por la guerra y la independencia panameña. En cierta manera, estos “hombres doctos” y letrados, a los que hacía referencia esta edición del *Boletín*, encontraron en la asociación,

“una forma de pedagogía cívica mediante la cual el ciudadano hace el aprendizaje de la cosa pública, constitutiva de la comunidad; la práctica asociativa, que por otra parte supera el ámbito de esas elites, se inscribe en una red de relaciones que rompe con el marco local de referencia e instaura un nuevo espacio de relaciones, a partir del cual, la sociedad se piensa como agregado de individuos racionales y el lazo social, como producto de un contrato voluntario.” (González, 2008: 37).

La academia surgió entonces como un tipo de sociabilidad, en este caso científica, de hombres letrados encargados del estudio de la historia patria y de la antigüedad americana. Entre sus objetivos estaba la promoción a través de distintos medios, fueran editoriales, convocatorias públicas, investigaciones, recolección de fuentes primarias u objetos “antiguos”, etc., que dieran cuenta del pasado de la cultura nacional. Es interesante a este respecto señalar que, en 1904, se fundó también la Academia Antioqueña de Historia, mostrando el mismo cariz de la bogotana en torno a los vestigios, afirmando que “por ignorancia y descuido habían desaparecido objetos”, además que “habían estado en riesgo constante de perderse”²⁶⁸.

²⁶⁸ Decreto 360 del 2 de enero de 1904 citado por Clara Isabel Botero. Esta autora señala la importancia de esta fundación de este núcleo antioqueño de historia y sus vínculos con la academia asentada en Bogotá. Ver, Botero, *Op. Cit.* pg. 194.

La indagación sobre el pasado fue el motor que movilizó a esta agrupación y desde donde se gestionó su injerencia en el horizonte de lo público. Esta intervención tenía varios frentes, por un lado, la promoción de una producción editorial visible en el *Boletín* y otras publicaciones; por otro lado, se encontraba la organización de varias actividades celebratorias de fechas cívicas como el centenario en 1910; y, finalmente, la preocupación en el cuidado de los repositorios de la memoria como los archivos, o en el caso que nos ocupa, de los museos.

Para aquel entonces se organizó una gran Comisión Nacional, subdividida en cinco subcomisiones, entre las que figuraban: histórico bibliográfica, arqueológica, artística y de antigüedades, etnológica y geográfica. Cada subcomisión tenía su labor específica en un terreno particular de acción fueran bibliotecas, archivos, museos o lugares monumentales. Para el caso de arqueología, esta subcomisión se encargó de los museos y objetos antiguos y estuvo integrada por, Bernardo Caycedo, José Cordovés, José Joaquín Guerra, Manuel Antonio Pombo, Ernesto Restrepo Tirado, entre otros.

Es interesante esta idea de “antigüedades americanas” puesto que la distinción entre la historia patria, como la historia de la nación desde su veta colonial, independentista y republicana, versus la amplitud del concepto de objetos antiguos americanos, en términos generales y de aquellos de la zona colombiana, nos da cuenta de la manera en que ese pasado es construido e imaginado. Esta distinción opera no sólo como diferenciador de los objetos o huellas de un pasado en particular, sino que supone un proceso de separación, “entre el pasado indígena y el pasado de la nación” logrando un proceso de “diferenciación [...] contundente, mientras que la historia patria era considerada un conocimiento útil en cuanto proporcionaba una enseñanza moral, el pasado indígena era una curiosidad, un mero ejercicio de erudición” (Pérez, 2015: 156).

No obstante, más que entenderla como un “mero ejercicio de erudición” nosotros consideramos que la matriz de investigación de estas antigüedades precolombinas se conectaba, sobre todo, con lo que se decía de ellas en las metrópolis y el interés transatlántico por los objetos de este tipo: en la idea del surgimiento y el asentamiento de una *comunidad científica* de carácter internacional en la que se vislumbra un pasado para la antigua humanidad. Las trayectorias de Adolph Bastian, Salomon Koppel y la continua salida de objetos hacia el Museo Etnográfico de Berlín, las ventas de varios

viajeros que estuvieron en Colombia como Wilhelm Sievers o Alfred Hettner, entre otros, hasta el caso de Konrad Theodor Preuss y Karl Theodor Stoepel ya entrado el siglo XX, muestran este tránsito hacia Europa y las tensiones a la hora de pensar dichas antigüedades adscritas al discurso de la nación y su tenencia en el escenario del museo²⁶⁹.

En esta línea vale la pena observar cómo la subcomisión de arqueología, de la que Restrepo Tirado era miembro, se encargó de velar por los museos como lugares particulares para guardar y resguardar los objetos antiguos en medio de estos tráficos mundiales. Muchos de los miembros de la Academia apuntaron a regular el oficio y las prácticas asociadas a él dentro de una disciplina académica. Según García Botero, en los textos de estos letrados se mostraba el disciplinamiento del discurso en el terreno de la historia, señalando la importancia que tuvo la educación y contacto con las comunidades científicas extranjeras, y de manera especial, con la Sociedad de Americanistas de París (García, 2010: 88).

En este nuevo contexto se fue inscribiendo poco a poco la labor del museo nacional. De hecho, Santiago Cortés, miembro de la subcomisión artística y de antigüedades, y Ernesto Restrepo Tirado, miembro de la subcomisión de arqueología y etnología, ambos directores en momentos distintos del museo, formaron parte de la academia. Entre las primeras acciones de los integrantes de esta se encontraban las autorizaciones de ingreso al museo para implementar, revisar y estudiar las colecciones. Por ejemplo, el ministro de Instrucción Pública en aquel entonces, José Joaquín Casas, el 26 de mayo de 1902, recién instalada la academia, envió una comunicación al entonces director Wenceslao Sandino Groot, señalando,

“Comunico á Ud. que los Señores General D. Reynando Caycedo, D. José María Cordovez Maure, Dr. Pedro Ma. Ibáñez, General D. Ernesto Restrepo Tirado y D. Manuel A. De Pombo, que componen la sección de Arqueología de la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias recién establecida por el Ministerio, pueden visitar el Museo cada vez que tengan necesidad”²⁷⁰.

²⁶⁹ Sobre el tema, Clara Isabel Botero ha desarrollado ampliamente la trayectoria de estos objetos y de cómo Colombia, o podríamos decir todos nuestros países andinos, se convirtieron en “proveedores de objetos prehispánicos”. Museos como el Británico de Londres, el Etnográfico de Berlín y el Trocadero de París fueron grandes receptores de este tráfico. Véase, Botero, *Op. Cit.* pg. 192.

²⁷⁰ AMNC, Bogotá, Vol.002-1. 26 de mayo de 1902.

En junio del mismo año el ministro Casas le notificó al director que también “los miembros de las secciones etnológica y artística de la Comisión de Historia Nacional han solicitado permiso para arreglar y clasificar en el museo los objetos relativos a sus estudios”²⁷¹. De esta manera, los objetos y documentos se convirtieron en el lugar de reflexión epistémica y se consideraron indispensables para poder “ilustrar la historia de Colombia”, como versaba en el documento del reglamento de la Academia Nacional de Historia. Además, en este mismo documento, se señalaba que su objetivo era la “ilustración” sobre los temas comprendidos en: la “historia de los aborígenes, de la dominación española y de la República, política, civil, eclesiástica y militar”. Así, se señalaba que para cumplir con estos fines era sumamente importante la “adquisición” y “acopio de documentos y materiales históricos”²⁷².

Durante estos complejos años y después de la muerte de Fidel Pombo en 1901, el museo estuvo regentado por el botánico Wenceslao Sandino Groot a quien siguió, en breve, Santiago Cortés y, más tarde, entre 1905 y 1910, Rafael Espinosa Escallón. En esta década, la colección del Museo Nacional se reorganizó a través de museos especializados. Así, en 1903, se creó el Museo de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Nacional, con base en las colecciones de arte del nacional. Poco más tarde, en julio de 1905, las colecciones botánicas que integraban el llamado herbario, pasaron a la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de la misma institución universitaria (Cuervo, 1997: 22). Para 1904, el Ministro de Instrucción Pública puso un acento especial en la necesidad de que el museo fuera una institución que maneje “objetos de verdadero valor histórico y científico”, consolidando de esta manera “la necesidad de seleccionar las piezas que llegaban y de conservar únicamente las que fueran valiosas para los fines que el establecimiento perseguía” (Pérez, 2010: 89). Este era el espíritu de especialización que surgía en los albores del siglo XX.

²⁷¹ AMNC, Bogotá, Vol.002-3. 17 de junio de 1902.

²⁷² *Reglamento de la Academia Nacional de Historia. Edición Oficial*, (Bogotá: Imprenta Nacional, 1909).

6.1.2 Incidencias en el museo

En la presentación del *Catálogo del Museo Nacional* de 1912, realizado bajo la dirección de Ernesto Restrepo Tirado, el historiador Pedro María Ibáñez, miembro de la Academia de Historia, escribía en su texto introductorio algunas consideraciones que Restrepo había tomado en cuenta cuando llegó a la dirección y que recogían los diez primeros años del museo a inicios del siglo:

“De 1896 a 1901 no existe ni una sola nota en el Museo. Desde su fundación hasta hoy no hay más que un copiadador de cartas y notas, el que llevó el señor Espinosa, de 1907 á esta parte. Las notas oficiales de la última década se reducen en su mayor parte, á la rutinaria frase: no hay fondos; á solicitar que sean prestados los objetos á particulares, á los círculos de la capital y á los organizadores de fiestas públicas y privadas. Son escasas las donaciones, y parece que varios Ministros quisieran acabar con la institución. A los salones, de suyo estrechos, se ordena que les quiten un parte; casi todas las colecciones mineralógicas se envían á la Escuela de Ingeniería: veintidós obras de arte –no fueron más porque no las había- va a formar la base del Museo de Bellas Artes; los herbarios son remitidos á la Escuela de Medicina. Por un centenar de objetos que han entrado al museo en la primera década de este siglo, se ha perdido, por causas varias, diez veces más: los de mayor valor” (Restrepo Tirado, 1912: IX-X).

Esta preocupación de Restrepo Tirado, señalada en el año 1912, en el que ya dirigía el museo, ponía el acento en la movilidad de los objetos, la poca estabilidad que tienen, la falta de fondos públicos y el poco cuidado en las donaciones y colecciones. A pesar de esta situación, en esta primera década, el museo se caracterizó por una labor preocupada, especialmente, en el ingreso de objetos de la llamada “historia patria”. Según Amada Carolina Pérez, entre 1902 y 1912 hay un notorio aumento de la colección en la sección historia patria, que representó un 47%, los objetos de historia natural en un 15% y el de objetos indígenas en un 11% (Pérez, 2015: 137). En 1907 Rafael Espinosa Escallón publica un *Apéndice a la Guía Descriptiva del Museo Nacional*, donde hizo un breve recuento de los últimos ingresos de objetos en el museo desde la última publicación de Fidel Pombo en 1886, casi veinte años antes; en la mayoría de sus descripciones básicas aparecía esta tendencia mencionada por la autora.

El 22 de enero de 1903²⁷³, Sandino Groot, el entonces director del Museo, le escribe al Ministro de Instrucción Pública para establecer un compromiso de “arreglo científico” de la colección existente en el museo. En dicha comunicación se recogían las críticas de Ernesto Restrepo Tirado –que mencionamos anteriormente– sobre la situación de la institución y sus acervos. En dicha carta, se señalaba que el señor Restrepo Tirado consideraba que en la institución “se guardan sin orden, ni clasificación objetos de gran valor y que con la venia del señor Ministro del Ramo debe emprenderse el arreglo científico, formando a la vez un completo catálogo”, y que con estas acciones el museo debía entrar en “clasificaciones científicas, dirigidas por personas idóneas”. Groot se defendía en su carta de tales acusaciones y señalaba los inconvenientes de haber recibido el museo en esas condiciones, ya que su antecesor, Fidel Pombo, al parecer tenía una “particular forma de organizar los objetos” y qué él no podía ignorar o mover a su antojo. Haciendo referencias a su profesión de botánico, Sandino Groot señalaba la importancia de saber clasificar porque,

“clasificar en Ciencias Naturales, es dar a las cosas el nombre científico que les corresponde en el orden natural al que pertenecen. Un naturalista puede tener confundidas sus colecciones, sin dejar por eso de tenerlas clasificadas”²⁷⁴.

Estas ideas de orden y desorden son paradójicas, pero dan cuenta de cómo se construye la autoridad del científico frente a la colección: la idea de tener confundida la colección, no por ello, no clasificada. El traspaso de los bienes al museo supondría la estandarización de dicha tarea y no debería depender de la resolución personal de la configuración de un autor, como mencionaba Sandino Groot que había hecho Pombo. No obstante, la crítica de Restrepo Tirado apuntaba justamente a esa necesidad de lograr un estándar ajustado a las herramientas que podían regularse desde la comunidad de científicos especialistas en el tema: estas representaban a las “personas idóneas” que mencionaba. Para contraponerse a esta crítica, el director Sandino Groot terminó señalando que el espacio del museo era realmente reducido, pero que finalmente las colecciones habían sido separadas un orden específico, es decir, de cómo el museo se había concebido desde la perspectiva de Fidel Pombo. De esta forma, el entonces

²⁷³ AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: informes 1891-1919. Bogotá. Carpeta 1, caja 1. Expediente: 1200.

²⁷⁴ AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: informes 1891-1919. Bogotá. Carpeta 1, caja 1. Expediente: 1200.

director Groot quiso desligarse de los ataques que recibía de Ernesto Restrepo Tirado, futuro director de institución museística.

En ese momento comenzaba a existir una suerte de malestar con respecto al orden de las colecciones, así como de sus formas de clasificación y los traspasos que se realizaban de los objetos hacia otros museos o instituciones, como por ejemplo, las de Bellas Artes y las colecciones botánicas que mencionábamos anteriormente. El asentamiento de una comunidad de estudiosos, que resguardaba, cuidaba y velaba por las formas en que se organizaban dichos acervos, marcó un nuevo momento en cómo, desde estas materialidades, se organizó el pasado, frente a un presente que necesitaba representar a la nación desde el museo nacional. Es importante señalar que, dada esta situación, el Ministerio del Instrucción Pública formuló la Ley 39 de 1903, en la que se “obligaba a todos los museos del país a organizar y enriquecer las colecciones de los museos existentes y hacer que se publicaran catálogos descriptivos de sus colecciones” (Botero, 2006: 196)²⁷⁵.

Además, en la época también se comenzaron a hacer interrogantes sobre el papel del museo frente a los distintos públicos que asistían. En este aspecto, tampoco parecían claras aún las reglas del juego. El 2 de mayo de 1910, el entonces director Rafael Espinosa Escallón, se quejaba al Ministerio de Instrucción Pública por una nota sobre el ingreso de las personas al recinto, a lo que Espinosa contestó,

“solo puedo decirle que esto depende únicamente del Ministro; que nunca me ha prescrito á quien debo darle la puerta, ó a quien debo cerrársela; sino que me ha dejado el penosísimo deber de seleccionar la concurrencia que afluye á la puerta del establecimiento; lo cual puede corregirse con una prescripción clara y terminante; de qué clases sociales he de recibir y cuales nó. Tanto por respeto á las clases superiores, como por garantía hipotecaria que he prestado, para responder por los objetos del Museo, tengo el derecho de ser muy cauto respecto á los visitantes que acepte; lo cual dejo a su consideración”²⁷⁶.

²⁷⁵ Por ejemplo, el coleccionista Leocadio Arango de Medellín, levantó “un catálogo sobre su colección privada en donde se describían las características de cada pieza, en términos de materia prima, dimensiones y formas, así como de dibujos de las que consideraba más representativas”. Véase, Carlo Emilio Piazzini, “Guaqueros, anticuarios y letrados: la circulación de artefactos arqueológicos en Antioquia (1850-1950)”, en: Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero (2009: 55).

²⁷⁶ AGN-Colombia. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1.

No tenemos mucha más información sobre el incidente al cual se refiere Espinosa Escallón. En respuesta a esta comunicación, el entonces ministro solamente determinó que era el director del museo quien debía elaborar un reglamento interno para someterlo a la censura del Ministerio a su cargo. En este punto parecería, primero, que el museo acopiaba objetos que debían ser arreglados desde un criterio científico, que surgía con fuerza en aquellos años respecto al tratamiento de las antigüedades que resguardaba; segundo, la institución enfrentaba su futuro como ente, no sólo de estudios, sino de herramienta que inculcaba los valores cívicos de la nación, de esa nación a la que fervientemente la academia de historia quería ilustrar a través de sus estrategias investigativas y la preservación de sus objetos.

6.1.3 Ernesto Restrepo Tirado y el museo

“Un museo no puede progresar mucho con sólo limosnas, y la partida existente es irrisoria. ¡Diez mil pesos papel moneda para conservar lo existente y comprar nuevos objetos!”
Ernesto Restrepo Tirado, *Boletín*, agosto de 1912, pg. 179

La labor de Ernesto Restrepo Tirado en la dirección del Museo Nacional de Colombia se inició en noviembre de 1910 hasta 1920. Su gestión en el campo fue vinculante, es decir, trabajó sobre aspectos internos de las colecciones y su crecimiento, así como de cara al exterior del museo: desde relacionamientos institucionales hasta la preocupación sobre el tráfico de los objetos. En aquel entonces, esta institución museística comenzó a establecer relaciones con varias universidades, particularmente norteamericanas como la *Yale University*, o instituciones como el *Carnegie Institution of Washington* o la *American Association of Museums*, en un clima internacional propicio para la generación de estos lazos²⁷⁷. Por otro lado, este director mandó, a lo largo de 1910 y 1911, un sinnúmero de cartas a varios departamentos –Cauca, Huila, Nariño y Atlántico, entre otros– solicitando objetos y donaciones para el museo.

Entre los meses de agosto 1911 y febrero de 1912, Restrepo Tirado publicó, por medio de la prensa, bajo el título de “Obsequios al Museo Nacional” o “Curiosidades históricas”, todos los objetos que habían llegado, desde medallones de personajes de la república, postales, hasta minerales, donados por varias personas e incluso por él mismo. Todas las publicaciones fueron firmadas por Restrepo y representaron el interés

²⁷⁷ Aunque Espinosa Escallón, el anterior director ya había comenzado a trabajar sobre este aspecto, Ernesto Restrepo Tirado va consolidando este tipo de redes para el museo.

de hacer pública su gestión, a través de los medios de comunicación²⁷⁸. Es interesante destacar que gran parte de los objetos donados estuvieron relacionados con la independencia, héroes, personajes políticos, siendo, en su mayor parte, el común denominador de estos legados²⁷⁹.

Todas estas actividades, impulsadas por Restrepo Tirado, seguramente coincidieron con la necesidad generada, por parte del Estado Central, de promover todo un imaginario simbólico que conmemorara el centenario de la independencia de 1910. Personajes como Santander, Bolívar, Sucre, entre otros, figuraron como los principales protagonistas del panteón patrio y de las llamadas colecciones de “historia patria”. En el estudio de Frédéric Martínez, se observa que la Exposición Nacional de 1910 era, sin duda, un despliegue de la “identidad visual sin precedentes” en la historia de ese país. Para este autor, nunca antes la imagen nacional de Colombia había estado orientada hacia el “interior”. Para ello se contó con un presupuesto total de 180.000 pesos (Martínez, 2000: 327). Además, cabe destacar que, en el mismo año, se lanzó, bajo el auspicio de la academia, la publicación *Historia Extensa de Colombia* escrita por Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, que llegó a convertirse en el texto educativo por excelencia de la historia nacional del país y en el que los aborígenes ocupaban un lugar preponderante en la narrativa histórica de la nación (García, 2009: 49).

Este espíritu conmemorativo marcó las acciones tomadas por Restrepo Tirado en los años siguientes. Entre los años 1911 y 1912, existe una serie de comunicaciones que Ernesto Restrepo Tirado dirigió al Ministro de Instrucción Pública, regentado entonces por Carlos Cuervo Márquez, en donde el entonces director solicitaba la autorización de compra de objetos de distinta índole, entre los que se contaban, retratos de libertadores, monedas, colecciones de minerales, fósiles, piezas arqueológicas, etc. En estas misivas solicitaba también colecciones antiguas de papel sellado y estampillas, que por entonces reposaban en el Archivo de Litografía Nacional, para que formaran parte de la colección nacional²⁸⁰.

²⁷⁸ AMNC, Bogotá, Vol.002-Anexo-111-113.

²⁷⁹ Dentro de este espíritu de rescate de los personajes de la independencia se ha señalado que, en particular, Restrepo Tirado, se preocupó por realizar una búsqueda sistemática de las imágenes de Simón Bolívar dispersas en muchas de las dependencias oficiales (Cuervo, 1997: 84).

²⁸⁰ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1.

6.1.3.1 Restrepo y los objetos precolombinos en la colección del museo

En estas primeras décadas del siglo XX se registró una interesante presencia en el museo de las personas asociadas con la Academia de Historia, de la que Ernesto Restrepo Tirado fue uno de sus fundadores. Frente al continuo ingreso de objetos al museo, existía el interés por parte de su director de que todos estos “obsequios” estuvieran bien resguardados, para lo cual solicitaba y señalaba en varias ocasiones, la necesidad de mejoramiento de su infraestructura física y de seguridad del museo²⁸¹. Estos pedidos lograron materializarse a través de la gestión de Carlos Cuervo Márquez, Ministro de Instrucción Pública, “quien consiguió que el congreso le asignara una suma fija de \$1.000 para la preservación y adquisición de colecciones” (Botero, 2006: 199). El apoyo del gobierno fue significativo en estos años y el museo y las colecciones pasaron a establecerse en los salones del Rufino Cuervo, hacia 1913.

La compra de los objetos precolombinos ya contemplaba un ejercicio exploratorio y de constante confirmación de su procedencia y originalidad, como es el caso de los cuarenta objetos precolombinos adquiridos a Moisés Mendoza. El entonces director Restrepo Tirado solicitaba la compra de estos, puesto que,

“su procedencia he estudiado detenidamente sin que pueda revocarse a duda. Las colecciones de estos objetos constituyen una sección bien interesante del Museo, y como el precio por el cual se ofrecen, diez pesos (\$10) oro, es reducido, creo que pueden fácilmente comprarse”²⁸².

El estudio de la procedencia y la legitimidad del juicio científico para establecer la validez de la compra se iba asentado en el papel de Restrepo Tirado como director del museo y en la validación del “saber experto” sobre este tipo de vestigios.

En esta misma época, entre los meses de julio y septiembre de 1913, se realizó la compra de 46 piezas de cerámica de la colección de Leocadio Arango. Restrepo Tirado

²⁸¹ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Correspondencia: comunicaciones Bogotá, Cartagena, Medellín Popayán, Tunja. Años 1887-1923. Carpeta 2, caja 3. Expediente número 727. Documento firmado por Ernesto Restrepo Tirado, fechado el 10 de agosto de 1912. En este documento el director señala que se le ha obsequiado una colección de billetes de las “más completas” para lo cual solicita una “vidriera adecuada”.

²⁸² AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Correspondencia: comunicaciones Bogotá, Cartagena, Medellín Popayán, Tunja. Años 1887-1923. Carpeta 2, caja 3. Expediente número 545. Documento firmado por Ernesto Restrepo Tirado, el 29 de enero de 1912.

realizó los trámites a través de la Dirección de Instrucción Pública de Medellín para el envío al museo. Sin embargo, parecía ser que existían dudas sobre algunas de las piezas y su procedencia, para lo cual el ministro Cuervo Márquez solicitó, al Departamento de Caldas, un juicio pertinente sobre ellas. Emilio Robledo contestó dicha solicitud, y escribió un pequeño informe el 6 agosto de 1913 dirigido al Ministro, en donde detallaba algunas cuestiones de importancia que señalaremos a continuación:

“Con todo gusto tengo el honor de referirme á su atento telegrama No. 720 de 3 de julio pasado, en el cual se sirve comisionarme para que averigüe la autoridad de procedencia de unos objetos de cerámica recientemente comprados por el Gobierno con destino al Museo Nacional.

Personalmente me puse en comunicación con los señores Don Jesús Arango y Dn. Santiago Vélez, quienes conocen al dedillo los objetos extraídos de los sepulcros indígenas del Quindío. Dichos señores me han manifestado que es imposible certificar acerca de la autenticidad de aquellos objetos, sin verlos y examinarlos. Saben ellos que el Sr. Don Leocadio Arango ha adquirido algunas colecciones de cerámica, procedentes Quindío, pero me han manifestado asimismo que á dicho Sr. Arango se le han vendido como venidas de Quindío, colecciones que no son de aquella procedencia.

En cuanto á las que dicen ser de Viterbo, aún no he podido obtener dato alguno, solo sé -porque me consta personalmente- que en la región de Anserma y de Viterbo ha habido falsificación en grande escala de objetos de cerámica. Puedo asegurar a Ud. que, en general, las piezas color negro venidas de aquella región son todas falsificadas”²⁸³.

Para aquel momento, Ernesto Restrepo Tirado ya había mantenido varias comunicaciones con Leocadio Arango sobre su colección. Finalmente, y a la luz de la respuesta dada por Emilio Robledo desde el departamento de Caldas, el director consultó directamente con Julio Ospina, quien le contestó lo siguiente,

“Por no tener a la vista los objetos de cerámica indígena que el Sr. Ministro de Instrucción Pública compró a D. Leocadio Arango, no puedo dar un concepto preciso respecto a su legitimidad; pero, conocedor del museo particular del Sr. Arango, donde no hay un solo objeto que no sea indiscutiblemente legítimo, y de la habilidad de dicho señor, que quizá nadie supera en el país, para reconocer tales objetos, no dudo que los que vendió al Gobierno son genuinos”²⁸⁴.

²⁸³ AGN, Bogotá. Fondo Ministerio de Instrucción Pública, Colecciones: Informes Bogotá, Manizales, Medellín Tunja. Años 1892-1924. Carpeta 4, caja 1. Expediente 785.

²⁸⁴ AMNC, Bogotá. Vol.005-156, 27 de septiembre de 1913.

Esta controversia sobre la compra de una parte de una de las colecciones más importantes de Colombia, la de Leocadio Arango (1831-1918), puso en evidencia la fragilidad de los criterios sobre los cuales se establecía la validez o no de los objetos, su veracidad o falsedad. Arango, uno de los más reconocidos coleccionistas de finales del siglo XIX y principios del XX compraba su colección en la zona de Antioquia y sus alrededores, justamente donde la huaquería había tenido un asiento fuertemente enraizado. Arango fue un negociante muy reconocido que “tenía acciones en minas de oro y almacenes en Medellín”, además, de que “había implementado un sistema de intercambio que abarcaba municipios antioqueños y de otros estados” de manera que a través de esta red conseguía y compraba cualquier “objeto curioso” que tanto los “campesinos, los huaqueros o los mineros había encontrado en sus faenas” (Piazzini, 2009: 55).

En respuesta a las acusaciones sobre el origen y veracidad de los objetos de su colección, Arango le respondería a Restrepo Tirado,

“En mi museo encuentra Ud. cosas muy raras, piedras antdilubianas [sic] y unos trabajos que hoy no los podían imitar; Ud. tiene allá mi catálogo estúdielo y vera lo que le digo: hoy se lo vendo al Gobierno por 6000 oro por dos razones, la primera porque no salga del país y la segunda porque hace ya mas de dos meses que estoy en cama.” [...] “Hace 7 días, cuando aún no había recibido la carta que le contesté, recibí otra del Museo de Filadelfia, proponiéndome compra y le escribí pidiéndole 100.000 dollars”²⁸⁵.

Arango era un personaje importante en el coleccionismo privado de la época, dentro de Colombia y a nivel internacional. Sobre este impase, acaecido durante la labor de Ernesto Restrepo Tirado al frente del museo, podemos decir que aunque la procedencia de los objetos era un tema que debía incluirse en una taxonomía del museo, no siempre se lograba consolidar una herramienta adecuada para establecer su origen, tanto por la movilidad del mercado de las piezas en la época, como por las lógicas informales por las cuales se adquirieron las piezas. Si bien es cierto que esta colección reunía objetos de distintas latitudes, tal y como Arango movilizaba su propio negocio, no tenía un carácter netamente científico. Restrepo Tirado tuvo que lidiar con este punto de quiebre en la forma en la que los objetos iban convirtiéndose en herramientas de estudio para la

²⁸⁵ AMNC, Bogotá. Vol.005-110-111. 9 de julio de 1913.

ciencia. Adquirir la colección de Arango para el país constituía una disputa inclusiva sobre su salida hacia las metrópolis científicas y una inversión, en positivo, hacia la gestión del museo en la época. En este sentido, consideramos significativas las palabras recogidas en su informe publicado en el *Boletín* en agosto de 1912:

“Diariamente vienen a ofrecer, en buenas condiciones, artefactos indígenas, recuerdos de nuestros próceres, curiosos productos del país, etc. etc., y como no hay fondos, van a dar a manos de extranjeros y a aumentar los museos del Exterior. Hoy día se pueden estudiar mejor nuestras antigüedades indígenas en los museos de Berlín, Madrid, Estados Unidos, etc., que en el Museo Nacional” (Restrepo Tirado, 1912: 179).

En estas elocuentes palabras constatamos la preocupación de Restrepo Tirado por la continua salida de piezas al exterior. Existe ya, en estos momentos, una conciencia sobre el papel del museo como contenedor de dichos objetos y promotor de su estudio hacia adentro.

Desde esta perspectiva, es interesante revisar los sucesos alrededor de la visita del germano Konrad Theodor Preuss (1869-1931) a Colombia –de los cuales haremos una breve mención– y su interés en realizar excavaciones en San Agustín, departamento del Huila, entre 1913 y 1914. Preuss realizó inspecciones arqueológicas en la zona de San Agustín, de la cual tenía referencias a través de los trabajos de Codazzi, Carlos Cuervo Márquez y Konrad Stöpel (Botero, 2006: 208). Su trabajo arqueológico sobre las estatuas ubicadas en dicho recinto consistía en la generación de datos y evidencias, publicados posteriormente en su libro *Arte Monumental Prehistórico. Excavaciones en el alto Magdalena y San Agustín* en 1929 y traducido al español en el año 1931.

Más que interesarnos por la agenda científica de Konrad Theodor Preuss, queremos revisar el caso controversial de la salida de catorce estatuas monumentales de la zona, que partieron rumbo a Berlín en 1918, justo durante la gestión del museo de Restrepo Tirado, quien años antes había señalado la importancia de dicha estatuaria para el país²⁸⁶. San Agustín, para estos años, se había perfilado dentro de un tipo de valoración “monumentalista” del territorio, ya que en Colombia no existía este tipo de restos antiguos como los de sus pares peruanos y mexicanos. Como lo mencionaba Héctor

²⁸⁶ *Boletín de Historia y Antigüedades*, No. 104, noviembre de 1914, pág. 471.

García Botero, la importancia de este sitio tenía que ver con aquel espíritu renacentista de “búsqueda de un pasado glorioso” que había “centrado su mirada en las ruinas” (García, 2009: 51).

Uno podría inferir el complejo momento de salida de estas estatuas hacia Europa de la mano de Preuss y la impotencia local al ver, nuevamente, cómo estos materiales salían del país, a pesar de “los informes conocidos por la Academia de Historia y por el arqueólogo Restrepo Tirado” (Botero, 2006: 213). En varias declaraciones el director Restrepo ya señalaba la importancia de que las piezas y colecciones no salieran del país y, sin duda, este incidente sentó un precedente para la reglamentación de 1920 sobre la salida de objetos del territorio colombiano.

6.1.3.2 Entre catálogos e informes

Durante la gestión de Ernesto Restrepo Tirado se publicaron dos catálogos de museo, el de 1912 y el de 1917, ambos titulados, *Catálogo General del Museo de Bogotá*, en los que –en particular el segundo– la arqueología aparece en un acápite específico. En el catálogo de 1912 encontramos una división por área: arqueología, objetos indígenas contemporáneos, antigüedades extranjeras, objetos históricos, numismática, salón de gobernantes de Colombia, galería de próceres, mineralogía, galería de pinturas y apéndice. Posteriormente, en el elaborado en 1917, y en relación con la arqueología, se especificaba una sola área en la que se ubicaron 566 objetos dentro de la colección del museo. De este último catálogo, Clara Isabel Botero menciona que podemos considerarlo como un “inventario de registro minucioso de objeto”, en el cual lo que buscaba su director era mostrar el orden de los objetos de acuerdo con la vitrina o estante en donde estaban colocados (Botero, 2006: 201).

En el catálogo de 1912, Restrepo Tirado señalaba que la colección arqueológica que reposaba en el museo nacional era escasa. En esta publicación el autor mostró su preocupación, ya que ante la ausencia de objetos, era casi imposible formularse algún “estudio serio” y tan solo se podría trabajar en ciertas “deducciones” sobre observaciones hechas anteriormente. Se lamentaba, asimismo, de haber perdido la “tradición de los lugares en donde fueron encontrados estos objetos, que de otra manera nos servirían de indicio para describir las alhajas y adornos que de preferencia pudieran

usarse en esta ó en aquella localidad”. Desde estas limitaciones Restrepo Tirado iniciaba la descripción de las piezas, categorizándolas por el material, fueran de cerámica, piedra, oro y objetos varios.

En estos catálogos del museo existen tres documentos historiográficos referenciales sobre los cuales se trabaja el ejercicio clasificatorio. El primero es aquel realizado con su padre, Vicente Restrepo, nos referimos al *Catálogo General de los Objetos enviado por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid*; otro texto de importancia es la obra de su progenitor titulada *Los Chibchas antes de la Conquista*; el siguiente es el texto de Liborio Zerda sobre *El Dorado*, y finalmente, hace uso de las dos guías y el apéndice realizados por Fidel Pombo y por Rafael Espinosa Escallón, respectivamente.

El catálogo de Ernesto Restrepo Tirado de 1912 operaba a manera de guía y localizaba la pieza por su acepción a la pertenencia del lugar; posteriormente identificaba el número de la pieza y después colocaba su procedencia, por ejemplo, *Número 11, CHIBCHA*, así como el detalle físico material. Incluía, además, una descripción del objeto, la altura, el material, y su referencia bibliográfica remitida a la historiografía señalada. En otra de sus descripciones, no adhería una pertenencia hacia un grupo, solo hacia el lugar, por ejemplo, para la figura número 31, señalaba, “procedente de las llanuras de Chanchico, á orillas del río Enca, en los límites de La Goajira” (Restrepo, 1912: 9), o en otros casos, se tendía a clasificar como “indígena”, sin ningún tipo de procedencia. Esta ubicación de la pertenencia, tanto física como históricamente localizada, convertía a los objetos en evidencias científicas de un contexto arqueológico en construcción, vinculado a una zona territorial identificada.

Otra cuestión interesante en estas publicaciones de Restrepo Tirado sobre las colecciones del museo eran los datos ofrecidos sobre los donantes de objetos para el museo. En la mayor parte de estas transacciones no contamos con los detalles de las piezas y, en el caso que existieran, eran muy someras. Entre los donantes más importantes se contaba con Pedro P. Pedraza, Anselmo Pineda, Antonio Castañeda, Jorge Isaacs, Cayetano Cuervo y de Julio E. Flórez, Manuel Ancizar, Adolfo León Gómez, Manuel Antonio Ángel, Ricardo Rojas, Pedro Pardo Hurtado, y Carlos Cuevo Márquez. A título de ejemplo, en la descripción de sus donaciones figuraba solamente

un descripción sencilla como “cabeza de piedra elíptica circular hallada en una huaca en los alrededores de Baudó”, donde sacaron “unas 30 libras de oro” y que fue remitida al museo por “el indio Marco” (Restrepo, 1912: 35).

Hemos encontrado información también relevante sobre la gestión de las colecciones del museo en los informes del director de museo publicados en los boletines de la academia. Restrepo Tirado presentó su informe de 1915, en el *Boletín*²⁸⁷ de octubre de ese mismo año. En este se señalaron todas las actividades que estaba desarrollando durante su gestión en el museo. En términos generales, su trabajo fue concebido como una reconstrucción de la idea misma del museo nacional, o de lo que esto debería ser para un contexto como el colombiano. El director señalaba en aquel entonces,

“Nuestro museo no ha tenido de nacional más que el nombre. Cuando nos hicimos cargo de su dirección era un mosaico universal, donde figuraban los objetos más heterogéneos, aglomerados en un lamentable desorden caótico.

Las riquezas de nuestro país estaban muy escasamente representadas [...] Desde un principio nos propusimos, sin desmayar ante la exigüidad de la suma destinada por el Gobierno para la conservación del establecimiento, nacionalizarlo. Hacer converger todos los esfuerzos a atraer en él el mayor número de producciones de las diversas regiones del país”.
(Boletín, 1915:159).

La idea de *nacionalizar* el establecimiento, como él mismo proponía, suponía ordenar las colecciones del museo, pero además, en su interés por mostrar estas riquezas, buscó generar una red de proveedores de objetos a nivel nacional, a través del envío constante de comunicaciones a los distintos departamentos. Nacionalizar era, para Restrepo Tirado, “aumentar nuestras colecciones, gracias al apoyo oficial y particular” como rezaba en su informe.

Pero esas colecciones eran resguardos del tráfico al extranjero, de su salida; en cierta manera su *práctica científica era una arqueología frente al despojo*, aquella que se asienta en el poco control sobre los restos –como hemos visto con el caso de Preuss –, su fragilidad en un mercado de tráfico constante y el deseo de que el museo pueda retener estos vestigios para el presente y para el desarrollo de la ciencia local. El museo, además de ser un certificado de la totalidad del país, se convertía en un

²⁸⁷ *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. X, No. 111, Octubre de 1915.

muestrario de riqueza nacional: flora, fauna, historia patria, antigüedades, que formaban parte de este imaginario nacional material.

En este informe en particular, ponía un acento en los objetos antiguos indígenas, haciendo mención a su propia labor. Para él, los objetos eran importantes porque se podía conocer las “industrias, los usos y costumbres de los primeros habitantes de nuestro país”, además de recoger múltiples datos de los entierros existentes. Para Restrepo Tirado, el encontrarse en aquel entonces con un objeto suponía “hallar un precioso documento manuscrito” sobre el cual siempre se podía hallar “un nuevo descubrimiento”. En cierta forma, este intelectual buscaba asimilar “el objeto arqueológico al libro” (García, 2009: 50) e intentaba asegurar, tanto las herramientas para la conservación de dichos materiales, como un corpus de ellos para encomendarse a su “lectura”. En este informe Restrepo Tirado aseguraba que en aquella época,

“Varios aficionados hicimos colecciones de lo que alcanzábamos a allegar de esos tesoros, que en su mayor parte iba a enriquecer los museos del Exterior. ¡Al nuestro alcanzaron a llegar unos pocos objetos, a manera de muestra, y de ellos cuán poco quedó! Entonces hubiera sido fácil recoger una colección de que hoy hubiera podido enorgullecerse el Museo, y que hubiera servido de base a los estudios arqueológicos, pues que de los terrenos del Quindío, de Anserma y de Antioquia se sacaban en grande cantidades. A medida que fueron excavando las sepulturas alrededor de los centros habitados, y que los gUAQUEROS tuvieron que penetrar a lugares lejanos y desiertos, estos objetos fueron haciéndose de más en más raros y adquiriendo precios elevadísimos. Sin embargo, a fuerza de perseverancia hemos logrado reunir unas quinientas piezas, con las cuales puede ya formarse el visitante una idea de la industria característica de los pueblos chibcha, quimbaya, catío y chiriquí” (*Boletín*, 1915:159-160).

Restrepo Tirado aseguraba que a finales del siglo XIX existían un sinnúmero de huacas que fueron exploradas, sacando miles de objetos a la luz. En el libro de Luis Arango, *Recuerdos de la gUAQUERÍA en el Quindío*, publicado en la década del 1920, ya se hablaba de un auge de este oficio entre 1884 a 1914, particularmente motivado por la extracción de piezas de oro. Es paradójico cómo, casi veinte años después, Restrepo Tirado se lamentaba por la pérdida de estos objetos, si pensamos que décadas antes en 1892, él y su padre participaron de los trámites y de la donación del Tesoro quimbaya, así como de la venta de objetos en la Exposición de Chicago en 1893, que fueron a parar al *Field Museum*.

Este boom de piezas mermó para el siglo XX y fue justo en este momento cuando Restrepo Tirado, como parte de una sociabilidad científica presta a trabajar en el horizonte de una práctica arqueológica normada y pensada desde y por el museo, recuperó la importancia del coleccionismo para la institución. Los objetos se ligaron desde el museo hacia la nación, puesto que desde allí se imaginaron los territorios pasados y las zonas proveedoras de esa riqueza. Esta *archaeospace*, de que hablaba Castro-Klaren, operó desde y por la gestión dentro de la institución museística, pensada como el núcleo de expansión de estas ideas y del vínculo entre la arqueología, el territorio y la nación.

6.2 El Instituto y el Museo, construyendo un lugar para las antigüedades nacionales peruanas

El 18 de febrero de 1905, con José Pardo como presidente de la República y con Jorge Polar como ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, se promulgó el decreto mediante el cual se creó el Instituto Histórico del Perú. Un mes más tarde se designaron a sus miembros fundadores y se efectuó la primera sesión del naciente instituto, eligiendo la nueva Junta directiva: Eugenio Larrabure y Unanue como presidente, Mariano Ignacio Prado y Ugarteche como Vicepresidente, Pablo Patrón como segundo Vicepresidente, de secretario a José Toribio Polo y Julio Loredó como Tesorero. Además se nombraron al inspector del Archivo Nacional a Carlos Paz Soldán y como director de la revista *Histórica* a Carlos A. Romero. Así, el 19 de julio de 1905, se instaló solemnemente el *Instituto*.

En este contexto surgió también el Museo Histórico²⁸⁸, que se fundó el 6 de mayo de 1905 y se inauguró dos meses más tarde en las salas del Palacio de la Exposición de Lima. La primera consideración que se tomó en cuenta fue la pertinencia e importancia que tenía la existencia de un museo para la cultura del país, así, en los discursos de inauguración, se señalaba que este lugar permitiría que los objetos “se reúnan, conserven y exhiban al público, debidamente expuestos y catalogados”, además de

²⁸⁸ Sobre el museo peruano y las colecciones en el siglo XIX se han escrito algunas contribuciones de las que podemos citar, entre las más importantes, las realizadas por la investigadora germana Stephanie Gänger, especialmente sus trabajos 2014 y 2014a.

mencionar que estos vestigios “se relacionan con nuestra historia en la época anterior á la dominación española, en la de esta dominación y en la de la República” (*Inauguración*, 1905: 5). El museo se establecía entonces como una dependencia del Instituto Histórico del Perú sobre la base de las colecciones públicas existentes.

En contraste con el museo colombiano, que para finales del siglo XIX tuvo una cierta promoción por parte del Estado y una gestión sostenida por figuras como la de Fidel Pombo, la institución museística peruana no mostró actividad significativa, pues aún se veía lastrada por el saqueo producido de sus colecciones durante la *Guerra del Pacífico*; lo único que se conservó fue la famosa Piedra de Chavín o Estela de Raimondi, estudiada por José Toribio Polo. Esta circunstancia nos ha llevado a considerar la importancia que tuvo la fundación del *Instituto* en 1905 en el impulso para la construcción de una cultura nacional peruana, pensada en clave histórica.

En 1893 el intelectual Eugenio Larrabure y Unanue ya había señalado la necesidad de recuperar las piezas antiguas del Perú y de darles un espacio real en algún museo. Él cuestionaba, en su *Monografía*²⁸⁹, lo siguiente: ¿Por qué no formar una colección de todos ellos para que nuestros museos no estén tan pobres de antigüedades? Nos pareció muy elocuente su preocupación, ya que dieciocho años antes en 1874, en su texto investigativo acerca de *Cañete*²⁹⁰, una de las provincias del departamento de Lima, este autor mostraba su preocupación por la incesante pérdida de estos vestigios para el Perú. Este estudio incluía el levantamiento estadístico, histórico, geográfico y contenía una especial sección de arqueología que cerraba sus indagaciones. En aquel entonces, este intelectual consideraba la importancia de las ruinas –particularmente las de Cancharí y Chuquimancu– ubicadas en este sector y señalaba que “un día llegará en que los hombres estudiosos vayan allí a pasar sus mejores momentos traduciendo en esos muros que se derrumban la historia de varias generaciones” (Larrabure, 1875: 71)²⁹¹. Esta fue la inquietud latente en los discursos de inauguración del Instituto Histórico en 1905. En palabras de Larrabure, primer presidente del *Instituto*, se consideró:

²⁸⁹ *Op. Cit.* Larrabure, 1893.

²⁹⁰ El título completo de la obra es *Cañete: apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos*, (Lima: s/editor, 1874).

²⁹¹ Para el caso peruano, el carácter monumental de la ruinas marca una diferencia con sus contrapartes andinas, en las que a pesar que existían algunos restos de este tipo en naciones como Ecuador y Colombia, en Perú, el *archeospace* que describía Castro-Klaren opera de manera más determinante que en otros lugares. Como veremos más adelante, el museo nacional orientó su actividad alrededor de los proyectos de excavación al contrario de sus pares interregionales.

“España posee, sin perjuicio de sus tesoros bibliográficos, buena parte de los objetos arqueológicos llevados de aquí por sus conquistadores y magistrados; Berlín tiene más de 3.000 piezas, y entre ellas las magníficas colecciones del doctor Macedo y de Gretzer; Francia conserva en el Trocadero, entre otras, la recogida por Wiener durante sus incursiones en el Perú y las formadas, lo mismo que Inglaterra, por sus viajeros y marinos; los Estados Unidos poseen parte de la colección Muñiz, de Squier y del doctor Uhle; Chile, en fin, ha adquirido recientemente las famosas cabezas de cerámica reunidas por D. Nicolás Sáenz, verdaderas joyas en su género.

Y permitidme, señores, una pregunta que no juzgareis indiscreta: nosotros, los dueños de las inagotables fuentes que han producido esas reliquias históricas, ¿qué poseemos? La respuesta es muy sencilla: nada! (Larrabure en *Inauguración*, 1905: 22)

Frente al nuevo escenario del museo, deambulaba una reflexión sobre la constante expoliación de piezas arqueológicas que había sufrido el Perú durante décadas, producto no sólo de las misiones científicas extranjeras, sino también de la guerra con Chile. Ambos escenarios se percibían como desastrosos para la configuración de acervos materiales que dieran cuenta de un pasado monumental y de reliquias históricas conservadas, condiciones necesarias para la construcción de un imaginario nacional estratégico para el gobierno de turno.

Es importante destacar el interés de intelectuales como Eugenio Larrabure y Unanue, Pablo Patrón, Manuel González de la Rosa, Mariano Prado, José Toribio Polo, en el futuro de estos vestigios precolombinos. Todos ellos conocían perfectamente qué había pasado con estas colecciones y eran conscientes de cómo se había procedido en el territorio peruano respecto a las antigüedades. En sí, la labor del *Instituto* y del *Museo* sería el establecer una política cultural clara con respecto a la extracción, rescate, comercio y estudio de dichos objetos.

Imagen No. 37. Noticias *La Crónica*

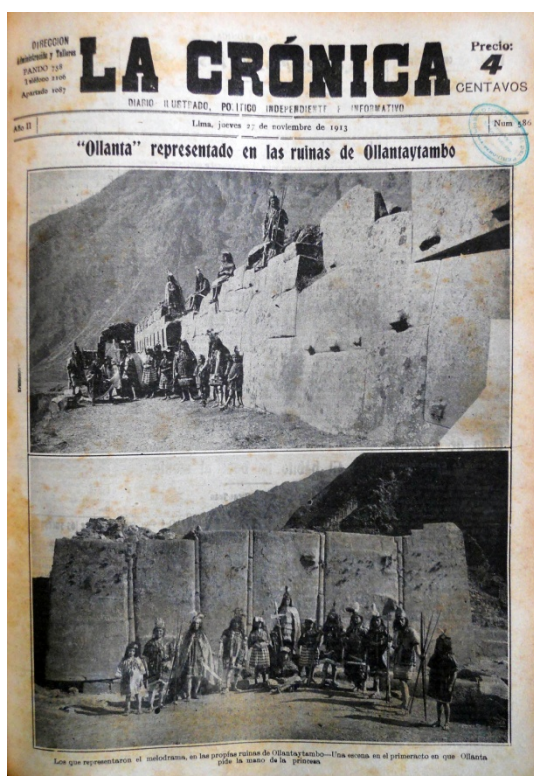


Imagen No. 38. Noticias *La Crónica*



Fuente: *La Crónica*, Lima, noviembre y diciembre de 1913.
Biblioteca Nacional del Perú

Durante las primeras décadas del siglo XX, existía un creciente interés local respecto a las ruinas monumentales. Ya revisamos el constante escrutinio al cual fueron expuestos estos monumentos, por parte de viajeros científicos europeos y norteamericanos, en el siglo pasado y las múltiples publicaciones ilustradas lanzadas en el extranjero. En las pocas ediciones peruanas decimonónicas sobre el tema, como *El Perú Ilustrado*, se recogieron algunas representaciones visuales, o criterios vertidos por dichos extranjeros, así como menciones al clásico libro de Mariano de Rivero de 1851, *Antigüedades Peruanas*, editado en Viena. Empero, hacia la segunda década del siglo XX, aparecen ya titulares de noticias como los del diario *La Crónica* –dirigido por el coleccionista Rafael Larco Herrera²⁹²– sobre las ruinas como las de *Ollantaytambo*, y ciertas

²⁹² En el relato contado sobre Rafael Larco Herrera (político, diplomático y coleccionista), por su hijo Rafael Larco Hoyle, se habla sobre la forma en que Larco Herrera inició su colección: “Mi querido y recordado padre formó en 1903 una colección de vasos de las culturas precolombinas del norte peruano. Esta colección, por dilatado lapso, estuvo en nuestra hacienda Chiclín, ubicada en el valle de Chicama. En uno de sus primeros viajes a Europa, visitó el Museo del Prado, en Madrid, comprobando que la colección de antigüedades peruanas era muy pobre. Con la generosidad que siempre lo caracterizó, hizo obsequio de su colección (...) De esta quedó un cerámico maravilloso: un vaso-retrato mochica, que ha sido el primer objeto con que se iniciaron las colecciones que hoy integran el Museo Rafael Larco Herrera. En mi 1925 mi padre adquirió del señor Alfredo Hoyle, su cuñado, una colección de vasos y otras piezas arqueológicas. Esta primera colección dio origen al Museo Rafael Larco Herrera.” (Larco

representaciones teatrales allí realizadas en noviembre y diciembre de 1913. Igualmente se recogieron noticias del descubrimiento de un altar en el Cuzco, en los restos de *Sacsayhuamán*, así como del polémico “descubrimiento” en 1911 –atribuido a Agustín Lizárraga casi una década anterior a la del norteamericano– de Hiram Bingham, sobre las ruinas de Machu Picchu²⁹³, auspiciado por la Universidad de Yale. Al respecto, el citado periódico señaló,

“De nuestros libertadores, héroes y en general, de nuestros hombres ilustres, sólo dos ó tres tienen consagrado á su recuerdo un monumento y, lo que es peor aún, aquellos monumentos y reliquias que se han quedado de otras épocas se destruyen y desaparecen como si un empeño de borrar el grandioso pasado pre-incaico y colonial, se ejerciera desesperadamente [...] Así, mientras nuestro museo sólo guarda colecciones prestadas y de escaso valor, en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, se exhiben asombrosas colecciones extraídas sigilosamente de las ruinas peruanas” (*La Crónica*, 8 de diciembre de 1913: 4)²⁹⁴.

Se destacan en estos años las “excursiones pedagógicas” organizadas en varias ocasiones por el catedrático de Historia Crítica del Perú –dictada entre 1909 a 1930– de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el doctor Carlos Wiese²⁹⁵ y el profesor Carlos A. Romero, miembros fundadores del Instituto Histórico del Perú. En dichos ejercicios se recorría, durante varios días, ruinas tanto precolombinas como coloniales. En varios números de la popular *Revista Variedades*

Hoyle, 2012 [1964]: 12). Además, Larco Hoyle señala cómo a partir de la década del veinte y treinta la colección crece al recopilar materiales de distintas regiones del Perú.

²⁹³ Según Rénique, es interesante también cómo ingresa Machu Picchu al imaginario cusqueño, en donde la arqueología se convertiría en “la noticia de interés colectivo”. Para él, este era “el ambiente propicio para reinventar el Cuzco como capital del Perú”, para proponer una “cusqueñización del regionalismo serrano” soliviantado por una expansión económica centrada en Lima y la costa norte, que le daba la espalda al interior andino. Dice este autor, que si Riva-Agüero y los investigadores de Yale proponían una imagen de una “historia extinta”; la intelectualidad local podía leer ese pasado como una “historia viva”, “en contacto con sus gentes, con sus tradiciones y cultura”. Véase, José Luis Rénique (2013).

²⁹⁴ Al cumplirse un centenario del descubrimiento del sitio arqueológico de Machu Picchu existieron muchas polémicas sobre su verdadero “descubridor”. No obstante, la publicidad internacional alcanzada por Bingham se volvió notoria y especialmente auspiciada por la *National Geographical Society*. Véase el siguiente enlace: <http://www.sge.org/sociedad-geografica-espanola/publicaciones/boletines/numeros-publicados/boletin-no-38/hiram-bingham-y-la-ciudad-perdida-de-los-incas.html> (Consultada el 2 de mayo de 2016).

²⁹⁵ Carlos Wiese ha sido reconocido como uno de los personajes más importantes en el desarrollo de la sociología en el Perú. Cuando la cátedra se inició en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1896, regentada por Mariano Cornejo, ya entrado el siglo XX es retomada por Wiese. La obra de Wiese ha sido descrita como un “positivismo conservador” y su ideología como un “liberal moderado”. Véase, Julio Mejía Navarrete (2005: 302-337).

dirigida por Clemente Palma²⁹⁶, se recogieron estas experiencias de los estudiantes y sus visitas históricas, así como artículos sobre restos monumentales representativos del Perú, escritos por Horacio Urteaga. En estas dos primeras décadas asistimos a un florecimiento de una visión del pasado, asentada sobre la *majestuosidad del incario*, la necesidad de la preservación y del estudio, para generar el relato de la nación. Ahora las palabras pronunciadas en 1905 por el entonces Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Jorge Polar cobrarán sentido: “¿Dónde, en la historia, hay un imperio semejante al nuestro de Tahuantinsuyo” (*Revista Histórica*, 1905: 35).

En estos años, también emergía la voz de un joven intelectual, José de la Riva Agüero, quien publicaría su tesis, con la que obtuvo el doctorado en Letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, titulada *La historia en el Perú*, en 1910, que de alguna manera, “puso los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas” (Porras, 1963: 173) y que significó la introducción del relato incaico en las páginas de la historia peruana. Después de este trabajo, Riva Agüero recorrió la sierra sur del Perú para escribir otra de sus obras *Paisajes Peruanos* y, como dijo irónicamente Flores Galindo, preferiría “viajar por el Perú y no por Europa”, haciendo alusión a estos desplazamientos del intelectual limeño miembro de elite de esa ciudad, para quien, “el paisaje evoca al pasado: Jaquijahuana, la pampa de Ayacucho, las ruinas de Vilcas y el santuario de Cocharcas [...] la erudición no le permite descubrir a los hombres que habitan esos territorios. La sierra sin indios. El paisaje vacío. Mejor dicho una especie de cementerio” (Flores Galindo, 1996 [1984]: 239). Este momento configura un punto de quiebre vinculado a la lectura del pasado y la posterior entrada del pensamiento indigenista de la década del veinte²⁹⁷.

²⁹⁶ Sin duda no nos llama la atención la participación de Palma en estos proyectos editoriales. Ya en 1897, en su tesis *El porvenir de las razas en el Perú*, Palma se había convertido en uno de los difusores de la teoría evolucionista en el país, desde un tipo de racismo científico y a la luz del positivismo de la época. En el tránsito de siglo, Palma aseguraba que la raza india era una “raza decadente, agotada”. Este intelectual peruano fue seguidor de Gustave Le Bon, uno de los mayores promotores de las teorías racistas. Es interesante que, décadas más tarde, en su revista, haya dedicado varios temas vinculados a las antigüedades nacionales, que obviamente tenían que ver con las indígenas, como ruinas o monumentos que había que reconocer de ese pasado, el indígena, solo como objeto histórico. Véase, Augusto Castro (2013).

²⁹⁷ Para David Brading, los trabajos de José de la Riva Agüero y su temprana obra *Historia en el Perú*, de 1910, serían fundamentales en la “introducción de un concepto de nacionalidad”, en tanto que el asume las raíces de la historia peruana en el imperio inca y en la época virreinal. En 1916, durante el tercer centenario de la muerte del Inca Garcilaso de la Vega, Riva Agüero elogió a este por considerarlo un “patriota de la patria peruana” (Brading, 2006: 29). No ahondaremos en la figura de Riva Agüero puesto que su incidencia como coleccionista es posterior a la temática que trabajamos.

En este contexto de construcción de una idea de cultura nacional ligada al pasado peruano, a partir del sostenimiento y promoción del *Instituto*, de sociabilidades científicas, de estudios, actividades pedagógicas, de “descubrimientos” y monumentos, se va erigiendo el nuevo Museo Nacional del Perú. Parte de la historiografía peruana ha mostrado un persistente interés en destacar la labor de Max Uhle en la gestión del nuevo museo (Ravines, 1989; Hampe, 1998; Lumbreras, s/f; Kaulicke, 2010; Porras, 1963) desde su reapertura. Sin embargo, la labor del germano estuvo amparada por este espíritu colegiado de intelectuales peruanos, para quienes, la construcción de la nación dependía de la conservación de estas “reliquias históricas”, entre las que figuraban los objetos de colección y las ruinas monumentales, despojadas del suelo peruano por muchas décadas. El museo se transformó en el eje a partir del cual se articulan estas estrategias para la configuración de una materialidad histórica ligada a la nación.

A la par de Max Uhle, la figura de Julio C. Tello fue determinante en el proceso de institucionalización del museo, en las primeras décadas del siglo, y en dar un nuevo enfoque pensado desde la colección, la educación y la ciencia. Estamos presenciando en estos años, la construcción del discurso del pasado y sus antigüedades; momento en el que los objetos son de la nación, la cívica y también de la ciencia. A partir de estos dos personajes queremos acercarnos al proyecto museológico del Perú, en los albores del siglo XX.

6.2.1 Max Uhle: del museo metropolitano al museo nacional

En el contexto de exploraciones científicas decimonónicas del último cuarto de siglo, llega Max Uhle (1856-1944) a Sudamérica. Se embarca en Amberes, en noviembre de 1892, y llega a Buenos Aires en diciembre del mismo año. A su arribo a la urbe porteña se encamina hacia el norte del territorio argentino para la “recolección de piezas arqueológicas” encomendada por Adolf Bastian y el Museo Etnográfico de Berlín, continuando hacia Bolivia²⁹⁸; años más tarde va a Perú con el auspicio de la universidad de Pennsylvania y posteriormente de la de California. En un principio, el objetivo de sus visitas era, básicamente, hacer “colecciones” encomendadas

²⁹⁸ Sobre el itinerario de este viaje, véase, Fischer *Op. Cit.* Pp. 54-56.

particularmente desde Alemania, aunque posteriormente lo hace para EEUU, como bien lo señala Lumbreras:

“Por tal razón, por causas derivadas en gran parte por las fuentes de financiamiento de sus estudios, y por el signo de su tiempo, todas las investigaciones de Uhle en el Perú estuvieron asociadas al acopio de colecciones para museos: primero Berlín, luego Pennsylvania y California, de los Estados Unidos. Finalmente, sus últimos trabajos en el Perú, entre 1906 y 1911, se hicieron en torno a la vieja idea de formar un Museo Nacional del Perú, para el que Uhle debía formar colecciones” (Lumbreras s/f: 179).

La formación inicial de Uhle fue más bien la de lingüista y estuvo especializado en Oriente (Asia Oriental), por ello se ha considerado que este investigador, como lo han mostrado varios de sus estudiosos, “no fue americanista ni menos arqueólogo de vocación y formación, sino se convirtió en tal por circunstancias poco controladas y menos deseadas, dictadas por las necesidades del momento que parece haber aceptado sin resistencia” (Kaulicke, 2010: 10).

La relación que mantuvo con las universidades norteamericanas le permitió, durante el lapso de 6 años (entre 1900 y 1906), “una mayor seguridad económica [que] le permitió hacer lo que en la primera fase no había podido por la escasez de medios: excavar con el fin de establecer una cronología y contextualizar los hallazgos que tuvo que entregar a Estados Unidos” (Kaulicke, 2010: 13) Gracias a esta fase investigativa y sus trabajos de pesquisa y excavación es reconocido como arqueólogo, dejando atrás, tal como lo señala Kaulicke (2010), su fama de coleccionista y expoliador de antigüedades, que había adquirido tanto en Bolivia como en Perú.

Su obra *Pachacamac*, publicada en 1903 se posiciona como una de las más relevantes en el plano científico arqueológico, haciendo uso y demostrando la “validez de la estratigrafía”, función de los asentamientos y de la cronología relativa (Kaulicke 2010; Lumbreras s/f). Incluso, el intelectual ecuatoriano Jacinto Jijón reconoce, en un manuscrito escrito antes de su muerte, titulado “Las civilizaciones del Sur de

Centroamérica y el noroeste de Sudamérica”, el papel de Max Uhle en la arqueología de la región a partir de los fundamentos que estableció en dicha obra hacia 1903²⁹⁹.

6.2.1.1 Uhle y las colecciones: inventariar, excavar, acopiar y legislar

Pablo Patrón³⁰⁰ fue uno de los intelectuales interesados en la lingüística y en aquello que denominó como el *Perú Primitivo*. Este investigador conocía los trabajos de la mayoría de viajeros del siglo XIX sobre el Perú y había seguido de cerca los estudios que Max Uhle había emprendido sobre estas tierras. Para Patrón, el germano era el introductor de una perspectiva científica respecto al estudio de antigüedades y consideraba que este era quien había llegado “á constituir definitivamente en una verdadera ciencia la arqueología peruana” (Patrón, 1906: 416). Las palabras de Patrón sobre Uhle mostraron el interés que existía en los miembros del *Instituto* por profesionalizar la práctica científica y promover los estudios de este tipo en suelo peruano.

En el primer número publicado en 1906 de la *Revista Histórica*, órgano de difusión del *Instituto*, se ponía en claro algunas especificaciones del nuevo Museo. Esta institución abrió sus puertas en julio de 1905 y contenía dos secciones: la arqueológica y de las tribus salvajes y la de la colonia y república. La primera, el área de arqueología y tribus salvajes, fue encargada a Max Uhle hasta 1911, fecha en la cual termina su administración. El museo, en aquel entonces, funcionaba en los altos del antiguo Palacio de la Exposición, y su organización se estipulaba de la siguiente manera,

“La parte del vestíbulo bajo que corresponde al Museo, al pie de la escalera de entrada, está destinada para colocar allí esculturas de piedra, como el monolito de Chavín, las de Atuncoya, que el doctor Uhle se propone traer del sur, etc. El vestíbulo de la parte alta del edificio, servirá para exhibir objetos de la Sierra, en donde, al través de varios siglos, se

²⁹⁹ Las cursivas son nuestras. Manuscrito original del Archivo del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, Fondo: JJC/carpeta 01871.

³⁰⁰ Este erudito intelectual peruano había publicado su trabajo titulado *Escritura Americana. La lluvia*, presentado en el XIV Congreso de Americanistas de Stuttgart, editado en Leipzig, en 1905. En este trabajo Patrón realizaba un paneo general sobre la escritura americana, los signos, escritura jeroglífica, desde los indígenas norteamericanos, pasando por México y Sudamérica. Resulta interesante el desconocimiento de un autor como Pablo Patrón en la historiografía peruana, puesto que su papel en este tipo de asociaciones fue muy relevante. Sería pertinente hacer un estudio profundo sobre su trayectoria intelectual en el tránsito del siglo.

conservan todavía muchos usos é industrias de la civilización incaica. A la entrada, en la gran sala, se halla la sección de las Tribus Salvajes, en donde están expuestos muchos objetos curiosos de los indios Aguarunos, ribereños del Marañón. Sigue luego la sección arqueológica, que comienza con la valiosa colección chimú, del señor don Luis N. Larco y que contiene, entre los 900 objetos que la forman, unos 190 huacos de la primera civilización Chimú [...] Lo que llama sobremanera la atención en la Sección Arqueológica, son los objetos extraídos por el doctor Uhle de algunas ruinas del valle de Lima. Son ellos una revelación. Hasta ahora las excavaciones en las huacas sólo se han practicado por aficionados, sin preparación científica de ninguna clase y guiados por el espíritu de lucro, y no con fines científicos y nada hacia presumir la existencia de una civilización remotísima en este valle. El daño que estos huaqueros han hecho es casi irreparable” (*Revista Histórica*, 1906: 403-404).

El análisis de los materiales del archivo del museo, en su primera época de reapertura, nos permite ver la importancia que tuvo la gestión de Max Uhle. El libro de *Estadísticas de las colecciones*³⁰¹ del Museo Nacional de Historia, fechado entre 1906 a 1911, daba cuenta del inventario de arranque de este reiniciado proyecto. Este documento constaba de cinco volúmenes en donde se detallaba el contenido de las “especies arqueológicas” que estaban registradas, su procedencia, adquisición, oferente, y características básicas de las piezas adquiridas para la colección. A partir de este material podemos determinar qué fondos nutrieron la colección del museo en esta reapertura, muchos de ellos por compra y otras por donación, traspaso, tanto de instituciones públicas el *Museo Municipal d Lima*, el *Ministerio de Justicia*, el museo de la *Sociedad Geográfica de Lima* como de ámbito privado y personas naturales.

Los registros están organizados por año y por lugar de procedencia de los objetos, sea por ubicación geográfica o por el dueño que los compiló. Existen vestigios de todo tipo, cerámicos, de madera, metal, textiles, cuentas, etc. Muchos de ellos fueron adquiridos en la zona litoral central y del norte del país; entre su oferentes figuran Manuel Torres, Inocente Cabrera, N. Carraza, N. Carlin y obsequios de los señores Luis Nicolás Larco y Juan Pardo.

³⁰¹ MNAHP, Fondo Uhle-Tello, Lima, Perú. *Estadísticas de las colecciones del museo. (Inventario general del Museo Nacional de Historia 1906-1911)*. Cinco cuadernillos con un total de 113 folios. (Sin código).

En estos años la colaboración entre científicos y huaqueros es continua. Ambos participan en las actividades promovidas desde el museo. Por ejemplo, para la segunda mitad de 1906, Uhle da inicio a la etapa de excavaciones, realizando los primeros trabajos de prospección asociados con la gestión del museo, en los cementerios del valle de Lima, Cajamarquilla o Nievería y Rinconada de Ate. Aquí, el arqueólogo germano cuenta con el auxilio del conocido huaquero Inocencio Cabrera. Para 1907 se excava en los cementerios de la Isla de San Lorenzo y la región de Nazca, particularmente en este colabora Felipe Morales, huaquero reconocido en la época (Tello y Mejía, 1967: 73-74). En los años siguientes, entre 1908 y 1909, se continúa con estos procesos investigativos de excavaciones para ir armando un mapa arqueológico del Perú desde distintas latitudes. Los resultados de dichas investigaciones fueron publicados en la *Revista Histórica* del Instituto y en el *Boletín* de la Sociedad Geográfica de Lima.

Es interesante que en los registros se detalle la compra de objetos cerámicos y de madera a huaqueros –figura como “wakeros” en libro original– durante estos primeros años del museo. Entre los nombres de personas dedicadas a esta actividad están Inocencio Cabrera, José Guillermo, Felipe Morales, Manuel Torres que aparece como la “colección Lauro o Lauri”, así como años más tarde, hacia 1916, el huaquero F. Arteaga. Se destaca, entre todos ellos, Felipe Morales como uno de los mayores proveedores de especies arqueológicas para el museo, con 438 en una entrega y 333 de la expedición a Nazca, casi un 10% del total de la colección que en aquel entonces se promediaba en casi unas 9.000 piezas. Es interesante notar que Morales fue ayudante de excavación de Max Uhle en el valle de Ica hacia 1901; de hecho, él es uno de los primeros que “formó colecciones arqueológicas clandestinamente, proveyendo a las casas comerciales de Lima” (Tello citado por Kaulicke, 1998: 47-48).

Aunque Peter Kaulicke desliga el nexo que el propio Max Uhle podría tener con los huaqueros y el tráfico de antigüedades (Kaulicke, 1998: 48), son evidentes las relaciones entre ellos en el plano laboral y comercial, tanto en el papel de ayudantes de obra, como en el de proveedores del mismo museo. Podríamos también decir que Uhle, sin duda, como contemporáneo de su época, envió gran parte de los materiales recogidos en suelo peruano al exterior, en franco conocimiento de estas redes de tráfico. Los llamados “científicos” conocían muy bien los equipos de trabajo con los que contaban, así como sus actividades.

Como bien lo señala Irina Podgorny, la arqueología como disciplina científica comenzó a asentarse en la segunda mitad del siglo XIX, particularmente asociada a la práctica de la “excavación” y “registro” y se consolidó con el método establecido en 1904 por Flinders Petrie en 1904, titulado *Methods and aims of Archaeology*. En dicho manual, según Podgorny, se “le asigna al arqueólogo la tarea de controlar con su presencia permanente la marcha de la excavación” (Podgorny, 2008:104). En estos años de la génesis de una práctica científica, esta delgada línea que diferencia al científico del huaquero es una circunstancia compleja en la práctica de colección, puesto que,

“extraer antigüedades móviles significaba una competencia entre el arqueólogo y el comerciante de antigüedades. Hacia finales del siglo XIX, la praxis de la arqueología estaba signada por dicha competencia, que regulaba por ejemplo los precios de las antigüedades y los costos de las excavaciones, y también por los conflictos con el Estado” (Podgorny, 2008:106).

Estas consideraciones son bastante complejas, tomando en cuenta que la distinción que se estaba configurando entre el oficio del científico y del huaquero para estos años está dividida por una fina línea que determina su práctica como legal/ilegal o lícita/ilícita o legítima/ilegítima, ya sea desde la ciencia o desde el tráfico o comercio. Negar estas relaciones, o borrarlas para complacer a nuestra óptica contemporánea, no nos ayuda en nada para analizar y explorar las prácticas que subyacen a la configuración de nuestras institucionalidades culturales de principios de siglo XX.

Si bien el museo era el centro de acopio de objetos que allí se podrían transportar, también operaba como el eje de concentración de información sobre los monumentos y ruinas de la nación, tal y como figuraba en el contrato del alemán,

“El mencionado profesor remitirá al Museo los objetos arqueológicos que consiga en sus exploraciones, y fotografías y planos de sus monumentos, templos, fortalezas, huacas y demás objetos que por su naturaleza no pueden ser transportados” (Contrato Uhle citado en Tello y Mejía, 1967: 61).

Aquí, la categoría de análisis de *archaeospace*, planteada por Castro-Klaren, trabaja desde y hacia el escenario del museo y, con ello, esta perspectiva arqueológica introducida “convierte el territorio en un campo de la memoria” (Castro-Klaren,

2003:194), allí donde las ruinas antiguas pertenecen a la topografía y geografía de la nación. La generación de un imaginario amparado en la recuperación de los objetos, así como en la práctica científica de la excavación en el terreno, acompañada por su registro visual, forman parte de esta cartografía de las antigüedades, ahora nacionales. Esto supone, además, articularse a una forma de control sobre ellas y su tráfico en desarrollo. Para Max Uhle, la legislación era un proyecto urgente de cara al múltiple saqueo que había sufrido el Perú hasta aquel entonces.

Otra de las preocupaciones del Uhle era contar con acervos constituidos de la mano de coleccionistas privados. En aquel entonces, y tras la adquirida al señor Luis Nicolás Larco, el director le expresó al presidente del Instituto Histórico la importancia de la colección Caparó Muñiz de Cuzco. La fama de este coleccionista era conocida en el mundo académico y de los museos metropolitanos. En los primeros trayectos arqueológicos de Uhle en el Perú, fue una de las colecciones que visitó, que conocía y sobre la que señaló,

“En los años ochenta del siglo pasado la colección Caparó Muñiz se consideró como la única de las tres colecciones grandes de antigüedades incásicas que existen, y habiéndose vendido la una, la colección Centeno Romainville en 1887 al Museo de Berlín (más o menos por 15 a 20000 soles), la colección Max Montes en 1893 á Chicago para la gran exposición de aquel año, y quedando expuesta ahora en el *Field Columbian Museum* de esta misma ciudad, la colección Caparó Muñiz es la única, que existe todavía libre para vender, y capaz de enseñar la grandeza de los grandes conquistadores de este continente á los que toman interés en ellos. Es un hecho bastante conocido, que las antigüedades incásicas casi se han agotado aun en Cuzco. Viajeros curiosos, que van a ver las ruinas famosas de la capital antigua, raras veces han dejado de llevar algunas antigüedades en más o menos gran número como recuerdo de su viaje. De esta manera continuamente ha ido disminuyéndose, los entierros incásicos deredor de Cuzco han sido explotados casi hasta el último resto, y viniendo ahora el ferrocarril a la ciudad de Cuzco, es casi seguro, que dentro de poco no se podrán conseguir en Cuzco más objetos de su antigüedad, que en cualquier otra ciudad del mundo”³⁰².

Uhle continuó entre 1907 a 1910 generando actividades para el museo. Hacia 1907 organizó una serie de conferencias y diseñó “un cuadro metodológico y teórico de la

³⁰² MNAHP, Lima, 5 de enero de 1907. Borrador de oficio al presidente del Instituto histórico sobre colección Caparó Muñiz del Cuzco. Ff. 1-2.

ciencia arqueológica” (Hampe, 1998: 177), pensando exclusivamente en el desarrollo histórico de las civilizaciones americanas. En estos años también participó en el XVI Congreso Internacional de Americanistas, además de estar encargado de la organización de las visitas técnicas al Perú que se realizaron, de cara a la celebración de dicho congreso en Buenos Aires en 1910. En esta ocasión, preparó las excursiones y la realización de excavaciones en *Pachacamac* y *Ollaytambo*. Uhle estaba encargado de enseñar a los visitantes los puntos de mayor interés arqueológico del Perú, como las de *Moche* y *Chanchán*. En esta visita se consideraba que los sitios de mayor interés en toda América eran Perú, Bolivia y México³⁰³.

El 21 de septiembre de 1907³⁰⁴, Uhle redactó una serie de consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su reglamentación. En dicha comunicación, el director del museo determinó los alcances de las denominaciones de monumento, ruina, cementerio, etc. En este escrito señaló la importancia de la conservación y protección de los cementerios, frente a la actividad de la huaquería, puesto que desde su punto de vista, al contrario de las ruinas o monumentos, las necrópolis están en manos de esta actividad de expoliación. Uhle considera necesaria la reflexión del caso mexicano,

“La prohibición de la exportación de las antigüedades del país, tal como está estipulada en las leyes de México, sería la única medida que podría tener este efecto, tanto para coercer más eficazmente la industria de los huaqueros, como para conservar en el país colecciones de valor único para la historia nacional. La república de México que ha prohibido desde hace años la exportación de las antigüedades del país, ha conseguido excelentes resultados con esta medida y con esta también ha salvado al país algunas colecciones y hallazgos importantísimos, que como los del templo de Huitzilipochtli en la capital, aún no haber existido aquella restricción prohibitiva, habrían salido del país.”³⁰⁵

Efectivamente, el caso mexicano apelaba a las restricciones de salida de las piezas, que Uhle quería promover, además de determinar un tipo de valoración de unas ruinas sobre otras. Para esto, el Estado debía asignar un monto especial y el Ministerio de Instrucción Pública sería quien velase por su integridad. Para lograr este objetivo, el

³⁰³ MNAHP, Lima, 1910. *Uhle y el Congreso de Americanistas en Buenos Aires*. 7 folios.

³⁰⁴ MNAHP, Lima, 21 de septiembre de 1907. Consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su Reglamentación, 15 folios.

³⁰⁵ MNAHP, Lima. 21 de septiembre de 1907. Consideraciones para el proyecto de Ley de Protección de Monumentos Antiguos y su Reglamentación. Folio 4.

alemán sugería hacer una lista de todas las huacas manejada por cada departamento, para que se enviara información constante sobre el estado de los monumentos anualmente. Estas recomendaciones fueron acogidas años más tarde, cuando se expidió el decreto supremo No. 2612, del 19 de agosto de 1911, sobre la protección y conservación de los monumentos arqueológicos peruanos (Tello y Mejía, 1967: 75).

El contrato del museo con el arqueólogo Max Uhle se concluyó, por resolución suprema No. 2455, del 23 de septiembre de 1911. Posteriormente, con la resolución No. 315, del 2 de marzo de 1912³⁰⁶, se nombró como director interino del museo de Historia Nacional al Dr. Emilio Gutiérrez Quintanilla, que ejerció su cargo hasta 1935. El día 14 de marzo de ese mismo año, Gutiérrez asumió la dirección frente a la comisión nombrada para el efecto, los señores Carlos Wiese, Francisco Brenner y César E. Patrón. En este momento, el nuevo director hizo algunas precisiones acerca del estado de la infraestructura del museo: carencia de servicio de agua, alumbrado, timbres eléctricos, la inexistencia de lavaderos para las piezas, ni taller de restauración, existencia de basura y polvo, problemas de ventilación, además de señalar que había que ordenar completamente la dirección. En estos mismos años Julio Tello, hacia 1913, se incorporó al equipo y se produjeron algunas rencillas con el entonces director³⁰⁷. La crisis se vio agravada por el hecho de que, el 13 de febrero de 1913³⁰⁸, desaparecieron varias especies arqueológicas de la colección del museo y se registró la pérdida de dichos materiales.

³⁰⁶ MNAAHP, *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928.*

³⁰⁷ Sería interesante estudiar la figura de Gutiérrez Quintanilla en la gestión del museo, durante tan larga estancia como director del museo. En una carta que le envía Max Uhle, en su permanencia en Chile, a Jacinto Jijón el 8 de mayo de 1919, se refería al terrible estado del museo en aquel entonces, “No sé si Ud., mi amigo, ha visto una vez los principios de Museo que he dejado en 1912 en Lima. Pero puedo decir a Ud. que el Museo está ahora en completa dilapidación. He visto en casas comerciales de Lima con mis propios ojos un número de objetos valiosísimos, antes tesoros de aquel Museo, y después de ser robados y vendidos en la calle por empleados infieles, ahora presa de negocios con aficionados desconocidos, en cuyas manos desaparecerán de su significación científica antigua”, AHMCP, Quito, código JJC01893.

³⁰⁸ MNAAHP, Lima. *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928.*

6.2.2 Julio Tello y el Museo Nacional de Arqueología

“A un museo no se le juzga por su edificio, ni aún siquiera por la rareza e importancia de sus colecciones, sino por la labor técnica y sistemática, que allí se hace, por la clase de hombres que allí trabajan, contribuyendo incesantemente al avance de los conocimientos.”
Julio Tello, *Carta de Renuncia*, 20 de marzo de 1915.

Julio Tello (1880-1947) ha sido considerado por muchos como uno de los “fundadores” de la arqueología peruana, junto con Max Uhle. Más que hacer un repaso de su vida, que ha sido recogida en varias biografías (Mejía, 1948, 1964, 1967; Lothrop, 1948; Carrión, 1948; Espejo, 1948; Strong, 1948; Jaguande, 2001; Santisteban, 1956; Espinoza, 1983; Astuhuamán y Guerrero, 1998), nos interesa recalcar algunos puntos interesantes de los años vividos en el Perú a su regreso de sus estudios de doctorado, particularmente entre 1913 y 1915. Tello nació en Huarochirí, Lima, en 1880, de familia de medianos recursos, y tuvo que vivir las secuelas socioeconómicas de la guerra con Chile. Este intelectual ingresó a la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Marcos, en 1900, para posteriormente enfocarse en la de Medicina.

Por muchos años trabajó bajo la tutela de Ricardo Palma, en la Biblioteca Nacional. Entre 1903 y 1904 fue conservador del Museo Raimondi, que reposaba en aquella universidad. Desde sus primeros años de estudio estuvo muy vinculado al análisis de materiales del pasado. En 1901 fue alumno de Sebastián Barranca, quien era un afamado naturalista y anticuario, además de ser catedrático de mineralogía, geología y paleontología de la universidad. Barranca tenía interés en el estudio de las lenguas originarias del Perú, influenciando a su estudiante destacado (Astuhuamán y Daggett, 2006: 15).

Sus años universitarios estuvieron marcados por su interés en la craneología y las trepanaciones, lo que le llevó, en 1908, a presentar su tesis laureada, que sería publicada en 1909, titulada *La antigüedad de la sífilis en el Perú*, un trabajo combinado entre arqueología, lingüística, medicina, etnohistoria, que fue reconocido en su tiempo y que le valió la obtención de la medalla de oro por la alcaldía, regentada en aquel entonces por Guillermo Billinghurst. Además, Tello tenía en su haber una colección de casi 15.000 cráneos, que fueron a formar parte de una colección de la universidad y una pequeña parte, a Harvard. Posteriormente y con una beca otorgada por el gobierno, viajó a hacer su doctorado en EEUU. En estos años, vivió entre Estados Unidos y

Europa, visitando museos y colecciones y especializándose en sus estudios sobre antropología y arqueología.

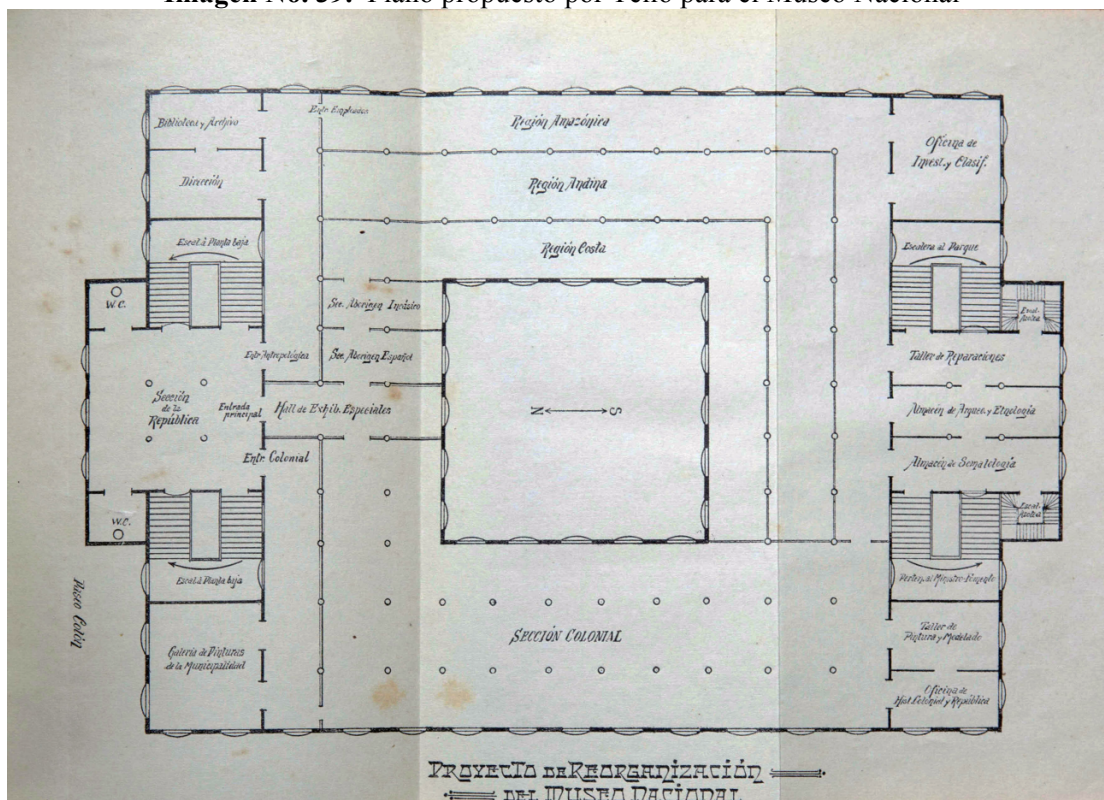
El 30 de marzo de 1913, a su regreso al país, Julio Tello le escribió al Director General de Instrucción Pública. En esta comunicación, el científico ya presenta la necesidad de organizar un plan para el museo, que pueda hacer de este lugar “un centro de investigación”³⁰⁹. Esta comunicación tuvo su respuesta a cargo del Señor Moreyra, y el 12 de junio de 1913, se resolvió crear en el museo una “sección especial destinada a reunir todas las informaciones y estudios, arqueológicos y etnográficos, relativos al Perú”, la cual estaría a cargo del arqueólogo. Tello inició entonces una evaluación del estado del museo nacional de aquel entonces, y claro, sus juicios se vuelven polémicos para su director, Emilio Gutiérrez Quintanilla.

6.2.2.1. De museos vivos, Manco Cápac y “panfletos”

En 1913, Julio Tello presentó un libro titulado, *Presente y futuro del Museo Nacional*, publicación que recogía el informe que el autor había realizado para el Director General de Instrucción Pública, respecto a la situación de la institución museística. En este texto, Tello establecía una distinción entre la situación de aquel entonces del museo nacional, puntualizando el estado de sus instalaciones tanto en los aspectos físicos como técnicos. El autor caracterizó a la institución desde cinco enfoques: 1) el museo es una “acumulación congestiva de objetos misceláneos” y “desplegados caprichosa y extravagantemente”; 2) las secciones de arqueología, tribus salvajes y república son solo nominales, allí predomina la “estética de los contrastes”; 3) El museo es una aglomeración de toda clase de objetos que no “ha recibido aún tratamiento apropiado para su conservación ó para llenar su fin educacional”; 4) las colecciones arqueológicas y etnográficas representan la mayoría de la colección por sobre las coloniales y republicanas; y, finalmente, 5) los empleados del museo realizan simples trabajos mecánicos o de vigilancia (Tello, 1913: 5-6).

³⁰⁹ MNAHP, Lima. *Documentos históricos Tomo II. Leyes y Decretos sobre conservación de Monumentos Arqueológicos e Historia de los Museos, 1822-1928*, f. 13.

Imagen No. 39. Plano propuesto por Tello para el Museo Nacional



Fuente: Julio Tello (1913). *Presente y Futuro del Museo Nacional*, Lima. Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

Sobre este ejercicio crítico de base, Tello erigió un modelo ideal para la institución museística, ya que consideraba que el “museo es un organismo vivo”, aplicado en las funciones, educar, civilizar y aportar al debate científico. Para configurar dicho aparatage conceptual, el autor utilizó las contribuciones del profesor Thomas Montgomery de la Universidad de Pensilvania, con base en su texto *Expansion of the usefulness of Natural History Museums* publicado en 1911. En él, se ponía énfasis en el trabajo investigativo del museo y sus colecciones, por lo que Tello recogía sus palabras: “Un diccionario es un museo de palabras; pero no tiene un uso particular hasta que alguien venga y use estas palabras para un escrito que el pueblo lea” (Tello, 1913: 9).

Lo interesante del texto de Julio Tello es su referencia a la importancia de los materiales antropológicos, según su definición, los arqueológicos y etnográficos. Por ello, postula la necesidad de un museo que ponga un acento y coloque en el centro del debate a la antropología. Aquí, el autor sustenta su tesis en el constante proceso de expoliación peruano y menciona,

“hay una razón fundamental para ello, y es el clamoroso vandalismo y comercio que se practica con los materiales que han de constituirlo. Lo que á diario desaparece y sale del Perú, no se recuperará jamás. Las plantas, los animales, las rocas, como la escultura, la música, la pintura pueden estudiarse en cualquier momento; pero los ejemplares arqueológicos que el mercantilismo destruye día a día, no tienen la virtud de reproducirse ni han sido creados para persistir indefinidamente” (Tello, 1913: 9-10).

Julio Tello terminó considerando la importancia de “ilustrar” las diversas etapas de la cultura peruana y, para alcanzar dicho objetivo, el museo debía focalizarse en conservar, investigar y educar. Sin duda, el acento estaba puesto en la investigación de las culturas precolombinas y la importancia de su inclusión en el relato de la nación. Esta educación se realizaría a través de un modelo lineal-cronológico que mostraría el desarrollo del Perú, así como de un modelo de clasificación “geo-étnica” que apoyase o estuviese en concordancia con las cronologías dispuestas. Evidentemente, la posición de Tello establecía claramente el papel del museo en la conservación de sus colecciones, frente al saqueo indiscriminado y a la ausencia de dichos restos arqueológicos que podrían perjudicar su estudio e introducción dentro la narrativa nacional.

Las apreciaciones de Tello como las de Restrepo Tirado sintonizan con la idea de *arqueología frente al despojo*. Como lo habíamos revisado para el museo colombiano en la época de Restrepo, la institución articularía la práctica científica, no solo normando las actividades, es decir, controlando la salida y entrada piezas, la promoción de sus estudios, el mapeo de su procedencia, etc., al igual que lo propuesto la institucionalidad museística peruana. Ambos, desde sus lugares de gestión, miraban cómo la práctica científica, desde y por el museo, podría articular su oficio en consonancia con la necesidad de ofrecer un cultivo público, sobre la historia de la nación, a los ciudadanos de sus países.

Además, para estos intelectuales el aceptar las condiciones sobre las cuales debían trabajar suponía un experiencia compleja, es decir, con el poco material que tendrían para su estudio frente a todo lo que reposaba en el exterior, la práctica del coleccionismo en el museo aparecía como una oportunidad de dar forma a aquello que había sido expoliado, no obstante, la misma lógica centralizada de la colección, en este caso nacional, primaría. Enfocar su trabajo desde esta perspectiva tendría sus profundas

implicaciones en el desarrollo de las disciplinas humanísticas a nivel local, tanto en los esfuerzos realizados por los Estados respecto al tema patrimonial, como por lo que eso significaría para las comunidades de origen de estos objetos precolombinos durante todo el siglo XX³¹⁰.

6.2.2.2 De momias con olores

La controversia con Emilio Gutiérrez Quintanilla (1858-1935) da cuenta de una mirada sobre estos objetos indígenas antiguos y la pertinencia de ellos en el discurso de la peruanidad. En estos años, la preocupación por el problema social indígena peruano estaba en su punto de germinación³¹¹. Algunos autores han localizado este interés en los textos del literato Manuel González Prada, en sus reivindicaciones sobre la región andina como el verdadero Perú versus “la supremacía de la franja costera colonialista y extranjerizante” (González Prada citado por Rénique, 2013: 21) en la segunda mitad del siglo XIX; sin embargo, no fue hasta el surgimiento en la segunda y tercera década del siglo XX y la injerencia del pensamiento de izquierda, que aparecen personalidades como José Carlos Mariátegui, Luis E. Valcárcel, José María Arguedas y Víctor Haya de la Torre, para quienes dicha preocupación fue parte central del debate sobre el indigenismo peruano³¹².

Gutiérrez Quintanilla utiliza la figura del indígena *Manco Capac* en un tono despectivo –que se evidenciará años más tarde en otra de sus publicaciones³¹³– para infravalorar los criterios de Tello. De hecho, en la polémica entre ambos, se ha destacado el tipo de acusaciones racistas de Gutiérrez, quien utilizaba el término de “indio” para desacreditar el trabajo de Tello (Baptista, 2006: 165). En la revisión de algunas de las

³¹⁰ Es importante recalcar la relevancia que tuvo este momento de gestación y consolidación de una museología moderna para el caso de América Latina. La manera en que los museos nacionales van a construir sus acervos, bajo el signo de lo patrimonial, a lo largo del siglo XX, tendrá sus profundos orígenes en estos primeros años. Para un análisis de estas implicaciones contemporáneas podemos sugerir el trabajo de Miguel Rivera Fellner (2012).

³¹¹ En 1909 aparece la Asociación Pro-indígena, con Pedro Zulen, Joaquín Capelo y Dora Meyer una agrupación promotora de campañas contra la explotación de los indígenas. Julio Tello sería miembro de dicha agrupación hasta 1922. Sobre el tema se han escrito entre otros trabajos: Wilfredo Kapsoli (1980); Federica Barclay (2010).

³¹² El debate indigenista es un punto central en las preocupaciones en América Latina sobre el indígena o el llamado “problema del indio”. La organización del Primer Congreso Indigenista en abril de 1940, en México, reunió a varias personalidades vinculadas a su estudio. Ver, Laura Giraudó (2011).

³¹³ Emilio Gutiérrez Quintanilla (1922), *El Manco Cápac de la arqueología peruana, Julio C. Tello, señor de Huaochirí contra Emilio Gutiérrez Quintanilla, autor de este folleto*, (Lima, s/e).

publicaciones realizadas, por el entonces director, para la revista *El Perú Ilustrado*, durante el último cuarto del siglo XIX, ya vislumbrábamos el pensamiento de este gestor de museo y las consideraciones que tenía sobre aquellos objetos indígenas, y como vemos aquí, un marcado prejuicio por sus estudiosos. Su perspectiva estuvo caracterizada por una excesiva valoración de lo hispánico y de la conquista, que encontramos en un texto como este, sobre el “Arte Americano”,

“De América, no la vida que vivió una raza que no es la nuestra, nó su configuración mongólica, ni su lengua, ni su religión, sus regocijos, ni sus supersticiones, sus costumbres, sus amores, ni su melancólica indolencia....; sino el monte, el campo, el río, la tradición de nuestros progenitores y sus legendarios [sic.] hechos, la vida contemporánea desde la emancipación con todos sus elementos de progreso con la fecunda y siempre nueva variedad de los hechos, circunstancias y detalles que dibujan y coloran la realidad presente, en el individuo, la vivienda, la ciudad, la patria.....; porque no debemos sacrificar la interpretación de la naturaleza tal cual la contemplamos y sentimos, y de nuestra conciencia en lo que tiene de original, espontáneo y característico, por afanarnos en resucitar con nuestra sangre española, nuestras costumbres europeas y nuestra religión cristiana, ó los cadáveres [...] de la Grecia, ó las momias de los incas..... ¡Ridículas y caricaturales imitaciones!” (Gutiérrez en *El Perú Ilustrado*, 1890: 1237).

En este espíritu hispanista y de defensa de lo que él consideraba historia patria, recibe las críticas de Tello y elabora una réplica publicada ese mismo año³¹⁴. Con tono irónico se refiere al arqueólogo como “el *Manco Capac* del museo y del linaje de nuestros arqueólogos”. Su texto crítico empieza describiendo el estado de las instalaciones del museo y de cómo existían algunos textiles antiguos indígenas “hediondos” y momias con olores, que además estaban dispuestas “vendadas i alineadas a lo largo de las salas nuevas [...] parecen esperar antes la visita del médico que la del arqueólogo” (Gutiérrez Quintanilla, 1913: 7). Los criterios de Gutiérrez Quintanilla apuntan a desacreditar la solicitud de Tello de crear una sección especial para arqueología y antropología, versus la historia colonial y patria, según sus palabras,

“pero en cambio imprime un panfleto en que propone á US. Empequeñecer i apagar la historia colonial y del Perú independiente, así como las manifestaciones del arte nacional, aplastando la una i las otras bajo el peso somatológico y folk-lórico [sic.] de un ridículo imperialismo ejercido por

³¹⁴ Véase, Emilio Gutiérrez Quintanilla (1913), *Réplica al panfleto Presente y futuro del Museo Nacional*, (Lima: Imprenta Comercial H. La Rosa & Co).

las momias, a influjo de un amauta, exclusivista que se digna admitir la historia patria y el arte nacional entre los menudos e insignificantes tipos de su servidumbre. Seguramente, no es tal monstruosidad lo que conviene al país; pero está claro que es lo que conviene al amante de la arqueología” (Gutiérrez, 1913: 9).

Este énfasis en lo colonial y lo republicano pone en valor la herencia hispánica y desprecia el interés científico de una arqueología local, casi como una curiosidad europea, y su posibilidad de representar la nación. Este director, refiriéndose al papel de Tello en el museo, consideraba

“funciona en manos del arqueólogo, una bomba de aire comprimido que los presiona i empuja hacia fuera; que suprime el Ateneo, i desaloja al Instituto Histórico; que desprecia la historia i el arte de la era criolla, para entronizar sobre estos dos cultos de nuestra alma, los cementerios de los prothomos aboríjenes³¹⁵ [sic.], i reducir extravagante i absurdamente, a la materia arqueológica, toda la expresión de nuestra nacionalidad” (Gutiérrez, 1913:14).

Finalmente, Gutiérrez Quintanilla, aboga por un reconocimiento de las Bellas Artes como lo patriótico, en tanto que sus manifestaciones artísticas e industriales podrían llevar al país al progreso, aprovechando las ventajas del comercio y la economía. Es interesante cómo emparenta esta cultura artística con la posibilidad de que el “ser profesional” dependa de esta y que pueda influenciar en el anhelado progreso, más que lo que denomina los “éxtasis arqueológicos”, para él inservibles. Es interesante el uso que piensa dar a esta materialidad artística, visibilizada en obras de arte, y de cómo esta se puede aprovechar para la tarea educacionista.

Para él es obvio el valor del arte como forma pedagógica, además, por su costo intrínseco, por lo que termina comparando las ventas de colecciones arqueológicas con la compra de obras de arte, las unas cuestan, por ejemplo, 4.000 libras para los museos metropolitanos y en cambio la *Virgen del Monasterio de San Antonio de Padua*, se vende en un millón de francos. Esta valoración por lo estético como una pedagogía válida para lo nacional es interesante, puesto que ubica a este tipo de materialidad en una función específica, que al parecer los objetos indígenas no tendrían, ya que

³¹⁵ Esta consideración de “prothomos” evidencia en sobremanera la concepción de los grupos indígenas para Gutiérrez, colocándoles en la última escala de la jerarquía humana de las teorías racistas europeas decimonónicas. Sin duda, él es heredero de dicha tradición.

representarían la infancia de estas artes, no solo por su elaboración estética, sino por su propio valor comercial. Después de estas controversias y ante el abandono del museo y de una concepción científica y educativa de este, Tello presentó su renuncia al cargo del museo, el 20 de marzo de 1915; posteriormente siguió en el campo de la arqueología, realizando excavaciones por todo el país, en la cátedra universitaria y publicando sus investigaciones en el tema a nivel local e internacional.

En suma, la polémica entre estos autores muestra un punto de inflexión en un momento en que la historia construye su discurso sobre el pasado, y de cómo el museo, que alberga un sinnúmero de antigüedades indígenas, forma parte de las disputas. El pasado es reelaborado y junto con él sus objetos así como sus paisajes: ruinas y monumentos. La arqueología y antropología peruana nacen de estos debates, enriquecidos por una postura que se desarrollará a través del indigenismo, que aparece con fuerza en la década del veinte.

Existe un fuerte vínculo entre las sociabilidades especializadas a principios de siglo y la construcción de un sentido de nación, anclada en la reflexión sobre el pasado. Tanto en Colombia como en el Perú, vemos cómo ambos gobiernos apoyan iniciativas institucionales que apuntan a reconstruir la narrativa nacional, combinada con el fortalecimiento y desarrollo de las disciplinas como la arqueología, la antropología y la historia. El museo, en ambos casos, opera como un lugar desde donde se genera una serie de vínculos y estrategias para ir construyendo una práctica científica y organizando una materialidad que respalde la construcción de estos discursos de la nación.

En este momento, las antigüedades dejan de ser simples curiosidades ancladas a un mercado transatlántico de piezas hacia museos metropolitanos, sino que se vuelcan hacia una gestión hacia adentro de la institución que busca velar y controlar las condiciones por las que se adquieren, donan, intercambian, compran, exhiben y excavan los materiales arqueológicos. En el caso colombiano, y ante la “poca” monumentalidad –comparable al caso peruano– la institución museística se convierte en un eje clave de la movilización y recolección de estas materialidades para la generación de estrategias

de estudio y presentación de los objetos de la nación. En el caso del Perú, el territorio recorrido entre ruinas, monumentos y piezas arqueológicas debe ser reconocido desde la colección del museo y las prácticas asociadas a su investigación: la excavación arqueológica. Este terreno no está, sin embargo, exento de polémicas.

Entender que, más allá de “personalidades influyentes” como Ernesto Restrepo Tirado, Max Uhle o Julio Tello, existe toda una trama socio cultural, alrededor de la cual se van tejiendo las historias de los museos y articulando prácticas, nos permite una entrada integral a las dinámicas de construcción del pensamiento. Más que un análisis discursivo de qué es lo que dijeron estos académicos, hemos explorado en las condiciones de posibilidad de la elaboración de sus discursos, las contradicciones inmersas en ellos y la construcción de prácticas científicas que sustentan la elaboración de estos relatos.

CAPÍTULO 7. ANTIGÜEDADES NACIONALES II. SOCIABILIDADES, OBJETOS PRECOLOMBINOS Y PROYECTOS DESDE LA SOCIEDAD CIVIL POR UNA CULTURA NACIONAL, ENTRE 1909-1920

“El amor a la ciencia y la consagración al cultivo de ella nacen de la afición a buscar y poseer objetos antiguos, sobre todo, cuando se despierta la curiosidad para investigar las circunstancias relativas a cada objeto. Mis advertencias se enderezan a ese fin, a despertar en los jóvenes el anhelo de adquirir conocimiento razonado y metódico de lo antiguo”.

Federico González Suárez, *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos...*, Quito, 1914.

La importancia del estudio de las sociabilidades vinculadas a la producción de un saber académico sobre el pasado ha movilizó estas últimas páginas de nuestra investigación. Nos detendremos en este capítulo en el caso ecuatoriano y los procesos de transformación de las antigüedades precolombinas en objetos de la nación. Si bien una de las trayectorias intelectuales más importantes de este escenario fue la de Federico González Suárez, iniciada hacia 1878, su continuidad y asentamiento de su legado se visibilizará hacia la primera y segunda década del siglo XX, amparado en la gestión de un conjunto de jóvenes de elite, conservadores, quienes participaron en este tipo de proyecto. Más que analizar la generación o sostenimiento de una institución cultural como el museo nacional apoyado desde el Estado, nos proponemos examinar estas iniciativas nacidas desde otros horizontes.

El advenimiento de la Revolución Liberal de 1895 representó para el Ecuador el establecimiento de una serie de cambios en distintos niveles, político, económico y social. En este contexto, nuestra hipótesis sostiene que la figura de Federico González Suárez fue crucial para los procesos de construcción de un imaginario nacional, no sólo discursivo, sino materialmente. Este líder religioso, no sólo formó parte de todo un circuito de los iniciales pensadores de la arqueología y la historia americana, sino que también tuvo el soporte político e ideológico de grupos de elite durante su gestión. Su práctica científica, como revisamos anteriormente, tuvo un asiento legítimo para el Estado a través de la publicación de su *Historia General de la República del Ecuador* desde 1892, lo que confirió una suerte prestigio social como historiador. Estos factores fueron fundamentales en la erección de la *Sociedad de Estudios Histórico-Americanos*,

proyecto organizado bajo su égida y con el soporte de la más rancia elite quiteña conservadora. De ellos, Jacinto Jijón y Caamaño, su figura más visible, político conservador, historiador y arqueólogo, sería el personaje clave en el análisis de este tipo de gestión sobre el pasado erigida desde la sociedad civil.

En el Ecuador, los procesos de institucionalización cultural son bastante tardíos y se han caracterizado por una existencia intermitente y ligada a las formas de gestión surgidas desde la sociedad civil y sus niveles de injerencia en el ámbito público. En este sentido, nos interesa acercarnos al coleccionismo privado de objetos precolombinos –en casos como el de Jacinto Jijón y Caamaño y de algunas de los intelectuales de época– y la articulación a un tipo de sociabilidad establecida alrededor de la *Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos-Americanos*, fundada hacia 1909 por González Suárez y cuya función, administración y promoción, era particularmente regentada por sus miembros.

Entre las acciones de la *Sociedad* y luego de la *Academia de Historia*, estaban la producción editorial, la búsqueda de generar espacios de injerencia en las leyes primigenias sobre patrimonio, así como la continua reflexión sobre los legados culturales materiales, el estudio científico, las prácticas del coleccionismo y los diálogos de pares dentro de una comunidad científica. En suma, a través de la revisión del accionar de este tipo de sociabilidad, su incidencia y promoción exploraremos la construcción y valoración de los objetos indígenas antiguos y su entrada legítima en el discurso de la nación.

En suma, en este último viaje seguiremos, en primer lugar, la trayectoria marcada y continua de González Suárez y la Labor de la *Sociedad de Estudios Histórico-Americanos*. Nos interesa indagar en los objetivos de este tipo de asociacionismo científico y la reflexión sobre los objetos y la práctica científica. En segundo lugar, indagaremos los primeros años de trabajo académico y de coleccionista de Jacinto Jijón y Caamaño, sus redes, contactos, su presencia en la *Sociedad* y la *Academia*, así como su relación con el científico alemán Max Uhle.

7.1 González Suárez al frente: sociabilidades desde el ámbito privado en escenarios complejos

El nuevo siglo trajo nuevos aires de cambio en la sociedad ecuatoriana. La Revolución Liberal, liderada por Eloy Alfaro en 1895, había resquebrajado la relación entre el Estado y la Iglesia y propiciado una etapa de transformaciones tanto políticas, económicas, culturales como sociales visibilizadas en los albores del siglo XX. La separación de la Iglesia-Estado, la promulgación de las libertades de conciencia y culto, la promoción de la educación laica fueron los puntales de este momento revolucionario. Las transformaciones en el seno del Estado liberal alentaron “un proceso de centralización estatal e integración notable” que, como sugiere Guillermo Bustos, requerirá de la creación y redefinición de un “campo simbólico de la nación” y de la generación de una intelectualidad que fundamente “en términos documentales la comprensión histórica” del devenir nacional (Bustos, 2011: 138).

En el campo de la historia de las ideas, hacia 1902 surge en el seno de la Universidad Central, la *Sociedad Jurídico-Literaria*. Su enfoque se ligaba al estudio de la libertad de expresión, los derechos individuales y la reconciliación social; con actividades ligadas a la producción editorial y la realización de actividades académicas vinculadas a su tema (Prieto, 2004: 81). Aunque su trabajo se orientó a la reflexión del problema social del concertaje, como lo señala Prieto (2004), parece ser que sus postulados no fueron recibidos en la universidad hasta bien entrado el siglo XX, específicamente en 1915, con la fundación de la carrera de Sociología. El problema del “indio” ingresa, en el análisis sobre lo social en el Ecuador, con la publicación del clásico *El Indio Ecuatoriano* de Pío Jaramillo Alvarado hacia 1922 y el posterior movimiento artístico ligado a las corrientes indigenistas en boga en el continente, en la década del treinta y cuarenta. Las problemáticas giraran en torno a la discusión de la situación del indígena contemporáneo ecuatoriano.

Empero, la reflexión del indígena y su pasado ya se había asociado al trabajo de González Suárez desde el último cuarto del siglo XIX. Como habíamos revisado en capítulos anteriores, el interés en las antigüedades indígenas estuvo articulado a una dinámica transatlántica de exploración del estudio sobre las civilizaciones y el origen de la humanidad siendo, para el caso latinoamericano, países como México y Perú los

focos de atención internacional. Dentro de este contexto, la obra de González Suárez marcó un punto de inflexión y de exploración de los sujetos indígenas en el contexto ecuatoriano y fue una primera adscripción a la producción de pensamiento intelectual, acompañada por una práctica de colección de objetos, así como del registro visual y editorial de estos procesos.

Federico González Suárez, en aquel entonces, contaba en su haber no sólo con varios tomos de su *Historia General de la República del Ecuador*, escritos entre 1890 y 1903, sino con varios libros arqueología, entre los que figuran, *Prehistoria Ecuatoriana*, uno de los últimos publicado en 1904 y el estudio sobre *Los aborígenes de Imbabura y Carchi*, lanzado el año 1908; además, tenía ya varias publicaciones de sus discursos y oraciones eclesiásticas hechas en el último cuarto del siglo XIX y el tránsito hacia el XX. En el balance de su producción académica hasta la primera década del siglo XX, este intelectual había mapeado ya distintas áreas arqueológicas del país desde el sur, a la zona costera y las culturas indígenas del norte; además de haber construido una memoria periodizante para la historia del Ecuador, desde el relato precolombino, la colonia y la era republicana.

Conviene señalar que esos años estuvieron caracterizados por el segundo mandato de Alfaro, entre 1906 a 1911 y fue un “momento de afianzamiento de la revolución liberal” (Bustos, 2011: 139). Varios autores (Ayala Mora, 1994; Clark, 1998; Deler, 2007) ya se han referido a los logros alcanzados para entonces, cuando se hacía visible la separación de la Iglesia-Estado y una entrada mucho mayor al mercado internacional, avalada por el crecimiento y desarrollo del mercado cacaotero durante el último cuarto del siglo XIX, además de la instauración de la educación laica y la consecución de la conexión entre Costa y Sierra a través del ferrocarril, en 1908.

En este contexto, un hecho que marca el papel que cumpliría la historia para la nación fue la *Conmemoración del Primer Centenario de la Independencia Ecuatoriana*, el 10 de agosto de 1909³¹⁶. Dicha celebración se enmarcó en un complejo escenario

³¹⁶ Sobre estas celebraciones se han escrito algunos aportes, por ejemplo, véase el trabajo de Trinidad Pérez (2010) en el que se explora la construcción del campo artístico moderno en la celebración de 1909 y las definiciones de estos escenarios en el contexto de 1909. También podemos mencionar el texto de María Antonieta Vásquez (2009), un estudio centrado en el diseño arquitectónico del lugar donde se conmemoró el 1909.

ideológico de posturas contrapuestas abiertas por el liberalismo. Pocos días antes de su realización, se firmó, el 24 de julio de 1909 en el Palacio Arzobispal, el acta de establecimiento de la primera sociedad oficial de investigación histórica en la ciudad de Quito: la *Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*³¹⁷, ente de acción privada y que no recibía financiamiento del Estado, sino solamente de sus miembros activos. Al frente de dicha asociación se encontraba nuestro arzobispo, en aquel entonces, Federico González Suárez.

En estos años el arzobispo de Quito logró articular una estrategia intelectual y simbólica –además de promoción material³¹⁸– para posicionar un discurso sobre el pasado de la nación. Esta táctica se hizo visible no sólo en la gestión y organización de la *Sociedad de Estudios Históricos-Americanos*, sino que estuvo amparada por los miembros de las más potentadas familias conservadoras de la capital. A esto debemos sumar su propio prestigio como el historiador ecuatoriano ganado durante décadas y la notoria posición eclesiástica de poder sobre la iglesia ecuatoriana en uno de los contextos más complejos del liberalismo. En su discurso sobre la conmemoración de la gesta independentista González Suárez adscribiría a este hecho “un sentido civilizador y católico, y convertía el progreso, una de las más caras aspiraciones del liberalismo, en un fuerza dinámica sujeta al impulso divino [...] presentaba batalla en el plano simbólico a las interpretaciones laicas de la vida social y la historia” (Bustos, 2011: 143-144).

Es interesante cómo en una biografía escrita sobre el prelado historiador, uno de sus pupilos Carlos Manuel Larrea, se refería al importante papel de González Suárez en este contexto político,

³¹⁷ Existen pocas publicaciones sobre el trabajo de la *Sociedad* y la *Academia*. Hace algunos años publicamos un trabajo sobre la relación de Jijón y Caamaño y la Sociedad (2008). En dicha publicación exploramos el papel de la sociedad en sus primeros años y de la Academia de Historia desde 1920. Por otro lado tenemos también la tesis doctoral de Guillermo Bustos titulada, *La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en el Ecuador (1870-1950)*, Universidad de Michigan, en la que se recogen algunas reflexiones sobre el periodo y estas dos entidades. Finalmente, existe un trabajo realizado por la celebración del centenario de la Academia de Historia que recoge algunas transcripciones originales de documentos de la academia y de sus personajes, véase también, Franklin Barriga López (2009). Valdría la pena seguir ahondando más investigaciones sobre el tema.

³¹⁸ En cierta forma la publicación del año de 1914 de sus *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano*, en el circuito de sus pupilos miembros de la *Sociedad* es emblemática, no sólo porque configura el escenario desde donde se estructuraría su práctica científica, sino también porque se estableció una especie de normativa de cómo coleccionar los objetos del pasado de la “mejor manera” dentro de un círculo de personajes de vastos recursos económicos y en su mayoría coleccionistas. Esto lo revisaremos más adelante.

“esa política partidista la que consideró y tachó como liberal, hereje y apóstata al defensor más valeroso de los derechos de la Iglesia conculcados por el liberalismo reinante; al acérrimo enemigo del laicismo anticristiano en la enseñanza de las escuelas; al Sacerdote moderno, de la vida inmaculada, ferviente adorador de Jesucristo y de la Sagrada Eucaristía!... En la biografía de González Suárez habrá de tratarse detenidamente de la titánica lucha por él sostenida para defender esos principios que sostuvo siempre de manera firme y que merecieron la irrestricta aprobación de la Secretaría de Estado del Vaticano y de los mismos Sumos Pontífices, el sapientísimo León XIII y el clarividente Pío IX” (Larrea s/f: 10).

Sin duda, la idea de “sacerdote moderno” conjuga muchas de las características que recaen en la labor realizada por González Suárez, pues logra entremezclar el credo científico y el progreso con los dogmas de la fe cristiana. Asimismo su labor se inserta, estratégicamente, en el debate público con varios libros de historia y arqueología bajo el brazo, así como con la promoción de un coleccionismo de objetos del pasado indígena, que más que un placer de disfrute privado, buscaba una proyección pública y científica de objetos pertenecientes a la historia de la nación. Recordamos sus palabras respecto al interés en la ciencia y la verdad, que pronunció a finales del siglo XIX, en el discurso de exequias del prominente médico ecuatoriano muerto en 1893, Miguel Égas; para él,

“La Religión revelada posee y enseña la verdad: la Ciencia inquiere, investiga y descubre la verdad; y entre las dos no puede haber contradicción, porque la verdad es una, y el conocimiento sobrenatural de la verdad por medio de la Revelación no es sino una claridad mayor, con cuyo auxilio la inteligencia humana adquiere certidumbre de lo verdadero, y conoce verdades, que con solas sus fuerzas naturales no habría podido alcanzar á descubrir jamás [...] La contradicción entre la Religión católica y las ciencias experimentales es, pues, imposible: las contradicciones aparentes nacen ó de que la Ciencia no ha alcanzado todavía la plena posesión de la verdad. Por esto es un deber de todo católico sincero mantenerse firmemente adherido a las enseñanzas de la Iglesia romana, y en el ejercicio de una profesión científica cualquiera ajustar siempre en conducta á las máximas cristianas”. (González Suárez, 1911: 232).

Esta búsqueda de la verdad, a través de las herramientas de la inteligencia humana es posible en la práctica científica humanística de González Suárez. La verdad aparece como única porque es un conocimiento sobrenatural que sólo los creyentes pueden dar fe. Si bien el positivismo rechazaba estos relatos metafísicos y teológicos en pro del desarrollo de la ciencia y la evidencia científica, González Suárez reconcilia esta visión

desde la subyugación de la ciencia al misterio de la llamada “Revelación”, puesto que ella no está en falta, a diferencia de la ciencia. Por ello el canónigo se preguntaba sobre el criterio de verdad de la ciencia a través de los sentidos: “yo creo únicamente lo que veo y palpo: lo que mis sentidos perciben, no lo acepto. Y bien, Ciencia: ¿estás segura de comprender lo que ven y palpan tus sentidos? Dime ¿qué es la vida? ¿En qué consiste?” (González Suárez, 1911: 239). Desde este lugar, el canónigo ubica la noción de verdad siempre supeditada a la creencia cristiana, en este asiento conceptual ubicará su práctica científica humanística. Su preocupación por el discurso científico se orientó a la búsqueda de la certeza, el afinar la observación y el desarrollo de las conjeturas a partir de las evidencias.

7.2 De los miembros de la Sociedad y sus actividades

Entre los primeros miembros de la *Sociedad* constan los nombres de jóvenes vinculados a la elite conservadora, entre ellos, Luis Felipe Borja (hijo), Alfredo Flores Caamaño, Cristóbal Gangotena, Jacinto Jijón y Caamaño, Carlos Manuel Larrea y Aníbal Viteri Lafronte; además se dejó constancia de la participación en dicha asociación, pese a su ausencia, de Juan León Mera Iturralde y José Gabriel Navarro. Años más tarde se incorporarían Celiano Monge e Isaac Barrera. En la conformación de este ente se declaró a González Suárez como su director vitalicio; tras la muerte de este, en 1917, el historiador Jacinto Jijón y Caamaño se encargó de la subdirección que ocupó hasta su nombramiento como director, en 1920, sobre la que hablaremos más adelante.

En sus inicios, la institución se orientó a la investigación histórica y a la producción de textos académicos que fueron publicados por el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* que apareció en junio de 1918, casi diez años más tarde del surgimiento de la *Sociedad*. La publicación de dicho boletín corría a cargo económicamente de Jacinto Jijón y Caamaño, siendo él su principal proveedor pecuniario, desde la compra del material para impresión, el pago por las imágenes fotográficas, hasta el tiraje de la obra³¹⁹. El enfoque de las indagaciones de los miembros de esta *Sociedad* tenía que ver con cierta “afición personal” de cada uno de sus socios. Es así que, por ejemplo, Luis Felipe Borja recogió noticias biográficas sobre

³¹⁹ En el archivo de la correspondencia de Jacinto Jijón y Caamaño reposan los recibos de este tipo de transacciones, entre pagos y facturas. Véase, AHMCP, Quito. JJC01869.

los hombres públicos “destacados” y las primeras legislaciones nacionales; Alfredo Flores se dedicó a la investigación de lo relacionado a José Mejía Lequerica; Cristóbal Gangotena impulsó el desarrollo de los estudios genealógicos; José Gabriel Navarro inició con los estudios sobre arte en Quito; y, por último, Jacinto Jijón alineó sus investigaciones en el plano arqueológico y etnográfico (Larrea, 1973). La mayoría de los miembros de la *Sociedad* pertenecían a familias con gran influencia en el plano social y económico en la región, además de una fuerte inclinación hacia el ala conservadora en campo político.

Imagen No. 40. Algunos miembros de la Sociedad Ecuatoriana Histórico-Americana³²⁰



Fuente: Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito

En dicho corpus de investigaciones producidas y promovidas a través del Boletín – primero de la Sociedad de Estudios Históricos y posteriormente de la Academia Nacional de Historia- se amparaban en los estatutos creados en 1909 con la conformación primaria de este círculo de investigación. Entre las líneas de indagación se contemplaban una serie de enfoques de trabajo entre las cuales se especifica detalladamente el área de *Prehistoria* con sus secciones de Antropología, Etnografía,

³²⁰ Según Carlos Manuel Larrea, esta fue una foto tomada por Jacinto Jijón con los cráneos recogidos de sus excavaciones, aproximadamente en 1920. De izquierda a derecha son, Juan León Mera Iturralde, Carlos Manuel Larrea y Cristóbal Gangotena.

Lingüística, y Filología; otra de las secciones con mayor número de especificaciones es la de la Época Colonial, en donde se detalla que se estudiará:

“las biografías completas de los Presidentes de la Real Audiencia, de los Obispos de Quito y Cuenca, y de los personajes notables de la Colonia; estudiará también las fundaciones monásticas, los escudos y privilegios de las ciudades y poblaciones, los usos y costumbres, la organización de la sociedad, con todo lo relativo a ella, el régimen de los Indígenas, la introducción de esclavos, la agricultura, el comercio, y las industrias; la historia de las escuelas, colegios, universidades, imprentas, ciencias, letras y bellas artes.”³²¹

Aunque se sugería que estos puntos serían estudiados también en las épocas de la Independencia, Colombiana, y Contemporánea, al realizar un balance de las publicaciones presentadas en el Boletín tanto de la Sociedad como de la Academia, se nota una fuerte presencia de la investigación en el pasado “colonial” en su mayor parte, con casi un 40% del total de publicaciones realizadas por los historiadores ecuatorianos; en un segundo lugar se encuentran los estudios genealógicos y arqueológicos, ambas áreas de tratamiento bastante sostenido en la producción académica de estos intelectuales.

Esta orientación hacia la investigación histórica fue parte integral no sólo de un proceso de configurar cierto *corpus* de intereses temáticos con relación a la recuperación de un pasado, sino que también promovió la articulación de un sistema encauzado a la “conservación”, “organización” y “sistematización” de los distintos archivos existentes en la capital; el interés por la conservación monumental, además de la creación de una de las primeras legislaciones alrededor de lo que se comenzaba a considerar como “reliquia histórica” u “obra de arte”, es decir, las iniciales aproximaciones a un *sentido patrimonial* de los bienes. Así, el 13 de octubre de 1916³²², se promulgó una Ley, impulsada desde la propia Sociedad, que prohibía la exportación o salida del país de lo que se consideraba como “reliquias históricas”³²³.

³²¹ Los primeros estatutos de creación de la Sociedad se reprodujeron en el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, No. 1, Año I, julio-octubre de 1920.

³²² En 1911 se promulgó la primera Ley sobre la protección de objetos arqueológicos, que fue posteriormente reformada en el año 1916.

³²³ Más adelante revisaremos una polémica surgida entre los miembros de la Academia respecto al manejo de los bienes.

La veta hispanista presente en la producción académica de estos historiadores puso un acento a las cuestiones vinculadas a “lo colonial” y esos entrecruces entre civilización y religión. Coincide en estos años el nacimiento de la historia del arte de la mano de uno de sus miembros José Gabriel Navarro, quien exploró y valoró el pasado quiteño, su monumentalidad expresa en las Iglesias y conventos, aquella huella que “representaba un lazo metafórico de unión con el espíritu glorioso de la raza hispana” (Capello, 2004: 55). En esta misma línea de trabajo esta agrupación promovió la idea de conmemoraciones cívicas a hechos históricos como la “fundación” española de la ciudad de Quito (Bustos, 2007; Capello, 2004). Quizá, una de las vertientes menos estudiadas, pero de mayor peso en la configuración de todo un universo de exploraciones históricas y de los mismos recursos de recolección, es el ámbito de la genealogía. Esta necesidad de buscar los orígenes familiares de ciertos “personajes ilustres” o “familias notables” de la capital, y el deseo de dejar sentadas ciertas biografías para la posteridad, son aspectos constantes en el enfoque investigativo de este grupo de intelectuales. En una de las comunicaciones (2 de julio de 1946) procedentes de Madrid que recibe Jacinto Jijón, le envían información sobre el apellido Caamaño, comentándole sobre su “nobleza”,

“Al fin hemos conseguido copia íntegra del expediente de D. Andrés Fernández de Caamaño resultando ser el apellido en origen López de Montemayor. La genealogía que dan dichos documentos no contiene los nombres de las mujeres, por lo que seguimos ignorando concretamente el origen del Caamaño que luego usaron. Sin embargo *prueban la nobleza del apellido y ahora continuaremos registrando para ver si encontramos algo más...*”³²⁴

Cristóbal Gangotena, primo de Jacinto Jijón, fue una de las figuras claves en la difusión de los estudios de genealogía en el país, siendo muchos de sus trabajos publicados pioneros en el campo de investigación a nivel nacional. Buscar los “orígenes familiares” de ciertos personajes del pasado o contemporáneos, parecía más bien un ejercicio que intentaba localizar ciertas trayectorias de nobleza y quizá de justificación de ciertas jerarquías sociales existentes en la propia sociedad. Dentro de los puntales del pensamiento hispanista estaba la creencia en una “sociedad jerarquizada”, eso es, el reconocimiento de seres humanos “superiores” a otros y por ende más capacitados para

³²⁴ AHMCP, Quito. *Correspondencia de Jacinto Jijón y Caamaño*, carpeta JJCO1951. La carta aparece con un subrayado a lápiz de Jijón en la parte donde le señalan la “nobleza” de su apellido. Las cursivas corresponden al subrayado original.

ejercer el poder, lo que suponía que las jerarquías sociales no solo debían existir en España sino que subsistan en Latinoamérica (Pérez, 1992: 17). Esta posición claramente demarca fronteras en el tipo de organización social que concebía,

“el linaje y su relación con el poder político y el eclesiástico [que] determinan su posición dentro de la escala social. Esta visión, apoyada por los principios religiosos, no concibe movilidad social alguna y descarta cualquier participación popular o democrática en las decisiones del gobierno” (Pérez, 1992: 17).

Este sentido de indagar en los orígenes familiares dentro de la “Madre Patria” creaba ciertos lazos imaginarios que acuñaban una línea de procedencia noble para ciertos personajes y justificaba en cierta manera su posición y prácticas sociales. Tomemos en cuenta que gran parte de los estudios presentados por Gangotena en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia* se constituyeron en una parte importante de la producción académica generada por la institución, en número, casi a la par de las investigaciones sobre arqueología.

La Ley de 1916 ya citada que prohibía la salida del país de los objetos considerados “reliquias históricas” determinaba entre otras cuestiones que la conservación de dichos objetos estaba encaminada a toda la producción *anterior a la conquista española* y los artefactos correspondientes a la *época colonial*. Tales objetos estarían destinados a los museos nacionales y estaba completamente prohibida la exportación, salvo en concepto de canje con instituciones como Universidades, Museos y otras Instituciones Científicas a nivel internacional³²⁵.

En una de las comunicaciones enviadas en 1918 por el ,en ese entonces subdirector de la Sociedad, Jacinto Jijón, al presidente de la Corte Suprema de Justicia se señalaba el interés de la sociedad en ayudar al arreglo del Archivo que fue primero de la Real Audiencia de Quito y posteriormente del Tribunal de Justicia. En el escrito se señalaba que,

³²⁵ *Anuario de Legislación Ecuatoriana 1916. Leyes, decretos, acuerdos y resoluciones del Congreso*, Quito, No. 1, Vol. 15, Imprenta Nacional, 1916. La mayoría de canjes eran admitidos; en estos años se realizaron varias operaciones de este tipo con institutos estadounidenses y universidades, no obstante, los artefactos puestos a consideración del canje no sólo eran los objetos arqueológico sino una serie de objetos etnográficos contemporáneos a la época. Véase, “Documentos y comunicaciones de la Sociedad”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito.

“Uno de los fines de la Sociedad, es el de fomentar y dar facilidades para los estudios históricos en nuestra patria; por consiguiente, interésale, sobremanera, cualquier proyecto relacionado con el *arreglo y clasificación de documentos que constituyen fuentes de investigación histórica* [...] Por esta razón la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, se ofrece para tomar a su cargo, gratuitamente, el arreglo del Archivo de la Corte Suprema y la formación de catálogos e índices completos”³²⁶.

La *Academia Nacional de Historia* surgió por decreto oficial del Estado el 21 de septiembre de 1920 y nombró como su director oficial a Jacinto Jijón y Caamaño, quien asumiría la presidencia de la *Sociedad* anterior a la muerte de González Suárez en 1917. Con este decreto se le encargó a dicha institución “velar por todos los monumentos de carácter histórico que existen en el país, especialmente, los incaicos”³²⁷; en este sentido, la institución estuvo en el centro del debate sobre distintas temáticas e investigaciones jurídicas alrededor del patrimonio histórico, dada la “supervigilancia de monumentos históricos” que le fue asignada. De esta manera, la *Academia* participó en varias operaciones jurídicas que analizaron varios casos de contrabando de objetos antiguos y el cuidado de los monumentos o ruinas de los Incas. Recién a partir de este año y con la venía del Estado, esta sociabilidad tendría una voz “legítimamente” pública.

El papel de los hacedores de historia, en este caso, los intelectuales vinculados a la Academia Nacional de Historia, y en nuestro caso específico el de una figura como Jacinto Jijón y Caamaño, era el de recuperar todo un universo histórico al cual le dieron un sentido particular. La recuperación de esta memoria “cumple la tarea de restituir lo que ha tenido lugar y, en este sentido, se encuentra inscrita en su seno la huella del tiempo” (Ricoeur, 1996: 102); por ello, el lugar de la Academia y las actividades que de ella se desprendieron, fueron configurando un escenario particular para la sociabilización, para recuperar su sentido en el devenir del tiempo. Así, el uso, la

³²⁶ Véase sección “Documentos y comunicaciones de la Sociedad”, en el *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, No. 1, Año I, junio de 1918. Las cursivas son nuestras. En el diario *El Porvenir* del 14 de junio de 1924 se señala que catalogará del Archivo de la Presidencia de Quito a Cristóbal Gangotena quien estará “encargado de clasificar y catalogar los documentos, con los métodos más prácticos y modernos”. Se dice además, “Lo que ahora urge es reformar el decreto legislativo que prescribe la licencia del Ministerio del Interior para la consulta de los documentos. Tal disposición es anacrónica e inconsulta; si el permiso lo diera el Ministerio de Instrucción Pública aún habría mucho que advertir, pero el de lo Interior!!! Cuando en todos los países civilizados los archivos son públicos, ¿vamos aquí a hacerlos secretos?”

³²⁷ Véase, “Documentos y comunicaciones de la Sociedad”, en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito, No. 3-4, Vol. II, enero-abril de 1921.

perspectiva y sentido que se hizo de un tipo de acercamiento a fuentes históricas juega un papel primordial en la manera en que los relatos se ponen en escena, es decir, como recuerdos comunes que aluden al devenir histórico de la nación.

Cabe destacar que esta evocación del pasado forma parte de la configuración de una memoria colectiva que recurre a esta dinámica de apropiación o re-apropiación del recuerdo. Uno de los “aspectos principales consiste en que nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de los acontecimientos destacados de los que dependió el curso de la historia de los grupos a los que pertenecemos” (Ricoeur, 1999: 17). En nuestro caso, el agenciamiento de estos intelectuales permitió una construcción particular de una Historia nacional, que sirvió de base para centralizar el cultivo de la investigación histórica y delimitar un cierto enfoque en su acción.

Este conflicto ideológico liberal-conservador que marcó la época promovió un escenario particular de agencia con el pasado desde el ámbito privado. Si la celebración de 1909 fue importante para el gobierno alfarista en tanto estrategia unificadora del sentido de un nosotros amparado en un hecho histórico, la sociabilidad instituida por este grupo de intelectuales conservadores apuntará, durante la primera mitad del siglo XX, a un uso del recuerdo que reivindicará el pasado hispánico y en su medida el papel de la Iglesia. La inserción de estos contenidos en el debate público –promovido desde el mundo editorial, la legislación, la circulación de imágenes de estas “joyas” coloniales– además del continuo interés tanto en la promoción de estudios sobre arte colonial, obispos, iglesia, etc., fueron característicos de este proceso.

Sin embargo, los objetos precolombinos marcan un relacionamiento distinto y articulado a un ala transatlántica y a su comunidad científica. Como pocas veces en la producción de González Suárez y sus seguidores, sus producciones intelectuales serán parte de una reflexión de las herramientas teórico y metodológicas existentes para el investigador y de cómo hacerlos inteligibles esos objetos para el presente desde el cariz de la ciencia. Por ello, la conexión internacional, las redes, los intelectuales de otras latitudes y los americanistas son necesarios. Aquí las disciplinas del pasado *performan* en una normatividad dominante (Lomnitz, 1999: 85) aquella que es característica del debate arqueológico de la época y de las formas en que desde estas “periferias” se hacía

ciencia, aquella que ajustaba sus criterios a los que sobre estas poblaciones se construiría internacionalmente. En la edificación de este relato meta-histórico de la nación, nuestro prelado siempre puso un énfasis particular a la búsqueda de los orígenes “ecuatorianos” en el territorio de exploración, en su *archeospace*, situando a estos restos precolombinos y su potencialidad, como lugares de producción académica.

7.2.1 Las advertencias para coleccionistas realizadas por González Suárez

En 1914, Federico González Suárez, principal mentor de Jacinto Jijón y Caamaño³²⁸, lanzó una publicación de enorme interés en el campo del coleccionismo local y de la práctica científica. Su libro se tituló *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes a los indígenas antiguos pobladores del territorio ecuatoriano*, una compilación detallada del trabajo de recolección de piezas de los indígenas del pasado. González Suárez, en un claro ejercicio de enrumbar los destinos de las primigenias disciplinas humanísticas que trabajan con el pasado, buscaba dar un “dirección acertada” de dicha práctica que pudiera ir más allá de la curiosidad en el ejercicio de recolección hacia la posibilidad de “adquirir conocimiento razonado y metódico de lo antiguo” (González Suárez, 1914: IX). Estas advertencias, encaminadas a llamar la atención, aconsejar y enseñar, marcan pautas para quienes quieran trabajar con objetos precolombinos de una manera científica. El pasado desde esta perspectiva se va transformando en objetos que rotan y se clasifican en colecciones a la vez que permiten construir imaginarios sobre el tiempo pretérito, como lo habíamos mencionado antes, éstos entran dentro de un tipo de “sistema experimental” (Rheinberger en Podgorny, 2013: 17) a partir del cual se van configurando ciertas relaciones, nexos y conexiones.

González Suárez diferenciaba claramente tres estados en el acto de coleccionar. El primero se relacionaba con el “buscar objetos”; el segundo de coleccionar objetos o hacer colecciones “bien hechas”; y el tercero, el “clasificar los objetos”, considerando a esta última como la tarea cabalmente científica. Para la labor inicial, el investigador debería reconocer y diferenciar los objetos del pasado, por ejemplo, una tola –

³²⁸ Cabe destacar que el arzobispo González Suárez era amigo de la familia Jijón, particularmente de su padre Manuel Jijón. Conoció a Jacinto a los 16 años y a partir de sus 19 años comenzó a asistir a grupo católico, de carácter político el “Centro Católico de Obreros” en 1909. Véase, Fernando Jurado Noboa (2011).

denominación que en Ecuador se da a las tumbas de las poblaciones andinas del pasado- de restos de edificios y viviendas, fortalezas, sepulturas, etc. Lo que hace nuestro prelado es pensar en la importancia de un léxico científico. En esta labor, la observación del lugar en el que se encuentran emplazadas, así como sus características intrínsecas, era de suma importancia. Además González Suárez apunta ya a las búsquedas localizadas; por ejemplo, en las sepulturas se había dado preponderancia a los objetos de oro y plata en detrimento de toda su constitución funeraria y demás huellas. Para él ese interés era un fin científico en sí mismo; más allá de la riqueza de los materiales está la comprensión de sus universos de vida.

Imagen No. 41. Formas clasificatorias.

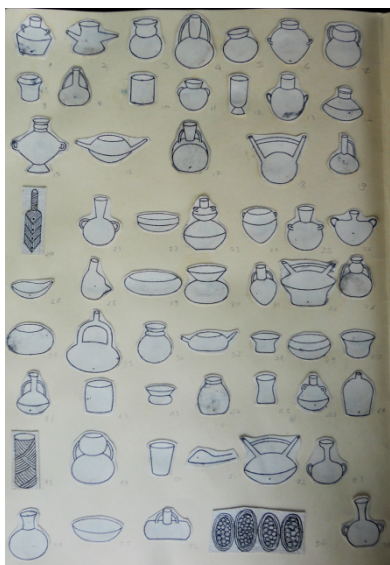


Imagen No. 42. Diseños clasificatorios.



Fuente: Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, Quito.³²⁹

Años antes de esta publicación, González Suárez le escribía a Jacinto Jijón y Caamaño durante su corta estancia diplomática en Bolivia y le señalaba lo siguiente sobre el “ser un arqueólogo” y la mirada sobre los objetos,

“el estudio de la arqueología requiere un ánimo muy sereno, muy calmado, muy dueño de sí mismo: el fervor se necesita para la investigación, en la cual las dificultades se vencen merced al entusiasmo; pero para el estudio se ha menester un criterio helado, mediante el cual no se vea ni más de lo que cada objeto significa, ni menos de lo que en sí mismo valga. En el

³²⁹ Recopilación de formas y diseños (Copias realizadas para la impresión en el Boletín). En el archivo personal de Jijón y Caamaño se encuentran un sinnúmero de dibujos sobre formas cerámicas, diseños precolombinos, todos ellos numerados y clasificados.

Ecuador la arqueología comienza recién: el campo está inexplorado y yo lo único que he hecho es iniciar esos trabajos”³³⁰

La tutela de González Suárez sobre sus colegiados es continúa. No sólo hace un seguimiento de su trabajo en archivos –en el caso de Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea a Europa entre 1911-1913– sino que pasa por el seguimiento de sus lecturas y promoción de libros, así como la donación de piezas arqueológicas para el inicio de sus ensayos científicos, especialmente aquellas que él había colectado años antes. En un artículo publicado una década después, Larrea y Jijón mencionaban cómo el historiador en 1907 les conducía en sus investigaciones y obsequiaba estos objetos, momento en el cual comenzaban la “descripción de las piezas” (Jijón y Larrea en *Boletín*, 1919: 25). En aquel entonces, y luego de haber sido testigos de la visita en estos años de Marshall Saville, reconocido arqueólogo norteamericano, ambos decidieron dedicarse a las excavaciones. En 1911, Jacinto Jijón le encomendó a su tutor de educación inicial el salesiano Jacinto Pankeri³³¹ coadjunto de la orden, para que realizara varias excavaciones en la zona de Esmeraldas. No obstante, estos primeros intentos fracasaron y apenas se obtuvieron unas pocas muestras. Este “ver” más de lo que cada objeto significa postula la mirada en el objeto, como mencionamos, como un lugar epistémico a partir del cual se elabora el discurso científico, siempre en el horizonte de la comparación.

El segundo punto señalado por González Suárez en su libro de *Advertencias* hablaba de cómo hacer colecciones tenía que ver con la “autenticidad del objeto”. Para ello sugería que cada coleccionista debería tener un catálogo en el cual se encontrara lo relativo a la “filiación” del objeto. Esto era importante para el científico en tanto le daba al objeto una “señal” a través de un número –catálogo de numeración– que reportaba el artefacto en el correspondiente libro de clasificación en donde constaba la descripción del mismo, su lugar de procedencia, fabricación, fecha en el que fue encontrado, los poseedores, etc. Con ello se lograría una “clasificación metódica y sistemática de las piezas

³³⁰ AHMCP, Quito. *Correspondencia de González Suárez a Jijón y Caamaño*, 2 de julio de 1910. Carpeta JJC01785.

³³¹ Pankeri fue el primer tutor en la educación de Jacinto Jijón. Salesiano laico continuó la obra de esta comunidad luego de la expulsión decretada en el gobierno de Alfaro hacia 1896. Entre sus trabajos más importantes estuvo el diseño del Santuario de la Virgen del Quinche, así como del colegio Don Bosco y el acueducto bajo la Loma del Itchimbia. Véase, Juan Botasso (1993). Cabe destacar la presencia en la vida académica de Jijón de la ayuda “técnica” y “colaborativa” de facciones de la iglesia para la obtención de piezas a lo largo del territorio de la nación. Pankeri en muchas ocasiones fungió de dibujante de planos y asistente de las excavaciones.

arqueológicas”; de ahí la importancia de la distinción que logra este autor entre, “el aficionado busca objetos, los recoge y se contenta con hacer un amontonamiento de ellos: el arqueólogo los busca, los colecciona y los clasifica.” (González Suárez, 1914: 53).

En este punto vale la pena dar cuenta de la rigurosidad puesta en el manejo de los recursos visuales en la obra del religioso. Desde su primera publicación, en 1878, hasta las obras por él escritas en los albores del siglo XX, la prolijidad del registro marca las formas a partir de las cuales configura las clasificaciones desde dónde opera el análisis. Entre los dibujantes y fotógrafos con quienes contó en un primer momento González Suárez y que estuvieron vinculados a la *Sociedad* encontramos a Joaquín Pinto y Eufemia Berrio en el último cuarto del siglo XIX y, más tarde, a José Domingo Laso, Juan León Mera Iturralde, entre otros, que estuvieron encomendados a dicha tarea durante décadas. Por ejemplo, Laso, el fotógrafo, fue uno de los pilares en la producción de imágenes visuales sobre arqueología y arte en el *Boletín* de la Academia de Historia, además de una serie postales y fotografías de corte histórico para la época³³².

Finalmente, González Suárez señalaba en su libro, la importancia de la clasificación por la naturaleza de su material ya fuera de piedra, metal, hueso o barro; esta herramienta metodológica caracterizaría toda su producción científica. Este ejercicio de numeración y catalogación es lo que primordialmente nos llevará a hacer un análisis arqueológico antropológico, puesto que nos permitirá el entender las colecciones como un lugar de estudio y la elaboración de conjeturas a través del método comparativo de los objetos arqueológicos en combinación con otras disciplinas como la Historia. Además, con estas herramientas podremos determinar nuestras indagaciones en balance con lo que dicen otros autores, es decir, deducir la exactitud o inexactitud de lo que se ha dicho.

Sin duda, González Suárez estuvo en el proceso de conferir a la disciplina histórica y arqueológica de ciertos lineamientos teóricos y metodológicos a partir de sus trabajos

³³² Sobre el fotógrafo José Domingo Laso existe un reciente trabajo de investigación que liga el papel de la fotografía para la producción editorial de estos años, véase, François Laso Chenut, *La huella invertida: antropologías del tiempo, la mirada y la memoria. La fotografía de José Domingo Laso, 1870-1927*, Tesis de Maestría en Antropología Visual, (Quito: FLACSO, Ecuador, 2015).

realizados durante el siglo XIX y principios del XX. El documento histórico y el objeto arqueológico se constituyeron en las dos herramientas probatorias de la consecución de la objetividad y la verdad en la práctica científica con el pasado. Para este arqueólogo, el énfasis estará puesto en las capacidades de determinar líneas de comparativas en los objetos conseguidos; de hecho gran parte de su práctica implica desplazar su conocimiento hacia esta herramienta.

Muchos de los miembros de la Sociedad eran coleccionistas privados tanto de obras de arte colonial como de libros, acervos documentales y de objetos precolombinos. Empero, estas *Advertencias* de González Suárez apuntaban a la conservación de las antigüedades indígenas; digamos a este propósito que el más grande coleccionista del grupo sería Jacinto Jijón y Caamaño. Los legados de este tipo habían sido arrasados por el saqueo y la expoliación hacia mercados transatlánticos y no habían sido conservados en alguna institución nacional pública de forma permanente como en sus contrapartes andinas –que mínimamente se resguardaron en los museos nacionales–. Frente a tal situación, el coleccionismo inicial de González Suárez, quien después donaría parte de su legado a Jijón, y la labor continuada de este último, pondrían el acento en la importancia de dicha práctica asociada a las primigenias exploraciones que se realizarían en el país y a la futura llegada de Max Uhle al territorio.

7.3 Jacinto Jijón y Caamaño: el coleccionista y científico

Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1850)³³³ fue parte de unas de las familias de mayor importancia a nivel regional vinculadas a la producción textil desde tiempos coloniales³³⁴. Hijo de Manuel Jijón Larrea y Dolores Caamaño Almada, Jacinto fue único heredero de una de las fortunas más importantes del país, lo que le permitió, además de mantener un estatus social y económico alto, entrar en el campo de la política a partir de una marcada ideología conservadora y desarrollarse activamente en

³³³ Se han escrito varios artículos biográficos sobre Jijón, particularmente entre los años sesenta y ochenta, de entre ellos recogemos, Jorge Orbe Villalba (1968); Carlos Manuel Larrea (1988); José María Vargas (1971). Estas publicaciones se caracterizan por recoger varios datos de su vida personal y describir aspectos importantes de sus obras y legado.

³³⁴ Se considera la importancia de la familia Jijón en la producción textil desde la colonia, puesto que “durante el período de la Audiencia de Quito fueron propietarios junto a otros grupos familiares de obrajes particulares destinados a la producción artesanal de tejidos muy apreciados en el mercado colonial” (Michelena, 1990: 12-13).

el área de la investigación histórica y arqueológica en la primera mitad del siglo XX. Durante su vida se logró posicionar como uno de los intelectuales y políticos más importantes en la escena post-revolucionaria liberal. Jijón y Caamaño fue el alumno predilecto de González Suárez, quien donó parte de su biblioteca a su pupilo. Este archivo bibliográfico se conformó también, con otras varias colecciones nacionales como fueron las que pertenecieron a Honorato Vásquez y Leonidas Batallas y, además, con las obtenidas por el canje, suscripción y donación que fueron los mecanismos que incrementaron su colección (Vera, 1990: 22).

El desarrollo de la investigación histórica en el país estuvo ligado fuertemente a la influencia de la ideología conservadora e hispanista. La tarea de la *Sociedad* en un principio y de la *Academia Nacional de Historia* y de sus miembros estuvo marcada por un gran influjo de la cuestión en torno a la reflexión de la moral cristiana, la institucionalidad de la iglesia y la problemática del liberalismo en la sociedad. Jacinto Jijón y Caamaño es sin duda, uno de los personajes emblemáticos en este nexo entre intelectualidad, religiosidad y política en la primera mitad del siglo XX.

En cierta medida, el papel de Jijón y Caamaño como director de uno de los organismos encargados del “rescate”, “supervigilancia” y conservación de los monumentos históricos, junto a su función como presidente del Partido Conservador y su militancia política nos acerca a dos conceptos claves que permiten entender estos procesos de construcción de un imaginario nacional en el contexto histórico de la primera mitad del siglo XX. En nuestra opinión, Jijón como cabeza visible de tales procesos, situó “al espíritu nacional en la ermita española, puesto que para este intelectual, la conquista y la devoción al cristianismo habían transformado América y habían enseñado a los aborígenes los rudimentos de la civilización occidental” (Capello, 2004: 64). Además, según señala Capello, para Jijón, la tradición era representada por España y la religión católica, lo que seguía impulsando un “desarrollo genuino” de la nación, razón por la cual, Quito como representante de esa hispanidad (Bustos, 2007: 111-134), era la cuna de la civilización y la cultura.

Los negocios de la familia Jijón obtenían muchas rentas del consumo interno³³⁵, tanto de la producción textil como de sus haciendas. Esta fortuna heredada le permitió iniciar su propia colección de objetos, tanto por aquellos donados de su padre, así como los recibidos por parte González Suárez. Sin embargo, su temprano interés en la arqueología y el pertenecer a una de las sociedades de investigación más importantes de la época, le permitió desde temprana edad ir perfeccionándose en el oficio, además de ser, como lo hemos mencionado, el alumno predilecto del líder de dicha *Sociedad*.

En 1910, en pleno gobierno de Alfaro, Jacinto Jijón viajó a la Paz como cónsul adjunto de la Embajada ecuatoriana en el país andino, dirigida por entonces por Nicolás Clemente Ponce, cuando nuestro personaje tenía 20 años³³⁶. Ya en Ecuador había iniciado sus primeros trabajos de experimentación en el campo de la arqueología particularmente en la hacienda de su familia localizada en Urcuquí, bajo la atenta supervisión de González Suárez³³⁷. Existe un manuscrito fechado 17 de octubre de 1909 titulado “Contribuciones al conocimiento de la arqueología ecuatoriana. Algunas tolas de la parroquia de Urcuquí (provincia de Imbabura)”³³⁸ que es el primer acercamiento formal de Jijón a la arqueología. Estas primeras acciones de nuestros arqueólogos siempre estuvieron marcadas por los lazos de parentesco al ingresar a zonas de excavación. Sin duda, en estos años, un joven Jijón ya tenía varios conocimientos sobre arqueología andina; es por ello que nos explicamos los primeros debates –que revisamos por su correspondencia– que entabla en 1910 con Max Uhle, quien para aquel entonces, rondaba los cincuenta años y tenía a su cargo la dirección del Museo en Lima desde 1906.

Desde sus tempranas exploraciones notamos que Jijón pretendía obtener una clara incidencia nacional e internacional; efectivamente, desde el principio estableció

³³⁵ Su familia manejaba un negocio de incidencia nacional y sus rentas las obtenía básicamente de esto y de red de proveedores de sus productos a nivel nacional. Agradezco el dato proporcionado por Alejandro López, quien se encuentra realizando su tesis doctoral titulada, *A más de ser fábricas de telas, son fábricas de tísicos. Estado, industrialización y sociedad civil en Ecuador 1922-1938*, (Quito: Flacso, Ecuador), trabajo en proceso.

³³⁶ En esta investigación apenas revisaremos 10 años de su actividad como coleccionista. No obstante, dada la importancia de su trabajo y su nexos con González Suárez intentaremos recoger los aspectos más relevantes de la dinámica de la época.

³³⁷ De hecho en su obra póstuma publicada hacia 1951, Jijón señala: “Desde 1906, en que el Excmo. Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez, entonces Arzobispo de Quito, nos inició en los secretos de las ciencias históricas”. Jijón, *Op. Cit.* pg. 96

³³⁸ AHMCP, Quito. *Manuscrito original*. Código JJC 02037.

correspondencia con una red de intelectuales a quienes envió sus primeras publicaciones como fueron, *El Tesoro del Itchimbía*, impresa en Londres en 1912 y *Contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura en la República del Ecuador* de 1914. Varias notas que reposan en sus archivos personales muestran el conocimiento detallado del movimiento científico en área de su interés, un amplio circuito de europeos, norteamericanos y latinoamericanos a quienes contactó, escribió y mandó sus trabajos. Entre los más relevantes se encuentran Marshall Saville, antropólogo norteamericano que estuvo en Ecuador, entre 1903 a 1907, financiado por la Heye Foundation; Robert Lehmann Nitsche, etnólogo y médico alemán encargado del Museo de La Plata en Argentina; Desiré Charnay, americanista, arqueólogo y fotógrafo francés; Theodor Konrad Preuss, etnólogo alemán; Paul Rivet, americanista y etnólogo francés; Richard Pietschmann orientalista, egiptólogo y bibliotecario alemán –a quien se la atribuye el descubrimiento de la crónica de Guamán Poma–, Walter Lehmann, etnólogo alemán, entre otros³³⁹.

7.3.1 Redes y proveedores

Jacinto Jijón y Caamaño había comenzado una asidua colección de artefactos culturales para la realización de su propio proyecto de museo de corte “nacional”. En varias comunicaciones enviadas a Camilo Destruge, José Félix Heredia y Carlos Emilio Grijalva³⁴⁰, personalidades ecuatorianas, Jijón solicitaba la compra de objetos para su proyecto museístico, para lo cual contaba con el criterio de adquisición de este círculo de expertos. Por ejemplo, en una de las cartas enviadas a Jijón por Carlos Grijalva el 22 de marzo de 1921, Grijalva le comenta a Jacinto: “cumpliré el encargo que Ud. me hace de recolectar algunos tejidos y espero que me remita la cantidad de doscientos sucres para invertirla en tales objetivos”; además le expresa que va a hacer trámites en Tulcán, San Gabriel y el Ángel regiones septentrionales del país para buscar ponchos, impermeables, y telares hechos a mano, como ponchos antiguos, para muestra, “el del indígena Esteban Tocaín (de hace 30 años), es decir, más o menos de finales del siglo XIX”³⁴¹.

³³⁹ No dudamos que fue González Suárez quien insertó a Jijón en esta red puesto que la época él ya era un personaje de prestigio entre los americanistas locales.

³⁴⁰ En general los contactos de Jijón eran personajes vinculados al campo de la investigación histórica como Camilo Destruge en Guayaquil o Carlos Grijalva, y religiosos, en el caso de Heredia.

³⁴¹ AHMCP, Quito *Correspondencia, varios*. Código JJC01897.

El interés de Jijón era recolectar especialmente “objetos indios” y “arqueología”, además de sondear las colecciones que se ponían a la venta. En cierta manera su labor de arqueólogo se combinaba con la de antropólogo; esos vestigios antiguos se podrían leer como “glorias del pasado indígena” mientras que los “objetos indios” se veían como parte de un indígena contemporáneo leído en su condición de “redimible”³⁴²(Lomnitz, 1999: 87). El indígena del pasado estaría marcado por una distancia temporal en clave histórica y no sería emparentado jamás con el indígena del presente; recordemos en efecto, como hizo el mismo González Suárez al considerar siempre de dudosa procedencia cualquier relato oral de los indígenas contemporáneos para sus investigaciones, anotando la incapacidad de estos y la elaboración de historias de fantasía. Ambos personajes compartieron este espíritu discriminativo frente a estos recursos.

Cuando Max Uhle ya había llegado al territorio ecuatoriano el sabio alemán le comenta respecto a la colección de Cornelio Crespo de Cuenca el 17 de enero de 1922:

“Conforme a la carta de Ud. del 17 he inspeccionado la colección de antigüedades modernas, que ofrece Don Cornelio Crespo por s/ 3000 conforme a una lista, que devuelvo habiéndole recogido de su carta. Mi juicio con respecto de la colección sería el siguiente: Don Cornelio Crespo es un buen colector y entendido en arte. No se puede esperar de él por consiguiente, que haya recogido objetos de poco interés solamente, o en mal estado³⁴³. Numerosas de las cosas son bien interesantes y bien escogidas. Creo que sería por ejemplo fácil de repartirlas en salones en exhibición y para una entendida decoración [...] Pocas cosas como el misal... la zanza jívara es buena, las otras cosas jívaras valen nada. Creo que el valor de s/. 3000 por todo (con el valor de ahora) no es exorbitante, y en caso que Ud. quisiera algunos objetos de decoración, en esta colección los encontraría.”³⁴⁴

De este grupo de “colectores” de variopinto origen nos llama la atención, en particular, los apoyos que recibió de gran cantidad de religiosos de todo el territorio nacional.

³⁴² Es interesante observar cómo los objetos etnográficos contemporáneos eran leídos adheridos a las características atribuidas a sus grupos originarios. Para la época el “problema indígena” se veía desde esta condición de redención o salvación de su condición “deplorable”, de “pobreza” o “incivilidad”. Esta mirada es característica de la disciplina antropológica de estos primeros años, la búsqueda de ciudadanos ideales, tal y como lo señala Claudio Lomnitz (1999) y la idea de “temor” frente a la diferencia y la asunción de la misma Mercedes Prieto (2004).

³⁴³ Varios de los objetos fueron recogidos por él en Loja.

³⁴⁴ AHMCP, Quito. *Correspondencia, varios*. Código JJC01902.

Inclusive, tramitó su apoyo para las tareas que llevaba a cabo Max Uhle al sur del país, a través del “cura Lequerica” y toda su congregación para que auspicien las investigaciones a cargo del científico alemán³⁴⁵. Esta particularidad nos hace pensar en la enorme red con la que contó Jijón a lo largo y ancho del territorio ecuatoriano, auspiciada, sin duda, por la Iglesia católica. En este contexto cabe destacar el relevante papel de nuestro personaje como político defensor de los intereses conservadores en la agitada época postliberal. En este sentido, los nexos de ciencia y política tienen un asiento que queda pendiente el ser auscultado en personalidades y redes como las que Jijón y Caamaño tenía.

Entre tantas de las comunicaciones que hemos revisado, nos llamó la atención una en particular debida al vínculo y la atención puesta en los estudios en Europa entre 1912 y 1915 que estaba realizando Jacinto Jijón y Caamaño. En aquel entonces, el religioso Enrique Vacas Galindo le envía desde Roma una comunicación a Jijón a propósito de agradecerle por su libro,

“No quisiera, sin embargo, que su actividad intelectual se concretara solo al terreno especulativo. Tengo presente que Usted esta llamado a trabajar también en el terreno de la práctica, para la felicidad de la patria. Esto no se hace sin previa y seria preparación. Ojalá le sirva permanecer en Europa, para imitar a García Moreno.”³⁴⁶

Emparentar la figura de Jacinto Jijón con la del ex-presidente García Moreno, tiene varias implicaciones, puesto que este fue considerado como uno de los mayores líderes en la causa conservadora decimonónica y el modelo a seguir en la cuestión política desde esta orientación. El apoyo de la Iglesia, tanto desde el papel de González Suárez en la historia patria como el de religiosos como el dominico Enrique Vacas Galindo – pionero en las investigaciones geográficas desde finales del siglo XIX– nos muestran el rostro de un intelectual-coleccionista cuya práctica se anclaba a varios discursos y agendas específicas. Esta combinación entre el prestigio de un científico internacional combinada con la de empresario, político y devoto católico es un cruce genuino de las formas en que ciertas elites van reconfigurando su poder a principios del siglo XX.

³⁴⁵ AHMCP, Quito. *Correspondencia, varios*. Código JJC01893.

³⁴⁶ AHMCP, Quito. *Correspondencia, varios*. Código JJC 01890.

Por otra parte, Jijón y Caamaño se destacó por ser un bibliófilo reconocido a nivel nacional e internacional; su colección de libros fue elogiada por muchos, considerándose el acervo americanista más importante del país e incluso de Latinoamérica. Pero su tarea tenía una gestión que traspasaba las fronteras locales³⁴⁷; así por ejemplo, en la correspondencia revisada hemos constatado que, frecuentemente, se le ofrecían libros y bibliotecas completas en el exterior para la venta. El 26 de octubre de 1919 Jijón recibe un telegrama desde Bogotá, en donde se señala,

“Se que se vende la Biblioteca de Pedro María Ibáñez que acabo de morir. Es la mejor colección americanista y contiene ejemplares preciosos. Como la primera edición del Quijote está avaluada en tres mis pesos oro. Será una adquisición utilísima y digna de Usted” Muñoz Vernaza.”³⁴⁸

Lamentablemente la compra de dicho acervo fue truncada y no pudo ser adquirida, pues el mismo Muñoz Vernaza le comunica al año siguiente,

“Mi distinguido señor: Debo comunicarle que fracasó al fin nuestro proyecto de adquirir la Biblioteca del Doctor Ibáñez. Los Señores de la Academia de Historia que intervinieron en el asunto, se manejaron con poca corrección; pues a pesar de que ellos mismos y la viuda del Doctor Ibáñez me indicaron que podría comprar la biblioteca, me la enseñaron y me pidieron oferta, gestionaron después a que se comprara para la Quinta de Bolívar. Parece que hicieron valer el argumento de patriotismo que no debía salir al exterior esa magnífica colección”³⁴⁹

En otro caso, en una comunicación del 3 de julio de 1922, Camilo Destruge le escribe a Jijón sobre una biblioteca que el historiador necesitaba:

“La Biblioteca González Rubio, sobre la que usted me pide informe, es una biblioteca particular; una biblioteca de unos 4000 volúmenes, que tiene en su casa don Ricardo González Rubio, como aficionado; pero no se aprovecha de ella el público.”³⁵⁰

³⁴⁷ Hemos localizado una serie de facturas y cheques por la compra a nivel internacional de libros, en México, Argentina, Uruguay, etc. Además, en sus salidas al exterior también hemos encontrado registros de las transacciones de libros que realizaba hacia el país. AHMCP, Quito. Fondo Jijón y Caamaño, JJC 01928.

³⁴⁸ AHMCP, Quito. *Telegrama*, código JJC01893

³⁴⁹ AHMCP, Quito. *Telegrama*, código JJC01894

³⁵⁰ AHMCP, Quito. *Carta de Camilo Destruge a Jacinto Jijón*, código JJC01900

No obstante, más allá de estos procesos de compra, es interesante observar la red de informantes que respaldaban a Jijón³⁵¹, tanto en el ámbito de la compra de libros como en el de la adquisición de objetos antiguos, en especial, arqueológicos. Por ejemplo, para la adquisición de buena parte de su colección de objetos del pasado se apoyó en criterios del propio Max Uhle o del historiador Camilo Destruge, este último especialista en libros y director de la Biblioteca Municipal de Guayaquil.

Jijón y Caamaño alcanzó un nivel altamente especializado en su colección bibliográfica, preocupándose de adquirir los famosos “incunables” de Konrad Haebler y Konrad Burger. Además, atesoró una serie de catálogos especializados en este tipo de libros, y catálogos de impresores de distintos siglos, y publicaciones en varios idiomas de búsqueda de este tipo de material. Este interés por los libros “objeto” se muestra en gran parte de su colección y las comunicaciones que recibía sobre la posible adquisición de estos ejemplares. Entre los más destacados de la colección Jijón están el *Liber Cronicarum Mundi* de 1493; la conocida *Piissima erga dei genitricem devotio* de 1756, incunable ecuatoriano; *Incipit liber primus De veritate catolice fidei [...] errores gentilium: editus a venerabili fratre Toma de Aqno [sic] ó ordine sum predicatore doctore egregio*, 1480, por mencionar algunos títulos.

En fin, Jacinto Jijón y Caamaño reúne varias características que hacen de él un particular hombre de época: católico devoto, empresario, político “prometedor” para un ala ideológica particular, intelectual y científico dedicado y un exquisito coleccionista. Sus redes y vínculos, tanto nacionales como internacionales, le permitieron una movilidad en el ámbito científico que amparaba sus prácticas locales, en cierta forma su deseo era trascender las fronteras de la historia de su país coleccionando más allá del escenario nacional³⁵². Pero a la vez, se asegura de hacer los contactos necesarios para llevar a cabo su empresa. Max Uhle será en estos primeros años, una pieza fundamental para su visión sobre la arqueología, no sólo nacional, sino internacional. Si Max Uhle había sido auspiciado antes por museos de las metrópolis, universidades norteamericanas y gobiernos nacionales, ahora, su mecenas será este joven y poderoso

³⁵¹ Antes de su primer viaje a Europa tenía una serie de informaciones sobre distintas librerías y varios anticuarios: *Librería y tipografía católica, Subirana Hnos. (Libreros Barcelona)*, *Librería religiosa de la Casa Editorial Hispanoamericana*, *Karl Hiersemann buchhändler antiquar*, entre otras.

³⁵² El actual Museo Jijón y Caamaño de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador es una muestra de su colección americana, si bien existen materiales de culturas ecuatorianas, hay una gran parte recogida en distintas partes del continente.

personaje. Exploraremos lo complejo de su relación como parte integrante de la complejidad de las prácticas de colección de estos objetos.

7.3.2 Hilando historias: Jijón y Caamaño y Max Uhle, diálogos postales

Max Uhle fue una de las personalidades con mayor injerencia en la zona andina en la construcción de la arqueología como disciplina. Como hemos revisado, su accionar estuvo vinculado a las sociabilidades que emergieron en la época y a una serie de personajes que empujaron o movilizaron ciertos procesos de construcción de conocimiento en la región, sea desde iniciativas institucionales o privadas. La relación entre Jijón y Caamaño y Uhle marcó un momento particular en el Ecuador, tanto para la gestión de la disciplina arqueológica como para la reflexión de las prácticas científicas asociadas al coleccionismo y a los museos.

Desde esta perspectiva, partimos entonces de una recuperación de un epistolario científico, aunque debemos advertir que la reconstrucción del diálogo ha sido compleja, puesto que hablaremos de Jacinto Jijón y Caamaño desde las cartas de respuesta de Max Uhle que reposan en el archivo. No hemos podido consultar el material de ida que, lamentablemente, parece haber desaparecido. Esto sin duda nos ha presentado un problema metodológico que hemos balanceado con la revisión de las publicaciones de Jijón en una primera época y algunos de sus materiales como notas bibliográficas y diarios de campo.

Entre 1910 y 1917, Max Uhle y Jacinto Jijón y Caamaño mantuvieron una serie de diálogos postales. Las primeras noticias que tuvo el germano del historiador ecuatoriano se produjeron mediante la estancia de este último como parte de la misión diplomática en Bolivia. Jijón inició la relación con el envío constante de publicaciones sobre Ecuador, particularmente aquellas financiadas por la Sociedad y algunos clásicos publicados en el siglo XIX, entre las que se destacan las obras de González Suárez, Theodoro Wolf y Vacas Galindo, entre otras. Max Uhle le manifestaba reiteradamente sus agradecimientos por las publicaciones enviadas. En estos años es interesante la serie de consultas a las cuales fue sometido el científico alemán, en donde ya notamos un erudito conocimiento del joven ecuatoriano sobre la arqueología de la región. Incluso en una de sus primeras respuestas localizadas de esta relación se evidenciaba el

interés de Jijón en indagar en la arqueología boliviana, durante su estancia en territorio boliviano. El intelectual ecuatoriano quería excavar en las famosas “chullpas”, antiguas torres funerarias, a las que al parecer no pudo tener acceso.

Para aquel entonces, Jacinto Jijón ya poseía una colección reconocida incluso por Marshall Saville³⁵³ y por Max Uhle³⁵⁴. En las conversaciones epistolares entre Jijón y Uhle encontramos algunos diálogos y comentarios respecto a los arqueólogos que trabajaban al mismo tiempo que ellos, por ejemplo, ambos intelectuales comentan sobre los tomos del libro de Saville publicado en 1907 titulado *The Antiquities of Manabi*. La respuesta de Max Uhle a un escrito de Jijón, ratificaba el criterio expresado por este acerca del texto de Saville: “sobre cronología, es verdad, no se aprende mucho de su libro”, según anota el científico alemán; asimismo, Jijón años más tarde señalaría que los trabajos de Saville eran “suntuosas monografías, pero en las que inútilmente se buscará detalles de la excavación, ni el más ligero propósito de clasificar cronológicamente las culturas que describe” (Jijón, 1951: 96).

Estos pequeños escenarios de diálogo reflejan dos coordenadas particulares de la configuración de una práctica científica local y sus tensiones: en primer lugar, Jijón y Caamaño ya poseía una formación en arqueología vinculada a la generación de su propia colección y su vínculo con la *Sociedad* encabezada por González Suárez. El hecho de que Jijón articulara de otra forma con la colección, desde las reflexiones y análisis propuestos por su mentor en el trabajo colegiado y en sus *Advertencias*, que revisamos anteriormente, nos dan cuenta de una concepción totalmente distinta de colección de los objetos: las taxonomías, el análisis cerámico, los corpus-objetos, y las particularidades del encuentro más allá del huella, el cómo y dónde fue extraído, le permitirían elaborar innovadoras conjeturas sobre los mismos, a la vez configuran un nuevo escenario científico local. Un buen indicador de nuestra afirmación es cuando a propósito de los vasos incaicos, Jijón le propone a Uhle la necesidad de elaborar *corpus* de los mismos, a lo que el científico alemán le contesta en una comunicación,

³⁵³ AHMCP, Quito. *Carta dirigida a Jijón y Caamaño de Marshall Saville*. 23 de febrero de 1910, código, JJC01888.

³⁵⁴ AHMCP, Quito. *Carta dirigida a Jijón y Caamaño de Max Uhle*. 4 de marzo de 1911, código, JJC01888.

“Me adhiero a la idea de Ud. que un corpus de los vasos incaicos que existen es una de las tareas más importantes por ahora en el estudio de aquella civilización. Un corpus de vasos incaicos es más fácil hacer que uno de la alfarería de alguna de las otras civilizaciones peruanas, porque los Incas mismo eran más metódicos en todo lo que emprendían que todos sus predecesores.”³⁵⁵

En segundo lugar, existen ya indicios de un interés en pensar instrumentos de interpretación para la arqueología –en este caso la cronología- o incluso de percibir un arqueología fuera de las fronteras, por ejemplo, el caso chullpas bolivianas y otros como la exploración de Maranga en Perú, planteando más bien una concepción de arqueología regional, andina o sudamericana. Esto aunado a la constante preocupación en la órbita del difusionismo que marca gran parte de las preocupaciones de ambos. En varias de las comunicaciones de Max Uhle localizamos inquietudes constantes, los posibles nexos de unas civilizaciones con otras, migraciones de tecnologías, entre otras. Es interesante constatar que, ya en las primeras publicaciones de González Suárez, en el siglo XIX, se hablaba del posible origen tolteca de los cañaris, conjetura sacada de las comparaciones entre los objetos, que el prelado pudo constatar acorde con sus análisis.

Ha sido sugestivo escudriñar en los diálogos entre Max Uhle y Jacinto Jijón. En su correspondencia hemos encontrado reflexiones mencionadas por Jijón a Uhle, respecto al *método de Petrie*. Sabemos que el ecuatoriano le propuso al alemán la utilización del sistema de Flinders Petrie³⁵⁶ para la catalogación de sepulturas, a lo que Uhle contestó que ello “es imposible”. Años más tarde, Uhle propondría en sus conferencias en Quito el uso de dicho sistema. Para el arqueólogo peruano Guillermo Lumbreras este fue el gran “acierto” de Max Uhle en las conferencias que realizaría en Quito en 1923 (Lumbreras, s/f: 189). Sin duda, podríamos decir que este vuelco en la concepción del Uhle tiene más que ver con su relación e influencia de Jijón y Caamaño, quien estaba familiarizado con estos avances en el tema hacia 1920 que con la propuesta misma de Uhle.

El ejercicio de leer este diálogo de pares nos ha permitido poner en balance y perspectiva las construcciones sobre la propia historia de las disciplinas, centradas en personajes y discursos científicos. Si leemos los aportes de Uhle solamente desde su

³⁵⁵ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*. 21 de septiembre de 1918, código JJC01892.

³⁵⁶ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*, código JJC 01895.

producción discursiva dejamos de lado este tipo de relacionamientos en el campo, las relaciones con sus pares locales, las dudas y comentarios respecto a aspectos compartidos. La reconstrucción de los diálogos de Jijón desde la voz de Uhle nos ha permitido una primera posibilidad de exploración de estos diálogos epistolares.

7.3.2.1 Coleccionismo y mecenazgo: sobre el caleidoscopio de la acción

“Con este motivo arriesgo preguntar si podría yo mantener quizá mi existencia haciéndome útil en el Ecuador en el ramo de mis estudios; porque la guerra presente dura tiempo tan largo, que quizá excusaría Ud. el ofrecer de mis servicios en forma insólita.
Max Uhle a Jacinto Jijón, 6 de agosto de 1917.

Jijón invita a Uhle por primera vez a realizar trabajos en Ecuador el 6 de marzo de 1917; el científico alemán rechaza la invitación³⁵⁷, puesto ello le impediría regresar, tras la guerra, a Alemania. Sin embargo, meses más tarde, Uhle envía un nuevo correo postal el 6 de agosto de 1917 desde Arica en el que le señala:

“Mis propias excavaciones en la región están paralizadas ahora a causa de no sobrar fondos para tales estudios, y me dedico por eso tanto más a trabajos literarios. Fue la misma razón que motivó mi excusa de aceptar su atenta invitación de ir al Ecuador y pronto la desproporción entre mi tiempo libre para estudios y los fondos con que los mantengo, será tan grande, que quizá mi situación va a hacerse algo dificultosa, tanto más porque amigos en Estados Unidos me escriben que una proclamación del presidente prohíbe ayudar a personas de nombre alemán en el extranjero y que no se puede violarla. Con este motivo arriesgo preguntar si podría yo mantener quizá mi existencia haciéndome útil en el Ecuador en el ramo de mis estudios; porque la guerra presente dura tiempo tan largo, que quizá excusaría Ud. el ofrecer de mis servicios en forma insólita.”³⁵⁸

Entre esta comunicación y otra del 5 de junio de 1918 siguiente, no existen datos. Para esta última fecha, la venida de Uhle al Ecuador parece inminente. Después de una serie de negociaciones hacia el 15 de marzo de 1919 se concretan los términos económicos y técnicos de la visita. El objetivo del mecenazgo de Jijón se vislumbró más allá de las fronteras nacionales; si bien, en un inicio, Jijón había propuesta a Uhle la investigación de las provincias del Sur del Ecuador, para marzo de 1919, la misiva incluye una

³⁵⁷ AHMCP, Quito, Correspondencia para Jacinto Jijón firmada por Max Uhle, 9 de abril de 1917, código JJC 01890.

³⁵⁸ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*, código, JJC 01890.

inspección científica en Chavín, a 450 kilómetros al norte de Lima. En su respuesta Uhle le manifiesta,

“Ningún plano podría quizá favorecerme por el momento más que la idea de una expedición a estudiar la región de Chavín, habiendo sido una de mis penas más grandes de haber salido de Perú sin conocer estas ruinas de importancia tan fundamental para un número de cuestiones importantísimas para la arqueología del Perú.”³⁵⁹

Además, Uhle continúa su relato señalando, “veo que a Ud. le interesan los mismos problemas como a mí, también con respecto a la religión de los Incas”. Posteriormente, en las siguientes comunicaciones Uhle se encuentra impedido de realizar las excavaciones y recoger piezas para Jijón, por las leyes que impiden la salida de piezas arqueológicas. Además, justo para los mismos años, Julio Tello está explorando en Chavín, razón por la cual Uhle señala que su visita al sitio no fue recomendada ni oportuna dentro de los círculos científicos peruanos³⁶⁰. Ante estas dificultades, Uhle partió poco después hacia la zona de Piura, donde trabajó en la colección de Eguiguren, senador peruano, explorando más de “3000 huacos” que poseía. Finalmente, en julio de 1919 llega finalmente a Loja para seguir realizando sus excavaciones y colectando objetos para su benefactor.

Entre las incidencias de la visita de Uhle al Ecuador, las excavaciones, las colecciones visitadas y los objetos recolectados, nos interesa la manera en que, al parecer, Jijón estaba dirigiendo su empresa de colección en órbitas que desbordan la noción misma de una colección nacional o se explican al interior de ella. Aunque su objetivo apuntaba en un primer momento a esta óptica, parece que Jijón, amparado en su poderío económico e interés científico quería abrir las fronteras de su investigación hacia un mecenazgo ampliado.

En una comunicación de Uhle realizada en Zaraguro, el 7 de abril de 1920, este le señalaba con mucha emoción la posibilidad de ir a Colombia a seguir investigando por cuenta de Jijón y Caamaño,

³⁵⁹ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*, código JJC01893.

³⁶⁰ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*. JJC01893. Vapor Yurmaguas, 8 de mayo de 1919.

“Y el otro programa de estudios posteriores que se podrían hacer en el oeste de Colombia es hermosísimo. Ya la concepción de la idea tiene que da a Ud. un mérito sobresaliente en el desarrollo de los estudios históricos sudamericanos. Veo que Ud. conoce tan exactamente que yo cuanta falta nos hace el conocimiento del desarrollo y origen de las civilizaciones colombianas, y de esta manera se podría realizar un sueño que en este sentido siempre mucho me ha preocupado.”³⁶¹

No cabe duda que a través de la Sociedad de Estudios Históricos Americanos –posterior Academia Nacional de Historia– el objetivo fundamental del sucesor de González Suárez era el realizar una arqueología más regional, reconocida y sostenida. Lo nacional importaba pero lo internacional era, sin duda, una marca de prestigio científico a la cual había que apuntar desde lo local. De hecho nos llama la atención una carta que le escribe Jacinto Jijón el 23 de febrero de 1920 a Paul Rivet en donde le manifiesta su interés en seguir enviando las publicaciones sobre Ecuador a la Sociedad de Americanistas en París, empero, en ella también le señala,

“La Sociedad de Americanistas de esa tiene la inmensa ventaja de su posición central, de su residencia en la Urbe; nosotros estamos demasiado lejos de los demás centros, en cambio tenemos cerca el terreno y a nuestra vista un infinito campo de estudio. *Una de las necesidades mas urgentes del americanismo es multiplicar y facilitar el conocimiento de la bibliografía moderna*; ustedes en el *Journal* han hecho siempre en este sentido una obra muy meritoria, así procuraré facilitársela en cuanto esté a mi alcance teniendo a Ud. al corriente de lo que se publique en el Ecuador, pero *en cambio voy a pedir a Ud. que influya con sus amigos a fin de que nos remitan para el Boletín lo que publiquen relativo a América.*”³⁶²

Podríamos preguntarnos entonces, ¿cómo se entendía el americanismo en América?, ¿cuáles eran sus voces disidentes?, ¿hacia dónde se estaba pensando la recuperación del pasado y el desarrollo de la ciencia desde lo local?, en estas tramas nos planteamos un sinnúmero de dudas sobre lo que implicaba la configuración de la práctica científica local y el diálogo con los pares internacionales: *remitir al Boletín local lo que se publique de América*, a ¿qué fronteras alude en esta declaración?

³⁶¹ AHMCP, Quito. *Carta de Max Uhle a Jacinto Jijón*, código JJC01895.

³⁶² Las cursivas son nuestras: *I Centenario del nacimiento de Jacinto Jijón y Caamaño 1890-1990. Correspondencia enviada por Jacinto Jijón a Paul Rivet*, Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores, Quito, 1990.

En 1924, tras una revuelta armada en la que participó Jacinto Jijón y Caamaño por el bando conservador contra el gobierno de Córdova, nuestro arqueólogo va exiliado a Lima. En este momento terminó sus nexos laborales con Max Uhle. De hecho, por una comunicación enviada por la esposa de Jijón el 23 de marzo de 1924 al científico alemán, ella se lamentaba y le reclamaba al germano el poco apoyo y solidaridad, en las situaciones de conflicto político por las que atravesó su esposo,

“Después de todo, Ud. mereció, sin plazo alguno, de ser favorecido por mi marido, á quien tanto Ud. debe, después de su ingrata conducta cuando estalló la revolución, que Ud. se permitió aquí y en falta de cultura, como si aquel dependiera de Ud., fuera su hijo, su favorecido, su sirviente, ó no sé qué; y no el hombre libre de hacer de los demás, se permitiera tal atrevimiento. Ud., como todos, tenía que callar, no meterse en lo que no le correspondía y guardar prudente silencio”³⁶³.

Con esta misiva se puso punto final a la relación entre ambos. En otra carta su esposa le solicitó la entrega de toda la colección formada por Uhle, además de los estudios correspondientes vinculados a la misma, así como la cancelación de varias deudas que mantenía el investigador alemán con su mecenas. Jijón prosiguió desde Lima con sus investigaciones, esta vez en el conocido sitio arqueológico de Maranga³⁶⁴. Max Uhle, ya miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador, se desempeñaba como profesor de Arqueología Americana en la Universidad Central y encargado del recientemente abierto Museo de Arqueología de dicha institución y realizando varias excavaciones con el auspicio de la universidad.

Federico González Suárez, considerado como el fundador de la disciplina histórica en el país, ha sido objeto de varias revisiones biográficas que han deambulado en lugares comunes sobre su vida y obras relevantes. Sin embargo, muchas de ellas han dejado de lado la gestión y alcances de su trabajo desde la óptica de la promoción de una sociabilidad científica, misma que promovió dentro del ámbito privado netamente

³⁶³ IAI, Berlín. Fondo Max Uhle, carpeta: NN035b154.

³⁶⁴ Ya en Maranga existirá otra polémica con el famoso antropólogo Alfred Kroeber quien exploraba el sitio en estos años. Lamentablemente en este trabajo no ahondaremos más sobre dicha polémica acaecida entre 1925 y 1926, quizá en futuras investigaciones podríamos ahondar sobre ella.

vinculado a la acción de la Iglesia, a su posición ideológica y política y a su ya consolidado prestigio como historiador en las primeras décadas del siglo XX.

González Suárez fue un intelectual, y a la vez un coleccionista, que buscaba hacer “buenas colecciones” y reconocer en ellas las evidencias que le podrían probar la existencia de civilizaciones “genuinamente” ecuatorianas. Hizo uso de la imagen y el trabajo editorial para articular su discurso científico y la construcción de sus argumentos; en este sentido, fue un *gestor* de imágenes e imaginarios visuales y materiales del pasado y de sus significados desde el siglo XIX hasta su muerte en 1917.

La *Sociedad* y la *Academia* fundadas por nuestro religioso, si bien generaron herramientas para la construcción de un meta-relato de la nación, también exploraron en su accionar en una serie de intereses transatlánticos. Tomemos en cuenta que su primera intención era la de presentarse como una *Sociedad de Estudios Históricos Americanos*, más que de una *Academia Nacional de Historia*, que surgirá recién en 1920. Esta particularidad da cuenta del lugar en donde se erigieron como investigadores. La Academia “Nacional” de Historia surgirá con la apoyo del Estado más tardíamente, a diferencia de sus pares locales, Perú y Colombia, que fueron procesos mucho más tempranos y aparecieron en la primera década del siglo. Esta particularidad única en el caso regional nos ha mostrado los distintos carices a partir de los cuales se construyeron los campos disciplinares humanísticos en nuestros países, y que caminaron de la mano a las complejidades en los ámbitos políticos, sociales, económicos y culturales.

Los diálogos de Jacinto Jijón y sus pares científicos, como el caso de Max Uhle, nos han llevado a una serie de intersecciones y cruces de las maneras en que se construye la práctica científica del coleccionismo. Además, el explorar la red sobre la cual se configuró la colección de Jijón, nos ha mostrado la maleabilidad de nuestro territorio de estudio y las formas en cómo, por ejemplo, la propia iglesia participaba en la recolección de información y de objetos.

Las colecciones tienen sellos personales, son lugares de exploración de maneras de producir un conocimiento en coyunturas particulares, en el caso de Jijón, tanto su poderío económico, como su injerencia política fueron factores fundamentales a la hora de concebir una práctica científica sostenida dentro de una sociedad donde sus

miembros tenían posibilidades de hacerlo: publicaciones periódicas, viajes exploratorios, compras de objetos de distintas latitudes, adquisición de acervos bibliográficos, etc.

CONCLUSIONS

In the last pages of our doctoral inquiry, we will collect the most significant contributions that we believe have been derived from our thesis. We consider, without a doubt, that we have opened a discussion about the relationship between the antiques, as constructed categories of a knowledge and specific practice, and the nation as a scenario of constant construction of senses anchored to the past. It has allowed us to approach the comprehension of the density of the relations and social-cultural dynamics in transit of the century XIX to XX in a different way. The title of our work “antiques and the nation” points towards this discussion as a central axis in the analysis, exploring the ways in which a national imaginary was erected, but in our case, linked to the material. It is dimension that was thought from the materiality and its unfolding in the different social practices in the Andean countries, the one that has drove us along all our investigation.

As a matter of fact, when we followed up the transits of this type of antiques, we could recognize how this got inserted in dynamics of a constant flux between the science and the transatlantic collecting of the time. In this scenario of mobility, we found pre-Columbian objects that were utilized, donated and appropriated in various fronts, as much as a political and diplomatic strategy, as to their meanings in pedagogy, citizenship and science that were promoted from the ambit of the national museum or the academy of history. In the exploration of this process, we were able to look at how these antiques came to be part of the discourse of the Colombian, the Ecuadorian and the Peruvian, from the different fronts and diverse actors. Taking into account this platform of work, we would like to derive four orienting reflections that arose from our investigation as a way of general conclusions.

In first place, we consider that in the process of construction of a meaning of the past of the nation, the uses of this indigenous materiality, and the configuration of the discourses about it, assumed a continuous scenario of negotiation, tension and dispute from the public and private scenes as well as the local and global interest. This particularity mobilized us towards a standpoint of crossed histories, allowing us to follow certain connections between the experiences of each country and its actors. The processes of the archaeological mapping, with a transatlantic emphasis, protected by the

scientific curiosity of Europeans and North Americans for antiques, was a process that marked the development of the science of the past towards the last quarter of the XIX century.

In this context, we have located a cultural phenomenon of transatlantic order that made it possible for the mobilization of a certain type of discourse and objects anchored in a reflection of the past between America and Europe: the commemoration the *Exposición Histórico-Americana de Madrid* realized in 1892. Even though the exhibitions as much in Chicago as in Genève were interesting, we found that the historic commemorative category that marked the Spanish experience and its former colonies much more interesting. The exploration of this 19th century expositive exercise made it possible to scrutinize the local concerns that mobilized the confection of the national window displays, and particularly of the relation that was getting established with the indigenous antiques.

In this scenario, we do not address and insertion or scientific interest that mobilized these vestiges from America to the peninsula _or other commemorative acts of the time- but we see that what exists is a type of transaction guaranteed or supported and constructed from the discourse of the Hispanic. For our analysis, we consider important to summarize the thesis of Maurice Godelier, who considered that for the imaginary to convert into something social, it had to materialize in the concrete relations that take form and content in institutions, it is to say, to explore the “ways” in which this imaginary participated in a type of social relationship. At this point, the donation of the Tesoro Quimbaya was, without a doubt, a key scenario for the analysis; nevertheless, we do not leave aside presenting a panorama combined of the local realities in front of the commemoration.

To analyze this transaction of the called Treasure, we construct the notion of the “diplomacia zalamera” (flattering diplomacy), a category that allowed us to look at how these practices of diplomatic influence could help us to move beyond its eventuality. This is to say, scrutinize in what was found at play in a type of exchange like this one. The “diplomacia zalamera” not only is able to configure a particular meaning for the universal past that links both parts of the logic of *hispanism*, but it also supposed a management of the maximum utilization of the ethics of favors that is linked to the

giving of objects, however, these were not any type of objects, these were pre-Columbian vestiges. This led us to ask, what was what we were really giving away as a gift? What were the implications of these types of gifts? We even could think how the sculptural group Rosello, presented by Peru or the Ecuadorian cabinet of antiques and the Indian “jibaro” made out of wood that was decorating the central shelf of the window display were cultural signs of this construction of the national imaginary according to what it was negotiated beyond the exhibition and the objects: territorial limits and riches to explore and exploit.

If the object was emptied of meaning to be charged by others, the meaning given to them depended of a very particular outlook created from a Hispanic ideology that defended the Spanish colonialism, and was marked by a racial hierarchy endorsed by a historic feat. We could even look at how in the celebration of Leon XIII, countries like Ecuador and Colombia gave away pre-Columbian objects to gain favor with the pope of the time, actions that would be worth to explore in depth. These experiences conferred to the objects a meaning of prestige acknowledged by a European scenario, hungry of curiosities and by a local counterpart that was longing to obtain benefits, despite that recognition that these presents operated within a negative reciprocity.

This exchange revealed how the imaginaries were constructed in more extensive social plots that derived from diverse relationships, like we had seen, nation/history; nation/wealth; nation/prestige; diplomatic scenarios where the narrative of the indigenous, more than history, was seen through the density of its materiality: pre-Columbian gold, gold the source of all the wealth, the exchanges and possible negotiations. For this, we had reviewed the objects, which are the vehicles from which this social relation materialize, as evidence itself of the meaning that it is wished to be granted to this link. It is worth to point out the relevance of this discussion currently, in light of the Colombian claim over these objects and the actual heritage notions that we construct around them from these experiences.

In second place, the analysis of the intellectual agency allowed us to exercise a microanalysis that is settled in the study of two key characters at the end of the century: Federico Gonzalez Suarez y Vicente Restrepo. Even though, this last one participated with his father at the end of the XIX century, his role in the national museum would be

more preponderant that the work of his progenitor in those years at the end of the XIX century. In a context where the three countries were living in a state of hesitant politics over the destiny of the mentioned antiquities and their place in the national discourse, it was these characters, who mobilized and generated certain processes that derived the creation of academies and institutes at the dawn of the XX century.

What is interesting in this analysis is that we postulated the possibility of thinking of them as “Intellectuals-collectors”, to say, we relate to characters that acted in the public ambit – which distanced them from the mainly private collections, as well as from the supporting of a collecting practice. In this reflection about their intellectual agency, we explore which were the conditions that allowed the production of a discourse in front of the vestiges of the past.

In this exploration we found roundtrip trades, intermixed among politics, commerce, mining, clergy, archaeology and pastoral trade, and inserted within the scenarios of a complex ideological dispute between conservatives and liberals. This analysis allowed us to explore a social and cultural plot from which the scientific practice within the disciplines of the past conferred a certain type of social prestige that was acknowledged and at the same time was a configurator of the legacy of the past that allowed the construction of national discourses backed by their inquiries. These notions, even though they were not unique, survived in figures like Jacinto Jijón y Caamaño and Ernesto Restrepo Tirado himself.

In third place, the particular analysis of the most plundered place of objects of that time, Peru oriented us to reflect about the way in which the scientific practices were constructed and the relevance of the scientific sociability at a local level. We had postulated in the last chapters the importance that the museums had in the configuration of an “archaeology before the dispossession”, where the museum institution operated as an articulating axis of a production of historic knowledge strategy about the origins of the nation.

It is worth to emphasize that for those years the antiquities left the notion of simple curiosities of towns of a faraway past and they transformed into pieces that were part of the objects of the nation, from the deed of the museums to the promotion realized from

the institution by different actors. This institution began a process that involved archaeological materials being rescued, looked after and put in place measures to control the conditions under which they were acquired, donated and exchanged, bought, exhibited and excavated.

In the Colombian case, due to the “little” monumentality- as we had pointed out in the corresponding chapter- the museum institution converted in a key space of the mobilization and recollection of these materiality for the generation of strategies of study and presentation of the objects of the nation. In this way, the “archaeospace” posed by Sara Castro-Klaren moved to the museum ambit. In the case of Peru, territory rich in ruins, monuments and archaeological pieces should be recognized from the collection of museum and the practices associated to its investigation: the archaeological excavation.

Museums exhibit pasts that are not only imaginary but material. For this reason, to understand this dispossession as part of the configuration of the scientific practice in places like our countries, can help us to understand how our cultural institutions was created from the State impulse or not, and how this “rescue” missions involved the comprehension of the formation of the institution. If like Eugenio Larrabure y Unanue mentioned, the history of Peru was in countless “huacas”, those vestiges would have a complex pass to the museum and to its strategies of diffusion that have not been studied enough yet. We hope that this investigation had opened a bridge to reflect about these processes.

It is worth to highlight the importance of these type of investigations in the context like ours. During our process of investigation, a lot of the figures about whom we studied had been publicly taken up as important part of the legacy that survives to the present: names of streets, monuments, museums, schools, etc have been named after them. Paradoxically, when requesting materials about their life, with the exception of one or two biographies- in some cases almost mythical in nature - there were no personal files or had disappeared. For example, in the *Museo Nacional de Colombia* there is a chair in name of Ernesto Restrepo Tirado, figure of whom there is no contemporary study about his legacy or personal file. This is without counting that in the majority of cases, we do not count with even a minimal biography or more elaborated works of figures as

relevant as Eugenio Larrabure y Unanue or Pablo Patron in Peru. This last one, there is very little what we could collect. In the Ecuadorian case, despite the fact that there are several biographies of Gonzalez Suarez y Jacinto Jijon, the different dimensions of their legacy from a contemporary perspective have not been studied in depth. All of them, not including a lot more were relevant actors for the configuration of the humanity field in our region.

Finally, we should recognized that the people that produce scientific narratives, negotiates, converse, dialog and dispute scenarios of recognition. Andean intellectuals managed that scenario in their own way, they created conditions of possibility to generate their narratives, and they played with the normative marks of the scientific scenario. The last journey of our thesis, inquired the Ecuadorian case and the private management of the past with active resonances in the public ambit through the study of the *Sociedad Ecuatoriana de Estudios Histórico-Americanos*, known and recognized by the state in toward 1920 as the *Academina Nacional de Historia*. In this exploration, we looked how an entity of private roots, from the conservative elites of the country, outlined how to think about the past of the nation and the implications of this “thinking” had in the context of the liberal fight.

In these scenarios, we have explored the ways in which the intellectual agency was constructed. In our case, how to look at it, in the light of the practices like collecting, and before the configuration of certain sociability. This “intellectual authority” as suggested by Said (2010) appears as an instance that forms, irradiates and diffuse; it is instrumental and persuasive, it has category and establishes canons of taste and values but at the same time there is a “dominion” of being transmitted and reproduced. We could also say that this “dominion” had a dimension of temporal and history recognition that have been veiled by the great universal narratives of the scientific.

This intellectual authority constructed from the Andean region was full of contrasts, in scenarios where the intellectual agency of each figure was determined not only by the political juncture where it was located, but by the transatlantic conditions from which the scientific knowledge was generated. Our investigation have attempted to open some bridges and connections about this historic moment. We hope that in future

investigations we can revealed more scenarios on how such practice and local displays are constructed. There is a long road ahead.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA CITADAS

1. Archivos, bibliotecas y museos

Colombia

- Archivo General de la Nación (AGN, Bogotá)
 - Fondo del Ministerio de Instrucción Pública (1880-1917)
 - Academia Colombiana de Historia

- Archivo de Cancillería del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia

- Biblioteca Nacional de Colombia (BNC)
 - Fondo General
 - Hemeroteca

- Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA)
 - Fondo General
 - Hemeroteca
 - Fondo de Manuscritos y Libros Raros

- Archivo del Museo Nacional de Colombia (AMNC)

- Biblioteca Universidad Javeriana, Bogotá. (BUJ)

- Biblioteca del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICAHN)

Ecuador

- Archivo Nacional del Ecuador (ANE)

- Fondo de Ciencias Humanas del Ministerio de Cultura y Patrimonio (FCH)

- Fondo Archivo Personal Jacinto Jijón y Caamaño
- Archivo Audiovisual
- Fondo histórico bibliográfico

- Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio (AHMCP)

- Archivo de la Curia, Cuenca (AC)

- Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit (BAEP)

- Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores (AMRREE, Quito)

- Biblioteca Universidad Andina Simón Bolívar (UASB)

- Biblioteca Universidad de Cuenca (BUC)

- Biblioteca Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)

- Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)
 - Fondo General
 - Hemeroteca

Perú

- Archivo General de la Nación del Perú. (AGN, Lima)

- Archivos de Cancillería, Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. (AMRREE, Lima)

- Biblioteca Nacional del Perú. (BNP)
 - Catálogo General
 - Colección Alayza y Paz Soldán
 - Colección Porras Barrenechea

- Colección Rivet
 - Archivo Pedro Zulen
- Archivo del Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú. (AMNAAH)
 - Colección Julio Espejo Núñez
 - Recortes periodísticos.
 - Archivo Julio Tello
 - Archivo Max Uhle
 - Archivo Administrativo
- Fondo Reservado Biblioteca Universidad Nacional Mayor de San Marcos. (FRUNMSM)
- Biblioteca Pontificia Universidad Católica del Perú. (PUCP)

Visitas a museos, institutos y bibliotecas varias

- Museo Nacional de Antropología, Arte e Historia del Perú.
- Museo de Arte de Lima.
- Museo Nacional de Quito.
- Museo Nacional de Cuenca.
- Museo Larco Herrera, Lima.
- Museo del Banco de la República, Bogotá.
- Reserva de Arte del Museo Nacional, Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador.
- Instituto Iberoamericano de Berlín.
- Biblioteca Universidad de Barcelona.
- Biblioteca Nacional de Catalunya.
- Reserva de Arqueología del Museo Etnográfico de Berlín.

- British Museum.

Páginas web con archivos históricos digitales

- <http://www.bne.es/es/Catalogos/BibliotecaDigitalHispanica/Inicio/index.html>
- <https://archive.org>
- <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/indice>
- <http://biblioteca.casadelacultura.gob.ec>
- <http://www.mecd.gob.es/biblioteca-central/>

2. Fuentes editas e inéditas

➤ *Libros y artículos*

ANCHORENA, José Dionisio (1874). *Gramática quechua ó del idioma del Imperio de los Incas*. Lima: Imprenta del Estado.

BASTIAN, Adolph (1878). *Die Culturländer des Alten America. Ein Jahr auf Reisen*, Berlín: Weidmannsche Buchhandlung.

BAMPS, Anatole (1879). *Les antiquités equatoriennes du Musée Royal d'Antiquités de Bruxelles : planches par Anatole Bamps*. Bruselas: Bruxelles Merzbach et Falk.

BOAS, Franz (1890). *Cranium from Progreso, Yucatan*. Massachusetts: Press of Charles Hamilton.

---- (1900?). *Physical Antropology. The anthropology of the north american indian*. Reimpreso de “Memoirs of the international Congress of Anthropology”, Chicago: Schulte Publishing.

BOLLAERT, William (1860). *Anticuarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Peru and Chile, with observations on the pre-incarian, incarial, and other monuments of peruvian nations*. London: Trübner & Co.

BRAVO, Luis (1889). *América y España en la Exposición Universal de París de 1889*. París: Imprimerie Administrative Paul Dupont.

CUERVO MÁRQUEZ, Carlos (1893). *Prehistoria y viajes : Tierradentro, los paeces, San Agustín, El Llano, etc*. Bogotá: Tipografía de La Luz.

---- (1928). *El adoratorio de Tlalpam: Memoria presentada a la Sociedad Científica Antonio Alzate en la sesión de dos de Enero de 1828*. México: Editorial Cultura.

---- (1917). *Orígenes etnográficos de Colombia: las grandes razas suramericanas, Los Caribes, Los Chibchas...* Washington: Imprenta del Gobierno.

---- (1920). *Estudios arqueológicos y etnográficos*. Madrid: Editorial América

DEL SOLAR, Pedro Alejandrino (1892). *El Perú de los Incas* (Conferencia leída el día 11 de febrero de 1892). Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

DORSEY, Georges (1901). *Archeological investigations on the island of La Plata, Ecuador*, Chicago: Field Columbian Museum.

ESGUERRA, Joaquín (1891). Nota de un delegado correspondiente por Colombia. Congreso internacional de americanistas. Bogotá: Imprenta de la nación.

FACUNDO RIAÑO, Juan (1892). *El Arte monumental americano*. Madrid: Sucesores de Rivadeneira.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico (1878). *Estudio Histórico sobre los Cañaris, antiguos habitantes de la Provincia del Azuay en la República del Ecuador*. Quito: Imprenta del Clero.

---- (1892). *Historia General de la República del Ecuador, Atlas arqueológico*. Quito: Imprenta del Clero.

---- (1892). *Atlas Arqueológico Ecuatoriano, Láminas*. Quito: Imprenta del Clero.

---- (1904). *Prehistoria Ecuatoriana. Ligeras reflexiones sobre las razas indígenas, que poblaban antiguamente el territorio actual de la República del Ecuador*. Quito: Impreso por Ricardo Jaramillo.

---- (1937 [1911]). *Defensa de mi criterio histórico*. Quito: Talleres Tipográficos Nacionales, Volumen XII.

---- (1910). *Los aborígenes de Imbabura y Carchi*. Quito: Tip. y enc. Salesiana,

---- (1911). *Obras oratorias de Federico González Suárez, Arzobispo de Quito*. Quito: Tipografía Salesiana.

---- (1914). *Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos pertenecientes...* Quito: Imp. del Clero.

GUTIÉRREZ, Emilio (1913). Réplica al panfleto Presente y futuro del Museo Nacional. Lima: s.e.

---- (1922). *El Manco Capac de la arqueología peruana, Julio C. Tello (señor de Huarochirí) contra Emilio Gutiérrez de Quintanilla*. Lima: s.e.

GUERRERO, Agustín (1892). *Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892*. Quito: Imprenta del Gobierno.

- HEUZEY, M. L. (1870). *Le Trésor de Cuenca*. París: Imprimerie de J. Claye.
- HUMBOLDT, Alexander de (1816). *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*. París: Imprimerie de Smith
- JIJÓN Y CAAMAÑO, Jacinto (1912). *El Tesoro del Itchimbía*. Londres: John Bale.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos (1879). Tres relaciones de Antigüedades peruanas. Publícalas el Ministerio de Fomento con motivo del Congreso Internacional de Americanistas que ha de celebrarse en Bruselas el presente año. Madrid: Imprenta y fundición de M. Tello.
- (1884). *El palacio del Callo*, Cuarta reunión del Congreso Internacional de Americanistas. Madrid: Imprenta de Fortanet.
- (1887). *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombianos en el Perú*. Bruselas: Imprenta de Ad. Mertens.
- KINGSBOROUGH, et al (1831). *Antiquities of Mexico: comprising fac-similes of ancient mexican paintings and hieroglyphics*. London: Robert Havell.
- LARRABURE Y UNANUE, Eugenio (1893). *Monografías histórico-americanas*, Lima: Imprenta de Torres Aguirre.
- (1874). *Cañete. Apuntes Geográficos, Históricos y Estadísticos*. Lima: s.e.
- MACEDO, José Mariano (1881). *Catalogue d'objets archéologiques du Pérou de l'ancien empire des Incas*. París: Imprimerie Hispano-Américaine.
- MARMONTEL (1828). *Les Incas, ou la destruction de l'empire du Pérou*. París: Chez Etinne Ledoux.
- MATOVELLE, Julio María (1921). *Cuenca de Tomebamba. Breve reseña histórica de la Provincia de este nombre en el antiguo Reino de Quito*. Cuenca: Imprenta de la Universidad.
- MIDDENDORF, Ernst (1893-1895). *Perú. Beobachtungen und studien urbe das land und seine bewohner, wahrend eines 25 jahrigen aufenthalts*. Berlín: Robert Oppenheim-Gustav.
- MORALES MACEDO, Carlos (1912). *Algunas variaciones anatómicas de los antiguos cráneos peruanos*. Lima: Carlos Fabri.
- MORALES MACEDO, Carlos (1911). "Las deformaciones artificiales del cráneo en el antiguo Perú" En: *Revista Universitaria*. S.e.
- MORTON, Samuel George (1839). *Crania americana or a comparative view of the skulls of various aboriginal nations of north and south America to which is prefixed and essay on the varienties of the human species*. Filadelfia: T.K. and P.G. Collins printers.

Nuevo Diccionario de la Lengua española (1853). Paris: Imprenta y estereotipia de la viuda Deis.

OLANO, Guillermo (1913). *La medicina en el idioma incaico. Para el 5º Congreso Médico Latino Americano*. Lima: Tipografía La Voce d'Italia.

PALMA, Ricardo (1900). *Cachivaches*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

---- (1946). *Tradiciones peruanas*. Buenos Aires: W.M.Jackson Editores.

PALMA, Ricardo y TELLO, Julio (1909). *Algunas consideraciones sobre la monografía "La uta en el Perú", por el Dr. Manuel O.Tamayo, Delegado de la Sociedad Geográfica de Lima y de la Universidad de Arequipa, ante el IV Congreso Científico Latino Americano de Santiago de Chile*. Lima: s.e.

PATRÓN, Pablo (1894). *Estudio crítico sobre el discurso del Dr. Javier Prado y Ugarteche acerca del Perú Colonial*. Lima: Imprenta del Comercio.

---- (1900). *Origen del Kechua y del Aymará*. Lima: Librería e Imprenta Gil.

---- (1902). *Perú Primitivo. Notas sueltas*. Lima: Imprenta del Estado.

---- (1905). *Escritura Americana. La lluvia. Trabajo presentado y leído en el XIV Congreso de Americanistas de Stuttgart*. Leipzig: Impr. de F. A. Brockhaus.

POMBO, Fidel (1886). *Nueva guía descriptiva del Museo Nacional de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de la Luz.

POLO, José Toribio (1900). *La piedra de Chavín*. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro.

PREUSS, Konrad Theodor (1894). *Die Begrábnisarten der Amerikaner und Nordostasiaten*. Königsberg: Braun and Weber.

--- (1912). *"Die Nayarit-Expedition. Textaufnahmen und beobachtungen unter Mexikanischen indianern; unternommen und herausgegeben im auftrage und mit mitteln des konigl. Preuss. Kultusministeriums aus der Herzog von loubat-professur-stiftung"*. Leipzig: Druck und verlag von B.G. Teubner.

---- (1921). *Religion und mythologie der Uitoto*. Gottigen: Vandenhoeck and Ruprecht.

---- (1929). *Monumentale vorgeschichtliche kunst Ausgrabungen im Quellgebiet des Magdalena in Kolumbien und ihre Ausstrahlungen in America, von Prof. Dr. K. Th. Preuss*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht.

---- (1931). *Arte monumental prehistórico. Excavaciones hechas en el alto Magdalena y San Agustín, Colombia. Comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. Bogotá: Escuela Salesiana de Tipografía y Fotograbado.

---- (1939). *Lehrbuch der Völkerkunde*. Stuttgart: Druck der Hoffmannschen Buchdruckerei Felix Kraus.

RAIMONDI, Antonio (1876). *El Perú: Historia de la geografía del Perú*. Lima: Imp. del Estado.

---- (1942). *Notas de viajes para su obra El Perú*, 1er. Volumen, Lima: Imprenta Torres Aguirre.

RESTREPO, Daniel (1939). *Don Vicente Restrepo. Apuntes autobiográficos con comentarios y notas del Padre Daniel Restrepo, S.J.* Bogotá: Editorial Centro.

RESTREPO, Vicente (1888). *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y compañía.

---- (1892). *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*. Bogotá: Imprenta de La Nación.

---- (1895). *Los Chibchas antes de la conquista española*. Paris: Librería de Garner Hermanos.

---- (1897). *Apuntes para la biografía del fundador del Nuevo Reino de Granada y vidas de dos ilustres prelados, hijos de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta de Antonio M. Silvestre.

RESTREPO TIRADO, Ernesto (1982). *Ensayo etnográfico y arqueológico de la Provincia de los Quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta de La Luz.

---- (1912). *Los Quimbayas*. Bogotá: Imprenta Nacional.

---- (1912). *Catálogo general del Museo de Bogotá, Edición oficial*. Bogotá: Linotipo de la Imprenta Nacional.

---- (1912). *Catálogo General del Museo de Bogotá. Edición Oficial*. Bogotá: Imprenta Nacional.

---- (1917). *Catálogo General del Museo de Bogotá. Arqueología. Edición Oficial*. Bogotá: Imprenta Nacional.

RIVERO, Mariano Eduardo de y Juan Diego de Tschudi (1851). *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.

RIVET, Paul y VERNAU, R. (1912). *Ethnographie ancienne de l'Équateur, Mission du Service géographique de l'Armée en Amérique du Sud*. Paris: s.e.

RECORET, Benjamín (1871). *Sermón predicado por el R.P.M.F Benjamín Rencoret, provincial de Chile y visitador apostólico de la Provincia Mercedaria Ecuatoriana*. Quito: Oficina tipográfica de F. Bermeo.

SQUIER, Ephraim George (1877). *Peru incidents of travel and exploration in the land of the Incas*. New York: Haper and Brothers, Publishers.

STÜBEL, Alphons (2004 [1897]). *Las montañas volcánicas del Ecuador. Retratadas y descritas Geológica-topográficamente*. Quito: UNESCO / BCE.

STÜBEL, Alphons y REISS, Wilhelm (1889-1890). *Das Todtenfeld von Ancon in Perú, ein Beitrag zur Kenntniss der Kultur und Industrie des Inca-Reiches nach den Ergebnissen eigener Ausgrabungen*. Berlín: A. Ascher.

TELLO, Julio (1909). *La antigüedad de la sífilis en el Perú*. Lima: Editorial Sanmarti y Ca.

---- (1913). *Presente y futuro del Museo Nacional*. Lima: Biblioteca D.Colmenares.

---- (1913). *Prehistoric trephining among the Yauyos of Peru*. Londres: s.e.

---- (1918). *El uso de las cabezas humanas artificialmente momificadas y su representación en el antiguo arte peruano*. Lima: Casa Editora de Ernesto R. Villarán.

URIBE ÁNGEL, Manuel (1885). *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, París: Imprenta de Victor Goupy y Jourdan.

URICOECHEA, Ezequiel (1971 [1854]). *Memoria sobre las antigüedades Neo-Granadinas*. Bogotá: Banco Popular.

VILLARÁN, Asciclo (1873). “La poesía en el Imperio de los Incas; ensayo histórico. Dedicada en muestra de gratitud al eminente literato D. Eduardo Asquerino». En *El Correo del Perú*, Lima, 1873-1874.

WIENER, Charles (1880). *Pérou et Bolivie : Récit de voyage*. París: Librairie Hachette et Cie.

WOLF, Theodor (1879). *Viajes científicos por la república del Ecuador*. Guayaquil: Imprenta del Comercio.

ZERDA, Liborio (1883). *El Dorado: Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los Chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca, y de algunas otras tribus*. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.

➤ *Folletos, informes y catálogos*

Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892 (1893). Tomo I. Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneira.

Catálogo General de los objetos enviados por el Gobierno de Colombia á la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892. Bogotá: Imprenta de la Luz.

Corona fúnebre sobre la tumba del señor Vicente Arriaga, socio efectivo del "Liceo de la Juventud" (1877). Cuenca: Impreso por Antonio Cueva.

El Centenario. Revista Ilustrada. Órgano oficial de la Junta Directiva encargada de disponer las solemnidades que han de conmemorar el Descubrimiento de América (1892). Madrid: Tipografía de "El Progreso Editorial". Tomo II.

Estatutos y programa para la Exposición Nacional que tendrá lugar el 9 de diciembre de 1891. Protegida por el S. E. el presidente de la república y patrocinada por la municipalidad (1891). Quito: Imprenta del Clero.

Exposición Nacional de 1899. Catálogo de las diferentes secciones. Informes de los jurados de calificación (1899). Bogotá: Imprenta de Luis Holguín.

Fiestas cívicas en celebración del 4to. Centenario del Descubrimiento de América organizadas por el Honorable Concejo Provincial de Lima. El día 12 de Octubre de 1892. Presididas por el Teniente Alcalde Sr. D. Pedro Villavicencio (1892). Lima: Imprenta Torres Aguirre.

General regulations for foreign exhibitors of the World's Columbian Exposition in Chicago prescribed by the director-general, by authority of the World's Columbian Commission, in accordance with the Act of Congress approved April 25 (1890). Chicago: Office of the Director-General World's Columbian Exposition, January 7.

Inauguración solemne del Instituto Histórico del Perú, 29 de julio de 1905 (1905). Lima: Tipografía Nacional de Federico Barrionuevo.

Informe que el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia dirige al Congreso Constitucional de 1888. Bogotá: Casa Editorial de J. J. Pérez.

Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892. Quito: Imprenta del Gobierno,

Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas (1892). Bogotá: Imprenta de la Luz, Bogotá.

Review of Morton's crania americana, from American Journal of Science and Arts, No. 2, Vol. 38. S.l: s.e.

➤ *Fuentes seriadas*

- *El Ateneo de Lima*. Publicación Mensual, Año I, Tomo primero. Perú: Imprenta del Teatro-Mercaderes 150. (1886).
- *Boletín de Historia y Antigüedades*. Órgano de la Comisión de Historia Nacional (1902- 1925)

- *Revista Histórica*. Órgano del Instituto Histórico del Perú, Tomo I, II, III, IV, V (1906-1913). Lima: Oficina Tipográfica de “La Opinión Nacional” e Imprenta Nacional Federico Barrionuevo.
- *Boletín de la Sociedad de Estudios Histórico-Americanos*, Quito (1918-1919)
- *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, Quito (1920)
- *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Imprenta de F. Masias y Ca. Unión. (1892-1903).
- *Diario Oficial*, Colombia (1891-1911)
- *El Comercio*, Lima (1892)
- *El Perú Ilustrado*, Lima (1887-1892)
- *El Municipio*, Quito 1892.
- *El Papel Periódico Ilustrado de Bogotá* (1881-1888)
- *La Crónica*, Lima (1912-1929)
- *Revista Literaria* (1891-1892)
- *Revista Variedades*, Lima (1908-1929)
- *La Ilustración Ecuatoriana*, Quito (1911-1912).
- *La Ilustración Peruana*, Lima (1909-1911)
- *La Luciérnaga*. Publicación Literaria del “Liceo del Azuay”, Cuenca (1874-1875)

3. Bibliografía general

ACHIM, Miruna y PODGORNY, Irina (eds.) (2014). *Museos al detalle. Colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Rosario: Protohistoria Ediciones.

AGUIRRE, Roberto (2005). *Informal Empire. Mexico and Central America in Victorian Culture*. Minneapolis: Minnesota Press.

AGULHON, Maurice (2009 [1997]). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Argentina: Siglo XXI Editores.

ALCINA FRANCH, José (1988). *El descubrimiento científico de América*. Barcelona: Anthropos Editorial.

ÁLVAREZ, Lupe (et.al) (2004). *Umbrales del Arte en el Ecuador. Una mirada sobre los procesos de nuestra modernidad estética*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador. /Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo.

ANNINO, Antonio y GUERRA, Francois-Xavier (2003). *Inventando la nación. Iberoamérica en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

ANDERSON, Benedict (2011 [1983]). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Siglo XXI editores.

ANSALDI, Waldo (2008). “El imperialismo en América Latina”. En Ayala Mora, E. (dir.). *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación 1870-1930*. España: Ediciones UNESCO /Trotta, España, pp. 331-370.

APPADURAI, Arjun (2001 [1996]). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Argentina: Ediciones Trilce, Fondo de Cultura Económica.

---- (ed.) (1991 [1986]). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Editorial Grijalbo.

ARIAS VANEGAS, Julio (2007). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes /CESO.

ARAUJO, Diego (coord.) (1987). *Historia de las Literaturas del Ecuador. Literatura de la República, 1830-1895*. Quito: Corporación Editora Nacional, Universidad Andina Simón Bolívar.

ARMAS ASÍN, Fernando (2001). “Financiar la guerra: planes fiscales, lucha política y crisis inflacionaria en Perú (1879-1880)”. En *Histórica*, XXV/2, pp. 49-97.

ASSMANN, Jan (2005 [2001]). “El lugar de Egipto en la historia de la memoria de Occidente”. En Schöder, G. y Breuninger, H. (comps.). *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, pp. 55-74.

AVDAKOV F. y POLANSKI, F. (1969). *La primera fase del imperialismo*. México: Editorial Grijalbo.

AYALA MORA, Enrique (2011). *Ecuador del siglo XIX. Estado Nacional, Ejército, Iglesia y Municipio*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / CEN.

---- (2002 [1994]). *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional.

BÁEZ, Christian y MANSON, Peter (2006). *Zoológicos Humanos. Fotografías de fueguinos y mapuches en el Jardín d'acclimatation en París siglo XIX*. Chile: Pehuén Editores.

BARRIGA LÓPEZ, Franklin (2009). *Historia de la Academia Nacional de Historia, 1909-2009*. Quito: Editorial El Conejo.

BARTH, Frederik. et. al. (2012 [2005]). *Una disciplina, cuatro caminos. Antropología británica, alemana, francesa y estadounidense*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

BASADRE, Jorge (1983). *Historia de la República del Perú 1822-1933. Tomo V*. Lima: Editorial Universitaria.

BAUER, Arnold (2002 [2001]). *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina*. México: Editorial Taurus.

BEDOYA, María Elena (2008). *Exlibris Jijón y Caamaño, prácticas del coleccionismo y universos del lector 1890-1950*. Quito: Banco Central del Ecuador.

---- (2007). *Los espacios perturbadores del humor. Revistas, arte y caricatura 1918-1932*. Quito: Banco Central del Ecuador.

BENNET, Tony (1988). "The exhibitionary complex." En *New Formations*, Number 4, Spring, pp. 73-102.

BENJAMIN, Walter (2005 [1982]). *El libro de los pasajes*. Madrid: Editorial Akal.

---- (2013 [1982]). *Obra de los Pasajes*. Madrid: Abada Editores.

BERTRAND, Michel (2011). "Microanálisis, historia social y acontecimiento histórico". En *Revista Historia*. Enero-diciembre, No. 63-64, pp. 141-149.

BETHELL, Leslie (1992). *Historia de América Latina. Tomo 10. América del Sur*. Barcelona: Editorial Crítica.

BIAGINI, Hugo E., y ROIG, Arturo Andrés (2008). *Diccionario del pensamiento alternativo*. Buenos Aires: REUN, Red de Editoriales Universitarias Nacionales.

BHABBHA, Homi (comp.) (2010 [1990]). *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Madrid: Siglo XXI editores.

BLAKEMORE, Harold (1992). "Chile, desde la guerra del Pacífico hasta la depresión mundial, 1880-1930". En Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina. América del Sur, c. 1870-1930*. Barcelona: Editorial Crítica, pp. 157-204.

BLOCH, Marc (1992 [1928]). "Por una historia comparada de las sociedades europeas". En Godoy, G. y Hourcade, E. *Marc Bloch. Una historia viva. Los fundamentos de las Ciencias del Hombre 65*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 63-98.

BLOM, Philipp (2013 [2002]). *El coleccionista apasionado. Una historia íntima*. Barcelona: Editorial Anagrama.

BONFIGLIO, Giovanni (2006). *El Perú no es un mendigo, ni está sentado en un banco de oro. Los verdaderos mensajes de Antonio Raimondi*. Lima: Promolibro.

BOTERO, Clara Isabel (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: Universidad de los Andes / ICANH.

BOTERO, María Mercedes (2007). *La ruta del oro. Una economía exportadora, Antioquia 1850– 1890*. Bogotá: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

BOURDIEU, Pierre (2000). “Acerca de las relaciones entre la sociología y la historia en Alemania y en Francia. Conversación con Lutz Raphael”. En *Sociohistórica*. La Plata: Cuadernos de CISH. Primer Semestre, pp. 183-215.

BONILLA, Heraclio (1994). *Guano y burguesía en el Perú. El contraste de la experiencia peruana con las economías de exportación del Ecuador y Bolivia*. Quito: FLACSO Editorial.

---- (1990). “El campesinado indígena y el Perú en el contexto de la guerra con Chile”. En Steve S. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*. Lima: IEP, pp. 209-218.

BRADING, David (2006). “Patria e historia: tríptico peruano”. En Mujica Pinilla, R. (et. al.). *Visión y símbolos. Del Virreinato Criollo a la República Peruana*. Lima: Banco de Crédito, pp. 1-42.

BRAUDEL, Fernand (1953 [1949]). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.

---- (1994 [1985]). *La dinámica del capitalismo*. Chile: Fondo de Cultura Económica.

BREUILLY, John (1990 [1988]). *Nacionalismo y Estado*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor.

BREW, Roger (2000 [1977]). *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia.

BRUNO, Paula (2012). “Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1860-1930. Presentación”. En *Prismas, revista de historia intelectual*, No.16, 2012, pp. 161-166.

BUSTAMANTE, Fernando (2012). “Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización”. En *Revista de Indias*, Volumen LXXII, Número 254, pp. 15-34.

BUSTOS, Guillermo (2011). *La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950)*. Tesis doctoral. Universidad de Michigan.

BUCK-MORSS Susan (2001 [1989]). *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid: Editorial La Balsa de la Medusa.

BURKE, Peter (2006 [2004]). *¿Qué es la Historia Cultural?* Barcelona: Editorial Paidós.

---- (2007 [2005]). *Historia y Teoría Social*. Buenos Aires: Amorrortu.

BUSTAMANTE, Jesús (2012). “Museos, memoria y antropología a los dos lados del Atlántico. Crisis institucional, construcción nacional y memoria de la colonización”. En *Revista de Indias*. Volumen LXXII, Número 254, pp. 15-34.

CABELLO CARRO, Paz (1989). *Coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

CANTARELLAS CAMPS, Catalina (2014). “Lorenzo Rosselló (Mallorca 1867-1901) Un escultor en el tránsito de fin de siglo”. En *Liño. Revista Anual de Historia del Arte*, No. 20, pp. 9-28.

CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge (2007 [2001]). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

CÁRDENAS, Enrique; OCAMPO, José Antonio y THORP, Rosemary (compiladores) (2003). *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines de siglo XIX al principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica.

CASTILLO, Américo (2010). *El museo en escena: política y cultura en América Latina*. Buenos Aires: Fundación Typa.

CASTRO-KLAREN, Sara y CHASTEEN, John Charles (eds.) (2003). *Beyond imagined communities. Reading and writing the Nation in Nineteenth-century Latin America*. Washington: Woodrow Wilson Center Press.

CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (1998 [1997]). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. México: Editorial Taurus.

CLARK, Kim (2004). *La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador 1895-1930*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.

CLIFFORD, James (1995 [1988]). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Madrid: Editorial Gedisa.

COEHLO PRADO, María Ligia (2012). “América Latina: historia comparada, historias conectadas, historia transnacional”. En *Revista Digital*, Anuario No 24 Escuela de Historia No 3, Facultad de Humanidades y Artes UNR.

CONTRERAS, Carlos (2012). *La economía pública en el Perú después del guano y del salitre. Crisis fiscal y elites económicas durante su primer siglo independiente*. Lima: Banco Centra de la Reserva del Perú / Instituto de Estudios Peruanos.

CUETO, Marcos (1989). *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú 1890-1950*. Lima: CONCYTEC.

---- (1995). *Saberes Andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

CHANG-RODRÍGUEZ, Eugenio (2012). *Pensamiento y acción en Gonzálz Prada, Mariátegui y Haya de la Torre*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

CHOAY, Françoise (2007 [1992]). *Alegoría del patrimonio*. Barcelona: Gustavo Gili Editores.

CHAKRABARTY, Dipesh (2008 [2000]). *Al margen del Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets Editores.

CHARTIER, Roger (1999 [1996]). *El mundo como representación. Historia Cultural: entre practica y representación*. Barcelona: Editorial Gedisa.

---- (2001). “La conscience de la globalité”. En *Annales HSS*, janvier-février, No. 1, pp. 119-123.

---- (2006 [1996]). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

---- (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Barcelona: Editorial Gedisa.

CHASTEL, André (1984). “La notion de patrimoine”. En Nora, P. *Les lieux de mémoire. II. La Nation***. Paris: Editorial Gallimard, pp. 405-448.

DANIEL, Glyn (1974 [1967]). *Historia de la arqueología. De los anticuarios a V.Gordon Childe*. Madrid: Alianza Editorial.

DASTON, Lorraine (2005 [2001]). “La objetividad y la comunidad cósmica”. En: Schöder, Gerhart y Breuninger, H. (comps.). *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, pp. 131-156.

---- (2012). “The sciences of the archive.” En *The History of Science Society*, pp. 156-187.

DAGER ALVA, Joseph (2000). “La historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo”. En *Revista Complutense de Historia de América*. Vol. 26, pp. 135-179.

DEAS, Malcolm (1989). “La influencia inglesa –y otras influencias- en Colombia (1880-1930)”. En Tirado Mejía, A. (dir.). *Nueva Historia de Colombia*. Colombia: Editorial Planeta, pp. 161-182.

---- (1991). “Colombia, c. 1880-1930”. En: Bethell, L. (ed.), *Historia de América Latina. América del Sur, c. 1870-1930*. Barcelona: Editorial Crítica.

DE CERTEAU, Michel (2000 [1990]). *La invención de lo cotidiano, Artes de Hacer*, México: Universidad Iberoamericana.

DEGREGORI, Carlos Iván (ed.) (2012 [2000]). No hay país más diverso. Compendio de Antropología Peruana. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DE L'ETOILE, Benoît (2007). *Le Goût des Autres. De l'Exposition coloniale aux arts premiers*. París: Editorial Flammarion.

DE LA CADENA, Marisol, (2007). *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*. S/L: Editorial Envión.

DELER, Jean Paul (1994). "Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930". En Maiguashca, J. (editor). *Historia y región en el Ecuador*. Quito: FLACSO /CEN, pp. 295-353.

(2007 [1987]). *Ecuador del espacio al estado nacional*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional.

DRINOT, Paulo. (2003). "Perú, 1884-1930: ¿un pobre sentado en un banco de oro? En Cárdenas, E., Ocampo, J. y Thorp, R. (compiladores). *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 203-258.

EARLE, Rebecca (2002). "'Padres de la Patria' and the Ancestral Past: Commemorations of Independence in Nineteenth-Century Spanish America". <http://journals.cambridge.org/action/displayFulltext?type=1&fid=135990&jid=LAS&volumeId=34&issueId=04&aid=135989>

---- (2006). *Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino en la Hispanoamérica decimonónica*. En González Stephan, B. y Andermann, J. (eds.) *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora, pp. 27-56.

---- (2008). "Sobre héroes y tumbas: símbolos nacionales en la Hispanoamérica del siglo XIX". En *Bicentenario Revista de Historia de Chile y América*. Vol. 7., No. 1. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Bicentenario, pp. 5-43.

ELÍAS, Norbert (1994 [1977]), *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Siglo XXI editores.

ELIOT MORISON, Samuel, (et. al.) (1980 [1930]). *Breve historia de los Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.

ESCOBAR VILLEGAS, Juan Camilo (2009). *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y elites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

ESPINO LÓPEZ, Antonio (2010). *Atlas Histórico del Colonialismo*. España: Editorial Síntesis.

ESPINO RELUCÉ, Gonzalo (1999). *Imágenes de la inclusión andina: literatura peruana del siglo XIX*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de

Letras y Ciencias Humanas, Instituto de Investigaciones Humanísticas.

---- (2006). “Poéticas quechuas: Garcilaso, Guamán Poma y Anchorena”. En *Letras*, Vol. 77, pp. 111-112. Enlace: <http://www.acuedi.org/ddata/3155.pdf>

FAZIO VENGOA, Hugo (2009). “La historia global y su conveniencia para el estudio del pasado y del presente”. En *Historia crítica*. Bogotá: Universidad de los Andes, pp. 300-319.

FERNÁNDEZ, Sandra y VIDELA, Óscar (comps.) (2008). *Ciudad oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*. Rosario: La Quinta Pata & Camino Ediciones.

FISCHER, Manuela (2010). “La misión de Max Uhle para el Museo Real de Etnología en Berlín (1892-1895): entre las ciencias humboldtianas y la arqueología americana”. En Kaulicke, P., Fischer, M. Masson, P. y Wolff G. *Max Uhle (1856-1944). Evaluación de sus investigaciones y obras*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. 2010, pp. 49-62.

FLORES GALINDO, Alberto (1993). *Obras completas. Tomo I*. Lima: Fundación Andina / Casa de Estudios del Socialismo.

FOUCAULT, Michel (1971 [1966]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las Ciencias Humanas*. México: Siglo XXI editores.

---- (2001 [1981]). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.

---- (2007). *Sobre la Ilustración*. Madrid: Editorial Tecnos.

GAMBOA HINOSTROSA, Pablo (2002). *El tesoro de los Quimbayas. Historia, identidad y patrimonio*. Colombia: Editorial Planeta.

---- (2008). “El Tesoro de los Quimbayas, un siglo después”. en: Betancourt, A., (ed.) *Policromías de una región. Procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero*. Colombia: Red de Universidades Públicas del Eje Cafetero, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, pp. 23-41.

GÄNGER, Stefanie (2006). “¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana”. En *Revista Histórica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, URL: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/historica/article/view/357>

---- (2014). *Relics of the Past. The Collecting and Studying of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837 – 1911*. United Kingdom: Oxford Press.

---- (2014). “Conversaciones sobre el pasado. José Mariano Macedo y la arqueología peruana, 1876 – 1894”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En ligne], Débats, mis en ligne le 05 septembre 2014. <http://nuevomundo.revues.org/67124> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.67124

---- (2014). "Of butterflies, chinese shoes, and antiquities: a History of Peru's National Museum, 1826-1881". En: *Anuario de Historia de América Latina*, Vol. 51, pp. 283-302.

GARCÍA BOTERO, Héctor ---- (2009) "¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos". *Memoria Social*. No. 13 (27), Julio Diciembre. Bogotá, pp. 41-60.

---- (2010). *Una historia de nuestros otros. Indígenas, letrados y antropólogos en el estudio de la diferencia cultural en Colombia (1880-1960)*. Bogotá: Colección Prometeo, Universidad de los Andes.

GARCÍA JORDÁN, Pilar (1991). *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo 1821-1919*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".

---- (1997). "Catolicismo frente a liberalismo. Formación progresiva del nacionalcatolicismo peruano". En Urbano, Henrique, *Tradición y modernidad en los Andes*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas", pp. 295-315.

---- (1998). *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina en los siglos XIX y XX. La construcción del espacio socio-económico amazónico en el Ecuador, Perú y Bolivia (1795-1948)*. Lima: PUCP, Universidad de Barcelona.

---- (2001). *Cruz y arado, fusiles y discursos: la construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima, PE: Instituto Francés de Estudios Andinos.

GELLNER, Ernest (1998 [1987]). *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.

---- (2008 [1988]). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.

GIDDENS, Anthony (2003 [1984]). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

GINZBURG, Carlo (2010 [2006]). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. México: Fondo de Cultura Económica.

GIUCCI, Guillermo (2014). *Tierra de fuego. La creación del fin del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

GODELIER, Maurice (1998 [1996]). *El enigma del don*. Barcelona: Editorial Paidós.

GOETZ, Walter (et.al.) (1957). *La época del imperialismo 1890-1933*, Historia Universal. Tomo X. Madrid: Espasa Calpe.

GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, Pilar (2008 [1999]). *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1979). *Imperialismo y liberación. Una introducción a la Historia Contemporánea de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz y ANDERMANN, Jens (eds.) (2006). *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.

GOTKOWITZ, Laura (2011). *Histories of Race and Racism. The Andes and Mesoamerica from Colonial Times to the Present*. Durham: Duke University Press.

GRAHAM, Richard (1990). *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin: University of Texas Press.

GRANADOS, Aimer (2005). "Hispanismos, nación y proyectos culturales. Colombia y México 1886-1921. Un estudio de historia comparada". En *Memoria y Sociedad*, Volumen 9, No. 19, Julio-Diciembre, pp. 5-18.

GRIMAL, Pierre (1981 [1979]). *Diccionario de Mitología Griega y Romana*. Barcelona: Editorial Paidós.

GRUZINSKI, Serge (2007 [1997]). *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*. Barcelona: Editorial Paidós.

---- (2010 [2004]). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México: Fondo de Cultura Económica.

GUARÍN-MARTÍNEZ, Óscar (2010). *La sociabilidad política: un juego de luces y sombras*. En *Memoria y Sociedad* 14, No. 29, julio-diciembre de 2010, pp. 25-36.

HALPERIN DONGHI, Tulio (1997 [1967]). *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona: Editorial Altaya.

HALPERIN DONGHI, Tulio (et. al). (2002). *Historia Económica de América Latina*, Barcelona: Editorial Crítica.

HALPERIN DONGHI, Tulio; GLADE, William y THORP, Rosemary (2002). *Historia Económica de América Latina*. Barcelona: Editorial Crítica.

HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro (1998). "Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1906-1911)". En *Revista Andina*, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas". Año 16, No.1, Julio, Cuzco, pp. 161-186.

HARRIS, Marvin (1979 [1968]). *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*. México: Siglo XXI editores.

HEARN, Jonathan (2006). *Rethinking nationalism. A critical introduction*. New York: Palgrave.

HENDERSON, James (2006 [2001]). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

HERING, Max (2010). “Raza”. Variables históricas”. En Leal, C. y Langebaek, C. *Historias de raza y nación en América Latina*. Bogotá: Universidad de Los Andes, pp. 31-62.

HERING, Max y PÉREZ Amada (2012). *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad de los Andes.

HOBSON, J.A. (1981 [1902]). *Estudio del Imperialismo*. Madrid: Alianza Editorial.

HOBSBAWM, Eric (1974 [1971]). *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

---- (1998 [1987]). *La era del imperio 1875-1914*. Barcelona: Editorial Crítica.

---- (2000 [1990]). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.

JARAMILLO URIBE, Jaime (1978). “Etapas y sentido de la Historia de Colombia”. En Arrubla, M. et. al. *Colombia hoy*. Colombia: Siglo XXI editores, pp. 10-26.

KAULICKE, Peter (2010). “La vida y obra de Friedrich Max Uhle. Recientes logros, problemas y perspectivas”. En Kaulicke, P. et. al. (2010). *Max Uhle 1856-1944. Evaluaciones de sus investigaciones y obras*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

---- (Editor) (1998). *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

KENNEDY TROYA, Alexandra (1998). “Artistas y científicos: naturaleza independiente en el siglo XIX en Ecuador (Rafael Troya y Joaquín Pinto)”. En *Memoria*. Quito: Marka, Instituto de Historia y Antropología Andinas, pp. 85-123.

---- (2016). *Elites y la nación en obras. Visualidades y arquitectura del Ecuador*. Cuenca: Universidad de Cuenca /CCE, Núcleo del Azuay.

KINGMAN, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940*. Quito: FLACSO, Universidad Rovira e Virgili.

KLAREN, Peter (2013 [2004]). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.

KNIGHT, Alan (2000). “La identidad nacional: ¿mito, rasgo o molde?”. En Sánchez, Gonzalo y Emma Wills, *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia, Universidad Nacional de Colombia, pp. 119-155.

LARCO HOYLE (2012 [1964]). “Historia del Museo”. En *Museo Larco tesoros del antiguo Perú*. (Lima: Asociación Rafael Larco Hoyle).

LA TORRE SILVA, Ricardo (s/f). “Raimondi y sus estudios etnológicos”. En *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Año 118, Vol. 122, pp. 31-46.

LATOUR, Bruno (1999). “Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas, colecciones”. En García Selgas F. Y Montleón, J. *Retos de la Postmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas*. Valladolid: Editorial Trotta, pp. 161-184.

---- (2012 [1991]). *Nunca fuimos modernos. Ensayos sobre antropología simétrica*. Argentina: Siglo XXI Editores.

LANGEBAEK, Carl Henrik y BOTERO, Clara Isabel (comp.) (2009). *Arqueología e etnología en Colombia. La creación de una tradición científica*. Bogotá: Universidad de los Andes.

LAURIÈRE, Christine (2012). “Lo bello y lo útil, el esteta y el etnógrafo: el caso del Museo Etnográfico de Trocadero y del Museo del Hombre (1928-1940)”. En *Revista de Indias*, Volumen LXXII, Número 254, pp. 35-66.

LEAL, Claudia y LANGEBAEK, Carl (comps.) (2010). *Historias de raza y nación en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes / CESO.

LOMNITZ, Claudio (1999). *Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*. México: Editorial Planeta.

---- (2005). “Sobre reciprocidad negativa”. En *Revista de Antropología Social*, Vol. 14, pp. 311-339.

LÓPEZ OCÓN, Leoncio (1990). “Las relaciones científicas entre España y América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Un balance historiográfico”. En *Revista de Indias*, Vol. L, número 188, pp. 305-325.

---- (1998). “La formación de un espacio público para la ciencia en la América Latina durante el siglo XIX”. En <http://asclepio.revistas.csic.es>

---- (2002). “La América Latina en el escenario de las Exposiciones Universales del siglo XIX”. En *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*. Quito: Corporación Editora Nacional, No. 18. pp. 103-126.

---- (2012). « La Sociedad Geográfica de Lima y la formación de una ciencia nacional en el Perú Republicano », *Terra Brasilis* [Online], 3 | 2001, posto online no dia 05 Novembro 2012, consultado el 5 de noviembre de 2015. URL : <http://terrabrasilis.revues.org/330> ; DOI : 10.4000/terrabrasilis.330.

LEVI, Giovanni (1989). *Los usos de la biografía*. En *Annales*. Núm. 6, noviembre, pp. 1325-1336.

LUMBRERAS, Luis (1998). “Max Uhle y la tradición de investigación arqueológica en el Perú”, en: http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_15/IND_15_Lumbreras.pdf.

---- (2011). *Jacinto Jijón y Caamaño. Estudios sobre Lima prehispánica, Maranga*. Quito: Fonsal.

LUQUE ALCAIDE, Elisa (2003). “La restauración de la vida católica en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX”. En *AHIg*, No. 12, pp. 71-89. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501205>

LYONS, Martyn (2006 [1997]). “Los nuevos lectores del siglo XX: mujeres, niños y obreros”. En Cavallo G. y Chartier, R. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. México: Editorial Taurus, pp. 478-514.

MAIGUASHCA, Juan. (1994). “El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1895”. En Maiguashca, J. (editor). *Historia y región en el Ecuador*. Quito: FLACSO /CEN, pp. 355-420.

MAJLUF, Natalia (2005). “De la rebelión al museo: genealogías y retratos de los Incas, 1781-1900”. En Cummins, T. (et. al.). *Los Incas, reyes del Perú*. Lima: Colección Arte y Tesoros del Perú, Banco de Crédito, pp. 253-320.

MALLON, Florencia (2002). “Reflexiones sobre las ruinas: formas cotidianas de formación del Estado en el México decimonónico”. En Gilbert, Joseph y Daniel Nugent (comp.). *Aspectos cotidianos de la formación del Estado. La revolución y negociación del mando en el México moderno*. México: Ediciones Era, pp. 105-143.

---- (2003 [1995]). *Campesinado y nación. La construcción de México y Perú postcoloniales*. México: Colegio de Michoacán.

MARÍN TORRES, María Teresa (2002). *Historia de la documentación museológica: la gestión de la memoria artística*. Gijón-España: Ediciones Trea.

MARIN, Louis (2009 [1993]). “Poder, representación, imagen”. En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, No. 13, pp. 135-153.

MARTÍNEZ, Frédéric (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República.

MARTÍNEZ RIAZA, Ascención (1994). “El Perú y España durante el oncenio. El hispanismo en el discurso oficial y en las manifestaciones simbólicas (1919-1930)”. En *Histórica*. Vol. XVIII, No. 2, diciembre, pp. 335-363.

MARTÍNEZ, Rosa María (1992), *La Iglesia Católica en la América Independiente. Siglo XIX*. Madrid: Editorial Mapfre.

MC EVOY, Carmen (2003). “De la república utópica a la república práctica: intelectuales y artesanos en la forja de una cultura política en el área andina (1806-1878)”. En Maiguashca, J. (ed.). *Historia de América Andina. Creación de las Repúblicas y Formación de la Nación*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

---- (2013). *En pos de la República. Ensayos de historia política e intelectual*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario, Municipalidad Metropolitana de Lima, Asociación Educativa Antonio Raimondi.

MELO, Jorge Orlando (1978). “La república conservadora”. En Arrubla, M. et. al. *Colombia hoy*. Colombia: Siglo XXI editores, pp. 27-46.

---- (1987). “Las Vicisitudes del Modelo Liberal (1850-1899)”. En Ocampo Gaviria, J. (comp). *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI Editores, pp. 61-91.

MINCHINTON, Walter (1989 [1979]). “Los modelos de demanda, 1750-1914”. En Cipolla, C. M. (ed.). *Historia económica de Europa. La Revolución industrial*. Barcelona: Editorial Ariel, pp. 80-194.

MONTERO, Feliciano (2000). “La Iglesia católica ante la modernidad: del jubileo de fin del siglo XIX al fin del milenio”. En http://www.europeana.eu/portal/record/2022701/oai_dspace_uah_es_10017_8862.html

MORALES MORENO, Luis Gerardo (1994). *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México: Universidad Iberoamericana.

MUÑOZ, Carmen Cecilia (2012). *¿Cómo representar los orígenes de una nación civilizada? Colombia en la Exposición-Histórico Americana de Madrid*. Cali: Universidad del Valle.

---- (2013). “Imaginario nacional en la Exposición Histórico-Americana en Madrid, 1892. Hispanismo y pasado prehispánico”. En *Iberoamericana*, XIII, 50, pp. 101-118.

MURATORIO, Blanca (1994). “Nación identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imagineros a fines del siglo XIX”. En Muratorio, B. (ed.). *Imágenes e imagineros: representaciones de los indígenas ecuatorianos siglo XIX y XX*. Quito: Flacso, pp. 109- 196.

MURRAY, Pamela (1999). “La Escuela Nacional de Minas, 1887-1930”. En MEJÍA R., LAROSA, M. y NIETO, M. (editores). *Colombia en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Planeta, pp. 361-391.

MYERS, Fred (2001), *The Empire of Things: Regimes of Value and Material Culture*, Albuquerque: School of American Research.

NERVAL, Gaston (1999). “Autopsy of the Monroe Doctrine: the strange story of Inter-American relations”. En La Rosa, M. (editor) *Neighborly adversaries: readings in U.S. - Latin America relations*. Estados Unidos: Rowman and Littlefield, pp. 85-90.

OCAMPO, Estela (2011). *El fetiche en el museo. Aproximación al arte primitivo*. Madrid: Alianza editorial.

OCAMPO GAVIRIA, José Antonio (comp.) (1987), *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI editores.

OCAMPO, José Antonio y BOTERO, María Mercedes (2003). “El café y los orígenes del desarrollo económico moderno en Colombia”. En Cárdenas, E., Ocampo, J. y Thorp, R. (compiladores). *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 85-122.

PALACIOS, Marco (1983 [1979]). *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*. Bogotá: El Colegio de México / Áncora Editores.

PALACIOS RODRÍGUEZ, Raúl (1988). *La Sociedad Geográfica de Lima: fundación y años iniciales*. Lima: Universidad de Lima.

PALMA, Gabriel. (2003). “La economía chilena desde la guerra del Pacífico a la Gran Depresión. Cómo evitar el ‘síndrome holandés’ por medio de ‘gravar, transferir y gastar’”. En Cárdenas, E., Ocampo, J. y Thorp, R. (compiladores). *La era de las exportaciones latinoamericanas de fines del siglo XIX a principios del XX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 297-359

PALOMEQUE, Silvia (1994). “La Sierra Sur (1825-1900)”. En Manguashca, J. (editor). *Historia y región en el Ecuador*. Quito: FLACSO /CEN, pp. 69-137.

PELAYO, Francisco (2010). “Discurso racial, nacionalismo y darwinismo social en torno a la Primera Guerra Mundial”. En Vallejo, G. y Miranda, M. (dir.). *Derivas de Darwin: cultura y política en clave biológica*. Argentina: Siglo XXI Editores, pp. 23-48.

PERAZZI, Pablo (2009). “Cartografías corporales: las pesquisas antropológicas del doctor Roberto Lehmann-Nietzsche, Buenos Aires: 1897-1908”. En *Cuadernos de Antropología Social*, Universidad de Buenos Aires, No. 29, pp. 121-134. <http://www.scielo.org.ar/pdf/cas/n29/n29a07.pdf>

PÉREZ BENAVIDES, Amada Carolina (2011). “La memoria convertida en exhibición: adecuaciones de la sección de historia patria en el Museo Nacional de Colombia, 1880-1912”. En Ortega, F. y Chincangana-Bayona, Y. *Del dicho al hecho. 200 años de independencia y ciudadanía en Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura / Museo Nacional de Colombia, Universidad Nacional de Colombia / Pontificia Universidad Javeriana, pp. 109-135.

---- (2015). *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes. Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo (1992). *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. México: Fondo de Cultura Económica.

PÉREZ, Trinidad (2010). “Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925)”. En Coronel, V. y Prieto, M. (coordinadoras). *Celebraciones centenarias*

y negociaciones por la nación ecuatoriana. Quito: FLACSO, Ecuador /Ministerio de Cultura., pp. 23-74.

PÉREZ VEJO, Tomás (2003). “La construcción de las naciones como problema historiográfico. El caso del mundo hispánico”. En *Historia Mexicana*. México: Colegio de México, pp. 275-311.

---- (2012). “Historia, antropología y arte: tres sujetos, dos pasados y una sola nación verdadera”. En *Revista de Indias*, Volumen LXXII, Número 254, pp. 67-92.

PINNEO, Ron (1994). “Guayaquil y su región en el segundo boom cacaotero (1870-1925)”. En Maiguashca, J. *Historia y región en el Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional, pp. 251-294.

PODGORNY, Irina (2004). “Tocar para creer”. La arqueología en la Argentina”. En *Anales del Museo de América*. 12. pp. 147-182.

---- (2005). “La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica”. En *Historia, Ciencias, Saúde- Manguinhos*, v. 12 (suplemento), pp. 231-264.

---- (2008). “Los medios de la arqueología”. En *Redes*, vol.14, núm. 28, noviembre. Buenos Aires: Universidad de Quilmes.

---- (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales: los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

---- (2010). “Naturaleza, colecciones y museos en Iberoamérica (1770-1850). En Castillo, A. *El museo en escena. Política y cultura en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Paidós, pp. 53-70.

---- (2010)., “Presentación”. En *L'Ordinaire des Amériques* [En ligne], 212 | 2010, mis en ligne le 01 novembre 2015, consulté le 22 décembre 2015. URL : <http://orda.revues.org/2468> Haut de page#quotation

---- (2013). “Los archivos de la ciencia: prácticas científicas, cultura material y organización del saber”. En *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”. Año 4, número 4, pp. 8-14.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1963). *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.

PRATT, Mary Louise (2010 [1992]). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Siglo XXI editores.

PRIETO, Mercedes (2004). *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895 -1950*. Quito: Flacso.

QUIJADA, Mónica (2005). “América Latina en las revistas europeas de Antropología, desde los inicios hasta 1880- De la presencia temática a la participación académica”. En *Revista de Indias*, vol. LXV, número 234, pp. 319-336.

QUIÑONES, Leticia (2007). *El Perú en la vitrina. El progreso material a través de las exposiciones (1851-1893)*. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería.

RAMÍREZ LOSADA, Dení (2009). “La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? De México”. En *Revista de Indias*, vol LXIX, Número 246, pp. 273-306.

RANCIÈRE, Jacques (2010 [2008]). *El espectador emancipado*. España: Ellago Ensayo.

RAVINES, R. (1989). *Los museos del Perú. Breve historia y guía*. Lima: Dirección General de Museos, Instituto Nacional de Cultura.

REINHARDT, Steven y REINHARDT, Dennis (edits.) (2006). *Transatlantic History*. Arlington: Universidad de Texas.

RICOEUR, Paul (2010 [2003]). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.

RIVIALE, Pascal (2000 [1996]). *Los viajeros franceses en busca del Perú Antiguo (1821-1914)*. Lima: IFEA.

---- (2008). *Una historia de la presencia francesa en el Perú, del siglo de las luces a los Años Locos*. Lima: IFEA/IEP.

SAID, Edward (2009 [1997]). *Orientalismo*. México: Editorial Debolsillo.

SALVADOR LARA, Jorge (dir.) (2005). *Historia de la Iglesia Católica en el Ecuador*, Tomo V. Quito: Conferencia Episcopal Ecuatoriana.

SALVATORE, Ricardo (comp.) (2005). *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Argentina: Beatriz Viterbo Editora.

SAMAMÉ BOGGIO, Mario (1986). “El Perú y la Minería”. En Yépez, E. (ed.). *Estudios de Historia de la Ciencia en el Perú*. Vol. I. Lima: CONCYTEC y Sociedad Peruana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, pp. 125-144.

SAMPEDRO, Francisco (1982). *Del Amazonas en 1830 al Cóndor en 1981*. Quito: Instituto Geográfico Militar.

SANDERS, Karen (1997). *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, Fondo de Cultura Económica.

SÁNCHEZ GÓMEZ, Gonzalo y WILLS OBREGÓN, María Emma (comps.) (2000). *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia.

SARABIA, María Justina (1992). *Europa e Iberoamérica: Cinco siglos de intercambios*, Sevilla: AHILA, Junta de Andalucía.

SARANYANA, José Ignacio y GRAU, Carmen-José (2008). *Teología en América Latina. De las guerras de independencia hasta finales del siglo XIX*. Madrid: Editorial Iberoamericana.

SARTORI, Giovanni y MORLINO, Leonardo (comps.) (1999). *La comparación en las Ciencias Sociales*. Madrid: Alianza Editorial.

SEINER LIZÁRRAGA, Lizardo (2003). “Antonio Raimondi y sus vinculaciones con la ciencia europea, 1851-1890”, *Bulletin de l'Institut français d'études andines* [En línea], 32 (3) | 2003, Publicado el 08 diciembre 2003, consultado el 05 enero 2016. URL : <http://bifea.revues.org/6144> ; DOI : 10.4000/bifea.6144

---- (2010). “Antonio Raimondi en el Perú: Viajes, obra científica y redes de influencia en la periferia, 1851-1890”. En Sagredo Baeza, R. *Ciencia-mundo. Orden republicano, arte y nación en América*. Lima: Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, pp. 255-280.

SEVILLA PÉREZ, Elisa (2011). *Imperios informales y nacionales poscoloniales: la autoridad de la ciencia*. Tesis Doctoral. Quito: Flacso Ecuador.

SIMMEL, Georg (1977 [1908]). *Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Biblioteca Revista de Occidente.

SCHAFFER, Simon (2011). *Trabajos de cristal. Ensayos de historia de la ciencia, 1650-1900*. Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia.

SCHÖN, Wolf (1993 [1988]). “El triunfo de la era industrial. El París de 1889 y las exposiciones universales del siglo XIX”. En Schultz, U. *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 303-318.

SKINNER, Quentin (2000 [1969]). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, No. 4, pp. 149-191.

SLOTERDIJK, Peter (2007 [2005]). *En el mundo interior del capital. Para una categoría filosófica de la globalización*. España: Ediciones Siruela.

SZTOMPKA, Piotr (1995). *Sociología del cambio social*. Madrid: Alianza Editorial.

SUBRAHMANYAM, Sanjay (1997). “Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia”. En *Modern Asian Studies*. Vol. 31. N0.3, Special Issue: The Eurasian Context of the Early Modern History of Mainland South East Asia, 1400-1800, pp. 735-762.

---- (2011). *Comment être un étranger. Goa-Ispahan-Venise- XVI-XVIII siècle*. París: Alma Editores.

TANTALEÁN, Henry (2010). “El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú”. En Nastri, J. Y Menezes Ferreira, L. (eds.). *Historias de Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires: Universidad Maimónides, Fundación de Historia Natural, pp. 137-166.

TAUSSIG, Michael (2013). *Mi museo de la cocaína*. Cali: Editorial Universidad del Cauca.

TAUZIN CASTELLANOS, Isabelle (2003). “La imagen en El Perú Ilustrado (Lima, 1887-1892)”. En *Bulletin Institute Francais de Études Andines*, No. 32 (1), pp. 133-149. [http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/32\(1\)/133.pdf](http://www.ifeanet.org/publicaciones/boletines/32(1)/133.pdf)

TAYLOR, Francis Henry (1960). *Artistas, príncipes y mercaderes. Historia del coleccionismo desde Ramsés a Napoleón*. Barcelona: Luis de Caralt Editor.

TELLO, Julio C. y MEJÍA XESSPE Toribio (1967). “Historia de los museos nacionales del Perú. 1822-1946”. En *Arqueológicas 10*. Lima: Publicaciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas, pp. 1-259.

TENORIO TRILLO, Mauricio (1998). *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica.

TILLY, Charles (1991 [1984]). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.

URREGO, Miguel Ángel (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia: de la Guerra de los Mil días a la Constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores.

VÁSQUEZ HAHN, María Antonieta (2009). *El Palacio de la Exposición (Sede Actual del Ministerio de Defensa Nacional)*. Quito: FONSA.

VALLEJO, Gustavo y MIRANDA, Marisa (2010). *Derivas de Darwin. Cultura y política en clave biológica*. Buenos Aires: Siglo XXI / Editora Iberoamericana.

VILLACORTA OSTOLAZA, Luis Felipe (2007). *Minerales del Perú y la búsqueda de una imagen republicana*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Golden Associates, Asociación Educacional Antonio Raimondi.

---- (2012). “Antonio Raimondi, Archaeology, and National Discourse: Representations and Meanings of the Past in Nineteenth-Century Peru”. En Pillsbury, J. (ed.). *Past and presented. Archaeological Illustration and the Ancient Americas*. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 173-204.

VILLEGAS, José y YUNIS, José (1979 [1978]). *La Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

VOVELLE, Michel (2002 [1996]). “La historia y la larga duración”. En *La historia y el oficio de historiador. Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana: Editorial Imagen Contemporánea, pp. 23-52.

YEPES, Ernesto (1982). “El desarrollo peruano e las primeras décadas del siglo XX”. En Aranibar, C. (et. al.). *Nueva Historia General del Perú*. Lima: Mosca Azul Editores, pp. 137-159.

---- (1986). *Estudios de Historia de las Ciencia en el Perú*. Lima: CONCYTEC, SOPHICYT.

WALLERSTEIN, Immanuel (1998). “Análisis de los sistemas mundiales”. En Giddens, A. *La teoría social, hoy*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 398-417.

WAXMAN, Sharon. (2011 [2008]). *Saqueo. El arte de robar arte*. Madrid: Editorial Turner Noema.

WERNER Michael y ZIMMERMANN, Bénédicte (2003). “Penser l’Histoire Croisée: entre empirie et reflexivité”. En *Annales, Histoire, Sciences Sociales*. Editions de l’EHESS, , 2003/1-58 année, pp. 7-36.

---- (2004). *De la comparaison à l’Histoire Croisée*. París: Editions du Seuil.

WIEDENFELD, Kurt (1957). “La economía de mercado mundial”. En Goetz, W. (et.al.). *La época del imperialismo 1890-1933*. Historia Universal, tomo X. Madrid: Espasa Calpe, pp. 115-136.

WOLF Schön (1993 [1988]). “El triunfo de la era industrial. El París de 1889 y las exposiciones universales del siglo XIX”. En Schultz, U. *La fiesta. Una historia cultural desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 303-318.

ZÁRATE TOSCANO, Verónica y GRUZINSKI, Serge (2008). “Ópera, imaginación y sociedad. México y Brasil siglo XIX. Historias conectadas: Ildegonda de Melesio Morales e Il Guarani de Carlos Gómez”. En *Historia Mexicana*, vol. LVIII, número 2, octubre-diciembre, México, pp. 803-860.

ZORGBIBE, Charles (1997 [1994]). *Historia de las relaciones internacionales. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Alianza Editorial.